

Taylor Caldwell



Gloria y Esplendor

Lectulandia

Gloria y esplendor nos traslada a la Grecia de Pericles, y a su relación con su amante Aspasia, mujer hermosa e inteligente que deberá convertir la Grecia del más renombrado político en un centro de arte único. Aspasia estuvo unida a Pericles desde aproximadamente el año 445 a. C. hasta la muerte de este en 429 a. C. Fue maestra de retórica y tuvo una gran influencia en la vida cultural y política de Atenas. Se dice que fue una mujer muy hermosa e inteligente, que tuvo un gran poder y despertó la admiración y el respeto de filósofos, artistas e ilustres demócratas, así como la hostilidad de los sectores más reaccionarios de la sociedad ateniense.

Está ambientada en la antigua Persia y en Grecia, se basa en la vida de Aspasia, la hermosa e inteligente cortesana, que con el tiempo llegó a ser la compañera de Pericles, gobernante de Atenas.

Lectulandia

Taylor Caldwell

Gloria y esplendor

ePub r1.0
ramsan 09.08.15

Título original: *Glory and the Lightning*

Taylor Caldwell, 1974

Traducción: Amparo García Burgos

Editor digital: ramsan

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para mis queridos amigos, William Everett Stancell y “Bob” Curran, de
The Buffalo Evening News.

PRÓLOGO

No he querido dar una bibliografía completa de este libro, ya que todos los estudiosos de Grecia y de Pericles conocen tales obras demasiado bien, y las han leído tan cuidadosamente como yo.

Desde la infancia me sentí fascinada por Grecia, y sobre todo por Atenas, pero no por las guerras y escaramuzas constantes del período de Pericles. Las guerras, aunque interesantes en ocasiones, especialmente si se pelea por la libertad y la dignidad del hombre, tienden a repetirse a lo largo de la historia y no siempre por razones justas.

La gloria que fue Grecia no fue la de todo el pueblo de Atenas, sino la de algunos de sus hijos, que en contra de la oposición más terrible y la más implacable persecución, lucharon para que llegara a ser la admiración del mundo. En Grecia se llevó a cabo el primer movimiento para controlar y limitar el poder del gobierno, para dar voz al pueblo en ese gobierno y animarlo a votar y a expresar sus opiniones. Que más tarde esos mismos hombres —y sólo por un poco de seguridad— se sintieran encantados de renunciar a su derecho a la libertad de palabra y a refrenar a su gobierno cuando fuera tiránico, es una triste lección histórica que se ha repetido una y otra vez desde los días de Pericles.

Como dijo Aristóteles, «la nación que no quiere aprender del pasado está condenada a repetirlo». Lo hemos comprobado una y otra vez a lo largo de la historia, y de nuevo estamos a punto de sufrir esa condena.

Este es un relato sobre los hombres que dieron gloria a Atenas e hicieron historia en ella, más que un recuento de sus guerras tediosas y su gobierno tiránico. No obstante, para que los héroes destaquen en su propio contexto, es necesario relatar cómo su gobierno, concebido bajo las nobles leyes de Solón, llegó a ser despótico, y cómo estos héroes lucharon contra él y en ocasiones —muy pocas sin embargo— tuvieron éxito.

Si la historia suena familiar es porque en realidad lo es. Un ligero estudio de la historia presente demostrará también cuan ominoso y abocado a la tiranía se halla nuestro mundo actual en estos mismos momentos. Si no aprendemos del pasado, estamos condenados a repetirlo.

TAYLOR CALDWELL

«LA GLORIA QUE FUE GRECIA...»

«El genio de una nación surge apenas una vez en la historia. Constituye su gloria y su inmortalidad en los anales de los hombres. El genio es aristocrático, discriminador, radiante y selectivo, y abjura de todo lo que es mediocre, plebeyo y mundano. Es majestuoso, espiritual. Es la llama que emana del núcleo del Universo, que es lo que genera la vida. Es el rayo que prende el fuego en el espíritu limitado de los hombres y los eleva sobre el arado y el campo, la casa y el henar, en una revelación repentina de grandeza. Es, sobre todo, masculino, ya que la aristocracia del alma es puramente masculina y nunca femenina, pues esta se dedica únicamente a los asuntos insignificantes y a las trivialidades carentes de sentido. El genio trasciende de la humildad de la vida diaria y eleva incluso al menos importante de los hombres hasta el Olimpo siquiera por unas horas. Nunca es democrático, porque la democracia es algo destructivo, urdido en las mentes inferiores de los hombres envidiosos.

»Si la nación que logre sobrevivir en su gloria cultiva únicamente el principio masculino, su nombre quedará escrito en oro y brillará a través de los siglos».

ZENÓN DE ELEA

Primera Parte

ASPASIA

«No sólo era la más hermosa de las mujeres,
sino también una mujer de inteligencia y de carácter, encanto y ternura,
y mucho le deben las mujeres de Atenas».

SÓCRATES

1

La madre, joven y hermosa, se echó a llorar mirando a Aspasia, su pequeña hija.

—Es como Afrodita, como una perla recién salida del mar —dijo a Targelia, mayor que ella—. ¿Quién sabe cuál será su destino, misteriosamente tejido por las temibles Hermanas? Su padre deseaba abandonarla. Me alegro de haber podido rescatarla y habértela entregado a ti. ¿Acaso no es como el oro el cabello de mi niña, y sus ojos como hojas de otoño, y su carne como el nácar? ¿Quién querría destruir todo esto? ¡Ah!, pero incluso ahora la mataría su padre si supiera que vive, pues, ¿qué hombre se enorgullece de haber engendrado a una hembra?

—Es extraordinariamente inteligente —dijo Targelia en tono de consuelo—. Tiene una mente brillante que despide miles de destellos como un prisma. Llegará a ser una magnífica cortesana, incluso mejor de lo que tú lo eras, pequeña.

La madre se agitó inquieta.

—Preferiría que se casara con un hombre distinguido. La otra sonrió con una mueca irónica.

—¿Y verse relegada para siempre a las habitaciones de las mujeres, mientras su marido se divierte y conversa con otras más interesantes?

—Estaría segura —murmuró Acilia, madre de la niña.

—Ninguna mujer está segura con un hombre —dijo Targelia—. Ya sea esposa, amante o cortesana, las mujeres nunca están a salvo con los hombres. Por tanto hemos de protegernos a nosotras mismas con mil ardides, trucos y estratagemas.

—Pero una esposa disfruta de seguridad bajo la ley —insistió la madre acariciando la cabeza de Aspasia.

—Una ley que puede ser alterada a voluntad del hombre, querida.

La encantadora madre sonrió y pareció de nuevo una niña.

—Las mujeres son más poderosas que la ley, puesto que no conocemos más ley que nuestra naturaleza, y la naturaleza está por encima de la ley. —Se secó las lágrimas con un pañuelo de seda del que se desprendía un perfume exótico. Miró a su hija de nuevo. Sí —dijo—, las mujeres son superiores a la ley, aunque no vayamos contra ella por naturaleza. En realidad nosotras somos la ley misma.

—Siempre he dicho —observó Targelia— que debías haber sido un filósofo.

—¡Ah!, pero me enamoré —dijo la madre—. Y cuando una mujer ama, ya no es filósofo.

—Ni el hombre tampoco —corroboró Targelia—. El amor es el gran destructor de la lógica y la inteligencia. Los genitales nos gobiernan a todos... hasta el día en que nos fallan. Entonces alcanzamos la sabiduría. Pero la sabiduría es un fuego helado que alumbra y, sin embargo, no calienta.

La madre volvió ahora los ojos al azul intenso del cielo de Asia Menor, y luego al golfo, apenas de un tono más azul, de modo que agua y cielo parecían una enorme cortina pendiente y palpitante junto a la tierra. Acilia estaba profundamente turbada por sus pensamientos.

—Si Axioco, mi amante y padre de la niña, pudiera verla ahora en toda su belleza y oírla conversar, tan pequeña como es, tal vez se la llevara a casa conmigo y las otras concubinas. Pero yo no deseo que sea una cortesana.

Targelia meditó estas palabras. Había adoptado ese nombre porque en tiempos había sido el de una de las cortesanas más hermosas e intelectuales de Mileto. Ahora bien, aunque ella no era hermosa, poseía un rostro expresivo y fascinador. Sin embargo, la inteligencia se reflejaba como una luz en sus rasgos, y los ojos, aunque cínicos —había conocido a demasiados hombres— relucían gracias al líquido que utilizaba para realzarlos. También eran duros y divertidos. Un polvillo azulado ennegrecía sus párpados, y tenía suavemente maquilladas las mejillas y los labios con ungüentos rojos y brillantes. Esto le daba un aspecto pervertido que atraía poderosamente a los hombres. Dictaba la moda entre las damas de Mileto, incluidas las matronas y doncellas virtuosas, pues su gusto era exquisito. Hablaba con la joven madre mientras se alisaba el peplo rojo y verde; su pelo rubio, ahora teñido, tan brillante como el sol, estaba entrelazado con cintas verdes. Tenía la figura de una virgen, esbelta y graciosamente juvenil. Sólo sus manos traicionaban la edad, pues ningún aceite de Asia podría disimular sus salientes venas ni borrar sus arrugas. Pero eran muy elocuentes estas manos, adornadas con numerosos anillos de ricas piedras preciosas que ocultaban los nudillos ásperos. Uno de sus amantes había dicho en cierta ocasión que ella creaba música en el aire con sus manos, de tan fluidos movimientos, que jamás resultaban bruscos ni violentos. Por supuesto, las había entrenado en la danza.

—Me trajiste a Aspasia —dijo ahora— cuando sólo tenía unos días, huyendo con ella de noche de la casa de tu amante tras haberla ocultado a la vista de su padre. En esta casa te eligió Axioco para sí, y te ha sido fiel a su manera, más de lo que lo ha sido con sus esposas y demás concubinas. Eres feliz, Acilia, pues yo advierto la felicidad en la suavidad de tu piel, en el brillo de tus cabellos y en tus joyas. ¿Crees que serías tan feliz viviendo como una esposa encerrada bajo la ley, descuidada por el marido, relegada a las habitaciones de las mujeres, y suspirando a solas mientras alguna concubina se acostaba con él?

Acilia meditó un instante y al fin admitió.

—No, pero toda madre desea la seguridad y el honor para sus hijas y, ¿qué puede asegurar el honor de una mujer, excepto un matrimonio distinguido?

—¡Bah! —dijo Targelia encogiéndose de hombros—. Sólo los idiotas anhelan la seguridad. No estoy de acuerdo en que el matrimonio sea el único refugio para las mujeres. Las propiedades y la educación, el tener joyas y poder sobre un hombre, resultan mucho más deseables. Los hombres se cansan pocas veces de una concubina

encantadora, pero se hartan invariablemente de sus esposas. Las concubinas saben divertir a un hombre y, al fin y al cabo, esa es la auténtica función de una mujer. Nosotras enseñamos aquí a nuestras doncellas que el destino de la mujer es divertir, entretener, servir, consolar y amar a un hombre, y por estos dones encantadores cualquiera de ellos pagaría una fortuna e incluso daría la vida. ¿Cuántos hombres a lo largo de la historia han muerto por sus esposas? Sin embargo, nuestros poetas hablan de hombres que lo sacrificaron todo por una amante.

—Los hombres son muy extraños —dijo Acilia.

—Esa es la primera lección que enseñamos a nuestras doncellas —confirmó Targelia—. Es imposible que una mujer entienda a un hombre, ser muy primitivo, cuando toda mujer nace sofista. He conversado con muchos filósofos nobles en esta casa, y ellos han declarado que adoraban mi conversación y mis dotes intelectuales, y que era tan sutil como ellos mismos, cosa que no considero un gran cumplido. Pero luego, invariablemente, todos deslizaban la mano bajo mi peplo para acariciarme los senos, y nuestras disertaciones eruditas acababan en el lecho. ¿Es eso lo que hace incomprensibles a los hombres? Jamás olvidan que, en primer lugar, son hombres y que desean a las mujeres... a pesar de su inteligencia. Esto resulta, a la vez, adulator e irritante. Pero ¿acaso hicimos nosotras este mundo?

Estaban sentadas en el pórtico exterior, entre las columnas que sostenían la hermosa mansión de las cortesanas, desde el cual se divisaba el golfo de Latmos, junto a la desembocadura del río Meandro. Les llegaba el aroma de los jazmines y el dulce efluvio de las rosas. Las mujeres cantaban alegremente en la casa y tocaban el laúd y el arpa, y, por un instante, en el rostro hermoso de Acilia se reflejaron sus recuerdos y anhelos. Contempló a la pequeña Aspasia y meditó. En realidad ¿no sería mejor para ella que la adiestrara en las artes de una cumplida cortesana, adulada, honrada, amada y obsequiada por hombres eminentes, que llegar a ser una esposa prisionera en sus habitaciones solitarias, viendo únicamente a su marido cuando este la reclamara con indiferencia para que le diese los hijos que necesitaba, y sin más compañía que la de esclavas iletradas, tejedoras y siervas de cocina, tan ignorantes todas como ella misma?

Acilia y Targelia bebían el mejor vino importado de Pilos, donde las viñas generosas crecían en laderas secas y bañadas por el sol, y comían pastelillos delicados sentadas en aquel pórtico exterior mientras escuchaban la música, el murmullo distante del mar y el susurro alegre de las fuentes en los jardines que las rodeaban. Dos esclavas agitaban abanicos de plumas sobre sus cabezas, y la brisa les llegaba también de las aguas, que habían empezado a enrojecer al aproximarse el crepúsculo. El ambiente era pacífico y lánguido, y Acilia suspiró de nuevo recordando la felicidad y alegría que disfrutara de jovencita en esta casa.

Aspasia se apoyaba en las rodillas de su madre y comía satisfecha un pastelito relleno de semillas de amapola, miel y piel de cidra. Acilia sonrió al contemplar los grandes ojos castaños de su hija, llenos de luces misteriosas y chispas brillantes y

sombreados por pestañas doradas, muy largas y rizadas. El cabello de la niña, que le llegaba hasta la cintura, parecía una red de suaves hilos de oro. Sus rasgos eran delicados e insinuaban una creciente madurez, aunque sólo tenía seis años. Cuando sonreía como ahora, sus mejillas de tono suave se llenaban de hoyuelos que aparecían y desaparecían en torno a los labios, de un intenso color escarlata. Había en ella un encanto fascinador, cierto embrujo. «Es mucho más hermosa de lo que yo lo fui jamás —pensó Acilia con orgullo—. ¡Ah!, el destino de una mujer siempre es penoso, ya sea esposa, amante, concubina o esclava. ¿No deberíamos disfrutar de un destino superior?».

Targelia vio la expresión alterada y melancólica de la madre y dijo:

—He adiestrado a muchas niñas y doncellas, pero Aspasia las sobrepasa a todas. Aunque es muy joven aún, ya sabe filosofía. Su aspecto es encantador. Por su inteligencia llamará la atención y despertará el respeto incluso de los hombres más libertinos. Predigo un futuro maravilloso para esta niña. Lleva el destino en sus ojos, profundos e inmensos.

—Las mujeres deben cambiar este mundo, tan de los hombres —dijo Acilia repentinamente, poniendo la mano, en gesto protector, sobre la brillante cabeza de su hija.

Targelia se encogió de hombros.

—¿Supondría eso alguna ventaja para nosotras? Los hombres son ahora nuestros adoradores y esclavos. ¿Para qué desear la igualdad con ellos? Perderíamos nuestros privilegios y a cambio obtendríamos tan sólo más dureza, ansiedad, trabajo y falta de respeto.

Se echó a reír.

—¡Que los hombres sigan protegiéndonos y nosotras continuaremos gobernándolos desde el lecho con nuestras zalamerías! El que ocupa un trono jamás disfruta de paz y calma. Pero la que es la voz tras el trono, por oculta que esté, disfruta de todas las ventajas y todas las prerrogativas del poder y puede dormir tranquilamente toda la noche.

—Mientras siga siendo joven y hermosa —dijo Acilia con un suspiro. Targelia se enojó.

—Querida mía, uno de tus defectos fue siempre que no dejabas de suspirar por muy feliz que fueras. ¿La juventud? Tal vez los hombres más listos y nobles afirmen que prefieren la fruta verde. Sin embargo, se dejan gobernar por mujeres ya no tan jóvenes, pero todavía atractivas, como cualquiera puede serlo si lo desea. Es sólo el hombre obtuso y fracasado el que busca su vana juventud en la de una mujer, y cree que esta es simplemente una cosa, como una esclava.

La pequeña Aspasia bebía en su propia copita de vino, pero ahora miró a su madre por encima del borde de la copa y sus ojos eran alegres y rebozaban sabiduría y comprensión. «¡Sólo tiene seis años —pensó Acilia con cierta inquietud—, pero nunca fue una niña!».

Targelia observándola con mirada astuta, dijo:

—He hecho venir a un adivino para que vea a Aspasia. Predice que brillará como la luna sobre su país, que tendrá bajo su poder a grandes hombres y que en todas partes será la inspiración de los poetas.

—¡Adivinos! —exclamó Acilia en tono indulgente. Sin embargo sentíase adulada y complacida. Dejó una bolsa de monedas de oro sobre la mesa de marfil y madera de limonero—. No quiero que mi hija carezca de nada. Confío en ti, Targelia, pues tengo razones para ello. Eres más sabia que yo. Haz lo que quieras con Aspasia; ya veo que la amas.

Targelia atrajo a la niña, la besó en la nívea frente y le pasó los dedos por la mata brillante de sus cabellos dorados y finos.

—Aspasia y yo nos comprendemos —dijo con afecto— porque ambas tenemos nuestros momentos de rebeldía. No hay inseguridad en su mente, ni dudas o vacilaciones. Tendrá lo que quiera cuando sea una mujer, pues su fuerza de voluntad ya es formidable.

Acilia se puso en pie al ver que su litera, llevada por cuatro esclavos nubios, de piel negra y brillante, desnudos hasta la cintura y con turbantes escarlata en la cabeza, estaba ya situada en la entrada. Los rostros de ébano parecían tallados en piedra, impasibles y llenos de una dignidad extraña. Corrieron ante su dueña las cortinas bordadas y Acilia entró en la litera y se reclinó sobre la seda amarilla de los almohadones. No cerró las cortinas al alejarse. La dominaba una triste premonición, como si supiera que ya no volvería a ver a su hija, que estaba en los escalones del pórtico y agitaba la mano con la serena indiferencia de los niños. Mientras Acilia la observaba, Aspasia se volvió y entró corriendo en la casa, olvidada ya de su madre. Esta suspiró y unas lágrimas cayeron de sus ojos cubiertos con polvillo dorado. Buscó el espejito de plata en el bolso y se los limpió cuidadosamente.

Axioco, recordó, detestaba los ojos enrojecidos en una mujer y los rehuía con gran impaciencia. Dispuso pues, el rostro con una sonrisa encantadora, con cuidado de no arrugar demasiado la piel en torno a la boca. Abrió un pequeño frasco de alabastro, que llevaba también en el bolso, y se dio un toque de perfume en los labios. Un instante después pensaba ya en una tela dorada de Oriente y en la modista.

2

Targelia estaba sentada con sus doncellas preferidas —elegidas todas por su belleza y su inteligencia— en el pórtico exterior que daba al oeste. Era su hora favorita, antes de la cena, ya que nunca le interesaba el día durante el cual había dormido después de una noche disipada. Pero ahora, bañada en aguas perfumadas, empolvada y pintada con delicadeza, el cabello artísticamente dispuesto y el peplo plegado a su gusto, con unos broches de brillantes y con un collar de piedras preciosas en torno al cuello para ocultar las arrugas, sentíase capaz de enfrentarse de nuevo con la vida.

—La noche se hizo para el amor, la reflexión, la filosofía y la risa —decía— pero el día está hecho para las guerras, los campesinos los trabajadores, los granjeros, los músculos, los hombres de actividad, y las cabras y ovejas. En otras palabras, para los que se preocupan bien poco de las delicias de la vida y nada saben de ellas estando enfrascados en el trabajo y el sudor. De todo eso nos hemos liberado afortunadamente las hetairas; mientras las esposas laboriosas duermen, nosotras nos divertimos en compañía de sus eminentes esposos. Ciertamente nuestra vida es envidiable y por eso nos odian las estúpidas y bobas matronas que dirigen su casa con energía. Había envejecido poco durante los catorce años transcurridos desde que la madre de Aspasia le trajera la niña a su casa.

—Una mujer no debe fruncir el ceño —empezó a decir— porque eso produce arrugas en la frente y entre los ojos, y los caballeros detestan las arrugas. Tampoco debe reír demasiado, porque entonces las tendrá en torno a la boca. Un rostro alegre sí, siempre. Pero no semejante a las máscaras del teatro, cargadas de emoción y énfasis. Una suave sonrisa, un dulce curvar los labios, un guiño picaresco como se os ha enseñado, una inclinación leve de la cabeza... eso sí es deseable y no envejece a la mujer. Aumenta su encanto. Tampoco los gestos deben ser nunca demasiado enfáticos. Eso enoja a los caballeros, que no gustan de mujeres exuberantes más que en la cocina y en la cama. Una mujer debe insinuar siempre, jamás asegurar. Os repito estas admoniciones, tesoros míos, para que obtengáis éxito y riquezas y seáis siempre divertidas y seductoras.

Había ocho entre sus doncellas escogidas y una de ellas era Aspasia, su favorita, de belleza increíble y de inteligencia también increíble; no obstante, según se le había enseñado, nunca la debía demostrar agresivamente ante los hombres. «Dar gusto siempre; entretener siempre. Pero jamás sin elegancia».

Controlaba escrupulosamente la dieta de sus doncellas, y con el mismo cuidado vigilaba la guardia de la virginidad, que entregaría al solicitante más rico y eminente por un buen precio para la misma Targelia. Pero las doncellas no eran virginales en su

mente y en su corazón.

—Incluso la fruta verde ha de prometer madurez y delicia, tesoros.

Deseaba que tuvieran cierta experiencia, cierto lustre, por eso animaba el amor entre ellas, con discreción, a fin de que más tarde fueran amantes de hombres, no de mujeres. Desde luego, si una doncella se enamoraba demasiado de otra neófita, Targelia la enviaba a un edificio de la escuela donde se la adiestraba para dar placer a alguna viuda rica o una matrona acaudalada e insatisfecha.

—El cutis de una mujer y la suavidad de la piel de todo su cuerpo son sus mejores bazas —enseñaba a las jovencitas—. Por tanto nunca deben exponerse al sol, sino resguardarse a la sombra, cuidadosamente cubiertas, ya que los besos de Febo queman, oscurecen y cuarteán la piel hasta darle el aspecto del cuero, algo repulsivo para los caballeros de gusto y distinción. —Las muchachas se bañaban solamente con agua en la que se disolvían aceites perfumados y luego se les aplicaban lociones. Se cepillaban el cabello por la noche y por la mañana durante una hora por lo menos con ayuda de las esclavas, y les daban masajes para que el cuerpo tuviera la suavidad y el brillo del mármol—. La belleza natural de una mujer, por notable que sea, empieza a desvanecerse a los dieciocho o veinte años, si no se la cuida. Hay que empezar a conservarla no más tarde de los cinco años, y cuidarla siempre. Muchas damas que han asistido a esta escuela son bellezas famosas incluso a los sesenta años. Esto es un arte que la mujer ha de cultivar toda la vida porque los hombres ¡ay!, por muchas dotes intelectuales que posean, jamás saben ver más allá del cutis femenino, los senos firmes y las caderas y muslos redondeados, para descubrir su inteligencia. Raro es el hombre que aprecia la mente de una mujer; en realidad les irrita, a menos que venga acompañada de un rostro y un cuerpo hermosos. Entonces la consideran una delicia mayor. Unos labios hermosos que inventan epigramas y que saben hablar de temas eruditos son deleitosos. Pero unos labios avejentados, por mucha sabiduría que surja de ellos, hacen huir al hombre.

Y añadía:

—Sólo una jovencita en la pubertad puede enfrentarse a la luz diurna sin temor. Después de los catorce o quince años, la luz de Artemisa es mucho más adoloradora, y la luz de las lámparas suaves también lo es. Tenemos ahora una moda nueva: lámparas colgadas del techo. Evítadlas como a la peste, pues en realidad resultan traidoras para toda mujer que haya pasado la pubertad.

Todas las doncellas, y no sólo las ocho escogidas, disfrutaban de pocos ratos de ocio en la escuela de las cortesanas. Asistían a clases dirigidas por maestros y maestras de gran inteligencia en las que aprendían, no las artes de la casa —dominio de las mujeres iletradas a quienes sus padres habían destinado al matrimonio—, sino las artes de la política, la filosofía, el lenguaje más exquisito y perfecto, la retórica, la música, la danza, el arreglo de los vestidos, todos los matices de los perfumes, la conversación seductora, historia, un poco de gimnasia que conservara y mejorara su figura, algo de medicina, matemáticas —ya que luego habréis de tratar con los

banqueros—, la disposición artística de los muebles, la selección de las telas más halagüeñas, los movimientos graciosos, el arreglo del cabello, sofismas encantadores, caligrafía, contabilidad, literatura, poesía, escultura, pintura, ciencia; pero, sobre todo, aprendían a enamorar y a satisfacer a un hombre y todas las artes del amor, incluidas las perversiones.

—Los hombres jóvenes son como toros —decía Targelia con severidad—, por tanto, a menos que sean extraordinariamente ricos e importantes, jamás les entrego a una de mis doncellas. Una prostituta y una de mis cortesanas delicadas serían lo mismo para ellos en la cama; puesto que ambas están igualmente equipadas, ellos no saben distinguirlos. Tengo sumo cuidado, pues, en no hacer arreglos entre estos muchachos y una de mis jovencitas, excepto en ocasiones especiales y sólo con el consentimiento de ella. Porque además existe otro peligro: una doncella puede enamorarse de un joven y ¡ay!, ya no hay destino peor. Los jóvenes son caprichosos y pronto se sienten hastiados incluso de la muchacha más deseable, y buscan novedades, y no les interesa la conversación. Pero el hombre de mediana edad necesita ser estimulado, y cuando se le estimula al límite, se siente inmensamente agradecido y la gratitud conduce a una situación en extremo agradable, con mucho dinero y joyas. Y adoración también. Por eso os digo: mucho cuidado con el amor que es engañoso, y con los hombres, así mismo falsos y mentirosos. Hay que tratarlos con sabiduría, o la mujer está perdida.

Las jovencitas aprendían también a ser delicadas.

—No hay nada más aborrecible que una mujer soezmente lasciva —decían Targelia y todas las maestras—. Que jamás salga de vuestros labios una palabra indecente ni una broma lasciva, ni siquiera en un momento de pasión... cosa que confío no sintáis nunca. La pasión puede destruir a una mujer. Habéis de recordar siempre que sois grandes damas, de gusto refinado, cultura y distinción. En todo momento debéis controlar vuestras emociones y no lanzar jamás un reproche duro y súbito, por mucho que se os provoque. La amabilidad es lo más deseable.

En una ocasión le dijo Aspasia con su voz dulce y encantadora aunque sus ojos despedían rayos de rebeldía:

—Entonces sólo somos juguetes para el placer de los hombres, que tal vez sean inferiores a nosotras.

Targelia sonrió, pues era imposible irritarse con Aspasia.

—Di mejor que somos joyas, piedras preciosas. ¿Cómo se conserva una joya? Se guarda envuelta en un paño fino y es estimada y valorada sobre todas las cosas, para luego mostrarla orgullosamente. No somos utensilios de cocina. Estos sirven a su propósito, y es lo único que usan las esposas cuyos maridos nos regalan oro y gemas, y nos adoran con la cabeza apoyada en nuestras rodillas. ¿Acaso adoran a sus esposas? No, huyen de ellas.

A las muchachas se les enseñaba con intensidad todo lo referente al carácter de los hombres y también cómo librarse ellas mismas de verse implicadas en unas

emociones que podían arruinarlas. Targelia se mostraba vehemente al advertirles que debían cultivar el desprecio por los hombres, aunque, ciertamente, sin revelarlo nunca.

—Una vez que hayáis sentido desprecio por los hombres ya estaréis tranquilas y serenas en su compañía y podréis mostraros deliciosamente afectuosas, como el que siente afecto por un perro, pues ese desprecio os hará invulnerables frente a las inclinaciones peligrosas, libres de pasiones y arrebatos naturales. Con ello conseguiréis que vuestras emociones y vuestro rostro se mantengan siempre serenos y sin arrugas. El desprecio destruye la piedad. Si llegáis a compadecer a un hombre le amaréis, y esa es una situación detestable, alarmante y peligrosa que lleva siempre a la desesperación. Por supuesto que habréis de asumir una actitud de discreta devoción, ya que los hombres desean que todas las mujeres les sean devotas. Pero jamás debéis llegar a amarlos sinceramente. Sería un suicidio.

En resumen, el amor debía ser para una misma, y nunca para derrocharlo en un hombre.

—Dejad que los poetas canten al amor —decía Targelia—. Pero ese amor no es para sus esposas; es sólo para aquellas mujeres que dominan sus sentimientos y son esquivas a la vez que deliciosamente desenfrenadas y no han sido jamás poseídas por completo. Si Artemisa se hubiera enamorado de Acteón y se hubieran casado, muy pronto se habría él cansado de su amor y buscado una joya más huidiza. Los hombres exigen todo el corazón de una mujer. Simulad que se lo entregáis y entonces, cuando él se sienta seguro de su posesión, dadle motivos para que sienta alarma; pero no abiertamente, sino con una sonrisa fugaz, un movimiento de cabeza, un alejarse suavemente de sus brazos. En ese momento iniciará él la persecución de nuevo y solicitará vuestro afecto con oro y gemas.

—Entonces debemos vivir para nosotras mismas —dijo Aspasia con aire grave.

—¿Acaso existe alguien más que nosotras mismas? —preguntó Targelia—. Una vez escuché las disertaciones de un filósofo famoso, lo bastante sabio y diestro para convencer a sus oyentes de que todo es ilusión, que todo es un sueño excepto para aquel que los sueña, que nada existe sino uno mismo. ¿Cómo podemos probar la existencia de los demás? ¿Cómo estar seguros de que no nos hallamos totalmente solos en un sueño?

La escuela contrataba hombres y mujeres expertos que empleaban todas las artes y perversiones del amor ante las fascinadas estudiantes.

—Hay mucho más que una simple cópula en el gozo carnal, pues ella nos asemeja a las bestias —les decía Targelia— ya que tiene como propósito la reproducción vulgar. Eso es algo rápido, sin delicadeza ni encanto. Aunque debáis refrenar vuestros deseos de sentir un auténtico placer, sí debéis aprender a darlo al máximo; y si vuestro corazón, vuestro más íntimo yo toma parte en ello, no conseguiréis ser expertas con un hombre, ni capaces de hacerle experimentar deleites exóticos. Sed voluptuosas pero no vulgares. Abandonaos delicadamente, pero nunca de una manera

total. Un velo es más provocativo que el cuerpo desnudo, pues la sutileza resulta más deseable que la desvergüenza. Una mujer nunca debe darlo todo, ni siquiera simuladamente, excepto por un breve instante.

Aconsejaba a las alumnas que ninguna vez expresaran disgusto o aversión, ni siquiera que llegaran a sentirlo.

—Sin embargo —decía—, si no podéis controlar la repulsión por completo inventad epigramas o poemas mientras estéis haciendo el amor con un hombre, o pensad en un estilo diferente de peinado, o en el dinero. Si sois listas y diestras, y recordáis estas lecciones, el hombre no logrará adivinar vuestros verdaderos sentimientos. Repito que una mujer no debe entregarse por completo en ningún momento. Jamás debe acceder a la súplica, sino sonreír coquetonamente y prometer.

Sentada ahora entre sus doncellas en este atardecer, se deleitaba en su belleza, y en especial en la de Aspasia, ya que todo lo que su infancia parecía prometer, se había realizado como una verdadera profecía y aún más. Aspasia superaba a todas en altura, lo que al principio llenara de temor a Targelia hasta que recordó el saludo escrito por Homero: «Hija de los dioses, divinamente alta y aún más divinamente hermosa». Ciertamente lo era, y Targelia no recordaba a ninguna de sus alumnas anteriores que pudiera compararse con ella, ni siquiera con las actuales. Entre todo aquel conjunto de rostros encantadores, cabellos rubios, castaños o negros, ojos brillantes y mejillas sonrosadas, cuellos blancos y senos jóvenes, hoyuelos y sonrisas, barbillas de alabastro y cuerpos esbeltos, Aspasia era una Afrodita entre simples mortales. Por hermosas que fueran, todas quedaban desvaídas ante su presencia, como el bronce pierde ante el oro, y a pesar de su gracia excepcional y sus encantos sensuales, no eran más que campesinas ante una reina. Todas vestían el sencillo peplo blanco que proclamaba su virginidad, y un cinturón de plata de diseño modesto; pero el peplo cobraba nobleza sobre el cuerpo perfecto de Aspasia, tras el que se insinuaba una gran sensualidad y deleites incomparables. Había un brillo traslúcido en su carne, de modo que los rayos del sol parecían atravesarla dándole un tinte rosado y transparente. Sus cabellos dorados eran, como dijera su madre, un haz luminoso flotando bajo la brisa más ligera; cuando lo llevaba suelto le caía hasta las rodillas un manto dorado con el que gustaba de rodearse al salir del baño. Targelia, cínica y pragmática, sentíase poética al mirar el rostro de la niña, el óvalo perfecto de su rostro rematado en una barbilla suavemente redondeada y cortada por un hoyuelo, la cabeza erguida sobre el cuello alto y esbelto, tan flexible como el de una serpiente y tan pálido como la nieve, la nariz clásica griega, adorada por los escultores, y los labios, rojos y suaves como el terciopelo; la boca no tenía el menor fallo, ni demasiado generosa ni demasiado pequeña, y cuando sonreía, sus mejillas se llenaban también de hoyuelos encantadores. Tenía los ojos extraordinariamente grandes, pintados en pálidos tonos violetas y rodeados de espesas pestañas doradas; su color era notablemente atractivo, como vino claro y luminoso.

Todo esto a los catorce años, y siendo virgen, era suficiente para volver locos a

los hombres, pensaba Targelia con placer. Pero, por hermosa que fuera Aspasia, todavía era mayor su inteligencia. Targelia había observado con frecuencia que una belleza extraordinaria solía ir acompañada de un pobre intelecto, pero no ocurría así en el caso de Aspasia. No sólo destacaba en la música y poseía una voz de gran dulzura y sentimiento, sino que además era una bailarina soberbia, de movimientos a la vez carnales e inocentes. Su conversación ingeniosa y brillante, no era la simple repetición de las lecciones de sus profesores, pues sobresalía por su sutileza e insinuaciones, incluso por un descaro que despertaba la risa de todos, por graves o aburridos que fueran. Todo lo captaba, y sus comentarios rebosaban talento y agudeza, siendo con frecuencia muy profundos y meditados. En los ejercicios de retórica era capaz de vencer a sus maestros y podía declamar de modo conmovedor casi sobre cualquier tema; tenía una alegría que despertaba el gozo donde antes hubiera tristeza. En ocasiones, Targelia temía que el poder intelectual de Aspasia sobrepasara al de la carne, y que sus pensamientos no fueran siempre femeninos. Siendo hermosa por encima de cualquier descripción, y un éxtasis para la vista, sus observaciones eran a veces demasiado agudas y punzantes, desprovistas en exceso de disimulo. Por esta razón sus maestros pretendían enseñarle el dominio propio más que a las otras y, aunque ella les obedecía y escuchaba con cuidado, en ocasiones había en su mirada un brillo burlón y desafiante.

Ese brillo se advertía especialmente esta tarde, cálida y perfumada en el pórtico exterior, como si algo hubiera despertado en Aspasia su inclinación latente hacia la rebelión; por eso Targelia había hecho todas sus intencionadas observaciones mirándola con frecuencia. ¿Es que aquella muchacha no se daba cuenta de que tenía el aspecto de una emperatriz y una mente que exigiría respeto incluso de los más eruditos, y que estos dones no debían verse amenazados por ese desprecio evidente, esa repudia apresurada y ese aire de impaciencia? A los hombres no les gustaban las mujeres francas, y Aspasia, con todo su encanto, gracia y seducción, podía ser sincera e implacable y revelar su desdén por los estúpidos. A veces, sus ojos tan hermosos, su maravilloso rostro, reflejaba con excesiva claridad malhumor o resentimiento, y la pasión brillaba sobre sus rasgos como el rayo, pero no la pasión de una mujer sensual, sino la de una mujer enojada que encuentra desagradable la conversación.

—¿Querías decir algo, Aspasia? —preguntó Targelia, viendo que el rostro de la muchacha parecía alterado por sus pensamientos.

—Sí, señora —repuso inmediatamente, con una rapidez más propia de un muchacho que de una chica, y con voz fuerte y decidida—. ¿No soy una mujer, de carne y sangre, de inteligencia, y con emociones y opiniones? ¡Sin embargo he de reprimir todo esto y ponerlo al servicio de un hombre que tal vez sea inferior a mí, a pesar de su riqueza y su posición! ¿He de simular ante él que soy tan sólo una simple hembra, aunque educada y con notables conocimientos, y con las pasiones de una criatura humana que ha observado mucho y que todavía piensa más? Sí, señora, esto me ha sido enseñado. Y me rebelo contra ese destino.

Targelia sonrió débilmente, un poco asustada.

—¿Acaso las mujeres hicieron este mundo? ¿Fuimos nosotras las que ordenamos que la mujer estuviera sometida al hombre aun siendo menos inteligente que nosotras, más rudo y más estúpido? Sin embargo, podemos gobernarlos mejor que nadie, y esclavizarlos a nuestra voluntad. Somos un misterio para esas criaturas groseras, y en nuestro misterio se basa nuestro poder. Los hombres nos temen y nos adoran a la vez, pues somos más sutiles, mucho más listas y tenemos la fuerza de la tierra en nuestra carne y nuestro espíritu. Nadie supera a la mujer cuando engaña sutil y deliberadamente, por eso nos reímos de ellos en nuestro interior. Las diosas son más activas y astutas que los dioses; observaréis que Atenea, Afrodita y Hera son reverenciadas por los dioses, y no amadas tan sólo, y que pueden aterrorizar incluso a Zeus, el rey de todos ellos. Regocijémonos en estos pensamientos y pensemos en nuestro espléndido futuro.

Y añadió con una sonrisa satisfecha y alzando el dedo en gesto de admonición:

—¿Quién gobierna realmente a dioses y hombres? Afrodita, la diosa del amor y la belleza siempre voluptuosa. Incluso Atenea, más sabia que los dioses y las diosas, o la misma Hera, no son adoradas con tanta devoción, ni mueven mundos como Afrodita. Los muslos de la diosa del amor son más poderosos que el ceño de Atenea; y Afrodita no es una virgen y tiene senos.

Las muchachas rieron alegremente, incluso Aspasia, que aunque no estaba de acuerdo, se vio forzada a sonreír. Luego dijo Targelia, repentinamente seria:

—¿Qué esperas de esta vida, Aspasia?

Se encogió de hombros y bajó la cabeza.

—Algo más que mi supuesto destino, pero en realidad no sé lo que es.

Targelia se puso en pie y dijo:

—Encuétralo en los brazos de un hombre, pues sólo allí lo hallarás y no en otro lugar. —Como la rebeldía brillara en los ojos de Aspasia añadió—: Pues los hombres tienen lo que nosotras queremos, sea lo que sea, y ellos pueden dárnoslo. Vio que los ojos de Aspasia se velaban y oscurecían, y que se hundía en sus pensamientos, y asintió satisfecha.

El personal docente de la escuela estaba formado por lo general por maestras eruditas y algunas antiguas cortesanas, pero Targelia empleaba también preceptores de edad respetable y de aspecto poco atractivo, ya que había que asegurar la virginidad de las doncellas.

Hacia un año ya que los maestros habían hablado solemnemente con Targelia:

—La doncella Aspasia tiene una mente indescifrable y un talento excepcional. Desea saberlo todo, y no de modo superficial. Le encanta hablar de medicina, matemáticas y arte, sus preguntas son incisivas y polémicas, y no le satisfacen las respuestas vagas. En resumen: quiere saber cuanto sabemos nosotros y no acepta las enseñanzas habituales. Tiene la mente de un hombre, y eso puede ser una desgracia para ella.

—Ya lo sospechaba yo —dijo Targelia, no sin cierto orgullo—, pero ¿qué cerebro humano es capaz de abarcar todos los conocimientos? Sin embargo, si uno tiene talento, es porque ha sido agraciado por los dioses, que arrojan con generosidad sobre el elegido los dones intelectuales, del mismo modo que, cuando crean a una mujer hermosa, la hacen en todo perfecta. Verdaderamente Aspasia sobresale por su talento, al igual que por su belleza. Desea abarcarlo todo. Pero ¿en qué destaca más?

Un sabio, ya viejo, respondió mesándose la barba gris:

—Está fascinada por Solón, el fundador de la democracia y sus leyes. —Vaciló y continuó—: Desea saber por qué no sigue Grecia las leyes de Solón, que fueron promulgadas hace más de cien años. Le hemos explicado que los atenienses eran demasiado caprichosos e inconstantes para exigir a sus gobernantes que acataran la Constitución vigente, ya que desconfiaban de todo aquello que consideraban inflexible, incluso de las leyes perfectas.

—De modo que nuestra Aspasia también es un político, además de artista y matemático —dijo Targelia sonriendo.

—Señora —intervino una maestra—, ¿no consiste nuestro deber en descubrir el talento de cada doncella y adiestrarla con el fin de que se convierta en la compañera perfecta de un hombre de las mismas inclinaciones y ocupaciones?

—Cierto —repuso Targelia—, pero nuestra Aspasia es muy versátil y posee una gran inteligencia. Tiene mil ojos, y todos bien desarrollados. ¿Diríais entonces que sobresale en política, matemáticas, arte y ciencia?

—También le obsesiona la medicina —dijo el médico— y es muy diestra e imaginativa con las pociones. Siempre está en la enfermería y a menudo me pregunto si Apolo no fue su padre.

Targelia se echó a reír.

—Estoy segura de que no. Pero es una idea muy bella, pues, ¿no brilla Aspasia como el sol? ¡Qué doncella esta! Sólo un poderoso sátrapa persa sería digno de ella. No la desaniméis. Contestad a todas sus preguntas, ampliamente y con sinceridad, respetando su inteligencia. Nació en Mileto, y no en Grecia, donde se desprecia a las mujeres y a su inteligencia. Cierto que ahora estamos bajo el dominio griego, pero ella es una hija del Asia Menor.

Sonrió a los inquietos preceptores.

—Los dioses han sido muy generosos con ella, pues, de haber nacido en Grecia, habría sido confinada en el gineceo, y no le habrían permitido adquirir ninguna clase de conocimientos. Enseñad a Aspasia todo cuanto esté en vuestra mano y no temáis fatigarla. La mente no tiene límites.

Meditó ahora en el precio que podría conseguir por Aspasia, pero se sentía tan orgullosa como si ella misma hubiera sido su madre. La niña era una gema prodigiosa digna del brillo de una joya que revela todos sus colores y su gloria. Una alhaja así, y virgen además, merecía incluso algo superior a un sátrapa persa. Un emperador sería más de desear. Sin embargo, los persas eran ricos y poderosos y, preciso era

admitirlo, superaban en sutileza a los griegos, e incluso a los curiosos atenienses con sus filósofos. Poseían una sabiduría, antigua y cínica, incomprendible para los occidentales. Eran menos musculosos y bruscos, aunque sí terribles guerreros si se les provocaba. A Targelia le fascinaba la humanidad en todas sus manifestaciones. El hombre era creado por los dioses, ya en un momento de locura, o por órdenes de alguien superior incluso a ellos mismos. Este era un tema para los filósofos que pretendían comprender la naturaleza del hombre y eran tan ignorantes como el campesino más vulgar. Recordó entonces una de las supersticiones de los griegos; «el dios desconocido» cuyo altar estaba aún desnudo pero al que reverenciaban. ¿No decían también algo de él los persas? Se encogió de hombros. Los hombres buscaban a los dioses, pero las mujeres buscaban la vida, y quizá fuera lo mismo. El vientre de una mujer era el que engendraba tanto dioses como hombres, y en eso se basaba el poder y la sabiduría de las mujeres. Zeus, siendo rey de unos y otros, estaba sin embargo dominado por su esposa Hera, la cual lo aterrorizaba. Targelia se echó a reír. ¡Qué gran comedia! No resultaba extraño que tanto los dioses como los mortales, temieran a las mujeres puesto que tenían un poder misterioso. Podían elevar a los hombres al Parnaso o enviarles a los infiernos. El maestro de ciencias dijo a Aspasia.

—No existe la verdad, excepto en el caso de un experimento que puede repetirse una vez tras otra con el mismo resultado, sin errores. Eso es la realidad, y la realidad es todo lo que podemos conocer.

—¿Qué es la realidad? —preguntó Aspasia.

—La realidad —respondió el maestro— es lo que puede demostrarse, lo que puede percibirse a través de los cinco sentidos y, como he dicho, repetirse una y otra vez, y todas, en el mismo experimento. Cualquier otra cosa es metafísica, conjeturas, fábulas y sueños de locos y poetas borrachos.

—Como Homero —dijo Aspasia, con aquella expresión tan modesta que sus maestros hallaban frecuentemente exasperante.

El hombre frunció el ceño. Alzó un puñado de palillos de madera y los agitó ante el rostro de Aspasia mientras las otras alumnas sonreían y se agitaban en los bancos de madera.

—Aquí —dijo— tengo diez tablillas finas. Una decena. Las matemáticas se basan en el número diez, sean cuales sean los símbolos que se utilicen. A esto es a lo que podemos llamar realidad.

Lanzó los palitos por el aire y los dejó caer sobre la mesa. Allí quedaron en desorden. Aspasia se inclinó a estudiarlos.

Luego dijo:

—Pero la realidad se basa en la causalidad..., ¿no es cierto? Causa y efecto.

—Cierto.

—¿Y el experimento se repetirá incesantemente en cualquier circunstancia si es válido?

—Cierto.

El hombre se acarició la barba y miró a Aspasia sin cariño, ya que su belleza no le atraía y sus observaciones le desconcertaban a menudo, con gran diversión de las demás alumnas.

Aspasia alzó las tablillas y sus ojos brillantes miraron enigmáticamente al maestro. Sin dejar de mirarle las soltó sobre la mesa. Cayeron en un montoncito distinto del anterior. Las estudió.

—Causalidad, realidad. El experimento siempre es el mismo y nunca varía. Mira estos palitos. Los dejé caer como tú, Cipo, pero se han distribuido de manera completamente distinta. Te lo demostraré de nuevo. —Volvió a recogerlos en un silencio profundo sólo cortado por el chillido agudo de un pavo-real en el jardín. Las dejó caer. Otra vez se repartieron sobre la mesa en una disposición diferente que Aspasia estudió sorprendida—. Los mismos palitos, el mismo gesto, incluso el modo de cogerlos. Sin embargo, la ordenación es distinta cada vez. Diez palitos, y tal vez diez mil formas diferentes. Luego la realidad debe tener múltiples facetas, y los experimentos no podrán ser nunca lo mismo ni tampoco sus resultados, aunque las condiciones sean idénticas. ¿Podemos concluir entonces que la realidad tiene millones de rostros y que jamás se repite, y que si un experimento puede reproducirse exactamente será sólo una ilusión y no una verdad?

El maestro sintió deseos de abofetearla. Pero tratando de controlar la rabia dijo:

—Ese es el razonamiento de una idiota y de una mujer. Una vacilación de los dedos, un latido del pulso, un viento ligero, puede destruir la exactitud del experimento. Si fueras capaz de dejar caer las tablillas, a lo largo de toda la eternidad, con la misma precisión y en las mismas condiciones, acabarían ordenándose de manera siempre igual.

—Eso es teoría —dijo Aspasia—. No puede probarse. Y, ¿no has dicho que lo que no puede probarse no es realidad?

Como él no contestara, continuó:

—Nada es inalterable. Todas las cosas, todas las circunstancias, cambian, incluso las estrellas a su paso y los vientos en el aire. La realidad por tanto es efímera, y lo que hoy es real es falso mañana o un momento después. ¡Qué pobres somos los mortales! Debemos gobernar nuestra vida con la esperanza de que en ella haya algo inmutable, con el convencimiento de que la causalidad es inevitable y la realidad un hecho. Pero nada de eso es cierto. Somos barcas impotentes que flotan en las aguas del misterio, sobre olas que jamás se repiten, mientras las mismas estrellas nos traicionan. Nada es fijo o cierto, y ahí reside nuestro problema. Los conceptos que tenemos de la realidad son subjetivos, no objetivos, puesto que la objetividad no existe.

—¿Niegas la objetividad, Aspasia?

—Por supuesto. Nuestros intentos de alcanzar la objetividad surgen de nuestra subjetividad, y cada hombre tiene la suya propia, y no hay dos parecidas.

—¿No crees en lo absoluto? Alzó atónita las cejas.

—No existe lo absoluto —su expresión cambió sutilmente— excepto, quizás, en Dios, cuya realidad todavía no se ha demostrado, para satisfacción de nuestros científicos. También Él es subjetivo. Yo considero la objetividad sólo como una confusión de la mente humana, y esta es una opinión particular, porque, ¿en qué tema pueden estar todos los hombres absolutamente de acuerdo?

—Tu razonamiento es vacío y caótico —gritó el maestro, ahora fuera de sí por la cólera. Barrió los palitos de la mesa, cayendo todos al suelo. Deseó poder hacer lo mismo con Aspasia.

—Convénceme de mi error —dijo esta. Las demás muchachas estaban encantadas, pero Aspasia las miró con gesto de enfado y dijo:

—Es más que posible que mis conclusiones sean tan tontas como las de nuestro maestro o las de cualquier mortal. Ninguno de nosotros posee la verdad absoluta.

—Perturbas y distraes a mis alumnas, que así pierden el tiempo, y además me quitas autoridad —dijo el maestro—. Vete de clase y no vuelvas hasta mañana.

Sintióse más furioso que nunca al ver la repentina sonrisa de placer en el rostro de Aspasia cuando se levantó y salió de la habitación, los cabellos agitándose suavemente sobre sus hombros como una nube dorada, los rasgos encantadores serenos y fríos. Parecía una ninfa que hubiera entrado allí, invisible para todos, enfrascada, en sus propios pensamientos y deseos, e ignorante de cuanto la rodeaba.

Se dirigió a los jardines donde la sombra de los sicomoros, robles y mirtos destacaban en un verde más oscuro sobre la hierba y los senderos de grava, y donde los pájaros de las jaulas colgadas de las ramas mezclaban sus trinos con las aves libres bajo el aire brillante. Las flores de los macizos atraían la vista con sus colores intensos, y el cielo y el amplio estanque eran pinceladas de un azul apasionado. El color, para Aspasia, tenía su propio sonido, y el rumor suave de las fuentes parecía tener color propio. En ella todos los sentidos eran en realidad uno solo, de modo que el gusto, el olfato, el oído, la vista y el tacto.

3

El médico, hombre vivaz de mediana edad y rostro despierto, era también, como Aspasia y Targelia, jónico, de Mileto. Se llamaba Equión. No había sido nunca esclavo; había nacido libre y pertenecía a una próspera familia, dueña de un negocio de orfebrería, y había asistido a una escuela egipcia de medicina. Era un hombre grande, grueso, musculoso, de cara redonda y ojos como brillantes piedras azules, muy alegres. Estaba calvo y su cabeza era una cúpula rosada que se alzaba sobre sus cejas negras y espesas, y tenía gruesos mofletes que atestiguaban una buena digestión y un apetito excelente. Llevaba siempre túnicas cortas de colores vivos que descubrían unas piernas de forma admirable, a pesar de su gordura. Era uno de los amantes de Targelia, la cual le pagaba bien y no subestimaba su talento, ni en el lecho ni en la escuela. Amaba sus labios gruesos y lascivos que siempre sonreían, ya que Equión tenía unos dientes perfectos de los que se enorgullecía. No se sentía tan orgulloso de su nariz, que Targelia comparaba cariñosamente con un nabo, y cuyas aletas estaban llenas de pelos negros y viriles.

Le complacía instruir a las doncellas de la escuela de las hetairas y, si en ocasiones deseaba a alguna de ellas, era lo bastante prudente para limitarse a dar un golpecito aparentemente paternal en los hombros, los brazos o las mejillas. Era también muy perezoso, a pesar de su aspecto tan viril, y prefería la vida lujosa en esta casa a la práctica de la medicina en la ciudad, ya que el trabajo sería arduo y sin demasiada recompensa en dinero o estimación. Disponía de su propia casa de mármol en los terrenos de la escuela, y de ella le hacía venir Targelia cuando sentía deseos de que la divirtieran y la trataran bruscamente en la cama. Era un hombre amable y agudo, y un buen médico; tenía un ingenio superior al de muchos hombres y su conocimiento de la medicina era notable, y sabía preparar pociones casi mágicas. Siendo cínico no sentía demasiada piedad por el sufrimiento humano; la enfermedad, para él, era un desafío a su persona, y la consideraba como una afrenta personal; no despertaba tampoco su compasión, ya que él despreciaba todo lo que fuera enfermizo y luchaba por abolirlo. Los egipcios decían que el médico sólo podía curar si su corazón se conmovía y sus emociones se entregaban por completo en beneficio del paciente, pero Equión había demostrado que todo eso era falso y sentimental. Sólo se necesitaba arte, y la enfermedad era un enemigo al que había que comprender y derrotar porque era fea, y él odiaba la fealdad; Tenía también profundas sospechas — y en esto no estaban de acuerdo los egipcios— de que el hombre era su propia enfermedad, y que originaba gran parte de sus propios tormentos. Reñía a los enfermos y les hacía reproches incluso mientras los curaba, y creía que su triunfo sobre la enfermedad era también un triunfo sobre los débiles y recalcitrantes que

obstinadamente la preferían a la salud. Sobre todo detestaba la debilidad, pues era un luchador de corazón. Había en él esa crueldad característica de los cirujanos expertos, y su mano nunca temblaba cuando sostenía el escalpelo, ni el sudor de la ansiedad humedecía jamás su rostro.

Amaba todo lo que era sano y fresco y lo admiraba abiertamente; por eso tenía la reputación de ser un hombre de gran sensibilidad, lo cual era totalmente falso. Sin que él mismo lo supiera la enfermedad le aterrorizaba y la veía como una amenaza para su propia vida y un presagio para el futuro.

Tenía una vista que distinguía a su enemigo aunque se ocultara tras un rostro de labios de rosa y ojos brillantes, y muchas fueron las doncellas que Targelia entregó apresuradamente al primer postor por consejo de Equión. Jamás discutía con él. Había visto con demasiada frecuencia los resultados si no seguía sus consejos. Las muchachas enfermaban pronto y morían, con gran sorpresa y desconcierto de sus protectores, pero no de Equión.

—¿No te dije que la doncella tenía los riñones enfermos, o la sangre pobre, o el corazón débil, aunque no fuera evidente para ti y para los demás? —Decía a Targelia cuando esta le leía la carta apesadumbrada de algún hombre rico que se había llevado a la muchacha de buena fe—. Hiciste bien en librarte de ella. ¿El comprador? —Se echaba a reír—. El hombre que compra un caballo, o una mujer, debería conocer mejor su negocio, y si no es así, es un idiota y no merece compasión.

Claro que él sabía que no se compraban actualmente doncellas, pues no se trataba de esclavas y podían dejar a sus protectores a su voluntad y en cualquier momento, pero le gustaba pensar en aquellos enfermos en potencia, y débiles por tanto, como si fueran menos que perros o ganado.

Entre todas las doncellas hermosas prefería a Aspasia, aunque no fuera nada dócil y le provocara constantemente. Prefería sus discusiones poco agradables, las observaciones agudas y sus preguntas, a la simple aprobación de las demás muchachas. Apenas había una sombra de respeto en aquellos grandes ojos castaños, y sabía que le escuchaba ávidamente no sólo para aprender, sino para caer sobre él en el momento en que dudara. Pero cuando Aspasia le admiraba honestamente y se inclinaba hacia delante para no perder una sola palabra, la gratificación que sentía Equión era inmensa. Con gran diversión por su parte, le parecía recibir el espaldarazo de un colega, no de una chiquilla.

—Te digo que está poseída por el espíritu de un médico —decía a Targelia—. Me maravilla su prodigioso talento. Siempre se dice que la mujer hermosa tiene el alma de un mico, pero, según mi experiencia, aquellos que han sido dotados de inteligencia por los dioses resultan también agradables a la vista.

—Es digna de un emperador —repetía Targelia.

—O del mismo Apolo —asentía él—. Pero confiemos en que no la descubra Zeus, en el que no creo, y se la lleve en una nube de oro. O la deje embarazada, como hizo con Leda, aunque una mujer poniendo un huevo sería un espectáculo interesante

para un médico.

—Tú no eres Zeus —dijo Targelia con una sonrisa de advertencia, pero afectuosa—. Vale más que lo recuerdes.

—Pero tú sí eres una auténtica Hera, adorada mía —contestó él con galantería; Targelia se echó a reír acusándolo con el dedo—. Por la ciudad se dice que eres incansable —observó.

—¡Pero, divinidad, eso es sólo un rumor! ¿No te soy fiel?

—No —afirmó Targelia—, pero me diviertes y satisfaces y disfruto con tu conversación, y eso me contenta. —Parecía momentáneamente preocupada—. Hay ocasiones en que temo que Aspasia no sea la mejor compañera para un hombre, ya que estos no gustan de una lengua demasiado aguda en la mujer. Es rebelde, y de carácter poco dócil. La reprendo y aconsejo a menudo.

—Hay hombres que prefieren una mujer de fuego a otra complaciente en los brazos. ¿Quién no disfrutaría más domando a un caballo salvaje que a un burro o una mula? Tienes un tesoro en tu casa, Targelia.

—Y lo guardo muy bien.

Por todo esto, Equión, que deseaba ardientemente a Aspasia —sana, de aspecto maravilloso e intelectual— se mostraba siempre decoroso con su alumna. Le gustaba esta vida tan agradable, y ni siquiera Aspasia iba a amenazarla nunca por mucho que lo intentara. Pero tenía sus fantasías, con las que había de satisfacerse.

Las muchachas entraron en su clase este día como pétalos de rosa movidos por el viento y Equión se pasó la lengua por los labios. Vio a Aspasia y observó, con sus ojos de médico, que parecía turbada y preocupada. Aquello auguraba que hoy se mostraría más discutidora que de costumbre. Aspasia se sentó en una de las sillas y le miró con ojos distantes. Ni se le ocurrió a Equión que la muchacha apenas se daba cuenta de su presencia. Creyó, en su egoísmo, que pensaba en él y en la próxima lección. Le ofreció una sonrisa que no obtuvo respuesta, pues Aspasia se miraba sus manos que tenía entrelazadas.

—Hablaremos hoy —comenzó él pensando que su clase parecía un jardín y regocijándose en la visión— sobre el tema de que un cuerpo sano es el resultado de una mente sana. Ya lo hemos discutido anteriormente, pero me propongo ampliarlo.

Aspasia volvió en sí y alzó una mano imperativa. Equión frunció el ceño, pero inclinó la cabeza.

—Según tu argumentación —dijo ella— el hombre es su propia enfermedad, y la salud sólo es cuestión de pensamientos juiciosos y de una serena filosofía.

—Cierto, Aspasia.

—Entonces todas las enfermedades, aparte de las producidas por un accidente, ¿se originan en la mente del que las sufre?

—Cierto.

Aspasia sonrió despectivamente.

—En ese caso un niño o un bebé afligido por la enfermedad blanca, ¿es

responsable de esa dolencia mortal?

El médico la miró disgustado. Aspasia sonrió de nuevo.

El bebé nace con una deformidad o una enfermedad que le mata. Dime, señor, ¿se le puede acusar de haber pensado mal?

Equión sintió que se borraba todo su afecto por ella y se volvió insensible a sus encantos. Soltó una tosecilla.

—Hay una teoría entre los egipcios según la cual en la vida de los hombres reaparece la corrupción mental de otras vidas anteriores.

—¿Lo crees tú así, maestro?

La *ekklesia* griega no acepta que los hombres hubieran tenido vidas anteriores a la actual. Equión se sintió en peligro por culpa de aquella chiquilla y dijo cuidadosamente:

—Hay muchas cosas misteriosas, muchacha.

—Pero tú has anticipado la teoría de que el hombre es su propia enfermedad. Dime entonces cómo puede estar enfermo un niño recién nacido y morir de esa enfermedad.

El médico alzó las manos, sonrió ampliamente y recurrió a un aforismo.

—¿Quién sabe lo que hay en la mente de un niño? Aspasia dijo:

—No hace tanto tiempo que dejé la infancia y, a los catorce años, aún soy joven. Recuerdo mis pensamientos infantiles. No eran misteriosos. Sólo se referían al apetito y a los pequeños placeres, como los pensamientos de todos los niños. ¿Por qué, entonces, yo estoy sana y otros enfermos?

—Tus padres disfrutaban de buena salud —dijo Equión.

—Nunca conocí a mi padre; ni siquiera llegué a oír su voz. Mi madre murió hace tres años. Su constitución no debía ser muy buena o no habría muerto de tuberculosis. —Hizo una pausa—. Has dicho que mis padres eran sanos. ¿Se deduce de eso que el hijo sano es el resultado de unos padres sanos? Sin embargo he visto en esta casa que esclavas de poca fortaleza corporal daban a luz niños sanos, no enfermos ni deformes. También he visto a una madre joven y vigorosa dar a luz un hijo incapaz de sobrevivir, tan vencido estaba por la enfermedad. Teniendo en cuenta todo esto, ¿no deberíamos ser más cuidadosos al afirmar que uno mismo es el origen de todas sus enfermedades y despreciar al que sufre?

—La medicina —dijo el médico, el rostro enrojecido— es una ciencia exacta. Pero cada hombre es distinto a los demás, y aquello que mata a uno tal vez no moleste a otro ni le suponga inconveniente.

—¿Luego admites que es un arte misterioso, oculto y subjetivo? ¿Y único en el sentido de que no es aplicable a todos los hombres?

Aquello iba contra todas las convicciones y teorías de Equión. Se mordió los labios.

Aspasia se acariciaba el cabello y su sonrisa era burlona.

—La medicina, al parecer, es un arte y no una ciencia —contestó Equión—, y

sólo los artistas debían dedicarse a ella, pues son hombres de razonamiento subjetivo y de ocultas facultades de adivinación.

Equión se preguntó por qué la habría considerado hermosa alguna vez. Vio las sonrisitas discretas de las demás y dijo:

—¡Yo he abierto a muchos hombres para sacarles un cálculo del riñón, y las piedras eran idénticas! No había arte en ello.

—Pero —refutó Aspasia— unos vivieron después de la operación y otros no. Por lo tanto los que sufrían no eran iguales, y no podía predecirse ni su vida ni su muerte. Equión dijo en tono triunfante:

—Los que sobrevivieron eran sanos de mente y los que murieron la tenían enferma.

—¿Cómo puede eso probarse, si la medicina es una ciencia exacta, señor? Como no obtuviera respuesta, Aspasia continuó:

—Todo es subjetivo. No hay modo de probarlo con exactitud; por lo tanto la medicina no es una ciencia, sino un arte, y el arte es impredecible.

—He dicho, Aspasia, que, aunque la medicina sea una ciencia exacta, ningún hombre es igual a otro.

—Nunca habías admitido eso antes —dijo ella, y asintió con aprobación—. De modo que los hombres no son siempre su propia enfermedad, sino que son arrastrados por un curso misterioso que aún no comprendemos y que tal vez no conozcamos nunca. Dime, ¿es la enfermedad en un hombre exactamente igual que en otro?

—No. Pero, repito, eso es cuestión de la respuesta individual de la mente.

—Entonces la mente es subjetiva. ¿Quién ha visto alguna vez una mente? ¿Puedes cortarla o cambiarla con un escalpelo? Es posible, sí, adormecerla con opio, como en una ocasión nos dijiste, pero no podrá estar siempre aletargada. Ciertamente es que un hombre puede matarse por sus propias convicciones y, como la mente es subjetiva, se deduce que el cuerpo lo es también. Pero ¿no es verdad que un cuerpo enfermo puede afectar a la mente, que el dolor puede convertir a un filósofo, por estoico que sea, en un animal vociferante, sin vergüenza ni dignidad?

—¡El dolor se originó primero en su mente! —exclamó el médico que empezaba a odiarla.

—¿Como puede demostrarse eso, señor?

—¡No puede demostrarse, por supuesto!

—Pues lo que no puede demostrarse con seguridad no es objetivo, y no es una ciencia. Sólo es una hipótesis. ¿No es lógico deducir de ahí que la medicina es hipotética?

Habían existido en Egipto maestros que solían disertar sobre este tema, y Equión los había despreciado como soñadores de imposibles, ignorantes de la realidad.

—¿Es que pretendes, Aspasia, que consideremos a la medicina como simple ciencia que realiza prodigios? Su voz era suave ahora.

—No debemos descartar lo sobrenatural como parte de la medicina subjetiva —repuso ella con toda seriedad—. ¿No tenemos a Delfos, a los sacerdotes y a nuestra religión, que se basa en la magia, la contemplación, la reflexión y la fe en lo que no es discernible a los ojos? Negarlo es blasfemia o herejía.

—Eres una sofista —dijo Equión palideciendo repentinamente—. Tergiversas la verdad y ensucias las aguas cristalinas con tus palabras. Tu razonamiento es falaz. ¿Quién te has creído que eres, chiquilla?

—Soy una realista subjetiva —dijo Aspasia con otra de sus sonrisas encantadoras y aparentemente inocentes.

—¡Una contradicción de términos!

—Como toda nuestra filosofía, e incluso nuestra vida misma. Equión pensó en Targelia, que a menudo se burlaba de él de modo similar. Sin embargo sabía que Aspasia discrepaba también con Targelia en muchas cosas.

—Eres discutidora —dijo con severidad—. Sólo discutes por tu propio placer, y dudo que tú misma creas en esas argumentaciones.

—Sólo busco el conocimiento —dijo Aspasia con modestia insoportable.

—¿Y qué es lo que te ha enseñado tu limitado conocimiento?

—Que nada existe, salvo la mente y que, como la mente es subjetiva, todo lo demás lo es también.

—Mi querida niña —dijo Equión recuperándose y con sonrisa de soberbia— si alguna vez te abren para sacarte un cálculo, o si tienes un hijo, ya sabrás con seguridad que el dolor es objetivo y no subjetivo.

—Y si siento entonces el dolor que todos sienten, bajo las mismas circunstancias, ¿será culpa mía, culpa de mi mente deformada?

—Vayamos a la enfermería —dijo Equión exasperado y casi fuera de sí.

«Los razonamientos de esta muchacha son simples y no merecen la respuesta de un hombre de ciencia, ya que sólo busca llamar la atención, como hacen todas las mujeres, seres inferiores que reconocen su propia inferioridad. Muge como una vaquilla y a eso le llama filosofía... Necesita una azotaina, no tanta indulgencia», se dijo. Las muchachas pasaban ahora discretamente en torno a él y Equión sintió que se le contraía la garganta. Odiaba a Aspasia en este momento, y el odio le hacía sentirse voluptuoso; deseaba llevársela a la cama, ¡allí le enseñaría la verdadera objetividad! Con horror por su parte tuvo una repentina manifestación física que, advertida por las muchachas, les provocó más risitas y, simulando un gran apuro, se cubrieron el rostro con las manos, sin dejar de observarle entre los dedos. Equión se apretó el cinturón sintiéndose muy mortificado.

Debía hablar con Targelia, y con severidad. El maestro de ciencias le había dicho que Aspasia discutía también con él sobre ese mismo tema de la objetividad y la subjetividad. Bien estaba adiestrar a una cortesana para que pudiera conversar con el hombre eminente en cuya amante se convertiría, pero otra cosa era entregarle una doncella que prefería la discusión sobre todo lo demás.

Cruzaron un vestíbulo blanco y estrecho de mármol. A la izquierda había unas sencillas columnas dóricas entre las cuales se divisaba el jardín con sus luces y colores cambiantes. Las fuentes brillaban lanzando el agua hacia el sol, y al caer esta sobre los capullos y matorrales, una fragancia seductora se mezclaba con la brisa cálida. Aspasia pensó: «Si hubiera alguna realidad absoluta, esta sería la belleza, y si existiera la verdad se reflejaría en la armonía. Como los hombres no eran armoniosos, no podía haber verdad en ellos; y siendo sus pensamientos oscuros, intrincados e insidiosos, eran ciegos para percibir la belleza por mucho que simularan extasiarse de este mundo, es un gran misterio por qué nos soportan los dioses, si es que los dioses existen», se dijo.

Entraron en la enfermería, una habitación alargada y luminosa con las ventanas abiertas. Aquí sólo había lechos estrechos y aislados, no el habitual hacinamiento de camas de los hospitales. Esta era la enfermería de los esclavos, sus mujeres, y sus niños. La sala siguiente, bellamente decorada, era para las jóvenes hetairas, pero aquí las alcobas eran personales, adornadas con flores y atendidas por enfermeras expertas. Sólo dos o tres alumnas se interesaban por la enfermería, entre ellas Aspasia. Tan pronto como entraron en estas salas Equión olvidó a las doncellas, pues estos eran sus dominios, su arte, su trabajo. Iba de lecho en lecho examinando, frunciendo el ceño, interrogando a los pacientes y a sus ayudantes con voz áspera y concisa, y Aspasia le seguía y escuchaba con admiración y atención profundas. Ahora volvía a sentir respeto por el médico. Tal vez no fuera amable ni delicado, y muy brusco en los reconocimientos e inmune a los gritos de los enfermos, pero su juicio era infalible y aquí manifestaba su cínica comprensión de los caprichos de la mente humana, siendo rápido en descubrir y en denunciar a los llorones que preferían la enfermedad al trabajo y al deber. Aspasia meditó todo ello. En cierto modo, y por muchas causas, tanto Equión como ella tenían razón; ambos contaban con parte de verdad. Había en realidad enfermedades originadas por la propia persona, voluntaria o involuntariamente. Pero había otras que surgían por sí mismas. Y era casi imposible distinguirlas.

La calva rosada de Equión brillaba a la luz del sol. Sus ojos eran amables e implacables. Le interesaba más la enfermedad que el paciente. En esto era científico y no médico. Llevaba con él una tablilla y un lápiz para sus propias notas. Se detuvo junto al lecho de un grueso esclavo de unos treinta años, y le miró con disgusto.

—He aquí un hombre que no sólo devora con ansia la comida excelente y abundante que se le da en esta casa, sino que anda siempre picando en la cocina, y sobre todo alimentos con exceso de grasa, con especias y salsas picantes. Le han visto robar subrepticamente incluso de los platos de los que se sientan con él a la mesa, privándoles así del sustento necesario que, se han ganado con su trabajo. Sin que ellos lo adviertan bebe también de sus vasos, y ni siquiera escarmienta con las amenazas del vigilante, ni con los castigos. Lo que queda en los platos de la señora de la casa, de los maestros y discípulas, lo devora antes de llegar a la cocina. ¡Mirad ese

vientre! ¡Observad el tono azafranado del rostro de ese ladrón, y el amarillo de sus ojos! ¡Fijaos en esos mofletes! No le empuja el hambre. Es un esclavo de su estómago, que es su dios. ¿Es extraño acaso que tenga bilis y piedras en el hígado? ¡No! Ha estado en la enfermería muchas veces, sufriendo una terrible agonía cuando se le movían las piedras. ¿Pero escarmienta con ello? ¡No!

Miró furioso al enfermo, y le dio un golpe, no demasiado suave, en la mejilla. El hombre hizo una mueca; luego gimió. Equión asintió fieramente y sonrió, con una sonrisa nada divertida.

—Cuando vino por primera vez le di opio para aliviar su angustia, pues en realidad esta dolencia es más penosa que un parto difícil. ¡Pero ya no más! Se agita en la cama y suplica a los dioses que le envíen la muerte cuando se ve torturado así. Pues no tendrá más opio hasta que aprenda que la comida juiciosa es el único remedio a su dolor. Entonces ni sufrirá más, ni necesitará el opio.

Aspasia dijo en voz baja:

—¿Qué es lo que le obliga a comer de modo tan desmesurado y a robar la comida?

—La gula —repuso el médico. Miró a la muchacha con cólera y quedó complacido al ver un rostro respetuoso, sin ninguna intención de burla—. Nació en esta casa y jamás se ha visto privado de comida abundante desde su nacimiento. Ha disfrutado de lo suficiente para satisfacer el hambre de cualquiera y más aún.

—Entonces —preguntó Aspasia—, ¿por qué no se contenta con ello y ha de comer hasta matarse?

—Pregúntaselo tú misma —contestó el médico con desprecio. Aspasia se inclinó sobre el enfermo, cuyo rostro aceitoso y bilioso estaba cubierto de sudor; sus ojos reflejaban una extraña autocompasión y gemía a la vez que imploraba con su expresión, la piedad de Aspasia. Ella frunció el ceño.

—Estás gordo —dijo— y ya has oído cómo condenaba el médico tu gula, tu apetito desordenado. Sabes que esa tolerancia contigo mismo te lleva al sufrimiento y puede causarte la muerte, pero no la dejas. ¿Por qué?

El esclavo murmuró:

—Tengo hambre.

—¿De qué tienes hambre? Guardó silencio. Miró el rostro suave e impasible de Aspasia y creyó ver reflejada en él la piedad, tierna y juvenil. Se humedeció los labios gruesos y grasientos, bajó los ojos y murmuró:

—De libertad.

Aspasia meditó estas palabras. El cabello maravilloso caía en torno a sus mejillas al inclinarse hacia el hombre. La dominaba el asco, pero no lo demostró. Luego dijo en tono grave:

—Eso tiene fácil arreglo. La señora Targelia tiene un carácter amable y misericordioso y yo soy su favorita. La convenceré de que te dé la libertad y podrás salir en seguida de esta casa y vivir y morir como un hombre libre, trabajando por el

salario que puedas ganar, alimentándote y vistiéndote por ti mismo, y buscando tu propia casa. Como el salario será pequeño y la labor ardua, te verás forzado a olvidarte de la comida abundante, de dormir a tu gusto en un lecho suave y de divertirse con las esclavas. Vivirás como un campesino. Así desaparecerá la grasa y el dolor. Eso es la libertad, y te felicito por preferir una vida austera y pobre a la riqueza y un abrigo inseguro en lugar de un techo sólido sobre tu cabeza.

Los ojos del esclavo se abrieron con temor repentino y perdieron su expresión astuta y dolida. De pronto se incorporó, humedeciéndose los labios que parecían haberse encogido.

—¿Cómo viviré? —gritó.

Sonrió Aspasia:

—Como viven los demás hombres libres, merced a tu trabajo, tu ingenio y tu laboriosidad constante. ¿Cuál es tu tarea en esta casa? Ayudas en la cocina, sirves la mesa de la señora Targelia y limpias el cobre y la plata. Ahora tendrás que buscar empleos muy distintos, ya que estas obligaciones tan cómodas son realizadas por esclavos en otras casas. Pero alégrate. El trabajo duro reducirá tu grasa y tu hambre, y una vida rigurosa te alargará la vida.

Lanzó un guiño al médico, que la escuchaba muy interesado.

—Equión —dijo—, ¿te unirás a mí en mis súplicas a Targelia para que libere a este pobre enfermo que desea la libertad sobre todas las cosas?

—Por supuesto —contestó inmediatamente. Miró al esclavo que había palidecido terriblemente, y le dio un golpecito en el hombro—. Mañana serás libre, pues la señora Targelia te llevará ante el oficial. Entonces recogerás tus pertenencias y partirás al punto de esta casa.

El esclavo miró con desesperación en torno suyo, encogiéndose ante la sonrisa de la muchacha y el médico.

—¡Vino, en nombre de los dioses! —gritó con voz temblorosa y extendió una mano vacilante como si muriera de sed en el desierto.

El médico agitó la cabeza.

—No. Como ahora eres un hombre libre ya no habrá más vino gratis para ti en esta casa; recibirás al marchar muchos dones de tu generosa ama y tendrás dinero en la bolsa. Pediré vino para ti, pero sólo si lo pagas. Veinte dracmas por un jarro pequeño. Cuando quieras, puedes pedirselo al ayudante. Hizo como si se alejara, pero el esclavo le cogió repentinamente la túnica verde con manos frenéticas. Casi se cayó de la cama, pues el peso de su estómago le llevó hasta el borde.

—¡Amo! —gruñó—, ¡eso es una crueldad! El médico alzó las cejas como asombrado.

—¿Crueldad, dices? ¿Por concederte el deseo de tu corazón, tu deseo de libertad, para que no sufras más y camines dignamente como hombre libre? ¿No es eso lo que deseas?

El esclavo no le soltaba. Empezó a respirar con agobio. Todo su cuerpo le

temblaba. Sus ojos amarillentos giraban aterrados. Su voz estalló en un grito:

—¡No quiero ser libre! Equión, que asumiera una expresión benévola durante la conversación, dejó ahora que sus rasgos manifestaran toda la repulsión y desprecio que sentía, y el esclavo se echó atrás.

—De modo que no deseas ser libre. Sólo deseas continuar con esta existencia de parásito, satisfaciendo todos tus apetitos asquerosos. Voy a decirte algo. No pediré a la señora tu libertad, pues veo que realmente la desprecias y temes alcanzarla, como la mayoría de los hombres de este mundo cobarde. Prefieren ser esclavos para rehuir así cualquier responsabilidad.

—Miró a Aspasia. —Esta es la historia de la humanidad. Nadie desea la libertad si entraña un trabajo duro, estrecheces y el riesgo de pasar hambre o de fracasar por su propia debilidad.

Aspasia inclinó la cabeza.

—¡Piedad! —gimió el esclavo, pendiente sólo de su propio dilema—. No quiero ser libre.

Equión hizo una larga pausa, como si meditara, y dijo al fin con rostro firme:

—He dicho que no pediré a la señora tu libertad, pero sólo con una condición: que controles tu apetito de cerdo. Estoy harto de verte en esta enfermería. Sin embargo, si continúas permitiéndotelo todo y robando más comida de la que necesitas, pronto tendrás la libertad y serás despedido de la casa. ¿Me entiendes?

El esclavo sonrió trémulo. El alivio emanaba como el sudor de todo su cuerpo, y sentíase como un niño castigado al que han perdonado ya.

—Obedeceré tus instrucciones, amo —dijo casi sollozando—, pero dame opio para calmar este sufrimiento que te prometo no volveré a tener. El médico agitó la cabeza.

—No habrá opio. Soportarás este dolor con gratitud porque es el precio de pasados excesos en los que ya no incurrirás. El dolor no es nada comparado con los peligros de la libertad, preferible, según los hombres más nobles, a la esclavitud, Pero tú no eres uno de ellos.

Arrancó su túnica de los dedos del esclavo y se apartó de él. Aspasia le siguió pensativa, Equión le dijo:

—Habrás observado que el hombre es su propia enfermedad, como he insistido antes. ¿Que hay también pacientes que nacen con graves defectos? Claro que sí. Pero sus padres eran débiles y jamás se les debía haber permitido que concibieran un hijo.

—Sin embargo, el paciente no es responsable de su agonía —dijo Aspasia yendo tras él.

El médico se detuvo y agitó el índice ante su rostro.

—Todos los crímenes contra la salud deben ser pagados, ya sea por los padres o por los hijos. Eso es ley de vida y, ¿quién soy yo para discutirla?

—¿Ni siquiera en nombre de la piedad?

—¡Piedad! ¿Es que los débiles la tienen para con los fuertes, a los que han

explotado o arruinado? ¡No! Abandonan como los parásitos el cuerpo de su anfitrión cuando le han causado la muerte. A los fuertes, valientes y libres sí los admiro, y a esos ayudaré —seguía agitando el índice ante Aspasia— aunque me encuentre solo en esta tarea. Existen filósofos que afirman que el hombre tiene derecho a vivir por la simple razón de haber nacido... aunque nadie haya pedido su nacimiento. ¿No es esa una falacia despreciable?

—Lo es, por muchas causas —dijo Aspasia mientras las aburridas doncellas se reunían con ellos—. Ya he visto que la piedad indiscriminada resulta destructiva en ocasiones. Pero ¿no existen seres con los que debiéramos ser piadosos?

—Yo no los he visto, salvo aquellos que han sido víctimas de las debilidades de otros —respondió el médico con creciente impaciencia.

—De haber sido ellos fuertes, ¿habrían consentido en convertirse en víctimas de otros más débiles?

Equión se detuvo. Luego soltó una carcajada.

—¡Ahí tienes un buen razonamiento! —gritó y la tocó afectuosamente en el hombro, dejando que su mano, cubierta de anillos, se deslizara por el brazo desnudo de la joven. Sintió la textura de seda y el calor de la carne, y su mano se detuvo. Miró aquellos ojos castaño claro y sonrió—. Te felicito, mi querida alumna. Deberías estar en el gobierno, aunque seas una mujer.

Visitó los lechos de los demás. El interés de Aspasia era cada vez más grande, y se fijaba ahora en más detalles que antes, aunque en muchos casos seguía teniendo dudas. Llegaron al lecho de una joven esclava que gemía, incapaz de dar a luz a su hijo. Aspasia preguntó:

—¿Sufre tanto por haber pecado contra la salud?

—Si pudiera hacer mi voluntad, la dejaría morir —contestó Equión— ya que la incapacidad para dar a luz con normalidad es un defecto físico que pueden heredar las hijas. ¿Por qué habría de permitirse que se les infligiera tal sufrimiento?

—Es una decisión muy dura —dijo Aspasia.

—Este es un mundo de realidades duras —afirmó el médico— como ya te he dicho otras veces. No se debe despreciar la crueldad en nombre de la salud y la justicia. Muchos morirían antes de su hora, sí, pero ¡piensa en la desdicha que tales muertes evitarían!

Aspasia meditó sus palabras. Desde luego era ley de la naturaleza que los débiles y defectuosos debían morir. Con frecuencia la piedad humana abolía esa ley. ¿Era eso bueno o malo? Debía pensar en ello a solas. Sin embargo, no creía que el médico tuviera toda la razón. Dijo:

—¿Y los soldados heridos, los que padecen por culpa de otros?

—A esos ayudaré —dijo el médico, y Aspasia sonrió. Él la miró con afecto.

—Hija mía —dijo—, tú mantienes que nada existe verdaderamente, salvo la mente, y que todo es subjetivo. ¿Es subjetivo el dolor? Tu argumentación diría que sí. Pero, en ese caso, podría controlarse mediante un esfuerzo de la voluntad.

Aspasia soltó una carcajada.

—¡Estoy derrotada por mis propias palabras! —exclamó.

Sin embargo, aún no estaba del todo convencida de que la piedad fuese una debilidad detestable. ¿Y esos hombres a quienes encarcelaba y condenaba a muerte la poderosa *ekklesia*, que perseguía incansable la herejía y la impiedad? ¿Acaso ellos no merecían piedad y justicia? ¿No eran a veces una misma cosa la piedad y la justicia? El mundo estaba lleno de misterios. De una cosa sí estaba segura. No había una sola ley que pudiera extenderse hasta abarcar todas las circunstancias de la conducta del ser humano. La naturaleza sí disponía de leyes amplias, pero los hombres estaban dotados de intelecto y sabían diferenciar. La derrota de la naturaleza había creado las civilizaciones y la belleza, el orden, la filosofía y el arte, y había liberado los grandes imponderables de la mente humana. La naturaleza en sí era caótica y debía ser dominada para que la vida no regresara de nuevo a la jungla y al salvajismo.

Las alumnas entraron ahora en el aula, que presidía una maestra severa que miró a Aspasia sin afecto. Su belleza le inspiraba envidia y sus discusiones la enojaban. Maia, la maestra, consideraba a las matemáticas como la verdadera ley, el orden inflexible y objetivo, siempre válido. Las matemáticas gobernaban el universo y ella las reverenciaba como la manifestación de la sabiduría de los dioses. Sin la precisión de las matemáticas no habría vida en absoluto, ni planetas ni estrellas guiadas en su paso por leyes eternas y precisas.

—Pero nosotros tenemos una mente —dijo Aspasia cuando la maestra insistió de nuevo en este tema— no es precisa, ni está gobernada por las matemáticas. Si así fuera, la conducta de cada hombre sería igual a la de los demás, y todos se verían reducidos a un simple juego de números y podría predecirse su pensamiento. ¿Qué decir de la mente, que no es esclava del valor aparente ni de la regla de precisión ni de las matemáticas?

—Si los gobiernos insistieran en que las matemáticas se aplicaran a los asuntos humanos, no tendríamos desórdenes ni revoluciones, ni pensamientos confusos, ni emociones destructivas —dijo la maestra.

—Entonces no seríamos hombres —repuso Aspasia. Enojada, la maestra exclamó furiosa:

—¿Qué es el hombre?

—¡Ah! —contestó Aspasia. Esa es una pregunta que no pueden explicar las matemáticas.

—¿Es que prefieres el caos a la ley y al orden? —exclamó Maia ofendida.

—La mayoría de los hombres prefieren la ley y el orden, pero niegan que las matemáticas tengan algo que ver con ello —dijo la muchacha— porque son el resultado de la inteligencia, la reflexión, y la observación de que los hombres no pueden existir en el caos y el desorden.

—Una observación que se basa en la verdad de que dos y dos son cuatro —afirmó Maia más y más exasperada. Aspasia agitó suavemente la cabeza.

—Cierto que en este mundo dos y dos equivalen a cuatro, pero ¿cómo puede demostrarse que tal ley prevalezca en otros mundos que giran en torno al sol? Tal vez en esos mundos dos y dos sean cinco. ¿No es posible que las mismas matemáticas sean subjetivas y que no prevalezcan siempre en todas partes?

—¡No son subjetivas, Aspasia! No hay más que una ley en todo el universo.

—¿Como puedes demostrarlo, Maia?

—Mediante la inducción y la deducción, joven disidente.

—Pero también esas son subjetivas, Maia. Nacen en la mente humana.

—Hay una mente superior a la tuya, muchacha, que ha fijado las leyes que gobiernan el universo con una precisión inalterable.

—También esa mente es subjetiva, Maia. La maestra la miró con astucia y le lanzó al rostro sus propias palabras imitando su tono de voz:

—¿Cómo puedes demostrarlo, Aspasia? Esta se echó a reír y las demás se unieron a ella.

—Todo constituye un gran misterio que resulta emocionante. La conjetura en sí misma ya lo es. El hombre que no se hace preguntas constantemente es sólo una bestia.

Sin embargo, las matemáticas le interesaban profundamente aun cuando considerara o creyera que sus leyes precisas podían pertenecer únicamente a este mundo. Su mente se agudizaba mediante los conocimientos de otros, y el diálogo le revelaba descubrimientos interesantes. Pero los maestros se disgustaban cuando un diálogo iba en desacuerdo con sus opiniones. Ignoraban que sus convicciones demasiado doctrinales, eran lo que molestaba a la muchacha, que no creía en ningún absoluto. La mente del hombre debía ser libre para razonar a su voluntad, y sólo debía detenerse cuando chocaba con la mente de otros y originaba destrucción y opresión. En resumen: la libertad era la ley de la vida floreciente, y, si algún malvado la erradicaba, sobrevendría la muerte.

Se guardó muy bien de decir a Maia que, para ella, las matemáticas eran el mayor misterio de todos, y uno de los interesantes. La maestra se habría asombrado profundamente de que Aspasia juzgara a las matemáticas misteriosas, tan misteriosas como Aquel que las había ordenado. Ya comprendía, aunque vagamente, que los que hacían caso omiso de los misterios y negaban su existencia, eran seres anodinos, por grandes que fueran sus conocimientos. Aspasia empezaba a despreciar a los dogmáticos y recelaba de los que creían tener todas las respuestas.

Siguió pensando sin atender a la clase. Todas las ciencias se basaban en la «ley» de la causalidad. Ella dudaba que la causalidad lo gobernara todo. La mente del hombre lanzaba conclusiones definitivas sin causa aparente en muchas ocasiones. Siendo los hombres con frecuencia demasiado emocionales y poco dominados por la sabiduría, había que pensar que las causas concretas no siempre conducían a resultados inevitables, y estos pocas veces eran predecibles.

Las otras muchachas bostezaban durante la lección, aunque algunas, pensando en

su futura riqueza, se interesaban por las matemáticas. «Pero la riqueza no siempre es la misma ni es inextinguible», pensó Aspasia. Cuando los gobiernos devaluaban la moneda, reduciendo por ejemplo la cantidad de oro o recortando el tamaño de las monedas, la riqueza —el dios de los mercaderes— se desvanecía, con frecuencia. Sólo de una cosa podía estar el hombre completamente seguro en este mundo: de que no había nada cierto. La divertía y entristecía a la vez, que la mayoría de los hombres lo negaran tercamente. Uno debía vivir al ritmo de los sucesos, interesado en todos ellos, pero sin sacar conclusiones férreas, lo cual era el último refugio de los estúpidos. ¿Por qué el conocimiento era inevitablemente enemigo del misterio? Sin embargo, nadie era capaz de explicar adecuadamente qué era un hombre, o demostrar irrefutablemente su origen. Sin el afán de saber, la sabiduría estaba muerta.

«Nunca seré la amante de un hombre que no tenga dudas, que carezca de la capacidad del asombro», se juró a sí misma. Pero ¿existiría un hombre así? Targelia jamás hablaba de gentes de ese estilo.

Había un tema en el que su mente se enfrascaba con gozo: era el arte. Después venía la historia y el gobierno. Le molestaba que Targelia no pusiera énfasis en estas materias cuando enseñaba a sus doncellas, considerándolas importantes sólo en la medida en que servían para poder hablar con fingida inteligencia sobre esos asuntos si llegaban a ser amantes de hombres consagrados a ellos.

—Incluso en ese caso —observaba— a los hombres les molesta que la mujer entienda demasiado de esos temas.

Sin embargo, los maestros de la escuela eran competentes. Targelia despreciaba la incompetencia. Para Aspasia el arte era la joya suprema de la mente del hombre, y era la única que poseía validez real, aunque fuera subjetiva. Entró en la clase de arte con la alegre iniciativa que es el atributo del auténtico escolar. Las otras muchachas, con pocas excepciones, creían que el arte sólo lo era en verdad cuando aumentaba el encanto de una mujer y la hacía deseable a los hombres. Preferían el arte de los cosméticos, y el baile y la música, porque las hacía codiciables, y porque tenían la exuberancia de la juventud.

4

Tmolos, el preceptor de arte —llamado así por el Monte Tmolos— estaba encantado con Aspasia, su mejor alumna, dócil y ansiosa de saber. Al contrario que la mayoría de los griegos, no despreciaba la mente femenina. «¿Existía el arte sin la mujer?». No, se respondía. Las mujeres eran el arte supremo de los dioses, aunque destruyeran también a dioses y hombres. Pero ¿no era la belleza en sí un terror inmortal y exquisito, y no era por tanto destructora? Sin el arte, don y ornamento de los dioses, no habría civilización, ni justificación de la vida. Todo lo demás era mundano, prosaico y aburrido. Ninguna otra cosa interesaba tanto a la mente, ni la llenaba de gozo, elevándola por encima de la carne. El arte hacía al hombre verdaderamente hombre. Tmolos había comprobado que Aspasia estaba de acuerdo con él. En una ocasión le había dicho: —Tmolos, tú eres verdaderamente un filósofo— y él había comprendido sus palabras y aceptado aquel comentario como un espaldarazo, aunque ella fuera una niña y él un viejo.

Era pequeño y flaco de cuerpo, jorobado y canoso, pero sus ojos eran vivaces, llenos de fuego juvenil y gozo de vivir pues, como Aspasia, hallaba hermosura en todas las cosas, incluso en un sapo verrugoso, una piedra llena de líquen, o una brizna de hierba. La fealdad no le molestaba, pues juzgaba todo cuanto existía intrínsecamente bello.

—Una vieja consumida y desdentada, con el pelo blanco y las manos paralizadas, tiene una gloria innata —decía—. ¿No vive, no tiene alma? Luego es hermosa. Su vida y sus pensamientos la han moldeado. ¿Que han sido odiosos? Pues... también tienen misterio, y por tanto su propio encanto. Una vez que hemos aprendido que nada es aburrido, nada demasiado mezquino o despreciable, podemos alcanzar la serenidad, ya que la serenidad es el alma del arte.

—¿Aun cuando represente la violencia? —había preguntado Aspasia.

—La violencia es parte de la vida y con frecuencia es una estimulación, un drama, hija. Podemos contemplarlo tal como es, como un aspecto de la vida, y la vida en sí misma es arte.

Sólo hallaba que algunos hombres eran indignos de ser llamados humanos. Además, suponían una amenaza para los demás hombres.

—No todo lo que camina con forma de hombre es humano —explicaba—. Muchos hay que no tienen casi humanidad, otros no la tienen en absoluto. La apariencia no lo es todo. Está el alma. He oído decir que algunos pájaros fabrican unas moradas encantadoras y delicadas para sus hembras, eligiendo entre los colores y la textura de las flores y logrando un paraíso de simetría y fragancia. ¿No son más humanos, en el pleno sentido de la palabra, que el hombre que juzga adecuada su

morada hecha sólo a base de piedra, madera o ladrillo? El don de la humanidad no se limita a los hombres. Dicen que muchos animales poseen y demuestran las virtudes de la compasión y la justicia, la ley, la ternura y el amor. Luego son más humanos que aquellos que no las poseen.

Amaba a los dioses, aunque afirmara con frecuencia que eran pervertidos, caprichosos y demasiado humanos, pues, ¿no eran todos hermosos, incluso el cojo Vulcano? Zeus había violado a Leda y de ella había nacido Géminis y Helena de Troya, y Clitemnestra.

—Pero la historia de Leda y el cisne es inmortalmente hermosa —decía—. Pensad en aquella doncella encantadora, toda su hermosura, y el cisne de alas blancas apoyando la cabeza en su seno.

Las muchachas se habían reído al escucharle, pero Aspasia lo había comprendido. De la tumultuosa violencia había surgido la hermosa Helena y Géminis; del amor lascivo las formas de los dioses y el rostro inolvidable de Helena de Troya. «Pero no disculpaba la violencia sin sentido, que era despreciable, sino sólo la violencia que producía belleza», pensó Aspasia.

Tmolos tenía excusas para todo aquello que condujera a la belleza. Por eso Aspasia se preguntaba en ocasiones si tendría razón. Sin embargo, amaba a Tmolos y le perdonaba.

Esclavas y esclavos de notable hermosura posaban para las hetairas durante las clases de pintura, escultura y mosaico. Se elegían con todo cuidado aquellos cuerpos que tuvieran gracia y juventud. Targelia había insistido en que las doncellas debían recalcar los atributos sexuales de ambos sexos, y someter a los esclavos a un examen exhaustivo y hablar de sus gracias físicas, pero Tmolos prefería discutir de todo ello bajo el punto de vista del arte.

—No hay matices libidinosos en el arte —decía—. Lo que es exquisito se halla por encima de toda suciedad. El mal no está en el objeto, sino en el que lo contempla. Transferimos al arte nuestra falsedad y degradación, pero los objetos en sí no son lascivos ni meretricios. En resumen: aquello que vemos puede interpretarse con admiración e inocencia, o con perversión. Todo depende de nosotros. La mayoría de las doncellas preferían reírse y hacerse guiños maliciosos que enojaban al viejo.

—¡Sois idiotas! —gritaba—. ¿No crearon los dioses al hombre y la mujer? ¿Encontraron ellos algo licencioso u obsceno en sus cuerpos? La maldad está en vuestra propia mente, y eso sí es triste. Pero he podido comprobar que la juventud es de natural grosera e impura. Eso es la maldición de la humanidad.

En una ocasión Aspasia le había dicho:

—Sin embargo, la convicción de que ciertas cosas son malas y rastreras, ¿no aumenta su valor ante la mente humana? Tmolos meditó en ello. Luego dijo: —¡Ay!, es cierto.

No obstante seguía luchando con las jóvenes asignadas a su cuidado. El arte, les decía, está por encima del bien o del mal. Sabía que con esto desafiaba a la *ekklesia*,

cuyo ceño adusto y mentalidad estrecha hallaba maldad en todo, e incluso denunciaba a los atletas desnudos y, por supuesto, a la belleza en sí.

—Si se atrevieran, destruirían también a las abejas que fecundan las flores —se quejaba amargamente Tmolos. Aspasia profundizaba en sus palabras y sabía que eran ciertas. Al igual que él, también ella deploraba el hecho de que los escultores cubrieran de pintura la majestad blanca y noble de las estatuas de mármol.

—¡Si hubiera más inocencia! —repetía Tmolos incesantemente—. ¿Por qué ha de abrumar la humanidad con su mezquindad y mediocridad a lo que es de por sí simple y perfecto? Si la maldad existe, existe tan sólo en los complicados vericuetos de la deformada alma humana, que ha de lanzar su porquería sobre todo lo que es puro.

Con Tmolos aprendió Aspasia, más que con sus maestros de teología, la verdadera perfección y el auténtico respeto.

Había sabido desde su infancia que nunca sería capaz de crear grandes esculturas, y que tampoco podría descollar en la pintura a pesar de sus esfuerzos. Tmolos la consolaba:

—No es necesario crear belleza para apreciarla, hija mía. ¿Para qué trabajan los pintores y escultores? Para el gozo de los que observan sus obras. No todos podemos ser artistas. Pero el espectador que ama y admira, ¿ha de ser menos que el que crea, ama y además admira? ¿Acaso los dioses nos exigen que también seamos dioses? No. Es suficiente que nos regocijemos en ellos, y en aquellos a los que han dotado.

Aspasia sostenía el frío mármol entre sus manos y con frecuencia se quedaba en éxtasis contemplándolo. Su corazón latía de gozo cuando acariciaba los mosaicos y observaba los cuadros. La reproducción de la naturaleza la exaltaba. Su gusto era imaculado e infalible. Como su maestro, odiaba la mediocridad.

—La perfección, —decía Tmolos— es la meta máxima del verdadero artista, pero no importa si los que aman la belleza en el arte no sean artistas. Basta con que sepan valorarlo. Este aprecio es el espaldarazo y la satisfacción de todo artista. Sin la comprensión de la belleza, el hombre es un animal.

Y añadía:

—Por desgracia, ningún artista consigue jamás en su obra la perfección a que aspira. La perfección está por encima de la humanidad, pero eso no significa que debamos abandonarla como meta.

Para Aspasia, que deseaba sobresalir en todo, sus palabras eran un consuelo. Por ello, cultivaba la adoración y la comprensión de la belleza y confiaba fervientemente en que algún día sería capaz de influir en un hombre poderoso a fin de que patrocinara las artes. Nunca podría soportar a un hombre que disfrutara con su belleza y sus encantos sin captar todo su sentido, pues la sensualidad no era suficiente. La belleza física era transitoria: lo que se grababa en piedra, se pintaba con colores luminosos y se escribía en libros elocuentes, sí perduraba. Helena de Troya había muerto, pero el recuerdo de su belleza seguía latente e inspiraba a poetas y artistas. La leyenda era eterna; nunca envejecía ni se afeaba. Por eso los dioses seguían siendo

magníficos, muy por encima de la corrupción humana.

Hoy, Tmolos tenía una modelo nueva para sus alumnas. La jovencita, desnuda y brillante como el ámbar, tenía unos doce años y mostraba inocentemente su desnudez. Los cabellos, negros y muy largos, acariciaban sus senos, aún en capullo, y apenas tenía vello púbico. Miraba con curiosidad a las doncellas que entraban en grupo, pero sus ojos tenían una mirada vacua, apenas consciente. Estaba de pie, con el codo apoyado en un pedestal de mármol y se removía inquieta. Se llamaba Cleo. Esbelta y delicada, Targelia la consideraba ya como candidata para el grupo de las hetairas, pues era rápida de mente para todo aquello que tuviera relación con ella misma. Había sido entregada hacía poco a Targelia para que la sirviera, y, según se decía era hija de una hermosa cortesana y de un hombre de cierta importancia en Mileto.

Cleo miró ahora con mayor atención a las doncellas que se dirigían a sus puestos de modelado de arcilla, pintura y mosaicos, y opinó que ya eran muy mayores. Luego sus ojos se clavaron en Aspasia que parecía haber traído con ella el sol a esta habitación. Inmediatamente se sintió dominada por una adoración infantil, como le ocurre al que llega a divisar a una ninfa. Atraída por la mirada intensa de la niña, Aspasia se volvió también a mirarla, y quedó conmovida por su belleza. Parecía una estatua de Eros; era como la representación de la primavera. Como siempre, Aspasia experimentó tristeza y frustración al no poder moldear de modo perfecto y no ser capaz de recrear impecablemente lo que veía. Una de las doncellas destacaba en la pintura, y Aspasia se acercó a su caballete y vio de nuevo con envidia que ya estaba delineando la cabeza de Cleo con unas líneas rápidas al carbón, y que incluso había esbozado ya el cuerpo joven y perfecto. Luego se aproximó a otra que, pacientemente, elegía piedrecitas para su mosaico. «Yo no tengo tanta paciencia; mi mente corre demasiado», pensó. Sin embargo encontró una piedrecita azul que la muchacha estaba buscando. Al ver que encajaba exactamente, se sintió abrumada por la satisfacción. Mi vista es buena, se dijo, aunque mis manos no la obedezcan.

Miró de nuevo a Cleo. La luz del sol acariciaba las formas de la niña y parecía atravesarla, dando a su cuerpo un tono de miel. Aspasia suspiró. Ahora comprendía lo que Tmolos quería decir al afirmar que nadie podía reproducir la naturaleza en todo su brillo por mucho que soñara, trabajara y suspirara; y entendía por qué su maestro nunca se sentía satisfecho con lo que había creado.

Tmolos, que amaba a Aspasia, vio su rostro y pensó: «¿Por qué no ha de comprender que no es posible sobresalir en todo?». Pero él sí comprendía que la naturaleza del genio consiste en desear la perfección; por eso no reñía a Aspasia aunque pareciera desesperada mientras trataba de modelar la arcilla o tallar el mármol, o cuando tiraba el pincel al suelo mientras trabajaba ante su caballete. Se despreciaba a sí misma en esta sala; sin embargo anhelaba estar constantemente en ella. La clase siguiente era la de retórica, en la que Aspasia destacaba sobremanera. Aquí podía olvidar la humillación que sintiera en el aula de Tmolos. Su voz, resonante, firme y musical, conmovía con frecuencia a la maestra. Era una voz sin la

característica timidez femenina. Las otras la escuchaban ensimismadas, aunque apenas comprendieran el tema. Los ojos de Aspasia brillaban de modo extraordinario y sus gestos tenían una gracia especial. Cuando empezó a leer un pasaje de Homero, el aula se llenó de la gloria de Géminis, de Aquiles y Apolo, de Hércules y Ulises. «Tiene la voz de una sirena, capaz de arrastrar a los hombres al bien y al mal. Helena de Troya debió poseer una voz semejante, pues la belleza sola no es suficiente para esclavizar a los hombres», pensaba la maestra.

A continuación de esa clase recibían lecciones de danza y música, en particular de lira y flauta. También aquí destacaba Aspasia, aunque no diera una importancia especial al baile. Pero la música le encantaba. Manejaba ahora ya los instrumentos musicales de tal modo que, en sus manos, cobraban una dimensión y profundidad inmejorables, llegando a conmovérla de corazón.

Las clases de teología no le resultaban gratas. Pero se mordía la lengua, conociendo los castigos que la *ekklesia* infligía a cualquier sospechoso de herejía o disensión contra la religión dominante. Sin embargo, le ardía el rostro y surgía una mirada despectiva de sus ojos cuando escuchaba alguna pedantería piadosa. El preceptor convertía la grandeza de los dioses en simple mortalidad, creyendo que, al degradar lo inexplicable y rebajar la majestuosidad hasta el entendimiento y familiaridad humanas, los hacía más comprensibles, .

Y así transformaba el Olimpo, la morada de los dioses, en un suburbio de Atenas, o incluso de Mileto.

Aspasia siempre se sentía batalladora al acudir a la clase de política e historia, y el maestro la detestaba por sus controversias.

—¿Quién escribe la historia? —le había preguntado ella una vez—. Los simples mortales, que dan su propia interpretación, según su capricho y sus opiniones subjetivas, de cuanto ha sucedido. Es muy fácil falsear la historia. En cuanto a la política, no es más que historia.

Pero estos temas la apasionaban a la vez que la enfurecían. Se decía que, de ser más grande la nariz de Helena de Troya, o menos luminosa su mirada, Troya no habría sido nunca destruida por el fuego, ni su marido deseado su muerte, ni París la habría raptado. ¡En esas trivialidades se basaban los asuntos de los hombres! Aspasia encontraba muy divertida la política y la historia por la luz que arrojaban sobre la ridiculez de la naturaleza humana.

—Son cosas dignas de comediantes —observó en una ocasión— y, desde luego, no debían considerarse como la verdad objetiva e inmutable. Había llegado a decir incluso que la historia estaba hecha por locos y que las guerras eran la locura definitiva, observación que no despertó precisamente el afecto de su maestro.

—¿Acaso no ha sido todo hecho por el hombre, y es el resultado del hombre? —le había preguntado él.

—No —había contestado Aspasia—. Hay imponderables por encima del conocimiento y la comprensión humana.

El maestro la acusó entonces de ser una chiquilla, una mujer sin importancia cuyas opiniones nada valían. Las doncellas que no apreciaban a Aspasia por su belleza y su superioridad se rieron a escondidas. Al menos, Aspasia, con sus discusiones, aliviaba el aburrimiento de la clase y por ello le estaban todas agradecidas.

Eneas, el preceptor de historia, era griego. Por eso disertaba con frecuencia sobre la derrota de los persas en las Termópilas.

—No soy supersticioso —decía—, pero sí creo en el destino. Atenas, y Grecia entera, fueron protegidas por alguna intervención misteriosa. Parecía imposible que Jerjes pudiera ser derrotado por nosotros, los griegos, un pueblo de gentes que han peleado constantemente, aun entre ellos mismos, por hombres de las montañas agrestes, de los acantilados y los pasos, de los pueblos de pescadores, de las ciudades pequeñas, todavía más pequeñas que Atenas, que en si es insignificante. Sobrepasados en gran número, en una proporción de cien a uno, y siendo aquellos invasores sólo la primera oleada de un mar de soldados y de naves, los griegos se enfrentaron al enemigo en su tierra y sus aguas sagradas y lo derrotaron ignominiosamente. Esta nación pequeña llena de polvo dorado, de montañas, de furiosos torrentes, de valles siempre verdes y mares brillantes, pueblos miserables, caminos de piedra, campos resecos y un ardiente cielo azul, se negó tercamente a dejarse conquistar y esclavizar por el poderoso Jerjes y prefirió, en última instancia, la libertad o la muerte.

—Aunque Aspasia admiraba la poesía de sus palabras, había dicho:

—Solón declaró que todos los hombres debían ser libres. Pero tenemos esclavos. ¿Es que un esclavo no es un hombre? El maestro la había mirado furioso:

—Nosotros creemos que un esclavo es una cosa, no un hombre. Los dioses decidieron su destino. Los dioses crearon la libertad para los hombres. Luego si un hombre no nace libre, no es verdaderamente humano.

—Hay algo erróneo en tu silogismo —dijo Aspasia.

—¡Demuéstrame! —gritó el maestro con ira.

—Solón fue grande y sabio —dijo Aspasia—. Deseaba establecer una república, pero Atenas había caído ya en la democracia. En eso se basa la gran tragedia del gobierno. Pero no importaba. Cuando Solón declaró que todos los hombres debían ser libres y estar a salvo de un gobierno inquisitivo y entrometido, no dividió la humanidad entre los que nacían libres o esclavos. También exigió que se aboliera la esclavitud, ya que él no consideraba al esclavo una simple cosa, sino un hombre.

El maestro se había limitado hasta entonces a ignorarla y, tomando aliento de nuevo, siguió adelante con la lección de historia.

—Por supuesto los espartanos, a los que desprecié por su austeridad, eran los más disciplinados, pues formaban una comunidad de soldados que sólo vivían para la guerra, pero frente a los ejércitos y navíos de Jerjes eran menos que nada. En cuanto a nosotros, los atenienses —y sonrió con agrado— somos volubles y nos

enorgullecemos de nuestro ingenio y energía, y de nuestro amor por la belleza; practicamos toda suerte de pillerías en el mercado, y nuestros compatriotas griegos afirman que no se puede confiar en nosotros. Pero aún puede decirse menos de los hombres de Tebas, a los que todos juzgan poco civilizados. Las ciudades y pueblos —continuó Eneas— dominados por el pánico, enviaron el menor número posible de guerreros a enfrentarse con el enemigo en los diversos frentes de batalla, pues había que conservar a la mayoría para que defendieran a sus esposas e hijos, los muros de sus casas miserables y los animales domésticos. Pero los ejércitos de Jerjes eran como la langosta. Allí había soldados árabes, cabalinos, tibarenios y cólguidos con cascos de madera; medos con la piel oscura y fama de valientes; negros, cubiertos de pieles de animales; psidios y cáspiros; tracios; y ríos de caballos y bueyes, y brillantes carros de guerra. Además, noventa mil arqueros y lanceros, por no mencionar los armados con espadas y escudos de piel; y luego los mismos persas, notables por su ferocidad; y mercenarios, cisios, asirios y escitas, con sus ropas de lana, y bárbaros caspios con botas de altos tacones y ropas multicolores. Todos ellos invadieron las ardientes llanuras de Grecia, envueltos por nubes de polvo que reflejaban los fúlgidos rayos del sol. También lucharon con los griegos sobre las aguas incandescentes. En las Termópilas, las fuerzas persas se enfrentaron contra sólo siete mil griegos, pobremente armados, pero enormemente valerosos que superaban su propio cinismo y temor natural, y se disponían a morir por defender el desfiladero. Se dice que el mismo Jerjes los compadeció y admiró. Sus espías le habían comunicado que aquel pobre ejército de espartanos, tebanos y atenienses, luchaba al mando de Leónidas, de Esparta, valiente capitán ferozmente independiente. Diré aquí de paso, como ateniense que soy, que los espartanos son tan poco inteligentes como las hormigas, así como grandes guerreros...

—Es lo más normal —interrumpió Aspasia.

El rostro del maestro enrojeció de cólera. Alzó la voz y continuó:

—Que tal sociedad, tan opuesta a la nuestra, de griegos libres, engendrara a un hombre como Leónidas, es un misterio, y un misterio fue también para Jerjes. Era un hombre rudo pero inteligente, distinto a los demás espartanos, tan sólo crueles y valerosos. La tierra de las Termópilas —siguió Eneas— resonó como el trueno de los dioses bajo los pies del ejército de Jerjes, tomado por hombres venidos de muchas naciones, la Compañía de los Inmortales, y sus mejores tropas personales. Y los griegos se enfrentaron con ellos en aquel paso estrecho y consiguieron inmovilizarlos hasta que los traicionó uno de los suyos, que llevó a los persas más allá del paso. Jerjes mató a los heroicos espartanos, hasta el último hombre, y avanzó sobre Atenas y la redujo a cenizas.

—El hombre es siempre traicionado por los suyos, por aquellos a los que más ama —dijo Aspasia.

—¡Ah! —gritó el maestro airado de nuevo—. Y, ¿cómo puedes saberlo tú, con esa edad tan venerable?

Aspasia contestó con su serenidad exasperante:

—Porque tú nos has enseñado historia, Eneas.

—Ah —repitió este, pero con voz más suave—. Continuemos. Los espartanos y los tebanos, junto con cierto número de atenienses de poca importancia, derrotaron al imbatido Jerjes en Micala, y de modo espectacular en Salamina y más tarde en Platea. ¿Cómo fue posible? Esos valientes, en los últimos momentos, luchaban con las manos desnudas y los pies ensangrentados; con uñas y dientes, una vez destrozadas sus débiles espadas y lanzas de hierro. ¿Que gran misterio les movió a luchar de ese modo, y a hacerles superiores al hombre medio, aunque sólo fuera por unas horas? ¿Qué fue lo que inspiró a su espíritu pequeño y envidioso, a su mente suspicaz, y les infundió esa divinidad y valor increíbles?

—Luchaban por su vida —dijo Aspasia—. No tenían otra cosa que perder.

—¿Niegas acaso el heroísmo y la capacidad del hombre para luchar por algo superior a sí mismo? —exclamó el maestro, perdidos ya los estribos.

—Niego que los hombres luchen por algo más importante que su propia vida. Eso va contra la naturaleza humana.

—¿No crees en la nobleza personal?

—Nunca he podido apreciarla.

—Eres una cínica, hija mía, y te compadezco.

—Estudio a la humanidad. El hombre lucha por protegerse a sí mismo y por defender sus amados derechos; si lucha por algo más es un loco o un dios...

El maestro dejó que el silencio se prolongara mientras observaba a Aspasia con los ojos entrecerrados.

—¿Equiparas a la locura con los dioses? —preguntó con una voz ominosamente suave, él, que con tanta frecuencia insinuara que no creía en ellos.

Aspasia supo ver la peligrosa trampa.

—Con frecuencia se dice que la locura y la divinidad están estrechamente relacionadas. Tú mismo nos lo has dicho, Eneas, lo llamas «La divina locura».

—Yo me refería a la poesía y a la divina locura del hombre que lucha por algo más noble que sí mismo; a la divina locura de los artistas. También la guerra es un arte, según hemos dicho siempre nosotros los griegos, aunque los jónicos seáis más lentos en discernirlo.

—Nosotros nos aliamos una vez con Esparta —dijo Aspasia— lo cual, admito, fue una locura.

Hoy, y con gran aburrimiento por parte de las doncellas, Eneas continuó discutiendo con Aspasia sobre la diferencia entre una república y una democracia. Afirmaba que eran lo mismo, según ya dijera antes, pero Aspasia le repitió:

—Solón deseaba una república libre, pero aunque los griegos honran ese deseo, su país no es más que una democracia y por tanto es peligrosa. Por desgracia, si bien Solón concibió los principios permanentes de una república, no llegó al establecimiento de la misma. Por eso cayó el gobierno de Atenas en manos de los

tiranos, que introdujeron la democracia. Los atenienses son demasiado volubles y activos en asuntos insignificantes, demasiado dados a la risa y los cambios, y demasiado excitables, para seguir el sueño de la república de Solón.

Eneas dijo:

—Si tan sabia eres, muchacha, define la diferencia entre la democracia, que es Atenas, y la república.

Aspasia habló con paciencia:

—Ya lo he hecho, maestro. Pero lo repetiré. Una república, como dijo Solón hace más de un siglo, es el gobierno que se rige mediante leyes escritas y permanentes; no el que lo hace a través de innumerables y caprichosos decretos; esa es la esencia de la democracia. En una república, según sus palabras, el pueblo obedece a los gobernantes y los gobernantes obedecen a las leyes. Pero en una democracia los gobernantes obedecen a la masa, que es caprichosa, violenta y ambiciosa. De ahí el caos y, al fin, la tiranía.

Continuó la discusión. En opinión de Eneas la voz del pueblo era la voz de los dioses, por eso abogaba por la democracia. Pero ahora cayó en la trampa. La república representaba en realidad al pueblo, y creía con excesiva firmeza en la ley, pero no tenía en cuenta los deseos, en constante evolución, de aquellos a quienes gobernaba. A lo cual contestó Aspasia:

—Entonces, ¿ha de convertirse la ley, una ley justa y adecuada que asegura al pueblo un gobierno estable y respetado por la ley, en un juego, en un juguete, en nombre de Demos? ¿Ha de ser interpretada según el capricho de los que sólo buscan su provecho, los exigentes por naturaleza, los que se dejan gobernar por el vientre más que por la mente, y no tienen el menor respeto por el gobierno ordenado?

—Sólo sientes desprecio por el pueblo, Aspasia.

—Me limito a observar, Eneas.

Pocas alumnas llegaban a entender la controversia, pero les satisfacía la compostura de Aspasia y la cólera de Eneas. Les aliviaba la monotonía de una clase aburrida.

Había llegado el crepúsculo, así que terminó la clase. El sol poniente era una esfera de oro ardiente, y el mar y la tierra se cubrían de vacilantes sombras de color púrpura. Las hojas de los mirtos parecían doradas, los cipreses recortaban su negrura contra el cielo, y las palmeras se agitaban trémulas bajo el viento suave del atardecer. Se alzaba de la tierra un aroma sensual de jazmines y rosas, de piedras frescas y agua, y las fuentes lanzaban a lo alto hilos de agua como dedos frágiles matizados de oro y lila.

Paseando por el jardín antes de la cena, Aspasia encontró a Cleo sentada junto a un estanque cuyas aguas temblorosas despedían reflejos dorados. La niña llevaba una túnica corta color plata y el pelo negro enrollado en la nuca. Miró tímidamente a Aspasia y se levantó. Esta contempló el estanque en el que nadaban ociosos pececillos iridiscentes y luego se volvió a la niña.

—Dime, Cleo, ¿cuál es el mayor deseo de tu corazón? La miró con los ojos muy abiertos. Luego dijo vacilante:

—Me gustaría ser una hetaira como tú.

—Me han dicho que lo serás. ¿Te satisfará eso? Cleo quedó desconcertada.

—Pero ¡si es la cosa más deseable de todas, señora!

Aspasia suspiró. Había sido muy tonta por esperar algo más que esa respuesta, ya que Cleo lo ignoraba todo. «¿Por qué estoy siempre buscando la inteligencia en los seres humanos, en los que tan pocas veces existe?», se preguntó.

Últimamente tenía más y más conciencia de una inquietud de espíritu y un sufrimiento de algo que aún era incapaz de nombrar. Experimentaba una gran soledad, ella que jamás se había sentido sola antes, un anhelo todavía sin forma, algo cálido, un calor a la vez profundamente físico y profundamente espiritual.

Seguía observando la puesta del sol, y el viento le alzaba los cabellos; cuando le cayeron sobre los hombros fue como un abrazo, y suspiró. Creció en ella un anhelo, un hambre devoradora de algo todavía desconocido. Pronto lo comprendería, y sería desastroso para ella.

5

El maestro de gimnasia de la escuela murió de repente y Targelia fue al mercado de esclavos para adquirir otro que lo reemplazara. Encontró un esclavo de belleza notable, labios sensuales y sonrientes y unos ojos azules muy alegres. Tenía también una mata de rizos castaños, músculos de notable fuerza y el cuerpo de un dios joven. Su piel brillaba con un tono bronceado como si estuviera cubierta de aceite, y sus modales eran encantadores, su conversación amena y el rostro malicioso.

«¡Qué tesoro!», pensó Targelia sintiendo en todo su ser un calorcillo que no había experimentado en mucho tiempo. A lo largo del último año se había cansado de Equión y los demás amantes maduros que, en ocasiones, parecían agotados por la edad, cuando a ella jamás le fatigaban las actividades amorosas. A veces se dormían en sus brazos, dejándola insomne, distraída e insatisfecha.

Sin embargo, era una mujer prudente, por eso preguntó por qué se ofrecía en venta aquel dechado de perfecciones, aunque el precio fuera elevado. Le respondieron que su amo había descubierto que Talias se interesaba en exceso por los hijos jóvenes de la casa y que por ello deseaba venderlo. Targelia se preguntó por qué el amo se habría privado de aquel placer, pero rechazó el pensamiento. ¿No sería posible que una mujer tan seductora como ella le educara en las artes de los afectos naturales? En cualquier caso Talias sería un maestro de gimnasia seguro para sus vigiladas doncellas.

Lo que ella ignoraba era que el informe sobre Talias era falso. El esclavo había disfrutado de los favores no sólo de la esposa, sino también de las hijas de su amo, que lloraron al verle partir. Había seducido asimismo a todas las esclavas, que gimieron días y días tras su partida. Tres quedaron embarazadas. Talias era un hombre muy potente, de un erotismo incansable. El amo llegó a pensar en castrarle, pero su virilidad misma se opuso a ello, afortunadamente para Talias. Como esclavo castrado, Talias sólo podría ser vendido, y a bajo precio, en un bazar oriental, como un eunuco más, y valía demasiado para eso. De modo que dispuso su venta, a un precio muy alto, y se calló discretamente las hazañas amorosas del esclavo. ¡Que se cuidara el comprador!

Targelia estudió pensativamente aquel cuerpo joven y atlético, como dueña de las cortesanas y como mujer. Se lo llevó a un lado y le interrogó. Sus doncellas no debían desarrollar los músculos, ya que para los hombres distinguidos, eso resultaba repugnante en una mujer. La gimnasia debía limitarse y dedicarse tan sólo a afirmar y redondear un cuerpo juvenil. Talias la escuchaba con intensidad, y sus hermosos ojos empezaron a brillar ante la perspectiva, pero, con gran prudencia, se calló lo que pensaba aunque la boca se le hacía agua. ¡Un auténtico ramillete de bellezas!

Confiaba en que también fueran sensatas. Dijo a Targelia con palabras fervientes que comprendía lo que deseaba exactamente, y ella pensó que sin duda también podría satisfacerle en otra clase de deseos más personales. Después de todo era muy experta y con frecuencia había transformado a auténticos afeminados en hombres enamorados de las mujeres. Le miró el cuello, semejante a una columna de bronce, los músculos de los brazos y el pecho, y se relamió los labios. Ahora bien, siendo Targelia una mujer muy cauta, exigió poder examinarle completamente desnudo para asegurarse de que no la estafaban. La inspección resultó incluso mejor de lo que había pensado. Talias, que la vigilaba estrechamente, lo comprendió todo a la perfección. Estaría encantado de complacer a la señora, ya se dedicaría después a otras conquistas más apetitosas. Era de natural alegre y acomodaticio, y sabía dar gusto a las mujeres hasta dejarlas extasiadas y esclavizadas. Su última señora había sido una profesora magnífica y ardiente; su marido tenía además una hetaira que también había deseado a Talias... Ignoraba este tan poco de las mujeres que ni valía la pena mencionarlo.

Targelia lo compró. Se lo llevó a casa en su propia litera con las cortinas corridas y allí lo acarició a su gusto. Él simuló ser modesto y reservado, pero cierto fenómeno corporal animó a Targelia, que creyó, gozosa y erróneamente, que sus artes le habían estimulado como ninguna otra lo consiguiera antes y que, por tanto, después de esto, sería un esclavo en la cama. Se lo llevó allí inmediatamente, una vez llegados a la casa, y Talias le dijo con astucia que era la primera mujer que le había hecho sentirse consciente de la feminidad, y que dudaba que otra hubiese podido estimularle de aquel modo. Actuó de modo excelente, y Targelia, con un gran suspiro de gozo y deleite, hizo que pusieran el lecho de Talias junto a la puerta de su cuarto. Para una mujer tan astuta como ella, esto resultaba sorprendente, pero su naturaleza femenina la engañó. No se daba nunca por satisfecha, su rostro florecía y volvía a sentirse de nuevo joven y deseable. También Talias se divertía con ella. Una vez corridas las cortinas y perfumada la cámara apenas se fijaba en las arrugas de Targelia, pues tenía un cuerpo exquisito y juvenil y conocía las artes del amor, y además tenía apetitos peculiares que él sabía satisfacer. Mientras tanto, pasaba revista a las doncellas que estaban a su cuidado y disfrutaba con anticipación, pensando particularmente en Aspasia.

Targelia habló sinceramente con las jóvenes que la escuchaban con los ojos respetuosamente bajos. Talias, les dijo, no estaba interesado en las mujeres, así que no necesitaban practicar sus artes con él, ni siquiera de modo inocente. Llegó a insinuarles que no era del todo un hombre. Ellas le escuchaban sin creer una sola palabra, pues las esclavas murmuraban y ya les habían llegado rumores de los gritos de felicidad que surgían de la cámara de Targelia durante la noche y de sus juramentos de devoción. Además, Talias tenía una expresión muy satisfecha, y resultaba evidente que a Targelia le costaba mucho trabajo perderlo de vista; le acariciaba el brazo o las mejillas incluso entre las muchachas, y sus ojos se

humedecían ante ciertos recuerdos. Había recobrado un aire de juventud y vitalidad, y un brillo de energía. Las doncellas lo notaban y maravilladas, se fijaban en Talias mirándolo a hurtadillas.

En cuanto a Aspasia, que amaba la belleza, encontró a Talias físicamente encantador. Su juventud le atraía, pues nunca veía a otros jóvenes. Estudiaba su cuerpo, su rostro, su pecho. Conversaba brevemente con él en los descansos durante las lecciones de gimnasia y las lecciones con el arco y la flecha. Le creía listo hasta cierto punto, pero no podía compararse con la inteligencia que ella poseía pues sus sutilezas nada le decían. Sin embargo, en su opinión, era un hermoso animal, y cuando Talias le rozaba al adiestrarla con el arco, un delicioso escalofrío recorría todo su cuerpo.

Lo que ignoraba Targelia era que, Aspasia, a pesar del cariño que le profesaba, sufría ahora un terrible conflicto interior y una rebeldía furiosa y callada. Aspasia amaba y odiaba a la vez a su mentora, y en ocasiones la dominaba incluso la ira y el anhelo de venganza. Había que tener en cuenta también que su cuerpo, por lo general controlado y reprimido, estaba experimentando ahora las ansias y deseos de la adolescencia. A veces, de noche, imaginaba a Talias en su lecho y rompía a sudar, con asco a la vez que con renovada pasión, y sus manos se agitaban impotentes en el aire y acariciaban su cuerpo. Las ojeras se profundizaron en su rostro, haciéndola aún más atractiva. Targelia, ignorante de la verdadera razón, estallaba de júbilo, pues la virginidad de Aspasia alcanzaría un gran precio. Potentados orientales de inimaginables riquezas se enamorarían de esta maravillosa doncella. Empezó a enviar discretos mensajes a Oriente. Mientras tanto Aspasia invocaba a su patrona, Atenea Pártenos, pidiéndole un hombre de intelecto, un hombre comprensivo, y, al hacerlo, una frescura remota invadía su cuerpo y se sentía contenta por un rato, soñando en teorías y abstracciones, en disertaciones intelectuales con un hombre dotado de sutileza y filosofía. Pero cada vez pensaba más en Talias, no podía evitar que su cuerpo la traicionara, con gran disgusto por su parte, y así sus pensamientos se debatían en constante conflicto entre la corrupción y el intelecto.

Cleo fue aceptada al fin en la escuela de las hetairas y se le asignó el cuarto inmediato al de Aspasia. A esta le molestó el arreglo, pues había descubierto que aquella niña no sólo la admiraba, sino que sentía verdadera adoración, y observó que empezaba a copiar sus modales y gestos, e incluso la entonación de su voz, imitando el modo que ella tenía de inclinar la cabeza con aire suavemente burlón y de abrir mucho los ojos cuando algo la divertía, y de acariciarse el labio inferior con el pulgar. Los grandes ojos de Cleo se posaban en ella con una luz extraña. Tenía un aspecto descarado que resultaba atractivo y una boca rosada que temblaba cuando Aspasia se dirigía a ella. La servía como una esclava y esto la irritaba profundamente. Cuando Cleo la tocaba tímidamente, todo su cuerpo se estremecía, ya que las muchachas no la atraían en absoluto, y tampoco Cleo, que no poseía una inteligencia notable, aunque sí una gran agudeza natural. Otras, más desconsideradas que Aspasia, se habrían

aprovechado de aquella ocasión. Pero esa bajeza era impropia de ella.

Un día Cleo se deslizó junto a Aspasia, sentada a solas en los jardines, a la sombra de un grupo de cipreses, y, llevándose a los labios un mechón de sus cabellos, los besó. Asqueada, Aspasia se puso en pie y la abofeteó sin decir palabra. Cleo cayó a tierra en un paroxismo de dolor y deseo y lloró arrancando la hierba a puñados. Al alejarse, Aspasia se volvió mirando por encima del hombro y sus labios se curvaron en un gesto de disgusto y aversión, pues no era en absoluto inocente a este respecto. Pensó si debía contárselo a Targelia, pero sintió compasión y no quiso que enviaran a Cleo a los dormitorios donde las niñas con tales tendencias eran adiestradas rigurosamente para que supieran dar placer a las mujeres. Había adivinado que en realidad Cleo sólo se quería a sí misma, y confiaba en que pronto olvidara su aberración.

Al pensar en Talias, pensaba también en Cleo, pero no con los mismos propósitos. Durante algún tiempo rechazó la idea de explotar los anhelos de la niña en su propio beneficio. Pero, como creciera en ella el deseo por Talias, a pesar de sus esfuerzos por evitarlo, vio lo conveniente que podía resultarle Cleo, pues haría cualquier cosa que ella le pidiera.

Sabía que no amaba a Talias; le era imposible amar a un hombre que no satisficiera también su mente. Pero el deseo se hacía cada vez más poderoso en ella. Miraba sus brazos fuertes tostados por el sol, y su cuerpo se caldeaba y temblaba, ardiente y tenso. Cuando le imaginaba tendido sobre ella, casi se desmayaba ante la perspectiva, y se encogía con un estremecimiento. Recordaba las enseñanzas de Targelia: «Una mujer no debe experimentar tal respuesta ante el hombre, pues entonces todo está perdido, ya que puede enamorarse de él para desgracia suya».

Aspasia buscó un día a Cleo y le sonrió con todo su encanto sensual y hechicero. Cleo, sorprendida ante su complacencia, quedó vencida, empezó a temblar y las lágrimas acudieron a sus ojos. Aspasia se la llevó a la sombra de una avenida de mirtos, oculta de las otras, y le acarició las mejillas y la garganta, aunque su cuerpo se resistía con aversión. Los ojos de Cleo se nublaron. La miró como se mira humildemente a una diosa, incapaz de creer en tanta ternura extraña y repentina en aquella que siempre la evitara. Cuando Aspasia inclinó la cabeza y la besó suavemente en los labios, la niña vaciló y aquella, con una mueca de asco y sintiéndose repentinamente avergonzada, la retuvo y estrechó contra su propio cuerpo.

Después le susurró al oído:

—Alguna noche, amor mío, cuando nuestras guardianas nos hayan dejado, tú vendrás a mí.

Cleo tembló y la besó tímidamente en la garganta. Era un beso infantil.

¿Qué ocurriría si turbaba para siempre la naturaleza de Cleo?, se preguntó Aspasia, pero inmediatamente pensó en Talias. Y se dijo: «¿No se enseñaba a las doncellas todas las artes del amor, y sin vergüenza alguna? Pues... ¡que Targelia

sufriera las consecuencias!».

Tras la lección de gimnasia por la tarde, y una vez bañadas con aceites perfumados después de recibir un masaje, las muchachas se retiraban a dormir a sus habitaciones, pues el sueño restauraba el cuerpo fatigado. Pero un día, antes de ese descanso, Aspasia se mostró especialmente provocativa con Talias, y las convicciones del joven vacilaron. La miró con la boca entreabierta, su rostro enrojeció profundamente y tembló. Aspasia le sonrió con todas las artes que aprendiera, y su mirada era prometedora. Se apoyó por un instante contra él, permitiéndole ver cómo se alzaba de emoción su seno juvenil, y suspiró. Talias cerró los ojos y tembló de nuevo, y, comprobando que estaban solos, le acarició un seno. El sudor bañó su rostro y apareció en sus ojos una expresión de amor y pasión. Aspasia permitió que sus manos la acariciaran y su propio cuerpo respondió con un ardor y un fuego que jamás imaginara. Bajó los ojos, se humedeció los labios y sus senos se agitaron. Experimentó el deseo, casi incontrolable, de lanzarse con él sobre la hierba, pero algunas doncellas se aproximaban riendo con una maestra. Fingió hallarse muy interesada en ajustar una flecha, consciente del sudor frío que le cubría la frente. El sol lo cegaba, y sentía como si nada existiera fuera de su cuerpo palpitante, a la vez pesado y lánguido. La proximidad de Talias le resultaba enloquecedora, y repentinamente ya no hubo otra cosa en el mundo que no fuera su deseo.

Susurró:

—¿Esta noche?

Apenas podía creerlo. Pero respondió casi inaudiblemente:

—Comparto la cámara con Targelia. ¿En este jardín entonces, en esa avenida de mirtos, bajo la luna y a medianoche? ¡Oh, adorada mía! ¡No es posible que me ames! ¡Oh, por Castor y Pólux que si pudiera poseerte una sola vez moriría de dicha! ¿Qué son Artemisa o Afrodita comparadas contigo?

—Vive, no mueras —dijo Aspasia. Las otras seguían charlando como una bandada de golondrinas—. Tú eres Adonis —añadió y, cuando su mano la tocó, sintió como si estallara en llamas, y apenas podía caminar con naturalidad al alejarse de él. Sentía su carne débil, voluptuosa, pidiendo la rendición total, la plena realización.

Un poco más tarde se llevó aparte a Cleo y le dijo:

—Amor mío, soy devota de Artemisa, la diosa de la luna, la eternamente virgen, y esta noche hay luna llena y quisiera adorarla en silencio en los jardines. Me temo que jamás podré entregarme a un hombre, pues quiero ser como ella, que rechaza los abrazos de los hombres. Deseo pedirle su ayuda. Por eso, querida mía, dispón tu cama de modo que si alguna de nuestras guardianas pasa por allí de noche con el farol, te crea dormida; luego acuéstate en mi lecho con la cabeza cubierta para que no adviertan la negrura de tus cabellos. Murmura suavemente en la penumbra como si estuvieras inquieta, pues eso es lo que yo hago. Y suspira profundamente también. Eso las engañará. ¿Querrás hacer esto por mí, queridísima niña? Yo sabré recompensarte adecuadamente.

Los ojos de Cleo la miraban con la misma adoración que los de Talias, pero con tal servilismo, que Aspasia sintió frío. Cumpliría su promesa y sabría dar placer a la pequeña, después de experimentar el suyo, dominando su aversión. Le habían enseñado que todo hay que pagarlo en esta vida y sé proponía pagar, por repugnante que ello le resultara, o por perjudicial que fuera para Cleo. Dijo ahora:

—Júrame por los rayos de Zeus que nunca me traicionarás.

Cleo juró con su vocecita infantil y Aspasia quedó satisfecha. Apartó con dulzura la mano de Cleo que descansaba sobre su seno y la dejó. Su conciencia se lo reprochaba, pero estaba aprendiendo que cuando una mujer desea a un hombre, no hace el menor caso de su conciencia y sí de sus apetitos.

Se echó, rígida, temblorosa y sudando, en la estrecha cama de su habitación, que era sólo un cubículo sin puerta, hasta que las guardianas hubieron pasado iluminando el lecho con el farol, y murmuró como inquieta y entre sueños. La luz se retiró por el corredor reflejándose en los blancos muros y muriendo a lo lejos. Sonrió para sí. La ventana estaba abierta, muy alta en el muro, y la luna, pura luz plateada, iluminaba sus pies. Un aroma sensual de jazmines en el aire cálido, la fragancia de la hierba y el aroma de pinos y cipreses lo invadía todo. Las fuentes cantaban bajo la luna y, en algún punto, un ruiseñor lanzó un trino agudo y un búho contestó con acento sombrío. Las piedras cálidas exudaban su propio aroma peculiar, árido pero excitante, y ahora las rosas le enviaron su perfume como si hubieran sido acariciadas por los ropajes de la misma Artemisa, seguida por sus perros blancos pegados a sus talones.

Las guardianas no harían la ronda de nuevo hasta una hora después y, para entonces, ya habría vuelto. Aguardó un instante, y entonces se levantó silenciosamente y pasó a la cámara de Cleo. Los ojos de la niña brillaban a la luz de la luna como ópalos negros de luces vacilantes. Cleo se levantó inmediatamente y abrazó a Aspasia, que sintió el calor del cuerpecito infantil a través de la túnica. Soportó el abrazo y besó la frente inocente; luego se soltó, murmurando palabras consoladoras. Se había alzado un viento suave y ahora se oía el mar, sonámbulo e hipnótico, como si unos párpados pesados hubieran caído sobre los ojos de Poseidón y también él durmiera.

Aspasia se había envuelto en una capa oscura. Abandonó su cuarto, donde ahora dormía Cleo con la cabeza cubierta, y como una mariposa voló por el corredor. Vio en la distancia, más allá del atrio, las antorchas fijas en las paredes, y la luz de una lámpara lejana que olía a ámbar gris. No había más sonidos que el ruiseñor y el viento, el búho y el mar, y el susurro de las hojas.

Un guardián pasó ahora por el atrio con la espada en la mano y Aspasia se incrustó contra la pared reteniendo el aliento. Esperó hasta que se hubiera apagado por completo el ruido de sus pisadas sobre las piedras y luego atravesó veloz el atrio saliendo como un pájaro a la noche. Sus pies desnudos se humedecieron inmediatamente con el rocío y percibió el olor turbador de la hierba; y corrió tan ligera como Artemisa sobre la tierra cálida y brillante. La luna llena, en lo más alto

del cielo, era como una enorme esfera luminosa recortada contra la negrura de la noche. Evitando los espacios abiertos, Aspasia se hundió en la oscuridad sin respirar apenas, pendiente de una voz de alarma, de un movimiento. El corazón le latía vertiginosamente, toda ella temblaba. Había cubierto sus cabellos brillantes con la capucha de la capa, que casi le ocultaba el rostro, de modo que ella misma parecía formar parte de las sombras.

Llegó a la avenida de mirtos con una respiración anhelante y rápida. Las copas de los árboles estaban bañadas por la luna y, al agitarse, las hojas parecían lanzar destellos de plata, y su murmullo era como el susurro suave de la seda. Más allá de los jardines y la hierba, el mar, una llanura de luz blanca casi inmóvil, se agitaba dulcemente. Las columnas de la casa, a espaldas de Aspasia, lucían como alabastro al acariciarlas de vez en cuando la luz de una antorcha que pasaba ante ellas dejando una sombra ardiente. Las antorchas siseaban, y el olor de la resina se mezclaba con la fragancia de la tierra y las flores.

Se detuvo a la sombra de los mirtos. Nada se oía en la noche, sólo turbada por su presencia y la del guardián. Penetró más y más en las sombras. No se atrevía a hablar. ¿Habría retenido su señora a Talias? ¿Le habría sido imposible dejar el lecho? De pronto sintió que una mano decidida la tomaba por el brazo y se asustó, y casi gritó. Instantáneamente unos labios cálidos y firmes cubrieron los suyos, unos brazos la rodearon en un abrazo férreo y cayó sobre la hierba bajo Talias, sintiéndole respirar en su garganta, notando su lengua entre sus propios labios.

De pronto tuvo miedo de lo desconocido, aunque todo su cuerpo entonaba un himno vibrante y gozoso que jamás había escuchado, como si se unieran los tambores y flautas de todo el universo en una melodía más dulce que la vida, atronadora y extraña, y un poco terrible. Trató débilmente de separarse de Talias, pero él la dominó con unos brazos férreos y musculosos mientras con una mano le alzaba la túnica. Luego los labios ardientes le acariciaron el seno virginal, y una languidez feliz la inundó y Aspasia quedó muy quieta.

La hierba aplastada exhalaba su aroma, el ruiseñor cantaba enardecido, las fuentes susurraban. Después irrumpió un estruendo confuso como el de una catara que derramara fragancias, y los mirtos susurrantes, danzando bajo la luz, se convirtieron en la cámara del placer. Resonaron los gemidos del amor en oídos de Aspasia, el jadeo creciente de la pasión de un hombre, y ya no pudo moverse bajo el peso de aquel cuerpo masculino, consciente de la aspereza de sus cabellos contra su mejilla, y del ataque duro, inexorable y rígido entre sus muslos. La noche entonaba su propia melodía.

En un instante se escuchó el grito fugaz de la muchacha asustada, rápidamente silenciado por unos labios hambrientos, y el terreno pareció alzarse y caer como el mar bajo el cuerpo de Aspasia, llevada ahora al éxtasis, un éxtasis que momentáneamente oscureció su conciencia. Ya no se sentía dueña de su propia carne, sino parte de la carne del mundo entero, agitándose en un gozo casi insoportable.

Creyó estar penetrando en todos los secretos, y pensó que nada de lo que antes hubiera aprendido tenía ya importancia, y se entregó libremente al gozo murmurando palabras incoherentes y llorando en aquel mutuo abrazo ardientemente compartido.

Y luego se oyó el gemido de un hombre, un jadeo rápido que fue haciéndose más y más tumultuoso, y el gozo salvaje y triunfante dominó a Aspasia, el gozo del conquistado que es también el conquistador, y repentinamente, todo se convirtió en fuego y en un tembloroso paroxismo, más allá de toda descripción.

6

Cuando se deslizó de nuevo al interior de la casa, recordó la promesa erótica a Cleo. Su carne temblaba aún y el corazón le latía agitado, y la idea de Cleo le repugnaba. Resueltamente, sin embargo, recorrió el corredor en silencio hasta su cámara, donde descubrió con alegría que la muchacha dormía profundamente, con una mano bajo la mejilla. Pero estaba en su lecho, y Aspasia examinó la situación. Por fin, fue al cuarto de Cleo y se acostó allí.

Exhausta de gozo cayó inmediatamente dormida, pero no sin cubrirse también los cabellos.

Antes de amanecer se despertó, fue a su cuarto y agitó con suavidad a Cleo. Le susurró:

—No hables. Has dormido toda la noche, querida mía, y ahora debes volver a tu cuarto en seguida, pues pronto nos llamarán para que nos levantemos.

Los ojos de Cleo se llenaron de lágrimas de desilusión y Aspasia aguantó sus abrazos y caricias por un instante; luego, susurrando una advertencia, rechazó los brazos de la niña y la forzó con dulzura a marcharse, haciéndole promesas para el futuro. Apenas se había instalado en su propia cama cuando las guardianas llegaron para despertarlas.

Estando en la clase de matemáticas recibió una llamada de Targelia. Esto era insólito, y la muchacha palideció de temor, Siguiendo a la esclava llegó a la cámara de Targelia, donde la halló dominada por una fría rabia. Jamás le había visto el rostro tan pálido y tenso, y los ojos tan brillantes. Aspasia pensó:

«Todo está perdido; me han descubierto». Pero, ante el gesto silencioso de Targelia, se sentó y cruzó las manos sobre las rodillas. Si aquella no hubiera estado tan dominada por la cólera le habría llamado la atención la palidez de Aspasia y el temor que se reflejaba en sus ojos. Preguntó bruscamente:

—¿Te turbó algo durante la noche, Aspasia?

«Está atormentándome», pensó la muchacha. Se humedeció los labios y agitó en silencio la cabeza. Como Targelia la mirara implacable, se dispuso a hablar y consiguió decir al fin:

—Dormí muy bien. Pocas cosas suelen despertarme. Esta, jugueteando con el collar, seguía mirándola. Dijo:

—Sé que no eres de las que traicionan a una compañera, ya lo he comprobado anteriormente. Pero esto es muy grave. ¿No oíste pasos furtivos durante la noche, o viste pasar una figura?

Aspasia le devolvió la mirada y se tranquilizó un poco.

—Nada. No vi ni oí nada.

—¿No viste a ninguna de tus compañeras por el corredor?

—No. Dormí toda la noche.

Targelia no dejaba de mirarla duramente.

—Una de las guardianas entró en la cámara de Cleo y descubrió su ausencia y calladamente, para no alarmar a las otras, registraron la casa, incluso las letrinas. No la encontraron. Los guardias de los jardines y del pórtico no habían visto a nadie. Sólo uno, algo supersticioso, juró que había distinguido una doncella a la luz de la luna pero que, al perseguirla, se desvaneció, y ahora afirma que lo que vio fue una ninfa. No pudo distinguir sus rasgos, pero dice que su rostro reflejaba la luna y está convencido de haber visto a Artemisa en persona al decir esto, el rostro de Targelia se crispó de desdén y furia.

¡Oh, dioses!, se dijo Aspasia con nuevo temor. ¡Cleo! Si guardaba silencio, sufriría un castigo terrible y sería enviada a trabajar, a la ocupación más ínfima. Era sólo una niña, y por eso, temerosa del castigo, diría sin duda la verdad. Ambas probabilidades le resultaban igualmente odiosas. Aspasia dijo pues, con voz temblorosa:

—Ahora recuerdo algo. Cleo, que es una chiquilla inconsciente, vino a mi cama susurrando que había tenido una pesadilla, que tenía miedo. Se quedó algún tiempo conmigo mientras la confortaba.

Targelia meditó mientras Aspasia la miraba con ojos tensos. Al fin dijo:

—Sabes mentir muy mal, Aspasia, y es posible que jamás lo hayas hecho antes. ¿Por qué habrías de proteger a alguien como Cleo? No he visto que sientas afecto por esa niña, y la has evitado siempre. Sin embargo, la admitiste en tu lecho. ¿Una niña, dices? Apenas tiene dos años menos que tú, y tú eres núbil. Le preguntaré a ella.

—Ahora va a posar de nuevo para Tmolos, Targelia. No estaría bien interrumpir la clase.

Como esta siguiera examinándola con aire reflexivo, Aspasia continuó:

—Tal vez Cleo estuviera inquieta, pues hay luna nueva. Quizá tuviera calor por la noche, tras dejarme, y paseara por los jardines, como hace una niña cuando no puede dormir.

Targelia preguntó ahora:

—¿Has advertido en ella cierta predilección por algún esclavo en particular?

—Tenemos pocos aquí y la mayoría son muy pequeños, menores incluso que Cleo, y los demás no son hermosos y trabajan en los jardines todo el día. No, Cleo no los ha mirado jamás con atención. —Tuvo una idea y dijo atrevidamente—: ¿Por qué no haces que Equión la examine para confirmar o negar su virginidad?

Targelia apretó los labios.

—Una excelente sugerencia. Sin embargo no confío en Equión. Podría incluso destruir su virginidad con esos dedos groseros, si no algo peor.

—Targelia, vigílale tú misma. Esta seguía jugueteando con el collar.

—También esa es una buena sugerencia. La pondré en práctica. Equión está en la

ciudad y volverá mañana por la mañana. Mientras tanto, no alarmes a Cleo, Aspasia. Podría huir.

Despidió a la muchacha. Aspasia no regresó a su clase, pues estaba demasiado abrumada ante semejante calamidad. Dirigióse, pues, a su cámara. Se sentó en su lecho, en el gran dormitorio silencioso, y meditó desesperada. La situación exigía decisiones extremas. No podía dejar que Cleo sufriera por su locura. Aun cuando ella misma confesara, y temblaba ante la idea de hacerlo, Cleo sería castigada también por su participación en la escapada. No, debía hacer algo e inmediatamente.

Pensó ahora por primera vez en Talias. El descubrimiento le supondría el castigo más drástico que un esclavo podía recibir: la castración. No le amaba, pero le había convertido en su víctima. Ya no recordaba el éxtasis en sus brazos; sin embargo, decidió que él no debía sufrir por su propio placer. Se arrodilló junto al lecho y sacó un cofrecito de debajo de la cama, el cofrecito de sus tesoros. El último regalo de su difunta madre, que todavía guardaba en él, había sido una bolsa de monedas de oro. La sopesó en la mano. Era muy pesada. Ahora debía buscar a Talias, que se pasaba el tiempo murmurando con los otros esclavos en la cocina antes de ser llamado para dar su clase. No podía confiar en nadie para que fuera a avisarle. Pero debía enfrentarse a ese peligro. Dejó el dormitorio y se dirigió a los jardines y al lugar donde practicaban con el arco bajo la dirección de Talias. Encontró su arco y el carcaj y, con aparente indiferencia, tiró al blanco, quejándose luego en voz alta de su falta de puntería. Los jardineros la observaban a escondidas, admirando su belleza y la postura del cuerpo juvenil. Al advertirlo, Aspasia lanzó el arco con exasperación, dio media vuelta, se revolvió el cabello y pareció meditar. Dejó que sus ojos vagaran hasta detenerse en un viejo jardinero que se hallaba cerca y le llamó con autoridad. Él acudió en seguida.

Le dijo:

—Voy a tomar parte en una competición de arco con las demás doncellas y lo hago muy mal, y esto me avergüenza. Haz venir de la cocina a Talias, ese esclavo perezoso y glotón. Tiene que ayudarme inmediatamente.

El jardinero se inclinó llevándose la mano al pecho. Era estúpido, además de viejo, y Aspasia le había escogido bien. Recogió de nuevo el arco y, aunque por lo general era una excelente tiradora, simuló que fallaba en el blanco a pesar de sus esfuerzos. Se sentó abatida en la hierba, agitando la cabeza y arrancando el césped como dominada por los nervios.

De pronto Talias se hallaba ya a su lado, y en sus ojos ardientes persistían los recuerdos. Después de mirarle furtivamente, ella se llevó un dedo a los labios. Talias quedó al punto inmóvil. Aspasia se levantó y dijo en voz alta:

—Tienes que ayudarme. Hoy lo hago peor que nunca con el arco.

Como era medianamente inteligente se sintió inquieto y tenso, y sus mejillas tostadas palidecieron. No estaba bien visto que una doncella se reuniera a solas con un instructor, y esto le hizo comprender que estaba en peligro. La ayudó a ponerse en pie y le susurró al oído mientras se inclinaba a sacudirle las briznas de hierba de la

túnica:

—¿Qué ocurre, amada mía?

—Silencio —dijo ella. Cogió el arco de su mano y ajustó en él una flecha—. Actúa —murmuró—. Haz como si te enojara y fastidiara mi falta de destreza. Pon tu mano sobre la mía al tensar el arco y apóyate contra mí por detrás. Hazme reproches en voz alta. Ahora.

Los jardineros observaban divertidos cómo aquella joven y orgullosa hetaira recibía de un esclavo la regañina que merecía por su torpeza. Y pudieron disfrutar a gusto de tal vejación, ya que Talias era un actor por naturaleza. Hasta llegó a insultar a su amada. Nadie más que Aspasia veía su palidez, sus manos temblorosas, y el temor reflejado en sus ojos. Ella ya no le deseaba. Sólo sabía que debía salvarle. Le entregó con disimulo la bolsa de oro y él la dejó caer inmediatamente en el zurrón que llevaba al cinto sin una exclamación siquiera.

Aspasia susurró:

—No me hagas preguntas. Pero debes huir en seguida. No esperes a la noche, ya que los guardias están más atentos y persiguen incluso a las sombras. Empieza a caminar por la carretera, ociosamente. No sospecharán nada, pues, ¿no eres el más amado de Targelia? Sólo puedo decirte que corres un peligro terrible y que no debes retrasarte ni una hora. Ahí tienes mucho oro. Ve al puerto y coge el primer barco que salga, vaya donde vaya. No has sido marcado como esclavo, y el oro contesta todas las preguntas. Muéstrate tranquilo y altivo. En la ciudad compra un cofre y llénalo de ropa y convence a un mendigo para que te lo lleve al barco. Pensarán que es tu esclavo.

El rostro de Talias estaba distorsionado por el terror. Aspasia le dio un golpecito en el brazo.

—Ponte la mejor túnica, y sandalias, y una capa. Vete en seguida. No hay momento que perder.

—¿Nos han descubierto? —preguntó con los labios secos.

—Sí —respondió con impaciencia salvaje. Entonces dijo él:

—Pero ¿y tú, mi dulce ninfa?

A pesar del terror que también a ella la dominaba se sintió conmovida y le miró:

—Nada me harán si tú has huido —contestó.

Con un juramento, Talias le quitó el arco de las manos y lo lanzó a tierra, y los jardineros se sintieron todavía más divertidos. Se alejó de Aspasia como si hubiera sido profundamente ultrajado, y murmurando entre clientes. Ella le miró con aire de cólera y humillación. Luego dio una patadita y volvió corriendo a la casa, retirándose el cabello del cuello y los hombros. Era una nube de oro bajo el sol.

Entró en su cámara y de nuevo se tumbó en el lecho, cubriéndose el rostro con las manos. No creía en los dioses, pero pidió a Afrodita la salvación de Talias y de Cleo. Los había seducido a ambos. No debían sufrir por ella. Cleo corría ahora menos peligro y sólo se vería sometida al grosero examen de Equión, que revelaría su

virginidad. Aspasia suspiró, confundida por sus emociones.

Más tarde, después de obligarse a sí misma a asistir a las clases, fue a los jardines a reunirse con las otras, que charlaban excitadas. Talias no había aparecido. Una de las muchachas deseaba correr hacia el vigilante del atrio para informarle. Aspasia, sabiendo que cada momento era precioso, dijo con desprecio:

—Es un glotón, y un gran bebedor. Sin duda estará tumbado en la cama y borracho.

—O en brazos de Targelia —sugirió una de las muchachas con astucia. Las otras rieron.

—Entonces, con toda seguridad, no debemos molestarle —dijo Aspasia—. Vamos, practiquemos con el arco.

Tenía autoridad y las demás la obedecieron, Cleo entre ellas, con su rostro infantil e inocente. Viéndola, Aspasia se sintió turbada de nuevo. Nada debía herir a esta pequeña.

El vigilante del atrio, que salía al pórtico para observar aquella visión deliciosa del grupo de jovencitas, advirtió la ausencia de Talias. Se acercó a ellas y les preguntó:

—¿Dónde está ese pillo de Talias?

—¿Talias? —repitió Aspasia, fingiendo asombro—. ¿No estaba aquí hace un momento?

Con gran desilusión por su parte una de las doncellas contestó:

—Ni siquiera ha pasado por aquí.

—Entonces estará con Targelia —dijo Aspasia—. Ea, juguemos a la pelota. El vigilante se sentía encantado ante la gracia juvenil y las risas de las muchachas. Las observó durante largo tiempo. Veía sus piernas jóvenes cuando corrían y se alzaban las largas túnicas, y se fijaba con deleite en el movimiento de sus senos virginales. Estaba seguro de que ni siquiera en Arcadia había ninfas tan hermosas y perfectas de rostro y formas. Se pasaba la lengua por los labios al contemplarlas. Luego recordó que Talias nunca se retrasaba tanto. Volvió a casa y Aspasia le vio marchar con ansiedad.

Cuando ellas entraron en la casa lo encontraron todo revuelto. Los esclavos corrían excitados por todas partes, y en la morada resonaban voces vehementes. Targelia se hallaba en el atrio con el vigilante. Al ver a Aspasia, su favorita, exclamó:

—¿Has visto a Talias?

Ella se detuvo y simuló pensar, frunciendo el ceño.

—Como hace una hora —dijo.

Las otras alzaron un coro de voces y declararon que no lo habían visto en todo el día.

—¿Dónde le viste tú, Aspasia? —insistió Targelia. Comprendió que había cometido un error estúpido. Se llevó dedo a los labios y meditó:

—Fue después de la clase de historia. Pasó junto a nosotras en el vestíbulo.

—¡No! —gritaron las doncellas agitando la cabeza.

—Sí —insistió Aspasia—. Parecía ir a un recado, y no nos habló.

—Me han dicho —continuó Targelia— que te dio una clase con el arco esta mañana.

—Es cierto. Yo se lo pedí.

Los ojos de la cortesana se fruncieron.

—¿Tú, que tanto sobresales con el arco, Aspasia? ¿Es que deseabas una lección a solas?

—Deseo sobresalir en todo. Aún no soy una amazona. Targelia seguía mirándola.

—No se le ha visto desde que uno de los vigilantes descubrió que caminaba ociosamente por la carretera que va a la ciudad.

Aspasia se encogió de hombros.

—Ya volverá.

—Quizá —repuso Targelia sin dejar de mirarla—. No tiene dinero. Sólo algunas joyitas que yo le he dado. Estas han desaparecido. —Apretó los labios—. He enviado esclavos al puerto, pero nadie le ha visto por allí. Sin embargo ha huido.

—¡Ah! —dijo Aspasia— yo no lo creo. ¿Por qué habría de huir?

—Ese es el problema.

Targelia había hablado con sequedad. Sus ojos buscaron a Cleo, que le devolvió la mirada con inocencia, e hizo un gesto de frustración. Pero la mujer era muy lista. Miró de nuevo a Aspasia y se mordió los labios. Esta se había mostrado en exceso evasiva.

Los esclavos huidos no abundaban en Mileto, ya que los castigos eran terribles y con frecuencia tenían la muerte por resultado. Pero Tallas había sido un esclavo mimado, amante de Targelia, que le adoraba, y se le habían concedido muchos privilegios. Targelia no apareció en el comedor aquella noche, y las doncellas charlaron discretamente entre ellas, riéndose y haciéndose guiños maliciosos. Sabían que continuaban buscando ansiosamente a Talias por todas partes, incluso en la misma ciudad, donde se había informado a los oficiales. Talias se había esfumado en el aire, disolviéndose como una nube. Aspasia, al escucharlas, sintió cierto alivio. A un caballero, con un esclavo y un cofre, bien vestido y con aspecto arrogante, jamás le tomaría nadie por un esclavo fugado. Además Mileto era un puerto comercial muy concurrido, y multitud de pasajeros abordaban los navíos con diversos destinos.

Targelia estaba fuera de sí. Amaba a Talias, que había sido tratado en la casa como hombre libre, había recibido regalos y ternura, compartido las comidas con Targelia y dormido en su cama. En ningún momento se había mostrado inquieto. Por tanto, pensó Targelia, algo extraordinario tenía que haber sucedido. Los esclavos como Talias no daban la espalda a los mimos y deleites, y conseguían todo cuanto deseaban. Le había demostrado siempre su satisfacción y su felicidad. Era de los que vivían al día, y cada instante que pasó en esta casa estuvo lleno de placer y bienestar. Con Talias era todo risas y alegría y acudía siempre ansiosamente a su lecho. No era

posible que le hubiera dominado de pronto el anhelo de libertad; no a un hombre como Talias. Targelia era una autoridad en la conducta humana y supo con certeza que Talias no había huido por la libertad, sino por el temor. Pero ¿de qué tenía miedo? Sólo existía una respuesta: el temor a ser descubierto.

De pronto pensó en Aspasia, que se mostrara tan indiferente y se apresurara a asegurar a Targelia que Talias no había huido. «Tanto interés tenía en convencerme que incluso afirmó haberse encontrado con Talias en el atrio». Targelia experimentó una angustia profunda. «Aspasia jamás ha tratado de engañarme. ¿Por qué hoy sí?», se preguntó. La respuesta era terrible, demoledora. Empezó a pensar en lo que le contaron las guardianas y los guardias sobre la noche anterior y casi se echó a llorar. ¡Aspasia, que era la joven brillante de esta casa, amada y protegida, dueña de un gran destino...! No era posible. Pero sabía que todo podía suceder en este mundo.

Más tarde envió discretamente a una esclava para que hiciera venir a Cleo. Mientras tanto, se bañó los ojos en agua de rosas y compuso sus rasgos. Cleo entró tímidamente en la cámara mirando en torno con curiosidad, pues nunca había estado allí. Le impresionaron los hermosos mosaicos de los muros, tan brillantes y preciosos, que parecían dotados de movimiento, y también las estatuas de Heras, Artemisa y Afrodita, colocadas en los ángulos de la habitación. Alfombras persas de diseño complicado se extendían sobre el suelo de mármol, y por todas partes se veían muchas mesitas de madera de limonero, de ébano y marfil, y sillas doradas cubiertas de almohadones. Lámparas egipcias de cristal, plata y oro, colgaban del techo, o estaban sobre las mesas. Todo olía a rosas, lirios, a madera de sándalo. Cleo se fijó asombrada en los delicados jarrones de cristal exquisitamente tallado junto a los muros, y, mientras, un loro, en una jaula dorada, charlaba grotescamente consigo mismo. En la alcoba, más allá, se veía el lecho opulento de Targelia cubierto con sábanas de seda, almohadones suaves y cobertores de lana tan fina como la seda. Todo brillaba voluptuosamente. Las ventanas se abrían al aire del atardecer y por ellas entraba el rumor cantarino de las fuentes, y el murmullo inquieto del mar.

—Acércate, niña —dijo Targelia, conmovida a pesar suyo a la vista de la pequeña, apenas salida de la infancia y con un aspecto tan fragante como la flor del almendro. Cleo se le acercó tímidamente y alzó los ojos oscuros, interrogándola. Inmediatamente comprendió Targelia con amarga certidumbre que aquella niña jamás había dejado la casa la noche anterior y dijo, con una voz que trataba de ser amable —: Cleo, debes contestarme la verdad o me disgustaré mucho contigo, y cree que mi enfado puede ser cosa grave.

—¿Dormiste bien anoche?

Cleo la miró, enrojeció profundamente, y por un instante Targelia confió en que hubiera sido Cleo la que se reuniera con Talias bajo la luna, y no Aspasia. La niña asentía ahora incapaz de hablar.

Movida por la esperanza, Targelia dijo casi con ternura:

—No temas, sólo quiero la verdad. ¿Saliste de casa en algún momento después de

retirarte para dormir?

Agitó rápidamente la cabeza negándolo y Targelia vio que no mentía, y de nuevo se llenó su corazón de dolor y de ardiente cólera.

—Me han dicho las guardianas que tu lecho estaba vacío a medianoche, y que alguien vio a una doncella en los jardines —la miraba fijamente; sus ojos habían cambiado y ahora eran implacables. Las manos, estrechamente unidas sobre las rodillas, estaban crispadas—. ¿Eras tú?

Cleo lanzó un grito débil y cayó de rodillas ante la señora de las cortesanas, bajando la cabeza hasta el suelo en un gesto abatido por el terror. El cabello negro le caía por los hombros hasta cubrirle la espalda. Llevaba la túnica sencilla de las hetairas, con un cinturón de seda, y el vestido parecía flotar sobre aquel cuerpo infantil en el que se destacaban todos los huesos. No era Targelia susceptible a la piedad, pero ahora la compadeció. Sin embargo, rechazó a la muchacha con el pie.

—¿Fuiste tú? ¡Ah! Lo niegas pero escondes la cabeza. ¿Dónde estuviste anoche, Cleo? La niña susurró:

—En el lecho de Aspasia.

Targelia inspiró profundamente y la esperanza renació en ella de nuevo. Tal vez Aspasia no la hubiera engañado, después de todo; tal vez hubiera dicho la verdad.

—¿Por qué? —preguntó. Tuvo un pensamiento sucio referente a Aspasia y Cleo, pero lo rechazó. Miró a la niña atemorizada que había empezado a sollozar y cuyos hombros se agitaban convulsos—. Cleo —insistió—, no hay nada que reprochar en que te metas en la cama de Aspasia buscando consuelo, o asustada por una pesadilla.

Cleo siguió encogida un instante más; luego se incorporó bruscamente sobre los talones echando atrás el pelo y su rostro infantil brilló de alivio repentino y en sus ojos se reflejó el gozo del que se ve libre de todo peligro.

—¡Sí, sí, señora! Eso es lo que hice, y Aspasia me consoló.

Targelia estudió largamente su rostro y la experiencia le dijo que la niña mentía; sintió náuseas de cólera y dolor. Dio unas palmadas. Una esclava apartó una cortina y entró en la cámara. Se escuchó el sonido distante de flautas y cantos bajo la luna, en el pórtico exterior.

—Que venga Aspasia inmediatamente —dijo a la esclava. Esta hizo una reverencia y se retiró.

Targelia volvió de nuevo su atención a Cleo. Estaba pálida como la muerte, y hasta sus labios estaban blancos, y miraba a Targelia con pánico entre las guedejas de su cabello negro. «Como si mirara a una Gorgona, a un monstruo —pensó Targelia—; con esa misma fijeza me observa, con un intenso horror y temor». No pudo soportar esa visión, ya que no era una mujer cruel. Aspasia había utilizado a Cleo sin tener en cuenta el terror que esta sufría ahora. Apartó la vista. Todo era silencio en la cámara a excepción del parloteo del loro y la música y cantos del pórtico, que llegaban hasta allí. Targelia no sabía qué emoción predominaba en ella, si el dolor, o el odio que sentía por Aspasia, y no sólo por haberla engañado sino por haber

seducido a Talias. No dudaba ya de esa seducción, pues Aspasia era atrevida y Talias demasiado cauto para dar el primer paso. Ahora le odiaba también a él, y se sentía profundamente humillada. Si aún hubiera estado en la casa, habría ordenado que lo azotaran hasta matarlo, que lo torturaran hasta morir. Se juró a sí misma encontrarle, aunque malgastara en ello toda su fortuna. Anunciaría la recompensa por todo Mileto, y también en el puerto.

Se corrió a un lado la cortina y entró Aspasia con el rostro sereno pero rígido. Se había peinado al modo griego, y tenía el cabello recogido con cintas, y al mirarla, Targelia tuvo plena conciencia, en medio de su rabia, de la extraordinaria belleza de aquella joven, de su juventud y gracia, de su aire majestuoso. ¡Esto había seducido a Talias! Se sintió vieja, arrugada, desaseada y repulsiva, y todo ello aumentó su cólera. Era como una arpía en presencia de una ninfa, una arpía que tenía que comprar el amor y no recibirlo ardientemente y con verdad.

Aspasia se inclinó, y cuando vio el rostro de Targelia y a la niña arrodillada en el suelo, su corazón se contrajo de terror. «Este es el fin», pensó. Pero era orgullosa. Con su porte regio se aproximó más a Targelia y la miró en silencio a los ojos, viendo una mirada cargada de odio. «Voy a morir», se dijo. Jamás había sido una esclava, pero eso no la protegería de la venganza de Targelia, ya que esta conocía a demasiados hombres poderosos en Mileto que le debían muchos favores.

Targelia vio y saboreó el temor de su favorita e incluso llegó a sonreír, pero con una sonrisa horrible. ¿En qué quedaría tanta belleza, después de los latigazos y la tortura? Imaginó a Aspasia cubierta de sangre, aquel cuerpo exquisito reducido a una herida sanguinolenta, el rostro estropeado, los ojos maravillosos cegados por la angustia y la muerte. Ella, Targelia, quedaría vengada, y con un simple gesto de su mano. Anhelaba el momento de la destrucción. La presenciaría encantada. No sentía la menor compasión por esta doncella que la había humillado y traicionado.

Aspasia miró de nuevo a Cleo y la dominó la piedad y el remordimiento. La hermosa cámara pareció vacilar ante sus ojos como un caleidoscopio de colores confusos, brillantes, apagados, que se alejaban y venían sobre ella. Cleo alzó lastimosamente los ojos implorando su ayuda y luego se agarró desesperadamente a la túnica de Aspasia, clavando allí los dedos. El remordimiento venció de tal modo a Aspasia que sus ojos se llenaron de lágrimas. Probablemente moriría sí, pero nada debía ocurrirle a esta niña. La misma visión de su cuerpecito infantil, la fe que se reflejaba en aquella carita redonda, los piecitos que asomaban bajo la túnica, lo humillante de su postura, la conmovieron enormemente y dijo, tan suavemente como lo haría una madre que trata de convencer a su pequeño:

—Habla, Cleo. Dile a la señora lo que ocurrió anoche.

Cleo vaciló y Aspasia no pudo soportar la vista de su rostro, ya que comprendió que no sólo temía por sí misma, sino por su amiga. —Habla repitió— y todo irá bien. Tranquilizada así, pero sin apartar los ojos de aquella a quien adoraba, Cleo habló en un susurro:

—Tú me dijiste, Aspasia, que deseabas adorar a Artemisa bajo la luna. Por eso me pediste que me acostara en tu cama con mis cabellos oscuros bien cubiertos, y que dispusiera las ropas de mi cama de modo que pareciera que seguía en ella. Me dejaste y me quedé dormida. Luego me despertaste antes del amanecer y volví a mi cama.

«¡Ah!, la pequeña es prudente incluso a su edad; no ha repetido las viles promesas que le hice», pensó Aspasia. Puso la mano sobre la cabeza inclinada de Cleo y miró a Targelia.

—Eso es todo —dijo—. La niña es inocente de toda culpa. Si ha habido alguna, ha sido únicamente por mi imprudencia y por mi indiscreción. Pero yo deseaba pasear bajo la luna. Estaba inquieta.

—Estás inquieta con demasiada frecuencia, Aspasia —dijo Targelia y soltó una risita burlona. Luego se detuvo y la miró con ojos cargados de amor y de odio. La intuición le dijo que había oído la verdad; pero también mentiras. Miró a Cleo, que lloraba arrodillada ante ella, y dijo—: Déjanos solas, niña. Ya no estoy furiosa contigo, pues has sido una víctima, no la culpable. Vete a la cama.

Cleo se levantó lentamente secándose las lágrimas con las palmas de las manos, como una criatura. Le temblaban los labios. Miró a Targelia, luego a Aspasia, y esta sonrió para tranquilizarla, se inclinó a besarla y luego la empujó hacia la cortina. Cleo salió corriendo, y sus pisadas ligeras sonaron las alfombras y las losas de mármol.

—¿No estás avergonzada —dijo Targelia— por haber corrompido a esa niña?

—No la corrompí —contestó Aspasia—. Ella te dijo la verdad. Lo mismo que yo.

—¿Toda la verdad?

Aspasia todavía palideció más. Sólo pudo decir:

—Cleo y yo te hemos dicho la verdad.

—Mientes —aseguró Targelia con serenidad—. ¿Y Talias? Te reuniste con él bajo la luna y para un propósito que conozco. ¿Lo niegas?

Aspasia cerró los ojos un instante. Antes de que pudiera hablar continuó Targelia:

—Me dejó a medianoche. Creyó que dormía. No volvió por algún tiempo. Pensé que había ido a las letrinas, o a pasear por los jardines, ya que la noche era cálida y había luna llena.

Esto no era cierto, pero Targelia estaba decidida a saber hasta dónde había llegado su humillación.

—Tú sedujiste a mi esclavo, Aspasia —dijo—. Es joven y estúpido y a ti se te han enseñado las artes necesarias. Por tu infamia Talias morirá entre sufrimientos horribles y yo te obligaré a estar presente para que veas lo que has hecho.

Aspasia no pudo controlarse:

—¿Ha sido ya encontrado? —gritó.

Targelia no respondió por un momento; luego dijo:

—Sí. Intentaba abordar un navío en el puerto y allí fue apresado. Lo supe hace unos instantes. Lo traerán aquí por la mañana. Prepárate para un espectáculo interesante, Aspasia. Talias es fuerte, pero suplicará piedad y la muerte, puedo

asegurártelo, aunque sea un hombre. Aspasia era joven y su credulidad era aún muy grande. Además, Targelia jamás le había mentido. Miró en torno salvajemente, como buscando socorro. La dominó la desesperación. Luego se lanzó de rodillas ante Targelia y se estrujó frenéticamente las manos. El rostro, pálido y hermoso, estaba descompuesto y cubierto de sudor.

—Perdónale —dijo—. Yo soy la única culpable. Le seduje porque el calor de mi deseo era demasiado para mí y necesitaba buscar alivio. Cualquier hombre me habría bastado. Como has dicho de Cleo, también él fue mi víctima. Tú nos has enseñado que los hombres son dominados por pasiones irreprimibles que no pueden controlar, y que en esos momentos cualquier mujer les resulta deseable. También me han enseñado las artes de la seducción, y él no tiene tanta experiencia como yo, ni es tan inteligente. Para él sólo fue un momento de locura. No es culpable. No es más que un hombre.

El rostro de Targelia se contrajo de rabia hasta parecer horrible, y los cosméticos destacaron aún más las arrugas de su rostro. El pelo, dorado por los tintes, era una parodia ridícula. Imaginó a su amado Talias en aquellos brazos níveos, le vio besar aquel seno adorable, vio la posesión de aquel cuerpo, creyó oír sus jadeos. Y estaría más ardiente que en su propio lecho, ya que había estado abrazando la belleza, una hermosura divina. Desde la infancia se había cuidado tiernamente a esta doncella para un glorioso destino, que ahora estaba perdido. El dolor abrumó entonces a Targelia; dolor por sí misma, por Talias e incluso por esta ramera de Aspasia a la que había amado como a una hija única, y cuyas perspectivas quedaban destruidas. Había llorado pocas veces en toda su vida, pero ahora sintió un anhelo desesperado de llorar. Se controló.

—¿Cómo huyó Talias? —preguntó.

—Le di cuanto me quedaba del dinero de mi madre. —Luego Aspasia recuperó el valor—. Yo le dije que huyera. No lo siento, a no ser porque él sufrirá por ello. Ojalá hubiera escapado a un sitio seguro. Al menos podría recordar eso con gozo.

—No sufras —dijo Targelia, renovada su pasión y su humillación—. No le han cogido todavía. Cuando lo cojan le enviaré a los campos para que sea castigado, y lo haré encadenar, de modo que no pueda huir de nuevo. ¿Te consuela eso? Aspasia se puso en pie y, por primera vez, miró a su dueña con asco:

—Entonces me has mentido —dijo—. ¡Y yo confiaba en ti! La imitó en un tono burlón:

—«¡Me has mentido y yo confiaba en ti!». Vete a la cama, Aspasia. Meditaré esta noche en tu destino. Te aseguro que no será feliz. Tal vez te envíe a las cocinas, o a los campos. Podría hacer que te azotaran hasta morir, o que destruyeran tu belleza para siempre. Lo sabrás por la mañana.

Aspasia sabía que ya no tenía nada que perder.

—No soy una esclava —dijo—. Nací libre, y libre soy. No puedes hacer nada ilegal, contra una mujer libre, por grande que sea tu ira. Ante las leyes de Mileto te he

hecho poco daño; nada que merezca un castigo extremado.

Targelia se había levantado para despedirla. Ahora se detuvo y la miró con desprecio.

—¿Crees que las leyes de Mileto se preocuparán por el destino que pueda darle a una chiquilla confiada a mi cuidado, que ha inducido a un esclavo a huir... lo que es un crimen capital? ¡Medita en ello, insolente!

—Permíteme que me vaya esta noche —dijo Aspasia— y no volveremos a vernos nunca.

—¿Y dónde irás, estúpida? ¿A pie, sin más que un peplo sobre tu cuerpo, sin dinero? ¿O te venderías como esclava, que es lo que mereces? ¿Vas a convertirte en una prostituta?

—No sé lo que haré —dijo Aspasia con el ímpetu y la imprudencia de la juventud—. Me basta con irme. Desde hace tiempo me he rebelado ante él destino que me asignabas. Al menos escaparé a eso, y con gozo.

Targelia lo meditó y dijo:

—El destino que desprecias era pródigo en poder y riquezas, adoración, comodidades y mimos: la amante de un hombre selecto y distinguido. ¿Preferirías las calles de Mileto, sus vías ruidosas, sus moradas escuálidas y el contacto con los brutos de los puertos, los mataderos, las fábricas y el mar... por un puñado de dracmas o un poco de pan y vino?

Aspasia no pudo hablar de momento. Luego dijo:

—Sería libre para forjar mi destino, para vivir o morir.

—Hablas como una imbécil de nacimiento —dijo Targelia—. Ve a tu cámara. Ya no me interesas. Tal vez te envíe sin dinero, sin un manto siquiera, a las calles de Mileto mañana mismo. Allí utilizarás las artes que se te han enseñado por un mendrugo de pan.

—Tal vez acuda a mí padre, ya que mi madre me confió su nombre —dijo Aspasia, que temblaba de frío interior—. Quizá me acoja por piedad. Targelia soltó una carcajada despectiva echando atrás la cabeza de modo que los tendones de su cuello resaltaron noblemente a la luz de la lámpara.

—¡Estúpida descarada! —gritó—. ¡Él quería destruirte por ser hembra, y tu madre te salvó! Ahora ya lo sabes. Negaría que es tu padre, porque, ¿a qué hombre le gusta confesar que ha engendrado a una hija? Sí, lo haría... si estuviera vivo.

—¿Ha muerto? —preguntó Aspasia con voz temblorosa.

—Vete. Nunca le conociste. Desde luego que ha muerto. Murió hace tan sólo cuatro meses, de unas fiebres. Pero no tienes por qué creerme. Tal vez lo descubras mañana, cuando te eche a las calles de Mileto.

Hizo un gesto imperioso de despedida y Aspasia, con su admirable cabeza muy alta, se retiró. Targelia se arrojó sobre el lecho y se entregó al llanto por su propia angustia, por Tallas y por Aspasia.

A pesar del maquillaje, negro y espeso, los ojos de Targelia estaban hinchados y enrojecidos a la mañana siguiente cuando consultó con Equión, quien escuchó la historia con profundo interés. Se le hacía la boca agua y tenía que tragar constantemente mientras los ojos le brillaban. Hubiera querido decir a Targelia:

—Entrégame a esa doncella como sierva para mi casa, o para que me cuide el jardín, o como cocinera —pero la discreción se lo impedía. De modo que se encogió de hombros y dijo—: Habiendo perdido la virginidad, ahora ya no vale nada.

Targelia había pensado en ello.

—Conocemos bien las artes del engaño y con ellas incluso una zorra puede simular la virginidad.

—Con la ayuda de la sangre de un pollo —dijo burlescamente Equión— ciertos estímulos audaces y unos gritos de dolor.

—Es verdad que los hombres son estúpidos y creen aquello que desean creer —señaló Targelia—. Y creen en las mujeres, lo que no demuestra una gran perspicacia. Opinan que ellas son demasiado tontas para poder engañarles eficazmente.

—¡Ah! —dijo Equión, con mirada astuta. Y añadió:

—La doncella es joven y está en tus manos. Puedes hacer con ella lo que quieras.

Siendo un hombre tan cínico, ignoraba que Targelia se había pasado la noche llorando, pensando en el mismo tema y buscando desesperadamente el modo de salvar a Aspasia, no de destruirla. Pero había que hacerlo a toda prisa. No debía seguir en esta casa, y ante sus propios ojos, recordándole la traición y su vergüenza. Por esto, esa misma mañana había enviado un esclavo al puerto a fin de que averiguara qué extranjeros de distinción venían en barco por asuntos de negocios a Mileto, o en camino a Grecia. El esclavo no había regresado todavía.

—Hay una posibilidad de que todavía sea virgen —dijo Equión como si pudiera creerlo en verdad—. Después de todo no es fácil violar a una doncella; el hombre era un esclavo, y tal vez estuviera asustado, o quizás Aspasia luchara por defenderse. Permíteme que la examine con discreción. Targelia le miró con ojos entrecerrados.

—Estoy segura de que ya no lo es. Tengo experiencia en cosas. —Se rió secamente—. Pero si aún fuera virgen, no lo sería después de pasar por tus manos, Equión. Nosotros nos entendemos —y ambos rieron juntos.

A muchos griegos y jónicos se les había permitido ver a Aspasia en la casa, sin su conocimiento. Pero eran hombres que confiaban en Targelia. Entregarles una hetaira violada, siendo así que pedían una virgen, sería censurable y peligroso. Muchos de aquellos hombres habían deseado ardientemente a Aspasia, y ofrecido a Targelia sumas enormes, pero ella, como una verdadera madre, no había querido separarse de

la muchacha tan pronto, y Aspasia aún no había completado sus estudios. Pero ahora el hecho, más grave, se reducía a este: había sido desflorada por un simple esclavo, y eso era imperdonable.

Dio órdenes de que adiestraran a Aspasia en el arte de simular la virginidad, inmediatamente y a toda prisa. Incluso los extranjeros, los hombres de Oriente, tenían derecho a un dulce engaño, ya que eran célebres por sus riquezas y estimaban la virginidad en las mujeres más aún que los jónicos y los griegos.

Aspasia, al principio, se resistió a las informaciones e instrucciones. Luego, como no era tonta, accedió. Aún estaba pálida y reconcentrada, compadeciéndose de sí misma e incluso de Targelia, que había sido como una madre para ella. Con gran alegría por su parte obtuvo no obstante permiso para reanudar las clases, pues Targelia no deseaba el menor escándalo en su casa; comprobó asimismo Aspasia que tampoco se castigaba a la pequeña Cleo. Por esta razón se sintió profundamente agradecida y de nuevo sintió amor por Targelia, aunque muy a su pesar y con resentimiento. Por lo visto no sería castigada con severidad, pues comprendió que ya no permanecería mucho tiempo en esta casa, su hogar, que de pronto se le había hecho muy querido. Meditaba en su destino y se encogía de temor ante lo desconocido.

Talias no había sido aprehendido todavía, cosa que la llenaba de gozo. Era listo y saldría adelante; de eso no tenía duda. Sabía valerse por sí mismo, y era diestro en muchos trabajos. Aspasia le envidió y pensó de nuevo en la restrictiva y cruel situación en que se hallaban las mujeres, que dependían por esa razón del capricho de los hombres. No había para ellas otro papel en la vida que el de matronas virtuosas o el de prostitutas, y ambos le resultaban igualmente insoportables. Se dijo: «Nuestra situación es la de las esclavas»; y de nuevo la dominó el hastío y una furiosa rebeldía.

El esclavo que Targelia enviara al puerto volvió en gran estado de excitación. Un caballero persa, acompañado de un numeroso séquito, había llegado aquella mañana y era huésped de un hombre famoso de Mileto, un tal Cadmio, que desde hacía tiempo deseaba a Aspasia. Targelia se sintió a la vez satisfecha y turbada. No quería ofender a Cadmio, pero Al Talif, el caballero persa, debía de quedar complacido. Decían que estaba emparentado con el mismo Jerjes, y que era enormemente acaudalado, de modo que podría pagar un elevado precio por Aspasia. A Cadmio, hombre también rico, le era sin embargo imposible, como ya había comprobado con gran dolor hacía meses. Targelia no apreciaba a los persas, pero sí podía soportar a un sátrapa como Al Talif, y además era estúpido acordarse ahora de los ataques de los persas a Grecia. Jerjes, después de todo, había sido un noble caballero, se dijo.

Pensó en Cleo. En una ocasión, y tratando de rebajar el precio, Cadmio había aducido que Aspasia ya no era joven, pues tenía quince años y que, por tanto, no se debía exigir una cantidad tan alta por ella. Él prefería a niñas y niños pequeños. Por esa razón Targelia envió un mensaje a su querido Cadmio informándole que tenía en su casa una niña que sólo contaba doce años (aunque, en realidad, Cleo tenía trece).

La describió como una flor de almendro en primavera. La niña, escribió, todavía no había llegado a la pubertad, lo más deseable para Cadmio. Luego, como si se le ocurriera de pronto, le sugirió que trajera también a su huésped extranjero para la cena y para escuchar música. Las cenas de Targelia eran famosas, al igual que sus doncellas, bien adiestradas en la danza y el canto. Cadmio siempre había disfrutado en sus fiestas, ofreciendo regalos espléndidos a Targelia en muestra de gratitud. Tenía ya dos hetairas en su casa, así como una colección de hermosas esclavas. «Sí, él adoraría a Cleo por su inocencia y virginidad, y por su estupidez», se dijo Targelia. Todavía no se le habían enseñado todas las artes sutiles de la seducción, pero eso sólo la haría más deseable a los ojos de Cadmio.

Segura de que este aceptaría ansiosamente la invitación, preparó la casa, ya que la cena era para esa noche. Dio órdenes a Cleo y a Aspasia de que se retiraran a sus habitaciones a dormir para vestirse y arreglarse después con todo cuidado y perfumar sus cuerpos con aceites aromáticos.

«¡Ah! Ya se propone disponer de mí», pensó Aspasia. La pena la abrumaba. Había perdido el color debido a lo ocurrido en los últimos días y ahora estaba agotada por la emoción y la tensión. Confiaba en que el desconocido la encontrara fea y la rechazara. Pero las esclavas eran muy diestras en el arte del embellecimiento. En cuanto a Cleo, se sentía feliz y Aspasia la miraba con piedad, escuchando su parloteo excitado. Cleo no tenía la menor duda. Entraría en la casa de un hombre rico para ser mimada y adorada y, en realidad, para convertirse en la señora de la casa. Todo lo que esto suponía aún lo ignoraba Cleo. Aspasia suspiró. Los tontos se satisfacían con cualquier destino cómodo, con tal de que no se abusara de ellos; Cleo sería una concubina feliz, inconsciente de que tenía un alma. Pero muchos griegos aseguraban que la mujer no tenía alma, y que por eso su naturaleza era como la de un perro o un esclavo.

Se eligieron las flores más perfectas y fragantes para la casa, además de guirnaldas de hierba y helechos, y ramas de laurel y de mirto. Macetas de ámbar gris perfumadas con esencia de rosas, madera de sándalo y otros aromas deliciosos, se colocaron junto a las paredes; más tarde se encenderían a fin de que se difundiera su perfume. Targelia revisó personalmente la cena. Habría fondos de alcachofas con aceite y vinagre; pan del más blanco, que se serviría en hojas verdes y frescas; anchoas y sardinas nadando en aceite de oliva y con especias; anguilas del Lago Copáis, mariscos y mejillones en mantequilla; calamares en salsa picante; carnes ahumadas; corazones de buey rellenos de cebada e hígado; incluso un pavo real asado y adornado con todas sus plumas; lenguas de rruiseñor sazonadas con especies exóticas; lechoncillos; piernas de cordero asado; aves estofadas en aceite de oliva, ajo, tomillo y menta; carne de cabrito adobada con la leche de su madre; famosos caldos negros con pedacitos de cerdo, de sangre y con sal y vinagre; muchas variedades de pescado fresco; coles, cebollas al horno; quesos de diversas clases; aceitunas verdes y negras; mazapán; pastelillos delicados rezumando miel,

zarzamoras endulzadas también con miel; lentejas y judías preparadas de diversos modos y sazonadas con puerco ahumado; uvas, higos, limones y manzanas; y, sobre todo, aguardiente sirio y el mejor de los vinos; y pastitas rellenas de nueces y semillas aromáticas; y queso de cabra.

Tal banquete era únicamente para los huéspedes nobles y distinguidos, pero las jóvenes hetairas disfrutaban de los restos durante varios días, porque su dieta era sencilla y frugal, ya que Targelia detestaba la gordura, aunque una figura de curvas redondeadas no resultaba desdeñable. Cuando las doncellas se enteraron, merced a los comentarios de las esclavas, de que Aspasia y Cleo iban a asistir al banquete, se sintieron llenas de envidia, conscientes de que se las había elegido para ofrecerlas a la consideración de los ilustres visitantes. Abrazaron a las dos y Cleo rió gozosa, pero en cambio el rostro de Aspasia estaba sombrío. No dijo nada, y se resignó a que le pintaran los ojos, le tiñeran las mejillas con carmín y le enrojecieran los labios encantadores. Siguió muda mientras las esclavas la bañaban y frotaban su cuerpo rosado con aceites aromáticos y le calzaban unas sandalias doradas. Después la peinaron, mezclando entre sus cabellos flores y cintas de colores. También la vistieron con un peplo nuevo, verde como un lago y con un cinturón de plata cuajado de piedras preciosas. Sobre los hombros y brazos desnudos le colocaron un velo tan transparente como la luz de la luna, de modo que, a través de él, todavía brillaba más su carne y resultaba más atractiva.

—¡Una verdadera Artemisa! —gritaron las muchachas vencidas por la admiración y sin dejar de aplaudir, pero Aspasia no respondió—. Esperemos que te escoja un París —le dijeron—, pues eres indudablemente más hermosa que Helena de Troya.

Pero Aspasia seguía sin decir nada. Le dominaba una profunda angustia y desesperación. Hubiera querido huir, pero no existía un lugar seguro, ni una casa que le diera refugio, ni un amigo compasivo que la acogiera. Pensó en matarse, pero su juventud se rebeló a la idea.

A Cleo nada le preocupaba. Vestida de amarillo y con un cinturón dorado, el pelo negro trenzado con cintas y cayéndole por la espalda, según la moda infantil, y con un hilo de perlas en el cuello ambarino, estaba encantada consigo misma y reía feliz. El terror de la noche anterior ya estaba totalmente olvidado. Sus ojos negros eran como cristal brillante y movedizo; los labios, una rosa en flor. Tenía unos senos tan pequeños y unas caderas tan estrechas, que podría haber pasado por un muchachito. Eso entraba en los planes de Targelia, que conocía las preferencias de Cadmio por los jovencitos, aunque no le disgustaban tampoco las niñas que todavía no habían llegado a la pubertad.

Se eligió también a las doncellas más diestras en la danza, el laúd y la flauta para que tocaran una música suave durante la fiesta, vestidas como ninfas del bosque, con hiedra en el cabello y los pies desnudos. Llevaban peplos transparentes del color de las hojas de laurel, y sus cabellos, rubios, castaños o negros, caían sueltos sobre los

hombros y el pecho. Los senos virginales brillaban a través de los peplos, que dejaban ver unos pezones pintados de color rosa. Habían sido cuidadosamente elegidas, no sólo por sus dotes musicales, sino también porque no podían compararse en hermosura con Cleo y Aspasia; de esta manera, no apagarían la belleza de las doncellas que Targelia se proponía ofrecer.

El comedor era la sala más grande de la casa y estaba decorada con fuentecillas perfumadas, las mejores estatuas y alfombras persas, las lámparas más costosas y unos mosaicos incomparables. Cestos de rosas colgaban del techo, y otras descansaban en ramilletes sobre la mesa cubierta con un paño de plata. El servicio de mesa era de plata también, lo mismo que la cubertería; y los vasos, adornados con hiedra, eran del más lujoso cristal egipcio, esmaltado en oro y con incrustaciones de amatistas y ópalos.

Las ventanas estaban abiertas al aire cálido de la noche, y corridas las cortinas de modo que llegaba claramente el susurro de las palmeras, de los sicómoros, robles, mirtos y cipreses, y también el oleaje del mar, siempre presente.

Targelia recibió a sus invitados en el atrio. Iba vestida de rojo y amarillo, con un espléndido collar egipcio que le caía sobre el pecho, y exhalaba un perfume exótico a cada movimiento de su esbelto cuerpo. Las joyas brillaban en su pelo teñido, y le adornaban brazos y dedos. Era una figura maravillosa, soberbia incluso, y los dientes muy blancos brillaban y los ojos sonreían amables.

—Bienvenidos a mi pobre casa —dijo a Cadmio y al sátrapa persa Al Talif, y se inclinó en una profunda reverencia.

—Tu casa no es nada pobre, querida Targelia —dijo Cadmio, que tenía una voz chillona y ratonil y gestos afeminados.

Miró en torno con orgullo y se volvió a Al Talif, quedando muy satisfecho de que este se sintiera visiblemente impresionado. «¿Qué? ¿Es que había esperado un burdel miserable?» —se preguntó Cadmio—. «Tal vez no seamos tan opulentos como los persas, ¡pero tampoco somos campesinos en Mileto!». Se dirigieron al comedor donde ya las muchachas estaban cantando y bailando una danza lenta junto al muro más lejano. Al Talif y Cadmio se sentaron en un sofá mullido y cubierto de seda bordada y Targelia se instaló en una silla de marfil frente a ellos. Otras dos sillas aguardaban a Cleo y Aspasia. Los esclavos, vestidos como faunos, servían el aguardiente en los vasos más pequeños y el vino en los grandes, y Cadmio ofreció una libación a los dioses. Al Talif miraba con curiosidad en torno suyo. Esta casa de las cortesanas era mucho más lujosa que la de Cadmio, que era hombre rico, y de un gusto intachable. Si la damisela que iban a presentarle era tan hermosa como el marco, e igualmente exquisita, nada más podría desear. Al Talif, hombre reservado de palabras, escuchaba sonriente la charla ligera de su anfitriona con Cadmio mientras bebía vino, escuchaba la música y observaba ociosamente la danza lenta de las doncellas allá en el fondo. Le hubiera complacido tenerlas a todas ellas en su harén, en especial las de piel muy blanca y cabellos rubios. Su concubina favorita era de la

isla de Cos, y tenía el pelo color de plata mezclado de oro, y unos ojos tan azules como la legendaria rosa marina. Pero ¡ay!, había pocas mujeres tan excepcionales como su favorita, y dudaba que las hetairas de Targelia pudieran compararse con ella, aunque, según prometiera Cadmio, fuesen muy seductoras.

Targelia sabía que este seguía deseando a Aspasia, pero con sus quince años, ya era demasiado mayor para él. Así que le dijo:

—Mi querido Cadmio, tengo una joya para ti, según te decía hoy en mi carta. Es una niña, pero parece como la primavera a punto de florecer, y desde luego aún no es mujer. Se llama Cleo, y no nació de esclavos ni de simples campesinos, sino de un padre distinguido y su adorable concubina. Sin embargo, te aviso ya —añadió con una mueca de coquetería— que su precio es muy alto.

—Tus precios siempre son altos —gruñó Cadmio indicando a un esclavo que le llenara de nuevo el vaso—, pero claro, las doncellas son excepcionales.

El salón estaba impregnado de suaves fragancias. Las mejillas de los invitados comenzaban a enrojecer por el calor y el aguardiente. Seguían sentados felices en el sofá y sonriendo con anticipación.

Targelia envió recado a Cleo y Aspasia para que se reunieran con ella y se sentaran a su lado. Examinó a Al Talif y le gustó su aspecto. Esperaba que fuera amable con Aspasia, pero suspiró recordando que los persas sentían todavía mayor desprecio por las mujeres que los mismos griegos.

Las doncellas rompieron a cantar una melodía más animada alzando un poco la voz a un gesto de Targelia y, en ese instante, entraron Aspasia y Cleo.

Al Talif, el sátrapa de Persia, miró a Aspasia, que se dirigía silenciosamente a la mesa con los ojos bajos y pensó: «¡Ah! Es mucho más hermosa que mi Narcisa, mi lirio de Cos, y también mucho más joven». Casi le resultaba increíble que pudiera ser tan rubia, tan hermosa y encantadora y con una perfección tal de rostro y de formas. Se agitó en el sofá y su rostro se tornó delicadamente lascivo. En cuanto a Cadmio, tras una primera mirada de deseo a Aspasia, se dejó prender por el encanto prístino de Cleo, que tenía el cuerpo de un jovencito y un rostro que conservaba la tierna timidez de la infancia. Inmediatamente se imaginó a aquella pequeña su cama. Fuera cual fuera el precio que pidiera Targelia, se la llevaría a su casa, y esa misma noche. Sería amable con ella al desflorarla, ya que la rudeza podía matarla y entonces habría perdido su dinero.

Cleo comía aquellos platos extraordinarios con un placer franco y alegre. Cuando la mano de Cadmio empezó a deslizarse bajo su peplo se limitó a apartarla para que no le estorbara en su diversión. Aquello no significaba más que una molestia para ella. Estaba demasiado encantada para verse ya como la amante de aquel hombre. Cadmio le frotó los senos con la palma de la mano y dijo a Targelia rebotante de satisfacción:

—Es como un chico. Targelia frunció el ceño.

—Te ruego, Cadmio, que no la molestes.

Aspasia apenas comía y se limitaba a probar el vino. Poco a poco iba concentrándose en sí misma. Bajo las pestañas largas y sedosas había examinado a Cadmio y Al Talif. En una ocasión había visto al primero desde lejos y no había cambiado de opinión: era un sapo gigantesco. Era muy bajo, y grueso, con una gran cabeza redonda, ojos saltones y sin pelo. Todo en él era muy rojo, aceitoso y grosero, incluidas las orejas enormes y los labios. Siempre estaba sudando, hasta en invierno, cuando los vientos helados soplaban desde el mar. Constantemente se secaba el rostro, el cuello corto y las manos ansiosas, y bebía el vino fresco de la mesa como si fuera agua. Tenía el rostro congestionado y los ojos cargados, y no podía apartar la mirada de Cleo. Iba espléndidamente vestido de escarlata y azul, y llevaba en las manos tantos anillos como Targelia. Para colmo, olía a sudor y a rosas. Extendía los muslos, gruesos y pesados, al ir aumentando su deseo por Cleo.

Aspasia tembló ante la idea de que la niña, un pobre pajarillo, fuera entregada a un ser semejante. La aplastaría hasta matarla, pensó, con el peso de su cuerpo. Haría pedazos aquellos miembros frágiles. «¡Ah!, si yo tuviera oro huiría con esta niña y la ocultaría —se dijo—. El oro todo lo compra. Sin él somos impotentes y los dioses se muestran sordos a nuestras peticiones, digan lo que digan los filósofos». Vio la mano

de Cadmio que acariciaba los senos en flor de Cleo y deseó matarle. La niña, irritada, volvió a apartar la mano con un golpe y se entregó a las delicias voluptuosas de la mesa. Su carita redonda estaba enrojecida por el vino.

Aspasia jamás había aprendido la palabra resignación, pero ahora empezaba a sentirla. Nada podía hacer por ayudar a Cleo, de modo que dedicó toda su atención a Al Talif, a quien la iban a ofrecer. No era una esclava, pero según la ley, Targelia era su guardiana y ella su pupila, y lo que Targelia deseara para ella sería aceptado legalmente. Quería que Al Talif se la llevara; por tanto, era preciso obedecerla.

Al Talif no se parecía en absoluto a Cadmio, como ella temiera. Era un hombre de mediana edad, probablemente de unos treinta y cinco años, alto y delgado, casi huesudo. Iba magníficamente vestido a la moda oriental y llevaba una túnica de dibujo complicado en tonos escarlata, azul, verde, amarillo, violeta y oro, según un diseño sin principio ni fin. Era de la seda más fina y brillante. La cintura, muy delgada, estaba ceñida por un cinto que parecía una serpiente viva, con la cabeza adornada de piedras preciosas y la boca abierta. Otra serpiente similar, pero más pequeña, le rodeaba la garganta, fina y tostada por el sol, y aún tenía otras más pequeñas en las muñecas. Un manto corto de tejido de oro le cubría sus hombros, anchos a la vez que delgados. Calzaba sandalias también doradas, y sus correas parecían víboras enjoradas. Había muchos anillos en sus dedos, largos y morenos, anillos fabulosos que despedían destellos cegadores; en algunos se repetía el diseño de la serpiente. Por último, llevaba unos pesados pendientes de oro.

Y sobre la cabeza, el turbante más lujoso que Aspasia hubiera visto en su vida, de tejido de oro cuajado de joyas. Era grande como una corona, y le daba un aire majestuoso al alzarse sobre las orejas bien formadas y la frente oscura y ancha, lisa como el mármol.

Pero era su cara lo que retenía la atención de Aspasia. Al igual que su cuerpo, el rostro era delgado y alargado, y por su tono oscuro podría parecer el de un etíope. Sus ojos, casi tan grandes como los de Aspasia, resultaban extraños: un instante se mostraban castaños, y al siguiente grises, y su brillo cambiaba, según sus pensamientos. Sus pestañas, muy negras, eran largas y sedosas, y las cejas, semejantes a las alas de un pájaro, se arqueaban sobre su frente, dándole una expresión bárbara y delicadamente cruel. La nariz era corta y curvada. La boca muy móvil, burlona y apenas coloreada con cosméticos. Tenía el aire levemente despectivo de la aristocracia persa, y su expresión era sutil, reservada, por encima de la comprensión de las gentes occidentales. Había un aura de secreto en torno a él que, a pesar suyo, llamaba la atención de Aspasia. Esta se dijo: «He aquí un hombre que nada revela de sus pensamientos y pasiones, y que sabe controlarse a sí mismo».

Pensando en las lecciones que había aprendido, recordó que los hombres que saben dominarse son poderosos y fuertes, ya que no están sometidos a la histeria y a las desastrosas emociones de los seres inferiores. Al Talif, se dijo con creciente respeto y admiración, jamás se dejaría llevar por una pasión vulgar.

A pesar de su temor, comenzó a admirar a este hombre, dotado de elegancia y compostura, y poco hablador. En ocasiones un brillo burlón relampagueaba en sus ojos, y sus labios se curvaban al escuchar la conversación entre Targelia y Cadmio, cada vez más lasciva. «Para él —consideró Aspasia—, esas groserías son propias de un corral, no de hombres cultos». Cuando Al Talif la miraba, sus ojos eran inescrutables y lejanos, y Aspasia llegó a creer que la estaba sopesando y que la consideraba una mujer de poca categoría. En esto se equivocaba, pues Al Talif pensaba en realidad, con gran confusión por su parte, que ante él había una joven de gran inteligencia y sutileza. Sin embargo, no sabía si eso le complacía o le molestaba. Ella aún no había pronunciado una palabra, pero Al Talif le examinaba el rostro y la expresión de sus ojos. Era un hombre sabio en cuestión de mujeres, y Aspasia le resultaba única, y la deseaba. Después de haberla visto, Narcisa era sólo un animal bonito. Aspasia sería una maravillosa joya para su harén, pues era una mujer dotada de inteligencia y con la que podría conversar. Sonrió para sí y recordó que, quien se rebaja a conversar con una mujer, habla con una criatura carente de alma que balbucea sin saber lo que dice y cuya conversación es estúpida.

Tenía varias esposas y un gran harén. Un hombre siempre acudía a otro hombre para intercambiar sus ideas. Miró a Aspasia y, en medio de un conflicto de emociones, se preguntó si en realidad sería tan inteligente. ¿Podría surgir algo digno de mención de aquella boca adorable? De ser así, ¡qué maravillosamente excitante!

Se dirigió a ella por primera vez y su voz, según observó Aspasia, no era ruda y alta, como la de Cadmio, sino baja, serena y agradable al oído, casi como el murmullo del mar.

—He oído que en esta casa se enseñan muchas materias que no suelen aprender las mujeres griegas y jónicas, y que se respeta su inteligencia.

—Sí, es cierto —dijo Aspasia y, llevada por su amargura, habló con tal fuerza y claridad que el persa quedó sorprendido ante la resonancia y fascinación de su voz, aunque deploró su intensidad.

En Persia, las voces femeninas eran susurrantes y suaves, y cuando las mujeres hablaban, inclinaban humildemente la cabeza y bajaban los ojos. Pero Aspasia le miraba directamente, y al ver sus ojos, Al Talif quedó maravillado, pues el reflejo de las luces danzaba en ellos, haciéndolos luminosos, cristalinos. «Pero eso no nos supone ninguna ayuda —pensó Aspasia—. Se nos sigue despreciando». En Persia los hombres no hablaban con las mujeres como con sus iguales, sino que apartaban la vista al hacerlo, pues temían contaminarse por mirar demasiado a una mujer. Sin embargo, con disgusto y diversión por su parte, Al Talif advirtió que aun así seguía mirándola. Luego examinó con toda calma su cuerpo, los senos juveniles, la cintura estrecha, los muslos virginales.

A Aspasia le molestó aquel lento escrutinio de su persona, al que jamás se había visto sometida. Era como si examinara los puntos débiles de una esclava que se dispusiera a adquirir. Aspasia, enrojeciendo, le examinó a su vez, y al advertirlo él,

casi se echó a reír. «Una yegua joven y hermosa —pensó—. Será delicioso domesticarla».

Una esclava, de suave voz musical, entonó ahora una canción popular, acompañándose al arpa:

*No intentes hacer que te ame,
pues te juro, por las estrellas del cielo,
que un amor como el mío siempre será falso.
La luna fue mi perdición,
cuando tú me sedujiste con tu cortejo,
pero jamás llegaste a poseer mi corazón.
El alma sólo puede amar una vez,
y después, todo es soledad,
pues el amor llega una sola vez al corazón,
y, cuando se va, no queda más que el llanto;
todo lo demás es engaño.
El deseo permanece, pero con vida propia.*

Aspasia se había reído de la canción cuando la oyó por primera vez, pero ahora se dijo: «Nunca amaré a un hombre. Este no es repulsivo y, si me desea, tendré que obedecer». Comprobó que él también la había escuchado, sin atender a la conversación de Targelia y Cadmio, y ahora vio que sonreía levemente.

—Dime —le preguntó Al Talif—, ¿te gustaría vivir en mi país? Se encogió de hombros.

—¿Acaso importa el lugar? No tengo alternativa. —Luego añadió—: ¿Vas a Grecia, señor?

Soltó él una ligera tosecilla, como si le hubiera hecho una pregunta atrevida y embarazosa.

—¿En medio de tanta guerra y turbulencia, Aspasia? Dudo que viviera mucho tiempo en Grecia, si llegaran a descubrirme. Hago mis negocios desde este santuario de Mileto donde me reúno con los comerciantes griegos, con los fabricantes, armeros, tratantes en aceites, en obras de arte y en otras muchas cosas. Aquí consideran que somos hombres pragmáticos, no enemigos. Los mercaderes no son seres emocionales; sólo piensan en el oro —y se frotó las manos—. ¿No es lo más sensato?

Aspasia meditó sus palabras y tomó un sorbo de vino.

—Pero ¿no es el oro la razón definitiva de todas las guerras?

—No lo creyeron así los griegos cuando nosotros invadimos su pequeño país. Pero, claro, los que luchaban no eran mercaderes. Amaban la libertad, según dicen. Pero esta es sólo una ilusión.

Aspasia le miró, volviendo el rostro con los ojos brillantes de hostilidad, pues siempre había creído que la libertad era lo único por lo que los hombres debían luchar. Advirtiendo que la examinaba de nuevo detenidamente como si fuera un animal, la confusión se apoderó de ella. Miró las manos del hombre, finas y oscuras,

y las imaginó sobre su cuerpo; con gran sorpresa por su parte no tembló ni experimentó repulsión o temor. Había oído decir que, en Persia, las mujeres dormían a los pies del marido o del amo, como los gatos, y se dijo que jamás pasaría por esa humillación aunque la mataran por su desobediencia.

De pronto se oyó una exclamación de disgusto y diversión de labios de Targelia, que estaba bastante borracha. Con destreza y rapidez Cadmio le había quitado el peplo a Cleo y se la había sentado en las rodillas. Exploraba el cuerpecito moreno con manos groseras y la niña se puso a gritar, aunque también ella había bebido demasiado. Sin pensarlo un segundo Aspasia saltó de la silla y pasó los brazos en torno a Cleo tratando de alzarla de las rodillas sobre las que luchaba temerosa. La mano de Cadmio fue más rápida; cogió uno de los senos de Aspasia y lo apretó riéndosele en la cara y con una luz de lujuria en los ojos. Ella gritó, luchó por librarse de aquella mano, pero él la retuvo con fuerza estrujándole dolorosamente el pezón con el pulgar.

Más tarde Al Talif recordaría que se había portado de un modo ridículo pues, ¿qué era una mujer al fin y al cabo, y sobre todo una hetaira? Aspasia, razonaría después, había sido muy impetuosa y atrevida al tratar de rescatar a aquella criatura indigna que había merecido la atención de un hombre, y que más bien debía estarle agradecida por ello. Probablemente el grito de Aspasia fue lo que hizo que se levantara rápidamente, pues ya en su interior la consideraba suya y le resultaba intolerable ver que otro tocaba algo de su propiedad.

Entonces Aspasia vio una mano, larga y fina, que se lanzaba como una serpiente sobre la de Cadmio, aferrada a su seno. Cadmio lanzó un grito de dolor y la soltó. Cleo cayó de sus rodillas y quedó tumbada sobre la suave alfombra, gimiendo como un cachorrillo.

Cadmio se cogió la muñeca y empezó a chillar como una mujer. Miró a Al Talif al rostro y le gritó:

—¡Me has roto la muñeca, así te lleven las Furias! El persa habló en tono suave.

—No creo que esté rota, aunque te haya golpeado con el lado de la palma, como se enseña a los persas en Catay. Si te hubiera dado en la garganta, estarías muerto ahora, amigo mío.

Y agitó la cabeza como reprochándose su impetuosidad. Aspasia cayó de rodillas junto a la llorosa Cleo y la abrazó estrechamente contra su pecho mirando furiosa a Cadmio. Targelia se puso en pie sorprendida, olvidada ya la borrachera. Una profunda decepción la abrumaba. Jamás había sucedido nada semejante en su casa, por borrachos que estuvieran los clientes. Pero sobre todo temía que, como resultado de este episodio, ambos rechazaran a sus hetairas por la osadía de Aspasia y las absurdas objeciones de Cleo ante las caricias de Cadmio. Dirigiéndose a este gritó:

—¡Pediré inmediatamente unos ungüentos! —y mirando a Al Talif, de pie junto a ella, dijo—: Me siento humillada por esta acción de Aspasia. Tiene la osadía de la juventud. Te suplico que la perdones, Cadmio —añadió, volviéndose hacia él.

Este, con los dientes apretados y sujetándose todavía la muñeca, dijo:

—Entrégamela y te juro que será azotada todas las mañanas como castigo. ¿Qué hombre querría a esta fiera? —Miró a Aspasia, con una mezcla de odio y deseo, y le dio un violento puntapié.

Al Talif le sujetó por la muñeca herida y, clavando la vista en sus ojos, dijo sonriente:

—No golpees lo que ya es mío, queridísimo amigo. —Su voz era muy suave.

Cadmio se hundió en el asiento. Gimió de dolor recordando que había de llevar a cabo unos tratos muy provechosos con Al Talif, y que él mismo estaba poniéndolos en peligro. Se tragó pues, su odio, y se limitó a decir:

—¿Es que vamos a discutir por unas hembras como estas? No. Me siento avergonzado.

Cleo se abrazaba a Aspasia, llorando sobre su hombro, y esta se sentía abrumada por la desesperación. Targelia dejó escapar un profundo suspiro de alivio. Dijo a Cadmio:

—¿Te llevarás a Cleo esta noche? —La miró con un gesto de disgusto, mordiéndose los labios gruesos y entornando con astucia los ojos.

—He comprobado que está muy próxima a la pubertad. Habrás de rebajar el precio porque, en menos de un año, ya no me servirá para nada.

—¡No es una esclava! —exclamó Targelia, repentinamente enternecida a la vista de las dos muchachas tendidas sobre la alfombra. Además Cadmio se había atrevido a darle un puntapié a su querida Aspasia, como si fuera una perra. Las doncellas que cantaban y bailaban, y las esclavas que servían, se habían quedado inmóviles y silenciosas observando la escena—. Cleo —continuó Targelia con voz fría— nació libre, y aún lo es. Cuando hayas disfrutado de ella hasta hartarte, —devuélvemela. —Miró inflexible a Cadmio, quien temió que ya no se le invitaría más a está casa, tan llena de gozo y de lujo—. Quiero también que trates a la niña con cuidado y amabilidad —siguió diciendo Targelia—. Si le sobreviene algún daño, Cadmio, ni siquiera tu riqueza te protegerá de mi ira y de la justicia de las autoridades.

—Eres insolente —murmuró él. Se le estaba hinchando la muñeca y sufría mucho; se la frotaba con la otra mano—. ¿Crees que soy un bárbaro pagano, un asesino? La niña será bien tratada en mi casa.

Targelia dio unas palmadas y dos esclavos acudieron obedientes. Ordenó:

—Una vasija de agua caliente, ungüentos y lino. —Al Talif había regresado a su sitio. Miró a Aspasia, y vio sus rizos dorados que se mezclaban a los cabellos negros de la pequeña, a la que sostenía como una madre, y escuchó sus murmullos de consuelo. Ella no lloraba como Cleo. Su rostro parecía de mármol.

Súbitamente experimentó una profunda ternura por Aspasia, y quedó tan atónito ante esta extraña emoción por una mujer, que casi estalló en una carcajada de burla de sí mismo. Sin embargo, al mirarla a los ojos y ver todo el sufrimiento que encerraban, sintióse conmovido de un modo especial, pues no era un hombre dado a la piedad,

virtud que casi desconocía.

La tocó ligeramente en el hombro, inclinándose al hacerlo y ella alzó la cabeza y le miró en silencio. Vio su rostro delgado, y observó algo misterioso en sus ojos sutiles. Los labios de Al Talif se curvaron como ante un pensamiento incomprensible. El reflejo bronceado de sus mejillas, que parecían tan duras como el metal, aumentaba su aspecto viril.

No le temo, se dijo Aspasia maravillada. Iré con él y gustosamente, pues creo de corazón que no es como los demás hombres. Dijo:

—Te ruego que tomes a Cleo también —pero él agitó la cabeza y la soltó, y se apartó serenamente enojado. Sus pendientes reflejaron la luz de la lámpara.

—No es mía —contestó, y miró a Cadmio, cuya muñeca era vendada ahora por el mismo Equión. Aunque Aspasia se sintió vencida de nuevo por la desesperación, lo comprendió. Al Talif era un hombre de honor.

9

Kurda, el jefe de los eunucos, y eunuco también, miró con odio a la mujer de cabellos rubios. Ella, una hembra detestable, llevaba ya tres años gobernando esta casa, este palacio, con más poder que una reina; desde luego con más autoridad que las cuatro nobles esposas del señor... el gobernador de la provincia. ¡No eran para esta los confines del harén, donde vivían doscientas concubinas y esclavas! ¡Ni tampoco los címbalos, las flautas, las cítaras y la danza para complacer al señor Al Talif durante su descanso tras los asuntos de Estado! Incluso se rumoreaba que no dormía a sus pies, como un perro o un gatito mimado. Pero Kurda no podía por menos de dudarlo pues, ¿cómo iba a permitirse a una hembra que se enfrentara cara a cara a su señor al dormir sobre los mismos almohadones? Eso era una blasfemia, una obscenidad, algo indecible... El señor Al Talif jamás lo permitiría. No podía rebajarse de ese modo.

Kurda permanecía de pie junto a las puertas de bronce que llevaban al vestíbulo del palacio y observaba sin disimulo el porte real de Aspasia, que paseaba sobre las baldosas azules y blancas del patio, iluminado ahora por el sol ardiente. Ni siquiera es joven, reflexionó con malevolencia. Dicen que tiene dieciocho años, pero parece una hoja arrugada. Es tan vieja como la esposa más madura del señor, que ha dado a luz cinco hijos, todos varones, por lo que ya había recibido grandes honores. Y más vieja que las concubinas del harén, la mayoría de las cuales no tenían ni catorce años, pues las mujeres empezaban a decaer a esa edad y el señor no podía soportar a las viejas. ¡Sin embargo a esta sí la sufría y soportaba! ¡Increíble! ¡Vergonzoso! ¿Le habría dominado con un hechizo occidental que le turbaba el intelecto? Si era así, nadie en el palacio estaba a salvo. Sus cabellos dorados eran como una telaraña de maldad en la que toda la casa estaba atrapada e indefensa. Kurda, devoto de su amo, aunque Al Talif siguiera la religión de Zoroastro y no fuera en realidad persa sino medo por sus antepasados, habría llorado de temor y rabia cada vez que se tropezaba con esta hija de Ariman, el espíritu de la maldad inmortal, eternamente en guerra con Mitra y el hombre. Sin duda Mitra dejaría sentir su influencia malvada no sólo sobre esta casa, sino sobre todo el Valle de Polvar.

Las mujeres del palacio se burlaban constantemente de Kurda y de sus eunucos, e incluso les atormentaban ligeramente, pero a él también le temían porque, a su capricho, podía ordenar unos latigazos y otros castigos para las mujeres del harén. Sólo las princesas —las esposas de Al Talif y las favoritas— estaban libres de su malicia y del odio que sentía por su sexo. Pero esta mujer occidental, que no era princesa ni una auténtica concubina, ni siquiera una esclava, simulaba no percatarse de su existencia, ¡él, cuyos pantalones eran de plata o de oro, bordados de escarlata,

azul, amarillo y púrpura, con una chaqueta igualmente magnífica y un turbante del mismo estilo, y cuyo cinturón era de oro cuajado de gemas, y que llevaba además una espada curva que era una obra de arte! Pero ella no le hacía ningún caso, como si él fuera un chacal sujeto a una correa. Jamás le solicitaba favores o privilegios, como hacían las jóvenes concubinas y las esclavas, ni le premiaba con una moneda de oro o un regalito cuando él se mostraba indulgente con los estúpidos caprichos de las mujeres. Sólo en una ocasión le había mirado directamente, y con impaciencia, había curvado los labios al verle y luego se había apartado de él. ¡Ah, le despreciaba porque no tenía testículos! Ella, la impura, osaba juzgarse superior a uno que era puro. Ni siquiera parecía darse cuenta de que incluso los esclavos no castrados de la casa y los sirvientes menos libres, respetaban a Kurda por su poder; y que el señor Al Talif escuchaba con frecuencia sus opiniones y le pedía consejo.

¡Ah, pero ya se estaba haciendo vieja! No pasaría mucho tiempo antes de que se viera rebajada a las ocupaciones inferiores del harén, a cuidar de los niños y lavarles los pies a las favoritas, unguir sus cuerpos jóvenes y servirlos. Entonces él, Kurda, se vengaría cumplidamente. Ordenaría que la azotaran cada día al amanecer hasta que muriera, y luego arrojaría su cuerpo a los perros salvajes que infestaban las montañas. Nadie la lloraría. Era temida y odiada, no sólo por las nobles esposas, sino por todo el harén, que se regocijaría ante su destino final. ¡La muy insolente, la impertinente que desdeñaba a Kurda y también a las esposas y a las demás concubinas!

Mientras tanto, sin embargo, ella le resultaba terrible y detestable. La observó sombríamente. Había atravesado la mitad del patio, cubierto de losas blancas y azules, y estaba ahora de pie junto a la fuente de jade, un tazón enorme en el que un delfín de mármol blanco parecía saltar graciosamente bajo la iridiscencia de sus aguas. Metió la mano en la fuente y sonrió al delfín; Kurda vio su perfil extranjero y tembló. ¡Tampoco se merecía el velo decoroso y decente de la mujer virtuosa, que no sólo ocultaba sus rasgos de la mirada lujuriosa de los hombres, sino que protegía del sol ardiente el cutis delicado de las mujeres! ¡En verdad que Ariman guardaba a sus viles servidores! Los labios de aquella mujer eran como una granada, sus mejillas de carmín, el cuello y la frente tan blancos como la nieve y los hombros casi desnudos —¡obscena!— como el mármol del delfín. Tampoco tenía la nariz levemente curvada de una patricia, sino recta, e incluso descaradamente alzada en la punta. Esto traicionaba su origen esclavo. En cuanto al color extraño de sus cabellos... ninguna mujer había sido jamás así de rubia. Seguro que era teñido, pues, ¿qué podía esperarse a una edad tan avanzada? La madre de Al Talif se había teñido el pelo, pero de negro, como le estaba permitido a una mujer. Ahora bien, el color de los cabellos de esta doncella, como los de la griega de Cos, que había regresado a su tierra, era indudablemente falso. Las bárbaras y occidentales no tenían sentido de la decencia. ¡Ah, era una pena que el heroico emperador Jerjes no las hubiera conquistado! Sin embargo, Ariman protegía a los suyos, y Mitra era demasiado paciente y benigno, incluso con los bárbaros, que ni le conocían ni le honraban.

Kurda, cada vez más sombrío, observó que Aspasia llevaba una túnica escarlata, tan brillante como sus labios, artísticamente dispuesta, tensa sobre su seno y sus caderas encantadoras y cayendo en pliegues lustrosos hasta los pies calzados con sandalias doradas y cubiertas de joyas. La túnica estaba bordada con gran delicadeza, y más que tela parecía una gasa tejida con un arco iris. No se cubría la cabeza, y el viento cálido y perfumado que entraba por las muchas arcaadas del patio le revolvía los cabellos. Su figura se reflejaba en los cuadros blancos y azules del suelo, y el agua de la fuente lanzaba sombras radiantes y reflejos seductores a su rostro. Los brazos, blancos y hermosamente torneados, estaban cubiertos de brazaletes y llevaba un collar de ópalos en torno al cuello. Kurda era supersticioso. La creía un espíritu maligno. Era tan extraña y enigmática, y tenía tanto dominio en los asuntos de palacio, que hizo el signo para alejar a los demonios. A veces él, el poderoso Kurda, la temía también, y en su interior gemía ante tal indignidad.

Lo más increíble y alarmante en su opinión era el hecho de que ella no pasara el día en el harén, ni durmiera en una de las cámaras asignadas a las princesas. Dormía con el señor Al Talif (según se rumoreaba, aunque Kurda no se rebajaba a creer esa bajeza) y disfrutaba de una habitación preciosa para ella, muy superior a las de las esposas. Tenía además diez esclavas para su servicio exclusivo.

El jefe de los eunucos era un hombre inmensamente gordo y alto, con un vientre enorme y el rostro muy pálido, tan suave como el culito de un bebé. Sus ojillos negros estaban hundidos en los pliegues del rostro; tenía la nariz como una seta, la boca tristona siempre fruncida como la de un niño y varias bolsas de piel que llegaban a ocultarle el cuello. Todo su aspecto era grosero, grotesco incluso y, cuando hablaba, Aspasia apenas podía aguantar la risa, tan alta, chillona y femenina era su voz. Pero había comprendido inmediatamente lo peligroso que era, cuán dominado estaba por el mal y el espíritu vengativo. Había oído decir que todos los eunucos eran así, que detestaban a las mujeres, que eran asesinos en potencia, y que deseaban infligir tortura con la misma intensidad que el hombre normal desea a una mujer. Pero sin duda Kurda los sobrepasaba a todos en estos atributos. Aspasia estaba segura de que, aunque odiara a todas las mujeres de palacio, incluso a las princesas a las que servía solícito y guardaba con tanto ardor, la odiaba a ella más que a ninguna. Al principio se había sentido inclinada a compadecerse de él, creyendo que el pobre se afligía por su mutilación, pero pronto comprendió que estaba muy orgulloso de ella y que la aceptaba como un don superior. Su vientre enorme, desnudo y libre de pelo, sobresalía por la chaqueta abierta, y llevaba el ombligo pintado de rosa, algo que Aspasia juzgaba especialmente obsceno.

En cierta ocasión se había preguntado: «¿Por qué me odiará más que a las otras mujeres y por qué fija en mí sus ojos con esas ansias asesinas?». No se le había ocurrido pensar hasta entonces que la única razón era que Kurda estaba enamorado como una mujer de Al Talif, y que sabía que este amaba a Aspasia como jamás amara a ninguna otra. Y algo todavía peor: Aspasia era tratada como una emperatriz en esta

casa, y nunca se la recluía en la parte destinada a las mujeres sino que incluso se sentaba en los festines con el sátrapa y sus invitados a la mesa, atrevida, desvergonzada, contando como hablan los hombres y haciendo que todos la escucharan fascinados. Los invitados no la desdeñaban, ni la consideraban indigna como hacían con sus propias esposas e hijas, y esto enfurecía al celoso Kurda. La miraban como hombres hechizados por la luna en la cima de una montaña.

También era privilegio del jefe de los eunucos golpear a una joven concubina recalcitrante, o a una esclava que se amotinara en el harén, o castigarla de cualquier modo con tal de que no le dañara la piel y dejara huellas. Pero Kurda comprendió, desde el momento en que Aspasia entró en este palacio, que ella se hallaba muy por encima de esos castigos y que debía hablarle con más respeto que a las esposas de Al Talif. Cómo llegó a intuirlo no podría decirlo; de ahí su odio y resentimiento por la bárbara extranjera.

Kurda sentía también fascinación por Aspasia, pero era la fascinación del odio, la fascinación de la mujer desdeñada que estudia a su rival. No la creía hermosa; se repetía a sí mismo que era repulsiva, y lloraba por la extraña ceguera de su amado sátrapa. Hasta su perfume le asqueaba, pues Aspasia no utilizaba las esencias pesadas y lánguidas de oriente. Un perfume como de jacintos o lilas flotaba en torno a ella como si fuera la exhalación natural de su cuerpo. Sólo bastaba con que apareciera para que Kurda la mirara como si fuera un basilisco, incapaz de moverse hasta que aquella mujer hubiera desaparecido de su vista. Únicamente la muerte de Aspasia, o su despido, le habrían satisfecho. En eso soñaba. No había más que esperar la hora en qué Al Talif se cansara de ella. Claro que ese sueño no era sólo el de Kurda, sino también el de las esposas ofendidas y todas las mujeres del harén. Habían juzgado insoportable a Narcisa porque, siendo la favorita, se daba aires de sultana y se mostraba condescendiente hasta con las esposas. Pero Aspasia era infinitamente peor, ya que era infinitamente más hermosa. Incluso se rumoreaba en el harén, tan dado a murmurar, que el mismo Artajerjes, después de verla en el palacio, la había deseado y había ofrecido por ella una suma igual al rescate de un rey. Pero ninguna mujer del harén lo creía; sólo Kurda, porque él sabía que sí era cierto.

Observándola hoy con la misma rabia de siempre, Kurda la vio alzar la cabeza de la fuente con un gesto habitual en ella y fijar los ojos en la visión hipnótica del cielo azul y las arcadas, blancas y rematadas en punta, que se abrían desde el patio como el reflejo mil veces repetido de un espejo. Los arcos parecían extenderse hasta el infinito, cada vez más pequeños en la distancia, uno dentro de otro, creando una ilusión de eternidad. Atravesaban la piedra blanca de los muros que se interponían, una piedra tan exquisitamente tallada y labrada que parecía de encaje. El suelo se extendía también a lo lejos, formado por cuadros azules y blancos que parecían de cristal y que jamás estaban sucios ni cubiertos de polvo, ni siquiera de alguna hoja caída al azar, sino que duplicaban los colores y formas de cuantos pasaban sobre ellos. A la derecha, el muro y los arcos terminaban en unas escalinatas que daban

paso a los jardines colgantes, grutas y estanques, pequeños puentecillos de ébano, macizos de flores y grupos de adelfas, cipreses, palmeras, mirtos y robles, y extraños árboles de helechos y senderos de grava roja. Por allí paseaban los pavo-reales, y en las aguas los flamencos, de un color rosa como el amanecer, y patos amarillos y marrones, y cisnes blancos y negros, y garzas de picos rojos. Las orillas de los estanques, de un verde esmeralda, estallaban en cascadas de flores de muchos colores sobre las que volaban mariposas variopintas. Pájaros exóticos de extraño plumaje, encerrados en jaulas doradas que colgaban de las ramas de los árboles, mezclaban sus voces con las de otras aves que volaban en libertad. El césped era muy escaso aquí, por lo que la tierra aparecía cubierta de hiedra y diversas plantas trepadoras, de arena tamizada y limpiísima, o de grava, de un blanco brillante. Aquí y allá se alzaban enormes macetones chinos llenos de ramas de flor cuyos capullos eran como gotas de sangre, oro líquido y lapislázuli. Y sobre todo ello, un cielo resplandeciente de un azul pavo-real, de tan intensa luminosidad que los ojos no podían mirarlo demasiado tiempo. Por eso, ni siquiera las sombras eran oscuras, hasta el punto que, incluso las que cortaban los senderos o caían sobre las flores o la arena, tenían una débil incandescencia. El calor era seco, acre; no se alzaba perfume alguno de la tierra, sólo el del polvo aromático y el de las piedras ígneas.

Las mismas fuentes semejaban piedra líquida, y estaban muy calientes. En sus aguas se deslizaban perezosamente los peces de colores que a veces subían a la superficie en busca de aire. Lirios de agua, pálidos y rosados, se cerraban apretadamente, defendiéndose del sol sobre sus lechos de flotantes hojas verdes. Había pocas estatuas, de bronce y no de mármol, que adoptaban formas extrañas y asombrosas para el gusto occidental. Algunas representaban deidades femeninas de muchos senos, brazos retorcidos, manos entrelazadas, rostros terribles, con una ferocidad malévol y sobrenatural; otras eran dioses masculinos no menos espantosos; de su boca surgían llamas, así como de los hombros y escudos y todos tenían piernas musculosas y cortas, y pies desnudos de muchos dedos. Aspasia hallaba las estatuas repulsivas y amenazadoras, especialmente cuando los dientes sobresalían entre unos labios negroides. De vez en cuando tropezaba con alguna que sostenía en las manos, agarrándola por los cabellos, una cabeza cortada y se echaba a temblar. Había descubierto ya que la mente oriental era mucho más complicada, oscura y siniestra que la occidental, cuyos razonamientos eran más claros y lógicos. La mente occidental pasaba de un pensamiento lógico a otro; pero la oriental giraba en espiral, y razonaba de un modo misterioso, que escapaba a su comprensión. Sin embargo, la encontraba interesante y atractiva, no obstante su oscuridad, su falta de sencillez, sus insinuaciones misteriosas e incluso sus deducciones sobre hechos que trascendían al contexto humano y que estaban por encima de él. En una ocasión el anciano filósofo de casa de Targelia había dicho:

—Nada humano me es extraño.

Si hubiera venido hasta aquí, pensaba Aspasia con humor, no se habría sentido

tan seguro, y habría llegado a la conclusión de que había cosas, superficialmente humanas, que no podían ser comprendidas y que surgían de algún poder consciente y oculto en nada semejante a la humanidad, pues poseían cualidades de otras naturalezas elementales e igualmente espantosas.

Sólo haciendo caso omiso de las estatuas, que en cierto sentido representaban para ella la mente oriental, podía disfrutar Aspasia de los jardines. Prefería contemplar los pájaros, los pavo-reales, las garzas, flamencos y loros, y fijar los ojos en las montañas de tono violeta que rodeaban aquel valle verde y fértil. Nunca dejaban de fascinarle los jardines colgantes que cubrían los muros, cayendo hasta la tierra en masas espesas de hojas y capullos, regados por ocultas corrientes de agua. Pero no había fragancia. Únicamente de noche, rosas y jazmines exhalaban su aroma dulzón bajo la luna. Sin embargo, Aspasia prefería no visitar los jardines en medio de la oscuridad, pues, en una ocasión en que lo hizo, creyó ver que las estatuas adquirían una especie de vida propia monstruosa, salvaje, distorsionada y amenazadora, y había experimentado un temor sin nombre. Sabía que tampoco su propio pueblo se distinguía por la compasión o la ternura desinteresada, pero la mente oriental, según se reflejaba en sus obras de arte, contenía algunos elementos de crueldad e indiferencia ante la agonía que resultaban indignos y repelentes al espíritu occidental. «Todos los hombres son iguales», había declarado aquel filósofo en tono didáctico. Aspasia se hallaba ahora en desacuerdo total con él.

Y no es que la mente oriental fuera inferior a la occidental: por muchas razones, ocultas y sutiles, era superior. Pero tenía algunos componentes únicos, evasivos y enigmáticos, desconcertantes para la inteligencia occidental. A menudo, conversando con Al Talif y sus amigos, Aspasia percibía claramente su propio desconcierto, pues las argumentaciones nunca concluían de manera satisfactoria, sino que parecían prolongarse en un laberinto en el que no conseguía penetrar, y que no llevaba a parte alguna. Para el oriental, una discusión sólo conducía a aumentar infructuosamente las opiniones místicas, nunca a una clarificación final. El occidental en cambio establecía la base inicial para una argumentación, definía sus términos, y, o bien demolía al oponente con una lógica irrefutable, o era derrotado por su propia ineptitud de razonamiento. —Pero nosotros— le había dicho amablemente Al Talif, —discutimos para confundir al oponente y para demostrar la perfección de nuestra propia inteligencia ante la admiración de los demás. Es un simple ejercicio que nos adentra en lo inescrutable, y jamás resulta aburrido como vuestra lógica occidental, desprovista de auténtica imaginación. Nosotros discutimos, no para informar o educar, sino para confundir. Lo cual siempre es excitante e inspira a nuestro espíritu como el vino, y lo emborracha también.

—Pero nunca termina —refutó Aspasia.

—Luego tiene mayor validez que vuestras restringidas conclusiones, ya que nada, en el cielo o en la tierra, es definitivo, sino que todo está en perpetuo cambio, y fluye, sin ser jamás esculpido en la piedra eterna.

—Pero no posee los méritos de la ley y el orden, señor.

—Ni la realidad tampoco, Aspasia. No existe la realidad fija, tal como tú has afirmado. Hay realidades dentro de realidades, y esas cambian constantemente de forma y contexto, y jamás se repiten. ¿Entiendes, mi diosa del sol?

—No —contestó Aspasia echándose a reír. Pero se sentía inquieta. Prefería los límites, incluso los de la imaginación y las conjeturas, basados todos en la aceptación de algunas condiciones, por subjetivas que fueran—. Todo lo demás es caos —decía.

Al Talif se encogía de hombros muy divertido.

—Nada sabemos más allá de nuestra simple existencia, nuestra débil imaginación, y nuestras hipótesis. Aparte de todo esto, que nos resulta tangible, existen mundos inmensos que nos afligirían si llegáramos a entreverlos, y que tú llamarías caos. Nosotros, los del Este, sospechamos de su existencia. Vosotros preferís que vuestras deidades, o vuestro mundo sobrenatural, tenga cierto aspecto humano y sea regido por leyes que gobiernen también a los hombres. Eso es pura egolatría, y del tipo más ofensivo. E infantil además. —Le explicaba entonces que las deidades amenazadoras de los jardines no representaban seres reales, sino más bien la emanación de esos seres—. O, si lo prefieres, sus atributos o pasiones.

Pero aquellos seres no tenían siquiera conciencia de la humanidad, o, si la conocían, ni les interesaba ni les preocupaba. Poseían su propia identidad, siempre incomprendible para el hombre. Sólo sus emociones, su naturaleza, se proyectaba a veces en el pequeño dominio del hombre, no por voluntad, sino por accidente.

Al oír eso, Aspasia experimentaba una sensación de miedo que no podía explicarse a sí misma y que rechazaba inmediatamente por temor a enloquecer. Sin embargo, la mente oriental aceptaba todo aquello y no enloquecía. Quizá, se decía, los griegos estábamos dispuestos a morir por impedir el paso a los persas, porque comprendíamos medianamente que, si vencía el Este, ya no quedaría lugar alguno donde el occidente pudiera permanecer y sobrevivir. La mente occidental perecería con todo su raciocinio, sus leyes y su aceptación de una realidad común. ¿Estaba corrompida la mente oriental? Desde luego que no, según el sentido habitual del término corrupción. Pero ¿qué otra cosa podía decirse de ella? No llegaba a saberlo, aunque sí a discernirlo y entonces se concentraba en sí misma. Por esa razón, todos los tratos entre oriente y occidente debían ser necesariamente superficiales, basados en algún compromiso aceptable, provechoso para ambos. Por encima de esto no podía haber acuerdo mutuo. No podía haber negociaciones sobre la base de la buena voluntad, ya que esta palabra tenía un significado en oriente y otro distinto en occidente, y eran incompatibles y estaban arraigados en un carácter inalterable.

—En todas partes, ya sea en el Este o en el Oeste —decía Al Talif— los hombres disponen de un único terreno común para su acuerdo mutuo, y ese es el oro. Es el punto de contacto universal, el entendimiento universal. Podremos diferir en todo lo demás..., pero no en el oro. —Y había sonreído—. Vosotros los occidentales nos consideráis tortuosos. Nosotros os encontramos ingenuos.

Aspasia comprendió que no pretendía denigrarla a ella, como mujer, sino a toda su raza. A veces se sentía desconcertada. Los persas y medos eran pueblos arios, como ella misma; sin embargo no existía entre ambos la comprensión total. Al Talif pasaba los dedos por sus maravillosos cabellos y los besaba ardientemente, y Aspasia sonreía diciéndose: «Todos los hombres tienen otro terreno común, aparte del oro, y son las mujeres». Una mujer astuta, de cualquier raza, conocía a un hombre, de cualquier raza, y lo seducía sutilmente, ya fuera oriental u occidental. No obstante, había de admitir que Al Talif nunca se dejaba conquistar tan por completo como los occidentales. Aunque se sintiera amada, mimada e incluso respetada, podía despedirla con impaciencia, ignorarla y no llamarla durante varios días. Al Talif permanecía invulnerable, y por esa única razón la fascinaba. Ella no le amaba, según su concepto del amor, pero le veneraba y con frecuencia le temía, ya que era un misterio para Aspasia. Sentíase agradecida por muchas razones, y no tenía que simular pasión por él. Al Talif conocía perfectamente a las mujeres, y esto a veces la humillaba, pues, cuando utilizaba con él sus artes aprendidas, la observaba con un brillo de malicia en los ojos, como se observa a un niño especialmente listo. Tenía poder, y las mujeres, admitía Aspasia, adoraban el poder.

A la derecha del patio donde se hallaba ahora Aspasia había ventanas en los muros, no tan puntiagudas como los arcos, sino redondeadas. Estaban cubiertas con rejas de bronce, como barrotes de prisión. Aquí era donde se hallaba la vida del palacio. El edificio era más redondo que cuadrado, con una cúpula de notable blancura rodeada de torrecillas altas y estrechas, como agujas de piedra. Había otro patio secreto, más pequeño que este, que llevaba al harén y que era utilizado exclusivamente por las mujeres de palacio y los eunucos que las guardaban. Aspasia se dirigía a veces a ese patio donde no era bien acogida, y allí intentaba hablar con las esposas y concubinas.

Los griegos exaltaban el cuerpo, como todos los pueblos occidentales y adoraban a los atletas, púgiles, actores, bailarines y luchadores, corredores y lanzadores del disco. Era un pueblo amante del cuerpo humano. Pero los persas no lo eran. El cuerpo tenía para ellos menos importancia que la mente... con la excepción del cuerpo de sus mujeres y de sus valientes guerreros. Su carácter tenía una veta de indolencia, y deploraban la actividad excesiva y el sudor. Las mujeres del harén eran más bien gruesas, y los hombres admiraban sus carnes. Resultaba extraño que Al Talif no encontrara deplorable la esbeltez y energía de movimientos de Aspasia. Acariciaba sus largas piernas, le pasaba las manos por los firmes senos, el vientre cóncavo, y ella se preguntaba, incluso en su excitación, cómo podía gustarle, teniendo en cuenta la gordura de sus esposas y concubinas. A veces se decía que tal vez fuese porque era medo, y no persa. Sin embargo, al adquirir una nueva esclava, siempre se decidía por una más bien gruesa. En una ocasión le había dicho quejosa:

—No te comprendo en absoluto.

A lo que él había respondido cariñosamente:

—Mi querida paloma, debes sentirte agradecida por eso. —Sus palabras insinuaban cierto terror oculto de su mente oriental y, aunque ella se encogiera de temor, le quería.

No era desgraciada. Tenía un maestro que con gran dedicación le enseñaba la lengua persa y las costumbres que deseaba aprender para mejor agradar a Al Talif. Su curiosidad, su interés, jamás se satisfacían. Tenía acceso a la biblioteca de Al Talif y a las áreas de palacio que le eran exclusivas, llenas de objetos de arte que, a la vez, la repelían y la cautivaban. Sin embargo sentíase deprimida en ocasiones por lo recargado de los adornos, el aspecto tan inhumano del jade tallado, de las piedras, lapislázuli y bronce, los mosaicos de un solo tamaño, las posturas estáticas que eliminaban por completo toda ligereza. En resumen: como si negaran la carne, la sangre y el tazón, y fueran tan sólo símbolos.

—¡Ya te he cogido! —le dijo él un día riéndose—. ¿No dijiste una vez, mi dulce aurora, que todo en el universo es únicamente símbolo?

Ella quiso responder con impaciencia, pero no tuvo palabras. Al Talif dominaba más la mente occidental que ella la oriental, y aceptaba aquella con ecuanimidad, como un fenómeno del mundo, mientras Aspasia se negaba a reconocerlo.

Creía que él la amaba, aunque sólo fuera como una novedad. En una ocasión le preguntó:

—¿Me despedirás cuando sea vieja, dentro de pocos años? Él la había mirado con la ternura burlona que a veces le resultaba tan enojosa.

—Lirio de Shalimar —había respondido— tú nunca serás vieja. —Después comenzó a hablarle de Egipto y de la India, de sus costumbres y religiones, y Aspasia se distrajo, siempre ansiosa de aprender. Por eso dijo él—: Él es el atributo de los eternamente jóvenes: que aprenden, que tienen un espíritu enardecido, y sus ojos jamás se apagan, ni su cuerpo se inclina. Mi madre era así. —Esta fue la primera y única vez que le habló de su madre.

Le preguntaba:

—¿Te sientes sola, amor mío? —y cuando ella le respondía que, en realidad, nunca había conocido la soledad, Al Talif asentía profundamente agradecido y contento. Había recibido de él regalos inapreciables, joyas y oro, y sabía que podía abandonarle en el momento en que lo deseara. Pero no quería irse. Había ocasiones en que llegaba a sentir el júbilo de la verdadera felicidad.

A veces él se la llevaba en su carro lujoso, brillante de esmaltes y gemas incrustadas, arrastrado por caballos árabes negros con arneses de plata y conducidos por esclavos nubios semidesnudos y con turbante, a los bazares ruidosos de las afueras de la ciudad de Murghab. Aquí, en una llanura bañada por una luz cegadora, bajo el cielo azul y entre las montañas rojizas, se extendían filas interminables de tiendas en las que se mezclaban el olor de las especias y el estiércol, la madera de sándalo y el nardo, la arena y el polvo caliente que se alzaba en nubes como oro al sol. Había montones de chile indio, del amarillo más pálido al escarlata más brillante,

mesas plegables, adornos y joyas de bronce y plata con turquesas, perlas y granates, balas de seda y tejidos bordados, golosinas exóticas, jarras de leche, alfombras bordadas de flores, sandalias y botas de la piel más suave y de paja.

Mercaderes de Asia y de Asia Menor, de Catay, Arabia y Egipto, entre risas y juramentos cuando iban de puesto en puesto para estudiar a los competidores, tratando de denigrar sus precios, agitando sus propios tesoros bajo sus narices, discutiendo con ellos y burlándose de sus ofertas. En algunos puestos se vendía carne asada y aves, pasteles, vino embotellado y cerveza, e incluso aguardiente sirio. Otros vendían aceitunas en salmuera, ristras de cebollas, coles y pepinos, panes extraños de costra dura rellenos de semillas dulces y cubiertos de moscas. Los camellos, que aún levantaban más polvo, circulaban por los pasadizos estrechos chillando enojados, mirando a la multitud con desprecio y resistiéndose a los tirones de sus amos, entre un sinfín de perros y gatos escurridizos, cabras y ganado. Pollos y patos se guardaban en grandes cestos amontonados, y sus quejas competían con aquel conjunto confuso de sonidos discordantes. Había puestos en los que vendían cuchillos, cimitarras, espadas y dagas de plata, de los que salía el constante chirrido y siseo de las muelas de afilar. Hombres delgados de piel amarilla, con la cabeza afeitada, tenían puestos de flores, verduras, ropas de lana, y mesas y sillas exquisitamente talladas de ébano y teca con incrustaciones de marfil y madreperla, y también cerámica; otros vendían objetos de porcelana, la mayoría de ellos muy artísticos y pintados de colores extraordinarios. Negros de rostro frío e inexpresivo abrían sus cajas de madera bajo unas mesas cubiertas de seda sólo para el escrutinio de los hombres, y siempre estaban rodeados de clientes risueños que se daban con el codo y se hacía guiños como niños traviosos.

También existían tenderetes de cambistas de moneda, hombres de todas las razas con ojos alerta y rostro grave, vigilados por guardaespaldas con las espadas desnudas, y se escuchaba el constante tintineo del oro y la plata, el bronce y el cobre en los cofres y cajones cerrados. Los cambistas se mostraban serenos y silenciosamente despectivos mientras los clientes blasfemaban, agitaban los puños, discutían, pegaban puñetazos en la mesa, o lanzaban bolsas de moneda a la cara de los banqueros, que parecían aislados de todo y se limitaban a susurrar entre ellos o a devolver la bolsa con un gesto de rechazo, entre las protestas desaforadas de parte de los sudorosos pastores. Algunos escribían con toda calma en sus libros, abiertos ante ellos, tan tranquilos como si estuvieran en el santuario de un banco cerrado, inconscientes de la masa que entraba y salía de los puestos. El ruido allí era extraordinario.

—Observarás —dijo Al Talif a Aspasia, cubierta con el velo y una capucha en aquella jungla de estruendo, carreras y empujones— que los hombres que tratan con el dinero jamás se muestran descompuestos o desconcertados. El oro y la plata tienen una influencia sedante, pues, ¿no gobiernan el mundo, a pesar de todos los filósofos y sacerdotes que gritan lo contrario? Si yo deseara un consejo tan inmutable como las leyes de los medos y persas, y tan firme y sensato, recurriría a un banquero, siempre

encerrado tras el muro de cristal de la realidad, ya que no tiene pasiones desordenadas. Desde luego no acudiría a un templo a consultar a los dioses.

—Pero el oro y la plata sólo tienen valor en la mente subjetiva de los hombres —dijo Aspasia—. Carecen de gloria intrínseca. Fueron concebidos por unas ideas, y esas ideas podrían alterarse.

—Te aconsejo que discutas esa esotérica opinión con los banqueros —dijo Al Talif tocándole la mejilla cubierta por el velo como acariciaría la de un niño— aunque dudo que estuvieran de acuerdo contigo.

—Sólo son símbolos, y muy convenientes —que los hombres han aceptado— de lo que en verdad es valioso: la comida, la casa, la tierra, las posesiones...

—Los hombres darían, y dan, su vida únicamente por los símbolos —afirmó Al Talif riéndose de ella—, ¿no lo has dicho así tú misma en tus discusiones conmigo? Ya lo creo que sí.

Como Aspasia no contestara, algo apurada, continuó:

—Has afirmado que también nuestros dioses son simples símbolos de nuestra esperanza, desesperación y anhelo, y que posiblemente no tienen existencia objetiva. Sin embargo nosotros los orientales creemos que los símbolos son manifestaciones externas de la realidad oculta y desconocida. —De nuevo le acarició la mejilla y sonrió—. ¡Ah, incluso los filósofos que se burlan del oro, y los sacerdotes que condenan el deseo de riquezas, pueden sobrevivir tan sólo mediante alimentos comprados por eso mismo que desprecian! Y no he visto que lo rechacen nunca: en realidad lo desean con avidez.

Aspasia, que tenía un gran sentido del humor, rió como respuesta.

—También yo he observado que es raro encontrar un filósofo delgado, o un sacerdote muerto de hambre. Pero han de comer, puesto que son hombres; si no morirían.

—Si quieren demostrar su hipótesis de que el oro es indigno y malo el desearlo, entonces que se dejen morir de hambre públicamente en la plaza del mercado como digno ejemplo para los demás —dijo Al Talif—. Me encantan esos idealistas que denuncian las propiedades y las desean para sí mismos.

Toldos de todos los colores y de todas las telas y materiales se agitaban bajo el viento constante del desierto. Las montañas, más allá, parecían cobre ardiente contra un cielo del color de bronce pulido, y el sol, en su centro, era un agujero y un holocausto de llamas. La multitud de compradores y comerciantes, de hombres y mujeres chillones, recibían los empujones de montones de críos que corrían entre las gentes y animales, morenos, descalzos, desnudos, el pelo negro y el rostro aceitoso, comiendo panes calientes y pasteles y llevando en la mano restos de comida robada de las mesas o cocinas. Burros con gestos enormes sobre su paciente lomo eran azotados y empujados en medio de aquella confusión de cuerpos; los látigos se alzaban, gruñían las ruedas de las carretas, se oían juramentos profanos y se rompían algunas cabezas. Todos, con excepción de los niños, iban vestidos de negro, escarlata,

amarillo o azul, los hombres con el clásico paño sobre la cabeza sujeto con una cuerda formando nudos, y las mujeres cubiertas con un velo, viéndose únicamente sus ojos lustrosos.

No se le permitía a Aspasia que descendiera del carruaje más que en compañía de Al Talif y del grupo de eunucos, dirigidos por Kurda, todos con la espada desenvainada. Los mercaderes le traían cordero con setas y cebada, todo guisado a la vez y envuelto en hojas verdes, y vino ácido en vasos de metal. Al Talif, rodeado por su guardia de eunucos, se reía cuando Aspasia declaraba que la carne estaba demasiado sazonada y caliente para su gusto, y que el vino era muy ácido. Aún se reía más cuando ella se lo tomaba al fin, disfrutando al parecer de aquella novedad. En una ocasión Aspasia se negó a beber leche agria y espesa en un tazón de barro, pero cuando la persuadieron la saboreó, y la encontró muy refrescante. En todo momento trataba de complacer a Al Talif, no sólo porque así se le había enseñado, sino porque deseaba su aprobación. Él le compraba frutas exóticas con un sabor más exquisito que todo lo que había probado en su vida. Los pasteles calientes llenos de semillas aromáticas, y las carnes sazonadas con culantro y clavo le entusiasmaban.

—No veo que haya cerdo —dijo un día. El rostro de Al Talif se alteró.

—Casi nunca comemos cerdo —dijo, y no explicó más.

Aspasia aceptó pescado crudo en vinagre y cebollas con cierto temor, pero cuando él la animó a que lo probara en un plato de barro lo encontró delicioso. También había pescado frito con alcaparras y una salsa picante que le escocía la lengua, y vino refrescado con jugo de limón. Al Talif disfrutaba extraordinariamente con estos experimentos y se reía como un muchacho. Siempre le compraba alguna joya delicada de oro o plata, collares, anillos, pendientes y brazaletes, o bien alguna estatuilla que a ella se le antojara. Aspasia la sostenía en la mano examinándola, tratando de comprender el misterio de lo oriental. En una ocasión le compró un lirio de agua, hecho de jade blanco, increíblemente hermoso, con sus hojas de jade verde, y ya nunca se separó de él. Estaba convencida de que incluso exhalaba su propio aroma.

Otro día le regaló una estatuilla de mármol sacada de la tumba de algún noble egipcio, pues se vendían muchas en los puestos de los bribones egipcios, de rostro oscuro y ojos negros y misteriosos. Aspasia experimentó cierta repulsión. Daba vuelta a la figura entre sus manos, pero esta continuaba siendo impenetrable, como si repudiara a la humanidad y a sus frutos más cálidos.

—Osiris —le explicó Al Talif—. Hijo de Isis, a la vez su marido. Se dice que este dios, virtuoso salvador de su pueblo, fue asesinado por sus mismas gentes y luego se alzó de entre los muertos y subió al cielo, desde donde gobierna y ama a la humanidad.

—Los dioses de Grecia son más hermosos y sensatos —contestó ella.

De nuevo cubrió su rostro aquel aire inexplicable de gravedad y de reserva que Aspasia no conseguía interpretar. Más tarde Al Talif le habló de la religión egipcia,

de Ptah, el Dios Todopoderoso que gobernaba el universo sin fin y se preocupaba por toda la creación.

—Los griegos —dijo Aspasia—, son más felices cuando los dioses les olvidan, pues, con frecuencia su interés resulta desastroso. Nosotros preferimos adorarles a distancia... y pedirles ayuda únicamente cuando la necesitamos.

Otra vez quedó Al Talif grave y ausente, y ella, intimidada y temerosa, se preguntó en qué le habría ofendido. Jamás se proponía ofenderle, y no por temor sino por respeto. Y por algo más, peligrosamente cercano al amor, que todavía no sospechaba. Le habían enseñado que una mujer no podía permitirse el lujo de amar a un hombre, puesto que esto sólo traía calamidades, dolor, desesperación y la pérdida total de la dignidad. La mujer, así, se convertía en una esclava.

Un día Al Talif le regaló una complicada esfera tallada en marfil de Catay. Por los intersticios de la talla Aspasia distinguió otra bola más pequeña en su interior y luego, girándola entre los dedos, vio otra más dentro de la segunda, y otra, y otra, cada una más pequeña que la que la envolvía. No veía las uniones, ni la menor indicación de cómo podían haberlas introducido así, y se sintió desconcertada. Al Talif le explicó que la bola, en su origen, había sido sólo una pieza, la exterior.

—Entonces, ¿cómo fueron talladas las otras? —preguntó Aspasia.

Él se limitó a agitar la cabeza. Maravillada, trató de introducir la puntita de la uña, teñida de rojo a la moda oriental, por los resquicios. Las bolas interiores giraban, no estaban fijas. Luego, inexplicablemente, se puso de mal humor.

—¿Prefieres soluciones? —preguntó Al Talif observándola.

Había hecho que se sintiera ridícula a sus propios ojos, y se volvió hacia él rápidamente, de pie a su lado. La cálida luz del sol le deslumbró impidiéndole ver con claridad, pero continuó mirándole. La luz danzaba sobre los planos oscuros y bronceados de su rostro delgado, como si fuera metálico, y sacaba destellos a sus pendientes, pero no pudo descifrar el secreto de sus ojos. Al Talif tenía ahora una expresión meditabunda, que ya había visto antes y que siempre la turbaba.

La muchedumbre inquieta les rodeaba, aunque mantenida a distancia por el círculo de eunucos lujosamente vestidos y con las espadas desenvainadas. Los mirones los maldecían, pero se alejaban respetuosos, pues comprendían que en el interior de aquel círculo había un hombre de importancia. Así que muchos empezaron a reunirse en torno, hombres vestidos con ropajes sucios y polvorientos, rojos, negros y amarillos, con la cabeza cubierta por una tela a rayas sujeta por una cuerda de varios nudos. Tenían el rostro ávido y moreno, tan famélico como el de un chacal, y los ojos brillantes, a la vez humillados y curiosos. No reconocían en este hombre, tan soberbiamente vestido, a su gobernador, pues, el rostro quedaba semioculto por la capucha y el manto de seda oscura, bordada discretamente de oro. Nunca hacía estas excursiones con sus propios soldados; prefería circular de incógnito por la plaza del mercado, y sin que le rindieran honores.

En ese instante el viento ardiente del desierto alzó en parte la capucha de Aspasia

y su velo, y un mechón de cabello rubio surgió a la luz; los hombres que los observaban se aproximaron y soltaron un grito agudo de asombro al contemplar no sólo su pelo, sino la blancura de su rostro y su belleza. Se adelantaron más aún para apreciar mejor aquella visión increíble, e incluso empujaron a los eunucos, cuyas espadas curvas brillaban bajo la luz cegadora. Al Talif no dio muestras de haber advertido a toda esa gentuza, pero empujó a Aspasia a sus espaldas —la posición habitual de una mujer en compañía de un hombre— y se dirigió a la litera. Los ojos de Kurda brillaron de odio hacia la mujer que había puesto en peligro a su amo. Siguió a Aspasia. Los eunucos, alzando las espadas, guardaban la retirada. Aspasia, volviendo la cabeza por encima del hombro, vio primero a Kurda, en cuyo rostro se reflejaba un ansia incontenible de venganza, y tras él los puestos del mercado y los ojos aún atónitos de la plebe, momentáneamente callada, vencida por el asombro.

No estaba asustada. Sólo cuando estuvo en la litera, con su señor, sintió algo de miedo. Al Talif corrió las cortinas de seda espesa y quedaron en la penumbra. Luego se alzó la litera y se alejaron de allí. Desde entonces habían pasado dos semanas y Al Talif no había vuelto a hablar del mercado. Aspasia jamás le pedía explicaciones, pues sabía que esto le irritaba, ya que Al Talif no creía que las mujeres fueran dignas de recibir ninguna aclaración por la conducta de un hombre.

Pero ayer la había llevado al lugar en que Ciro derrotara a Astiajes, el último rey de los medos, batalla con la que había iniciado una carrera de conquista y poder que sólo terminó cuando logró establecerse como el supremo emperador de toda la historia. Se proclamó entonces rey de todos los persas y medos, uniéndolos así en un solo imperio, en un poder implacable que extendía su gobierno a todas las tierras entre el Gran Mar y Persia, e incluso hasta Egipto y Grecia.

Había hecho que construyeran en ese lugar un gran palacio con terrazas, a la entrada de Fars, y allí había surgido una ciudad para perpetuar su gloria. Una columna impresionante se alzaba junto al palacio cuadrangular, y en ella en tres idiomas, los de Susa, Asiría y Persia, se había escrito: «¡Yo soy Ciro, el rey, el aqueménido!». Esta gruesa columna circular, que se remontaba hacia el cielo azul e incandescente, estaba embellecida por una figura alada y el grabado de su tumba.

El silencio se extendía por todas partes, ese silencio que sigue inevitablemente a la partida de los hombres grandes e ilustres, que no son como los demás hombres, y el viento del desierto corría huracanado por el valle. Aspasia tuvo miedo. Dijo:

—¿Era descendiente de Aquemenes?

—Sí —repuso Al Talif, contemplando el pilar gigantesco—. Y también era el cabecilla de una tribu hasta que se encontró con el orgulloso rey medo, Astiajes, y le derrotó en este lugar.

Aspasia miró con curiosidad a su señor.

—¿No le odias?

Le devolvió él la mirada con una mezcla de burla y exasperación.

—¿Cómo sería eso posible? El rey Ciro era como un dios, y aunque fuera sólo un

pobre gobernante tributario de Anshan, logró lo increíble, lo imposible; uniendo a medos y persas construyó el imperio invencible del mundo. Nosotros los medos reverenciamos su memoria porque fue un héroe noble, justo y misericordioso, honesto con las mujeres que habían observado la batalla. —Sonrió Aspasia—. Medita sobre esto. Era como uno de vuestros griegos que recibieron a Jerjes en las Termópilas y en Salamis, sin más que sus armas rudimentarias. Se parecía a vuestro espartano Leónidas.

—Yo soy jónica —dijo Aspasia—. Ni espartana ni ateniense. Él ignoró sus palabras. Alzó la cabeza mirando la columna.

—La mayor de todas las virtudes es el valor; la más heroica. En ese terreno incluso un pequeño cabecilla es semejante a un emperador, pues ambos ondean la misma bandera. He visto la tumba de Ciro, el mausoleo con su bóveda dorada, construida sobre una terraza ascendente de bloques blancos de piedra que se parece a las pirámides de Egipto. Su esposa era egipcia. Y he leído la inscripción en la tumba:

*«¡Oh, tú, hombre, quienquiera que seas y vengas de donde vengas, pues sé que vendrás;
yo soy Ciro, que fundó el imperio de los persas.
No me niegues, pues, este trozo de tierra que cubre mi tumba!».*

Su voz, en el profundo silencio, era sonora, dominante, conmovedora incluso, y Aspasia la escuchó y se sintió hondamente emocionada. Entonces Al Talif se apartó de ella y con su reserva habitual se dirigió hacia el carro, y Aspasia le siguió en silencio. Una vez en el carruaje, que un esclavo protegía del sol con una sombrilla escarlata, dijo a Al Talif:

—«Un pedazo de tierra». En eso acaban reyes y esclavos, y ese es el fin de la gloria y de la esclavitud.

—También es el fin de un perro hambriento —contestó, como habría contestado a un niño, y Aspasia enrojeció.

—Me crees ridícula —dijo.

—¡Ah!, no eres más que una mujer. —Y, viendo su rostro ofendido, su mortificación, cogió su mano y la besó—. Pero ¿no sois vosotras las mujeres las supremas conquistadoras, y nosotros los hombres tan sólo vuestros esclavos, incluso el más poderoso?

Si otro hombre de su propia raza, y de Occidente, le hubiera dicho estas palabras, Aspasia se habría sentido satisfecha. Pero ahora, en el calor sofocante del jardín, pensaba: «Se burla de mí incluso con sus besos, las sonrisas enigmáticas y las palabras galantes. Todos los hombres son extraños, es cierto, pero Al Talif es el más extraño de todos. Esa fue una de las veces en que me inspiró miedo, pues no le comprendí. Es caprichoso, y a la vez tierno y cruel, como un niño, y luego, en otras ocasiones, se muestra altivo, y majestuoso, e incluso más civilizado que los atenienses. Unas veces es tan sencillo y franco como el agua clara, y otras tan

inescrutable como la bola de marfil que me regaló. ¿Por qué me deseó en la casa de Targelia? Ni siquiera sé si, en realidad, siente afecto por mí. Creo que no es mi belleza, que tanto ensalza, lo que atrae a este oriental tan peculiar, pero me temo que tampoco sea mi inteligencia, mis conocimientos y artes que tanto alaba, lo que le entusiasma de mí, porque, cuando soy más sincera y estoy más ansiosa de aprender, él se ríe. ¿Le dolería que yo me fuera? Creo que no, que me olvidaría en el momento en que hubiera desaparecido. Y yo, ¿le lloraría? ¡Oh, dioses, me temo que sí!».

Se llevó las manos a los ojos y se prohibió llorar, pues sentía ya las lágrimas abrasándole los párpados.

Una idea horrible la sobrecogió. ¿Sería posible que le divirtiera tan sólo, que la considerara como una novedad que podía distraerle durante algún tiempo, y por eso cultivara su compañía y soportara su presencia? ¿La exhibía ante sus invitados como si fuera un ser extraordinario aunque no humano, capaz de realizar algunos trucos entretenidos y deliciosos simulando humanidad? ¿Divertía ella a sus invitados como a su señor, y por la misma razón?

La humillación le venció de nuevo. Se juró que en la fiesta siguiente se sentaría en silencio, sin sonreír siquiera, simulando estupidez. Si Al Talif se enojaba, ¡pues que se enojase!

Empezó a pensar en su última visita al mercado, abarrotado de gente, y en los puestos donde se vendía a los esclavos. Siempre trataba de evitarlos y volvía al carruaje para sentarse melancólicamente bajo el toldo, blanco y rojo, dándose aire con un abanico de plumas y piedras preciosas mientras Al Talif regateaba con los vendedores vocingleros y gesticulantes. Había vivido rodeada de esclavos en casa de Targelia pero, desde la infancia, se había rebelado en secreto contra esta degradación de los seres humanos que, en Grecia, eran considerados únicamente «cosas». Más aún, había estudiado detenidamente las leyes de Solón y esperanzadas ideas de que la esclavitud se viera al fin erradicada en las naciones civilizadas. Sin embargo, los esclavos eran una propiedad muy valiosa en Grecia y sus Estados dependientes, y gozaban en cierta medida de aprecio por parte de sus amos; con frecuencia vivían amados y mimados, e incluso recibían educación, si eran inteligentes, y se les consultaba en muchos asuntos.

No sucedía así en el Oriente. Los señores tenían poder de vida y muerte sobre los esclavos y podían ordenar su destrucción a voluntad y sin más escrúpulos que si hubieran sido criminales o perros rabiosos. En Grecia había leyes que protegían la vida de los esclavos y les aseguraban cierta inmunidad de los castigos monstruosos.

Sólo una o dos veces, al advertir su disgusto, había pedido Al Talif que Aspasia estuviera presente en la compra de algún esclavo. Allí, en tiendas grandes y cubiertas, y de pie sobre una plataforma, se exhibían hombres, mujeres y niños de todas las edades y de todas las razas, desde los etíopes y árabes de piel más oscura al pálido marfil de las gentes de India y Catay y naciones bárbaras todavía sin nombre, de ojos azules y pelo rubio. Permanecían quietos, callados, resignados, como animales

encadenados; mujeres con cacharros de cocina a los pies para indicar que eran cocineras y siervas de cocina; jovencitos de ambos sexos, desnudos y con el rostro cubierto de cosméticos para resguardarse del sol ardiente; viejas que sabían de costura; castrados que mostraban a las claras su mutilación y su rostro afeminado; viejos cuyas manos rugosas atestiguaban que eran jardineros, trabajadores de la madera, aguadores; hermosas doncellas, de las que se garantizaba su virginidad y que no llevaban nada encima, el vello púbico depilado y afeitado, los pezones pintados de negro; niños que se cogían desesperadamente al seno de su madre, jóvenes encadenados, dispuestos para la labor más dura, y nombres de mediana edad con tablillas y estilos, escribas cultos; bailarinas con sus panderetas, tan hermosas como estatuas y comadronas con sus instrumentos.

Todos, sin excepción, tenían esa expresión conmovedora de la resignación ante el destino, aunque a veces, viendo a un señor tan refinado y distinguido como Al Talif, un brillo de esperanza aparecía en sus ojos velados. Él iba de uno a otro, acariciándose los labios con el índice moreno. Examinaba a las jovencitas como el que examina a unos animales, separándoles los muslos y tocando sus partes con mano experta y palpando la textura y firmeza de sus senos; tanteaba los músculos de los jóvenes, y observaba a los castrados comprobando las cicatrices a fin de convencerse de que no habría infección ni incapacidad permanente. Nunca hablaba con los esclavos sino sólo con los tratantes, preguntando, regateando.

Aspasia jamás había visto antes un mercado de esclavos, y estaba horrorizada. Al Talif, tan elegante y pulcro en su casa, demostraba aquí una insensibilidad que le resultaba increíble. No trataba a los esclavos con delicadeza; se mostraba rudo y frío. Y lo peor, en opinión de Aspasia, era que los esclavos no se quejaban ni retrocedían ante las indignidades que se llevaban a cabo con ellos, íntimas y crueles. Jamás dejaba Al Talif de examinar a las doncellas para asegurarse de su virginidad; Aspasia cerraba los ojos y sentía náuseas a la vista de aquel índice investigador. Con frecuencia también traía al mercado algunos esclavos que le parecían incompetentes, o muchachas de las que se había cansado, y los vendía como habría hecho con el ganado.

De regreso al palacio ella le dijo:

—Señor, no debes llevarme de nuevo al mercado de esclavos. Me resulta insoportable.

Al Talif levantó las cejas divertido, estudiándola como si fuera un ser muy curioso.

—¿Comprarías un caballo o una vaca sin examinarlos para asegurarte de su salud y competencia?

Aspasia respondió:

—Son humanos, como tú y como yo —y él, al oír esto, soltó una carcajada de incredulidad, alejándose disgustado. Aspasia insistió—: Aunque te disguste, señor, aunque me envíes al exilio, no puedo venir más.

Con gran sorpresa por su parte, y tras echar una mirada al rostro tan pálido, él se encogió de hombros. Jamás se vio forzada a acompañarle de nuevo al mercado de esclavos.

La noche de aquel día decidió que le odiaba, que sentía asco. No respondió a su pasión y se limitó a yacer en sus brazos, tan muda como una esclava, sin resistirse. Al Talif, estudiando su rostro a la luz de las lámparas de cristal, adivinó su repulsión y que se negaba a devolverle la mirada. Hombre sutil e intuitivo, lo comprendió; se apartó de ella. Aspasia se levantó y regresó a su cámara, con el corazón tan helado como la nieve de invierno en las montañas. Ni siquiera se había percatado él de su marcha.

Unas horas después yacía en su cama insomne, llorando en silencio, pero no sabía si de asco o tristeza. Al Talif no la volvió a llamar en muchos días, y cada uno de ellos estuvo marcado para Aspasia con el sufrimiento. Cuando una noche fue a buscarla uno de los eunucos en su nombre, Aspasia se levantó del lecho y se vistió como una novia, temblando de gozo. Sentía vergüenza también, pero la felicidad predominó al fin y acudió rápidamente a su cámara con una sonrisa tan hermosa que Al Talif quedó anonadado una vez más ante su extraordinaria belleza e, incorporándose en su lecho, le tendió los brazos. Aspasia corrió a su lado. Él le quitó la túnica de los hombros, tomó un cuenco lleno de pétalos de rosa y le cubrió con ellas los senos, contemplándola tierno y complacido.

Y dijo:

—Eres muy tonta, mi tórtola de blancos senos, mi adorada, pero te he perdonado. Ven, dame tus labios, más suaves y dulces que estas rosas.

Aspasia siempre se había mostrado apasionada con él, pero esa noche se superó, y sus níveos brazos le rodearon como vencida por la desesperación, aunque las lágrimas le llenaban los ojos. Pero cuando volvió a su propio cuarto y lo recordó todo, su rostro enrojeció de vergüenza ante los recuerdos. Pensaba hoy en todas esas cosas, tan desconcertantes y demoledoras, en el jardín y bajo la mirada malévola de Kurda, que la observaba desde las puertas de bronce del palacio. Viendo su cabeza inclinada y el rostro triste, y con la agudeza propia del odio se dijo:

—¡Ah! La extranjera está triste hoy. Ha ofendido a mi señor. Así lo quiera Mitra, porque entonces será despedida.

Sintiendo su mirada, Aspasia alzó la cabeza, vio el gozo maligno en el rostro grasiento y una extraña frialdad inundó su cuerpo, incluso bajo aquel calor, y se sintió más sola que en toda su vida, como jamás antes se sintiera.

Aspasia había considerado muy mala la situación de las mujeres en Grecia, pero en Persia era mucho más terrible. Libres o esclavas, hijas, hermanas o matronas, concubinas o cortesanas, sultanas, madres o prostitutas de las calles, todas ellas no eran más que polvo ante los ojos de los hombres, despreciadas, ridiculizadas, ocultadas como objetos vergonzosos, sospechosas de los instintos más bajos, tontas como micos o como sapos, tan sexualmente depravadas como las perras, vanas como pavo-reales, traidoras como bestias salvajes, sucias, corrompidas, carentes de alma, ansiosas como gansos, discutidoras y pendencieras e instintivamente malas y sin auténticas cualidades humanas. También eran incapaces de razonar, charlatanas y pretenciosas. No eran dueñas de nada, ni siquiera de su propio cuerpo. Como en Persia regía el despotismo, que no otorgaba las mínimas y dudosas facilidades de la democracia corrupta, las mujeres no podían apelar contra unas leyes que las consideraban apenas inferiores a un valioso animal. Sólo tenían una función, que implicaba diversos cometidos: aportar una dote al marido, engendrar hijos para este o para el amo, trabajar, divertir y dar placer. Si no poseían estos atributos, la ley no protegía sus vidas. Si nacía una niña no deseada, no la entregaban a la adopción de alguna matrona piadosa sin hijos o a un tratante de esclavos. Sencillamente se la estrangulaba y se la abandonaba sobre un montón de basura para que la devoraran los perros y chacales. Como las mujeres eran sucias incluso de niñas, el acto de estrangularlas se confiaba a las comadronas, pues ni siquiera podía esperarse que lo hiciera un esclavo varón.

En Grecia, si una matrona vivía en una casa noble, rica y distinguida, y tenía además padre y hermanos, gozaba de gran autoridad en su casa y era incluso temida en ocasiones por el marido. Aunque a este se le entregaba la dote, había de responder de ella ante los banqueros y miembros varones de su familia y, si la mujer se divorciaba o quedaba viuda, se le devolvía con los intereses adecuados y las ganancias obtenidas hasta entonces. La madre de hijos varones merecía todo el respeto del marido y, aunque viviera relegada en las habitaciones de las mujeres, y no se le permitiera dejarse ver por los desconocidos, ni pasar del atrio de la casa excepto en compañía de su séquito, ni comer en la mesa con su marido, disfrutaba del respeto general y tenía cierta categoría. Pero casi siempre había una hetaira, hermosa, culta y deseada, y con frecuencia muy poderosa, adorada por los hombres, si bien odiada por las matronas virtuosas.

Según las leyes griegas, se suponía que una mujer era incapaz de administrar sus negocios personales, pero sí podía, ante una provocación por parte del marido, tal como crueldad o violencia, enviar un informe por escrito al arconte, el protector de

los seres incapaces de defenderse, que juzgaba si tenía derecho o no al divorcio o separación del marido y a la devolución de su dote. Incluso la mujer más pobre y más humilde gozaba de este privilegio; en cambio las ricas contrataban abogados de gran elocuencia, pagados por su familia. En muchos casos, el arconte se mostraba de acuerdo con los alegatos y dejaba libre a la mujer de los lazos matrimoniales. En realidad, en los tiempos del rey Minos y Homero, las mujeres habían tenido ante la ley casi tanta importancia como los hombres. Sólo cuando Atenas y las ciudades subordinadas cayeron bajo el gobierno de los tiranos y la democracia, las mujeres perdieron su categoría en los asuntos públicos. Antes de esa época hubo mujeres que votaron en las elecciones y eligieron marido para sus hijas, y tuvieron propiedades por derecho propio, y se divorciaron a voluntad o decidieron con quién deseaban casarse. Disponían de autoridad sobre los hijos varones también, y les elegían esposa. Y tenían derecho a heredar del padre o el marido, y esto se hallaba protegido por la ley.

Precisamente las mujeres como Aspasia, las hetairas, y las esposas de gran inteligencia, riqueza y cultura, eran las que luchaban por elevar la situación de la mujer en toda Grecia y devolverles los antiguos derechos y privilegios que poseyeran en tiempos y que ahora exigían de nuevo.

Pero Persia no contaba con ese precedente, y Aspasia se sentía asqueada y rebelde. Ciertamente reinaba en aquel palacio como no lo hacían siquiera las esposas de Al Talif, y que todos accedían a sus deseos con la excepción del mismo señor. Sin embargo, sabía que esto se le concedía, no por sus derechos inherentes como ser humano, sino por ser una amante mimada cuyos privilegios carecían de peso y podían ser derogados instantáneamente a una orden del señor. Ese había sido el caso con Narcisa, y Aspasia estaba hoy convencida de que el destino de Narcisa sería posiblemente el suyo cuando Al Talif se cansara de ella. Había llegado recientemente a la triste conclusión de que Al Talif no se interesaba verdaderamente por ella ni por su mente; que únicamente le entretenía, que se burlaba en secreto de su «presunción» de ser totalmente humana, y que disfrutaba con sus artes para hacer el amor, incluidas las perversiones que se le habían enseñado.

En esto se equivocaba Aspasia, pero no tenía medios de saberlo, pues su señor la felicitaba solamente por su belleza, su gusto, sus ropas y perfumes y también por sus seducciones, y pocas veces admiraba sin reservas sus aforismos u opiniones. Sólo mucho más tarde comprendió ella que los hombres, incluso un gran hombre como Al Talif, experimentaban un temor antiguo y primordial hacia las mujeres. Targelia lo había declarado con frecuencia, pero Aspasia todavía no había tenido pruebas de ello. Ese temor, decía Targelia, podía utilizarse y manipularse con sutileza en ventaja de la mujer. Aspasia no lo creía ahora. Tal vez fuera cierto para el hombre occidental pero, desde luego, ¿no lo era en Oriente!

Ni siquiera se le ocurría, a los dieciocho años, que los hombres en todo el mundo utilizaban medidas punitivas contra las mujeres, las dominaban y denigraban, y

aprobaban leyes para deshumanizarlas y humillarlas, movidos por ese temor primitivo.

Aun sabiendo que no era bienvenida en el harén, que las mujeres la miraban como una extranjera sospechosa, que la envidiaban y se mostraban resentidas, anhelando su despido definitivo, iba cada mañana a las habitaciones asignadas a las mujeres. Las cuatro esposas visitaban graciosamente el harén y se sentaban entre las concubinas y esclavas, escuchando canciones y música de arpas, cítaras, flautas, címbalos y panderetas, observando las danzas eróticas a la vez que degustaban golosinas y bebían vino. Se reclinaban en suaves almohadones de seda mientras las esclavas les arreglaban el cabello y las demás mujeres las entretenían. Siempre había allí murmuraciones, risas y gran animación, y se contaban muchas historias lascivas. Luego, las esclavas a su servicio les traían a los niños; las esposas y concubinas que habían dado hijos a Al Talif jugaban con los pequeños y admiraban su belleza. Algunas esclavas más cultas leían sus composiciones poéticas a las gruesas y dormilonas beldades del harén, que hacían brotar deliciosas lágrimas ante alguna frase referente al amor, la luz de la luna, los ríos de oro, o las despedidas de los amantes.

Si Aspasia hubiera sido mayor, y más prudente, habría comprendido que las mujeres y las esposas estaban contentas y satisfechas en el harén y no anhelaban más que la comodidad y las delicias de la mesa, el vino y la música. No habían conocido otra cosa. Nunca habían llorado ante su degradación porque, ¿qué más podía desear una mujer si no esta vida protegida, los favores del señor y el gozo de vivir? Lo aceptaban todo con serenidad.

Pero a Aspasia le resultaba todo ello increíble. No podía creer que ninguna de ellas no anhelara, aunque en secreto, la dignidad, la libertad, o una situación más humana. Incluso las mujeres griegas se mostraban ahora inquietas y agitadas, y los arcontes las escuchaban a disgusto. Si las griegas alimentaban la ira en su corazón debido a la sumisión en que vivían y al desprecio que los hombres sentían por ellas, seguramente las mujeres de la casa de Al Talif también debían de poseer semejantes inquietudes pues, ¿no eran todas una misma raza, un mismo deseo, por oprimidas que estuvieran? Aspasia había decidido últimamente, y con gran resolución, alimentar ese fuego, esa rebelión incipiente de su sexo. Estas ideas las inspiraba, no sólo el temor instintivo por sí misma, sino también la indignación y, sobre todo, el orgullo.

Durante estos tres años había recordado las palabras de Hesiodo:

«Aunque no pongas más que un poquito sobre un poquito, y hayas de hacerlo constantemente, al fin tendrás algo grande». Ella creía haber puesto «un poquito sobre un poquito» en el harén, y estaba convencida de que algún día esposas y concubinas comprenderían su indignidad y se rebelarían contra ella.

Por tanto, lo visitaba a diario y hacía caso omiso de las risitas, las miradas de desconcierto y asombro, el frío desprecio, el resentimiento e incluso el odio y envidia de las mujeres, que la juzgaban insolente y poco femenina y no entendían en absoluto

sus palabras y exhortaciones. En realidad, habían llegado a creer que, en cierto modo, Aspasia amenazaba su existencia feliz. Cuando se acostaban con Al Talif murmuraban petulantemente contra Aspasia, rebajándola ante sus ojos y tratando de hacerle ver que era una revolucionaria y una loca, y que debía ser despedida. No comprendían que Al Talif rechazara sus débiles insinuaciones. Algunas afirmaban que era una bruja que había lanzado un maleficio sobre su señor, y otras acudieron a los astrólogos y magos de palacio para librar a Al Talif de aquel hechizo mágico. Como ellos también despreciaban a Aspasia y se irritaban por su presencia, estaban más que dispuestos a hacerlo. Prepararon pues el horóscopo de Al Talif y le avisaron de las desgracias que caerían sobre él por culpa de la extranjera, poseída del demonio, y se sintieron ultrajados cuando Al Talif se les rió en su cara.

—¡Ojalá existieran muchas hechiceras como esa en el mundo! —les contestó—. Sería un lugar más agradable.

Si les hubiera dicho que la amaba —secreto que tampoco habría revelado a Aspasia, por temor a que ella lo explotara— habrían pensado que estaba loco, pues, ¿qué hombre ama a una mujer, a no ser en la poesía, que no es parte de la vida, sino sólo una diversión para las horas de ocio y el soñar despierto?

Aquella mañana temprano, sin la compañía de sus esclavas, recorrió el palacio desde su hermosa cámara hasta el harén. Llevaba un vestido oriental, no su túnica o peplo de Grecia. El vestido era azul, color que Al Talif prefería por su fuerza contra los espíritus malignos, y se tensaba insinuante sobre hombros y senos, cintura y vientre, cayendo luego en pliegues bordados de oro. No llevaba tocado, y sus cabellos flotaban tras ella formando una nube pálida y brillante que le llegaba hasta las caderas. Los brazos, parcialmente desnudos, se adornaban con brazaletes de piedras preciosas y las sandalias, que dejaban ver los dedos de uñas pintadas, estaban cubiertas de gemas. Su rostro, firme y delicado, se mostraba muy serio, y los ojos, del color del vino, muy serenos. Los guardias y eunucos que pululaban por todas partes, la seguían con la mirada; deseándola unos furtivamente, y sintiendo los otros cierta agitación en sus partes mutiladas. Todos creían que era un espíritu maligno pues, ¿qué mujer humana podría poseer tan divina hermosura, tal gracia de movimientos de los miembros ocultos y tales tonos de cutis, blanco y escarlata? Su mismo porte era una maravilla, misterioso, amenazador. Estaban seguros de que ni siquiera comía, ya que no engordaba. Los demonios no comían como los humanos; devoraban abominaciones inconfesables. Se rumoreaba que en la mesa conversaba con su señor como un hombre, y sólo eso ya atemorizaba a los habitantes del palacio que susurraban que no era realmente una mujer sino una aparición del demonio. Por tanto era algo impuro y peligroso. Todos los hombres, eunucos o guardias, hacían la señal contra el mal ojo cuando aparecía Aspasia.

Pasó ahora por unas salas blancas y brillantes cuyas puertas en arco estaban cubiertas con cortinas de seda azul, roja o amarilla, y su suelo adornado con alfombras persas de muchos colores; divanes de seda y mesitas bajas se alineaban

junto a las paredes, así como jarrones inmensos llenos de flores. Por las arcadas que daban a los jardines llegaba el olor pasional de los capullos, el agua, la resina, los gritos de los loros y el chillido de los pavos reales, el graznido de los patos y las canciones de los jardineros. En todas partes se reflejaba el agua de las fuentes y la luz del sol bañaba los suelos y recorría los calados muros de piedra y daba vida a los mosaicos. A lo lejos, se escuchaba la música de cítaras y arpas, y también el sonido de las risas femeninas o los pasos de una esclava que corría sobre las losas.

Era muy temprano aún y sin embargo el palacio bullía de vida y movimiento con la presencia de muchas gentes. Aspasia llegó a las dobles puertas de bronce que daban al harén, guardadas por seis eunucos enormes libres de vello, gruesos, desnudos hasta la cintura y con magníficos pantalones y turbantes en la cabeza, y en las manos la espada desenvainada. Llevaban cadenas de oro colgadas del cuello y brazaletes también de oro en sus impresionantes antebrazos. Los zapatos de piel terminaban en una punta curvada hacia arriba. Miraron a Aspasia sin cariño y sus ojos, hundidos en los pliegues de grasa, se mostraban rencorosos, aunque respetuosos a la vez. Ella observó que hacían la señal contra el mal de ojo y sonrió, enseñando sus hermosos y brillantes dientes. Pero tuvo que esperar a que los lentos eunucos le abrieran las enormes puertas de metal forjado.

Entró en la sala donde solían reunirse las mujeres del harén. Aquí todo era penumbra; la luz tamizada por biombos de ébano traídos de Catay, las alfombras espesas, casi unas sobre otras, los muros adornados con tapices de seda, el suelo cubierto de almohadones de todos los colores, los divanes suaves y lujosos, una gran cantidad de mesitas de metal de la India cubiertas de cestos de frutas, golosinas y pasteles, jarras llenas de vino incluso a esta hora y flores por todas partes, en las mesas y en el suelo, de modo que el aire estaba aquí más cargado que en las salas de palacio; los sentidos vacilaban en aquella mezcla de perfumes y ambiente cerrado, ya que todas las esclavas agitaban constantemente abanicos de plumas de avestruz. Se percibía también el olor a sudor perfumado, nauseabundo para el olfato occidental. El lujo excesivo jamás dejaba de disgustar a Aspasia, que lo consideraba vulgar, rancio e insípido. Olía a carne femenina indolente y disipada, aceitosa, sucia y sensual. Aspasia comparaba esta sala con una colección de perras voluptuosas constantemente en celo y pariendo sus cachorros. Había habido en cambio cierto ambiente de elegante austeridad en casa de Targelia, un freno civilizado, aunque fuera sibarita también.

Encontró una gran depravación en el harén, una corrupción espiritual desconocida en Mileto o en Grecia. Pensaba con frecuencia que lo excesivamente adornado y recargado, lo que estaba dominado por las comodidades y lo demasiado opulento, no sólo era decadente y podrido, sino que insinuaba el relajamiento y la ruina más vil. Como poseía una mente occidental, le asqueaba la redundancia, los detalles amontonados unos sobre otros, de la misma manera que uno queda hastiado ante la carnalidad excesiva. Jamás llegaba a reconciliarse con ese gusto oriental por el ornato

superabundante. En cierto sentido peculiar, la agotaba, la sofocaba. Y se daba cuenta también de la hostilidad con que era allí recibida.

El harén, como de costumbre, estaba lleno de mujeres, voces y ruido, músicas y risas. Algunos niños desnudos corrían por él protestando, llevándose golosinas a la boca, lanzándose hacia sus madres con gritos y súplicas petulantes, o peleando entre ellos. Unos monitos se agarraban a las cortinas columpiándose entre chillidos, varios gatos saltaban sobre las mesas para devorar lo que allí robaban y los loros chillaban en sus jaulas doradas. El ambiente sofocante le resultaba a Aspasia tan repugnante como el de Hades, el infierno. Había un olor fétido, un olor enfermizo a fruta demasiado madura, a dátiles, higos, limones y melones, todos pudriéndose en los hermosos fruteros de porcelana y esmalte. Incluso las flores tenían efluvios nauseabundos.

Las mujeres, gruesas y aceitosas, vestidas con lujosos pantalones y corpiños ajustados, se reclinaban sobre unos almohadones tan rellenos como ellas mismas o en suaves divanes, sin velos ahora, muy lánguidas y sonrientes, murmurando, riendo, jugando con los niños, o riñendo a las esclavas por su torpeza con los cepillos y peines, aplicándose cosméticos y perfumes, enrojeciéndose los labios, depilándose, rascándose, charlando lascivamente o dando un azote a los niños que más estorbaban y que se mostraban más revoltosos. Los abanicos de avestruz seguían agitándose, pero no podían refrescar el ambiente ni alejar por mucho tiempo las nubes de moscas pesadas que mordían y emponzoñaban golosinas y frutas. Hasta la música era molesta a los oídos de Aspasia, pues la juzgaba discordante, incoherente.

Aspasia llevaba cierto tiempo tratando de enseñar a las concubinas más jóvenes a leer y a escribir, a apreciar el arte y también, ¡pobre ilusa!, filosofía. En un principio las muchachas parecieron interesadas; y hasta llegaron a aprender un poco. Luego las venció su indolencia natural y le preguntaron, con sus vocecitas aflautadas, de qué les serviría a ellas todo eso. Aspasia había contestado:

—Tenéis derecho, como seres humanos, a conocer el mundo y comprenderlo.

Al oír sus palabras las más viejas se habían echado a reír diciendo:

—Las mujeres sólo necesitan comprender a los hombres.

Aspasia admitió, a pesar suyo, y por las lecciones aprendidas en la escuela de Targelia, que tal conocimiento era el más importante del mundo, pero que aún quedaba la cuestión de la mente y el alma de una mujer. Cuando les decía esto, todas la miraban con aire de burla y se encogían de hombros, como si tratara de convencerlas de unos conceptos bárbaros. Tenían todo cuanto un hombre podía darles, ¿qué más necesitaban o deseaban? Además, ¿quién había dicho que la mujer tuviera mente y alma como los hombres? Jamás habían escuchado semejante absurdo. Mientras tanto, la vida era divertida y, ¿no fueron ellas creadas para ese propósito? Frente a estas argumentaciones despectivas, y su aire de superioridad y el desprecio de sus ideas «bárbaras», Aspasia sólo podía enojarse y desesperarse.

Sin embargo, insistía en ello. Hoy, al penetrar en aquella babel de gritos y

sonrisas, de miradas que la ridiculizaban, de bocas ávidas de golosinas, entre el clamor de cítaras, arpas, flautas y liras y chillidos infantiles, Aspasia vio con cierta alarma que el mismo Kurda se hallaba aquí de guardia, en vez de los eunucos de costumbre. Estaba de pie semioculto por un tapiz, y ella inconscientemente se encogió de temor aunque le despreciara. Los ojos de Kurda brillaban como los de un animal salvaje en la oscuridad. No podía ignorarle, ni tampoco a su espada deliberadamente desnuda.

Aguardó hasta que se hizo en torno el silencio, tratando de no reparar en la sonriente repudia de los ojos de las mujeres, en su desprecio envidioso y franco, mientras aguardaban sus palabras y gestos como el público espera los de un comediante.

Y dijo:

—Con frecuencia habéis dicho, señoras, que yo soy la favorita de nuestro señor, el noble Al Talif, y que eso os deja resentidas y os hace desgraciadas. ¿Os habéis preguntado alguna vez por qué me prefiere antes que a vosotras?

Ellas rumiaron la pregunta intercambiando miradas alegres y maliciosas. Al fin habló una de las esposas, sentada aparte en un diván:

—Tú le haces reír y él necesita la risa, como un rey necesita del bufón para que le entretenga. Nosotras servimos a sus necesidades y pasiones más profundas, cosa que tú no haces. ¡Bah! ¡Si ni siquiera le has dado un hijo! Por tanto no te considera una mujer, sino un bufón, un titiritero, una bailarina sin importancia.

Hablaba por despecho, pues bien sabía ella que Aspasia era tratada como una reina en esta casa.

—Yo hablo a su alma y su mente —dijo Aspasia, de pie entre ellas; su rostro se mostraba orgulloso y pálido.

Las mujeres estallaron en carcajadas apoyándose unas en el hombro de la vecina, dándose codazos, fingiéndose vencidas por la hilaridad, tendiéndose otras sobre los almohadones y soltando grititos de risa. Las esclavas rieron también, y hasta los niños chillaron de gozo aun sin saber por qué. El harén entero era un tumulto de risas desdeñosas. Kurda sonrió mirando a aquella malvada. Sólo aquí descubría ella cuál era su situación, la de una esclava repudiada. Una de las esposas dijo:

—Anoche me llamó mi señor a su lecho y quedó complacido conmigo; dormí a sus pies hasta el amanecer, y entonces me premió cariñosamente con un regalo y una sonrisa. ¿Dónde estabas tú anoche, oh Aspasia de Mileto?

—Esta mañana —subrayó una concubina de unos trece años— mi señor me pidió que le saciara con extraordinarios placeres, le di gusto, y me dijo que yo era una maravilla. ¿Dónde estabas esta mañana, señora?

«Estaba leyendo en la biblioteca», pensó Aspasia. Sin embargo, le dominó una profunda humillación, aunque conocía bien a Al Talif y su harén. Nunca le hablaba de estas mujeres y, a su modo, ella había llegado a creer que no tenían importancia para él.

—Estoy a punto de dar a luz a su tercer hijo —observó la segunda esposa—. ¿Estás embarazada tú, oh Aspasia de Mileto, que eres su favorita?

«Es absurdo sentirse traicionada», se dijo Aspasia. Yo soy una hetaira. Soy su principal concubina. Entonces, ¿por qué me siento degradada?

—Estaba cansado cuando volvió ayer de la ciudad cubierto de polvo —dijo la tercera esposa—. ¿Te llamó a su baño de mármol verde para que le ungieras, le dieras masaje y prepararas su cuerpo para el placer? Y, ya en el baño, ¿te invitó a nuevos actos de amor y de tierno consuelo? ¿Jugaste allí con él como un delfín hembra perseguida por su macho? ¿Le envolviste después en ropas suaves sirviéndole vino mientras él se reclinaba y le cantaste dulcemente hasta que se durmió? ¿Dónde estabas tú, oh Aspasia, la sabia? —Y añadió—: Yo ya estoy otra vez embarazada.

«Mientras tanto yo leía a Hesiodo», pensó Aspasia, vencida por la mortificación. Al Talif jamás le había pedido a ella esas cosas, como hacía con esposas y concubinas. La llamaba a su lecho cuando la deseaba, y allí la acariciaba y amaba, pero nunca le pedía que le sirviera por puro cariño. Después de hacer el amor, hablaba con ella de poesía y política, de arte y de ciencia, también de filosofía, mientras ambas cabezas yacían juntas sobre la almohada; luego se dormía. Olvidaba Aspasia que el brazo de Al Talif seguía abrazándola entonces como un tesoro. Ahora sólo podía pensar en los divertidos juegos de su señor con sus esposas y esclavas; una pena terrible la dominó, algo que, con temor, veía ya como una pena de amor.

Luego acudió el orgullo en su rescate. Era jónica y había sido educada y adiestrada como un ser humano, y no como estas mujeres simples objetos. Era un pobre consuelo, pero se aferró a él. Que el señor jugara con aquellos animales que ella trataba de elevar a la condición de seres humanos. Ella disfrutaba de la mente y el respeto de Al Talif —o al menos eso esperaba— y podía divertirle con epigramas, historias y filosofía y, ¿no era esa la mejor parte? Se detuvo, sumida en sus dudas.

Entonces observó a dos pequeñas que jugaban desnudas entre los demás niños y que le eran desconocidas. No tenían más de siete años y eran muy bellas, de piel olivácea, lejanas todavía de la pubertad; a excepción de su melena larga y flotante, su cuerpo estaba tan libre de vello como el de un lechoncillo. Las esclavas las cogían una y otra vez para darles masajes con aceites perfumados y peinarles los cabellos, en los que entretejían perlas. Los cuerpecitos infantiles eran suaves y vulnerables, y sus partes privadas muy tiernas; el único adorno que llevaban eran unos pendientes de perla y esmaltes. Los ojos estaban pintados con un polvillo azul, las mejillas regordetas coloreadas con ungüentos y sus voces eran animadas.

Huían de las esclavas y se reunían chillando con los demás niños hasta que aquellas volvían a cogerlas. Una de las niñas estaba comiéndose con gusto una granada y por la barbilla le corría el jugo escarlata; la otra apretaba una muñeca contra su pechito liso y la besaba y hacía sonar las campanillas levantándola en alto para admirarla. Eran como corderitos, y Aspasia se sintió conmovida.

—Nunca había visto antes a las pequeñas —dijo—. ¿Quién es la madre de estas

gemelas? Las mujeres se echaron a reír. Luego, una de las esposas dijo:

—Nuestro señor las compró ayer en el mercado de esclavos como un regalo para un gran comerciante de Damasco que viene esta noche. Aspasia quedó aterrada y pensó en Cleo, que, a los trece años y sin ser aún una mujer, había sido entregada a Cadmio. Y preguntó:

—¿Como doncellas, hasta que tengan la edad adecuada? Las otras se rieron todavía más a gusto balanceándose sobre su grueso trasero.

—No —dijo una—. Como concubinas. Aspasia se mostró incrédula.

—¡Morirán! —gritó.

La esposa más vieja habló con superioridad ante aquella bárbara:

—Ya han sido entrenadas hoy con instrumentos fálicos de marfil.

Por primera vez observó Aspasia unos débiles regueros de sangre en las redondas nalgas de las niñas. Se llevó las manos a las mejillas y tembló. Las esclavas, viendo su mirada, secaron la sangre con indiferencia y luego aplicaron unguento a sus partes. Las niñas gimieron levemente, luego echaron a correr de nuevo para jugar.

Aspasia se volvió a las cuatro esposas de Al Talif:

—¿No se rebelan vuestros corazones maternales contra esa profanación, desfloración y tortura de unas niñas? ¿No os resulta abominable a vosotras, que sois también madres?

La miraron con asombro y franco desdén.

—¿Acaso no nació la mujer para eso, para dar placer a los hombres? Era la esposa mayor la que hablaba.

Entonces comprendió Aspasia plenamente, y por primera vez, que el concepto oriental sobre las mujeres era aceptado por ellas; no se rebelaban ni lo rechazaban, sino que lo reconocían serenamente como un destino contra el cual resultaba increíble protestar y era inconcebible rebelarse.

La esposa mayor, que no detestaba a Aspasia tanto como las otras, le preguntó ahora casi amablemente:

—¿Por qué quieres destruir nuestra felicidad? Aspasia extendió los brazos.

—¿Es esto la felicidad para ti?

—Sí —repuso la esposa—. ¿Qué más podríamos desear? Lo siento por ti, pobre extranjera; tu mente está dominada por unos demonios turbulentos.

—Esta noche protestaré ante mi señor por la monstruosa tortura a que se ha sometido a las pequeñas, y las sacaré de vuestro horrible harén —dijo Aspasia, y salió de la habitación latiéndole violentamente el corazón de cólera y de asco.

Escuchó a sus espaldas la risa de las mujeres y sintió una profunda repugnancia.

Esa noche fue llamada para que asistiera al banquete que daba Al Talif a unos huéspedes ilustres. Sus esclavas la bañaron, ungieron y perfumaron y le cepillaron los cabellos largos y brillantes con lociones fragantes. Pensando con rebeldía y horror en lo que hoy había descubierto en el harén, se negó a llevar vestidos orientales; eligió una túnica griega blanca bordada de plata, y una toga del mejor lino egipcio, del color de los pétalos del jacinto. Ella misma se arregló el cabello al estilo griego con cintas de plata; la túnica y la toga que vestía resaltaban su níveo cuello adornado de perlas. No se puso brazaletes, ni anillos en los dedos. Tampoco quiso utilizar colorete ni en las mejillas ni en los labios. Cuando se puso en pie ante el espejo bruñido parecía tan pura como Atenea Partenos, la diosa virgen de la sabiduría, y las esclavas se sintieron intimidadas. Su aspecto era austero y lejano, y sus ojos castaños tenían un brillo peligroso. Se proponía repudiar a Al Talif con cada gesto y tono de su voz. Se enfrentaría a él con sus principios occidentales y su aborrecimiento, y luego, ya en la cama, le rechazaría fríamente. Aunque se suponía que debía ocultar los cabellos bajo un ligero velo, ahora se negó a hacerlo. Era mujer con conocimiento, consecuente con sus ideas, y estaba decidida a demostrárselo a Al Talif. Era su compañera, no una esclava humilde, una concubina o una esposa. Le abandonaría cuando quisiera. Pensó en todas las riquezas que él le había dado y, con gran dolor de su corazón, la idea de dejarle casi le hizo llorar.

Decidió reclinarsse en un diván de su cámara para descansar y ordenar sus ideas antes de aparecer en el comedor. Pero por una vez no la colmó el sonido del viento y de los árboles, ni el aroma de los jardines ni los gritos de los pájaros: eran discordantes y burlones. Por fin había llegado a comprender que la mujer oriental no sentía tanto aprecio por la vida humana como su señor, o quizá menos incluso. No sufrirían más por el destino de aquellas niñas que por el de una mosca, una langosta o una rata.

Muy a su pesar se quedó medio dormida bajo el calor lánguido del día. De pronto, se despertó asustada porque alguien le tocaba en el hombro. Una esclava le dijo:

—Señora, el señor Al Talif desea verte inmediatamente en su cámara.

Esto era extraño. Jamás deseaba verla tan temprano. Se puso en pie, se arregló las ropas y acudió a la cámara del sátrapa. Los salones estaban extraordinariamente silenciosos y no vio a nadie, ni oyó nada, a excepción del rumor lejano de los esclavos que cantaban y disponían sus instrumentos músicos.

Un eunuco se hallaba a la entrada de la cámara y la miró, y luego, con lentitud insolente, le abrió la puerta. Aspasia entró inclinando la cabeza, como de costumbre. La cámara de Al Talif parecía la de un rey, llena de tesoros y perfumes; él estaba

sentado a cierta distancia en un diván. Iba espléndidamente vestido con pantalones escarlata, una camisa de seda tan blanca como la nieve y una chaqueta azul dorada de piedras preciosas. Su cabeza, cubierta por el turbante, era majestuosa; su rostro hierático. Su actitud era contenida pero alerta, como la de una pantera agazapada en la sombra. No respondió al saludo de Aspasia. Se limitó a observarla inexpresivamente. Entonces, por primera vez, advirtió Aspasia la presencia de Kurda junto a Al Talif. Kurda tenía el látigo en la mano y se mostraba feliz y sonriente tras sus gruesas y brillantes mejillas.

—Señor —dijo Aspasia, cuyo temor por la presencia de Kurda iba decreciendo.

—Quédate en pie ante mí —dijo Al Talif con una voz que jamás le oyera antes.

No revelaba enfado ni emoción, y tampoco era elevada. Era sencillamente indiferente, como la del que habla con un esclavo. Aspasia se detuvo. ¿Era este hombre frío y remoto el mismo que la tuviera en sus brazos, le besara las manos y la llamara su lirio de Shalimar, su rosa de la India, su capullo iluminado por la luna? Por primera vez sintió cierto desmayo y temor. Miró de nuevo a Kurda y vio el triunfo odioso que reflejaban sus ojos. Alzó la cabeza con orgullo y aguardó. Al Talif seguía mirándola como si fuera una esclava indigna que le obligara a soportar su molesta presencia.

—Te he consentido muchas cosas —dijo—. He sabido desde hace algún tiempo que has estado molestando a las mujeres de mi casa con estúpidas exhortaciones y provocaciones contra la autoridad y las costumbres de nuestro país. Y jamás protesté. Incluso pensé que las divertirías, o que despertarías en ellas algo de vivacidad que pudiera entretenerme. Pero finalmente ellas mismas me han rogado que te prohíba ir al harén porque las turbas y te muestras desagradable. Dicen que has atentado contra mi placer y comodidad. Ya no soportan más tus estupideces y tu barbarie occidental, y deseo librarlas de todo ello. No volverás a visitarlas de nuevo a menos que sepas controlar tu lengua y ser una más entre ellas.

Aspasia olvidó todo temor y su rostro enrojeció profundamente.

—No soy una bárbara, señor. Soy una mujer libre, no una esclava; no soy una concubina iletrada, ni una esposa gorda y estúpida cuyo único gozo consiste en comer y dormir sobre almohadones y servirte a tu voluntad.

Él inclinó la cabeza.

—Y, ¿qué eres tú? —preguntó.

Sintió que el corazón le latía locamente.

—Soy tu compañera, para darte placer, para conversar contigo cuando lo desees. Nací libre, he sido educada, y muchos han admirado mi inteligencia.

Alzó él la tapa de una cajita de golosinas, tomó un dátil untado de miel y se lo comió lentamente observándola. Luego dijo:

—¿Y a mí qué me importa todo eso, mujer comprada en Mileto? Pagué un precio elevadísimo a tu señora Targelia por los supuestos deleites de tu compañía. Ya no me satisfaces.

Aspasia se sintió de pronto enferma y mareada, con un gran peso en el corazón. Las lágrimas acudieron a sus ojos. Pero alzó orgullosamente la cabeza.

—Entonces —dijo—, me marcharé y no te fatigaré más con mi presencia ni te aburriré con mis disertaciones. Si pagaste un precio enorme por mí, te lo devolveré.

—¿Con los regalos que te hice? —preguntó él con la misma voz, baja y terrible.

Ella guardó silencio. Sentíase morir de vergüenza y de algo más que no podía comprender.

—Ni siquiera eres joven ya —continuó Al Talif—. Tienes dieciocho años. Despedí a Narcisa y era más joven que tú, tenía diecisiete, pero ya se había hecho demasiado vieja para mi gusto. Entonces, ¿por qué he de sufrirte a ti, que turbas mi paz, que trastornas a mis mujeres y alteras mi casa?

Kurda dejó escapar un suspiro ahogado de gozo y de victoria, y Aspasia le oyó, pero no se volvió a mirarle. Toda la intensidad de sus pupilas se fijaba en Al Talif mientras se alzaba ante él como una diosa blanca, sin color en los labios ni en las mejillas.

—Si hice esas cosas que te desagradan, señor —dijo—, fue porque no podía soportar el ver a mi sexo degradado, mi feminidad avergonzada, mi misma existencia considerada inferior a la de un perro.

Alzó él las cejas.

—¿Te he hecho yo todo eso?

—No —repuso—, pero sí lo has hecho con las mujeres de tu harén, y en su ignominia he visto la mía propia, por amable que hayas sido conmigo.

Al Talif dijo muy despacio y como con disgusto:

—Sabes muy bien que las mujeres no son consideradas verdaderamente humanas en los países civilizados. Sin embargo, te has negado a aceptar esta verdad absoluta. ¿No serás en exceso presuntuosa porque te he mimado? Nunca has sido tratada en esta casa como una mujer del harén. Te he concedido honores que resultan increíbles en mi país; te he aceptado casi como a una igual. Y no te has mostrado agradecida. Has tratado de incitar la rebelión en mi casa, entre criaturas menos valiosas que un buen caballo.

—¡Algunas son madres de tus hijos! —gritó Aspasia, abrumada ante la idea—. ¿O es que tus hijos son menos que el polvo también porque proceden de un buen caballo o un perro?

—Tu padre pensó que un burro tenía más razones de vivir que tú —respondió Al Talif—. Tu madre te rescató y te entregó a Targelia; de otro modo habrías perecido de niña. ¿Son los hombres de tu país más compasivos y amables que yo?

Aspasia guardó silencio por un momento. Finalmente dijo:

—Si para algo nací fue para elevar la condición de mis hermanas y librarlas del deshonor, para obligarlas a reconocer que son buenas también, y que poseen prerrogativas humanas. Dos veces ocurrió esto: bajo las leyes de Solón, y en el período homérico. Se dice que las mujeres de Israel son honradas por sus hombres y

respetadas por sus hijos.

—En realidad sí tienes conocimientos..., pero de todo aquello que no debías tenerlos —comentó Al Talif sonriendo ahora, y su sonrisa era más amenazadora que su voz—. Eres mi compañera, dices... mi compañera comprada. ¿Ignoras que a los ojos de nuestras leyes eres sólo un animal? Sin embargo, si lo deseas, tendré piedad de ti y te liberaré y podrás ir adonde quieras. Pero sin los regalos que te he dado.

Aspasia recordó repentinamente las amenazas de Targelia, hacía más de tres años, y se sintió dominada por tal desesperación que por un instante pensó en el suicidio. No había otro modo de librarse. Era evidente que Al Talif se había cansado de ella, aunque sólo hacía dos noches que la besara hasta en los arcos de sus pies y le declarara apasionadamente que ella era la luna de su delicia, y más querida a su corazón que todas sus posesiones y su misma vida. Pero lo que el hombre jura en un momento de lujuria, había enseñado Targelia a sus doncellas, no debía tomarse en serio, sino explotarlo sólo en ese momento, antes de que el deseo se enfriara o antes de haberlo satisfecho.

Parte de su mente pensaba en su desesperada situación, pero su corazón se dejaba vencer por la tristeza y el anhelo, y sus labios blancos se abrieron en un gesto de agonía. Dijo:

—Haz conmigo lo que quieras. Ya no tiene importancia para mí.

Él la estudió como si examinara su alma, jugueteando ociosamente con la hebilla dorada de su cinturón. Al fin habló:

—He oído que pronunciaste palabras muy duras al descubrir a las mujeres que destino como regalo para mi amigo de Damasco.

—¡Son niñas, no mujeres! —gritó Aspasia.

—Son animales. ¿Habrías obrado del mismo modo por el regalo de unos corderos o unos potrillos?

—Son humanas —insistió. Se encogió de hombros:

—Yo no lo he visto, Aspasia; sabes desde hace tiempo que en Oriente la vida humana es muy barata; no vale nada. No tiene importancia a menos que uno sea bien nacido e incluso entonces, si es hembra, no se la considera en lo absoluto. Pero un corcel árabe... ¡Ah!, ahí sí hay belleza y valor. Algo admirable y digno de aprecio.

—Zoroastro no vino a los animales, sino a los hombres —dijo Aspasia, más y más deprimida por momentos—. Y Mitra también.

—No discutamos —le interrumpió Al Talif cerrando los ojos de cansancio—. Vinieron a los hombres, no a las mujeres, pues, en Oriente, jamás se ha creído que las mujeres tengan alma.

Kurda pensó con impaciencia: «¿Por qué se rebaja a conversar siquiera con esta criatura, como si poseyera mente e intelecto?».

Aspasia suspiró agotada y con el corazón destrozado. Repitió:

—Haz de mí lo que quieras.

—Eso me propongo —y extendió la mano hacia Kurda.

El eunuco respondió rápidamente y entregó a Al Talif el látigo que sostenía. Este lo cogió y se golpeó ociosamente con él en la rodilla; un trallazo agudo restalló en la habitación. Aspasia, incapaz de creer lo que veía, se volvió a Kurda con una mirada de horror.

—No —dijo Al Talif—, no quiero que te azote Kurda, aunque por mucho menos le ordenaría que lo hiciera a mi esposa favorita. Tampoco deseo que presencie tu castigo. Kurda, déjanos solos.

El eunuco quedó amargamente desilusionado. Quería ver la destrucción definitiva de la extranjera, su humillación absoluta. Vaciló. Al Talif alzó la voz y dijo con energía:

—¡Fuera, esclavo!

Kurda se inclinó y, caminando de espaldas, abandonó la habitación y cerró lentamente la puerta tras él. Aspasia suspiró de alivio al ver desaparecer por fin aquel rostro lleno de odio.

Al Talif se puso en pie y se le acercó.

—Bájate la túnica hasta la cintura.

Aspasia miró con terror aquel látigo, fino y mortal. Jamás le había pegado nadie excepto una vez que recibió un suave bofetón de la impaciente Targelia. A pesar de sus esfuerzos, todo su cuerpo temblaba con una mezcla de horror y vergüenza. Miró el rostro de Al Talif buscando una señal de piedad, pero no la había. Ahora le parecía increíble que aquellos labios metálicos se hubieran apoyado en los suyos, que aquella mano le hubiera acariciado los senos y recorrido su cuerno, dándole placer. Esta incredulidad, más que el orgullo, era lo que la mantenía quieta y muda.

Con un juramento, Al Talif la cogió por los cabellos con una mano y, con la otra, que sostenía el látigo, le rasgó la túnica y arrancó la toga de sus hombros, obligándola a caer de rodillas. La echó hacia delante para tirarla al suelo. Pero Aspasia se levantó instantáneamente sobre sus rodillas cruzando las manos sobre el pecho y alzando la cabeza en silenciosa repudia.

—Como quieras —dijo él—. Será la última decisión que tomes en esta casa.

Alzó el látigo, que restalló en el aire, y la golpeó en los hombros y la espalda. Fue como si un cuchillo al rojo le cortara la carne. Pero no tembló, no pronunció sonido alguno. Apretó los labios y fijó los ojos en la distancia. El látigo se elevó y cayó silbando una y otra vez con una ferocidad insólita. Un dolor casi insoportable la vencía, y su carne tierna y blanca temblaba, pero no se encogía. Aunque se protegía los senos con las manos, el látigo le dañaba profundamente la espalda, que al poco rato se convirtió en puro fuego, en un tormento insoportable. El látigo seguía alzándose y cayendo con un siseo escalofriante, y este era el único sonido que se oía en la cámara. Aspasia no gritaba, no lloraba, ni trataba de escapar. Parecía una imagen de mármol que recibiera golpes sin sentirlos. Hubo un instante en que creyó que iba a desmayarse, pero se sobrepuso a esa última indignidad y no suplicó piedad.

Al fin terminó Al Talif y arrojó el látigo al suelo con odio. Aspasia se puso en pie,

ardiendo todo su cuerpo de dolor. Notaba que la sangre le corría entre los omóplatos. Con serenidad, y sin mirarle, trató de cubrir su desnudez con los restos de las ropas desgarradas.

De pronto sintió que las manos de Al Talif la acariciaban, que besaba las heridas de su espalda, la carne atormentada, con una pasión que jamás le había demostrado antes, ni siquiera en los momentos de mayor éxtasis. Pronunciaba palabras incoherentes que eran más bien gemidos. Aunque semidesmayada, Aspasia lo soportó. Al Talif trajo un cuenco de agua y un jarro de ungüento, le curó las heridas y alivió el dolor de la piel en carne viva. Sus manos eran tan tiernas como las de una mujer.

—¡Ah! ¡Que me hayas hecho esto a mí! —gritó mirándola.

Enferma, mareada, inconsciente, Aspasia cerró los ojos. Luego se encontró entre los brazos de Al Talif, que la retenía contra su pecho y le besaba el rostro, las mejillas, los labios, la garganta, y ella percibía los latidos de su corazón contra el suyo. Ajenas a su voluntad, las manos de Aspasia se alzaron y rodearon el cuello de su amante; luego se echó a llorar y, sin saber por qué, el dolor que sentía su corazón, más hondo y desgarrador que el de su carne, fue aliviándose, dejando tras él una dulzura angustiada.

Mientras atravesaba los salones de suelo blanco y azul hasta su propia cámara, vencida por sus emociones, Aspasia se dio cuenta del silencio peculiar que reinaba en el palacio y comprendió que la nueva de su humillación a manos de Al Talif había volado como un pájaro por todos los corredores y habitaciones y que, aunque nada llegara a sus oídos, todos se sentían maliciosamente felices y triunfantes. El cuerpo le dolía de modo insoportable a pesar de los ungüentos, pero se recogió los vestidos y alzó la cabeza, consciente de las miradas ocultas y satisfechas entre los cortinajes. El cabello le caía en desorden y ella se lo echó atrás sobre los hombros ardientes.

Dijo con toda serenidad a las esclavas que había decidido ponerse otras ropas, y ellas trajeron unas vestiduras orientales, de color escarlata y oro. Permitió que las doncellas la bañaran de nuevo y suavizaran con ungüentos las llagas y heridas. No se la había dispensado de la obligación de asistir al banquete que daba Al Talif. Se perfumó con esencia de jazmín, se puso al cuello un collar egipcio de largas piedras montadas en oro y mezcló perlas entre sus cabellos. Estaba mortalmente pálida, y en sus labios y mejillas no había color alguno. Se aplicó, pues, unos cosméticos y se puso un cinturón de oro que despedía destellos.

Miró por las ventanas en arco de su cámara y vio el oro brillante y ardiente del crepúsculo que delineaba las montañas color acre. En el aire se agitaba el polvillo dorado de la llanura y los valles inferiores cuyas sombras tenían un tono púrpura. Todo le parecía un sueño increíblemente silencioso, y también los colores violentos del cielo, la tierra y las montañas le resultaban extraños: «Debo dejarle —pero un momento después se decía—: No puedo hacerlo, pues tal vez le ame, aunque le odie al mismo tiempo». No comprendía sus conflictivas emociones y se enfurecía para serenarse al instante; la dominaba el odio, el resentimiento y también la ternura. Quería llorar de nuevo, pero sus párpados estaban secos, ardientes y doloridos. Al fin algo surgió de sus caóticos pensamientos.

Cuando abandonara este lugar iría a Atenas y establecería una escuela como la de Targelia, pero no para continuar con sus enseñanzas lujuriosas. Sería una academia en la que las muchachas bien dotadas de inteligencia jamás se convertirían en simples concubinas con los conocimientos suficientes para intrigar a los hombres poderosos. Se les enseñaría una profesión... Pero inmediatamente pensó con cansancio: «Y, ¿para qué, si las mujeres son despreciadas incluso en la civilizada Ática, donde se desdeña su mente y su alma?». Tuvo otra idea, y esta la alegró. Una mujer educada y sabia, en compañía de otras más, podía constituir, como antaño, una fuerza en Grecia, podía llegar a un entendimiento con los hombres —y no merced a la lujuria— con los que se asociara. El poder de su inteligencia tendría mayor importancia que el de su

belleza, siempre evanescente, a diferencia del espíritu, que crecía y se desarrollaba sí seguía alimentándose. Se decía que en el Egipto real, las mujeres tenían una gran influencia sobre sus esposos, los faraones, en cuestiones de Estado, y que las mujeres de buena familia eran educadas con el mismo rigor y profundidad que sus hermanos. Ni siquiera se negaba a las mujeres el derecho de gobernar. En Grecia había sacerdotisas, como en Egipto, país donde la diosa Isis, más adorada incluso que Horus y Osiris, disponía de sacerdotes especiales para el cuidado de sus altares. Las mujeres no estaban consideradas como algo sucio en Egipto, y si en la casa había habitaciones destinadas a su uso personal, era por su propio deseo, y ni el esposo ni los hijos podían penetrar en ellas sin su permiso especial.

Si esto era posible en otros países, también podría reinstaurarse en Grecia. En cuanto a Persia... Se encogió de hombros e hizo un gesto de dolor. Apartó el asunto de su mente y, serena y altiva como una diosa oriental, se dirigió a la sala del banquete para reunirse con Al Talif, que acababa de enviarle un recado requiriendo su presencia. Los salones y corredores estaban iluminados ahora con lámparas y antorchas sujetas a los muros; las sombras amarillas y escarlatas se agitaban vacilantes sobre los suelos blanquiazules y los tapices de diversos colores. Los jardines se extendían oscuros bajo la noche, pero los ruiseñores ya habían empezado a cantar. Vasijas con incienso, ardían en todos los rincones de los salones y el aire cálido estaba cargado con un aroma que vencía incluso al de las flores que se alzaban en los grandes jarrones chinos. Aspasia no veía nada más que las figuras alertas de los eunucos. El viento del desierto penetraba por las arcadas, un viento ardiente que no enfriaba sino que aumentaba el calor de las piedras, la tierra y las montañas. También traía con él un olor aromático a pimienta y especias, recogido al pasar sobre los valles.

Un eunuco le sostuvo la cortina del comedor para que pasara y Aspasia vio en su rostro una sonrisa forzada. Entró en la enorme sala, cuyo suelo de mármol estaba casi completamente cubierto con alfombras persas de colores y diseños extraños. Los brillantes mosaicos de los muros tenían un dibujo complicado de flores árboles, y monstruos odiosos, todos hermosamente pintados. Al Talif se hallaba sentado en un diván cubierto de almohadones, ligeramente reclinado en una especie de hamaca. Los demás invitados estaban sentados con las piernas cruzadas en los grandes almohadones de seda amontonados en el suelo, y ante ellos había mesitas bajas e individuales cargadas de copas de oro, platos de porcelana y cuchillos y cucharas de estilo oriental. A lo lejos, los músicos, todos hombres, tocaban suavemente la flauta, la cítara y el arpa. Grandes lámparas colgaban del techo, pintado con hermosos frescos, quemando aceites perfumados y lanzando su suave luz sobre los invitados. Los esclavos corrían en silencio llevando fuentes y jarros de vino.

Al Talif se había vestido de modo espléndido con un ropaje de oro y una banda de seda roja profusamente bordada; su cinturón y el paño que le cubría la cabeza era también de tela de oro al igual que los nudos de la cuerda que sujetaban. Jamás le

había parecido tan hermoso a Aspasia, ni tan deseable, no obstante el odio que ahora sentía por él y los anhelos extraños de su corazón. Conversaba con sus invitados y no se interrumpió a su entrada, sino que lánguidamente le ordenó que se acercara a su diván con un gesto de la mano. Ella se aproximó allí en silencio y, como de costumbre, Al Talif le permitió que se sentara a sus pies. Por un instante tuvo la vaga impresión de que un hombre retenía el aliento como si fuera a ahogarse de emoción. Pero como los huéspedes de Al Talif quedaban invariablemente atónitos ante su belleza, aquello no tuvo un significado inmediato para Aspasia.

Había varios hombres presentes, todos lujosamente vestidos, comiendo y bebiendo con voracidad aduladora y escuchando a su anfitrión. Aspasia apenas los miró. No se le permitía hablar a menos que Al Talif o sus invitados se dirigieran a ella. Se sentó, pues, silenciosamente a sus pies, calzados de rosa y oro y blancos como el mármol, con las manos unidas en el regazo. De vez en cuando, como si acariciara a su perro favorito, Al Talif le pasaba la mano ociosamente por el brazo, desnudo, el hombro o la garganta, o bien le cogía un mechón de cabellos que luego dejaba caer con descuido. Por primera vez sus mejillas enrojecieron ante este trato, pero no lo rechazó. Sólo le sorprendía y le encolerizaba, pero ahora había aprendido a temer la cólera de Al Talif. Muy a su pesar, su carne temblaba al sentir que la tocaba, y ella se despreciaba por esta falta de control de sus propios sentidos, aunque cedía voluptuosamente a ella. Para distraerse se puso a contemplar los anillos de piedras fabulosas que adornaban los dedos de su señor hasta que le dolieron los ojos.

Al Talif no sólo era gobernador de su provincia sino también un mercader muy rico y astuto. Poseía muchos bazares en su ciudad y en otros pueblos, además de flotas de navíos, caravanas, un banco, viñas y campos en número incontable, y ganado de cabras y vacas. Había invertido fondos en fábricas prósperas y era dueño de joyerías y tiendas de curiosidades, que vendían inapreciables objetos de arte. Se decía que era también usurero aparte de todo lo demás, pero nunca se le había acusado de abusar de su provincia como a otros gobernadores; y sus juicios, aunque severos, eran siempre honrados. Se le recibía con respeto en la corte de Artajerjes y era famoso en Samarkanda, Persépolis, Naksh-i-Rustam, Kerman y Kashan, y en Damasco. Todo esto lo sabía Aspasia y era consciente de su enorme poder; y lo adoraba a la vez que le aborrecía por ello.

Con seguridad, se dijo al sentarse a sus pies y escuchar la risa y la conversación de los hombres en diversas lenguas, la gloria y el rayo del alma humano no debía ser suprimida en las mujeres.

Miró a los invitados, a los que nunca había visto. Por su aspecto adivinó que dos eran babilonios, uno meda, dos egipcios, tres sirios, cuatro árabes, por su piel oscura, dos indios, uno griego y el último un joven de ojos lascivos y rizos dorados... El corazón se le detuvo de horror y pánico. Estaba mirando a Talias y él la miraba también con una emoción terrible que en un principio no conseguía interpretar.

Al Talif jamás presentaba a Aspasia a sus invitados, ni estos a ella. Su situación

era reconocida inmediatamente: no era una esclava, sino algo más que una concubina favorita; tampoco era una esposa, pues se le permitía dejar la parte reservada a las mujeres y hablar cuando alguien se dirigía a ella.

Siendo los invitados de Al Talif invariablemente hombres ricos, de ciertos conocimientos e inteligencia, y muy viajeros, siempre recordaban a las hetairas de las que habían oído hablar, o visto por sí mismos, y la mayoría de ellos respetaba a una hetaira tanto por su belleza como por su intelecto. Las cortesanas a las que conocían formaban un mundo aparte del harén y del matrimonio prosaico, y con frecuencia tenían poder. De modo que, si bien algunos se sentían ofendidos por la presencia de una mujer en las cenas de Al Talif, a otros en cambio les complacía mirar a Aspasia e incluso escuchar su conversación, y a menudo envidiaban a Al Talif por poseer tal tesoro.

Este era un hombre intuitivo, además de sutil, y aunque trataba a Aspasia ante sus invitados sin la tierna consideración y atenciones que le dispensaba en privado, se mostraba muy consciente de su presencia, de la proximidad de su cuerpo y hasta de su misma respiración. Se percataba del instante en el que Aspasia empezaba a aburrirse, cuando estaba turbada, cansada o desinteresada, durante estas cenas en el gran comedor. Su calma y dignidad, a pesar de todo, le resultaban admirables y se enorgullecía de ella. Por tanto comprendió que ahora estaba profundamente turbada, que su cuerpo se había puesto rígido, que algo había trastornado sus emociones y que sentía un temor misterioso.

Siguió hablando, pues, con uno de los egipcios, pero sin dejar de mirar intensamente a Aspasia por el rabillo del ojo preguntándose el motivo de su azoramiento. Todavía no se habían dirigido a ella, y ni siquiera él le había hablado. ¿Sufriría algún dolor? Su palidez hacía que los cosméticos se destacaran en sus mejillas y labios, pero no contraía el ceño, ni su gesto indicaba un sufrimiento físico. Había estado hablando en egipcio —lengua con la que ella no estaba familiarizada— con uno de los invitados, de modo que no podía haberse ofendido por el tono delicadamente lascivo de la conversación. (Pues, sobre todo lo demás, Aspasia jamás era lasciva). Tampoco podía haberle aquejado una enfermedad repentina, ya que su salud era notable. La vio mirar como un basilisco a uno de los invitados, y que luego apartaba los ojos. Un débil escalofrío recorrió su cuerpo y Al Talif lo advirtió.

¿A quién había estado observando? Sus ojos escudriñaron a todos los invitados, uno por uno, mientras seguía hablando, sonriendo y tomando pequeños bocados de cordero con especias y alcachofas de su plato. Incluso bebió un poco de vino. ¿Habría reconocido a alguno de estos mercaderes? Era imposible, pues ninguno mostraba la alarma que ella indudablemente sentía y todos parecían atentos a la comida o intercambiaban comentarios con el vecino. Aspasia sólo había visto antes a dos o tres de estos invitados; los otros le eran desconocidos. Sin embargo, uno la había asustado. ¿Cómo era posible? Ciertamente que dos o tres eran viejos, y groseros en la mesa, pero Aspasia ya estaba acostumbrada a este tipo de huéspedes, habituales en esa casa.

Su curiosidad se acentuó. Ella seguía sentada, con los ojos decorosamente bajos, y las manos cruzadas sobre las rodillas. Al Talif comprendió que Aspasia echaba mano de toda la disciplina y dominio propio que le habían enseñado. Luego, con gran sorpresa, la vio curvar los labios en una leve sonrisa.

Aspasia pensaba: «Talias no se atreve a traicionarme, ya que es un esclavo huido aunque vista una magnífica túnica griega y una toga hermosamente dispuesta, y lleve joyas y perfumes. Él está más asustado de lo que yo estaba, pues, si yo hablara, sería apresado y devuelto a Mileto para recibir su castigo, y él con toda seguridad lo sabe». Ahora que su temor se calmó, Aspasia sentíase inclinada a compadecerle y conjeturaba cómo había llegado a alcanzar una situación de tal magnificencia como huésped honrado de Al Talif. Observó que era un hombre muy guapo, diestro de modales y refinado de gestos, e indudablemente muy rico. Todavía no había oído su voz, ni sabía bajo qué nombre se ocultaba. Recordaba que siempre había sido agudo e inteligente, y rápido en darse cuenta del estado de ánimo de los demás. Luego, recordando su preocupación por ella antes de huir de casa de Targelia, sintió repentinamente un afecto burlón por él. Por encima de todo deseaba comunicarle que no corría peligro por su parte.

«Ahora ya no tiene miedo», se dijo Al Talif. Aspasia bebió de su copa de plata y luego tomó un bocadito en la cuchara y se lo comió. Le había vuelto el color. Su mano ya no temblaba. Advirtió que Al Talif la estudiaba con gran atención y, volviendo la cabeza, esbozó una sonrisa, mirándole con sus tiernos ojos castaños. Por alguna razón complicada y femenina, experimentó la sensación de triunfo sobre él, como si pudiera decirle: «Ese hombre que tienes ante ti fue el que me quitó la virginidad, de la que tú creíste privarme, ¡oh, señor! No llegué a tu lecho inmaculada. Yací con él en una avenida de mirtos, una noche cálida de verano, cuando las hojas cortaban la luz de la luna sobre la tierra oscura; y él me hizo conocer el placer. Sus besos fueron los primeros que recibí, sus brazos me abrazaban tan fuertemente como los tuyos y, por una hora, le amé».

Estos pensamientos la hacían feliz. Nunca había estado tan hermosa, y ahora sus labios se entreabrieron con malicia.

Al verlo, Al Talif frunció el ceño. Jamás se había engañado diciéndose que lo sabía todo acerca de Aspasia. Estaba llena de misterio para él, y por eso la juzgaba aún más atractiva. Siempre se reservaba algo, y Al Talif trataba de adivinar sus pensamientos más recónditos sin llegar a lograrlo.

Viendo su sonrisa misteriosa y la serenidad con que comía y bebía recordó que a las hetairas se les enseñaba rigurosamente todas las artes, y sobre todo las del engaño. ¿Trataría de convencerle de que su castigo no había tenido importancia para ella y que aún se sentía victoriosa? Frunció el ceño de nuevo.

Talias la examinaba con no menos intensidad. Al fin, como no era tonto, empezó a comprender que Aspasia nunca le traicionaría, como él tampoco, se dijo virtuosamente, la traicionaría a ella, pues ambos recordaban esa noche de placer.

Aspasia alzó despacio la cabeza y sus ojos se cruzaron; luego ella dejó escapar una leve sonrisa y apartó la vista. Al Talif la vio, pero Aspasia sonreía así con frecuencia a sus invitados, por lo que no le atribuyó significado alguno. Estaba entrenada para ser amable y encantadora sin decir una sola palabra.

Talias, con gran alivio, recuperó ahora todo su valor. Se dirigió a su anfitrión con cortesía y respeto. —Se dice, señor, que en todo el mundo se ha iniciado un período de paz e ilustración. ¿Está de acuerdo con esto tu noble emperador?

—Habrá paz, querido Damos —dijo Al Talif— sólo cuando el mundo entero se convierta en una gran plaza del mercado. —Sonrió cínicamente—. Nunca hablo sobre las guerras, pues son tediosas. Las guerras interrumpen la conversación natural entre las naciones, ya que reducen y constriñen los mercados del mundo, empobreciéndolos. En la guerra no hay vencedores, sólo vencidos, ya sean conquistadores o conquistados. Pero la plaza del mercado es el único terreno de paz en el que todos los hombres pueden reunirse, discutir, regatear, mentir, comprar lo que es placentero, exhibir la ambición sencilla y honrada sin vergüenza, disponer las caravanas y el comercio, enfrascarse en una conversación animada y sincera, excepto con los clientes, y discutir con los mercaderes rivales, planear expediciones, mostrar novedades y objetos hermosos de países lejanos, aumentando así la comprensión y admiración de cuanto es extraño, haciendo con ello que crezca el conocimiento entre todos los seres humanos. Incluso la fealdad gritona del mercado resulta grata para el espíritu.

Se detuvo para comer melón, un puñado de cerezas y algunas ciruelas. Una repentina corriente de aire fresco entró por las arcadas del salón, pues el año se acercaba a su fin y ahora sólo durante el día hacía calor. Aspasia pensó:

«De modo que nuestro Talias se llama ahora Damos. ¿Dónde vivirá, y por qué está aquí, en esta casa?». Su simpatía y afecto por él aumentaron al escuchar la conversación, que ahora era en griego.

Al Talif sonreía un poco para sí:

—He visto mercaderes, cuyos gobiernos estaban en guerra, hablar amistosamente y reír entre ellos en el mercado. El comercio es un tema en el que todos pueden estar de acuerdo, y en el que todos pueden comprometerse, a excepción de los filósofos, que prefieren discutir con tenacidad para demostrar actividades superiores de la mente. Las nuevas ideas no son negociables en la plaza del mercado; quizá por eso son despreciadas —y dirigió una sonrisa a los indios, que parecían preocupados, pensando en su heterogéneo país: la India.

Después continuó hablando:

—El comercio es la única actividad en la que se aceptan amistosamente las culturas y costumbres de todo el mundo, y por tanto, la plaza del mercado es nuestra única esperanza de paz. Los mercaderes sienten el mayor respeto mutuo, ya que tratan con realidades, con cosas tangibles. Tú, mi querido Damos, y todos nuestros amigos aquí presentes esta noche, sois comerciantes.

¿No hablamos todos en una lengua común? Competimos, pero no nos matamos entre nosotros. Eso queda para los gobiernos ambiciosos, los soldados profesionales y los seres inferiores. Dime, Damos, ¿no has descubierto que los caminos de Persia y todas las rutas de las caravanas que parten de tu Damasco y atraviesan Persia, están libres de ladrones? Verás que incluso los gobiernos tienen la mayor consideración para con nosotros, los mercaderes.

—Pero tú mismo, Al Talif, eres del gobierno —dijo uno de los indios.

No tomaba nada de lo que le habían servido a excepción de verduras, fruta y vino, pues era budista.

—Cierto, soy gobernador de esta provincia y mi emperador está muy satisfecho de tener aquí a un comerciante, pues ellos raras veces abusan y, si lo hacen, los demás lo aceptan de buen grado, ya que están dispuestos a hacer lo mismo. Incluso en esas ocasiones todo lo envuelve cierta honestidad franca, mezclada con pillería, que todos comprendemos. Los mercaderes sólo pueden sobrevivir y obtener beneficios, ¿y no admiramos siempre profundamente los beneficios?, en un marco de confianza y paz. Cuando los beneficios se destruyen y quedan en suspenso, como en tiempo de guerra, la civilización declina. Brindemos por la plaza del mercado, donde la multitud puede encontrar a los mercaderes y príncipes en un ambiente de comprensión e igualdad, sin matanzas ni odios.

«Luego nuestro Talias es un mercader de Damasco», se dijo Aspasia con profundo gozo. Al Talif le acariciaba ausente el cuello, y los otros, habiendo apurado ya sus copas, lo observaban con interés y con envidia disimulada.

Ahora Al Talif la miró y sus ojos grandes y brillantes le sonrieron. Dijo, con su voz de ricos matices:

—Dime amor mío, qué opinas de esta conversación.

Talias fue el único presente que no alzó las cejas sorprendido ante esta pregunta hecha a una mujer, por hermosa que fuera. Aspasia sonrió a su vez a Al Talif, con una dulzura ácida que le era muy significativa.

—Pienso en lo que escribió un filósofo griego hablando de los hombres como tú, que simulan ser un simple mercader; «Debemos buscar bajo cada piedra, no sea que un orador nos muerda».

Algunos parpadearon ante tanto descaro, pero Al Talif simuló un gesto de dolor y echó a reír. Cogió la mano de Aspasia y la besó.

—¡Ah! —dijo—, ser alabado por mi elocuencia por estos labios es más intoxicante que el vino.

Alzó su propia copa y se la acercó a la muchacha, que bebió y luego inclinó la cabeza.

Entonces añadió Al Talif acariciándole la oreja:

—Deja que, a mí vez, cite a Eurípides: «Una mujer debe ser buena para todo en casa, y para nada fuera».

Los invitados rieron haciendo gestos de aprobación y Aspasia, aunque

sonrojándose, conservó su sonrisa acerba y encantadora.

—Permíteme señor —dijo—, que te responda con las palabras de Herodoto acerca de tu nación: «Están acostumbrados a deliberar de asuntos de la mayor importancia sólo cuando se hallan borrachos. Todo lo que deciden cuando están sobrios siempre es examinado de nuevo después de haber bebido». —Mi señor, ¿estás borracho o sobrio?

Todos quedaron inmóviles como estatuas, reteniendo el aliento ante este insulto imperdonable a su anfitrión. Pero Al Talif se limitó a reír de nuevo apoyando la mano en el hombro de Aspasia. Se dirigió a sus invitados:

—Observaréis que esta cosita tan linda sabe citar a los filósofos... como un loco que repite palabras sin entenderlas. Sin embargo, también habréis descubierto que sus observaciones son extraordinariamente pertinentes, y muy rápido su sentido del humor. El acertijo, pues, es este: ¿He sido un buen profesor —y se cubrió el rostro con las manos con horror fingido—, o es que ella es capaz en verdad de pensar? —Agitó la cabeza y tembló—: ¡Que los dioses nos libren de semejante cosa!

Los invitados estallaron en carcajadas. Aspasia le miró al rostro, lo que suponía una afrenta deliberada, y de tal modo la dominó la cólera que empezó a levantarse para dejar el salón. Estaba tan pálida como la nieve y sus ojos brillaban como dos dagas desnudas. Los invitados lo notaron. (Sólo Talias pensó: «¡Mi pobre Aspasia!»).

Conocedor de todos sus movimientos, aunque no la estuviera mirando, Al Talif se quitó las manos del rostro y la sujetó por las caderas con tal fuerza y dominio que Aspasia se hundió de nuevo en el diván. Su humillación era total. Ahora estaba segura de odiarle. Los esclavos seguían sirviendo vino y pastas, y ofrecían melocotones del color del amanecer. Al Talif miraba a Talias, pero Aspasia, tan inteligente como él, comprendió que era a ella a quien se dirigía pues, reconoció cierto matiz en su voz. Presagió una catástrofe, mientras el corazón le latía locamente.

—Damos de Damasco, y la misma Grecia, tengo un regalo para ti, pues hemos hecho juntos negocios muy provechosos aunque nunca estuvieras antes en esta casa. —Dio una palmada y un eunuco acudió corriendo desde una arcada. Al Talif dijo—: Tráeme a las doncellitas que compré hace un par de días.

Aspasia sintió náuseas. Pensó en las niñas que viera aquel mismo día en el harén. Cerró los ojos por un instante. Al Talif continuó:

—Son tesoros raros, mi querido Damos, y yo mismo las elegí pensando en ti. Pues, ¿no las preferimos todos jóvenes y vírgenes?

Talias murmuró su asentimiento.

—Te prometo —dijo el anfitrión— que son tontas y que sólo pueden charlar de agradables naderías y, ¿no es eso lo que deseamos en una mujer sobre todas las cosas?

Talias sonrió inseguro sin mirar a Aspasia, que ahora le contemplaba fijamente. Los invitados repitieron todos a una sonriendo con malicia:

—Sobre todas las cosas.

Entraron las dos niñas juntas cogidas de la mano en busca de protección, ya que era obvio que estaban asustadas y que acababan de despertarlas. Unas túnicas de lino blanco cubrían sus cuerpecitos, y llevaban los pies desnudos. Pero los cabellos, desordenados por el sueño, habían sido peinados a toda prisa y estaban atados con cordones de seda para que pudieran verse sus rostros con toda su infantilidad atractiva, su vulnerabilidad inocente y su desconcierto. Parpadeaban a la luz de las lámparas. Los invitados murmuraron su aprobación, y algunos su deseo.

Tenían unos labios infantiles, sin artificio, sus bracitos y piernas eran de tono oliváceo y el rostro brillaba con aceites perfumados. Al cuello llevaban unos collares de perlas tan lustrosas como ellas mismas. Los ojos de Aspasia se llenaron de lágrimas y su boca tembló.

Al Talif las atrajo hacia sí con la amabilidad de un padre y luego alzó sus túnicas de modo que sus cuerpecitos infantiles y sus partes privadas se vieran con toda claridad. Las miró pensativamente.

—Son gemelas —dijo— y tan sanas como corderitos recién nacidos, sin tachas ni defectos, y no tocadas aún por manos de hombre. ¿No serán un adorno exquisito para tu lecho, Damos? Pasarán diez años antes de que sean demasiado viejas para tu gusto. Mientras tanto son tan deliciosas como muchachitos. ¿No preferís, vosotros los griegos, a los jovencitos?

Talias estaba más inquieto que antes. Enrojecieron sus mejillas. Ahora sintió la fuerza de la mirada de Aspasia y se volvió al momento a mirarla.

Esta hizo algo imperdonable. Habló sin que alguien se hubiera dirigido primero a ella y dijo:

—Son esclavas, y demasiado pequeñas e impotentes para huir. ¿Quién las socorrería? ¿Quién las escondería y consolaría... o les daría oro?

Talias palideció. Oyó y comprendió la amenaza explícita en su voz, repentinamente alta, y supo que ella estaba dispuesta a destruirse a sí misma, y a él, en beneficio de las niñas. Además, no sentía deseo por las pequeñas, pues no era un depravado. Vaciló confuso. No se atrevía a rehusar un regalo de su anfitrión. Se humedeció los labios. Advertía el terrible desafío de Aspasia, aunque ella hubiese callado ya. En cuanto a Al Talif, la ignoraba por completo, como si ni siquiera hubiera hablado. Los invitados demostraban su incredulidad al verle soportar tal descaro.

Talias dijo:

—Me siento profundamente conmovido, señor, por tu amabilidad y condescendencia.

Hizo una pausa. Los invitados asintieron y se humedecieron sus propios labios. Continuó:

—Mi esposa me ha dado un hijo, y ahora anhela una o dos niñas. Le entregaré estas, pues no puede tener más hijos. Ella, aparte de proporcionarme una dote

excelente, ha sido muy cumplidora de su deber.

La sonrisa de Al Talif se convirtió en una mueca en sus labios y los invitados intercambiaron miradas de asombro. Pero el gesto de Talias era valiente.

—Mi esposa —continuó— es una dama de mucha virtud, hija única de sus padres, y fue criada y educada con ternura. Es fácil comprender esto, pues sus gentes fueron traídas de Babilonia por un líder llamado Abraham, y ahora viven en la tierra de Israel. Sienten cierto respeto por las mujeres. Permíteme, señor, que te dé las gracias en nombre de mi esposa y, si esto no te ofende, le pediré a ella que te envíe un mensaje de gratitud.

Al Talif habló con gravedad inclinando la cabeza.

—Son tuyas, mi querido amigo, para hacer con ellas lo que quieras.

Miró repentinamente a Aspasia, vio lágrimas en sus ojos y su sonrisa temblorosa, y le tocó la rodilla en gesto de cariño, dejando descansar allí su mano. Ella suspiró. Inclinó la cabeza para no llorar a la vista de todos. Unió las rodillas sin querer contra los dedos de Al Talif en una caricia involuntaria por su parte. «He sido perdonado», pensó él, y se rió de sí mismo. Sin embargo, sentíase complacido.

Y dijo:

—Recibiré con placer el mensaje de tu esposa. Que sean, pues, sus hijas estas pequeñas.

Más tarde hizo venir a Aspasia a su lecho y besó las heridas que le había producido, y ella se volvió impulsivamente hacia Al Talif y dejó descansar la cabeza sobre su pecho y, sin saber por qué, en su remolino de pensamientos confusos sintió felicidad y deseo, y una emoción peligrosa que se negó a examinar.

Él le dijo:

—Si me hubieras pedido hoy a esas niñas para doncellas tuyas, mi emperatriz te las habría dado en seguida. No, no hables —y cubrió sus labios con sus besos y la atrajo más hacia sí.

Al Talif estaba a punto de ir a Damasco con una de sus caravanas y había invitado a Talias a que le acompañara, dejando que el guía de este último condujera su propia caravana hasta la ciudad. Talias, enterado del derroche en cuestión de comida, vino y muchachas que acompañaba a Al Talif en estas expediciones, aceptó gustosamente, soñando con las lujosas tiendas persas y las mujeres que cantarían y bailarían en su interior. También pensaba en Aspasia y se preguntaba si acompañaría a su señor.

El sátrapa estaba fuera esta tarde, poco antes del crepúsculo, y Talias, aburrido como de costumbre cuando no se hallaba enfrascado en alguna actividad, salió a pasear por los jardines tomándose un puñado de dátiles maduros. Hallaba opresivo el palacio con todos sus salones, sus fuentes y el recargado ambiente oriental. No le gustaba tampoco Damasco, pero vivía allí con su esposa —sólo tenía una— y por sus negocios, y con frecuencia le dominaba la nostalgia de Mileto o Grecia, ciudades que podía visitar cuando quería, y en particular Atenas. Todavía no se había atrevido a ir a Mileto, su lugar de nacimiento, pues podía ser reconocido y apresado como esclavo huido. En Grecia, sin embargo, hallaba descanso de la ampulosidad sofocante de Oriente, y se complacía en hablar su propia lengua con los comerciantes que le admiraban y respetaban, y en disfrutar, como él decía, de una comida honesta.

No miró a Kurda, y este tampoco pareció verle, ya que tenía la vista clavada en un punto del jardín; Talias volvió los ojos interesado en aquella dirección. Allí, a la sombra de un grupo de palmeras, se hallaba Aspasia sentada en un banco de mármol, cuyos brazos estaban tallados en forma de tigres persas. Era como una niña solitaria, enfrascada en sus pensamientos, su cuerpo y su túnica apenas más oscuros que la blanca piedra en que se sentaba. El corazón de Talias saltó de placer, pues con frecuencia la recordaba incluso entre los brazos de su esposa, y además la había amado. Advirtió la serena melancolía de su rostro. Tenía los ojos clavados en un estanque próximo, pero no parecía verlo. Se adelantó rápidamente por el sendero en dirección a ella, oyéndose el rechinar de la grava bajo sus botas elegantes.

Alzó Aspasia el rostro con aire ausente, pero al verle se demudó. Kurda se irguió en su puesto y se dijo: «¡Estos bárbaros deberían comprender que ningún invitado aborda a una mujer tan abiertamente, y sobre todo en ausencia del anfitrión, de los esclavos o el séquito!». Pero Talias, aún estando familiarizado con las costumbres de Oriente, lo olvidó todo en su deseo de hablar a solas a Aspasia y contemplarla más de cerca bajo esta luz brillante. Ella le vio aproximarse y se volvió alarmada hacia Kurda, que había dejado la puerta y se hallaba ahora en los escalones inferiores que llevaban al jardín, con el rostro ávido de curiosidad. Aspasia se movió, pero, cuando Talias se hallaba casi a su lado mirándola con una sonrisa luminosa, le dijo en voz

muy baja:

—Cometes una gran imprudencia, Talias. Ese eunuco de allí es el jefe de todos y desea destruirme. Me vigila constantemente a la espera de poder informar a Al Talif de algo nulo por mi parte.

Talias se detuvo y su sonrisa desapareció:

—No le mires —susurró Aspasia—. No, no te sientes a mi lado. —Se levantó y le indicó con un gesto que se sentara, cosa que él hizo, quedando ella de pie ante Talias—. Simulemos que no nos conocemos en absoluto y que tú quieres divertirme un momento con mi compañía, y que me desdeñas.

—Aspasia... —dijo él con tristeza.

Su tono le conmovió y trató de sonreír.

—No soy desgraciada —dijo—. Hay horas, incluso días, en que vivo muy feliz y dichosa.

Asumía una actitud humilde, y Talias movió la cabeza. Dijo:

—¡Ah!, después de todo yo soy sólo un esclavo, pero nunca me he olvidado de ti, ni de lo que tú eres en verdad.

—¿Y qué soy yo? —preguntó ella con repentina amargura—. La concubina comprada por mi señor, poco más que una zorra. Sí, lo soy, pero no me siento desgraciada.

Se apartó un poco más de Talias y contempló una de las estatuas de bronce; él siguió su mirada y dijo:

—Son monstruosas, ¿verdad? ¿No crees que resumen lo que es el Oriente?

—Háblame de Grecia, y de Atenas, ciudades que nunca he visto —suplicó ella.

—¡Ah, Atenas! —exclamó Talias, y ella se llevó un dedo a los labios en señal de aviso. Talias bajó la voz—. Anda tan revuelta como el mar, con nuevas ideas, movimientos filosóficos y grandes hombres. ¿Has oído hablar de Pericles, el famoso hijo de Jantipo? Hace muchos años su padre tuvo gran preponderancia en Atenas, en la política; derrotó al resto de la flota de Jerjes en Micala. Jantipo fue un héroe, y su esposa Agarista, sobrina de Cleistene, fue la madre de Pericles. La familia de Agarista estaba relacionada con los antiguos tiranos de Sición y también pertenecía a la familia de los Alcmeonidas. Seguramente habrás oído hablar del ilustre Pericles.

—¿Pericles? —repitió Aspasia. Pensó por un instante—. Sí, creo que mi señor lo ha mencionado en tono de burla, pues los persas siguen creyendo que los griegos son bárbaros a pesar de sus victorias sobre Jerjes. ¿No es un político?

—Es mucho más que eso —respondió Talias, y añadió—: Pero Al Talif cita a los filósofos griegos con frecuencia, luego dudo que considere a Grecia una nación bárbara.

—En su opinión sólo Persia está realmente civilizada, aunque admite que los filósofos griegos llaman ahora la atención en todo el mundo. Me habla poco de la historia actual, o de la evolución de las naciones. Estos asuntos le aburren. Prefiere los temas intelectuales —y su sonrisa era amarga de nuevo al recordar el harén de Al

Talif—. Su biblioteca se ve de continuo incrementada con las obras de muchos filósofos, y está convencido de que los persas son más sutiles, maduros y, desde luego, más profundos. Me permite acudir a su biblioteca y leer lo que quiero, pero hasta ahora me he limitado a los filósofos griegos, pues mi conocimiento de las otras lenguas no es demasiado bueno.

—Estás tan recluida aquí como cuando eras una doncella en casa de Targelia —dijo Talias con piedad.

—En cierta medida más aún —confesó Aspasia—. No salgo sino a la plaza del mercado. Y no tengo compañeras ni amigas. ¡Ah!, no me mires con tanta compasión, querido Talias. Ya te he dicho que muchas veces me siento feliz.

—Sí, él es un intelectual —admitió Talias, al que fascinaba la personalidad de Al Talif—, pero también un comerciante, muy rico y prudente. ¿Por qué no te habla de lo que ve y oye en las ciudades que visitan sus caravanas?

—Tan sólo soy una mujer —dijo Aspasia, pero sonrió—. Sin embargo sí conversa conmigo de todo aquello que no se refiere al presente inmediato.

Tenemos conversaciones eruditas cuando estamos a solas —su sonrisa era amarga de nuevo—. Háblame del famoso Pericles.

Había orgullo en la voz de Talias cuando dijo:

—Es un estadista, y más que eso, y está casado con la hija de un noble linaje. Tiene dos hijos y es muy rico. Fue educado por Zenón de Elba, que le enseñó el poder de la dialéctica, y por Anaxágoras, el astrónomo de mayor fama. Es por eso que la elocuencia de Pericles es capaz de dar vida al mármol. Incluso de conmover a esa maldita *ekklesia*. Contribuyó a la condena de Cimón, acusado de cohecho, después de sus campañas en Tasia. También atacó al Areópago hace dos años y permitió que su colega Efialto recibiera todos los parabienes por la decisión de renunciar a la alianza espartana y la liga con Tesalia y Argos, aunque ambas cosas fueron en realidad obra de Pericles, que dejó que el otro, mayor que él, fuera alabado por ellas. Pericles es un hombre de honor, discreción y tolerancia.

—¡Ah! —dijo Aspasia—, todos esos nombres nada me dicen. Me he convertido en una ignorante.

—¡Ah! —repitió Talias como un eco—. Continuaré: Cuando Efialto fue asesinado, Pericles heredó el cargo supremo del Estado. No ha abandonado el sueño de Efialto, que deseaba que los ciudadanos de Atenas se gobernaran por sí mismos, y constantemente desafiaba a la Iglesia, pues, no sólo es osado sino también valiente.

Miró a Aspasia con aire reflexivo.

—Pericles tiene una hetaira como compañera. ¡Ojalá lo fueras tú, hermosa Aspasia! Esta esbozó una sonrisa. Talias continuó:

—Pericles posee una mente noble y le enoja el dominio opresivo de la Iglesia y su intolerancia religiosa. Se dice que ha comentado con sus amigos que Atenas necesita un rejuvenecimiento de mente y cuerpo. Muchos están de acuerdo con él, pero, de momento, eso no añade nada a su popularidad. Sin embargo, Pericles es como Zeus:

no teme lanzar sus rayos, pues, por su carácter parece un ser del Olimpo; es famoso por su noble porte y por su dignidad, que le hace semejante a un dios. También es hermoso, y orgulloso —Talias vaciló—. Dicen que tiene la cabeza deformada y que por eso lleva casi siempre un yelmo muy alto, pero podrían ser habladorías.

Aspasia guardó silencio, y la melancolía cubrió de nuevo su rostro. Viendo esto Talias, de natural bondadoso, dijo en un impulso:

—¡Ah, si yo pudiera ayudarte como tú lo hiciste, Aspasia! Se obligó a sonreír otra vez.

—No fui del todo generosa, mi querido Talias. Pero no me has contado cómo te las arreglaste cuando huiste de Mileto.

—Cogí el primer navío y, tras un viaje muy largo, llegué a Damasco. Me hice amigo de un viejo mercader que no tenía hijos. Era de la tierra de Israel y me case con su hija. —Hizo una pausa y su sonrisa se hizo más amplia—. Me convertí a su religión, y yo... —se detuvo y Aspasia se echó a reír, y él rió también—... fui debidamente circuncidado, y aunque mi suegro, que es muy devoto, me mira con cierta suspicacia, no tiene razones para quejarse. Todavía me quedaba mucho oro del que tú me diste, pues, lo utilicé con prudencia, y lo invertí con Efraín. No soy un don nadie en Damasco —y bajó los ojos alegres en una parodia de humildad que obligó a la muchacha a reír.

—Me alegro de que hayas triunfado de ese modo.

Talias se levantó e hizo un ademán de cogerla de la mano, pero ella volvió a agitar la cabeza en señal de aviso.

—Es mejor que me dejes ahora, Talias-Damos, y que los dioses te acompañen.

Miró a Kurda, que seguía de pie en los escalones con las manos en las caderas y las piernas muy abiertas, en actitud viril. Clavaba los ojos con gran avidez en los jóvenes, y trataba incluso de oír lo que decían. Pero ambos hablaban en voz muy baja.

Talias dijo ahora:

—Que los dioses, y también Jehová, te acompañen, Aspasia. Tal vez nunca volvamos a vernos.

Con el pensamiento puesto en Kurda ella se inclinó en una reverencia ceremoniosa y Talias le devolvió asimismo el saludo. Luego pasó ante Kurda con una sonrisa, pero el eunuco le miró con furia y no se movió, de modo que Talias tuvo que desviarse de su camino. Aspasia se sentó de nuevo en el banco y pensó en todo cuanto Talias le había contado y se dijo:

—Estoy encerrada aquí, como una ninfa en una campana de cristal; quizá me asemeje a Dríope, que fue transformada en un árbol, y si me cojo el cabello para asegurarme de que aún soy una mujer, mis manos se llenan de hojas...

Luego rió mientras suspiraba:

—Pero las hojas son fragantes y brillan como la plata, y mi destino podría ser peor.

Kurda acudió junto Al Talif, inclinó la cabeza casi hasta las rodillas y dijo:

—Señor, la extranjera ha sido imprudente otra vez. Al Talif frunció el ceño con impaciencia.

—¿Es que ha vuelto a molestar a mis mujeres a pesar de mis órdenes?

—¡Ah, señor! ¡Si sólo fuera eso! Es mucho peor —Kurda asumía el gesto y la postura de un actor de tragedia, y Al Talif hubo de reprimir una sonrisa...

—Dime —le ordenó.

Kurda vaciló. Sabía que Talias era un huésped honrado de la casa, y por ello había preparado la historia por adelantado y dijo:

—Tu noble amigo Damos, señor, estaba paseando por el jardín justo antes del crepúsculo y la extranjera se le acercó atrevida y abiertamente y habló con él. Sin duda tu amigo la habría dejado, pero ella le obligó a sentarse en un banco de mármol y, como no deseaba ofender a nadie de tu casa, señor, él hubo de someterse a sus deseos. La mujer quedó en pie ante él, y conversaron. Traté de oír la conversación, pero hablaban en voz muy baja.

El rostro de Al Talif era inescrutable.

—Las mujeres de Mileto no viven tan recluidas como las nuestras, y mi invitado es de Atenas, donde las mujeres gozan de mayor libertad todavía. Despidió a Kurda, vencido por la desilusión. Al Talif se sentía dolido por la imprudencia de Aspasia. Kurda, a pesar de su malicia, no había descubierto nada excesivamente malo, y Al Talif, conociendo a Aspasia, no creía que se hubiera acercado con tanta osadía y descaro a Damos. En cuanto a este, casado con una israelita, sin duda estaba acostumbrado a una actitud más tolerante en lo referente a las mujeres. Aspasia se negaba con frecuencia a llevar velo en el palacio o en los jardines como el resto del harén y Al Talif se lo había permitido. Era una mujer hermosa y la había sentado a sus pies hacía dos noches para conversar con ella ante sus invitados, de modo que Damos habría adivinado con toda seguridad que Aspasia disfrutaba de una posición única en esta casa y sólo se habría querido mostrar cortés. Al Talif se golpeó los dientes con el índice y envió a buscarla.

Pronto entró Aspasia en la cámara. Al Talif le tendió la mano y ella acudió al punto a su lado y cayó a sus pies. Como siempre, su hermoso rostro brillaba ante su presencia. Le sirvió él una copa de vino y se la puso suavemente en la mano, besando su muñeca. Ella apoyó la mejilla en su hombro y suspiró. Una fragancia ligera de lirios surgía de su cuerpo y Al Talif quedó complacido, pues, era su perfume favorito.

—He oído decir, mi blanco cisne, que hoy has sido imprudente —dijo. Aspasia se sobresaltó y él no dejó de advertirlo. Los pensamientos de la muchacha giraban en torno a Kurda. ¿Habría oído algo en el jardín?

¿Escucharía las palabras de afecto y admiración que pronunciara Talias? Se prohibió a sí misma temblar y dijo:

—¿En qué te he ofendido, mi señor?

—No es costumbre nuestra, Aspasia, que las mujeres se dirijan a los extranjeros y

conversen con ellos en secreto. Se esforzó a reír con ligereza.

¡Oh, ese Kurda! ¡Tiene la mente de un cerdo! En cuanto a mi conversación con... tu invitado..., se llama Damos, ¿no...?, se refería tan sólo a las niñas que le diste para su esposa.

Al Talif la estudiaba de cerca.

—¿Y cómo se desarrolló esa conversación, amada mía? Ella contestó inmediatamente:

—Le dije que rogaría a los dioses para que su esposa amara a las pequeñas y las aceptara en su casa como una madre. Al Talif agitó la cabeza con exasperación burlona.

—Eres muy terca, en verdad. ¿Querías asegurarte de que las niñas no serían utilizadas para el propósito original? Aspasia sabía que la mejor defensa era la osadía. Se inclinó hacia él y le dio un largo beso en la boca.

—¿Acaso una mujer puede confiar en un hombre? —preguntó—. Es cierto que quería asegurarme. ¿No merecía eso al menos, después del castigo que me infligiste?

Se quitó la túnica de los hombros y la espalda y le mostró las heridas que iban ya sanando; luego dejó resbalar la túnica de modo que los hermosos senos quedaran ante sus ojos. Le miró con aire inocente, como si esto hubiera sido un accidente, y el rostro de Al Talif enrojeció. Le puso una mano en el pecho y sintió los fuertes latidos de su corazón, y creyó que eran de pasión y no de temor.

—Hay ocasiones —dijo— en que creo que eres una verdadera niña. —La besó en los senos y Aspasia cerró los ojos con alivio, dando gracias mentalmente a Targelia por haberle enseñado sus trucos y el dominio propio—. Te perdono tu osadía.

De pronto recordó algo en lo que había estado pensando todo el día en la ciudad.

—Debo salir mañana para Damasco —dijo—. Estaré fuera algún tiempo. He pensado que iba a echarte mucho de menos, mi dulce tesoro, y que sería excesiva mi impaciencia por volver a tus brazos. He decidido, por tanto, no negarme el placer de mirarte y recibir tus besos. Te llevaré conmigo.

El gozo y asombro de Aspasia al oírle le gratificó. Ella le retenía las manos sobre sus senos y ahora no necesitaba disimular.

—Señor —dijo—, si tú creías echarme de menos en esa gran ciudad, rodeado como estarías de tus mujeres, ¡cuánto más te habría deseado yo quedándome aquí sola, soñando contigo en mi lecho y aguardando con anhelo tu regreso!

Advirtió él la sinceridad y la alegría que reflejaba su voz, y pensó que era la primera vez que podía sentirse seguro de que no le engañaba con una pasión aprendida. Aquello le conmovió, y luego se avergonzó de su satisfacción.

—Pero llevarás siempre el velo, en todo momento —dijo acariciándola—. Te he permitido ir sin él aquí en mi casa, pero eso es imposible durante el viaje, o en Damasco. No quiero que nadie vea tu rostro y desee matarme para raptarte.

—¿Como el toro que raptó a Europa? —se echó a reír y agitó la cabeza—. He oído decir que las mujeres de Damasco son grandes beldades.

—No, son extraordinariamente feas —contestó Al Talif—. Los hombres son guapos y corrompidos, y las mujeres virtuosas, aunque son una ofensa para la vista. Llevan velo, pero no para ocultar su rostro, sino para no molestar a los hombres con su fealdad. Si los de Damasco vieran tu hermosura, dulce Isis, perderían la cabeza.

La atrajo hacia sí sobre el diván y ella pensó al abrazarle: «¡Ay, yo le amo y esto va a ser una tragedia para mí. Pero Al Talif no lo sabrá nunca!».

Aspasia jamás había visto una caravana. Ahora, al formar parte de la de Al Talif, comprendió lo muy reclusa que había vivido en su palacio y que su mente, a pesar de la biblioteca y los libros que él le compraba, estaba anquilosada por el lujo, la monotonía y la ausencia de comunicación con otros seres humanos. En casa de Targelia la actividad era constante por las enseñanzas de los tutores, las visitas a los puertos y tiendas, y la presencia de extraños, amigos de Targelia. Allí vivía rodeada de conversaciones y controversias que estimulaban el intercambio de opiniones de mayor o menor importancia. Siempre llegaban noticias del mundo a través de los invitados y Targelia animaba de continuo a sus hetairas inteligentes a que les preguntaran, les dieran su opinión, e incluso disintieran con amabilidad. Constantemente entraban en la casa niñas nuevas para ser examinadas por la señora de las cortesanas, y se tomaban decisiones. Todo allí era risas, juegos, travesuras entre las doncellas, y baile y música.

Pero, desde hacía tres años, Aspasia se había visto privada de todo ello. Durante su estancia en el palacio sólo estuvo una vez en el mercado. Jamás llegó a entrar en una ciudad ni pudo ver el mar; se conformaba con mirar un río pequeño próximo al palacio. Había vivido prisionera tras sus muros, vigilada constantemente por los eunucos, y sin recibir a nadie sino en compañía de Al Talif cuando este daba sus cenas. En ocasiones hablaba un poco con los invitados, que admiraban su belleza, pero que con frecuencia se sentían desconcertados por sus conocimientos. «He estado muerta para el mundo, y el mundo para mí —se dijo—. El tiempo ha volado, como el viento del desierto que viene de no sé dónde y se va a lugares misteriosos que nunca he visto. Sólo me despertaba cuando mi señor me llamaba para darle placer, y luego me dormía de nuevo y el mundo seguía su curso sin que yo me apercebiera de ello. Sé que luchaba desesperadamente en mi sueño por estar viva, pero al ir transcurriendo los meses, los años, mi lucha fue menguando y decreció mi primera inquietud. He vivido como una rana o un lirio acuático en un charco de aguas estancadas, en un jardín silencioso y desierto, contemplando el sol y mirando pocas veces a mi alrededor. No surgen chispas del pedernal a menos que se le golpee con el hierro y, durante mucho tiempo, mi mente no ha conocido el fuego».

Cuando la caravana se dispuso a partir mucho antes del amanecer, esa fría mañana de otoño, la excitación de Aspasia era tan desmesurada que el corazón le saltaba locamente en el pecho y casi lloraba de alegría. Envuelta en velos, y en una capa abrigadora de lana roja, salió de los muros del palacio conducida por Al Talif, que sonreía al ver sus ojos brillantes como lo haría un padre. Se habían fijado antorchas en los resquicios de los muros exteriores, y estas lanzaban unas sombras

rojizas bajo la brisa mañanera sobre la caravana que les aguardaba. Aspasia miró en torno con ansiedad. Le pareció que un gran número de animales cargados de bultos, camellos, mulas, caballos y burros, se extendía desde el círculo de luz vacilante de las antorchas, hasta el infinito en la oscuridad. Luego escuchó el rumor de hombres y bestias, los chillidos de los camellos, los relinchos de los caballos, las protestas de los burros y la confusión de los preparativos. Hombres vestidos con túnicas largas y manto oscuro llevaban la cabeza y el rostro cubiertos, y corrían de un lado a otro con fardos para cargarlos a lomos de los animales y, mientras se apresuraban febrilmente, charlaban, maldecían y reían, y sus ojos se reían vivaces a la luz de las antorchas. Había en todo ello el ambiente bárbaro típico del desierto; sus voces altas eran rudas e impacientes, y se desgañitaban gritando a las bestias que cargaban o arrastraban. Todos olían espantosamente y ni siquiera el perfume de los jardines tras las puertas, ni el aroma del viento, podían vencer aquel olor a sudor, a cuerpos calientes y sucios, a lana húmeda, a orina y estiércol. Era una especie de podredumbre animal que Aspasia, siempre tan pulcra, encontró ofensiva. Se apoyó con suavidad contra el brazo y el hombro de Al Talif, que lo observaba todo con expresión alerta, rodeado de guardias armados de espadas y lanzas.

Aspasia vio que disponían a los camellos en filas de a cien, uniendo la parte posterior de cada uno al cuello del siguiente con una cuerda, y que todos iban cargados de pesadas mercancías. El jefe, que coceaba inquieto muy cerca, iba adornado con telas de colores, flecos, borlas y campanillas. Un asno, sin carga, había de guiar la larga fila de camellos. Vigilaba la escena filosóficamente y, al ver sus ojos llenos de sabiduría, Aspasia se rió y se lo señaló a Al Talif.

—¡Ah, sí! —dijo este—. Es una criatura muy lista y piensa mucho por su cuenta. No tiene una gran opinión de los camellos, pero estos confían en él. —Dejó a Aspasia, apartó a los guardias y se acercó al asno—: Hamshid —dijo—. Estoy muy orgulloso de ti. Sé que nos protegerás de nuevo.

El asno recibió este cumplido con un grave relincho y se frotó el morro contra Al Talif, que le acarició tiernamente volviendo luego junto a Aspasia. Esta reía tras el velo y sus ojos castaños de pestañas doradas brillaban de malicia.

—Señor —dijo—, juraría que amas más a las bestias que a cualquier hombre o mujer. Él contestó con toda seriedad:

—¿No son honrados y trabajan con laboriosidad? Los respeto. Podrían sobrevivir sin nosotros, pero nosotros no podemos sobrevivir sin ellos. ¿Dónde queda nuestra vana y presuntuosa inteligencia ante esta verdad?

Aspasia quedó desconcertada por un instante. Pensó de nuevo con un suspiro cuan embotada se hallaba su mente, cuan anquilosada y falta de estímulos y conjeturas tras aquellos muros. Decidió no ofender a Al Talif pues el disgusto de su señor aún deprimiría más su espíritu, y ella deseaba saludar de nuevo al mundo con gozo, como el que sale de una prisión gustando, sintiendo, oliendo, tocando, viendo y oyendo. Además, si complacía a su señor, Al Talif se la llevaría quizás a otros viajes,

tal vez incluso a Grecia.

Por primera vez le vio armado; con una espada larga y curva pendiente del cinto. Como los hombres de alrededor, llevaba ropas de lana oscura y una capa pesada, y su turbante iba también asegurado con cuerdas. Una tela basta le cubría la cabeza y la parte inferior del rostro, de tal forma que únicamente se veían sus ojos, que cambiaban de gris a castaño bajo las luces vacilantes; mientras tanto, su mirada vigilaba a los hombres y a los animales.

Aspasia siempre le había visto como un sátrapa aristocrático, en toda su elegancia y esplendor. Ahora era del desierto, como sus hombres, y tenía la agilidad de movimientos de los nacidos en él, la familiaridad con lugares lejanos, con los peligros, las arenas sin fin y las tormentas. «No le conozco —se dijo Aspasia—. Nunca le he conocido». De pronto él la miró y, aunque su rostro quedaba oculto, pudo ver que sus ojos sonreían como si hubiera oído sus pensamientos y estos le divirtieran. De nuevo se apoyó contra él.

Los guardias se hicieron a un lado y Talias se acercó a saludarles. También él iba vestido como Al Talif, pero sus ojos azules se veían alegres y jóvenes sobre la tela que le cubría el rostro, y un mechón de cabellos rubios se distinguía sobre su frente. Miró brevemente a Aspasia.

—Mi propia caravana, señor —dijo—, saldrá mañana. Es muy pequeña comparada con la tuya.

—No necesitas temer a los ladrones en Persia —dijo Al Talif—, aunque eso ya lo sabes.

—Cierto, señor, pero no siempre estaremos en Persia. Ya he sido robado antes.

—Mi querido Damos, viajarás bajo mi protección —dijo Al Talif—. Los estandartes que llevamos son reales, y ni el ladrón más osado entre Persia y Damasco se atrevería a molestarnos. Sin embargo, también nosotros vamos armados, según observarás, por si alguna banda salvaje ignora nuestros estandartes, o no los reconoce.

Los ojos de Talias estaban inquietos.

—Nunca he matado a un hombre.

—Yo he matado a muchos, y no sólo en la guerra. Después del primer asesinato, los otros ya no tienen importancia. —Al Talif hablaba con indiferencia y con cierto desprecio por aquel griego. Sus ojos se tornaron fríos y altivos—. Cabalgarás junto a mí —dijo—. Tengo los más fuertes y nobles caballos de Idumea, cuyo único temor es hallarse ante una yegua irritada.

Talias rió pero aún seguía inquieto. Alzó la túnica como para examinar sus pies y Aspasia vio que llevaba unas botas altas de piel parecidas a las de Al Talif. Luego saludó de nuevo y se alejó. Al Talif le observó ir.

—Nuestro Damos —dijo— nunca ha matado a un hombre, pero me temo que tampoco haya cabalgado mucho. Aspasia dijo:

—Yo no he montado a caballo en mi vida. Le oyó reír.

—¡Mi dulce ruiseñor! —exclamó Al Talif—. Tú viajarás con toda comodidad y protección, como ya te he dicho. No permitiré que el viento, ni la arena del desierto, ni el sol ardiente, dañen tu delicioso cutis. —Alzó la mano, le quitó la capucha y le acarició suavemente el cabello—, ni esta gloria, más querida para mí que los lingotes de oro que llenan las cámaras de mis bancos.

Ella se sintió molesta ante tanta ligereza por su parte y Al Talif lo comprendió y rió de nuevo. Luego dijo:

—Ah, ahí está mi buen Rais, el jefe de la caravana. Él nos guardará y nos llevará, a nosotros y a las mercancías, con toda seguridad, e impedirá cualquier pelea entre mis hombres. Incluso yo debo seguir su consejo en estos viajes y no discutir jamás con él.

Aspasia observó el paso altivo del hombre más alto y delgado que viera en su vida, vestido con ropajes oscuros de lana. Se había retirado la tela que le cubría el rostro y advirtió su delgadez sombría, la ferocidad de sus rasgos, la violencia en sus ojos pequeños y vivos, la rapacidad que inspiraba su nariz aguileña, la crueldad de la boca, casi sin labios. Se inclinó ante Al Talif.

—Todo está dispuesto, señor —dijo.

Su voz tenía la dureza del grito de un halcón.

—Bien, Rais —dijo Al Talif.

Le tocó en el hombro y ambos intercambiaron una mirada de mutuo reconocimiento.

Ahora que había llegado el momento de la partida, el estruendo de hombres y animales llegó al colmo. Era discordante y ensordecedor; sin embargo, Aspasia vio cómo la confusión se tornaba en orden. El ámbar brillante de la luna colgaba sobre la montaña más alta apenas definida todavía, y parecía más bien una nube oscura entre las otras más claras. Pero en Oriente había ya un reflejo azulado. Un grupo de mujeres veladas se acercó a los guardias. Al Talif les hizo un gesto y dijo bruscamente a Aspasia:

—Ve. No tengas miedo.

Dos de las mujeres llevaban antorchas, y Aspasia se unió al grupo silencioso, sabiendo que eran cinco de sus propias sirvientas las que cuidarían de ella. Al Talif no le había explicado cómo viajaría. Le miró de nuevo. Estaba hablando con uno de los guardias y parecía haberla olvidado, como si no tuviera importancia para él. Aspasia no habló a las mujeres. Estas la rodearon y, las que llevaban las luces, dirigieron el camino pasando ante las filas, interminables al parecer, de camellos, mulas, caballos y burros. Las antorchas siseaban y olían a resina caliente. Los hombres ignoraron el pequeño grupo, ya que las mujeres tenían menos valor para ellos que las bestias.

Ahora la caravana no era más que un movimiento difuso en la oscuridad, aunque Aspasia oía gruñidos y quejas y las voces rudas de los hombres. Las mujeres alzaron las antorchas a fin de que ella no tropezara. Alcanzó a ver la cúpula del palacio sobre

los muros, que parecía formada de una neblina pálida bajo la luna y las estrellas. En el interior de esa cúpula había estado prisionera durante largos años. Ahora estaba libre. Un repentino júbilo la dominó, una excitación profunda pues era joven y ahora se la entregaba al mundo que tanto había amado y añorado. Miró en torno con curiosidad; la caravana empezaba lentamente a moverse. La luz de las antorchas permitía ver por un segundo unos ojos, unas formas, las patas musculosas de un animal, unos arneses. Allá al frente se oían las campanillas del camello guía. En algún lugar sonó un cuerno perentoriamente. Las mujeres apresuraron el paso y Aspasia corrió con ellas. Temía que la dejaran atrás.

Llegaron a un grupo de cuatro carretas grandes y amplias, cada una arrastrada por seis caballos negros con arneses de plata y plumas en la cabeza. Eran plataformas enormes y sobre cada una de ellas se alzaba una gran tienda de lana oscura. Sus puertas, también de tela, estaban cerradas ahora. La primera, que era la más grande, guiaba la caravana; un nómada del desierto, con un gallardete en la mano, montaba uno de los caballos.

—Esta es la tienda del señor —dijo una de las mujeres inclinando la cabeza en su dirección.

Incluso los rayos de las ruedas de hierro eran de plata y esmalte. La segunda tienda, algo menor, había sido asignada a Aspasia y dos de sus sirvientas; las otras dormirían en la tercera hasta que se las llamara. Entre ellas, adivinó Aspasia, habla cierto número de esclavas que cantarían, harían música y danzarían. También iban otras mujeres en la cuarta.

Aspasia subió a la plataforma de su tienda acompañada por dos esclavas. Echó a un lado la tela que hacía de puerta, entró y quedó atónita ante lo que veía. Lámparas del cristal más fino, de tono amarillo, estaban fijadas en las paredes, que habían sido cubiertas de lujosas colgaduras de seda bordada con diseños curiosos, flores de mil colores, pájaros, árboles y dibujos formados por hilos de oro y plata que brillaban a la luz de las lámparas. El suelo de la tienda estaba tapizado de alfombras persas, de un colorido no menos brillante, espesas y suaves bajo los pies. Habían colocado mesitas de bronce, cofres, y los famosos almohadones rojos y azules de Damasco sobre los que sentarse, yacer y dormir todos con un fleco de oro, y también cobertores, de lana y seda cuidadosamente doblados para proteger al durmiente del frío del desierto o las montañas. Toda la tienda estaba perfumada con el aroma de sándalo y nardo. Aspasia sintió calor en la tienda, y la fragancia le resultó lánguida y soñolienta. De pronto se dio cuenta de que deseaba dormir, pues había estado durante horas en brazos de Al Talif, temblando de pasión y excitación, y no había dormido nada. Las mujeres le quitaron el velo y sus ropas y la vistieron con una blanca camisa de lino; ella se echó en los almohadones y quedó casi instantáneamente dormida, inconscientemente del hecho de que habían colocado un cobertor sobre ella, y que las demás mujeres se tendían también sobre los almohadones. El movimiento del vehículo y el fuerte aroma inducían al sueño. Aspasia durmió como si estuviera drogada.

Pero despertó al amanecer, tras sólo un breve descanso. Las esclavas dormían y respiraban suavemente con la boca abierta. Aspasia se puso una capa sobre los hombros, echó a un lado la tela que cubría la entrada de la tienda y quedó en el umbral. Miró en torno atónita, y su antigua emoción ante el espectáculo de la belleza regresó a ella de nuevo, como un vagabundo postergado que vuelve a casa alegre y borracho. O como el que ha estado ciego y de pronto recupera la vista.

La caravana viajaba sobre una llanura cubierta de polvo y de piedras, grandes y pequeñas. Pero el cielo, en el Este, era un incendio de colores en el que se fundían el oro y el escarlata, surcado con vetas de un verde esmeralda que semejaba extenderse de un límite a otro del horizonte, lanzando sombras amarillas y púrpuras sobre el terreno ceniciento. Las piedras, en la tierra desnuda, parecían encenderse por un instante y ardían como puntos de fuego. No se escuchaba sonido alguno en aquella magnífica incandescencia de los cielos a excepción del chirrido de las carretas y el ruido de los arneses. Luego, allá en el borde del mundo, la línea vaga del sol inició su ascenso con sus banderas relucientes, y el manto de la noche, que aún dominaba en el cielo, se replegó y se hundió por el Occidente.

Aspasia se sintió poseída del don de la vista por primera vez en su vida. Cogida a los lados de la puerta de la tienda, miraba ansiosamente, y su rostro se iluminaba con aquella grandeza que contemplaban sus ojos, muy abiertos. El viento de la mañana le revolvía los cabellos. Luego escuchó los cascos de un caballo, y junto a la tienda apareció la figura de un jinete negro, como una estatua de hierro que se destacaba contra la inmensidad del cielo. Aquel jinete montado en un corcel soberbio era Al Talif, cuyo rostro cubierto dejaba ver sus ojos vigilantes. No pareció darse cuenta de la presencia de la mujer en el umbral.

«Parece un centauro, y es tan irreal como él», se dijo Aspasia. Cabalgaba junto a la tienda silencioso y ligero, alto y esbelto. Jamás le había parecido tan remoto, tan alejado de ella, tan extraño, tan dominador. Sintió temor y también orgullo. Al Talif rozó al caballo con la fusta y el animal saltó hacia delante como si volara, más que corriera, como un Pegaso, y hombre y bestia desaparecieron. Una sensación peculiar de soledad y melancolía dominó a Aspasia, que regresó a sus almohadones, pero no para dormir.

Se detuvo la caravana. Aspasia se levantó y con ella las mujeres, refunfuñando. Retiró la cortina de la puerta y vio que se habían detenido en un oasis verde, plagado de palmeras. Los hombres hablaban a gritos y llenaban grandes cubos de agua para caballos y camellos. Un polvillo fino y dorado flotaba bajo el aire cálido pues el sol había salido ya por completo y el calor golpeó en las mejillas de Aspasia como un bofetón ardiente. Ignoraba si debía quedarse en la tienda o salir. Sus sirvientas se acercaron, la vistieron, la cubrieron con el velo y el manto y luego, inclinándose, le indicaron que debía seguirlas. Salió, pues, de la tienda y bajó a tierra tras las mujeres. Al hacerla vio a una vieja, también vestida de oscuro y con velos, que arrastraba con firmeza a una niña de la mano. La carita infantil estaba cubierta de cremas para

defenderse de la luz ardiente, y la pequeña parecía desconcertada y asustada. Apenas tendría más de diez años. Llevaba una túnica blanca y azul, y los cabellos tenían el color del vino oscuro. Quería retroceder, y en cierto momento la vieja la riñó impaciente y dijo algo en una lengua que Aspasia desconocía, una amenaza sin duda. La niña se echó a llorar en un lamento desgarrador; luego, inclinando la cabeza, obedeció.

Ambas se acercaron a la tienda de Al Talif y entraron. Los hombres que compartían la tienda con su señor salieron de ella y bajaron a tierra, yéndose al manantial. El corazón de Aspasia se llenó de cólera y desesperación. Sus sirvientas le indicaron que las siguiera, pero ella se detuvo. Las otras aguardaron pacíficamente. Entonces escuchó Aspasia un gemido ahogado de agonía en el interior de la tienda de Al Talif, y apenas pudo dominarse para no correr hacia allí. Se sentía asqueada. En la tienda, la niña chilló de nuevo como un animal atormentado, después se escuchó el bofetón brusco de una mano masculina contra la carne infantil y los gritos disminuyeron transformándose en gemidos de tormento. Ahora se oyó la voz de Al Talif, que hablaba en tono impaciente.

«Pero yo siempre lo supe —se dijo Aspasia—. ¿Desconoces acaso el destino de las jovencitas, de las niñas del harén?». Sin embargo, no había oído aquellos gritos de impotencia hasta ahora. Se sintió vencida por la piedad y la humillación. Sólo hacía pocas horas el cuerpo de Al Talif había yacido junto al suyo, abrazado por ella, y él había hablado con voz cariñosa, diciéndole que era la luz de su vida, su luna, su lirio, su cisne, su paloma. Pero ¿no solía decir Targelia a sus doncellas que los juramentos de un hombre, sus promesas de amor eterno y su devoción, eran todo mentiras y sólo pretendían engañar a la mujer del momento y adormecer sus sentidos? ¿No las había prevenido de los peligros de enamorarse, que equivalía a una rápida destrucción? La mujer enamorada se convertía en la víctima de la indiferencia brutal del hombre, de sus engaños y traición. «Le odio —pensó con rabia profunda—, y sobre todas las cosas le odio por lo que está haciendo con esa niña inocente».

Trató de endurecer su corazón. Vio que las mujeres oían también los ruidos que provenían de la tienda del señor, pero no le daban importancia. Las siguió hasta el área reservada para el descanso de las mujeres en el oasis. Le trajeron agua fría. Colocaron ante ella un mantel de lino sobre la hierba verde y fresca y en él dispusieron una jarra de vino, cordero, fruta, pan, queso, alcachofas en aceite y un jarro de leche de cabra espumeante. Todas las mujeres, en gran grupo, se sentaron en torno a ella en círculo, murmurando. Se habían quitado los velos, después de tender un toldo a su alrededor para protegerse de las miradas de los hombres. Aspasia, como favorita del señor, estaba aislada, pero vigilada y servida. No podía comer. Sólo quiso beber agua. «Soy ridícula —se decía—. Desde el principio supe bien lo que él era. Sabía que era implacable y cruel, aunque también amable, intelectual y lleno de poder. Sin embargo, me engañé creyéndole superior a otros hombres en apetitos y pasiones. ¿No me lo había avisado ya Targelia? ¡Ah!, en sus brazos he sido como

cera blanda, he creído en sus juramentos y he gozado en sus brazos. Al Talif nunca me engañó. Yo me engañé a mí misma, porque lo deseaba así. Sin embargo, a partir de este momento, eso ya no ocurrirá más». La dominó una súbita sensación de fuerza, que hizo disminuir su desesperación. Empezó a pensar. ¿Podría huir como huyera Talias de casa de Targelia? ¿Conseguiría llevarse con ella todo el oro y las joyas que Al Talif le diera, e ir a Grecia? ¡Ah!, ella era mujer, y una mujer que viajaba sola corría graves peligros. «Pero soy fuerte —se dijo—, pues los atletas me enseñaron el arte de la defensa en casa de Targelia, y no vacilaría en matar si fuera preciso». Sus pensamientos la abrumaron y confundieron al comprender la situación de las mujeres en el mundo actual. Entonces pensó en Talias. Él había jurado protegerla si alguna vez necesitaba su ayuda. Le debía mucho y era de natural benévolo, y la había amado, aunque sólo fuera por una noche. Sin embargo, ¿hasta qué punto podía confiar una mujer en un hombre? La voz cínica de Targelia resonaba aún en sus oídos: «Toma y toma; coge todo lo que puedas mientras el hombre se sienta encantado contigo, y luego, con el alma y la mente intactas, déjale por otro que te cubra de regalos. Si un hombre se casa contigo ya es distinto, pues, a sus ojos, una esposa —traicionada o rechazada— sigue siendo, en lo más profundo parte de él mismo, y debe recibir cierto honor y responsabilidad. En eso consiste el ego masculino. Pero, fuera del matrimonio, la mujer no tiene más protección que la que ella misma se procure. Recuérdalo siempre, Aspasia. Porque, si lo olvidas, ese olvido será tu mayor peligro».

«Debo utilizar a Talias en mi provecho», se dijo Aspasia. Ahora se le acercaron las mujeres instándola en silencio a que comiera. Agitó la cabeza.

«Si la mujer pudiera llegar a ser tan dura, cruel e implacable como el hombre, tal vez prosperara. Pero ¡a qué precio paga su feminidad, su alma, su ternura, su suavidad y su compasión!». Los ojos de Aspasia permanecían secos, pero lloraba en su interior. «Estoy segura —pensó en su dolor— de que habrá hombres que dediquen con sinceridad su pasión y afecto a una mujer, y la honren y respeten aunque sigan haciendo su propia vida en el mundo de los hombres. El amor no tiene por qué ser sólo lujuria para todos los hombres...».

El grupo de gentes retornaba ahora a la caravana entre un estruendo infernal y Aspasia se levantó con las mujeres. Un profundo cansancio la dominó, un gran abatimiento. Mientras pasaba ante la tienda de Al Talif, se alzó la tela de la entrada y salió la vieja llevando de nuevo a la niña de la mano. Esta caminaba vacilante como un corderito herido, inclinada y llevándose las manitas a la parte inferior del cuerpo. Aspasia no pudo controlarse. Corrió junto a la niña y la abrazó, entre el asombro de las mujeres. Acercó la cabecita oscura a su seno y murmuró palabras de consuelo, y la niña se aferró llorando a ella como hubiera hecho con su madre. Entonces apareció Al Talif sobre la plataforma, ajustándose el cinturón.

Aspasia alzó la mirada y él vio el brillo relampagueante de sus ojos, que reflejaban su asco y su odio. Pero no dijo nada. Ni siquiera se encogió de hombros.

«Sí, soy estúpida —pensó Aspasia—. ¿Qué significa para él esa niña o cualquier mujer?». Acarició con dulzura el cabello de la pequeña y se la devolvió a su guardiana. Al Talif saltó de la plataforma y se dirigió hacia sus hombres, y Aspasia lo observó ir. Ni siquiera la despreciaba, y eso era lo peor de todo. Había entrado en este mundo por consentimiento propio, o más bien por el de Targelia. Había sabido desde el principio que, para Al Talif, era tan sólo una mujer.

«¡Por Cástor y Pólux —juró Aspasia solemnemente— que volveré a ser dueña de mí misma y, a partir de ese instante, jamás un hombre volverá a engañarme! Yo le engañaré como ha hecho él con otras mujeres, pues una mujer siempre es más astuta que un hombre».

«¡Ah!, pero sin duda en este mundo difícil ha de existir el amor verdadero entre un hombre y una mujer, y la dignidad, y el orgullo. He de encontrar a un hombre así, aunque tenga que recorrer el mundo entero». Y se sintió vencida por el dolor.

No sabía que Al Talif la amaba; que para él, las otras mujeres eran únicamente una diversión y una necesidad y, sobre todo, una novedad. Al Talif se había dado cuenta de su repulsa y su disgusto, y estaba encolerizado. Aspasia llevaba viviendo más de tres años en su casa, donde pudo aprender muchas cosas, pero aún seguía ciega, terca y negándose a comprender. De nada había servido hablar durante tantas horas. Deseaba acercarse a ella y retenerla entre sus brazos... sí, a pesar de que todavía estuviera manchado del sudor y la sangre de aquella niña sin nombre. Pero Aspasia no lo entendería, aunque fuera una hetaira. También él sentía dolor, además de cólera. Ella jamás comprendería que la amaba, y él no se atrevía a convencerla de ello. Entre hombres y mujeres, si bien hablaban el mismo lenguaje, se abría un abismo imposible de atravesar, basado en su naturaleza y en su misma vida.

Mientras las mujeres dormían en el calor de la tarde, Aspasia escribió a Targelia utilizando el estilo y la tablilla que llevaba consigo en uno de sus cofres:

«Saludos a Targelia, más querida que una madre.

»En estos años, mi dulce amiga, no nos hemos relacionado, pues no se me habría permitido enviar ni recibir nada. No he sido desgraciada en mi nueva situación. En realidad he disfrutado de mucha felicidad. Pero ahora encuentro estas circunstancias insoportables. He pensado establecer una escuela para niñas en Atenas, pero no una escuela para cortesanas. No te rías, querida amiga y madre mía. Sé que no lo harás, pues siempre supiste lo que había en mi alma, incluso de niña, y conociste mi rebeldía contra la degradación de las mujeres. En Persia esta degradación es mucho peor que en Mileto o Grecia. Con seguridad que tú lo sabes, pues, ¿acaso no lo sabes todo? Pero basta. Te envío esta carta gracias al amable ofrecimiento de un tal Damos de Damasco, un rico mercader. Te imploro que ayudes a la que amaste tan tiernamente cuando era una niña en tu casa. Tan pronto me sea posible iré a ti y a mi antiguo palacio; mientras tanto tú me buscarás una casa en Atenas donde pueda vivir y establecer mi escuela. Que Hermes, el dios del yelmo y los pies alados, haga que esta misiva y tu respuesta lleguen velozmente a través de Damos de Damasco, que vive en la calle llamada Recta. Nunca te he olvidado, ni a mis hermanas, y anhelo abrazarte y refugiarme en tus brazos como una hija amada para llorar y contarte mi historia. Te encomiendo a la protección de Atenea Partenos, a la que siempre has honrado y adorado».

Lloraba al firmar y sellar la carta; luego se la guardó en el pecho. El paso siguiente era más peligroso, y el corazón le latía temeroso al imaginario. Miró a sus esclavas; aún dormían. El calor en la tienda era casi insoportable, aunque el crepúsculo ya estaba cerca. Se echó el velo por la cara y, en silencio corrió la puerta de la tienda y permaneció sobre la plataforma mirando con cautela en torno, moviéndose a la vez que la enorme carreta. Los hombres que montaban los caballos iban medio dormidos en la silla, y el estandarte sostenido por uno de ellos se inclinaba bajo la luz brillante. Aspasia dio la vuelta a la tienda hasta la puerta posterior y encontró, como esperaba, un estrecho espacio de la plataforma cubierto de arena y polvo. Allí se sentó en cuclillas aguardando la aparición de Talias, que cabalgaba a intervalos con Al Talif y en ocasiones solo.

El cielo occidental, en toda su extensión y colorido, era todavía más maravilloso que el amanecer, y la tierra desnuda parecía roja bajo los rayos del sol poniente, que se destacaba como un enorme globo de fuego en el horizonte. En la lejanía se divisaba una cordillera de montañas, como dientes negros y rotos. De pronto apareció un espejismo en el desierto, el espejismo de una hermosa ciudad blanca, con torres, torrecillas y muros dorados. Tan clara era la visión, tan llena de detalles bajo la luz ardiente, que Aspasia quedó casi convencida de que la tenía al alcance de la mano. Un instante después había desaparecido.

Sostenía el velo ante su rostro para protegerlo del sol. Escuchó el sonido de unos cascos que se aproximaban y, dando gracias a los dioses, comprobó que el jinete era Talias y que iba solo. Él la vio sentada allí, en la plataforma, y tiró de las riendas asombrado. Aspasia retiró el velo y se llevó un dedo a los labios implorando silencio. Dándole al caballo con los talones, Talias se aproximó un poco más. Sus ojos azules estaban inquietos, y miraba con suspicacia a su alrededor. Al ver el hermoso rostro de Aspasia, tan pálido ahora y cubierto de lágrimas, su corazón generoso se conmovió, aunque temía a Al Talif. Se inclinó desde el caballo y dijo con voz apagada:

—¿Qué ocurre, Aspasia?

Se levantó para hablarle de cerca. El aliento del caballo era cálido y seco contra su mejilla, y podía verle los grandes dientes blancos. Tendió la carta a Talias, que la ocultó rápidamente, y susurró sobre el rumor de los cascos:

—Envíala antes de llegar a Damasco, querido Talias. He pedido que manden la respuesta a tu nombre a esa ciudad.

Miró él la carta, vio a quién iba dirigida y se asustó:

—No temas —dijo ella—. No te he traicionado, querido Talias. He dado tu nuevo nombre a Targelia y la dirección de tu casa en Damasco. —Le miraba con súplica desesperada—. Ayúdame —le rogó, uniendo las manos contra su pecho—. Ayúdame como yo te ayudé, pues estoy en peligro.

Arqueó él las cejas asombrado, pero Aspasia asintió.

—Soy menos que una esclava —dijo.

Y pensó: «Sí, soy peor que una esclava, pues voy a huir de un amor que me

devora y que, sin embargo, desprecio». Sus grandes ojos castaños, tan llenos de luz, tan brillantes, se fijaron en Talias con tal desesperación y dolor que él olvidó su miedo; Se introdujo la carta bajo la túnica y sus ojos sonrieron a la muchacha con una promesa. Clavó los talones en los costados del caballo y el animal se alejó de un salto.

Aspasia, sentíase débil y agotada. Talias no había respondido a su suplica, pero sabía que podía confiar en él, pues era un hombre cauto. Se sentó de nuevo en la plataforma echando mano de todas las fuerzas de su espíritu. Finalmente se levantó y, a la luz sangrienta del crepúsculo, volvió a entrar en la tienda. Las mujeres se agitaban y bostezaban sobre los almohadones.

Al Talif no envió a buscarla esa noche, ni la siguiente, y Aspasia no supo si sentirse aliviada o dolida. Le deseaba con un ansia terrible, y comprendía que eso era exactamente el principio del dolor, de las tinieblas del sufrimiento y del recuerdo. Pero su resolución seguía en pie.

La caravana ascendía lenta y pesadamente hacia la gran meseta superior entre los valles del Tigris y el Indo, que formaban una llanura inmensa rodeada de montañas, alimentada por los ríos Tigris y Éufrates y dividida en parte por un desierto. El aire de la meseta era frío y las montañas estaban coronadas ya por las primeras nieves. Aquí, en este ambiente salvaje, vivían leones y tigres, linceos, lobos, hienas, chacales, jabalíes, puerco-espines, tejones, liebres, garduñas y comadrejas y sus gritos se oían en coros chillones durante toda la noche en los bosques o en la llanura. El día se poblaba con los penetrantes cantos de los pájaros, que abundaban en gran variedad. A veces se encontraban allí gatos persas extraños y hermosos que, domesticados, constituían el orgullo de las damas en las ciudades, pues les encantaba acariciados, peinarlos y susurrar palabras dulces ante aquellos ojos azules y misteriosos. Los ríos rebosaban de salmones, esturiones, arenques, percas y bremsas, especialmente en los estuarios.

La meseta bullía de vida salvaje, de bestias y aves, y en ella vivían también grupos de gentes, aquellos «campesinos viriles y esforzados, sanos y valientes» de los que hablara Darío con tanta admiración y orgullo, y que personalizaban en su opinión todo cuanto había de recio y digno en una nación. «Cuando esos campesinos se transforman en gentes de las ciudades y se corrompen con la civilización, muere la nación y todas las virtudes que surgían de la tierra de labor, el aire libre y los bosques». También hablaba así de ellos lleno de orgullo: «Son persas, hijos de persas, arios, de la raza aria; ¿no hemos de heredar los arios la tierra? Nosotros provenimos de una raza masculina». A lo que varios filósofos y militares griegos habían contestado con ironía: «A nosotros los persas nos llaman afeminados, ¡ellos, que se pintan los labios de rojo!, pero fuimos nosotros quienes les derrotamos con nuestros arcos y nuestras fuerzas “afeminadas”. Los griegos fuimos los que iniciamos la destrucción de aquel imperio insaciable».

Sin embargo, un filósofo persa dijo a su vez en respuesta: «Empezamos a decaer cuando construimos ciudades enormes y olvidamos a nuestros dioses. El aire de una ciudad está podrido y sus templos corrompidos. Pues las ciudades no constituyen la verdadera morada de una raza gloriosa, sino su tumba».

Aunque estuviera sola, aislada y casi ignorada, Aspasia vivía ahora la extraña sensación de despertar de nuevo a la vida, de existir, de formar parte otra vez de la existencia como si despertara de un sueño, de seguir formando parte del mundo, con sus paisajes y sonidos, sus cambios constantes y su vitalidad, sus rumores, sus imponderables; todo ello aumentaba su interés a pesar de la tristeza que le embargaba. Así se había sentido cuando dejara el refugio de la casa de Targelia, pero

ahora, en mayor medida —ya que en el palacio de Al Talif había vivido realmente prisionera— experimentaba un gozo creciente, el brillo de la esperanza, por débil que fuera, aunque estuviera acompañada del dolor. Se decía a sí misma parafraseando a un filósofo griego:

«Observo, luego existo». Recuperaba lentamente la vivacidad natural de su carácter, como vuelve a la vida un miembro largo tiempo sujeto con vendas y que de pronto queda libre.

Seguía esperando la llamada de Al Talif, pero ya había menguado en ella la desesperación sombría que en otro tiempo la abrumara. Había momentos en que incluso podía olvidar y observar las montañas y ríos, los bosques y valles, llanuras, acantilados, estanques y cataratas, con creciente asombro. A menudo echaba a un lado la tela que cubría la puerta de la tienda y permanecía allí mirándolo todo como una criatura liberada, admirando lo que jamás antes contemplara. En una ocasión vio una migración gigantesca de mariposas en el aire radiante, captando la luz del sol en sus alas rojas, negras y doradas, subiendo y bajando como el chal de colores de la India que Al Talif le regalara una vez. Otro día observó la danza de los pájaros contra un amanecer de plata, y quedó inmóvil, abriendo los brazos como si fuera a alzarse y unirse a ellos. A su alrededor surgían los aromas, fragancias y olores de un nuevo mundo, lejos de la opulencia y los perfumes pesados, la monotonía y el lujo inmóvil. La hierba verde y fresca; árboles oscuros cuyos nombres ignoraba... grupos de flores amarillas, rojas, azules y blancas; arroyos brillantes e inquietos, como Mercurio; cataratas rugientes que agitaban el aire puro y retumbaban bajo las ruedas de las carretas; amaneceres y crepúsculos de majestad incomparable; cordilleras de montañas verde ocre, incluso rojas al avanzar la estación; ríos que reflejaban la luz del sol como fuego blanco, y en ellos, islas cubiertas de penachos que semejaban plumas de avestruz; cavernas de negras bocas... todo eso contemplaba Aspasia con creciente deleite y gozo. Las voces que escuchaba; de hombres, bestias y pájaros, le eran totalmente desconocidas; el aire estaba impregnado de olores a resina, a vegetación fría, a piedras, frías también, y a agua helada. Le parecía respirar cristal líquido y brillante, y no aire, y a veces le dolían los pulmones por su pureza y dulzura sorprendentes, y le lloraban los ojos. Entraba ahora la caravana bajo la inmensa bóveda de los bosques y Aspasia se quedaba atónita ante aquellos arcos vivos que los cubrían, ante las columnas que se movían con lentitud a su paso. Comprendía por primera vez que había una diferencia sutil entre conocimiento y comprensión. El primero podía enseñarse; la segunda era un don del espíritu. Ahora tuvo repentinamente una comprensión nueva de la vida y de Dios, y se sintió llena de agradecimiento. En una ocasión, al ver un río estrecho color oro entre orillas oscuras, y otro como una vena púrpura manchada de fuego, apenas pudo dominar su gozo y su adoración.

De nuevo tenía plena conciencia de ser joven y estar viva y de poder contemplar tantas maravillas en constante cambio. La frágil esperanza comenzó a crecer en ella.

«Esto es lo que los hombres temen en las mujeres —se decía—. Temen que, si las mujeres nos libráramos de la sujeción y dominio del hombre, veríamos el mundo y deseáramos formar parte de él y no vivir únicamente en una situación de servidumbre, víctimas de las pasiones, sino como miembros de la humanidad. Así debe sentirse un esclavo al descubrir que en su corazón es libre a pesar de las cadenas; y así debe sentir temor el amo al comprender que, aunque pueda controlar el cuerpo de su esclavo, es incapaz de dominar su espíritu».

Su resolución con respecto a la libertad definitiva crecía de hora en hora. Era a media noche, durmiendo sola y rodeada del más profundo silencio, cuando le atormentaba el anhelo y sus lágrimas humedecían los almohadones de seda.

Una noche la caravana se detuvo en un refugio situado en una llanura extensa bajo la amplitud de los cielos. Este refugio de caravanas estaba amurallado; en su parte superior tenía estrechas aberturas, pero en la inferior apenas corría el aire. Era de forma cuadrada, con una edificación interior rodeada de almacenes. Una de las murallas se destinaba a los dormitorios. El patio estaba descubierto y había en él una fuente y un pozo, para hombres y bestias. Sólo tenía una entrada, lo suficientemente alta y ancha para dar paso a los camellos, guardada por puertas y verjas. Sobre el suelo se levantaban unos refugios de piedra. Podían guarecerse allí gran número de camellos, caballos y mulas, aliviados de su carga para pasar la noche. En el segundo piso había cubículos similares a los de la planta baja para los jefes de las caravanas, ya que los conductores dormían abajo.

Guardias expertos patrullaban por el refugio; y recibían alimentos de los dueños de las caravanas, y eran tratados con respeto, ya que la seguridad de todos dependía de su vigilancia y su valor.

Aspasia contempló el paso de los camellos, hombres, caballos y mulas, aunque las cuatro tiendas no entraron. Sólo les quitaron los caballos y los llevaron al interior para pasar la noche. La guardia personal de Al Talif quedó también en el exterior y, envolviéndose en sus capas tras la cena —guisada en el patio, sobre unas hogueras— durmieron sobre la fría hierba con la espada en la mano. Un centinela permanecía de guardia. La caravana entera se entregó al sueño y ya no hubo más sonido que el grito de los pájaros nocturnos, el rumor de las hierbas y los mirtos, robles y sicomoros, y las coces ocasionales de un camello o un caballo inquietos dentro de los muros. El gran misterio de la oscuridad cubría a todos los durmientes, y la luna plateada subía entre las estrellas del cielo. Aspasia pensó en la diosa Artemisa, que ascendía siempre serena y alerta, con el escudo brillante sobre el brazo.

Sus esclavos dormían y bajó de la plataforma para contemplar extasiada el firmamento. Una densa sombra púrpura cubría la llanura a pesar de que, hacia poniente, todavía ardía un débil reflejo cuando el sol arriaba sus últimas banderas. En ese momento, mientras lo miraba, Aspasia divisó un rayo de un verde brillante en el horizonte y el sol abandonó definitivamente el cielo. El silencio y la oscuridad aumentaron, y la luna se hizo más resplandeciente y clara. Pero eran las estrellas lo

que más alegraba el corazón de Aspasia, pues podía verlas libres de la niebla del océano y del polvo amarillento de Mileto.

Jamás había visto tanta grandeza, una majestuosidad tan impresionante como la que ahora se le revelaba en el cielo. Había pensado que las estrellas eran blancas, a excepción del pálido tono rojizo de Marte, pero ahora advertía que eran de todos los colores brillantes, ámbar, azul, cereza, topacio, rosa, rubí, heliotropo, y también de un blanco refulgente. Eran gigantescas y parecían lo bastante cerca como para cogerlas cual dátiles maduros, y algunas dejaban una estela de fuego a su paso. Se dijo que aquella panoplia incontable de reyes debía ir acompañada por séquitos con trompetas, y que el mundo entero había de resonar con su música y que todos los hombres debían de caer de rodillas y enterrar la cabeza en el polvo por si su mirada les ofendía.

«Estaría contenta si hubiera nacido para contemplar este esplendor con mis propios ojos. Me basta con vivir, aunque solo sea una hora con tal de verlas; la muerte después de esto, no será nada. ¿Qué obra del hombre podría compararse con ellas; qué música terrena hacerles honor? ¿Qué plegaria sería suficiente?».

Oyó entonces a su lado la voz de un hombre, grave y solemne: —Los cielos declaran Su gloria y el firmamento muestra la obra de Sus manos. Se sobresaltó violentamente y vio una figura alta y envuelta en un manto con capucha. Luego el hombre habló de nuevo: —¿Qué es el hombre para que Tú pienses en él, y el hijo del hombre para que Tú le visites?

—Al Talif —susurró, y se llevó las manos al pecho. Se puso en pie sobre la hierba y tembló; se acercó a ella y extendió la mano. Aspasia la tomó en silencio. Al Talif la atrajo hacia sí y ambos permanecieron juntos contemplando aquel espectáculo increíble sobre sus cabezas, y Aspasia se sintió invadida por un gozo tumultuoso.

—Así preguntan los judíos a través de uno de sus poetas —dijo él sin dejar de mirar al cielo.

Sus dedos cálidos y fuertes se posaron sobre los de Aspasia, llena ahora de contento. Toda su cólera, su asco y su dolor quedaban olvidados. Al Talif se había acordado de ella. Entonces se dijo: «¡Ah, el corazón femenino! Eso es lo que nos traiciona y echa por tierra todas nuestras resoluciones. En cambio, el corazón del hombre nunca es traicionado así. Cuando un hombre abandona a una mujer, la olvida para siempre. Pero el espíritu de nosotras, las mujeres, se inunda con las aguas amargas de nuestras lágrimas y, aunque lleguemos a amar de nuevo, perduran nuestros anhelos secretos».

Era consciente de que Al Talif, a la sombra de la capucha, la miraba tiernamente como si se hubieran separado la noche anterior entre fervorosas declaraciones de amor. La revelación de la gloria de Dios que se extendía sobre ellos, quedaba ahora velada para Aspasia por las lágrimas, de modo que todo se convirtió en un prisma de colores confusos y movedizos a través del líquido salado de sus ojos.

Los hombres dormían muy cerca enrollados en sus mantas, y un centinela pasó

dirigiendo una mirada respetuosa hacia el hombre y la mujer. Al Talif dijo:

—Sobre nosotros está la Vida del Mundo, el *Ánima Mundi* de los griegos. Él es la Vida de todos los hombres, sin importar la religión que profesen, y Su dominio está en todos ellos, por encima de las circunstancias. El taoísta dice:

«Según te estimes a ti mismo, así debes estimar a los demás». El indio dice:

«Esta es la suma del Deber; no hagas a los demás lo que te dolería que te hicieran a ti». Los judíos han dicho: «Lo que es malo para ti no lo hagas a tu prójimo». En muchas cosas difieren casi todas las religiones..., pero no en esto. Es la Ley. Así lo han dicho Zoroastro y Mitra... es la Ley.

Miró al cielo con una adoración casi humilde. Pero Aspasia no pudo por menos de decir:

—La Ley, entre los hombres, no funciona cuando se aplica a las mujeres. Él respondió:

—Tú mi blanca paloma, jamás comprenderás.

—Me han enseñado, Al Talif, que esa es la respuesta invariable que dan los hombres a las mujeres, y que carece de significado incluso para ellos mismos. Sin embargo, siguen pronunciando esas palabras estúpidas tanto como disculpa por sus atrocidades como para confundirnos.

Se dio cuenta de que él sonreía, aunque sintió la presión de su mano sobre la suya.

—No resulta agradable que una mujer refute a un hombre con sus propias palabras Pero yo te amo, a pesar de tu lengua afilada.

«Entonces he sido perdonada —se dijo Aspasia con una mueca de amargura por esta nueva ofensa—. Pero así son los hombres. También eso me lo han enseñado».

De nuevo veía ahora el cielo con claridad y ambos lo contemplaron en un silencio más significativo que las palabras. Al fin dijo Al Talif:

—Hombres y mujeres hablan lenguajes distintos, como ya me has dicho antes, amor mío, a pesar de que utilicen las mismas palabras. Eso es nuestra maldición o tal vez una merced del cielo. Cuando yo hablo de Dios es con la conciencia plena y terrible de que debo merecer que Él tenga conciencia de mí. Pero cuando las mujeres hablan de Dios es para importunarle pidiéndole favores y con la confianza soberbia de que Sus oídos estarán siempre abiertos para ellas y que Él incluso se sentirá agradecido de que Le recuerden. Pero basta. Vivamos la vida del modo más inocente posible... aunque fallemos de continuo. ¿Quién sabe si también nuestras intenciones pesan ante Él, y Él las comprende?

Se dejó caer de rodillas repentinamente e inclinó la cabeza hasta el polvo y la hierba, quedando así inmóvil, y Aspasia le observó maravillada agitando la cabeza ante tanta complejidad. Pero el amor que sentía por Al Talif era como fuego salvaje y renovado en su corazón y a él cedió. ¿Era posible amar aun sin llegar a comprender? ¿No habla dicho un filósofo: «Ama o perece»? Por tanto Eros, como la Justicia, debía seguir ciego y perdonar siempre.

Al Talif se levantó. La capucha caída dejaba ver ahora su rostro muy conmovido, aunque sereno. «¿Sería posible —pensó Aspasia— que el Dios de los hombres y el Dios de las mujeres fueran dos Deidades distintas?».

Extendió él de nuevo la mano y ella la tomó; Al Talif dijo:

—Ven —de modo que Aspasia le acompañó a su tienda, se acostó junto a él y le devolvió sus caricias.

En medio de tanta pasión se maravilló una vez más ante la perfidia del corazón femenino, que perdonaba todas las atrocidades cometidas contra ellas, pues las mujeres amaban y no podían dejar de amar.

Antes de separarse al amanecer Al Talif dijo, como si su conversación no se hubiera interrumpido:

—Para desarrollarse, los imperios y los hombres han de crecer espiritual e intelectualmente; de otro modo mueren. Eso es lo que enseñan Dios y la naturaleza a todos los seres vivientes. Cuando lo olviden se extinguirán, y sólo los buitres, los lobos y las bestias salvajes, heredarán la tierra.

Fue con ella a la puerta de su tienda y miró hacia el Este con expresión inescrutable. Una gran corona de fuego se alzaba lentamente, y Aspasia comprendió que ya la había olvidado en el misterio de su propio ser. No se sintió contenta, pero tampoco ofendida. Sentíase sobre todo desconcertada y ahora recordó lo que Targelia decía a sus doncellas: que era imposible que los sexos llegaran a conocerse. ¿Sería quizá que encarnaban ese principio de que ningún hombre puede comprender a otro y que todos los seres humanos estaban encerrados en su propia carne como el árbol se halla encerrado en su corteza, tanto si eran hombres como mujeres? Así como el hombre jamás podría comprender a Dios, también era posible que ninguna criatura humana llegara a percibir con toda claridad las razones y el ego de sus congéneres.

Sólo había una virtud por encima de todas las demás: la compasión, pues era superior incluso a la comprensión, que podía arrastrar a un juicio severo; y el juicio pertenecía a Dios, y era Su prerrogativa.

La caravana llegó a la antigua ciudad de Damasco a última hora de la tarde, justo antes del crepúsculo. Aspasia creyó ver que la ciudad amurallada se acercaba a la caravana y no al contrario. Sus muros eran dorados y brillaban a la luz del sol poniente y, mirando por encima de ellos, se distinguían relucientes torrecillas, torres altas y esbeltas y cúpulas iluminadas contra un cielo color heliotropo. Allí les esperaba el «Mercado del Desierto», según la llamaban los mercaderes, famoso por su vino de Hebrón, sus telas delicadas, frutos secos, damascos, sedas exquisitas como telas de araña de muchos colores, púrpuras de Tiria, almohadones con flecos de oro y plata, obras de trabajo complicado en cuero, filigranas de oro y plata, esmaltes, maderas incrustadas, sus maravillosos brocados, sus armas inigualables de acero damasquino, sus obras de arte en cobre y bronce, y la famosa calle cubierta llamada Recta, donde vivían los ricos mercaderes y florecían las tiendas y bancos, mercadillos, fuentes y posadas. Esta calle, partiendo de la Puerta de Damasco, la cruzaba de Este a Oeste y pocos eran los que no habían oído hablar de sus maravillas, su opulencia y riqueza, su comercio y su poder. Más antigua que el recuerdo del hombre, Damasco había sido asaltada muchas veces por el enemigo: egipcios, israelitas, asirios y otros, pero sobrevivía y pronto se la llamó «inmortal».

Era una ciudad fogosa y latente de vida, una joya del desierto, calurosa, polvorienta, con calles estrechas y puertas en arco, decorada con colores chillones, a la vez perfumada y maloliente, con el suelo de piedras pulido por incontables sandalias y botas, rebosante de hombres y camellos una ciudad que nunca dormía, iluminada siempre por las antorchas de noche y bajo una luz cegadora a mediodía, inquieta, ambiciosa, sofisticada, cínica y presumiendo de los mejores artistas y artesanos del mundo en notable profusión. Sobre todo ello dominaba el aroma de las especias calientes, de las piedras ardientes, del estiércol y orina de hombres y bestias; había en ella palacios de un esplendor oriental como no se veían en ningún lugar del mundo y callejuelas ruidosas y nauseabundas y mendigos, ladrones, poetas y dioses —figuras aladas de Baal, y deidades femeninas— que contaban con sus adoradores en un ambiente de tolerancia extraordinaria. Era una ciudad desconcertante, aunque no tuviera la grandeza de otras, excitante y excitable, vacilando siempre bajo el polvo amarillo que corría sobre ella, incandescente al sol en ocasiones como lenguas de muchas naciones y razas, y todos se apresuraban a pesar del calor, adelantando el rostro como si desearan correr más que caminar. Había mujeres por todas partes cubiertas con velo, en los puestos donde vendían flores y golosinas, platos de carne y arroz, y vino, telas, verduras y frutas, queso y adornos, y sus gritos y peleas agudas eran más chillones que las quejas de los camellos, caballos y mulas que siempre se

tropezaban en las calles cuando las caravanas entraban y salían. En casi todas sus calles había una posada, pobre o lujosa, para viajeros y mercaderes. Se veían rostros de todos los matices, del más puro blanco al negro más brillante del etíope o nubio.

La Puerta de Damasco, de bronce, fue abierta rápidamente por los guardias que reconocieron los estandartes ilustres que llevaba la caravana de Al Talif. Sobre el arco de la puerta ondeaban alegres banderas y en el punto más alto había una estatua de piedra de una criatura ambigua, medio león y medio mujer, alada y coronada, de rostro hermoso y majestuoso. Aspasia lo miraba todo encantada cuando la caravana cruzó lentamente la puerta y entró en una calle estrecha y en pendiente con muros a ambos lados. En la parte superior de los muros paseaban gentes que esperaban el aire más fresco del atardecer comiendo golosinas, discutiendo, riendo, mirando con curiosidad la caravana, bromeando y escupiendo. Aspasia escuchaba música que surgía de todas partes, música extraña a sus oídos. Había pensado que las plazas del mercado de Mileto y Persia eran insoportablemente ruidosas. Pero ahora las juzgó mudas en comparación con el estruendo que la asaltó, el estruendo de una ciudad superior a todo lo imaginado. Mientras la caravana seguía su camino por la calle, hombres y mujeres de túnicas de colores se refugiaban en los huecos de los muros. Cuando el sol se hundió en el horizonte empezaron a brillar las antorchas en esos huecos, y los faroles iban inquietos de un lado a otro como estrellas innumerables.

Las mujeres que la acompañaban sentíanse divertidas ante el asombro y entusiasmo de Aspasia, pues ellas habían estado antes aquí con frecuencia, y se reían tras los velos. Ella notaba el suyo caliente y sofocante sobre el rostro, pero no se lo apartó. Vio las caras de los hombres de Damasco y reconoció su belleza y sus ojos lustrosos e inquietos. Ellos miraban a la muchacha alta que los observaba desde la puerta de su tienda, y se fijaban en la esbeltez de su cuerpo a pesar de los ropajes sueltos que la cubrían, y demostraban su placer con sonrisas e inclinando la cabeza. Una vez, con desafío burlón, Aspasia se apartó el velo por un segundo y los hombres que lo contemplaron quedaron inmóviles, atónitos y admirados, y unos cuantos echaron a andar junto a la tienda hasta que se vieron alejados por los guardias que lanzaban imprecaciones y les amenazaban con el látigo.

Entonces, en la calle llamada Recta, la caravana se separó de las cuatro tiendas, y sus ocupantes bajaron, entre los guardias, a la entrada de una posada muy grande. Pasaron a un patio en el que se veía un pequeño jardín con una fuente. En los muros de aquel patio cuadrado había ventanas llenas de rostros que inspeccionaban a los recién llegados, especialmente a las mujeres, pensando que muchas de ellas serían hermosas esclavas que mañana se ofrecerían en el mercado. Una luz rojiza bañaba el patio, procedente de las antorchas, y el aire nocturno bullía de insectos y polillas.

Las torres y cúpulas de la ciudad brillaban ahora bajo una luna que todo lo argentaba. Aspasia y sus mujeres llegaron al lugar dispuesto para ellas: dos hermosas cámaras adornadas de sedas y brocados, con divanes y gruesos almohadones, mesas talladas, sillas de marfil y suelos cubiertos con alfombras de brillantes dibujos.

Aspasia descubrió que las ventanas estaban enrejadas con hermosos hierros forjados en forma de viñas. Les sirvieron la cena: cordero asado y verduras en ajo y aceite de oliva, dátiles y miel, pan blanco, vino y una selección de quesos, salsas y condimentos de sabor picante y aromas apetitosos y montones de fruta. Aspasia comió escuchando la música, las voces y el clamor de la ciudad. Luego empezaron a sonar las campanas hasta que todo el aire pareció palpitar movido por sus lenguas, dulces e imperativas. La invadió la alegría, la excitación, la gratitud y el amor por Al Talif, que había condescendido a darle todo esto. Lámparas de aceite iluminaban las cámaras, suavemente perfumadas, en parte para adormecer los sentidos y en parte para disimular el olor desagradable de las letrinas del piso inferior.

Aspasia se durmió sobre los almohadones después de bañarse en agua perfumada de jazmines, y suspiró entre sueños, envuelta por sus cabellos dorados. Su rostro feliz tenía la inocencia de un lirio, y sus sirvientas, que la observaban, la odiaron y envidiaron.

Por la mañana, y después de haber comido algo, fue llamada a la cámara de Al Talif. Esto le sorprendió, pues raras veces la enviaba a buscar antes de la tarde. Se puso el velo sobre el rostro y, vestida de lino blanco y plata, y acompañada de dos de las mujeres, acudió junto a al Talif. Sus habitaciones eran suntuosas y él, semirreclinado en un diván, parecía contento y feliz. A su lado estaba Talias, que se inclinó al paso de Aspasia mientras Al Talif le sonreía. Luego le tendió la mano y ella se sentó como de costumbre a sus pies y miró a Talias. Se apartó el velo y él pudo ver su rostro fresco lleno de curiosidad y también de ansiedad. Asintió casi imperceptiblemente. De modo que la carta había sido enviada días atrás. Aspasia suspiró.

—Parece ser, mi amada rosa, que Damos, mi amigo, ha traído a su esposa a esta posada para darme las gracias por las niñas que le di, y darte las gracias también —un relámpago fugaz de burla cruzó sus ojos—. Hepzibah bas Efraim está en la cámara adjunta. ¿Deseas verla?

—Si mi señor no se opone a ello... —contestó Aspasia. Al Talif sonrió y le acarició la mejilla.

—Tu señor no se opone —dijo, como si estuviera burlándose de ella.

Talias bajo los ojos algo apurado. Un eunuco abrió una puerta a cierta distancia y Aspasia se levantó y salió de la habitación, acompañada de sus mujeres. Sin lugar a dudas, la otra cámara se utilizaba para las comidas y, cuando entró Aspasia, una joven se incorporó tímidamente. No llevaba velo y estaba vestida con sobriedad, y sus modales eran a la vez retraídos y serenos. Tenía un rostro sencillo y juvenil, muy atractivo, como si suplicara amabilidad. Las dos niñas se hallaban instaladas una junto a otra sobre los almohadones y devoraban felices puñados de una mezcla de miel y almendras y estaban sonrosadas, limpias y tranquilas.

Hepzibah tenía unos hermosos ojos azules, y el cabello, descubierto en parte, era suave y castaño. Parecía un tanto asustada ante la presencia de Aspasia, y sus labios

pálidos temblaban un poco. Dijo en arameo:

—Quería darte las gracias, señora, por tu amable condescendencia al entregarme estas hijitas a las que ya amo, aunque las he visto por primera vez esta mañana.

Aspasia se sintió conmovida.

—No fui yo. Fue Al Talif el que te hizo este regalo.

A la mención de aquel nombre el rostro de Hepzibah se alteró y Aspasia se preguntó por qué. La otra suspiró muy hondo y apartó la vista.

—Sí —aclaró—, eso es lo que mi marido me contó. También me dijo algo más — y ahora miraba directamente a Aspasia. —Señora, no sólo eres tan hermosa como Ruth o Raquel, sino de corazón tan generoso como cualquiera de las madres de Israel.

Aspasia no creía que Talias le hubiera hablado a Hepzibah de su belleza y sonrió agradecida. —Damos es muy afortunado al tenerte, Hepzibah bas Efraim, y tú... — hizo una pausa—, también lo eres. Por alguna razón extraña los ojos de la otra brillaron con lágrimas. Cogió la mano de Aspasia y se la besó. Susurró:

—También te doy las gracias por Damos.

Aspasia sintióse alarmada. Miró por encima del hombro, pero no había nadie más en la cámara. Respondió en voz muy baja:

—Hay cosas que un hombre no debería decir a su esposa, y me sorprende la indiscreción de Damos. No hablemos de esto, ni ahora ni nunca.

—Lo que mi marido me dice está bien seguro en mi corazón —dijo Hepzibah y alzó la cabeza—, porque si un hombre no puede confiar en la mujer que le ama, ¿en quién podrá hacerla?

«¿Cuándo ha confiado Al Talif en mí?», pensó Aspasia con una punzada de tristeza. Pero miró a la otra con interés. Ante ella tenía a una mujer cuyo marido no despreciaba su feminidad, sino que la honraba y le contaba todos sus secretos, y esto le pareció tan envidiable que un profundo anhelo se apoderó de ella. Sí, Al Talif siempre le hablaba de filosofía y misterios abstrusos, pero nunca le había permitido que le viera tal como era, excepto aquella noche bajo las estrellas. E incluso entonces Aspasia le había encontrado enigmático. Anhelaba un hombre que confiara completamente en ella, como al parecer Damos confiaba en su esposa, y que pusiera su propia vida en sus manos. Entonces, y sólo entonces, sería feliz y se sentiría orgullosa, sin saberse jamás sola u olvidada. Hepzibah, aunque viviera siempre protegida, amada y respetada, tenía gran intuición femenina y se sintió dominada por una piedad confusa ante aquella hermosa muchacha que, de pronto, parecía tan desolada. Un rayo de sol vino a caer sobre el rostro de Aspasia y sólo aumentó su aire de melancolía. Hepzibah se volvió a las niñas, las tocó suavemente en la mejilla y dijo:

—Esta es Ruth y esta es Raquel, mis hijas. Las niñas apoyaron un instante las cabecitas contra su seno y luego siguieron comiendo con voracidad infantil.

—Te aman ya, incluso ahora —dijo Aspasia y Hepzibah sonrió por primera vez, y su rostro ingenuo pareció radiante—. Yo también las quiero mucho —contestó—.

Serán las hermanas de mi hijo.

Ambas guardaron silencio. Se oían los vehículos que cruzaban vacilantes sobre las piedras del patio y el clamor distante de la ciudad. Escucharon un momento, pero las dos estaban enfrascadas en sus propios pensamientos. Aspasia se dijo: «Esta mujer es feliz como yo jamás lo fui, y con gusto cambiaría mi puesto por el de ella». No estaban hechas para Hepzibah las noches de éxtasis salvaje, y de aniquilación. Pero tampoco vivía con el temor del rechazo y del abandono definitivo, ya fuera por el divorcio o el despido. Por primera vez en su vida Aspasia adivinó otra existencia infinitamente más agradable, serena y llena de orgullo. Vio que las manos de Hepzibah reflejaban las faenas de la casa y la cocina, y se la imaginó entre las criadas, cantando tranquilamente y aguardando con ansia el regreso de un marido que la honraba, o la visita de un padre que se regocijaba en su pequeña: «¿Qué son todas mis joyas y lujos comparado con eso?, ¿que mi excitación y fiebre amorosa? —se pregunto Aspasia—. Mi corazón salta al sonido de la voz de Al Talif, y me alegro al ver su rostro, pero siempre está presente mi temor. Hepzibah, sin embargo, no vive con ese tormento y esta bendecida por los dioses. Cuando Talias vuelve a casa, ella debe sentirse muy segura en sus brazos».

Hepzibah la miraba de nuevo adivinando el dolor de Aspasia, y recordó lo que Damos le dijera: que era una cortesana, y la compañera de Al Talif. Según la ley, las mujeres como Aspasia solían ser lapidadas hasta morir por adúlteras o licenciosas. Pero repentinamente Hepzibah deseó abrazar a Aspasia y retenerla contra su pecho, con la misma ternura que mostrara hacia las niñas, y consolada y llorar con ella. Esto todavía la confundió más, pues nunca antes había visto o conocido a una mujer pública y no sabía por qué debía sentir tal compasión.

La joven judía era incapaz de controlar su pena ante algo que sólo discernía vagamente, pero que le resultaba doloroso. No sabía la razón. Levantó un objeto envuelto en seda y atado con un lazo y lo puso en manos de Aspasia.

—Es un regalo que te he comprado como muestra de gratitud, señora —dijo—. Mi esposo confía en que te agrade.

Aspasia contestó:

—Debo darte las gracias, Hepzibah bas Efraim —y empezó a desenvolverlo, pero la otra se cubrió rápidamente los ojos con la mano y dijo: —No, te lo suplico. Me ha dicho mi marido que es un ídolo pagano. Lo compró esta mañana en el bazar para complacerte.

—¿No sabes lo que es? —preguntó Aspasia asombrada. La otra agitó la cabeza y bajó las manos.

—No nos está permitido —murmuró.

Aspasia quedó todavía más atónita. ¿Le habría comprado Damos algo obsceno? Sus mejillas enrojecieron y al verlo, Hepzibah dijo:

—Debes perdonarme, pero los judíos piadosos no contemplan a los ídolos; por eso me quedé sentada en la litera en la ciudad y con las cortinas corridas.

—Inspiró profundamente. —Creo que es una estatuilla de un dios.

Aspasia deseaba reír un poco.

—Entonces te pierdes el bullicio y las maravillas de la ciudad.

—Tengo mi casa y mis hijos, mis siervos, mis padres y mi querido esposo, mis jardines y flores y mis amigos. ¿Qué más puede desear una mujer, señora?

«¿Qué, en verdad?», se dijo Aspasia mirando el objeto envuelto en sus manos. Ciertamente la dominó, pues ya no quedaba más que decir entre una cortesana y una esposa amada. Entonces Hepzibah, que no solía expresar sus sentimientos, puso las manos en los hombros de Aspasia y la besó en las mejillas, y esta, con los ojos húmedos, le devolvió el abrazo. En silencio regresó a la cámara de Al Talif.

Talías ya no estaba con él. Al Talif dijo con sonrisa indulgente:

—¿Qué es lo que llevas en la mano, amor mío? Pero Aspasia contestó:

—Ya he comprendido lo que es ser verdaderamente una mujer. —Empezó a desenvolver la seda. No advirtió la expresión sombría y ambigua de Al Talif, ni le vio moverse inquieto en el diván, ni las sombras bajo sus ojos. Dijo—: Es un regalo de Hepzibah bas Efraim, pero no quiso que lo abriera ante ella.

—¡Ah! —Al Talif se incorporó alerta—. Ten la seguridad de que será algo útil o comestible. Conozco a los judíos. Si es útil, ¿qué harás con ello? Si es comestible, será delicioso.

La seda cayó al suelo y las manos de Aspasia abrazaron la imagen exquisitamente tallada de un dios gordo y sonriente, de marfil, con una enorme barriga y las piernas cruzadas según el estilo que ella observara entre los indios.

—Buda —dijo Al Talif, y extendió la mano para cogerla. Con gran cuidado le dio unas vueltas entre los dedos y la examinó con placer—. Fue creada por un artista excepcional —observó—. Nunca había visto nada tan perfecto. Debe haberle costado una fortuna a nuestro querido Damos, pues sin duda lo ha comprado él mismo, ¡ese judío apóstata! —y se rió.

Miró a Aspasia y dejó de sonreír. Colocó el objeto en equilibrio en la palma de su oscura mano, que contrastaba con el marfil que brillaba a la luz de la mañana, y que, en lo complicado de la talla, tenía reflejos dorados.

—Buda —repitió—. El inefable. El implacable en su repudia del mundo. Siéntate junto a mí, amor mío —así lo hizo ella, y él continuó—: He oído decir que, si uno le frota el vientre y formula un deseo, le será concedido. Esa es la superstición.

Alzó la figura y se la ofreció a Aspasia, la cual, tratando de sonreír, frotó el vientre de Buda. Sin quererlo rogó: «Que él me ame como yo le amo». Dejó caer la mano y preguntó:

—¿Es que no le frota también tú, señor?

—No, no soy supersticioso —dijo Al Talif.

Colocó cuidadosamente el Buda sobre la mesa que tenía delante y lo contempló. De nuevo vio Aspasia aquella expresión enigmática que observara bajo las estrellas.

Como si hablara consigo mismo, dijo él:

—Los persas honran a todos los dioses, todas las manifestaciones de la Deidad; Buda, Lao Tsé, Zoroastro, Mitra, Zeus, Auramazda, Ptah, Osiris, Vishnu e incluso el vengativo Jehová de los judíos. Estamos en muy buenos términos con todos ellos pues, ¿qué importa realmente el nombre que los hombres dan a Dios? Él tiene rostros y apariencias ilimitados y se revela en la forma que Él desea. Se dice que es suficiente con que los hombres le amen.

Un dios que se preocupara por el amor de los hombres suponía un concepto muy extraño para Aspasia. Luego recordó los impulsos de adoración que ella había experimentado, y que le parecieron tan misteriosos y la llenaron de exultación, aunque por breves instantes.

Al Talif seguía hablando como para sí mismo:

—He oído decir también que es creencia de todas las religiones que Dios vendrá un día a nacer entre los hombres, y en forma de Hombre. Sé que los caldeas le esperan, y los judíos, y los egipcios hablan del nacimiento de Osiris. —¿No es misterioso que todas las religiones tengan esa misma creencia, a pesar de que se desconozcan entre ellas?

Aspasia dijo:

—En todos los templos griegos hay un altar desnudo sobre el que se halla inscrito «Al Dios Desconocido». Pero el no tiene sacerdotes, ni celebrantes, ni adoradores, ni tampoco ofrendas.

—Todavía no —dijo Al Talif, que volvió a cubrir suavemente el Buda con la seda. Aspasia se mostraba muy interesada por lo que él dijera y por la entonación de su voz, y se maravilló de nuevo ante el misterio y la complejidad de aquel hombre al que amaba desesperadamente.

—Pero ¿vendrá Él? —preguntó.

—Vendrá —repuso Al Talif—. Tal vez mañana, tal vez dentro de unos siglos. El tiempo no existe para Él.

—Pero sí para la humanidad —dijo Aspasia con tristeza. —Eso es una ilusión de los hombres —le refutó él. Cerró los ojos y, comprendiendo que se sentía de pronto cansado, Aspasia se levantó y desconcertada, abandonó en silencio la habitación.

Las mujeres habían salido y Aspasia experimentó una dulce sensación de libertad, pues era raro que la dejaran sola. Fue a la ventana enrejada y contempló el patio, lleno de gentes. Bajo ella estaba Talias, alzando los ojos, esperándola indudablemente. Sonrió como un hermano alegre y cariñoso y asintió. Luego se alejó muy rápido; Aspasia le siguió con la vista y se sintió vencida por el afecto y la gratitud. Olvidó que en tiempos había sido un esclavo pues, en el saludo de Talias, había comprensión plena, amabilidad y promesas.

Aspasia acompañó a Al Talif a los bazares de la ciudad disfrutando como una niña jubilosa y excitada. Sus ojos se abrían de par en par, llenos de luz sobre el espeso velo, tratando de abarcar aquel bullicio pintoresco y observarlo todo de una sola ojeada. Al Talif la llevó a una joyería y, en la trastienda, donde una mujer podía quitarse el velo sin ofender la mirada de los hombres, le compró un collar de ópalos, de rutilantes luces de color azul, rosa y perla. Se lo puso él mismo al cuello y Aspasia echó atrás la capucha; cuando los cabellos cayeron en torno a su rostro, el joyero quedó atónito. Era un hombre muy rico; creyendo que Aspasia era una esclava favorita se retiró respetuosamente a un lado con Al Talif y le ofreció una fortuna por la muchacha. Mientras tanto esta se miraba encantada en un espejo de plata. Al Talif murmuraba algo, entre enojado y divertido, pero a ella la lengua le era desconocida. Volvió él a su lado y la miró como si la viera por primera vez.

—¿Te gusta esta chuchería, mi dorado hibisco? —preguntó, y le acarició el collar y la garganta.

Aspasia le miró con adoración y Al Talif dejó entonces de sonreír y la contempló con aquella extraña ansiedad que tan pocas veces viera antes Aspasia, pero que siempre la había desconcertado. Parecía como si Al Talif tratara de interpretar sus palabras, gestos y expresiones, sin llegar nunca a estar seguro. Le dijo:

—Sólo con que yo te gustara, mi señor, tanto como me gusta el collar, sería realmente dichosa.

Al Talif suspiró y se alejó de ella.

Le compró sedas bordadas, brocados, sandalias cubiertas de piedras preciosas, jade tallado, botes de marfil para los cosméticos, brazaletes y pendientes de oro, de diseños desconocidos para ella, que le llegaban a los hombros y que sin embargo eran muy ligeros. Le compró cinturones flexibles de filigrana de oro y plata, adornados también con gemas. Sólo tenía que admirar algo y ya era suyo. Un manto de plumas de pavo-real, con sus miles de ojos, le encantó y Al Talif se lo echó sobre los hombros como una caricia. Se tomaba el trabajo de explicarle cuidadosamente la procedencia de todo y Aspasia exclamaba:

—¡Qué mundo tan maravilloso este, en el que se manifiesta tanta belleza!

—Las obras de los hombres no son más que una pobre imitación de la naturaleza —decía él con indulgencia—. Cuando esas plumas adornaban al pájaro vivo eran mucho más espléndidas, como siempre lo es la realidad sobre el artificio, por excelente o adornado que este se halle. —Como ella se quedara muy seria acariciando el manto añadió—: Tú eres más hermosa, Aspasia, que la estatua más gloriosa de una diosa o una ninfa, por bien esculpida o pintada que esté.

Simulaba sentirse adulada, pero deseaba de corazón que él la mirara, no como un objeto de embeleso —cuya hermosura se desharía pronto entre las manos del tiempo— sino como una mujer, un alma y una mente. Pensaba en Hepzibah bas Efraim y suspiraba a su vez encerrándose en sí misma, y todos los tesoros que él le comprara perdían su encanto. Se decía: «No son un tributo a mí, son sólo un adorno de lo que a sus ojos resulta encantador. Cuando se cansara de ella, todo aquello no serviría para enamorarle de nuevo; se vería reducida a una especie de maniquí sobre el que enseñarlos, algo propio de la tienda de un mercader». Tal vez Al Talif deseara entonces esos tesoros para una mujer más joven, y que le supusiera una novedad, y Aspasia se vería privada así no solo de ellos, sino de la vida, pues, ¿no era él su vida? La desolación la dominó y creyó sentir que su espíritu se convertía en un desierto árido en el que no había ningún oasis, sólo un silencio de muerte. Volvió a tocar los ópalos y le parecieron sólo piedras vulgares.

—¿Qué ocurre? —preguntó él, viéndola tan pensativa.

—Nada, señor —contestó, si bien se dijo interiormente: «Lo que me das no es lo que deseo en realidad, pues anhelo aquello que ansía toda mujer, algo que el hombre jamás podrá darnos en la medida de nuestros deseos».

Sabía que, por las noches, Al Talif se iba con los amigos a otras casas más lujosas, a cenar y divertirse con la música y las bailarinas, y con mujeres lascivas. En compañía de eunucos armados y de sus sirvientas, todas pesadamente envueltas en velos como el suyo, Aspasia podía visitar bazares y templos sin la presencia de Al Talif. A pesar de que aún le maravillaba todo, empezaba a sentir saciedad y agotamiento. Como a las mujeres no se les permitía comer en público, ella y sus sirvientas pasaban a unas habitaciones en la parte trasera de las tiendas donde vendían golosinas, vinos, granadas, pastas y comidas muy condimentadas servidas en hojas de vid y pan con ajonjolí, pastelillos curiosos rellenos de semillas aromáticas y nueces y dátiles. Allí, sentadas casi en silencio, devoraban lo que habían comprado. Estas habitaciones carecían siempre de ventanas y eran muy calurosas; estaban cómodamente amuebladas, y olían a comida y a incienso. El famoso vino de Hebrón, que se tomaba helado, permanecía en la lengua como un dulce recuerdo. Pero era muy fuerte y Aspasia se dormía en ocasiones en la litera y olvidaba por un rato el dolor ahora constante de su corazón.

Por la noche, escuchaba insomne hasta que percibía el regreso de Al Talif y sus compañeros que reían en el patio. A veces se levantaba y corría a la ventana de barrotes para verle bajo la luna y las estrellas, suplicando en su interior que él la llamara. Pero el amanecer encendía ya el Este y comprendía que se había retirado y olvidado de ella, encerrada ahora en esta cámara como había estado encerrada en su palacio. Aspasia se decía: «Soy una tonta por llorar, pues, ¿no es este mi destino inapelable? Sin embargo, sigo viva y, en algún otro lugar, puedo empezar a vivir de nuevo».

Habían de estar bastante tiempo en Damasco. Los días transcurrían para Aspasia

como un sueño repetido e invariable. Sabía que Al Talif vendía las mercancías de su caravana y las reemplazaba por otras destinadas a sus propias tiendas y bazares. De vez en cuando él la invitaba a comer con él a mediodía. Pero siempre parecía cansado y preocupado, y con frecuencia se marchaba bruscamente cuando llegaba un visitante a consultarle y ya no volvía. Entonces Aspasia podía elegir entre pasarse la tarde durmiendo, como la mayoría de los habitantes de Damasco, a excepción de los comerciantes y los banqueros, siempre ocupados, o, salir de nuevo, acompañada de guardias y sirvientas para visitar lugares diversos de la ciudad. «Nada hay más terrible que el ocio, y yo soy una mujer ociosa», pensaba entonces. Intentaba leer los libros que Al Talif le compraba, pero las filosofías y poemas le resultaban extraños y complicados, y misteriosas sus alusiones.

Se preguntaba si Hepzibah bas Efraim la había, olvidado, pues Al Talif había mencionado en broma que la judía se apresuraría a invitarla a compartir una comida a solas con, ella. Sin embargo, no llegaba invitación alguna y el resentimiento y la desilusión se apoderaron de Aspasia. Sin duda Hepzibah la consideraba sucia y no deseaba que una mujer como ella contaminara su casa.

Empezó a pensar en la escuela que dirigiría en Atenas, pero hasta esa idea le parecía ahora un sueño perdido. Al Talif jamás la dejaría marchar a menos que se cansara de ella, y además, el aire de Damasco le infundía una languidez falta de esperanza. No existía sino para el placer de Al Talif; aparte de eso carecía de existencia, era tan sólo una burbuja de cristal arrastrada al azar por la brisa, captando luces y colores pero sin que estos le pertenecieran.

¿Dónde estaba la resolución férrea que poseyera hacía pocos meses? Aumentó su desinterés por todo, y sólo se animaba en presencia de Al Talif.

Un día le dijo:

—Yo había esperado ver de nuevo a Hepzibah bas Efraim. ¿Habrás olvidado la promesa que me hizo?

Él apartó la vista y respondió:

—Damos mencionó que su esposa había estado indispuesta. —Vaciló y siguió hablando—: Sé que te gusta ir a ver la ciudad, pero es mi deseo que no salgas de nuevo a partir de ahora, sino que te quedes en tus habitaciones.

Aspasia protestó:

—Pero ¡esa es mi única diversión! La miró con aire amenazador.

—Es una orden —dijo, y se negó a explicar más de momento, a pesar de que la muchacha le miraba con los ojos brillantes de cólera—. Tampoco quiero —añadió— que bebas agua del pozo, sino sólo vino, ni que comas fruta, a menos que la hayas lavado y pelado tú misma con tu cuchillo y tus dedos. Que no te llegue a la boca ni siquiera para limpiarte los dientes, y, cuando te bañes, cierra los labios apretadamente para que no pueda entrar el agua ni aun por la nariz. Ahora la sobrecogió un temor helado.

—¿De qué hablas, señor?

—Corre el rumor de que se está extendiendo una enfermedad por la ciudad, y los médicos temen que se transmita por los pozos y ríos. Tal vez sea una superstición, pero es mejor ser prudente.

Creció su alarma.

—¿Y tú, Al Talif? ¿Estás siendo prudente?

Se encogió de hombros y sonrió.

—He de beber y comer lo que me den en las casas de mis amigos y de los otros mercaderes, pero no temas: sus cocinas son pulcras y no me ocurrirá daño alguno. Esta posada tiene reputación de limpieza; por ello debes quedarte aquí. —Vaciló y dijo para sí: «A fin de que no te ocurra nada, pues quedaría desolado». Pero sonrió de nuevo y continuó—; ¿no guarda un hombre su tesoro, y no eres tú el mío?

Respondió con amargura:

—Hasta que deje de serlo por haber quedado sin lustre ni brillo ante tus ojos. La vida de Aspasia llegó a ser ahora más restringida incluso que antes. No se le permitía que bajara ni siquiera al patio, y empezó a ver el temor en los ojos de las sirvientas. Las oía susurrar, las veía llevarse la mano a los amuletos. Una vez les dijo con impaciencia:

—¿De qué tenéis miedo? —pero ellas no contestaron y se limitaron a mirarla furtivamente, y Aspasia comprendió que temían darle un nombre a su terror, no fuera a acudir como ante una llamada y caer sobre ellas cual una de las Furias.

Eran mujeres estúpidas e iletradas, dóciles y aburridas, y carecían de toda conversación, por lo que no suponían compañía alguna para ella. Además, como eran orientales, no podían llegar a entenderse. Empezaron a entonar canciones disonantes, sentadas en el suelo y balanceándose sobre el trasero, con el rostro cargado de ansiedad, y el sonido resultaba desagradable a los oídos de Aspasia. Sabía que suplicaban piedad a sus propios dioses terribles. Pero ¿cómo les habían llegado los rumores, a menos que hubieran murmurado los eunucos? Estos eran peores que las mujeres: había dicho Al Talif en una ocasión, en lo referente al cotilleo y la charlatanería. Los eunucos, sin embargo, pocas veces hablaban con Aspasia.

Las mujeres además, eran mucho mayores que ella, y le parecían gordas y repugnantes, y como ninguna salía ahora de las habitaciones, empezaron a oler a sudor, a incienso y a perfumes rancios. Aspasia observó desde la ventana que los hombres recorrían constantemente el patio agitando incensarios y encendiendo fuego en los ángulos, llenando así el aire de un humo acre, y cantando como las mujeres. Tal vez estuviera terminando la temporada de actividad comercial de las caravanas, porque ahora veía llegar muy pocas y estas eran cada vez más pequeñas y con frecuencia pasaban días sin que viera ninguna. También ella empezó a sentir temor y a desear enterarse de algo.

Al fin no pudo soportado más y gritó a Al Talif:

—¿Debes decírmelo! ¿Cuál es esa enfermedad de que hablaste? ¿Quieres que sea víctima del terror? Es mejor saberlo que seguir ignorante.

Se le veía agotado. Aspasia observó con temor que había desaparecido el brillo bronceado de sus mejillas, que la nariz parecía más larga, y más apretados sus labios sutiles.

—Entonces te lo diré —dijo—. Es el cólera.

Al oír esa terrible palabra Aspasia tembló.

—Cólera —susurró—. ¿Hay muchos enfermos... muertos...?

—Una cuarta parte de la ciudad ha muerto —contestó Al Talif—. Pensaba ocultártelo. Las puertas de la ciudad están cerradas. Nadie puede entrar ni salir. ¿Estás ya más tranquila al saberlo?

Pero Aspasia susurró de nuevo:

—El cólera...

—Incluso los médicos están muriendo —añadió él. Aspasia se llevó las palmas de las manos heladas al rostro y cerró los ojos. —Casi todos mueren, señor.

—Cierto. Y yo no quería que tuvieras miedo. Estás segura aquí, si tienes cuidado con la comida y la bebida.

Ella exclamó como antes, pero ahora con más terror:

—¿Y tú, señor? —su rostro había palidecido, y los ojos eran enormes ahora.

—Yo tendré cuidado también —dijo Al Talif e intentó sonreír—. Te lo explico para que entiendas por qué estamos prisioneros. De no ser por esto habríamos partido hace tres semanas. Pues mi deseo no es encerrarte en una mazmorra.

Aspasia se adelantó hacia él cogiéndole la mano, temblando de nuevo.

—Quédate conmigo, señor. No vuelvas a salir, te lo suplico. La miró con curiosidad.

—¿Temes que si enfermo y muero, quedes aquí desvalida? No te preocupes, amada mía. Mis hombres te llevarán a casa —su tono era sarcástico—. Tu nombre, dulce capullo, figura en mi testamento.

Aspasia retiró su mano y apartó la cabeza sintiéndose herida. Luego preguntó:

—¿Está bien la familia de Damos?

—Su esposa murió hace un mes —le lanzaba las palabras al rostro como para vengarse de un dolor que ella le hubiera infligido.

Soltó un grito y se estrujó las manos.

—¡Hepzibah bas Efraim! ¡Dioses! ¿Y los niños...? ¿Y... Damos?

—Los niños enfermaron, pero se están recuperando. Damos pasó el cólera en la infancia, según me han dicho.

Aspasia lloró por aquella mujer tan amable cubriéndose el rostro con las manos. Cuando alzó la vista al fin advirtió que Al Talif se había marchado. Su temor por él se tornó frenético ahora. Volvió a sus habitaciones y empezó a recorrerlas de arriba a abajo, apretando los puños y murmurando plegarias incoherentes, a pesar de que le parecían supersticiosas e inútiles. Las mujeres, olvidando sus propios gemidos de temor, la observaron con odio y se miraron interrogándose sin palabras. ¿Estaría enferma la extranjera? Se apretaron unas contra otras en busca de protección.

Aspasia se detuvo de pronto ante ellas, y al mirarlas las odió sin más razón que la de ser testigos de su angustia incontrolable.

—¿Qué amuleto es ese que llevas, Serah? —preguntó a una de ellas, y señaló la cadena y el objeto que colgaba del grueso y grasiento cuello de la mujer.

Serah lo cubrió con la mano protegiéndolo de Aspasia, pues todos sabían que tenía mal de ojo. Gimió sin responder. Con una rabia súbita que jamás sintiera antes, Aspasia se inclinó, apartó la mano de la mujer y levantó el objeto de plata entre sus dedos.

En una ocasión había visto un amuleto semejante en el cuello de un egipcio, pero no le había interesado entonces, si bien aquel era de oro y piedras preciosas. El que ahora tenía en la mano, tan largo como su dedo meñique, era una barra plana y delgada; a un tercio de su longitud la cruzaba otra barra, tan fina como la anterior. Su extremo superior formaba un lazo, y a través de él pasaba la cadena de plata. No era tan bonito como el que llevaba aquel egipcio, y desde luego parecía mucho más barato. Aspasia había visto muchos amuletos, pero sólo dos como este. Preguntó:

—¿De dónde viene, qué significa y a qué dios se invoca con él? Serah se encogió de hombros.

—Lo encontré en una tienda de Mileto; dicen que tiene gran poder, y el tendero griego afirmó que es el símbolo del Dios Desconocido, pero quién es ese Dios, no lo sé. Significa la vida eterna y la resurrección de los muertos.

—¡Oh, qué locura! ¡La vida eterna! ¡La resurrección de los muertos!

Incluso en su tristeza le daban ganas de burlarse. Luego recordó que los egipcios sí creían en la resurrección de los muertos y en la vida eterna, y se mostraban muy solícitos en lo referente al cuidado de los cuerpos de los que morían, especialmente los de sangre real. Hasta las familias pobres vendían cuanto tenían para pagar los gastos de conservación de uno de sus miembros y proceder a su embalsamamiento. Otra idea vino a su mente recordando la conversación con Al Talif acerca del Dios Desconocido: su altar le esperaba en los templos griegos y todas las religiones compartían la fe en Su venida, especialmente los orientales.

Dejó resbalar con lentitud el objeto entre sus dedos hasta que cayó en el regazo de Serah, y esta se lo metió a toda prisa bajo la túnica, sobre su seno.

—¿Te guarda contra la enfermedad, Serah? Se encogió de nuevo de hombros.

—Eso no lo sé, señora. El griego dijo que tenía grandes poderes —apretó la mano contra el amuleto—. ¿Y qué es más deseable que la protección contra el mal, la enfermedad y la muerte?

—Cierto —respondió Aspasia—. ¿No es eso lo que todos deseamos?

Se apartó y reanudó su paseo. No llevaba velos ni la cabeza cubierta. Al pasar junto a la ventana enrejada, los barrotes, calientes por el sol, cortaban la luz a intervalos en torno a su rostro, y sus hermosos cabellos eran como una llama junto a las pálidas mejillas. Seguía estrujándose las palmas, sudorosas ahora, y oraba en su interior: «Si eres en realidad el Dios Desconocido no dejes que muera mi amado.

Guárdale del mal. Se dice que Tú amas a la humanidad y deseas el amor de los hombres, y que un día nacerás entre nosotros. Por tanto eres compasivo, como no lo son nuestros dioses. Ten piedad, ten piedad. Porque si él muere, yo no podré vivir».

Un suave frescor, y un leve adormecimiento se apoderó de ella y se sintió más tranquila. En ese momento fue cuando oyó un ligero golpecito en uno de los barrotes de la ventana. Se acercó a ella y miró al exterior. Talias la esperaba abajo, vestido de ropas oscuras, con el rostro hundido, más viejo y los ojos enrojecidos. Trató de sonreír a Aspasia, luego se mordió los labios. Sólo había uno o dos hombres en el patio, antes lleno de gentes, y estaban a lo lejos, hablando juntos.

Aspasia miró apresuradamente a sus espaldas, pero las mujeres seguían cantando, balanceándose sobre las nalgas. Se apoyó contra los barrotes con el rostro lleno de ansiedad, deseando comunicar sus sentimientos a Talias. Él lo comprendió. Sus ojos, tiempo atrás alegres, se llenaron de lágrimas. Metió la mano en la bolsa y volvió la cabeza. Luego sacó una carta sellada y se la mostró. El corazón de Aspasia dio un salto. Sólo podía ser de Targelia.

Desesperada, observó de nuevo a las mujeres. Todavía no habían visto ni oído nada. Sus ideas se agitaron en desorden, como pájaros turbados. De pronto se aclaró su mente. En la cámara inmediata se habían dispuesto todas las comodidades para ella y las mujeres a fin de que no tuvieran que bajar a las letrinas del patio. En aquel cubículo había una ventanita. Se miró la cintura ceñida por un cordón de plata con granates y amatistas, con el cual se encaprichara una vez en un bazar y que Al Talif le había comprado. Era muy largo, para que pudiera ponérselo en torno al cuerpo y los senos dando varias vueltas.

Reparó de nuevo en Talias y señaló hacia la ventana de la otra cámara dando la espalda a las mujeres. Suspirando pasó ahora a la habitación inmediata, que no tenía más puertas que esta. Corrió tras ella la cortina azul y oro y se acercó silenciosamente a la ventana. Talias estaba abajo. Con toda rapidez se soltó el cordón de la cintura y, sosteniéndolo por un extremo, lo pasó entre los barrotes de la ventanilla, casi sin poder respirar de temor y con los ojos clavados en los vigilantes.

Talias cogió con destreza el final del cordón y lo anudó en torno a la carta. Esta subió como una polilla por la pared polvorienta y Aspasia la retiró. Luego Talias se llevó la mano a la frente en señal de despedida y se alejó hacia las letrinas.

Los latidos del corazón de Aspasia eran intensos y dolorosos. Miró hacia las cortinas corridas, se dirigió a una pared y abrió rápidamente la carta que decía:

«Saludos a Aspasia, más querida que una hija.

»Me sentí muy feliz al recibir un mensaje tuyo, mi hermosa niña, pues siempre estás en mi memoria. ¡Cómo he llorado de placer, ante la esperanza de verte de nuevo! Haré cuanto antes lo que me pides y te buscaré una casa en Atenas según tus deseos; pero me parece un proyecto muy extraño. Sin embargo, no discutiré contigo, ya que el mensajero espera mi respuesta. Debes venir primero a tu hogar de Mileto, donde podré abrazarte y volver a retenerte entre mis brazos, porque tenemos que hablar de muchas cosas. Te espero, e invocaré a Hermes para que te traiga hasta mí en sus alas».

Aspasia se metió la carta en el seno. Disponer de ella suponía otro problema. Tampoco pensaba en ese instante cómo saldría de Damasco, cómo abandonaría a Al Talif. Eso lo dejaba para el futuro.

Pero una sensación de ligereza la inundó como un viento de libertad a través de los barrotes de una prisión, y su resolución, tanto tiempo adormecida, empezó a abrirse cual un manantial oculto, al principio vacilante y enfangado, luego convertido en una corriente de aguas cristalinas.

Como las tardes eran muy frías después del calor del día, un brasero estaba encendido en la cámara donde dormía con las mujeres. Aspasia pudo dejar la carta sobre las brasas; allí se encendió por un instante y luego no quedaron más que cenizas. Sin embargo, como el Fénix, de esas cenizas surgió una vida renovada. Por la noche, mientras las mujeres dormían, pensó Aspasia: «Pero, aunque Al Talif permita que me vaya, ¿cómo podré dejarle? Con él quedará mi corazón y mi amor y todo lo que soy, y ya no seré más que una sombra de Hades. Sin embargo, debo irme antes de que se canse de mí y me vea obligada a vivir como un fantasma entre las rechazadas, olvidada ya y sin esperar sus llamadas, llorando y suspirando en noches interminables...».

Pasaron varias noches sin que Al Talif llamara a Aspasia, pero ella le oía entrar y salir del patio, en el que ahora sus pasos despertaban ecos, pues eran pocos los hombres que lo transitaban. El rumor de la fuente, en el centro, se escuchaba claramente en la oscuridad, al igual que las voces y, en ocasiones, le llegaba la de Al Talif, cada vez más lenta y agotada. Entonces se levantaba de los almohadones y le miraba a la luz de las antorchas, viéndole caminar con la cabeza inclinada. Ansiaba llamarle, pero su orgullo no se lo permitía. No era una mujer que importunara, que suplicara amor como un perro, aunque deseara sobre todas las cosas ir a echarse a sus pies.

Se sucedían, monótonos, los días. Había poco ruido en la ciudad que yacía en silencio y dominada por el temor. De pronto, una mañana, Aspasia recibió la orden de ir a la cámara de Al Talif. Se pasó a toda prisa el peine por los cabellos desordenados, pues había descuidado últimamente su aspecto. Se frotó las mejillas y los labios con unguento rojo, ya que estaba muy pálida a consecuencia de su situación de prisionera privada del sol. Se vistió con una túnica color jacinto y se puso un collar de plata y amatistas en torno a la garganta, y perfume de rosas. Sólo entonces corrió al lado de Al Talif. Era muy temprano, y su llamada resultaba por eso extraordinaria. Los dos eunucos armados ante su puerta se la abrieron en silencio y Aspasia entró.

Con gran horror vio a Al Talif reclinado sobre el lecho de almohadones en actitud de derrumbamiento total; su perfil grisáceo miraba al techo. Tres esclavas se apretaban unas contra otras junto a la pared más distante y dos desconocidos, muy cerca del lecho, se frotaban la barbilla y hablaban en voz baja. Por sus ropas y el tono oscuro de la piel comprendió Aspasia que eran egipcios. Sobre una mesilla estaban unas bolsas con equipo médico. Aquella habitación caliente y cerrada, olía horriblemente a vómitos y heces, y Aspasia se detuvo vacilante y empezó a temblar de repente. Nadie había observado su llegada. Casi deslizándose se aproximó al lecho y contempló a Al Talif. Al inclinarse sobre los almohadones él advirtió su perfume y su presencia y volvió el rostro hacia Aspasia e intentó sonreír. Sus ojos estaban apagados y muy hundidos en el cráneo. El brillo metálico y bronceado había desaparecido por completo de sus mejillas, también hundidas. Tenía la boca tan seca como el polvo, y respiraba con dificultad. Un sudor intenso le cubría el rostro, cuajado de gotitas brillantes. Su cuerpo parecía haberse encogido.

Alzó una mano débil hacia ella. Aspasia cayó de rodillas y la cogió, y estaba tan ardiente como si hubiera tocado fuego. A pesar de su angustia esta manifestación la sobresaltó, pues revelaba una fiebre muy alta. Era indudable que Al Talif estaba muy enfermo y próximo a la muerte. «Pero el cólera no suele dar mucha fiebre», recordó

entre la niebla del terror. Metió la mano bajo los cobertores. Tenía el vientre hinchado, y Al Talif gimió a su contacto aunque la presión había sido muy suave. Los egipcios la observaron sorprendidos, y se miraron luego con las cejas arqueadas. Olvidándolo todo y sin pensar en otra cosa que en su amado, Aspasia continuó su examen, y, por un segundo, la antigua ironía de Al Talif brilló en sus ojos. El lado derecho estaba más hinchado que el otro, y notaba una sensación de dureza bajo los dedos. De nuevo presionó con suavidad; él soltó una exclamación y le apartó la mano.

Aspasia se recogió los cabellos sueltos y miró a los médicos que trataron de sonreír desdeñosamente. Pero vieron unos ojos grandes, de color vivo, que brillaban como topacios con autoridad indiscutible.

—No es el cólera —dijo con voz clara y firme—. ¿Cuánto tiempo ha estado enfermo?

Guardaron silencio un instante y luego uno de ellos contestó:

—Lleva así varios días, señora. ¿Por qué dices que no es cólera?

Su voz era casi respetuosa y no expresaba el desprecio por las mujeres habitual entre los arios. Mientras hablaba se decía: «Es como Isis, dorada, blanca y rosa, y parece una sacerdotisa».

—Me enseñó medicina un médico famoso en casa de Targelia, en Mileto, y siempre me ha interesado mucho. Decidme, señores, ¿tiene frecuentes hemorragias y cólicos intensos?

El médico más joven se acercó a ella con interés y su expresión era ahora grave.

—Es cierto —dijo, hablando casi como si ella fuera un colega. Vio una gran inteligencia en su rostro y sus ojos, y recordó que las sacerdotisas solían ser también médicos en Egipto. Olvidó que se trataba únicamente de una concubina favorita, una amante, con apenas más categoría que una esclava—. Pero esto puede ocurrir también en algunos casos raros de cólera.

—El cólera da poca fiebre —insistió Aspasia dirigiéndose a él, mientras el más viejo se acariciaba la barba en actitud pensativa—. ¿Vomita mucho, como en el cólera?

—Vomita, sí, pero no con tanta frecuencia —la cara del médico joven se había animado.

Aspasia, sin soltar la mano de Al Talif, se sentó sobre sus talones.

—Pero en el cólera, según se nos ha enseñado, no se endurece ni hincha la región derecha del vientre, aparecen heces claras, o marrones, y no se segrega sangre, a excepción de los casos más raros. Decidme, ¿cuánto orina? Ahora se acercó también a ella el más viejo.

—Su producción de orina es casi normal, a pesar de los vómitos y la diarrea. A veces retiene el agua que ha tomado.

—Sufre profundos dolores —dijo Aspasia— y no soporta que se le toque el vientre. Esto no suele ocurrir en el cólera, que apenas afecta al intestino.

Los otros trataron de mostrarse indulgentes.

—¿Cuál es tu diagnóstico, señora?

—Flujo de vientre —dijo Aspasia—. Es muy grave, y puede ser mortal, pero no lo es tanto como el cólera.

Temblaba de nuevo y cogió la mano de Al Talif, apretándola como para imbuirle su propia fuerza y decisión de vivir. También ella tenía ahora la frente húmeda por la intensidad de sus emociones.

—¿Flujo de vientre? —repitió incrédulo uno de los médicos—. Es una enfermedad que tratamos con frecuencia, pero no creo que ese sea el caso ahora.

—Tal vez lo sea, señores, porque mi señor la padece en un grado extraordinariamente virulento. En Egipto, según he oído decir, esta enfermedad es endémica y por lo tanto más benigna que en estas regiones, donde hay pocas defensas contra ella y resulta gravísima. —Unió las manos y alzó el rostro implorante a los médicos—. Os lo ruego, señores, permitidme que yo trate a Al Talif, pues el flujo de vientre es una dolencia común en la región en que nosotros vivimos, entre los esclavos y los pobres. No así entre los ricos, y los que viven rodeados de comodidades. Dejadme que le trate. Está casi en las últimas. No puede hacerle daño.

La mano caliente de Al Talif se alzó débilmente hasta la garganta de Aspasia, hacia su mejilla, a la vez conmovido y reprochándola. Pero ella volvió a cogérsela y la retuvo con fuerza.

—¿Qué le habéis dado, señores, como tratamiento?

—Purgas —dijo el médico joven— y cocimientos de hierbas.

—¡Oh, dioses! —murmuró Aspasia temblando. Luego insistió—: ¿Tengo vuestro permiso para ordenar su tratamiento? Se miraron de nuevo sonriendo, encogiéndose de hombros.

—El amor —dijo amablemente el joven— logra con frecuencia lo que no pueden conseguir los médicos más hábiles. Su caso es desesperado. No puede hacerle daño.

—Aspasia —dijo Al Talif con voz muy débil. Pero ella le miró con ojos fieros.

—¡Estás en mis manos! —gritó—. ¡Has de obedecerme o morirás!

Un intenso asombro se reflejó en aquel rostro demacrado, pero nada dijo. Ella llamó a las esclavas, junto a la pared.

—Abrid las ventanas, para que mi señor pueda respirar, y abanicadle lentamente. Traedme agua fría con aguardiente sirio, un vaso lleno en el agua, y ropas limpias y suaves. Traed de prisa un jarro de leche de cabra con tres cucharadas de miel y media cucharada de sal. Pedid en la cocina jugo hervido de carne de ternera en cantidad. Esto, caliente, se le ha de dar cada media hora; la miel, con leche y sal, cada dos horas. ¡Aprisa!

Las muchachas recordaron que la extranjera era una bruja y corrieron a cumplir sus órdenes haciendo la señal contra el mal de ojo. El médico dijo:

—Ese no es el tratamiento para el flujo de vientre, señora. Nosotros damos sólo leche de cabra hervida y arroz.

—Ya os he dicho que en vuestro país la enfermedad no es tan virulenta y se cura con más facilidad mediante el descanso y un poco de cuidado.

¡Oh, dioses! ¿En qué casa contraería esto mi señor?

Miró a Al Talif con los ojos de una madre que riñe a su pequeño:

—Señor, si te hubieras quedado en esta posada nunca habrías enfermado. Él trató de reír, pero no pudo. Aspasia le acarició la mejilla y él le besó la palma de la mano.

—Debes ayudarme —dijo ella— y no discutir mis órdenes. Has de luchar por retener el alimento que te den. Gracias a los dioses no es el cólera.

Al Talif se volvió a los dos médicos eminentes con su antigua mirada satírica, pero, con gran asombro por su parte, estos asintieron.

—Te dejamos, señor, en manos más competentes —dijo el viejo—. Vendremos a verte por la noche.

Vacilando, luego alzaron ceremoniosamente la mano libre de Aspasia y la besaron con deferencia. Al Talif quedó aún más asombrado. Ella recibió este espaldarazo con una breve inclinación de cabeza sintiéndose agradecida por no haberse tenido que enfrentar a unos médicos arios que la habrían despedido como a una esclava descarada. Ambos salían ahora respetuosos, y Aspasia sonrió a Al Talif con lágrimas en los ojos y, como los dedos de su amante se enredaran de pronto en la suave seda de sus cabellos, volvió la cabeza y los besó.

Las esclavas trajeron el agua fría con su mezcla de aguardiente y Aspasia bañó el cuerpo de Al Talif con ella. Le obligó a beber la leche con miel y sal, y le miró amenazadora cuando él hizo ademán de ir a vomitar.

—Sólo tendrás que beberla otra vez —dijo, y Al Talif se limitó a hacer una mueca.

Al cabo de una hora le dio a beber el caldo caliente de ternera. Mientras esperaba, se sentó junto a él en el suelo sin dejar de observarle todo el tiempo, apretando los dedos contra su muñeca y su garganta. El pulso febril fue haciéndose más lento. Mucho antes del anochecer dormía agotado.

Por la noche volvieron los médicos y examinaron a su paciente. Luego dijeron a Aspasia:

—Señora, has hecho volver a tu señor de las puertas de la muerte, y no sabemos si ha sido debido a tu solicitud o a tu tratamiento.

No le abandonó ni por un instante en muchos días, excepto para ir a bañarse y comer. No permitía que una esclava se le acercara sin lavarse primero las manos y el rostro con agua, jabón y vino. Observaba sus deposiciones. Le alimentaba con sus propias manos, riñéndole con firmeza cuando protestaba. Le bañaba varias veces al día con agua y aguardiente, y la fiebre seguía bajando.

—En una ocasión —le dijo un día— tú me acusaste de ser sólo una niña. Pero las mujeres maduran y dejan su infancia tras ellas. No pasa así, sin embargo, con los hombres, en especial cuando están enfermos. Son como niños petulantes e intransigentes.

Al Talif recuperaba ya las fuerzas de modo que pudo decir casi con su misma voz de antes:

—Esa es una ilusión de las mujeres.

—También lo que vemos en los hombres es una ilusión, y la más terrible de todas —respondió ella—. Si Hera, Artemisa, Deméter y Atenea no nos guardaran a nosotras las mujeres, y no nos confortaran y guiaran, la humanidad habría desaparecido hace tiempo de la tierra.

—¿Y habría sido eso tan terrible? —preguntó él en broma.

—En absoluto —dijo ella, y rieron juntos.

Jamás se habían demostrado tanta ternura y estado tan unidos, ni siquiera en un momento de pasión. Pero la resolución crecía en la mente de Aspasia, y sus labios tenían ahora una firmeza nueva. «Ya no soy joven —se recordaba a sí misma—. Tengo diecinueve años, y debo crearme mi propia vida antes que sea demasiado tarde. Las enfermedades de la edad atacan rápidamente a las mujeres». Luego sentía el corazón débil y abrumado, y lloraba cuando estaba sola.

Una tarde, al caer el sol, cuando Al Talif se incorporaba en la cama para tomar la comida que le había preparado, le dijo con ligereza:

—Te devolveré con buena salud a tus esposas y a tus mujeres; sólo por eso habrán de estarme agradecidas. Él hizo una pausa y la miró con ternura.

—No te has mencionado a ti misma, queridísima. Ella se volvió hacia la ventana donde el sol caía rojizo sobre un lago de esmeralda y dijo:

—Oigo vientos lejanos que despiertan ecos en mi alma.

La acarició él íntimamente sin comprender, y Aspasia sonrió entre lágrimas y luego le dio de comer. Al Talif no sabía ahora prescindir de sus cuidados y cuando dormía a su lado en los almohadones, se alzaba sobre un codo y contemplaba el rostro pálido de su amada.

Llegó a pensar que ya no era joven, pero que le era más preciosa que la vida misma, y que todas las demás mujeres no eran nada a su lado. Pero no hablaría de esto con Aspasia. No le comprendería, siendo una mujer. Ella suspiró en sueños y Al Talif se preguntó por qué suspiraría. «¿Vientos lejanos?», se dijo. Eran palabras ambiguas, pero las mujeres siempre tenían extraños caprichos que carecían de importancia. Le acarició el cabello y también él se durmió satisfecho.

Había un gran jardín en la ciudad, lleno de pájaros, monos, fuentes y muchos animales extraños. El cólera había cedido ya y la ciudad revivía de nuevo con el ruido, los bazares y las caravanas, música, tiendas, risas y campanas, y los templos estaban abarrotados de todos cuantos agradecían a los dioses que la peste hubiera desaparecido. Incluso los que lloraban a sus muertos sentían el despertar del año, pues los almendros florecían ya y los mirtos y sicómoros se cubrían de hojas nuevas. Los olivos brillaban como plata, y los árboles frutales parecían nubes de nieve rosa y blanca, destacándose contra un cielo que semejaba ser de ópalo. Incluso los gruñones camellos se movían más aprisa y los caballos hacían cabriolas.

Al Talif y Aspasia estaban sentados uno al lado del otro en un banco de mármol en aquel enorme jardín observando los colores en constante cambio de las fuentes que lanzaban sus brazos transparentes al sol. Los eunucos armados hacían guardia en torno, y también las sirvientas de Aspasia. Les esperaba la litera, con su techo de oro brillante a la luz. Aspasia sentíase a la voz triste, cansada y esperanzada. Al Talif le tenía cogida la mano al abrigo de la capa roja y los ojos de Aspasia, sobre el velo, le sonreían. Aún se sentía débil y en ocasiones tenía temblores intensos durante la noche, pero era obvio que pronto estaría bien del todo. Su delgadez era menos acentuada.

—Dentro de cuatro semanas podré viajar con la caravana —dijo—. Volveremos a casa. Ella no contestó y apartó los ojos.

—¿Acaso sientes dejar Damasco? —preguntó Al Talif. Agitó la cabeza. Un pájaro rojo se posó junto a ellos con ojos ávidos, luego tendió sus alas al sol y desapareció. —Te debo la vida, amada mía. De no haber sido por ti me habría reunido con mis antepasados.

Aspasia seguía guardando silencio pues sufría un ahogo repentino de insoportable dolor en la garganta. Al fin dijo:

—Pero ¿no me has dicho que todo está sentenciado? Si hubiera sido tu destino que murieras, señor, habrías muerto, y mis cuidados no habrían conseguido salvarte.

La risa de Al Talif era casi tan vibrante como antes de su enfermedad.

—No soy supersticioso, ni creo en tus Hados. Te he dicho ya, mi rosa del valle, que nada está decidido de antemano por el destino y que todo lo que se refiere al hombre es un accidente, pues no es posible que la Divinidad esté pendiente de nuestra insignificancia en la amplitud de Sus dominios.

La recuperación de la salud le hacía sentirse joven de nuevo. La noche anterior Aspasia había dormido satisfecha en sus brazos y Al Talif la había retenido abrazada mucho tiempo, como los hombres abrazan el tesoro de su vida. No, no era joven, pero

seguía siendo hermosa; ahora ya no pensaba en su belleza recordando sus cuidados y su devoción para con él, y su incansable solicitud. Evocaba las horas que había pasado a su lado leyéndole en voz alta y observando ansiosamente sus cambios de expresión. Ninguna tarea le había resultado repulsiva, ningún aspecto de su enfermedad repugnante. Como le hubiese cuidado una madre, así había obrado ella a lo largo de noches de sufrimientos intensos y espasmos convulsivos y, aunque a menudo le animaba él a que descansara, Aspasia se limitaba a sonreír muy pálida. Adelgazaba por días, y sus ojos parecían cada vez más grandes en su rostro traslúcido. Al Talif no la despertaba nunca, pero ella siempre estaba allí, inclinada sobre él. A veces se quedaba dormida exhausta, y ni siquiera entonces le soltaba la mano. El menor movimiento de Al Talif la despertaba por completo, como un vigilante está alerta al rumor más lejano. Tampoco permitía que las esclavas le atendieran.

Recordando todas estas cosas, le dijo muy conmovido:

—Mañana, amada mía, te llevaré a mi joyero, y todo lo que él tenga es tuyo. Será una pequeña señal de gratitud por salvar mi vida, pero es la única recompensa que puedo darte.

Aspasia inclinó la cabeza y pensó: «¡Ah!, ¿es eso todo?». Luego habló en voz alta:

—Señor, yo no deseo más joyas, he recibido mucho de tu generosidad.

—Entonces, ¿cómo podré pagarte, Aspasia?

Estalló en un sudor frío. Debía hablar ahora, o jamás tendría el valor de hacerlo. Alzó los ojos nublados de lágrimas y, tras el velo, susurró:

—Señor, déjame ir en paz con tu bendición.

Al Talif quedó atónito. Se volvió de modo que pudiera mirarla fijamente a los ojos:

—¿Irte, Aspasia? ¿Dónde irías y por qué? No podía creerlo.

—Deseo volver a mi antigua casa de Mileto por algún tiempo, y luego ir a Atenas y abrir una escuela para jóvenes que quieran ser algo más que un simple placer para los hombres, que quieran vivir tal como los dioses anhelarían que lo hicieran, pues, ¿no trabajan sin descanso Atenea y Artemisa, no atiende Deméter la tierra, y no es Hera la reina del Olimpo, siempre entregada a sus deberes? Las diosas son fuertes, aun siendo del sexo femenino. Con seguridad que los dioses pensaron en que la vida de las mujeres también debería ser importante en la tierra.

Al Talif seguía incrédulo, pero una palidez se había extendido sobre su moreno rostro como una sombra de alas blancas.

—¿Es que quieres dejarme? —preguntó.

—Señor, debo hacerlo. Ahora sus lágrimas corrían sobre el velo, pero los ojos le miraban con franqueza. Sintió él un dolor profundo en el pecho, como si le hubieran herido de muerte. Su mano soltó la de Aspasia. Miró fijamente ante sí y ella cerró los ojos para no desfallecer e implorarle que no le concediera este deseo.

—¿En qué te he ofendido, Aspasia, que quieres abandonarme para siempre?

«¡Ah! Si tú me hubieses amado, aunque sólo hubiera sido un poco, no huiría de ti, corazón de mi corazón. Pero los hombres son incapaces de amar en la medida de nuestras esperanzas, y eso está en su misma naturaleza. Cuando aman, su amor se desvanece, y una nueva mujer les sirve de consuelo y disertación. No te reprocho, cariño; sólo reprocho mi propia locura, mi locura de esperar, cuando la esperanza era imposible. Había olvidado lo que aprendí en casa de Targelia y ese fue mi peor error. Soy una mujer».

Al no recibir respuesta, él continuó:

—Entonces, ¿no me cuidaste por amor, sino como una esclava que cuida a su amo, como una esclava cumplidora que piensa en el deber?

Aspasia habló en voz baja:

—Recordaba nuestros años juntos, nuestro afecto y nuestro gozo. Tú eres un hombre de valía, señor, y debías seguir viviendo.

—¿Para qué? ¿Para quién? —preguntó con amargura.

—Tienes esposas e hijos. ¿No significan nada para ti, señor?

Pensó él ahora en tres de sus hijos, jóvenes de los que se sentía orgulloso y que tenían ante sí un gran futuro, y que le amaban. Aunque los padres no solían estimar a las hijas, había dos que por su belleza y afecto le eran muy queridas.

Aspasia continuó:

—Vuelve a los tuyos, y al amor que sienten por ti. Tú sigues siendo su señor y su protector. ¿No es suficiente?

Al Talif no contestó. Sus ojos cambiaban bajo la gran fuerza de sus pensamientos y sus pasiones en rebeldía. Luego dijo:

—¿Es que nada de lo que te he dado tiene valor para ti, Aspasia?

—Señor, tiene un valor inestimable. Jamás te olvidaré, pero debo irme. Alzó su velo para mirarla al rostro y en él leyó una resolución férrea, pero no vio cómo le temblaban los labios.

—Es una pena que seas tan erudita, Aspasia —dijo con voz dura—. Los conocimientos no están hechos para las mujeres, pues las transforman en algo distinto de lo que la naturaleza pretendía.

—Para ser erudita hay que ser también inteligente, señor, —ahora estaba profundamente ofendida—. ¿Es que ha de malgastarse la inteligencia de las mujeres?

—La naturaleza de las mujeres consiste en amar, cuidar y servir. A ellas no les concierne la plaza del mercado, ni el comercio, ni los asuntos del mundo.

—Pero no has respondido a mi pregunta, señor.

—El absurdo no tiene respuesta. —Se detuvo; volvía a sentirse débil y agotado—. ¿No hay nada que pueda hacer para persuadirte de que te quedes conmigo?

«Sí —pensó—. ¿Puedes decirme que me amas, lo que sería mentira, y jurarme que, sobre todas las cosas, me querrás eternamente?». Pero dijo, casi en un susurro:

—Nada hay en tu poder, señor, que lograra persuadirme, porque lo que yo deseo

no puedes dármelo. Cierto que puedes quitarme tus joyas y enviarme sin defensa alguna a las calles, como me amenazaste una vez. No sé cómo lograría sobrevivir en ese caso. Por eso te pido que me permitas conservarlas y me dejes libre.

—¿Crees que soy cruel y desagradecido?

«¡Oh, dioses! —lloró ella en su interior—, ¿es la gratitud lo único que conoces, amado mío?». El amargo desaliento la dominó.

—No pido gratitud, porque es algo pobre y que se da a disgusto y con resentimiento. Hice lo que tenía que hacer. No volvamos a hablar de ello. Pero sí hay una cosa que aún puedes darme: paz.

—¿No has conocido la paz conmigo? Se llevó Aspasia la mano a la garganta, donde sentía un dolor insufrible.

—No —dijo.

Al Talif guardó silencio. La palidez se agudizó en su rostro, pero, cuando ella le tocó alarmada, él retiró su mano, y Aspasia se estremeció.

—La paz es para los muertos —dijo—. ¿Eres tan estúpida como para creer que los vivos pueden conseguirla? Seguramente Targelia te enseñó algo mejor.

—Como de costumbre conversamos sin hablar de lo mismo —se quejó—. La paz que yo deseo no es la paz que tú entiendes.

Hizo él una seña a los portadores de la litera y dijo:

—Sólo entiendo que quieres dejarme. Te debo mucho, Aspasia. Te debo varios años de placer y conversación, y la contemplación de tu belleza. Has sido mi compañera en mis horas vacías, y las has llenado de dicha y felicidad. Ninguna otra mujer ha sido para mí lo que tú, y eso tampoco yo lo olvidaré.

—El mundo está lleno de mujeres complacientes —dijo, embargada por la tristeza—. No te será difícil sustituirme.

Esto dolió más a Al Talif que cualquier otra cosa que hubiera podido decirle, e hizo un gesto brusco.

—Tengo una caravana que sale mañana. ¿Quieres formar parte de ella?

¡Mañana! Entonces no habría una última despedida, un último abrazo. Era lo mejor, pero también lo más cruel.

—Sí —dijo.

—Dispongo de criados que te llevarán adonde desees ir. Confío en que eso te satisfaga, Aspasia —hablaba con voz monótona y carente de emoción—. En cuanto a las joyas, también te las doy con mi gratitud, y añadiré una bolsa de monedas de oro. —Se detuvo y sonrió sombríamente—. Ve en paz, Aspasia, si eso es lo que deseas sobre todas las cosas.

«No deseo eso, amado mío, pero es todo lo que me queda en este mundo maldito. Es un deseo estéril, el deseo de los muertos y los desesperados. Pero es todo lo que tengo».

Volvieron a la posada en un silencio increíblemente penoso. Esa noche le envió Al Talif una gran bolsa llena de monedas de oro, pero ni una palabra, ni una súplica.

Las mujeres reunieron todas las posesiones de Aspasia y las metieron en los cofres, regocijándose y sonriendo cuando ella no las miraba. Se decían en susurros:

—La extranjera ha sido despedida y la felicidad volverá de nuevo a la casa del señor. Tiene mal de ojo. Todas nos alegraremos en el harén cuando ya no esté.

Partió la caravana con la tienda de Aspasia. No hubo una última despedida de Al Talif, ni una muestra de su solicitud. Aspasia pensó: «Ya me ha olvidado». Se había echado sobre los almohadones de la tienda y, cuando la caravana inició la marcha, se levantó, apartó la tela que cubría la entrada y permaneció en el umbral. Pero no estaba allí Al Talif. Las puertas de la posada se cerraron tras la caravana y esta inició su largo camino. Si Al Talif hubiese aparecido, ella habría corrido hacia él implorándole que no la dejara ir.

«¡Qué desgraciados somos cuando los dioses atienden a nuestras plegarias!», pensó con desesperación creciente. Se tumbó de nuevo sobre los almohadones, se cubrió el rostro con un paño de seda y se entregó al tormento, a un sufrimiento que jamás antes había experimentado. Era como una concha vacía arrojada sobre la playa, desnuda de la criatura vital que la habitara. Sentíase vacía a excepción del dolor que la inundaba y que hablaba de desolación, de un corazón destrozado, del término de una vida y de una soledad eterna. No derramó lágrimas. Los muertos no lloran por ellos mismos. Sólo pueden recordar.

De nuevo llegó el otoño a Persia y las grandes caravanas empezaron a formarse y a partir con diversos destinos. Pero Al Talif no acompañó a ninguna.

—Aún estoy recuperándome de una grave enfermedad —decía a sus amigos comerciantes—. Además, ya no soy joven.

Ellos aceptaban esta explicación porque eran caballeros. Pero en todas partes se murmuraba que la hermosa Aspasia, la corona de su harén, su adorada y adorable, había desaparecido de su casa. ¿La habría despedido él, o habría muerto en Damasco?

Las mujeres y eunucos murmuraban también. Aquellas sentíanse felices de que la protegida de Abhriman hubiera partido, y se mostraban solícitas en los intentos de divertir a su señor. La esposa mayor le sugirió que adquiriera una nueva esposa más joven en los mercados de esclavas de Grecia o Macedonia, donde se decía que había muchachas tan rubias que tenían los cabellos casi blancos, los ojos del color de los jacintos y una carne nívea como perlas. Además eran diestras en la música y el baile, y amables y llenas de gracia. La esposa mayor, que amaba a su marido, temía por él. Se había quedado muy delgado, y su rostro oscuro, antes alegre y animado, parecía de bronce. No aceptaba invitaciones. Se sentaba en los jardines o a solas en su cámara y no hablaba. Pocas veces acudía a su biblioteca, de la que en tiempos se enorgulleciera sobre todos los demás tesoros. Ya no compraba libros. No recibía a nadie.

Las mujeres que sirvieron a Aspasia en Damasco se vieron atacadas a preguntas y tuvieron que repetir la historia incontables veces. Era bastante simple, pero su imaginación maliciosa suplía los detalles que faltaban. El señor se había hartado del descaro de aquella mujer. Ya era demasiado vieja, no le había dado ningún hijo y se mostraba ociosa y discutidora. Le habían oído discutir frecuentemente con ella. Incluso insinuaban que Aspasia le había echado una maldición causándole una misteriosa enfermedad con sus encantamientos, de modo que Al Talif había estado muy cerca de la muerte. Cuando se recuperó, en contra de las esperanzas de Aspasia, lo comprendió todo y la despidió. Se había ido con una pequeña caravana, y nadie la había visto desde entonces.

—¡Regocijaos —dijeron a las esposas, concubinas y esclavas— porque el señor vio la luz a tiempo, pues, si Mitra o Zoroastro no llegan a intervenir, habría muerto!

La esposa mayor era muy aguda y algo más lista:

—Entonces, sabiendo todo eso, ¿por qué no hizo que la mataran?

—Había lanzado un hechizo sobre él. ¿No lo vi yo misma? —preguntó Serah.

—Una verdadera Circe —añadió otra de las esclavas, que era griega. Serah se vio forzada a explicar sus palabras, y las mujeres expresaron su horror, alzando las manos al cielo—. ¡Convirtió a nuestro señor en un cerdo! —gritó la esposa menor

temblando, mientras sostenía a su último hijito en brazos.

La esposa mayor dijo:

—Tonterías. Él la adoraba. ¡Si lo sabré yo! La mujer que ama a un hombre como yo le amo sabe cuándo otra mujer se adueña de su corazón. Sí, la mujer enamorada lo presiente aquí en el pecho —y se tocó el enorme pecho—. Y también sé que Aspasia le amaba. Al Talif murmuraba su nombre en sueños cuando dormía junto a mí con las palabras más tiernas y sonriendo a la luz de la luna. Ningún hombre hace eso a menos que su amor sea correspondido. ¡Si lo sabré yo!

Las otras la miraron con disgusto, pero también con respeto.

—Sin embargo —continuó la esposa— es mejor que ya no nos moleste. Es un misterio del cual debemos sentirnos satisfechas. Vámonos a los templos a ofrecer una acción de gracias y a rogar para que él la olvide rápidamente.

—Permitió que se llevara con ella todas las joyas fabulosas que le había regalado.

—¡Otro maleficio! —gritó la griega.

—Bobadas —insistió la esposa—. Los maleficios no pueden herir a nuestro señor; es demasiado poderoso para ellos. Si lo permitió fue porque era su voluntad, aunque nos resulte inexplicable. —Sentíase enojada a la mención de la edad de Aspasia, pues ella tenía un año o dos más. Suspiró—: ¿Quién es capaz de entender a un hombre? Ellos hacen lo que quieren y nosotras, las mujeres, no podemos comprenderlo.

Pero una de las esclavas que sirvieron a Aspasia en Damasco cerró los labios. Lo que tenía que decir era demasiado importante para susurrarlo en el harén. Y también demasiado valioso. Tal vez mereciera un precio elevado.

¿Quién lo pagaría? Al fin pensó en Kurda, que no había viajado a Damasco. Él pagaría la información. Pero Kurda no se rebajaba con frecuencia a murmurar con las mujeres y estaba muy ocupado sirviendo a Al Talif, ya que le amaba y ahora estaba abrumado por su aspecto.

Luego se extendió el rumor de que Al Talif se paseaba por los largos corredores a la luz de la luna y las estrellas, contemplando los jardines y recorriéndolos como un perturbado, sin poder dormir y vencido por la angustia. Durante la noche se le oía caminar, con pasos monótonos, hasta el amanecer. Se decía que en ocasiones gemía y se estrujaba las manos.

Las sirvientas contaron que Aspasia había llorado en su tienda después de la partida de Damasco.

—Se acostó como un lirio en el oasis, pero jamás dijo nada.

—Pero entonces —dijo la esposa mayor— esos dos se amaban. ¿Por qué se separaron?

Una noche en que Al Talif dormía junto a ella y se despertó, le dijo con amabilidad:

—Señor, tú volviste a nosotras, a mis brazos. La extranjera no era mujer para ti, y es mejor que la hayas despedido. Los hombres no despiden a las mujeres que aman a

menos que su conducta haya sido odiosa. ¿Fue así la suya?

—No —dijo él conmovido por su amor—. Pero no debemos hablar de eso. Lo que ha pasado, ha pasado.

—Sin embargo, tú sigues deseándola, señor, y eso es algo duro para mí.

Al Talif dejó el lecho y volvió a recorrer los corredores que fueran el paseo favorito de Aspasia; y así día y noche. Miraba las escenas que ella había contemplado. Se sentaba en el lugar que ella ocupara. Los rumores crecieron de nuevo. Se pasaba horas en la cámara de Aspasia, donde nunca había estado antes, sentado allí tras la puerta cerrada. Incluso dormía en el lecho de Aspasia.

A veces la odiaba por el deseo ardiente y constante que sentía de ella. Esperaba distinguir el sonido de su voz, su perfume, su rosa, su conversación apasionante, el contacto de sus blancas manos. Recordaba cómo le había cuidado, y decía en voz alta y, con el gesto duro:

—¿Por qué, Aspasia, si no me amabas? ¿Era sólo por una astucia, para lograr que te permitiera dejarme, ya que una vez me negué?

Pero sabía mejor que nadie que Aspasia jamás se mostró hipócrita con él. Siempre había actuado con sinceridad, con una franqueza de carácter que nada podía nublar, y un orgullo que desdeñaba la mentira. Le había pedido que le diera la paz, y él había accedido. ¿Qué paz era esa que tanto deseaba? Al Talif lo ignoraba. Sólo sabía que en su interior se consumía de angustia y confusión y que nada podía calmarlo. El tiempo no lo suavizaba. Cada día suponía una nueva confrontación con el dolor y la desesperación, la furia y la soledad. En vano se decía a sí mismo que sólo era una mujer, en un mundo de mujeres amables; que había sido una hetaira cuya compañía comprara en la célebre casa de Targelia. Había momentos en los que le dominaba un deseo casi incontrolable de buscarla, de implorarle que volviera, de hacerla volver por la fuerza si era necesario, pero, conociendo a Aspasia, sabía que todo sería inútil. El pájaro libre no puede ser capturado de nuevo, pues enferma y perece en la jaula por mucho afecto que se le conceda. Al pensar en esto se cogía los cabellos, agitaba la cabeza atormentado, y repetía su nombre en voz alta una y otra vez, como si fuera un encantamiento. Se despreciaba por su angustia, pero esta perduraba. ¿Por qué se había apresurado tanto?, pensaba. La había dejado ir sin jurarle su amor, su necesidad de ella. Empezó a pensar que de haberlo hecho, de haberle expresado cuánto la necesitaba, Aspasia se habría quedado únicamente por piedad. Ella nunca le había amado; las artes que utilizaba para satisfacerle y darle un placer casi insoportable eran artes enseñadas y no surgían por tanto de su espíritu. El pensamiento de que una mujer le compadeciera y se quedara junto a él por piedad le enfermaba el cuerpo y también la mente. Pero había momentos en que se sentía tan abyecto como un esclavo azotado, y le hubiera bastado poder verla y tenerla en sus brazos. Inútil que se dijera que era un sátrapa, y un mercader rico, que a menudo se sentaba con Artajerjes en su corte, y que Aspasia no era nada más que una mujer comprada y ya no tan joven. No era por pasión por lo que la deseaba, y con tan

ardiente deseo. Era por ella, por ella misma. La había dejado ir sin una protesta, sin una súplica. ¿Qué eran ahora para él sus esposas y todas sus mujeres? Ninguna de ellas era Aspasia, la singular, la incomparable. A su lado eran cuervos comparados con un pájaro de plumaje brillante, o gorriones al lado de un ruiseñor. «La amaba más de lo que creía, ¡ay! —se decía—. Pensé que la olvidaría en una semana, en un mes. Pero su fantasma de belleza sublime está en todos los salones, en el jardín, en todas las habitaciones de mi casa. Me vuelvo en la noche para abrazarla y ella no está allí. Si hubiese muerto no la lloraría más...».

Ni siquiera veía a sus hijos, a los que amaba. No eran Aspasia; ni sus mujeres eran Aspasia. Todo lo que poseía en el mundo carecía de significado sin ella. Sus cabellos espesos y oscuros empezaron a blanquear en las sienes, y la angustia de su espíritu le agotó el cuerpo dejándolo lánguido e inerte.

El rostro de Aspasia le perseguía, sonriente, grave, burlón, contemplativo y ansioso como el de un niño. La veía hablando de filosofía con él, y de asuntos graves, y aun a pesar suyo admiraba aquel intelecto, que había sido para él —ahora lo sabía— como una fuente en el árido desierto, un intelecto único, brillante, agudo como el acero de Damasco que busca un blanco, y también sutil. Ella le había comprendido como nadie le comprendiera antes. Se sentía sereno, alegre y satisfecho en su presencia, incluso cuando no yacían abrazados en el lecho. Recordaba lo mucho que habían reído y bromeado juntos, a pesar de que a menudo se mostrara brutal con ella y la olvidara en muchas ocasiones. Ahora comprendía que Aspasia nunca dejó de estar en su mente, a pesar de todo, y que siempre solía volver a su lado como un amante insatisfecho que nunca cree haber estado bastante con su amada.

«¡Ay!, yo te dejé ir, mi cisne blanco, mi adorada —se repetía una y otra vez—. No sabía lo que poseía hasta que me dejaste y volví a las mujeres aburridas que sólo saben parlotear y no tienen más que su cuerpo. Tú tenías un cuerpo también, y no distinto del de otras mujeres. Pero confieso ahora que no fue tu cuerpo lo que amé, sino tu alma, tu mente y todo cuanto tú eras, amada mía. ¿Quién podrá reemplazarte? Te veo en todas partes, y todas las cosas me hablan de ti, y ya no puedo soportarlo; yo, que he tenido tantas mujeres y esposas; yo, que soy un hombre. ¿Será que el hombre ama únicamente lo que ha perdido para siempre? No puedes decir eso de mí, porque siempre te amé. Tenía que haberte retenido a mi lado, unida a mí siempre, sin olvidarme nunca».

Sentíase rebajado, asqueado de sí mismo. Pero el anhelo perduraba, creciendo cada día. Apenas podía comer lo que le ponían delante. Estaba ausente de todo. Vivía en una nube que tornaba las cosas en irreales a sus ojos. Aspasia había estado con él menos de cuatro años y sus esposas llevaban mucho más tiempo en la casa. Sin embargo, al recordarla, le parecía como si la hubiera conocido siempre, y esperado durante la vida. Con toda intención las esposas enviaban a sus hijos a los jardines, pero él ya no se regocijaba en ellos, ni los admiraba, ni deseaba su presencia.

Hablaban tan tontamente como sus esposas. Volvía a la biblioteca y cogía los

libros que Aspasia tuviera en sus manos, y una vez, con gran horror por su parte, empapó un rollo con sus lágrimas.

Al fin Serah buscó a Kurda, que la escuchó con ojos brillantes haciéndosele la boca agua. Se humedeció los labios. Le dio la moneda de oro que Serah le pidiera e incluso se dignó a darle un golpecito de aprobación en el hombro, y con gusto. Luego buscó al Rais de la caravana, el cual interrogó a su vez a los hombres que condujeron la tienda de Aspasia. Al cabo de varias semanas encontró a uno de los hombres del patio, que había observado algo muy extraño, y luego descubrió otro detalle más.

Kurda se preguntó cómo recibiría su señor esta información. ¿Con furia, repulsas y castigos? ¿O con gratitud? Por la noche se incorporaba en el lecho frotándose la barbilla libre de pelo, debatiéndose en su interior sobre el modo de enfocar el asunto. Al fin ya no pudo esperar más y le buscó en la biblioteca. Entró silenciosamente, y Al Talif, delgado y tristón, le miró con impaciencia. Kurda se inclinó.

—Señor —dijo—, tengo noticias para ti, si puedes soportarlas, sobre la extranjera que despediste hace casi un año.

Al Talif se levantó de un salto y sus huesos se transformaron en rígido metal bajo su piel.

—¡Habla! —gritó, sintiendo una emoción gozosa en su pecho.

¿Habrían encontrado a Aspasia? ¿Dónde podría hallarla? Kurda miró en torno y vaciló.

—Te encolerizará, señor, y temo que tu cólera caiga sobre mí, que soy inocente, y no sobre el hombre con quien esa mujer te traicionó.

Al Talif quedó inmóvil. Miró al eunuco con labios secos y firmes. Finalmente dijo:

—No había ningún hombre, ningún amante. Pero cuéntame ese absurdo, pues sé cómo la odiabas, y te juró que no te castigaré por vil y embustero que el relato sea.

Kurda le miró implorante y dijo:

—El hombre es uno de tus amigos y compañeros, que ya ha ido contigo en una caravana. Es Damos de Damasco; fue invitado en tu casa hace ya tiempo.

Sin dejar de mirarle, Al Talif volvió a sentarse lentamente. Recordó la noche en que Damos cenara con él y le fueran ofrecidas las niñas e interviniera Aspasia. Recordó que, antes de ese instante, ella había estado agitada a su llegada al comedor, y que él se había preguntado si no habría reconocido a uno de los invitados.

—Sigue —dijo a Kurda, juntando las manos oscuras sobre la túnica.

Kurda, a pesar de su temor, contó la historia muy bien y sin omitir detalle:

—Encontré a uno de los hombres que condujeron la tienda de la extranjera. Este consiguió ver a Damos cabalgar junto a la plataforma en la que la mujer se hallaba de pie. El conductor la vio dejar la tienda y deslizarse hasta la parte trasera. Curioso, también él fue a la parte posterior de la plataforma observando cómo la extranjera le daba una carta a Damos. Habían murmurado y hablado en voz baja, por eso el hombre no consiguió oír su rápida conversación. Ella parecía implorarle algo. El

conductor habló con su compañero sobre este extraño suceso —continuó Kurda observando temerosamente a Al Talif por si surgía un gesto de violencia hacia él—. Pero el compañero le contestó que, como Damos era tu amigo, señor, y un invitado en la caravana, sin duda la extranjera le estaba dando un mensaje para ti, ya que se sabía que no la habías llamado en varias noches. Por eso el hombre olvidó el incidente, creyendo la explicación.

Al Talif no habló. Kurda tenía la garganta seca y no veía más que aquellos ojos terribles clavados en él.

—Serah —siguió hablando—, una de las sirvientas de la extranjera, vio un incidente mucho más grave en Damasco. Me describió su inquietud mientras estaba prisionera durante el cólera, y cómo recorría constantemente las habitaciones como un demonio, tornándose su expresión más salvaje por días. Luego, una tarde, estando Serah enfrascada en sus oraciones contra la peste, observó que se detenía súbitamente junto a una de las ventanas y miraba hacia abajo, como si algo hubiera atraído su atención. Al cabo de unos segundos pasó a la otra cámara, donde tenía dispuesto un retrete, corriendo cuidadosamente la cortina tras ella. Serah acudió primero a la ventana, donde vio a Damos, que miraba hacia arriba, a la ventana de la cámara pequeña. Con asombro de Serah, la extranjera se soltó el cinturón enjoyado y lo bajaba por las rejas hasta Damos, quien lo cogió instantáneamente y ató allí una carta. Luego la mujer lo recogió con todo cuidado y Damos se alejó.

»Serah fue entonces hacia las cortinas y, entreabriéndolas apenas, descubrió a la mujer en el acto de leer la carta, que luego guardó en su seno. Serah no habló de estos incidentes extraños a las demás esclavas, ya que es prudente y no deseaba pasar por murmuradora. Pero la estuvo vigilando y, más tarde, la observó cómo dejaba furtivamente la misiva sobre los carbones del brasero.

»Cuando se me informó de tales sucesos empecé a interrogar por mi cuenta, y no sólo me enteré de que la extranjera le había entregado a Damos una carta o mensaje mientras la caravana se dirigía a Damasco, sino que además encontré a otros dos hombres de la caravana, que estaban en el patio mientras Damos se la entregaba furtivamente. Simularon no ver nada. En aquel momento no les pareció interesante, ya que no llegaron a ver con claridad a la mujer en la ventana, aunque sí reconocieron a Damos, pues, ¿no había cabalgado este junto a ti, señor, durante el viaje en muchas ocasiones? Si él se traía algún lío con una mujer, ¿qué les importaba?

»Cada una de estas revelaciones por sí sola, señor, ya sería bastantes grave, aunque pudiera hallárseles explicación por separado —dijo Kurda.

Pero los tres sucesos, combinados, tienen importancia suma.

Al Talif guardó silencio largo rato. No creyó ni por un instante que Aspasia le hubiera sido infiel. Recordó que Damos era griego, y era posible por tanto que hubiese conocido antes a Aspasia, a pesar de que él había dicho que nunca habitó en Mileto, y que ni siquiera visitó tal ciudad. Luego había mentido. Al Talif recordó que Damos siempre se mostraba amable y deferente con Aspasia, y que incluso hablaba

de ella con Al Talif en la posada durante la visita de Hepzibah. Su voz había sido gentil, como si se refiriese a una gran dama y no a una cortesana, y había permitido que su esposa conversara a solas con ella, algo muy peculiar en un judío virtuoso. Y, ¿no le había llevado las niñas aquellas a su esposa en vez de a su lecho?

¿Habría sido un patrocinador casual de Aspasia cuando ella estaba en casa de Targelia? No. Esta sólo entregaba vírgenes a los hombres ricos, ilustres o distinguidos, y Aspasia había sido virgen en el lecho de Al Talif; de eso estaba convencido. Porque había encontrado una cualidad prístina en Aspasia, una frescura y una inexperiencia que no podían fingirse y desde luego no ante un hombre como Al Talif, conocedor de las mujeres y del cuerpo femenino.

O bien alguien había conquistado a Aspasia para apartarla de su señor, o bien ella había convencido a Damos para que la ayudara a huir; pero por qué razón, Al Talif lo ignoraba. Damos, privado de una esposa cariñosa a la que amaba, había seguido viviendo en Damasco, cuidando y consolando a sus hijos, y había llorado cuando Al Talif se despidiera de él. Nada podía consolar su pena por la pérdida de Hepzibah, y su dolor era genuino. La desesperación no era fingida. Por tanto no había existido relación sensual entre él y Aspasia.

Sí, pero de no ser por él, Aspasia estaría en la casa y Al Talif no se hallaría al borde de la locura. ¿De quién habían sido aquellas cartas enviadas y recibidas en el camino de Damasco y en Damasco mismo? Sólo había una respuesta: Targelia. Aspasia no conocía a nadie más, excepto a las doncellas de casa de Targelia, pero ellas habrían salido de allí hacía tiempo, pues ahora habrían pasado casi cinco años. Sí, sólo podía ser Targelia. Al Talif sintió que la sangre acudía a su rostro, que la rabia le consumía. Iría a casa de Targelia lo antes posible y le arrancaría a Aspasia. O bien, se dijo cuando la marea de la esperanza empezó a anegar su rabia, la induciría a volver con él, aun cuando se hubiera ido ya con otro protector.

Pero quedaba el asunto de Damos, que había traicionado su amistad.

Kurda seguía ante su amo, aguardando y observando las expresiones que cruzaban el rostro de Al Talif, su modo de alzar las cejas y de fruncirlas al enfrascarse en sus pensamientos, el rubor de la cólera y lo apretado de sus labios, y también la palidez del dolor.

Al Talif se dio cuenta de que el eunuco esperaba ante él. Dijo:

—Envíame a Serah y a los hombres que no hayan salido aún para Siria. Kurda casi salió corriendo de alivio de la habitación. Durante algún tiempo no tuvo noticias de Al Talif; un día este mandó llamarle.

—Tengo una tarea para ti, Kurda —dijo con voz suave y serena—, pero primero déjame que te regale esta bolsa en muestra de gratitud.

Kurda se sintió abrumado de alivio y amor, y le besó la mano.

—¡Mándame lo que quieras, señor!

—Debes ir a Damasco y conseguir que se asesine en secreto a un hombre: Damos de Damasco. No lo hagas personalmente. Contrata asesinos. No vuelvas hasta haber

cumplido la misión.

—¡Oírte es obedecerte, señor! —gritó Kurda jubiloso, y corrió a disponerse para el viaje y planear la muerte de Damos con tal destreza que jamás fuera él sospechoso de la conspiración.

Luego Al Talif fue a Mileto y buscó a Targelia, vieja ya. Ella le recibió con amabilidad y demostraciones de placer. Le dijo inmediatamente:

—Pero ¿por qué no has traído a mi hija, mi amada Aspasia, a visitar a quien tanto la quiere? Dime, señor, ¿cómo le va en tu casa? ¿Te ha dado ya algunos hijos?

Al Talif la miró con unos ojos como puntas de dagas. Le enfermaba la desilusión y la pérdida de su esperanza. Dijo:

—¿No te ha escrito, Targelia, a ti, que la amabas y atendías tanto?

—No he recibido palabra de ella, Al Talif, desde que salió para tu casa, ni tampoco yo le he escrito. ¿Por qué me miras de modo tan extraño? ¿No está bien Aspasia?

Su simulación de alarma y terror fue excelente, y él cayó en la trampa.

—Está bien —dijo a Targelia y se marchó rehusando la oferta de permitirle examinar las doncellas jóvenes de su casa.

Cuando volvió varios meses más tarde, halló a Kurda en casa. Este no dijo nada; se limitó a asentir en silencio con sonriente satisfacción. Al Talif le regaló otra bolsa.

Luego se entregó durante largo tiempo a la desesperación.

Segunda Parte

PERICLES

«Entre todos los hombres, él era el más justo».

ZENÓN DE ELEA.

1

Después que Zenón de Elea hubiera visto a Pericles, hijo de Jantipo y Agarista, el padre le visitó en su casa. Tras un saludo afectuoso dijo:

—La madre de mi hijo, muy interesada por las apariencias que, según ella, suponen el primer paso hacia el poder, se queja de que el cráneo de Pericles se eleva demasiado sobre su frente y los rasgos de su rostro.

—¿Acaso un gran hombre se queja si no se ve aceptado por las aclamaciones de los seres inferiores, desconocidos e insignificantes? No. Se regocija más bien, porque aquello que se acepta comúnmente es execrable, degradante y carente de valor. Un titiritero, un atleta, un bufón, un púgil, un cantante o un actor, son aplaudidos por la plebe, cuyos apetitos son los mismos que los de los animales del corral. ¿Quién desearía verse aplaudido por esa gentuza?

—¿Quieres decir que mi hijo no pertenece al ambiente mundano? —preguntó Jantipo con humor.

—Señor —repuso dignamente Zenón—, jamás me he equivocado con un alumno. Si no hubiera advertido los ojos serenos, francos y radiantes de tu hijo, y no hubiera visto cuanto he visto en ellos no habría consentido en ser su tutor. Tiene una prestancia regia, incluso a una edad tan temprana, y la prestancia es algo digno de admiración. Le considero el más hermoso de los jóvenes, aunque sólo tenga doce años. Hay virilidad en su aspecto, autoridad en su mirada. Predigo para Pericles un futuro que sobrepasará al de los hombres inferiores a él y que resonará a través de los siglos.

—Yo pido a los dioses que sea un gran soldado —afirmó el padre.

—Hablas como militar —dijo el maestro, y sonrió con indulgencia—. Tu hijo, según creo, porque le he observado, será un gran genio militar, pero también la gloria de la nación. He consultado al oráculo de Delfos.

—Pero eso es superstición —dijo el padre, en extremo supersticioso aunque, por muchas razones, escéptico y pragmático.

—Se dice —observó el maestro— que la superstición es hija de la experiencia. ¿Quién sabe qué poder controla el destino y los asuntos de los hombres?

El padre meditó, acariciando la blanca túnica de lino.

—Has mencionado la gloria de la nación. ¿Qué más glorioso que ser un soldado?

—Se dice —repitió el maestro— que la historia es la sombra de los grandes hombres. O de los hombres monstruosos. El genio militar es admirable, pues preserva a una nación en su configuración física. Pero hay otro genio: la llama del intelecto. Tu hijo está dotado de ambos. Como dije, he consultado el oráculo de Delfos, y te juro que Apolo me ha contestado.

El padre se mostraba incrédulo.

—¿Que Apolo te contestó, Zenón?

El erudito apartó los ojos sonriendo ante aquel rostro brillante de cinismo.

—Así lo creo, y con una base razonable. No soy una mujer histérica, ni un hombre dado a sueños estúpidos. Sopeso y medito las cosas, Algo en mi alma me asegura que tu hijo no es de casta común, ni le preocupan las aspiraciones comunes.

Zenón de Elea, aclamado por los demás filósofos de la época como el creador de la dialéctica —es decir: la demostración de que las discusiones no tienen como fin la victoria personal, sino el establecimiento de la verdad— era un joven delgado, de poca estatura, rostro flaco, pálido y puntiagudo en el que sus negros ojos eran focos de luz brillante que dominaban todos sus rasgos, dando a su expresión una vivacidad extraordinaria y un poder notable. Al verlos, uno olvidaba otros atributos insignificantes tales como la frente siempre llena de arrugas, el pelo negro, tieso y duro, que llevaba muy corto y sobresalía por encima de las orejas enormes, la nariz algo respingona y la boca nerviosa y móvil —que sugería, erróneamente, un temperamento inestable— cuando esos ojos llameantes e intensamente vivos se volvían al que hablaba. Entonces era cuando el interlocutor, de pronto atónito, se percataba de una presencia oculta, de un brillo que sobrepasaba al de la mirada de otros hombres, y que daba fe de una fuerza extraordinaria e inquieta. Muchos creían que su cuerpo frágil se consumiría con aquella incandescencia en cualquier momento, incapaz de contener el núcleo de fuego que ardía en su interior. Como sus modales eran sencillos, con frecuencia tímidos, y jamás disertaba en alta voz ni demostraba arrogancia —pues era invariablemente amable y cortés, y se interesaba por las opiniones de los demás— algunos decían que no tenía nada de sabio, sino que se limitaba a repetir las palabras geniales de su maestro y amigo Parménides, que sabía despreciar al intelecto inferior y tenía una lengua punzante. Otros, incluso, consideraban febriles sus ojos y ridiculizaban su extraño dominio, juzgándolos histéricos y afeminados, o bien síntoma de alguna enfermedad física o mental. Imitaban su voz suave, que a veces se tornaba aguda y atemorizada al tropezarse con discutores arrogantes en exceso. Ridiculizaban sus brazos infantiles, delgados y pálidos, e ignoraban las manos largas y hermosas.

Pero los dotados de percepción le escuchaban admirados y se levantaban cuando Zenón entraba en una habitación o se detenía a hablar en una columnata a los estudiantes y, cuando partía, comprendían que, por unos instantes, habían estado en presencia de una fuerza irresistible, y que hasta el mismo aire había vibrado. Su sencillez, decían estos, era la sencillez del mármol iluminado por el sol, o la simplicidad del fuego.

Tenía un patrimonio considerable, pero vivía sin ostentación en los suburbios de Atenas, contentándose con una casa pequeña y cuadrada, cubierta con un emparrado de vides. No tenía esclavos y él mismo atendía a sus necesidades, haciéndose incluso el queso de cabra, cociendo el pan y bebiendo el vino resinoso de sus propias uvas.

Este modo de vida tan austero no era afectación ni desdén por el lujo, y ni siquiera se debía a su sencillez innata. Había descubierto que cuantas menos necesidades tiene el hombre, más independiente es, y que esas necesidades estorban a la mente y son esclavas de un cuerpo ansioso, además de artificiales, y no debían cultivarse puesto que el espíritu perecería. Pero sentía un gran amor por la tierra; su casita se alzaba junto a una huerta de olivos y árboles frutales, rodeada de suaves senderos de grava roja entre el verdor de los cipreses, en primavera de una gran variedad de flores. Ante ella, se extendía una amplia vista del mar. Cultivaba todo cuanto crecía bajo sus manos tiernas y con frecuencia aseguraba —entre las risas de los envidiosos— que la sabiduría que poseyera la había adquirido escuchando a los árboles y la tierra.

Aceptaba muy pocos alumnos privados, y además sólo de uno en uno, y únicamente cuando estaba convencido de que el alumno poseía cualidades extraordinarias de mente y espíritu. De otro modo prefería conversar al atardecer bajo la fresca claridad de las columnatas del Ágora con los alumnos de otros filósofos y maestros, sin desacreditar jamás a sus mentores, pero ampliando con destreza y elocuencia los pensamientos de los jóvenes. Se ponía de pie entre ellos con su túnica burda de lino gris recogida en la cintura con un cordón sencillo de plata que siempre estaba frotando con los dedos, con ese amaneramiento nervioso del hombre cuyas reflexiones son más amplias y rápidas que la lengua. Pero la política le aburría, a no ser que se hallara relacionada con algún principio de la filosofía, universal y a la vez única. Como estas ocasiones eran raras, prefería ignorar la política y, en una ocasión, negó a decir que los políticos debían ser abolidos, observación que nada añadió a su reputación de sabio.

Era conocido como el maestro de las paradojas, y le encantaba pronunciarlas. También se hallaba siempre en peligro frente a las autoridades pías y ortodoxas y los sacerdotes de Atenas, pues afirmaba con frecuencia que sólo Uno tenía existencia, y que la creencia en Muchos era un error.

—Sí, sí, Zeus, si es que al Desconocido se le puede dar un nombre, pero sólo Zeus —decía, aunque admitía que la poesía sublime vivía del concepto de los Muchos, y que el monoteísmo no podía ser comprendido en realidad por la mente finita de los hombres—. Si los hombres no pueden hallarse simultáneamente en diez mil lugares y poseer una comprensión universal, entonces es imposible que comprendan la omnipresencia de la Deidad y su conocimiento omnisciente, instantáneo e ilimitado.

Hasta entonces los sacerdotes no le habían molestado ni perseguido abiertamente, pues le juzgaban loco e insignificante.

Jantipo le había visitado en un atardecer brillante, llegando en una litera con incrustaciones de plata y llevada por seis esclavos vestidos con todo lujo. Nunca había visto antes a Zenón, pero sí conocía su fama, ya que Jantipo sobresalía en la política, aparte de ser un militar notable que dirigiera el escuadrón que había aniquilado parte de la flota de Jerjes en Micala. Astuto también, comprendió que la

ostentación no impresionaría a Zenón, pero era un hombre que amaba el lujo y la exhibición de la riqueza y, según dijera con humor a su esposa Agarista, no era un hipócrita pretencioso que visitaba a un sabio a pie y con las sandalias cubiertas de polvo. Zenón estaba inspeccionando los nuevos olivos cuando llegó Jantipo, así que se volvió y estudió tranquilamente a su visitante. Había visto a Jantipo a distancia en muchas ocasiones, y al reconocerle acudió a saludarle sin disculparse por las manos sucias y las hojas que le habían caído sobre los hombros. Había barro en una de sus flacas mejillas. Pero nada podía ocultar el negro esplendor de sus ojos ni la lucidez repentina de su sonrisa. Jantipo se sintió muy afectado y, al mirar aquellos ojos, se conmovió al igual que todos los hombres que lo conocían.

De modo que bajó de la litera en vez de reclinarsse en los almohadones y dirigirse a Zenón por las entreabiertas cortinas. Extendió su mano ruda de soldado y Zenón la aceptó con inocencia infantil. Sin embargo, el agudo político y militar supo ver que el filósofo no era un hombre simple y vulnerable. Estaba armado con su virtud.

A su vez Zenón estudió al visitante y quedó sorprendido, como ocurría siempre, por el rostro de Jantipo, que parecía negar su profesión, su valor y su genio militar. Era demasiado alto para ser griego, y su cuerpo tenía la esbeltez y ligereza de un atleta, y una peculiar rapidez de movimientos que implicaba poder y masculinidad. Su rostro, largo y estrecho, pálido y suave, tenía la delicadeza despectiva de un aristócrata persa. (La verdad es que admiraba a los persas, a los que había derrotado). Esto daba a su expresión una arrogancia sutil que le hacía el preferido de las mujeres. Llevaba la barba en punta de los persas, y su nariz era fina y aquilina, y la boca sensual, de labios rojos y gruesos. Sus ojos eran del color del cielo griego a mediodía, intensos, increíblemente azules, y muy duros. Sus cejas eran negras, como el cabello bajo la capucha blanca de la toga, y nacían demasiado cerca de los ojos en el entrecejo, subiendo exageradamente hacia las sienes, lo que le daba un aire cínico que intimidaba a los menos sutiles.

—Te saludo, Jantipo, señor.

—¿Me conoces, Zenón de Elea? —preguntó Jantipo con cierta sorpresa.

—Te he visto alguna vez de lejos —contestó el filósofo. Se volvió hacia la casita cubierta ahora con el verde pulido de las hojas de vid en primavera—. ¿Puedo ofrecerte de mi propio vino, queso y pan, y un poco de fruta?

—Gracias —dijo Jantipo.

Lanzó al filósofo una mirada aguda y penetrante de curiosidad. Le serenidad y falta de temor de Zenón sugería que cualquier explicación llegaría inevitablemente con el tiempo, y que sólo necesitaba paciencia.

Jantipo estaba acostumbrado al servilismo incluso de sus iguales, pero Zenón no era servil. Se apartó para dejar que Jantipo le precediera, pero este se detuvo a mirar la tierra cubierta de verdor, la huerta, los árboles, el terreno elevado que permitía la vista del puerto plateado de El Pireo, la Acrópolis cubierta de nuevos templos y la misma Atenas, que se alzaba blanca y rosada bajo las primeras luces del crepúsculo

sobre sus colinas. Más allá estaba el mar, de aguas de un intenso azul con jirones de color púrpura, en cuya superficie los barcos anclados se balanceaban a impulsos de la brisa y la marea. Algunos salían al mar, y sus enormes velas blancas captaban aquella luz brillante. El soldado no era sentimental, aunque sí poeta en lo más secreto de su corazón. Al advertir la paz de aquella escena, los jardines que rodeaban la casita de Zenón, las cabras que ramoneaban allí cerca, e inhalar el aroma de la tierra en primavera, inocentemente lasciva, y de la hierba y los árboles en flor, sintió el orgullo, la humildad y la exultación de ser griego. Ya no juzgaba sorprendente — aunque no creyera en los dioses— que estos prefirieran con frecuencia la noble tierra de Grecia al Olimpo. Y, sobre todo, a las hijas de la tierra. El viento marino era cálido y puro como la seda, y tan fresco como el lino lavado al sol.

—Este —dijo— es un lugar feliz.

—Sí, lo es, y lo será en el futuro. Gozo y belleza, pasión y delicia, color y transparencia, la resonancia absoluta de la mente y el espíritu. Lo sé en mi corazón. He tenido mis visiones.

—¡Ah! —dijo Jantipo.

Desconfiaba de las visiones, aunque tuviera la suya propia. Entró en la penumbra fresca de la casa y, a pesar de ser hombre de lujos, aprobó la austeridad del interior, los muebles que eran sólo suficientes, sus muros blancos y el suelo de piedra sencilla, los libros a los que Zenón había destinado reverentemente más de la mitad del espacio, las sillas y bancos suaves, pero no pulidos, otras sillas bajas y una mesa. Más allá de esta habitación distinguió la pequeña cámara de Zenón, su lecho estrecho y un cofre oriental, el único toque de color en la casa, con sus esmaltes y la cerradura de hierro forjado. Luego, al mirar aquel cofre, Jantipo, el militar, el hombre abiertamente sibarita, comprendió que en el espíritu de Zenón había una veta de exaltación y alegría ante la vida. El filósofo entró ahora en la casa y colocó sobre la mesa un jarro de leche de cabra, un plato de queso, aceitunas, pan casero de olor delicioso, un jarro de vino, una fuente de verduras, miel, espárragos y bayas, de excelente fragancia. Había también una fuente de ajo fresco, una botella de vinagre y un plato de olorosa mantequilla de cabra. Los platos y copas, iguales a los usados por los campesinos, eran de arcilla roja típica de Grecia, utensilio de los campesinos, las cucharas y cuchillos del metal más pobre, y las servilletas del lino más grosero.

—Un banquete —dijo Jantipo.

Había pronunciado estas palabras por pura cortesía, pero se sorprendió al descubrir un íntimo placer en su corazón. Se sentó en un banco junto a la mesa y Zenón hizo una libación a los dioses. Jantipo alzó las cejas. Aquel sonrió:

—Si existen, esto les complacerá —dijo. Jantipo sonrió.

El crepúsculo rojo brillaba a través de las ventanas, altas y estrechas, mientras los hombres tomaban aquella comida reconfortante. Jantipo miraba con curiosidad, interés y reflexión a Zenón. Había creído que su misión era sencilla. Ahora veía que no. La dicha y la tranquilidad —tan puras e insondables como el agua— llenaban la

casa.

Dijo a Zenón:

—Tengo un hijo de doce años, Pericles. Necesito un tutor para él y he oído hablar muy bien de ti, Zenón de Elea. Este pareció alarmado y nervioso.

—Señor, acepto muy pocos alumnos, y sólo de uno en uno, y los suelo elegir yo mismo.

—¿Qué requisitos exiges en un alumno, Zenón? Vaciló. Miró en torno como disculpándose.

—Señor, únicamente acepto alumnos que sean tan inteligentes que intriguen mi mente y exciten mi interés. —Alzó aquellos ojos extraordinarios hasta el rostro del soldado—: ¿Crees que tu hijo es así? Jantipo apretó los labios, luego apuró su copa hasta el fondo y Zenón volvió a llenársela inmediatamente. El sol daba ahora en el rostro de Jantipo, y el filósofo se mostró interesado, pues veía con claridad unos rasgos entre desdeñosos y delicados en aquella cara sutil.

—Creo que mi hijo tiene cualidades excepcionales, incluso a tan temprana edad. Es serio, pensativo y algo reservado. Se interesa por muchas cosas extrañas. Es disciplinado. No necesita riñas ni amonestaciones, ni castigos. Es de una pieza, como la piedra, como la configuración del mármol.

—¡Ay! —dijo Zenón.

Jantipo quedó atónito y se echó atrás en el banco.

—¿¡Ay!, dices?

—Los hombres así son peligrosos —repuso Zenón—. Desde el seno de su madre saben lo que desean, y nadie puede apartarles de ello. Están imbuidos por el destino, y eso resulta desastroso para los hombres inferiores.

Jantipo se sintió extraordinariamente adulado y complacido.

—Es posible —dijo— que, como padre, haya exagerado las cualidades de mi hijo.

—Eso espero, pero a la vez confío en que no —y Zenón, que era abstemio, rellenó su copa por tercera vez y la apuró de un trago. Cruzó sus largas y blancas manos, manos de sabio, sobre la mesa y las contempló—. Veré a tu hijo.

—Enviaré una litera a buscarte mañana —ofreció el militar.

Se pusieron de pie, y Zenón le acompañó a las verjas donde aguardaban los esclavos. Cuando Jantipo hubo partido, Zenón se apoyó en ellas y miró a lo lejos y meditó. En una o dos ocasiones agitó la cabeza, como excitado y abatido a la vez. El sol era ahora una mancha sangrienta en el cielo, y llegaba un viento helado del mar.

Se acercó a sus cabras y a una de ellas, que le había dado un topetazo juguetonamente le dijo:

—Querida mía, tú no eres humana, y por eso prestas homenaje a los dioses.

2

Zenón miraba entre las cortinas bordadas de la litera las colinas de Atenas, que parecían temblar bajo el calor y la luz radiante, aunque era muy temprano por la mañana; las casas blancas y apiñadas sobre ellas, con sus tejas de piedra roja; las nubes de polvo plateado que volaba sobre todo ello, y el azul intenso del cielo griego. Atenas era una ciudad muy pequeña. Apenas dos años antes había sido arrasada hasta los cimientos por Jerjes, a excepción de algunas partes de los suburbios, donde vivían Zenón y Jantipo; sin embargo, como el Fénix, se había alzado de sus cenizas con su celo y energía características y había procedido a su reconstrucción. La vida intelectual que dominaba en ella no había sido mayor que su fuerza interior y su fiera decisión, y pronto las murallas ennegrecidas quedaron de nuevo cubiertas de yeso, se renovaron y limpiaron los templos y se volvieron a cultivar las huertas. Sin embargo, aún no era una ciudad hermosa. La campiña amenazaba con invadir sus calles estrechas, y no se hallaba lejos de las casas más ilustres. Era muy corriente ver rebaños de cabras y ovejas, de gansos y cerdos, pasando lentamente junto a los muros de las casas recién construidas, los nuevos edificios del gobierno y los templos. Los animales pacían en las laderas de la Acrópolis, casi desnuda, mientras los pastores, olvidados ya de los persas y sus antorchas, se sentaban a la sombra de los laureles, comían pan y queso y bebían el repulsivo vino resinoso. El corazón de la ciudad, como antes del incendio, olía a letrinas y a estiércol animal.

Los espartanos y tebanos descalzos, junto con unos pocos atenienses, hombres sin importancia, fueron los que derrotaron al poderoso Jerjes en Micala y sobre todo en Salamina y después en Platea. ¿Se había salvado Grecia sólo por un aparente milagro? Al final, los griegos disponían únicamente de sus manos desnudas y pies ensangrentados, sus dientes y uñas, una vez desaparecidos y destruidos sus débiles escudos, las espadas y su pequeña flota de embarcaciones. ¿Qué secreto íntimo les había movido a luchar así, haciéndoles superiores a todos los demás hombres, aunque fuera por breve tiempo? ¿Qué había inspirado a su espíritu mezquino y envidioso, a su mente discutidora, y les había dado un valor tan increíble?

El ansia de libertad. «¡Ah! —pensó Zenón, esa es la mayor ambición que hay en el alma de los hombres, mayor que su deseo de mujeres o su anhelo de oro, plata y conquistas. Sin embargo —se dijo cuando la litera inició su ascenso por otra colina de aire más puro y fresco— hubo algo más que salvó a Grecia cuando su salvación parecía imposible. Los sacerdotes hablaron de los dioses». Zenón reflexionó en ello, aunque él creía en los Hados y sólo pocas veces especulaba sobre la hipótesis de la Divinidad. ¿Era posible que Grecia hubiera sido salvada por el designio de los dioses? Y, de ser así, ¿con qué fin? Sonrió ante su ilusión patriótica, pero su sonrisa

no era despectiva, era tan sólo ligeramente divertida. ¡Si pudiera creer con sencillez en los dioses!

Entonces algo profundo conmovió su corazón, como si una serpiente dorada se hubiera agitado sobre una roca ardiente, y Zenón sintió una dulzura y una emoción poderosas, jamás antes experimentadas.

La casa de Jantipo, que se había librado del incendio, brillaba blanca bajo el sol, y su tejado parecía de rubíes brillantes. Estaba rodeada por un muro bajo y blanco cubierto de flores rojas, púrpura, rosa y blancas, y flanqueado por unas hileras de cipreses puntiagudos. Pero, como la casa se alzaba en una altura del terreno, no quedaba oscurecida. Había un esclavo en las verjas, vestido como un soldado y, al abrirlas, asumió una postura militar. Zenón pudo contemplar ahora los terrenos de la casa, atravesados por senderos de grava roja, macizos de flores y plantas exóticas en flor, y enormes jarrones de porcelana llenos de capullos y hojas verdes y lustrosas. La casa era alta, de dos pisos, con columnas jónicas que brillaban al sol; su atrio era fresco, decorado con fuentes y helechos. Figuraba entre las casas más selectas de la pequeña Atenas y todo en ella era elegante, y el espíritu artístico de Zenón le dio su aprobación.

Penetró en la frescura del atrio y fue recibido por Jantipo, que vestía una larga túnica azul y un cinturón de plata de complicado diseño oriental del que pendía una daga alejandrina artísticamente trabajada. Su rostro quedaba algo fuera de lugar en aquel marco noble de la sobria arquitectura griega y parecía más adecuado para el palacio de un sultán. Jantipo sugirió al momento que tomaran un refresco, y los dos se sentaron a la sombra de un muro, en el pórtico exterior; un esclavo trajo vino refrescado en las aguas de un manantial, pan blando, fruta, queso excelente, un plato de carne de ganso y otro de cerdo frío con su propia gelatina, alcachofas en aceite de oliva y ajo, y bayas todavía húmedas de rocío. Zenón vio que la vajilla era de plata y de cerámica de dibujo exquisito, y las copas de cristal egipcio decoradas con hojas de vid y uvas de plata.

Un esclavo permanecía a sus espaldas con un gran abanico de hojas de palma que, al agitarse, no sólo traía una brisa fresca, sino que alejaba a las moscas. Jantipo hizo la libación a los dioses y sonrió a Zenón, quien siguió su ejemplo. Unas tórtolas, cuyas alas captaban el brillo del sol, volaban sobre sus cabezas. Ahora, al aumentar el calor, se advirtió el olor seco pero aromático de la piedra, del polvo, las especias y la tierra cálida. Zenón comía con apetito. Una babel de voces y risas femeninas llegaba de la parte posterior de la casa, donde estaban las habitaciones de las mujeres, y el dulce sonido de una lira. Jantipo dijo:

—Mi esposa Agarista no es estúpida e ignorante como la mayoría de las esposas atenienses, ya que tuvo tutores en casa de su padre y —se detuvo y sonrió— tiene una opinión muy elevada de sí misma y de su intelecto. Sin embargo, he hallado acertados sus consejos en innumerables ocasiones, y tiene destellos de sabiduría capaces de asombrar a un hombre. Ha expresado su deseo de hablar contigo después

que veas a nuestro hijo. Confío en que esto no te ofenderá.

Zenón vaciló; luego inclinó la cabeza.

—He visitado la escuela de las cortesanas y he hallado allí mujeres de intelecto y belleza extraordinarias, y he obtenido provecho de su conversación. Targelia, que dirige ahora tal escuela en Mileto, es una mujer de excelentes dotes intelectuales y espirituales, y el visitarla supone una delicia.

—Ah, sí —dijo Jantipo, que poseía una amante educada en la escuela—. Es un parangón de lo que las mujeres deberían ser y no son. Pero tal vez sea eso una suerte para nuestra nación, pues fue escrito por la Sibila que, cuando las mujeres dominen una nación y a sus hombres, y mezclen sus voces en la política, las artes de la guerra y el intelecto, esa nación decaerá y se derrumbará.

Zenón se mostraba vacilante:

—Sin embargo, supone un despilfarro estúpido de lo que está al alcance del hombre el ignorar a esas mujeres cuya mente es como la nuestra, o incluso puede ser superior. Cuando ellas —y devolvió su sonrisa a su anfitrión— poseen también belleza, encanto y talento, son formidables y, ¿quién puede resistírseles?

—Las mujeres no necesitan más que a un hombre, pero los hombres necesitan muchas mujeres. Nada es tan terrible para la mente como la monotonía.

—Yo la encuentro estimulante —dijo Zenón, que, viendo la sorpresa de su anfitrión, continuó—: Cuando el ambiente y la vida exterior no se hallan en proceso de cambio y transformación, no distraen la mente. Pero si un hombre ha de atender a mil trivialidades de la existencia, que pasan como la sombra de las nubes, pero que de momento parecen imprescindibles, le resulta imposible meditar en una hipótesis, una teoría científica, una elaboración filosófica complicada o una idea de originalidad notable. Debe atender a los mínimos acontecimientos como un campesino atiende a sus vacas, y después de eso queda exhausto.

Y sonrió como disculpándose a Jantipo, que parecía divertido.

Un lagarto corría por las piedras del pórtico y un esclavo fue a darle un palo, pero Zenón dijo con una voz extraordinariamente aguda:

—Deja vivir a esa cosa tan hermosa, pues hay muy poca belleza viva en este mundo. Además, ¿te ha ofendido? ¿Te ha mordido en el pie o te ha envenenado? ¿No tiene tan buenas razones para vivir como tú? ¿Quién eres tú para acabar con su vida?

Luego enrojeció porque se había dirigido a un esclavo, y riñéndole, en presencia de su amo. Pero Jantipo dijo con voz musical:

—Has hablado con verdad. ¿Quién es el hombre para decidir lo que está por debajo de él? Las bestias nos sobrepasan en una cosa: tienen la virtud de su ser, y se adhieren a las leyes que se les han dado. Nosotros no. Zenón repuso:

—«Adherirse a las leyes de su ser». Pero ¿no será que los hombres somos más inteligentes que las bestias porque nos rebelamos constantemente contra las leyes de nuestro propio ser?

—Nosotros tenemos el fuego de Prometeo —dijo Jantipo. Sus mejillas estrechas

y hundidas brillaban con la luz de su mente, y sus ojos miraban felices a Zenón—. Sin embargo, ¿no es mejor que poseamos el fuego peligroso como nuestro servidor a que carezcamos por completo de él? Forma parte de la rebeldía del hombre el hecho de que pueda contemplar algo mayor que sí mismo y conocer a los dioses, aunque estos le destruyan. Las bestias no se rebelan. —Revolvía la copa entre sus manos nerviosas y parecía más y más excitado—. No hay ninguna virtud positiva en adherirse a las leyes del propio ser.

Zenón sonrió.

—Escribiré un tratado sobre ello, a pesar de que los sacerdotes no lo aprobarán.

Jantipo asintió y dijo:

—Hablamos como hombres violentos, y solemos deplorar la rebelión.

—Hay mucho que decir de la violencia inteligente —dijo Zenón—. Surge del vórtice al que ascendieron los dioses, y del holocausto del que surgieron los mundos.

Jantipo llamó con unas palmadas al vigilante del atrio.

—Por tanto volvemos a las antiguas preguntas: ya que el hombre es una presencia turbadora y extraña en este mundo, que se revuelve contra las leyes naturales y en consecuencia invita al eterno caos, ¿no sería mejor que se le eliminara?

—Los dioses son violentos —dijo Zenón riendo—. Del brillo ígneo de sus manos hace surgir Dios al universo, y de las rocas en ignición forma Él los continentes. Los mares entran en convulsión y así surgen las islas, los ríos y lagos: la naturaleza es turbulenta y está en constante cambio; tal vez de eso podamos aprender una lección importante.

—Muy cierto —señaló Jantipo frunciendo el ceño, y apoyó el codo en la mesa, apoyando la barbilla en la palma de la mano—. Sin embargo, hay políticos que dicen que, si tuviéramos sacerdotes-reyes y pudieran exigir la obediencia de los hombres y una conducta siempre dócil, entraríamos en la tierra inmortal del gozo y el engrandecimiento.

—En ese caso —dijo Zenón— serían los políticos los que gobernarían, y no los sacerdotes-reyes. Los sacerdotes se muestran obsequiosos ante el poder de otros, y lo obedecen.

Los esclavos escuchaban con astucia y, debido a eso, incluso el valiente y poderoso soldado Jantipo, que despreciaba a los sacerdotes, se apresuró a decir:

—¿Quién tiene acceso a los dioses sino los sacerdotes? —le hizo un guiño disimulado a Zenón, cuyo rostro quedó como tallado en mármol y no por temor, sino por disgusto. Acudió el vigilante del atrio y Jantipo exigió la presencia de Pericles, su hijo.

El joven entró en el pórtico con el esclavo que siempre le acompañaba, un anciano con barba. Zenón miró al muchacho que contaba doce años, Pericles, hijo de Jantipo, de la casa de Colargo, de la tribu Acamantis; y Jantipo miró también a su hijo con orgullo sonriente y dijo:

—Su madre, como sin duda sabrás, Zenón de Elea, es la nieta de Clitenes, que

arrojó del poder a los hijos de Pisístrato, poniendo así fin a la época de los Tiranos, e intentó volver a las leyes y principios de Solón. Pero eso, como sabemos, era un sueño muy poco práctico. Mi esposa dijo a sus esclavos, cuando se hallaba próxima a dar a luz a mi hijo, que había sido llevada al lecho de un león —y Jantipo miró irónicamente a Zenón y le hizo un guiño.

El sol era cegador en el pórtico incluso a esta hora, y las sombras intensas y recortadas, de un azul muy oscuro y el cielo vibraba como una turquesa en llamas. Pericles permanecía sereno bajo aquel brillo, reservado y casi indiferente al escrutinio de aquel desconocido, como si sus pensamientos estuvieran muy lejos de allí. Era muy alto para su edad, y delgado, pero musculoso. Parecía mayor de lo que era. Iba vestido con la túnica verde y corta de la preadolescencia bordada con la llave griega en el borde inferior y en las mangas; las piernas eran delgadas pero firmes, y los pies, calzados con sandalias, largos y estrechos. El cuerpo y porte tenían la elegancia y gracia admirada por los atenienses, y el cutis era blanco como la leche. En su rostro se marcaba la fuerza y finura de los huesos patricios, tan sutilmente formados que parecían destacar sobre la carne y dominarla. La nariz era ligeramente aquilina, y los labios rosados algo sensuales, pero bien formados y controlados. Sus ojos, de un azul tan pálido entre las rubias pestañas, parecían casi incoloros, como los de una estatua. Tenía el cabello de color trigo, brillante y rizado en la nuca y en torno a las mejillas, y el cuello blanco era largo y delgado, erguido y flexible.

Todos sus rasgos formaban un conjunto de belleza exquisita y masculina a excepción de la frente que, aún del color y firmeza del mármol, se alzaba a una altura extraordinaria, igual que la parte superior del cráneo, lo que le daba un alargamiento desproporcionado al rostro, disminuyéndolo y empequeñeciéndolo. Una altura tan grotesca había llamado la atención de sacerdotes y autoridades como algo anormal y, de haber nacido Pericles de padres menos ilustres, sin duda habría muerto y le habrían enterrado metido en un jarrón. Porque las autoridades no permitían que sobrevivieran las criaturas con desviaciones corporales o rostros grotescos.

Zenón, en deferencia al muchacho —pues, ¿no son siempre susceptibles los niños a las miradas de los adultos?— no dirigió todo el poder de sus ojos hacia Pericles, sino que los fijó en algún punto próximo a su mejilla.

—Te saludo, Pericles, hijo de Jantipo —dijo en voz muy alta y amable. El muchacho respondió:

—Te saludo, Zenón de Elea.

Este quedó sorprendido ante su voz tan profunda, que carecía de la agudeza propia de la infancia.

—He hablado de ti, Zenón, a mi hijo —dijo Jantipo— y le he dicho que estoy tratando de persuadirte para que seas su tutor.

Por primera vez miró Pericles a Zenón con intensidad y este volvió a sorprenderse, pues no era la mirada temerosa y suspicaz de un muchacho sino la calculadora de un hombre, sin miedo, pero cauta.

Observándole ahora comprendió con toda su intuición que no necesitaba interrogar a Pericles para descubrir su inteligencia. En aquellos ojos pálidos se reflejaba el fuego interior de su intelecto, juicio y poder latente, y su brillo sólo podía provenir de una mente de gran agudeza. Pericles pareció fijar su atención en Zenón como si obligara a sus pensamientos a dejar el lugar lejano en que se hallaban; sin embargo, cuando clavó en él los ojos lo hizo con una mirada totalmente consciente e intensa, no difusa ni vaga.

«Cierto, un niño (si acaso es que se le puede llamar niño) notable, y con cierta cualidad terrible en potencia», pensó Zenón.

Jamás había dicho esto a otro alumno al que tuviera en perspectiva, pero ahora lo hizo:

—¿Me aceptas como tutor, Pericles, hijo de Jantipo? A esto el joven sonrió con cortesía y lanzó una mirada su padre.

—Sí —dijo, y Zenón, riéndose un poco de sí mismo pensó: «Me han dado el espaldarazo».

—Lee y escribe perfectamente —dijo el sutil Jantipo que había comprendido aquel intercambio de dos inteligencias y se sentía agradecido.

Se acarició la barba negra y puntiaguda y adoptó una actitud digna en la silla.

—Entonces está decidido. No encontrarás torpe a mí hijo, Zenón de Elea, sino poseedor de una mente curiosa y ansiosa de verse dirigida e ilustrada.

«Dudo que se deje guiar jamás, excepto por una mujer, y sólo en ocasiones», pensó Zenón con una mueca.

—Su madre tuvo tutores que la educaron en casa de su padre —continuó Jantipo — ya que este se engañaba creyendo que las mujeres poseen intelecto. Sonrió. Extendió la mano con negligencia hacia su hijo y Pericles se acercó a él, le tomó la mano y se apoyó contra el hombro de su padre. Zenón no pudo reprimirse y dijo:

—Pericles, no va con tu carácter el aceptar a nadie de inmediato. ¿Por qué me has aceptado a mí?

—He leído algunos de tus escritos —dijo el muchacho. Zenón alzó las cejas.

—¿Y qué opinas de ellos, hijo mío?

—Son lúcidos —respondió Pericles; sonrió a Zenón y su sonrisa era la de un hombre, prudente y un poco divertido. El rostro de Zenón se tornó grave.

—Eso es un cumplido —dijo—. Si los jóvenes pueden comprender a un sabio, este ha conseguido ser inteligible.

Vio que Pericles le miraba con aquella turbadora intensidad que jamás permitía la intrusión de un pensamiento extraño.

Jantipo despidió a su hijo con un beso en los labios y Pericles se inclinó formalmente ante Zenón, saliendo con su esclavo. No corría ni agitaba los miembros sin propósito, como otros niños. Caminaba con la firmeza y serenidad de un hombre. Zenón dijo a Jantipo:

—Tu hijo no es un niño. Es un hombre, y me siento honrado de enseñarle. Le

dolían los ojos a causa de la luz y lo intenso de sus pensamientos.

—Tal vez sea verdad que mi esposa fuera llevada al lecho por un león —dijo Jantipo riendo—. Un león blanco de melena dorada. ¿No se parece a eso mi hijo?

Zenón no respondió con la frivolidad que Jantipo esperaba. Meditó y luego dijo:

—Sí. —Unió las manos entre las rodillas, contempló las piedras del pórtico y tomó un sorbo de vino como ensimismado. Jantipo le miró dudoso; luego se encogió de hombros. Con una palmada llamó al vigilante y, cuando el esclavo pasó al pórtico, le dijo—: Haz venir a la señora Agarista del gineceo a reunirse inmediatamente con su marido.

Como Zenón era un hombre, además de un invitado, Agarista entró en el pórtico acompañada de dos esclavas con el cabello corto habitual, túnicas largas y sencillas y los brazos y pies desnudos. Pero Agarista llevaba un peplo de lino rojo con un cinturón de hilos de oro trenzados, y era tan alta que no necesitaba los zapatos de tacón que estaban de moda entre las atenienses ricas. Los alfileres de sus hombros brillaban de joyas y había muchos anillos en sus manos largas, blancas y esbeltas, y pulseras en los brazos. Tenía una figura noble, sí bien en exceso delgada para el gusto de muchos hombres, y sus senos se agitaban bajo los pliegues del peplo según era la moda, pues así se demostraba que no necesitaba de adminículos que los elevaran. Su cabello era rubio y muy brillante, tan abundante y ondeado que no llevaba peluca ni postizos siquiera para darle más cuerpo. Lo llevaba sujeto con cintas doradas. Zenón vio que Pericles había heredado de su madre el refinamiento de los rasgos faciales, el cutis lechoso, la boca hermosamente formada, la nariz aquilina y el azul casi incoloro de los grandes ojos. Pero si Agarista era altiva y fría, su hijo tenía gravedad y prestancia. Evidentemente era una mujer muy consciente de su valía y su inteligencia, pues su mirada era augusta y los modales sugerían que ni siquiera su marido —el notable militar de tanta fama, y el político no menos hábil— se hallaba del todo a su altura. En cuanto a Zenón, a quien ella había deseado ver, y con cuyos escritos estaba familiarizada, se le reveló como un hombre pequeño, de aspecto nada distinguido, el pelo muy mal cortado y un cuerpo infantil, por lo que quedó desilusionada y, en cierto modo, ofendida. Al advertirlo Zenón pensó: «¿Es que había esperado un Aquiles, un Apolo o al menos un Hércules de un poema de Homero?».

—Zenón de Elea, te presento a Agarista, la señora de mi casa —dijo Jantipo, que admiraba y respetaba a su esposa, y por la que también sentía una aversión profunda. La amaba a su modo por sus dotes de carácter, su belleza y su historia familiar, pero con frecuencia la hallaba tediosa, pues no tenía sentido del humor, sólo arrogancia.

Se inclinó ligera y fríamente ante Zenón y él advirtió la gracia de su cuerpo esbelto bajo los pliegues del peplo dispuestos con todo cuidado. Jantipo no la invitó a sentarse, ni ella se habría sentado sin la invitación del esposo. Miró intencionadamente una silla vacía de ébano incrustado de perlas, pero como nada dijera Jantipo cierto sonrojo cubrió su rostro traslucido y sus ojos pálidos tuvieron por un instante el brillo del metal desnudo. Estudiándola con una ligera sonrisa y en

silencio Jantipo dijo al fin:

—¿Deseabas hablar con Zenón de Elea, señora, según dijiste?

Se echó atrás en la silla, luego se llevó un limón a la boca con aire negligente y chupó su jugo. La mortificación aumentaba su sonrojo. No miró a Zenón sino que se dirigió a su marido:

—Señor, ¿le consideras un tutor adecuado para nuestro hijo? El filósofo empezaba a compadecerla. Dijo pues:

—Señora Agarista, encuentro a Pericles ejemplar y veo al destino en él. Por tanto he consentido en enseñarle.

Agarista, a pesar de su humillación creciente, oyó con todo agrado la voz y, sobre todo, las palabras de Zenón. Se volvió a él, aunque manteniendo los ojos bajos. Tenía una voz tan fría e incolora como la nieve.

—Zenón de Elea, tú repites lo que he oído en mis sueños y he visto en mis visiones. No creo que exageres ni adules, sino que dices sólo la verdad.

—Cierto, señora —dijo Zenón enojado porque Jantipo parecía absorto en la tarea de escoger determinada nuez en un cuenco moviéndolas todas ruidosamente con un dedo largo, como si buscara una determinada. De modo que se puso de pie en un gesto de cortesía hacia Agarista.

Por lo visto Jantipo había hallado la nuez que buscaba y ahora la partió entre los dientes blancos y fuertes, y sus ojos azul oscuros brillaron burlones.

—¿Te sientes satisfecha, Agarista? —preguntó como si se dirigiera a la favorita entre sus esclavas, reclinándose seductoramente en el asiento.

Agarista, cuyo rostro sonrojado había palidecido de pronto de ira y vergüenza, inclinó la cabeza, y Zenón tuvo que admirar su compostura y dignidad, si bien sus modales no fueran agradables.

—Bien, entonces puedes retirarte —dijo su marido agitando la mano en gesto amable.

Sabía que Agarista tenía el propósito de interrogar a Zenón largo y tendido e impresionarle con el honor que se le ofrecía, y que se había propuesto dominarle a la vez que estudiaba sus teorías y sus palabras. Había confiado en llamar la atención del filósofo y obligarle a que admirara sus atributos. Alzando, pues, la noble cabeza se volvió y, acompañada de sus doncellas, se alejó de los hombres con el peplo tan rígido como si fuera de piedra. Jantipo observó su salida y simuló estudiar su figura y movimientos como los que estudian las dotes de las hetairas cuando están a punto de elegir la que creen mejor entre todas ellas. A Zenón no le pareció gracioso en absoluto.

El marido lo comprendió y sonrió.

—Agarista es una mujer de mucho talento además de belleza —dijo. Hizo una pausa—. Su conversación parece tallada en granito.

Zenón no pudo por menos de sonreír.

—Volveré mañana al amanecer para iniciar la instrucción de mi alumno —dijo, y

se despidió.

Creía que los oráculos de Delfos eran fraudulentos y ridículos, y los sacerdotes unos impostores ansiosos de las ofrendas generosas de los supersticiosos y crédulos, pues una ocasión en que no había guardias a la vista había investigado rápidamente en las cuevas vacías. Sin embargo, un oráculo había predicho la derrota de Jerjes y sus bárbaros en un momento en que esa idea parecía descabellada a todos, incluso a los sacerdotes que abandonaron a toda prisa los templos. Otro había predicho la fama y gloria futura de Grecia, y Zenón, poco místico por lo general, lo creía sin ninguna duda.

Hacia doce años habían anunciado el nacimiento de un gran héroe que traería el rayo imperial del Olimpo, quitándolo de las manos de Zeus, hasta esa pequeña ciudad de sólo cuarenta mil habitantes (la mayoría de los cuales eran esclavos) y escribiría el nombre de Atenas en mármol inmortal ante la mirada atónita de los siglos.

3

—Desde el principio se han preguntado todos —dijo Zenón a su alumno, con una mirada de cortesía a Agarista, que estaba sentada muy cerca y escuchaba atentamente, pero con aire severo—, ¿qué es el hombre? El primer bruto cubierto con pieles de animales se lo preguntó al contemplarse de pronto en un estanque sereno de los bosques primitivos. ¿Quién soy yo? —se dijo—. Copulo, vivo, me alimento, respiro, defeco, muero como los animales que cazo. Sin embargo, advierto una diferencia. ¿Cuál es esa diferencia que hace de mí un hombre? Tenía menos moral que las bestias de la jungla, las llanuras y las montañas. Sabía que era débil ante el poder de sus dientes y garras, y menos ágil. Discernía que las bestias tenían su propio código de moralidad, disciplina y conducta, que no podía violarse so pena de muerte o destrucción.

»¿Sería él menos que las bestias, después de todo? Según la capacidad de su naturaleza bestial los animales eran soberbios, decididos, confiados. El hombre no. Nosotros sabemos ahora que el hombre posee pocos instintos y que él elige por su propia voluntad, hasta cierto punto, lo que quiere pensar y cuál será su futuro. Esa es la diferencia crucial entre el hombre y los demás animales. La Elección. ¿Acaso esta habilidad le convierte en un proscrito en el mismo mundo natural en que fue concebido, o bien su desobediencia a la ley le hace superior a ellos? El hombre no está en paz consigo mismo.

»Nosotros hablamos del dominio de la razón en los asuntos de los hombres. La razón ha sido analizada. Se basa, dicen, en la observación de una realidad común, en la aceptación de lo que es la realidad. Pero lo que es la realidad para mí tal vez no lo sea para ti, Pericles, o para otros hombres. Si hemos de saber qué es el hombre, hemos de conocer qué es la realidad.

—¿En qué podemos entonces basar nuestra vida y esculpir nuestro futuro? —preguntó el joven Pericles, que ahora tenía quince años. Zenón reflexionó.

—Se necesitan leyes objetivas, ya que somos una especie desobediente y apasionada, malvada y vengativa. Hemos acordado que, para la supervivencia de nuestra tribu, es preciso tener leyes objetivas aunque siempre estemos luchando vehementemente contra la ley, tanto subjetiva como objetiva. Nosotros no aceptamos, como aceptan las bestias. ¿De qué fruto misterioso hemos comido que nos rebelamos incluso contra nosotros mismos y desafiamos hasta a los dioses?

Miró los ojos pálidos y pensativos de su alumno que nada le dijeron, excepto que el joven Pericles estaba pensando.

—Nadie ha definido verdaderamente lo que es un hombre. La respuesta puede estar en la mente de Dios. Pero desde luego no en la nuestra, por enfático que se

muestre el sacerdote, el filósofo o el científico —y Zenón sonrió y tomó un dátil.

—El joven Anaxágoras ha dicho que somos hombres porque tenemos pulgares que pueden moverse con independencia de los demás dedos. Pero también los tienen algunos monos, y ellos jamás han alzado un templo ni formulado un código legal propio. Otros han dicho que somos diferentes porque pensamos, porque tenemos conciencia de nuestros pensamientos, porque somos conscientes de nosotros mismos. Yo he observado a algunos perros, y sobre todo a los gatos egipcios, y estoy convencido de que ellos piensan también —y se rió.

—Eres inconsecuente, Zenón de Elea —dijo Agarista sentándose junto a Pericles y su tutor en el pórtico exterior, bajo el inminente crepúsculo—. Ofreces unas paradojas y te limitas a sonreír con gusto. Haces preguntas, pero nunca las respondes. Insinúas misterios, los propones, y luego los rechazas como meras trivialidades.

Zenón la miró con piedad. Estaba sentada como una princesa en su silla de madera de limonero con incrustaciones de marfil, y tras ella las esclavas agitaban abanicos de hojas de palma; su cabello era como el trigo bajo el sol poniente. Hacía alarde de inteligencia, pero no con serenidad o modestia, ni siquiera como una igual, sino con una especie de desafío triunfante y orgullo presuntuoso. En esto, se dijo Zenón, no confirma la teoría de que las mujeres son inteligentes. Le sonrió con amabilidad.

—Señora —dijo algo molesto porque el joven Pericles le observaba con una chispa maliciosa en los ojos—, yo me propongo que mi alumno medite en mis preguntas, paradojas, contradicciones e inconsecuencias aparentes, y formule por su parte respuestas y teorías que luego discutiremos.

—Opino que el deber de un maestro consiste en presentar hechos, y las razones de los hechos —dijo Agarista con severidad.

—Señora —repitió Zenón—, hay una gran diferencia entre la filosofía y lo que se ha decidido por consenso general como la verdad.

—¿No estás de acuerdo con que hay una verdad absoluta? Zenón vaciló. Pasó la mirada por los jardines que rodeaban la casa, las paredes cubiertas de flores como un estallido de color, y más allá los bordes plateados de las colinas de Grecia surgiendo entre los pinos, cipreses y olivos que los cubrían como un manto tembloroso bajo la brisa de la tarde. Pero el cenit parecía todavía de fuego azul.

—La verdad absoluta, señora —dijo al fin—, no puede ser comprendida por los hombres, como tampoco ningún hombre puede alcanzar una verdad sólo por sí mismo. La verdad absoluta, como la realidad absoluta, es prerrogativa de Dios, y de nadie más.

—¿No crees entonces —preguntó Agarista— que los hombres son como dioses, aunque Homero así lo insinuara?

—Yo no discuto con Homero —contestó—, pues él era un poeta, y la mayoría de los hombres nada tienen de poetas. Somos más parecidos a una bestia del campo y, una vez que hayamos comprendido a la bestia, podremos empezar el ascenso penoso

hacia nuestro propio misterio... partiendo desde ese punto en común.

Agarista agitó la cabeza. Pericles dijo a su tutor ofreciéndole un plato azul y blanco:

—Refréscate con una manzana, Zenón.

Este le miró con agudeza y, al ver una expresión muy sutil en el rostro del muchacho, deseó reír, pero se reprimió por respeto a su madre.

—Pero no negarás la realidad y la verdad de las Termopilas —dijo Agarista con resentimiento.

—Sé que detuvimos allí a los persas, en cierto modo —repuso Zenón—, pero como afirman muchos en Oriente, tal vez todo sea una ilusión —y mordió la manzana que Pericles le diera y bebió un poco de vino.

Permanecía de pie junto a la mesa pues aunque muchos sabios hubieran preferido sentarse, Agarista era capaz de irritar incluso a esta mentalidad tan amable y serena.

—¡Ilusión! —gritó Agarista, agitándose de tal modo en el asiento que la túnica azul pálido revoloteó y los senos se alzaron y cayeron con furia—. ¡Eso no sólo es una tontería, Zenón, sino una traición!

Él cerró los ojos por un instante. Escuchó una risita a la altura de su codo y comprendió que era Pericles, el cual, cómodamente repantigado en su taburete de estudiante, se divertía de lo lindo tanto a expensas de su madre como de, su tutor.

—¡Ni siquiera llevas una daga! —chilló Agarista, exasperada por el silencio de Zenón, que interpretaba como desprecio de su inteligencia por el hecho de ser una mujer—. ¿Qué es un hombre sin un arma con la que defenderse? Zenón lamentó estas palabras. Agarista era inteligente, pero siempre caía en trivialidades y era rápida en atacar personalmente a aquellos cuyas ideas estaban en conflicto con las suyas. Dijo con suavidad:

—¿De quién y de qué, señora, habría de defenderme? Soy un humilde filósofo y maestro. Entonces habló Pericles:

—Zenón, hay muchos que te atacarían. Tal vez te creas el más inofensivo de los hombres, pero cierto número de ideas y palabras tuyas han despertado rivalidades en la ciudad. —Hizo una seña a un esclavo que vigilaba junto a las puertas de la casa y, cuando el hombre se acercó, le dijo con una autoridad repentina que sorprendió a Zenón—. Trae de inmediato una de las dagas del señor Jantipo al ilustre Zenón de Elea. Luego miró a este con intensidad y dijo con firmeza:

—Es mi decisión.

El esclavo trajo una daga egipcia de valor considerable, adornada de turquesas, amatistas y otras piedras de hermoso color rojo, algunas muy talladas.

—Es un objeto muy valioso, además de bello —dijo Zenón—. ¿No se opondrá Jantipo a este regalo cuando vuelva?

—Tiene la mejor opinión de ti —dijo Pericles—. No te negaría nada.

Zenón colocó la daga en su cinturón de plata, ya muy gastado. Le molestaba contra la cadera. Pericles le observó con sonrisa burlona.

—Confío en que sepas usar una daga, Zenón. Este se puso grave, y su rostro se oscureció.

—He utilizado una espada también —dijo. Pericles alzó las pálidas cejas doradas.

—¿En la guerra?

—En defensa propia —dijo Zenón.

Volvióse a mirar a Agarista, que calculaba el valor de la daga; Pericles lo advirtió. Se dirigió a ella con cortesía, pero también imperiosamente:

—Madre, ¿puedo pedirte que me dejes a solas con Zenón, ya que hemos de hablar?

Agarista se levantó en seguida y su esclava con ella, pero su rostro encantador había enrojecido. Exclamó:

—¿Acaso mi inteligencia es tan limitada que no puedo comprender a este... Zenón?

—Vamos a hablar como hombres.

Pericles se apartó de su madre, aguardando impaciente a que obedeciera, y prestó toda su atención a Zenón, quien sufría por la pobre mujer. Les dejó inmediatamente, con la cabeza muy alta, y de nuevo la compadeció Zenón.

Cuando Agarista hubo partido el filósofo se sentó, puso los codos huesudos sobre la mesa y contempló el queso, el vino, el pan, la fruta y las aceitunas que había ante él. Tomó algo pero sin darse cuenta de qué comía. Sus pensamientos estaban muy lejos.

El sol se ponía por el Oeste, semejando un incendio de color escarlata y verde, y los tejados bajos de Atenas devolvían su brillo mientras los muros blancos se cubrían de sombras rojas. Se escuchaba en el ambiente rumores de hombres y animales, un murmullo acallado, y ya se percibía el olor aromático de las piedras y la tierra, blanca y roja, y la fragancia de los jazmines. Las palabras empezaban a agitarse y a abrir sus frondas a la brisa. De algún lugar le llegaba una babel de agudas voces femeninas, y risas sin sentido. Ahora el azul del cielo se tornaba oro. El rumor procedente de la ciudad que se extendía más abajo, era continuo e insistente, pero apenas llegaba hasta allí. Las flores de los jardines exhalaban su aroma. Pericles aguardaba, con los brazos cruzados sobre la mesa. Observaba comer a Zenón y, en una o dos ocasiones, también él tomó meditabundo un dátil. Después volvía su mirada intensa al puerto y veía la agitación del mar, plateado y púrpura. La forma de la luna se alzaba en el firmamento, frágil y pálida como la muerte.

Zenón habló al fin, pero mirando al puerto y viendo las velas blancas que se movían a impulso de la marea. Dijo:

—Es extraño que el gobierno y los sacerdotes no reconozcan la verdadera maldad y traten en cambio de denunciar males que no existen realmente y que sólo ofenden a su sensibilidad distorsionada.

—¿Sí? —Pericles hablaba con intensidad—. Mi padre está de acuerdo contigo. Él cree que los gobiernos son malvados por naturaleza, pues el que domina a otros

hombres utiliza mal su poder, por vanidad y ambición de engrandecimiento.

Al oír esto Zenón miró escudriñando a su alumno.

—Cierto —dijo.

—Entonces, ¿quién debería gobernar? Sonrió secamente:

—¿Quién, en realidad? Cuando los hombres lleguen a ser de verdad humanos, cosa que dudo ocurra nunca, se gobernarán a sí mismos. —Escupió un hueso de aceituna y bebió con gesto sombrío un poco de vino. Continuó—: Los animales tienen el gobierno de la autoridad. Los más sabios y más fuertes controlan uno a uno a todos los niveles que están bajo sus órdenes, que van descendiendo hasta el nivel más inferior, y nadie lo discute. Pero ahora crece en Atenas el error de Demos, la democracia, que es la negación del gobierno racional. Todos los hombres son iguales, dicen sus filósofos. Pero ¿qué es «igual»? ¿Igualdad bajo la ley o «igualdad» de privilegios merced a la furiosa exigencia, de los envidiosos inferiores? Descubrirás Pericles que los políticos son los más cobardes de todos los hombres. Buscan votos.

El muchacho aguardaba. Una mariposa blanca se posó en la mesa, captando la brillante luz del sol en sus alas como un rayo en miniatura. Pericles se sintió fascinado. ¡Qué hermosa era la naturaleza, incluso en sus menores manifestaciones! Nunca hablaba de su sueño más íntimo a nadie, ni siquiera a Zenón.

Este alzó los ojos y estudió a su alumno. Pensó en lo que debía enseñar al joven. Muchos filósofos opinaban que el hombre tenía un conocimiento instintivo de las cosas ocultas, basándose en la observación de la vida y el desarrollo de los animales domésticos, y que cualquier error de comprensión debía ser corregido por la experiencia. Estos mismos filósofos —y con alguna parte de verdad— decían que no era posible transmitir a los jóvenes el valor de la experiencia de sus mayores, pues a la juventud le molesta el conocimiento amargo, la sabiduría y la sagacidad de los mayores, y prefiere cometer sus propios errores y echar a perder su propia vida, como si nadie hubiera vivido antes que ellos. Zenón pensó: «Ay, el mundo es viejo ya y se hace más viejo cada vez; nunca habrá un planeta “nuevo”, sino sólo una repetición que será saludada como novedad y progreso, porque los jóvenes ignoran la herencia de la historia antigua».

Contempló los jardines inferiores, miró a su alrededor y vio los pavoreales, y los patos en el estanque, y los perros y gatos domésticos y los pájaros que cantaban. El crepúsculo le alcanzó con su luz rojiza, y Pericles, que seguía esperando, pensó que Zenón tenía el aspecto más noble que cualquier hombre que hubiera conocido.

Dijo este, como si meditara:

—Me has preguntado si tengo miedo de las armas. Y te he contestado que en un tiempo llevé espada, pero que me la quité para siempre. Maté a dos hombres con ella.

Pericles quedó atónito.

—Pero ¡si te niegas a estar presente cuando recibo lecciones de esgrima!

—Cierto. Debido a mis recuerdos. Hay muchos hombres que merecen ser ejecutados, pero es horrible ser su verdugo. No puedo olvidar a aquellos que maté...

aunque merecían morir.

—Afortunadamente tenemos conciencia —dijo Pericles, e hizo un gesto entre desdeñoso y burlón.

—Y los animales también —afirmó Zenón. Miró de nuevo los animales domésticos y preguntó—: ¿Has observado cómo siguen estos su instinto al aparearse?

—Sí —repuso Pericles.

—Entonces ya sabes que así es como nosotros, los humanos, nos apareamos.

Pericles se sintió divertido.

—Sí, eso lo sé. Nuestros cuerpos son tan animales como los de las bestias. Zenón asintió.

—Pero cuando nos apartamos de los profundos instintos de nuestra naturaleza es cuando nos hacemos inferiores incluso a las bestias.

Pericles frunció el ceño.

—Explícate —dijo.

—Hay una filosofía muy reciente en nuestra historia, aunque antigua en la práctica. Pero a nosotros, los griegos, nos gusta cubrir nuestros pecados con el blanco manto de la moralidad; en cambio, las civilizaciones antiguas son más cínicas y pragmáticas. Nosotros los griegos decimos que nuestras esposas y concubinas no nos satisfacen por completo y que los hombres no pueden sentir amor auténtico por una mujer, que es inferior, y cuya mente y espíritu carecen de importancia. Por tanto debemos buscar el amor y la perfección ideal de comprensión entre los de nuestro propio sexo, para un feliz intercambio de ideas. ¿No viven los hombres gracias a las ideas, la poesía y la comunicación?

Y siguió diciendo:

—Si el amor entre los seres del mismo sexo se limitara a la argumentación de ideas, la conversación y el intercambio entre ellos de interesantes teorías, no tendría nada que objetar a ello.

Pericles guardaba silencio.

Tras una pausa continuó hablando Zenón:

—Pero cuando el hombre busca en otro hombre la capacidad física de una mujer, entonces entra en un mundo misterioso, tenebroso, que no sólo es una perversión de la naturaleza, sino la perversión de su propia mente y alma.

Los ojos azules de Pericles se abrieron inocentemente y preguntó:

—¿Es posible?

El filósofo clavó la mirada en el joven y se dijo: «¡Ah, esa inocencia fingida!». Pero continuó:

—Hablemos como hombres que somos. Permíteme que te diga esto: el amor entre un hombre y una mujer, si es amor verdadero, es un gran misterio, y una gran gloria. Exalta, construye, eleva, les convierte a ambos en una carne casi inmune a las calamidades exteriores, y es la intimidad más profunda que el ser humano pueda conocer; más que la amistad, más que la simple concepción de los hijos. Pericles le

interrumpió:

—Tú no te has casado —y había una luz burlona entre sus pestañas.

—He amado —dijo Zenón—. He amado a muchas mujeres, pero no he hallado ninguna con la que deseara casarme. Por naturaleza, las mujeres, según han dicho los sabios, son de la tierra y sólo les preocupa la tierra, incluso sus propias entrañas, pero eso no les hace inferiores porque, ¿quién puede vivir sin la tierra?

Hizo una pausa.

—Hace años contraté a un escriba joven, pues mis amigos deseaban que quedara para la posteridad todo cuanto yo escribiera o dijera. Encontré un joven erudito llamado Felan, de gran cultura y refinamiento, y de una mente intuitiva y deductiva. Le llevé a mi casa, donde podía escribir las ideas que se me ocurrían de pronto, así como mis disertaciones y teorías.

Se frotó la barbilla pensativamente.

—Si yo hubiera sido más listo habría notado que Felan era un joven de exagerada delicadeza y sensibilidad, y que tenía un aspecto afeminado. Era muy dado también a emociones e impulsos, y sus respuestas no eran las de un hombre. Ciertamente que los grandes poetas y otros artistas llegan a sentirse movidos al llanto ante la grandeza de una puesta de sol, de una estatua, de una épica..., pero Felan era capaz de emocionarse sólo porque un corderito le acariciaba con el morro, o al contacto de una tela de suavidad exquisita, o a la vista de un niño que al reír hacía burbujitas con la saliva. Esas son manifestaciones femeninas, pero yo apenas lo observé.

Miraba a Pericles con ojos inescrutables pero agudos mientras seguía hablando con su voz serena y armoniosa.

El caso es que la sensibilidad extremada y casi histérica de Felan no menguó con el tiempo, ni sus éxtasis exagerados ante todo lo que dijera Zenón, por insignificante que fuese. Eso resultaba en ocasiones embarazoso para el sabio, pero era hombre de carácter indulgente y amable. Él mismo se hallaba tan enfrascado en los procesos de su propia mente y la de los demás que no supo ver lo que era obvio: Felan se había enamorado de él, como una mujer ama a un hombre.

—Es extraordinariamente peligroso que un hombre viva sólo para su mente —dijo Zenón al atento Pericles— porque entonces puede tropezar con la piedra más pequeña en su camino y romperse el cuello con un obstáculo que hasta un niño habría evitado. Claro está que Felan me resultaba con frecuencia incómodo por aquella adoración tan patente hacia mí, que yo atribuía estúpidamente a su juventud y a su falta de simplicidad. Un día le dije: «No debes seguirme a todas partes, Felan, como si de mis labios fueran a caer rubíes, cuando todo lo que deseo es rascarme el ano en privado». Te aseguro que esperaba que se riera, pero él enrojeció, me miró con reverencia abyecta y dijo: «Los rubíes, señor, caen de tus labios incluso cuando estás callado». Volvió la cabeza de pronto y me besó la mano, luego cayó de rodillas, me echó los brazos en torno y me confesó su amor por mí con tal pasión, tal sinceridad temblorosa que, aunque aquello me repelía, no pude sentir asco, sino sólo piedad y

tristeza.

Zenón suspiró, se pasó la mano por los ojos y miró los últimos rayos del sol sobre las colinas occidentales.

—No debiera haberme sorprendido tanto. La evidencia había estado mucho tiempo ante mis ojos, hubiera podido verla en cualquier momento y me desprecié por mi ceguera. Levanté a Felan lo más amablemente que pude y hablándole con serenidad, pero él me abrazó entonces y me besó en los labios, como haría una mujer loca de amor. Fue un beso lascivo, sí, pero aún tenía cierta inocencia y temeridad infantil. —Miró a Pericles y preguntó con una voz casi inaudible—: ¿Me entiendes, hijo mío?

—Sí —contestó Pericles—, he oído hablar de estas cosas a algunos de mis compañeros, aunque no con la honestidad que tú has demostrado, maestro, con tanta piedad y comprensión.

—¡Ah! —dijo Zenón sintiéndose aliviado—. ¿Y qué opinas de ello, Pericles? Se encogió de hombros.

—No lo encuentro ni repulsivo ni atractivo. Pero tú hablaste del ataque de hombres armados.

—Siempre me resulta difícil llegar a una decisión absoluta y actuar con autoridad —contestó Zenón— de modo que, aunque sudaba exteriormente y temblaba en mi interior ante el dilema, despedí a Felan y le envié a casa de su padre, escribiéndole que había llegado a la conclusión de que mis palabras inmorales no eran dignas de quedar escritas; me explayé además en comentarios sobre la extraordinaria inteligencia, la competencia y la lealtad de Felan.

»Este me dejó llorando, y con súplicas de que reconsiderara mi postura. Los seres como Felan tienen una secreta intuición femenina. Me costó horas convencerle de que dejara mi casa, aunque creo que otro hombre le habría obligado a salir al momento. Hay ocasiones —reflexionó Zenón— en que creo que la amabilidad es cobardía, más que una virtud noble.

Siendo Zenón muy joven, su padre le había enviado a la mejor escuela de esgrima de Atenas. Aunque los atenienses no eran los mejores soldados por su sentido del humor y su inteligencia satírica, sabían luchar casi tan valientemente como los espartanos si se veían forzados a hacerlo.

—A mi padre aún le sorprendió más que a mí el verme convertido en un gran espadachín, ya que ambos habíamos creído que la espada y yo no llegaríamos a entendernos. Cuando el maestro de esgrima me declaró «perfecto», mi padre me regaló una espada magnífica, afilada como una navaja de afeitar y tan puntiaguda como la lengua de una mujer. Tenía una hermosa empuñadura adornada de gemas. Para dar gusto a mi padre, yo la llevaba siempre.

Se detuvo y su rostro se tornó melancólico.

—Incluso dormía con ella, aunque tuviera a mi lado a una mujer. Y me salvó la vida, poco después de haber despedido a Felan.

»Pues, una noche de luna, la casa que ahora ocupo fue invadida por dos hombres armados y encapuchados. Abrieron de par en par la puerta y avanzaron sobre mí con unas dagas desnudas que brillaban a la luz de la luna. Afortunadamente todavía estaba despierto, pues si no, habría muerto asesinado en mi lecho. Cualquier vacilación me habría costado la vida. Me puse en pie de un salto, tomé la espada siempre dispuesta y, enfrentándome al más próximo, le atravesé con ella. Se derrumbó al momento, la capucha le cayó de la cabeza y murió sin una palabra. Vi que era Felan». Me sobrecogió tal horror que casi me venció la muerte, pues quedé mudo y helado por unos instantes viendo correr la sangre del corazón de mi pobre secretario. Entonces, por el rabillo del ojo, advertí que el otro caía sobre mí. Me eché a un lado y sólo me causó una herida ligera en el hombro izquierdo. Un segundo antes y me habría atravesado el corazón. Me lancé contra él con mi espada y se la hundí en el vientre; cayó encogido y gimiendo y la daga voló de su mano.

»Me arrodillé a su lado, le levanté la cabeza cogiéndola por los pelos y vi que era un rufián o un esclavo, y le odié como no podía odiar a Felan, que era joven, mientras este era un hombre brutal y de mediana edad. Dejé caer salvajemente su cabeza contra el suelo y le pedí una explicación. No me reconocía a mí mismo —añadió Zenón sonriendo con el rostro sombrío—, pero creo que fue la muerte de Felan lo que me enrabió y me destrozó el corazón. El hecho de que el pobre hubiera deseado mi muerte me parecía menos horrible que el que este hombre, un extraño, la hubiera deseado también.

»El bruto confesó que era esclavo en la casa del padre de Felan y que vivía consagrado al joven, al que amaba con afecto paternal. Felan le había contado que yo le había injuriado “mortalmente” y le había insultado ante los compañeros en la columnata, ridiculizándole y envileciéndole como hombre sin intelecto. Y que le había despedido entre invectivas aconsejándole que rebajara su ambición a la tarea de llevar leña para el baño. Felan había despertado la cólera de este esclavo y luego le había pedido consejo, y el hombre había afirmado que sólo mi sangre lavaría las iniquidades contra el hijo de una casa ilustre. El joven le sugirió entonces que le acompañara a mi casa con este propósito, y así habían venido.

Guardó silencio tanto rato que al fin Pericles preguntó:

—¿Y cómo pudo explicarse todo eso a los guardias y jueces de la ciudad? Zenón se frotó la barbilla y miró hacia el oeste, donde una nube púrpura había empezado a cubrir el sol poniente oscureciendo de tal modo el paisaje que las casas blancas brillaban como huesos desnudos bajo las sombras rápidas.

—Pensé en el padre de Felan —dijo Zenón—, de modo que arrastré los cuerpos por la ladera de la colina de mi casa y los dejé caer al fondo, arrojando las dagas tras ellos.

Pericles miró incrédulo el cuerpo pequeño y débil de su maestro.

—Es notable la fuerza de que uno puede echar mano en una emergencia —dijo Zenón—. Deseaba desesperadamente no sólo respetar la sensibilidad del padre de

Felan, amigo mío, sino también ocultarle la aberración de su hijo, ya que es un hombre orgulloso y soldado eminente y habría muerto de dolor al saber la... peculiaridad de su hijo, y al saber también que este, sin provocación por mi parte, había convencido a un esclavo y había ido con él a matar a un hombre dormido. Volví a mi casa y lavé el suelo con agua y lejía para quitar las manchas de sangre. Al amanecer fui al templo de Ares, que nunca fue mi favorito, para ofrecer sacrificios por las almas de los hombres que me había visto forzado a matar, y darle las gracias por la fuerza que me había dado en aquellos momentos tan horribles.

»Cuando las autoridades hubieron llevado a cabo su investigación declararon que Felan y su esclavo habían sido asesinados por unos ladrones cuando aquel se dirigía a visitarme.

Guardó silencio y Pericles esperó. Aún continuó Zenón:

—Desde ese día jamás he llevado espada, aunque sigue colgada en una pared de mi casa. Evito las circunstancias y las situaciones en las que me vería obligado a demostrar mis dotes de espadachín en defensa de mi vida.

—Tales circunstancias y situaciones no siempre pueden evitarse —sugirió Pericles. Sus cabellos rubios brillaban como oro pulido a la media luz del atardecer y de la tormenta que se aproximaba—. Con frecuencia regresas a pie a tu casa, rehusando la litera de mi padre. Supongamos que en verdad te atacaran los ladrones y no tuvieras medios de defensa. ¿Morrirías mansamente? ¿No es eso en sí mismo una cobardía?

Zenón rió aunque sin ganas.

—Te he enseñado demasiada lógica —dijo. Miró la daga que pendía de su cinto—. Creo que conservaré esta arma, después de todo, y la llevaré siempre como hacen otros atenienses. La defensa propia no es un crimen; negarse a defenderse es el instinto de un esclavo, no el de un hombre. —Suspiró—. Sin embargo, es una lacra monstruosa de nuestra época el hecho de que a veces debamos matar para no ser asesinados.

De pronto se puso en pie como dominado por la inquietud y se dirigió al parapeto exterior del pórtico, mirando al Occidente en sombras. Pericles se unió a él y ambos contemplaron la ciudad y el cielo. Se vio un rayo que dejó un sendero escarlata en los cielos, y poco después, el trueno rugió belicosamente en respuesta. Por un instante Pericles quedó iluminado por aquella luz vivida y fantasmal, y Zenón le miró con un sentimiento nuevo y distinto. Era como si una estatua, blanca y dorada, hubiera cobrado vida de pronto.

«Demos gracias a los dioses —pensó Zenón—. Yo le había juzgado demasiado controlado, demasiado ausente. ¡Demos gracias a los dioses por los hombres que pueden llegar a sentir inquietud!».

Crecía la tormenta, las palmeras se inclinaban, la tierra exhalaba un olor caliente de pánico y deseo, y unas sombras oscuras y brillantes corrían sobre la ciudad, allá abajo. Zenón tocó a su alumno en el hombro y dijo:

—No te turbes demasiado. La vida destrozar  tu corazón o lo convertirá en piedra. Es inevitable. Pero la elección es tuya.

Pericles alzó los ojos hacia la Acrópolis.

—Tengo un sueño —dijo como si no le hubiera oído en absoluto. Luego se volvió y sonrió a su maestro—. Un sueño de mármol, pero que cobrar  vida.

En las habitaciones de las mujeres las esclavas habían empezado a cantar acompa andose de las notas suaves de un la ud, y Zenón lo juzgó un desafío ante la tormenta creciente. «Esta es la respuesta que podemos dar —pens —. Eso es todo lo que podemos decir a los terribles dioses. Valor».

4

Aunque Jantipo, como aristócrata y escéptico, sentía aversión por las personas vulgares, participaba también del odio del hombre de genio ante la opresión de los tiranos y el gobierno. En una ocasión dijo:

—Nadie puede saberse libre en una ciudad a menos que todos los hombres sean libres. Un solo esclavo anula la libertad de todos.

En verdad fue el amor abstracto del patricio por la libertad lo que le atrajo desde el principio a las leyes de Solón. Como la mayoría de los atenienses superiores sabía que el gobierno debía contar con una Constitución que garantizara los derechos de los ciudadanos. Atenas había vivido en constante desorden desde la época de los Tiranos, y Jantipo deseaba restaurar las leyes de Solón, de las que los Tiranos se habían apropiado para oprimir al pueblo y pervertir incluso las ideas del mismo Solón.

—Los conceptos más nobles de la mente humana se corrompen invariablemente y se interpretan a la luz del propio interés, aunque los malvados anden siempre proclamando a gritos que ellos se adhieren a tales conceptos —explicó a su hijo—. El hombre mancha todo aquello que toca, incluso los pies de los dioses. La Constitución de Solón para nuestra ciudad fue un documento que liberaba a los hombres de la inseguridad y el temor, les elevaba a un gobierno racional y justo, y les confería los beneficios de la libertad, ya que sólo respirando libertad podrá sobrevivir, desarrollarse y prosperar una nación. La ley, el orden y el consenso de los gobernados es lo que Solón deseaba para Atenas, de ahí su Constitución. Pero ya habrás advertido lo que unos hombres perversos han hecho con ella, a pesar de que griten su amor por la Constitución.

Siendo un hombre independiente se resentía ante todos los intentos de un gobierno opresivo por regular con sus leyes su propia vida personal.

—Ejecutamos a los espías —dijo a Pericles—, pero los gobiernos son los espías que penetran en todas partes; por eso hay que estar siempre vigilantes so pena de verse esclavizados por los burócratas con sus procedimientos complicados y su ambición de poder. —Desde su nacimiento había desconfiado de sus congéneres, y esa desconfianza había ido en aumento a lo largo de los años. Dijo también un día, aunque medio en broma—: Debería permitirse que los ciudadanos decidieran cada año qué miembros del gobierno han de ser ejecutados en público por sus crímenes contra el pueblo.

Llamó la atención de su hijo sobre uno de los preceptos de Solón: «el Estado está bien gobernado cuando el pueblo obedece a los gobernantes y estos obedecen a las leyes». Sin embargo, eso siempre terminaba en el momento en que los gobernantes exigían la obediencia a unas leyes que ellos mismos desobedecían con entusiasmo si

redundaba en su propio beneficio y en el incremento de su riqueza.

—No creas que esto es una contradicción —decía Jantipo—, no es sino propio de la naturaleza humana.

—Entonces —preguntó el joven Pericles—, ¿cómo podemos forzar a todos, gobierno incluido, a que obedezcan a la ley?

—Eso es imposible —repuso el cínico Jantipo—. Pero cada generación ha de vigilar al gobierno e insistir en los preceptos, nobles en su origen, pero trastocados después por las exigencias. ¿Pides acaso la transformación de la naturaleza humana, hijo mío? El hombre es una bestia hambrienta que únicamente piensa en su estómago y sus genitales; por eso la ley objetiva ha de estar limitándolo de una manera continua. Miró a Pericles, quien lo escuchaba con atención e hizo una mueca burlona.

—Toda la vida hemos de luchar por el triunfo de la justicia. Recordarás que, según se nos ha enseñado, cuando los dioses dejaron de habitar entre los hombres la diosa Justicia fue la última en marcharse. Sin duda también sería la última en regresar.

Y sonrió.

En ocasiones su lengua punzante, su desdén por el fraude y el oportunismo cruel, le llevaban a impacientarse y olvidar su cautela habitual, y se confiaba a los amigos con los que sostenía discusiones filosóficas. Solía ocurrir esto cuando asistía a las cenas en las que se bebía demasiado. En esos momentos su carácter le inducía a entablar disertaciones imprudentes en las cuales ni siquiera él creía plenamente. Se burlaba de los dioses, según él al servicio de los sacerdotes, y se reía del gobierno, que sólo servía a sus propios intereses. Le entusiasmaba la dialéctica y las paradojas, consideraba divertida a la humanidad y combatía su tendencia a tomarse a sí misma en serio. Esto ofendía a muchos que simulaban estar gravemente preocupados por principios y virtudes. Pensaban que aquellos ojos azules, duros y penetrantes, y clavados en ellos, les acusaban de sus crímenes e hipocresía, aunque en verdad Jantipo solía más bien burlarse sólo de su propia persona.

Decía:

—El sueño de Solón, su sueño de una república, es el más glorioso y divino de todos, ese gobierno en que los hombres buenos e inteligentes establecerán una ley justa que no distinga entre el rico y el pobre, y concedan libertad y derechos políticos a todos los capaces de ejercerlo. Pero ¡ay!, ya hemos visto palpablemente que el sueño de la república ha degenerado en realidad en una democracia caótica que oprime a todos aquellos que no pueden comprarla con el oro o la influencia. Entonces, ¿con qué hay que reemplazarla? He oído decir que un despotismo benévolo es lo mejor, pero..., ¿dónde hallaremos un déspota benévolo que no sucumba a su naturaleza humana y se convierta en un maldito dictador?

—Debemos transformar la naturaleza humana —decía el más perverso de sus compañeros con expresión pía—. El hombre es capaz de mejorarse a sí mismo. Al oír esto, Jantipo reía estrepitosamente.

Sus mejores amigos escribieron con sigilo a la Iglesia y al Gobierno diciendo que Jantipo era un impío, que se burlaba tanto de los dioses como de los sacerdotes, y que despreciaba al gobierno establecido. Se exageraron sus comentarios profanos, se condenó su tendencia a la risa cínica... como síntoma de sacrilegio, e incluso llegaron a insinuar los más depravados que era un hombre en extremo licencioso. El gobierno empezó a tomarse un interés extraordinario no sólo por sus «convicciones», sino también por sus impuestos.

Nadie conocía su íntima desesperación, excepto su querida concubina, que le acogía en sus brazos fragantes y le escuchaba y consolaba. Jantipo le besaba en el seno y le decía:

—A la postre, amada mía, sólo el amor trae la verdad, el placer y la realización..., pero incluso el amor puede pervertirse y convertirse en lujuria y ambición de recompensas. Bésame. Me engañaré diciéndome que me amas y este será el engaño más triste de todos.

Era un hombre muy solitario. Pero incluso de eso se reía.

Por sus riquezas incitaba a la envidia. Como patricio y soldado que colaborara en la salvación de Grecia despertaba el resentimiento de las gentes inferiores a él, sin tradiciones aristocráticas y llenos de pretensiones. Pero, siendo confiado, subestimaba peligrosamente a sus enemigos y a la malicia de sus amigos, pues, como diría más tarde:

—Nosotros los cínicos somos los más ingenuos. De corazón confiamos en que los hombres sean mejores de lo que son, y en eso nos engañamos a nosotros mismos.

Desconfiaba de los propios atenienses. Aunque estos honraban la memoria de Solón, a pesar de que los Tiranos como Pisístrato y Cleistene hubieran obligado a cumplir en ocasiones las leyes de Solón, los atenienses eran un pueblo demasiado caprichoso e inconstante para exigir que sus gobernantes obedecieran una Constitución rígida, pues sospechaban de lo que ellos consideraban inflexible incluso en las leyes perfectas. Sin embargo, acariciaban el sueño de una república noble y perfecta, en la que una Constitución impersonal, inmune a los ataques de los seres malvados y ambiciosos, pudiera establecerse como tallada en mármol por encima de la naturaleza de la humanidad. Jantipo no juzgaba tal cosa paradójica o inconsecuente, como muchos amigos suyos.

—Los sueños —decía— son con frecuencia la matriz del futuro y, ¿quién sabe si las generaciones venideras lograrán convertirlos en una realidad brillante?

—Teniendo en cuenta las leyes heroicas de la república que Solón estableció —y que nuestro pueblo honra, pero es incapaz de obedecer— es extraño que Solón llegara a ser arconte de Atenas y no fuera asesinado —decía a su esposa Agarista cuando se sentía bien dispuesto hacia ella. Pero Agarista, cuyos antepasados colaboraran en el derrocamiento de los Tiranos y que creía de buena fe que existía la república ateniense, se disgustaba.

—Entonces, ¿qué crees que es nuestro gobierno, señor?

—No quisiera herir tus tiernos oídos con mi opinión, Agarista. Pero, a despecho de nuestra presunción de que somos un pueblo libre, cosa que no es cierto, somos una civilización de esclavos, aunque Solón deseara libertarlos. Nuestros esclavos, y los que carecen de derechos políticos, componen la mayor parte de nuestra ciudad-estado. Honramos a Solón al reverenciarle, pero no le hacemos el menor caso.

Agarista juzgaba frívolas sus palabras. ¿No habían vencido sus antepasados a los Tiranos? ¿En qué otro lugar del mundo existía una perfección semejante al gobierno y al clima mental de Atenas? Empezó a sospechar que Jantipo no sentía un amor o un respeto demasiado profundo por su ciudad, que no era un patriota auténtico y, si bien sabía que se ejecutaba a algunos debido a sus opiniones por decreto de los sacerdotes o del gobierno, estaba convencida de que esos tales eran traidores, y de que Solón estaría de acuerdo con ella si viviera.

—Tú eres inteligente —decía Jantipo, sintiéndose benévolo—, pero no has comprendido una palabra de lo que he dicho. ¿No reverencias a Solón? Pues una de sus convicciones era que la influencia de las mujeres era eternamente perniciosa y, aunque en ocasiones no estoy de acuerdo con él en esto, a menudo medito sus palabras.

—¡Hay muchas mujeres que piensan como los hombres! —exclamaba Agarista.

—¡Ah!, entonces sus genitales no funcionan —le refutaba su marido y luego, habiendo perdido ya la paciencia, dejaba a su esposa y se iba a ver a su cortesana, la cual le recibía con sonrisas de gozo y se lo llevaba en seguida al lecho de sábanas de seda y le servía vino. Jantipo contemplaba su rostro, sereno y hermoso, y veía claramente que sus ojos eran sinceros y que ella le amaba. Entonces le tendía los brazos y la retenía junto a él acariciándole el seno—. Afrodita era quizá la más sabia de todos los dioses, pues del amor pueden surgir todas las artes y ciencias, la poesía y la justicia; en cambio, la política, aunque comprometa las aspiraciones y filosofía de los hombres, es una pérdida de tiempo en comparación con el amor.

Agarista sentíase dominada por una rabia amarga y silenciosa cuando su marido la dejaba por los brazos de una desvergonzada. Respetaba a Jantipo, le admiraba en ocasiones y solía obedecerle en todo, sabiendo muy bien que él era de familia distinguida y un héroe para muchos en Atenas, aunque últimamente estos parecían haberlo olvidado. En los primeros años de su matrimonio Jantipo había manifestado admiración por la inteligencia de su esposa, y con ella había conversado durante horas acariciándole las mejillas aterciopeladas y los cabellos, abundantes y rubios. Sin embargo, ahora la hallaba tediosa.

Era inevitable que Jantipo llamara la atención tanto de los sacerdotes como del gobierno, y que este se interesara profundamente por él, ya que muchos le envidiaban. Además, no había que olvidar las cartas de sus discretos amigos que le denunciaban, muy a su pesar, y que algunos de ellos eran hombres de prestigio y tenían poder y riquezas. En tiempos había sido más prudente, pero en estos últimos años, quizás a causa de su hijo y de sus conversaciones con él, había visto más claros

sus pensamientos y no se había recatado en publicarlos.

Jantipo recibió, pues, una invitación cortés para que apareciera ante los jueces y la *ekklesia* para una «consulta», ya que era un hombre demasiado respetado para que lo prendieran y arrastraran ante ellos; y además era rico y poderoso. Algunos sacerdotes y jueces se proponían simplemente reñirle y poner coto a sus palabras, pero otros deseaban su muerte, aunque le temieran. Este héroe no era un simple filósofo charlatán ni un maestro fanático al que podía ejecutarse sin despertar comentarios; sin embargo, ese mismo hecho le hacía doblemente peligroso.

Cuando Jantipo recibió el requerimiento solicitó la presencia de su esposa, y ella acudió desde las habitaciones de las mujeres con dos esclavas, reuniéndose con Jantipo en el pórtico exterior. Sostenía él un pergamino en la mano y lo estudiaba con una sonrisita irónica. Miró a Agarista y le indicó una silla a su lado, y ella se sentó con dignidad. Entonces dijo él sin alzar la vista:

—He recibido un requerimiento de la *ekklesia* y el Tribunal de Justicia para que aparezca ante ellos mañana a medio día, a fin de explicarles algunas de mis convicciones. —Lanzó el pergamino al suelo de mármol y exclamó—: ¡Esos malditos sacerdotes! ¡Esos jueces ignorantes, estúpidos y fraudulentos que no saben comprender más que sus prejuicios! Son tan valientes y comprensivos como cabras.

Agarista se puso pálida como un sudario, abrió la boca aterrada y el ultraje brilló en sus ojos. Al verlo, Jantipo quedó sorprendido e intrigado, pues jamás había creído que su esposa le amara.

Conmovido, y viéndola temblar, se inclinó hacia ella y dijo:

—No temas, amor mío, por mi seguridad y mi vida. Soy digno de los hijos de Sísifo que, como su padre, insistían constante e inútilmente en subir la piedra por la colina sólo verla caer de nuevo sobre ellos hasta su pie. Estos persisten en su locura y quisieran rehacer las leyes a su propia conveniencia.

Agarista palideció todavía más pensando en las esclavas que oían sus palabras. Jantipo la tomó de la mano con una amabilidad que ella no recordaba en muchos años y, por un instante, se sintió conmovida y las lágrimas humedecieron sus altivos ojos. Luego retiró la mano, cruzó las dos sobre las rodillas y quedó tan inmóvil como una estatua de mármol a la cálida luz del sol.

—¡Es increíble que haya de suceder esto a nuestro nombre! —dijo al fin. Jantipo sintióse desconcertado por un instante; luego sonrió con sarcasmo para sí y fijó los ojos brillantes en su esposa sin pronunciar palabra. A esta le empezaron a temblar los labios y se le contrajo convulsamente la garganta. Los rayos del sol corrían por el suelo mientras las palmeras y sicómoros agitaban sus copas, lanzando sombras vacilantes sobre las piedras blancas del suelo del pórtico. Agarista, más y más agitada, miraba hacia un punto fijo ante ella, desesperada y confundida. Entonces dijo Jantipo:

—¿Nuestro nombre? Mi querida Agarista, está en peligro algo más que nuestro nombre. Se trata de mi vida.

Pero ella seguía dando voz a sus pensamientos.

—¡Jamás ha habido una mancha en el nombre de mi familia! Hemos vivido de modo honorable y noble, ha sido la nuestra una vida sin mácula al servicio de la nación. Hemos sido más orgullosos que reyes, y con razón. Los anales de nuestra historia vivirán para siempre en el corazón y la mente de los hombres. Pero ahora hay un baldón, una infamia...!

—Soy muy infame, sí —dijo Jantipo, y se sirvió una copa de vino de la mesa de mármol que estaba a su lado—. Soy un reptil, un vil esclavo, un criminal. He lanzado un baldón sobre el nombre de tu familia. Por supuesto, yo no tengo familia, claro. Sólo soy un indigno soldado, un ilota.

El tono de su voz enojó e irritó profundamente a Agarista, que gritó:

—¡No tienes consideración con nuestro propio nombre, esposo mío!

Jantipo la miró por encima del borde de la copa y ella vio que, a pesar de su turbación, había un odio burlón en sus ojos y una ironía amarga. No pudo contenerse y exclamó:

—¡Es mejor la muerte que la infamia!

Él soltó una carcajada. Dejó la copa de golpe.

—Para ti, amor mío, quizá. Para mí no. Me encanta la compañía de amigos inteligentes. Amo mis libros y jardines, mis olivos, mis barcos. Disfruto con las fiestas y la música. Amo el día y la noche, el seno ardiente y perfumado de las mujeres deseables, y con ellas me solazo. Su conversación, naturalmente, es tediosa, pero su cuerpo delicioso y, ¿para qué otra cosa fue creada la mujer?

Ante tal insulto el rostro pálido de Agarista enrojeció de humillación. Jantipo continuó:

—De modo que, por todo ello, pienso luchar por mi vida. Agarista no era estúpida y dijo:

—No creas que no soy consciente del peligro que corres. ¡Ah!, debes haber sido indiscreto cuando estabas borracho. Sin duda te ha traicionado tu hetaira.

—¡Ah, no! —refutó Jantipo—. Yo siempre pago bien a mis mujeres, que me están agradecidas, y, cuando me canso de ellas, les busco hombres más jóvenes y viriles que yo y les regalo joyas valiosas. ¿Recuerdas el collar de rubíes de mi madre? Se lo di a mi hetaira hace una semana como muestra de gratitud por su comprensión, afecto y gran preocupación por mí.

Agarista siempre había deseado aquel collar. Sus labios temblaron, se agitaron sus pestañas.

—Me atormentas, Jantipo —dijo con voz débil—. No creo en la mayoría de tus palabras, pero cabe la posibilidad de que sea yo misma quien te haya provocado a tanta crueldad. Sin embargo pienso en mi nombre... y en el tuyo... —añadió—. ¿No existe un hombre de influencia al que pudieras acudir en busca de ayuda a fin de verte libre de esa infamia?

—No, amor mío —contestó su marido—. Me enfrentaré solo a los sacerdotes y al

Tribunal de Justicia y allí me burlaré de ellos.

Agarista quedó anonadada.

—¡Piensa en tu hijo, te lo suplico, aunque no pienses en mí y en nuestro nombre! Aquel a quien sólo defiende su propia voz está perdido. Deberías tener más orgullo y no aparecer ante esos... tales.

—Porque son «tales» —dijo Jantipo— me enfrentaré a ellos con execración, aunque me cueste la vida, si bien no me propongo dejármela arrebatada. Pero, como tú bien has dicho la muerte es preferible a la infamia; y sería infame por mi parte inclinarme ante cualquier decreto de la *ekklesia* o los jueces que, por mucho que presuman los muy viles, ¡aún tienen en ellos la marca de los esclavos liberados! —Le sonrió, pero sus ojos no perdonaban a Agarista—. Hablabas de nuestro hijo. ¿Sería él más feliz al saber que su padre era un pusilánime y que había cedido como un esclavo ante sus inferiores? ¿Serías también tú feliz?

—No —dijo Aspasia, y por primera vez, la vio llorar. Ella se cubrió el rostro con sus manos, largas y pálidas, y sollozó. Pero Jantipo había sido ofendido en lo más hondo, por lo que se puso en pie y la dejó.

Acudió junto a su concubina, a la hermosa casita que le regalara. Echado en su lecho le explicó la dificultad en que se hallaba. Ella se sentó a su lado, desnuda y rosada como Afrodita recién salida del mar, echándose los cabellos hacia atrás para no ocultar sus encantos. Sus pezones eran como capullos de rosa, la boca, una cálida llama. Mientras escuchaba con aire grave, su mente ágil discurría a toda prisa. Gaia, que así se llamaba, conocía a un hombre de gran influencia en Atenas, un hombre de prestigio que admiraba profundamente a Jantipo, y, si ella le concedía una hora en el lecho, sin que Jantipo se enterara, seguro que atendería a su súplica y haría lo que ella deseara.

—¿Mañana a mediodía? —murmuró—. Entonces debo apresurarme e ir a orar al templo de Palas Atenea, que es toda sabiduría y protege a los sabios; y tú lo eres desde luego, Jantipo mío.

Este amaba a Gaia más de lo que creía, y era por lo general indulgente con las mujeres, de modo que la dejó muy pronto para que pudiera ir al templo. Sabía que sus queridos amigos ya estarían al tanto del requerimiento y que debía rehuirlos a fin de evitarse —a sí mismo y a ellos— todo embarazo posible. Se dirigió, pues, a sus huertos de olivos. En cuanto hubo partido, Gaia llamó a uno de sus esclavos y le envió con un mensaje al hombre que tan ardientemente la deseaba. Se bañó en agua perfumada y las esclavas frotaron su cuerpo con aceites aromáticos y le cepillaron el cabello hasta que brilló como una hoja de otoño al sol. Se vistió con un peplo azul que dejaba un brazo al aire, en el que se puso un brazalete que su pretendiente, hasta entonces desdeñado, le enviara entre un manojo de lirios. No sentía impresión alguna de sacrificio o aversión. Los hombres eran hombres, y todos ofrecían y aceptaban el placer con gozo y gratitud, y ella sabía muy bien cómo complacer en las artes amatorias. Se preguntó qué detalle le gustaría más, y qué postura. Sonrió. Amaba a

Jantipo, y esta infidelidad por su parte no le haría ningún daño, sino mucho bien, y él nunca lo sabría. Era muy lista. Se dispuso también a disfrutar, ya que una mujer pasiva no es una amante auténtica. Las esclavas cambiaron las sábanas de seda de su lecho y perfumaron la habitación, y Gaia estudió meditabunda su cuerpo perfecto. Por Jantipo, incluso soportaría la perversión de los latigazos. Pidió a los dioses que el hombre que la visitara prefiriera deleites más exóticos y tiernos. Sin embargo la mujer jamás conocía al hombre hasta que se hubiera acostado con él, aunque ellos fueran sencillos como niños. ¿O era más bien la sencillez del animal? No importaba. Se puso más perfume en las caderas y encargó una comida en el atrio para cuando llegara su visitante. La cocina de Gaia era famosa.

—¡Ah, Atenea! —dijo en voz alta—. Eres la diosa de la sabiduría, surgida de la frente de Zeus con todos sus atributos. Pero Afrodita es la más fuerte de todas las diosas, y todo cuanto vive se inclina ante ella.

Jantipo, que también admiraba la inteligencia de Gaia, ya que era además una mujer instruida, le había regalado una pequeña estatua de alabastro de Atenea Pártenos. Ahora hizo que la retiraran del borde de su lecho y colocó allí una estatua indecente de Afrodita y Adonis. Sonrió al ver los amantes entrelazados. No pediría joyas, sino sólo la vida de Jantipo. Más tarde, si Teos deseaba un arreglo permanente, ya trataría el asunto con él, y delicadamente.

Jantipo se presentó ante el Tribunal de Justicia en el Pnyx, que estaba a medio camino de la Acrópolis. Desdeñando la litera y su carruaje, fue hasta allí a pie sin séquito. En consecuencia, estaba cubierto de polvo cuando llegó, con los pies sucios y las ropas en desorden. Sólo su rostro sutil aparecía limpio y sereno, y sus cabellos oscuros cuidadosamente peinados. No llevaba joyas. Hubiera podido ser un esclavo cualquiera, a no ser por los rasgos nobles y el porte de la cabeza, cuando entró en la sala. Sonreía como si pensara en algo gracioso.

Jueces y sacerdotes le aguardaban en semicírculo en una habitación pequeña y circular de mármol marrón y blanco. Ocupaban los asientos con aire severo y solemne. Los sacerdotes se miraban las manos, unidas sobre las rodillas, y parecían suplicar a los dioses luz y sabiduría. Los jueces se mostraban más animados y con peores intenciones. Todos llevaban túnicas blancas, lo que les daba aspecto de estatuas. El sol de mediodía entraba por las ventanas, muy estrechas, en haces débiles, por lo que la habitación se hallaba en parte en penumbra, y los mosaicos del suelo —blanco, rosa, azul y amarillo— oscurecidos. Una gran estatua de la Justicia, con los ojos vendados y la balanza en la mano, se alzaba tras los hombres sentados; el sol le daba en el rostro y en el pecho, aunque el resto del cuerpo quedaba en la sombra. A un lado, y junto al muro circular, había una fila de bancos de mármol para los abogados y gentes interesadas en el caso. Sólo dos personas estaban sentadas allí hoy, una era Zenón y el otro Teos, uno de los ciudadanos más disolutos de Atenas.

Los soldados hacían guardia junto a las puertas de bronce, y también había uno a un extremo de la fila de sacerdotes y jueces, y otro en el extremo opuesto. Llevaban

todas sus armas y parecían imágenes inmóviles, con los ojos fijos al frente. Nadie habló al entrar Jantipo, a no ser un hombre vestido con toga, junto a las puertas dobles de bronce, que anunció con voz de Némesis:

—El noble señor Jantipo llega para ser juzgado. —Este se detuvo un momento al reconocer a Zenón y a Teos y alzó las negras cejas. ¡Un filósofo y un crápula eran los únicos de Atenas que se habían interesado lo suficiente por su destino como para presentarse en su defensa, o al menos para escuchar! Su sonrisa se hizo más amplia. ¡Nadie más ineficaz que un filósofo, y, en cuanto a Teos, célebre por la buena vida y las mujeres, su riqueza y su desinterés total por la política, era el abogado más extraño de todos para un acusado!

A Teos apenas le conocía, pues nada tenían en común. Se encontraban ocasionalmente en los hogares de amigos mutuos, pero la conversación superficial de Teos, su actitud de afectada ignorancia en los asuntos serios, la poesía y las artes de la guerra, su negativa a enfrascarse en temas graves y el aburrimiento patente de que hacía alarde ante los mismos, sus bromas en ocasiones groseras, sus modales frívolos y su modo de reír a carcajadas ante un epigrama exquisito o de mostrar su indiferencia frente a cualquier injusticia, y el hecho de que no pareciera sentir verdadero afecto por nadie, habían ofendido a veces a Jantipo, que le juzgaba superficial, estúpido y además un pillo, pues bien se sabía que Teos utilizaba el soborno para conseguir del gobierno cuanto ambicionaba. No era un soldado, no demostraba interés por el destino de Atenas, alardeaba de benevolencia hasta un extremo ridículo, prefería la compañía de gentes bajas, libertos incluso, a la de sus pares, y con frecuencia se le hallaba bebiendo vino infecto en las tabernas sucias y abarrotadas entre ladrones y rufianes de los muelles y las callejuelas de la ciudad. En esos ambientes era el más animado de todos y, cuando sus amigos le reprochaban esa compañía, decía:

—Encuentro más vida y más diversión entre los bribones que en vuestra augusta presencia, queridos míos.

Era un hombre de la edad de Jantipo, guapo, delgado, alto y —en opinión de los sobrios ciudadanos de Atenas— asquerosamente perfumado y de manos demasiado cuidadas. Aunque ya no joven, su rostro redondo estaba tan limpio de arrugas como el de un muchacho, pues sus rasgos regordetes eran juveniles; tenía unos ojos chispeantes de malicia y labios tan sensuales como los de una mujer. Su expresión era alerta y alegre, como si pensara que la vida era una experiencia divertida —como lo era para él— y aguardara nuevas bromas y entretenimientos con aire de alegre expectación. Jamás se mostraba mustio o tristón a menos que alguien pronunciara palabras de sabiduría o una teoría abstrusa.

Vestía siempre con la mayor elegancia e imitaba la moda egipcia de la abundancia de collares de oro y piedras preciosas, y su estilo de vida, en una casa lujosa, era sibarita y poco convencional, pues la casa estaba siempre llena de ruidos, voces, gritos y risas y, naturalmente, de la música más estrepitosa. Al contrario que sus

amigos, ni siquiera tenía biblioteca y no deseaba la soledad ni podía soportarla, por lo que andaba siempre rodeado de gentes de su mismo gusto libidinoso para las bromas, diversiones y mujeres. En torno a la cabeza, en constante movimiento, llevaba una aureola de rizos negros que surgían de su cráneo como si tuvieran vida propia. Aburría a Jantipo, el cual solía evitarlo. —Es el eterno joven —decía de él— con los deseos de un sátiro, la iniquidad del esclavo más ínfimo y la inteligencia de un pez. —Porque Jantipo había descubierto que en ocasiones le disgustaba, e impacientaba incluso, este hombre de aire feliz que jamás hablaba de asuntos serios ni tenía un propósito en su vida y que rechazaba cualquier responsabilidad que no se refiriera a su propio gozo—. Hay un tiempo para todo —decía Jantipo— incluso lo hay para hacer el idiota, pero no siempre.

Él, que también era un hombre original y hallaba a veces la vida ridícula y sin objeto, y le gustaban las bromas como cualquiera, se enfurecía con frecuencia porque Teos le juzgaba, al parecer, pesado, pomposo y sin sentido del humor. En fin, la clase de hombre que el mismo Jantipo despreciaba. ¡Sin embargo, allí estaba Teos, el irresponsable, réprobo e idiota, el hombre sin imaginación ni sutileza, que nada sabía de poesía ni de las complicaciones de la ley, sentado junto a un filósofo tan profundo como Zenón, y actuando de abogado de Jantipo! Había algo gracioso en la situación, se dijo este, pero no lograba descubrirlo. Desde luego Teos no era amigo suyo y jamás había considerado su compañía entretenida ni deseable. En cuanto a Zenón, era mirado con suspicacia por los mismos sacerdotes y jueces ante los que se sentaba en silencio y dignamente..., pero con un aspecto poco impresionante.

—¿Dónde está tu abogado, señor? —preguntó uno de los jueces, hombre severo de rostro pétreo y ojos fríos. Jantipo quedó de pie ante ellos y sintió deseos de echarse a reír. Hizo un gesto señalando el banco de mármol en el que se sentaban Zenón y Teos.

—Esos son mis abogados —dijo, y su barba negra y afilada se agitó en una mueca. Tres jueces y sacerdotes que eran de los más importantes bajaron la vista para examinar los pergaminos que tenían ante ellos con rostro siniestro. Pensaban en las bolsas de oro que se les había entregado.

—Esto es muy irregular —dijo uno de los sacerdotes de menor importancia.

—La mayoría de las cosas de este mundo lo son —afirmó Jantipo.

Odiaba a los fanáticos, pues los hombres así son estúpidos y crueles y condenan a todo el que no esté de acuerdo con ellos, por poco que sea, y desean con pasión la sangre de los disidentes. Estos presumían de tolerancia y aseguraban que lucharían hasta la muerte por ella; sin embargo, se mostraban más intolerantes que un toro furioso y provocado. Se denominaban los defensores de la virtud cuando en realidad eran los menos virtuosos en las cuestiones importantes de la vida.

Miró de nuevo a Teos, que sonreía feliz jugueteando con el collar egipcio. En cuanto a Zenón, parecía preocupado y dominado por la ansiedad; se humedecía los labios y se estrujaba sus manos de filósofo.

Alguien se aclaró la garganta ruidosamente. Un sacerdote alzó un pergamino.

—Señor Jantipo —dijo—, se te acusa de impiedad y de falta de respeto al gobierno y a sus justas decisiones. Se dice que no crees en los dioses, ni respetas su santidad. —Miró a los demás sacerdotes—. Para estos crímenes, la muerte es el único castigo. Pues, ¿quién ha protegido a Atenas y a toda Grecia sino los dioses, especialmente Atenea Pártenos, nuestra patrona? Se te acusa de hacer burla de su virginidad con impúdicas alusiones al respecto.

Jantipo no pudo reprimirse. Levantó la mano, blanca y delgada.

—Por supuesto eso es mentira —dijo con voz amable—. Atenea no tiene un rostro encantador, ni es atractiva, ya que la sabiduría resulta algo prohibitivo y no es en lo absoluto fascinante. ¿Qué hombre desea la sabiduría sobre todas las cosas? Todavía está por encontrarse a un hombre así. Porque el hombre prefiere los muslos de una mujer a cualquier disertación sobre filosofía, a cualquier teoría... a no ser que él sea impotente. En resumen: la sabiduría es el refugio de la impotencia.

Ni siquiera los jueces y sacerdotes sobornados pudieron por menos de mirarle con horror.

Uno dijo con voz dura:

—¿No crees en los dioses, señor?

Jantipo empezaba a divertirse, aunque era un juego peligroso, mortal. Extendió las manos con elocuencia.

—Sólo el imbécil se niega a creer en algo superior al hombre, pues, ¿no obedecen las estrellas, el sol y la luna a leyes inescrutables? ¿Quién estableció esas leyes y su orden inefable? ¿Los hombres? Estos son insectos impotentes sin conocimiento siquiera de por qué están aquí y cuál es su destino definitivo. ¿Acaso esos seres insignificantes pueden ordenar la marcha de las constelaciones y las Pléyades? ¿Qué decreto humano puede prohibir la salida del sol y que se iluminen los cielos? ¿Quién ordena las mareas y las estaciones del año? ¿Puede alguien decir a las montañas: «Retiraos»? ¿Puede algún hombre conminar al mar a que se retire? ¿Quién dispone la fertilidad de los olivos, los campos, las palmeras? ¿Quién ha dado al hombre la comprensión y ha dominado a los vientos? ¿Ha podido prohibir algún juez que explotara un volcán o que la tormenta viniera a turbar las aguas? La luna cambia según sus leyes, pero ningún tribunal de justicia puede regular sus fases. Es ridículo que el hombre se crea todopoderoso y con pleno dominio de su existencia.

Había hablado con una elocuencia y pasión tan repentinas que incluso se asombró a sí mismo. Zenón le miró incrédulo, y, por una vez, Teos pareció serio.

Un sacerdote dijo con voz severa:

—Pero se te acusa de haberte burlado de esa misma divinidad que ahora defiendes. Zenón se levantó, erguido en su pequeña estatura, levantó la mano, y todos lo miraron como asombrados de que se hallara presente.

—El sabio se burla de la impertinencia de los ignorantes, que quisieran rebajar a los dioses a su propio nivel inferior y hacerlos iguales a sí mismos, o incluso menos.

Los miró y sus ojos brillantes parecieron llenar de luz la habitación y captar la atención general.

—¿Quién ha definido los atributos de la Divinidad, o adivinado Su naturaleza? ¿Quién sabe lo que es impiedad o piedad ante Él? Con seguridad que el humilde que se deleita en la luz del sol o de la luna, reverencia la vida y se maravilla del misterio de su ser —aun sin nombrar a los dioses— es más amado por la Deidad que el ser sofisticado que afirma conocer los atributos de la Divinidad y Su naturaleza y exige pomposamente que otros crean con firmeza sus conceptos limitados. Mediante nuestra falta de conocimiento nos acercamos a Dios, y merced a nuestra ignorancia iniciamos la comprensión. Dios tiene Sus leyes, y sólo con humildad podemos percibir las, y aun así vagamente.

—¿No crees que los dioses han establecido un sistema de leyes para la conducta y la obediencia de los hombres, Zenón de Elea? —preguntó uno de los sacerdotes.

Este sonrió.

—No se me juzga a mí precisamente —contestó—, pero responderé a tu pregunta, señor. Sólo descubriremos la voluntad de Dios mediante la plegaria, y en soledad y en meditación. Podemos descubrir Sus leyes en las leyes de la naturaleza, que Él ha ordenado. Lo que gobierna al grano más pequeño de arena o la espiga de trigo, gobierna también al hombre. La ley sólo es una. El sol le obedece y conoce Sus leyes. Reflexionemos sobre ellas. Pues la ley y el orden son de la naturaleza de Dios y ambas se manifiestan con claridad a los ojos inocentes de los niños, pero se transforman en ideas confusas, complicadas y oscuras únicamente por los sofismas de los hombres.

Sonrió a sacerdotes y jueces.

—Mi amigo Jantipo se ha visto acusado de impiedad. Pero el verdadero sacrilegio consiste en hacer a Dios a imagen y semejanza del hombre, atribuyéndole todas las pasiones y errores de la humanidad, su salvajismo innato, y creer que podemos comprender a Dios en los más mínimos detalles. De ese crimen es inocente Jantipo. Entre vosotros, señores, ¿quién se cree competente para afirmar que sabe algo del Desconocido? Jantipo ha repetido una y otra vez que esto se encuentra por encima de nuestra competencia. ¿Quién negará que es cierto? Diferir de esta verdad es la auténtica impiedad.

—Los dioses nos han dado capacidad para comprenderlos —dijo uno de los sacerdotes—. ¿Niegas esto acaso, Zenón de Elea?

—¿Quién ha dicho que podemos comprenderles? —preguntó este—. ¿Los dioses? No. Sólo lo han declarado los hombres arrogantes y carentes de inteligencia. Se sentó, miró intensamente a los sacerdotes, callados ahora, y dijo con voz sonora:

—¿Quién de entre vosotros se atreve a declarar que conoce los atributos de la Deidad y está familiarizado con Su naturaleza? ¿Quién se atreve a pronunciar tal blasfemia ante esta augusta asamblea?

El más viejo de los jueces, y el más sobornado por Teos también, se impacientaba

pensando en la comida de mediodía que se había perdido y con la que soñaba. Apartó el pergamino y dijo:

—Zenón de Elea ha presentado el caso con sabiduría y precisión. No somos presuntuosos; lo seríamos en verdad si mantuviéramos un diálogo referente a los dioses con Jantipo, que no sabe más que nosotros.

Este se inclinó y bajó la cabeza con modestia burlona.

—Tal vez sea mejor para nosotros esta ignorancia, pues saber siquiera una parte de la verdad podría resultarnos mortal.

Pero ahora habló otro de los jueces, que no había sido sobornado.

—Todavía queda la cuestión de la insolencia contra la ley. Tengo aquí la acusación de un amigo anónimo del tribunal según el cual Jantipo ha demostrado falta de respeto y ridiculizado nuestra democracia, y no ha pagado los justos impuestos. —Miró furioso a Jantipo, pues odiaba la aristocracia, la fama y las riquezas del acusado—. Contesta, señor —insistió—. ¿Qué dices de la libertad de que disfrutas bajo tu gobierno, establecido por Solón?

A Jantipo se le ocurrió una respuesta muy ingeniosa, pero, por una vez, reprimió la lengua. Asumió una expresión pensativa, pero el rostro delgado y hermoso le ardía por la cólera sofocada. Alzó los ojos.

—¿Me pides que defina la libertad, señor? —preguntó.

—Esa era mi intención —repuso el juez. Jantipo le miró y sus ojos azules eran como piedras pulidas y brillantes.

—¿Qué es libertad? El derecho de un hombre a exigir que su gobierno le deje en paz y no se mezcle en sus asuntos y su vida privada, regulando una conducta que no ofende a nadie ni interfiere con los derechos de los demás, con el derecho de un hombre a tener propiedades y a pagar impuestos por ellas en bien de la comunidad, y a la protección de su propiedad y de su país de los enemigos del interior y del exterior; el derecho de un hombre a vivir en paz consigo mismo y sus vecinos, y a disfrutar del fruto de sus manos y su inteligencia; el derecho de un hombre a ser hombre, y a vivir libre del paternalismo y la laboriosidad de los pequeños burócratas. En resumen, el derecho a no ser un esclavo. Esos son derechos sencillos y honrados. Cualquier otra cosa es opresión.

—Y, ¿crees que tu gobierno no cumple esas condiciones? —preguntó uno de los jueces.

Jantipo no respondió por un instante. Después habló con voz extraordinariamente suave.

—Noble juez, ¿crees tú que nuestro gobierno cumple esas condiciones?

El otro alzó unos ojos que relampaguearon.

—No sólo lo creo; es que lo sé.

—Señor —dijo entonces Jantipo—, ¿acaso yo, un simple soldado, he ofrecido la vida por mi país y le he servido con sangre y con honor, sólo para discutir contigo, que nunca fuiste un soldado, sino miembro de una profesión más honorable? En

cuanto a tus conocimientos, señor, yo afirmo mi ignorancia sobre ellos.

Teos soltó una risita y los sacerdotes y jueces se miraron, algunos con rabia y frustración y otros con burla simulada.

Entonces Jantipo, el intrépido y sofisticado, perdió su precario control.

—¡Y vosotros habláis de Solón! —gritó—. Pero Solón soñó con una república de leyes justas en la cual todos los hombres serían libres, y libres sobre todo de un gobierno caprichoso y rapaz. Una nación en la que los hombres pudieran hablar abiertamente, exponer sus disensiones y exigir que se repararan los males cometidos por el gobierno contra su pueblo. No tenemos esa república, caballeros. No tenemos una república en absoluto. Tenemos una democracia degenerada, un gobierno plebeyo carente de inteligencia, con vientre pero sin mente. En estas condiciones sólo de una cosa podemos estar en verdad seguros: el mundo está gobernado por los idiotas, y así ha sido siempre y siempre lo será, pues los idiotas presumen de sabiduría sólo por la fuerza de su número y, ¿qué político o juez discutirá con los números? ¿Vosotros, caballeros?

Teos gimió en su interior. Jantipo había pronunciado ahora su sentencia de muerte. Aquellos a quienes Teos sobornara gimieron también. Uno de ellos dijo con firmeza:

—Estableces una diferencia entre la república y la democracia, Jantipo.

¿No son una misma cosa?

—No —respondió con sereno énfasis—. Una es el gobierno representativo, otra el gobierno del caos. ¿Cuál de ellas, caballeros, tenemos hoy en Atenas?

Los jueces y sacerdotes estudiaron los pergaminos. No sentían el menor respeto por un valiente, que además era un militar famoso, y sabían que los hombres como Jantipo resultaban peligrosos para su misma existencia. Sin embargo, algunos le temían, y otros temían que Teos exigiera la devolución de los importantes sobornos. Tras un largo silencio un juez se aclaró la garganta ruidosamente y lanzó una mirada siniestra a Jantipo.

—Se te acusa de haber mentido en los impuestos. ¿Qué respondes a esto? Sonrió con amabilidad:

—¿Dónde está el que me acusa, señor? Tráele aquí; que su declaración de impuestos se compare con la mía y apuesto mi vida a que, dracma por dracma, he sido más honrado que él.

Como no le contestaran añadió:

—O, ¿es que la justicia está muerta y no sólo ciega? ¿Somos gobernados por delatores de mala fe, o nos gobiernan jueces imparciales?

Como tampoco le contestaran inmediatamente siguió diciendo:

—Pero sólo vosotros podéis contestar a esto. Porque es un asunto que también se halla por encima de mi competencia como simple soldado.

El juez más sobornado habló con ansia.

—Entonces, Jantipo, ¿te declaras incompetente tanto en lo que respecta a la

naturaleza de la divinidad como a la naturaleza de la ley?

Jantipo se inclinó.

—Señor —dijo—, soy el más incompetente de los presentes, y probablemente el más ignorante, si eso es posible. El juez dijo a toda prisa:

—Tu humildad es digna de ti, Jantipo, y ha sido observada a su debido tiempo por la *ekklesia* y por este Tribunal, de modo que se mitigará la severidad de tu destino — y miró a Hurtadillas a Teos, que entonces fruncía ligeramente el ceño.

Este había pedido que, todo lo más, se condenara a Jantipo al ostracismo hasta que él, Teos, se hubiese cansado de la hermosa hetaira Gaia. Al recordarla, se imaginó que la besaba, olía su perfume y se deleitaba con sus abrazos.

Viendo el gesto de disgusto de Teos, el juez habló incluso con mayor rapidez:

—Por tanto el juicio de este Tribunal y de la *ekklesia* es que seas desterrado de Atenas hasta que nos apiademos y nos sintamos inclinados a llamarte de nuevo. No somos insensibles a tu fama, Jantipo, tan merecidamente ganada, ni la ciudad es desagradecida. No eres inocente, y eso lo sabes de corazón..., aunque tu culpa obedeció más bien a la ignorancia y la incompetencia. Da gracias porque vivas bajo una democracia justa y benigna que no toma venganza de sus enemigos... incompetentes, que no hablan por malicia sino por ingenuidad.

En respuesta, Jantipo empezó a reír a carcajadas, pero Zenón y Teos lo cogieron a toda prisa y se lo llevaron hacia la puerta. Ya en los escalones de mármol se sacudió de sus amigos y les dijo riendo:

—Me han salvado un filósofo y... —se detuvo, miró al otro con asombro repentino—... y Teos. ¿Por qué estabas presente Teos, tú que jamás te interesaste por la religión o la justicia?

Este sonrió con la mayor alegría.

—¿No soy tu amado amigo, Jantipo? ¿No te he admirado siempre?

—No —afirmó Jantipo.

Teos le cogió el brazo de nuevo con mirada de cariño.

—Mi litera nos aguarda. Concédeme el honor de llevarte a tu casa.

Cuando Jantipo llegó a casa envió a buscar a su esposa, la miró inexpresivamente, y con la mayor indiferencia dijo:

—Me han desterrado por un período indefinido, pero no me han quitado nada, ni me han encarcelado o ejecutado. Agarista lloró, pero él no se detuvo a oír sus protestas o lamentos. Fue a visitar a Gaia, la cual le recibió con la alegría de costumbre y se consoló con sus besos y sus cálidos abrazos. Jantipo ignoraba la razón, pero a la par que su sonrisa, las lágrimas corrían por las mejillas rosadas de Gaia.

Desde su villa, en Chipre, escribió a su hijo Pericles:

«Por encima de todo, el hombre debe amar no sólo su propia libertad, sino la libertad de los otros, o no es hombre. Claro que la libertad es una abstracción, pero ¿no puede decirse lo mismo de todas las

cosas perfectas? Sin embargo, debemos luchar por alcanzarla, aunque jamás podamos conseguirla plenamente. Nuestro deber más noble consiste en amar todo lo que es perfecto, ya que la perfección es la sombra de Dios, y ojalá que nosotros, con nuestra voluntad y deseo, descansemos en esa sombra aun sin ver nunca a Aquel que la proyecta».

Pericles quedó atónito al leer tales palabras de su padre, hombre irónico que jamás había reverenciado a los dioses y que solía discutir su existencia entre bromas y risas. Se sintió profundamente conmovido.

Aunque Agarista creyera que su hijo era perfecto en todo, y Jantipo hubiera llegado a temer incluso que Pericles fuera demasiado virtuoso, Zenón sospechaba que el joven tenía un carácter mucho más complejo e intrincado de lo que parecía. Había detectado en los ojos de Pericles chispazos de impaciencia, desprecio, hostilidad e intolerancia en ocasiones, y una o dos veces advirtió en ellos un brillo de brutalidad irónica. Zenón no admiraba la perfección en la humanidad, ya que entonces carecería de vitalidad y colorido; en cambio, sí elogiaba la habilidad de Pericles de controlar su lengua, pero no la luz repentina y desagradable de sus ojos cuando se sentía arrastrado por una emoción sin importancia. Entonces el pálido azul de sus ojos se encendía hasta convertirse en una llama blanca y vehemente, y revelaba la capacidad del joven de sentir rabia e incluso furia.

Pericles era muy admirado entre sus jóvenes amigos y los padres de estos; sin embargo, había en él un rasgo innato que rechazaba la intimidad e inspiraba reverencia en los otros y un deseo de acercarse más a él, deseo invariablemente frustrado. Había algo de Tántalo en su carácter. Cuando salía de la escuela de esgrima, dirigida por Cilio, un liberto de notable destreza, no parecía ansioso de que sus amigos le acompañaran a casa de su padre; sin embargo, siempre estaba rodeado de compañeros que le admiraban y que con frecuencia se desviaban de su camino por acompañarle.

Finalmente llegó Zenón a la conclusión —que le entristeció— de que Pericles poseía un don misterioso de los dioses: el poder de conmover los corazones de los hombres, y no sólo su mente, y de encender su imaginación y sus imprevisibles emociones, cosa que podía resultar destructiva.

«¡Ay! —pensaba Zenón—, tiene los atributos de un político y, según se dice, los políticos no nacen; salen del cuerpo como excrementos».

En la escuela de esgrima de Cilio había también un joven de dieciséis años de quien todos, incluso el maestro, se burlaban, aunque era de casa distinguida y su padre un gran soldado. Se llamaba Ictus, lo que significa pez, y sólo eso ya despertaba la hilaridad entre la juventud cruel. Sentíase avergonzado de su nombre, pero su madre, que afirmaba estar consagrada a Poseidón e insinuaba que de doncella había sido seducida por este, insistió en ponerle ese nombre. Aparte de ello su carácter era amable y elusivo, sus movimientos suaves, y vivía envuelto en un aura de humildad, ya que era muy modesto y nada atlético. Absorbía la sabiduría como la tierra absorbe la lluvia y parecía reverdecer y desarrollarse con el rocío intelectual que caía sobre él, facultad que no le hacía muy querido entre sus compañeros más robustos. Pericles, aunque despreciaba al joven, nunca se metía con él ni participaba

en las burlas de los otros, sino que le observaba á distancia con una expresión inexplicable, a la vez de asombro y de rechazo.

Ictus era tan alto como Pericles, que lo era más que sus compañeros, y muy delgado y huesudo, y su piel tenía una transparencia peculiar, como si el cuerpo al que envolvía no tuviera sangre. Esto le daba el aspecto de un enfermo crónico, ya que ni siquiera los labios tenían un tinte cálido. Además había algo muy curioso y que aumentaba las risas de sus compañeros: su nariz era muy larga y la punta tendía a enrojarse cuando Ictus se excitaba ante una teoría o hipótesis académica especialmente interesante. Sus ojos, muy claros, estaban siempre abiertos de par en par, con una mirada ansiosa al verse enfrentado con cualquier novedad intelectual, y carecían de pestañas. Los labios finos y alargados temblaban y traicionaban una sensibilidad excesiva. Tartamudeaba al hablar, y en ocasiones enmudecía de timidez entre sus compañeros. La barbilla, algo retirada, no era precisamente notable. Sus tutores y su madre lo amaban; su padre le despreciaba por ser débil. Aparte de las lecciones en casa, asistía a la misma academia de Pericles. Sólo su manejo excelente de la espada —que odiaba— obligaba a sus compañeros a sentir hacia él cierta medida de tolerancia. Tenía una voz alta y aguda, como la de una adolescente, que despertaba las risas en cuanto hablaba, y su pelo castaño claro era liso y sin brillo, y siempre revuelto por el viento, pues era muy fino. Parecía saltar más que caminar, y la ropa que vestía jamás le sentaba bien.

Él y Pericles solían verse emparejados como espadachines notables y con frecuencia era Ictus el que ganaba. Cortaba entonces las felicitaciones corteses de Pericles con disculpas abyectas insistiendo en que no valía tanto como él y que únicamente le había vencido por accidente o por alguna distracción de parte de su antagonista. Pericles le dejaba con impaciencia interrumpiendo sus explicaciones, e Ictus le miraba alejarse impotente sin oír siquiera las risas de los que presenciaban el duelo.

Había ocasiones en que Pericles sentía cierta piedad por él, y, cuando le veía acosado en exceso por los compañeros, intervenía con una palabra seca o una mirada de aviso. A veces esta piedad se convertía en cólera e impulsos de protección, cosa que también enojaba a Pericles. Ictus no era nada para él, se decía. No le admiraba en absoluto, a no ser por sus conocimientos e inteligencia. Cuando alguna vez se veía seguido humildemente a distancia por Ictus, el enojo de Pericles llegaba al extremo de lanzarle una palabra cruel, pero solía reprimirse. «Ictus es un infeliz —pensaba Pericles, que ahora tenía quince años—. Sin embargo tiene derecho a una existencia libre de problemas como todos los hombres, aunque ese nombre ridículo le sienta muy bien».

Un día Pericles se retrasó en su salida de la academia a fin de discutir un problema de lógica con su maestro, problema con el que esperaba confundir a Zenón esa noche. Deseaba demostrar que la validez y la verdad no tienen mucho en común, y que la validez podía ser con frecuencia un sofisma, mientras que la verdad era firme

como el granito y no sólo un ejercicio silogístico. Su maestro se sintió enojado, ya que era académico y pedagogo, pero sentía un gran respeto por Pericles y su familia. Le concedió el punto sin convicción, y Pericles, repentinamente aburrido, se marchó. Entonces vio a Ictus en su banco escribiendo a toda prisa en un pergamino con una pluma afilada y, por una vez, le inspiró curiosidad aquel joven con su aire de profunda excitación interior. Se dirigió, hermoso como una estatua de mármol, hacia el banco, y miró por encima del hombro de Ictus sin que este se apercibiera de su presencia.

*«¡Oh Tú, que no tienes nombre, pero eres el compendio de todos los hombres!
La mañana es Tu manto, el crepúsculo Tu corazón, los vientos son Tu ropaje, y el fuego Te sirve,
no posees tronos, pero eres el Rey de los Tronos.
El universo es tu morada, aunque no tengas altares. Tú eres la vida, el sol, la llama que crea las
estrellas.
Los dioses Te adoran, pero los hombres no conocen Tu Ser. Nada perdura, ni la vida ni los mundos,
sin Tu conocimiento.
Sólo Tú sabes que la duración de un insecto es igual a la de una montaña, pues el tiempo no cuenta
para Ti, que eres realidad.
¿Cuándo revelarás Tu rostro a todos los hombres, y proclamarás en el trueno: Yo soy el que era, y es,
y eternamente será?
No hubo nadie antes que Yo, y nadie habrá después».*

«Es un poema muy malo —se dijo Pericles—, pero escrito con pasión y adoración. ¿A qué dios se dirige?». Sonrió levemente. Entonces Ictus advirtió su presencia, la punta de la nariz se le puso roja y sus ojos se nublaron llenos de confusión.

—Ignoraba que fueras poeta —dijo Pericles. Ictus, vencido por esta condescendencia empezó a tartamudear:

—No..., no es un poema, Pericles. Es..., es sólo... una plegaria.

—¿A quién?

Los ojos castaños de Ictus se enardecieron repentinamente como si hubiera presenciado una visión.

—Al Dios Desconocido —murmuró.

—Pero eso los incluye a todos —dijo Pericles muy divertido.

Ictus parecía triste y apurado; sin embargo, tenía cierta tenacidad de carácter. Agitó la cabeza:

—No hay más que un Dios, el Dios Desconocido, que tiene un pequeño altar en el templo de Zeus dedicado a Él. Está aguardando.

—¿A qué, Ictus?

Este bajó aún más la cabeza.

—He oído hablar a un sacerdote del día de la revelación, en el que todos los hombres conocerán al Dios Desconocido y sabrán que no existe otro.

—El monoteísmo no es un concepto religioso nuevo —dijo Pericles—, aunque no

sea popular entre nuestros sacerdotes. Lo llaman «la aberración extranjera», ya que los egipcios lo inventaron hace siglos.

Ictus guardó silencio. Pericles seguía esperando. Al fin susurró el otro:

—Yo le adoro. Él invade mis sueños, mis pensamientos, mi vida. Veo la huella de Sus dedos en el cielo del atardecer. Oigo Su voz en el trueno, el viento, el murmullo de los ríos. Veo Su rostro reflejado en el mar y en las nubes. Las montañas tiemblan a Su paso, la tierra se agita bajo sus pies —cruzó las manos como si orara, y Pericles, impaciente, sospechó que lo hacía.

—Los sacerdotes considerarían tus palabras herejía.

—Son hombres ciegos y malvados —dijo Ictus con énfasis extraordinario. Pericles miró apresuradamente al maestro, tras su mesa, y dijo en voz baja:

—No sabía que tuvieras una lengua tan peligrosa, Ictus, y unos pensamientos tan peligrosos también. Guárdatelos para ti —balbució.

Sin saber exactamente por qué, le oprimió con suavidad el hombro antes de alejarse.

Ya en camino a casa de su padre empezó a meditar en lo que Ictus le dijera. Él y Zenón habían discutido con frecuencia la injusticia e indecencia de los sacerdotes y el gobierno, que no admitían más opinión que la suya y perseguían al disidente como blasfemo o peligroso para la ley y el orden. Pericles pensó en su padre, y su frente pálida se frunció de cólera. Luego recordó a Ictus y le asombró la vehemencia demostrada por aquel joven sereno y reservado. «Hay en él algo más de lo que creemos y es posible que no sea un infeliz como pensamos», se dijo. Por primera vez en su vida, corta y confiada, Pericles reflexionó en que muchos de sus juicios y opiniones podían reexaminarse con justicia y honradez. «¡Ah!, pero eso crearía desconcierto, distracción y, en último caso, ¡paralizaría al hombre! Había que ser firme en las propias convicciones, incluso si algunas eran manifestaciones absurdas y falsas». Al pensar esto, se rió en voz alta.

Como se hubiera retrasado, los serviles acompañantes de costumbre se habían ido ya a sus casas. Además, el cielo estaba cubierto de nubes grises tan bajas que llegaban a oscurecer la parte superior de la Acrópolis, y caía la lluvia con un ritmo tintineante como si fuera cristal. Se aproximaban las fechas de la festividad de Cronos, y los copos de nieve se mezclaban ya con la lluvia. La tierra tenía un tono ceniciento, y el agua corría por ella en arroyos como venas oscuras. Se encendían antorchas en los pórticos de las casas, y las lámparas brillaban a través de las ventanas, aunque aún estaba lejos el crepúsculo. El viento aullaba entre los pinos y cipreses y el trueno retumbaba en el aire. Las colinas, de un tono púrpura, semejaban una mujer gigantesca y reclinada.

Pericles se enrolló apretadamente en el manto de lana y se echó la capucha sobre la elevada frente. Pocas personas circulaban por las calles y casi todos iban en literas llevadas por esclavos empapados que corrían, o bien en carruajes. Pericles inició el descenso de la colina donde estaba la escuela y empezó a ascender hacia la casa de su

padre. Luchando con el viento, no advirtió que Ictus, emocionado porque Pericles hubiera condescendido a hablarle, y lleno de amor por él, le seguía como un esclavo guardián. Aquel caminaba rápidamente, pero Ictus, de piernas largas y pies ligeros, no tenía dificultad para mantenerse a su paso, aunque siempre a cierta distancia, temeroso del disgusto de Pericles al descubrirle y sin querer molestar al que consideraba casi un dios.

Atenas yacía a sus pies y el Ágora también, llena de gentes y brillando con luces amarillas como estrellas. Pericles inició la subida hacia su casa. Pasó ante un grupo de oscuros cipreses, altos como torres y muy juntos. Casi los había dejado atrás cuando un hombretón, envuelto en una capa y encapuchado, cayó sobre él con una daga alzada que brilló a la tenue luz.

—¡Muere, hijo de Jantipo el traidor! —gritó bruscamente.

Pericles, ágil y atlético, desvió el golpe saltando a un lado, pero la capucha se deslizó y dejó expuesto su rostro al viento y la lluvia. El hombre era mucho más alto que él, y más fuerte, y sus rasgos quedaban ocultos; sin embargo, Pericles recibió una impresión de ferocidad y odio. En un instante decidió que su mejor defensa era la huida, y él podía ser muy rápido. Pero el otro aún lo era más, y de gran fortaleza, así que cogió a Pericles por los cabellos y levantó de nuevo la daga.

«Estoy perdido», se dijo el joven. Aunque dominado por el pánico trató de luchar por su vida. Cogió la muñeca que sostenía el arma y se aferró a ella con ambas manos. El hombre lo levantó del suelo, como haría un mono con una ramita, y quiso arrojarlo a tierra. Pericles afirmó las piernas, vacilando, pero con decisión. Intentó pedir ayuda a gritos, pero el viento se llevaba la voz. Sus pies tocaron tierra y sus rodillas se descarnaron contra las piedras, pero en lo único que pensaba era en el violento latir de su corazón y en la necesidad de detener el brazo del asesino. Mientras tanto, el hombre le daba fuertes puñetazos con la mano izquierda en la cabeza y la espalda, y la sangre empezó a brotar de la nariz de Pericles y a caerle por la frente, cubriéndole los ojos.

De pronto se sintió libre y cayó pesadamente en tierra; oyó una maldición y un gemido ahogado. Tratando de levantarse a duras penas miró incrédulo. Ictus se agitaba frenético a su lado. Habiéndose despojado de la pesada capa la había arrojado sobre la cabeza y hombros del atacante y le sujetaba con firmeza con una mano, mientras con la otra le apuñalaba, con su propia daga, a través de los pliegues de la capa. Su larga túnica flotaba a su alrededor y parecía un bailarín entregado a la danza, moviendo sus largas y ágiles piernas. Era la reencarnación del dios Pan. Todo esto vio Pericles en unos segundos. Consiguió ponerse en pie, sacó la daga y corrió también hacia su asaltante, apuñalándolo con fría rabia.

El hombre trataba de salvarse, pero los dos jóvenes eran demasiado para él y además estaba cegado y entorpecido por la capa. Pateaba furioso a los que no podía ver, y la sangre le corría de sus muchas heridas, una muy próxima al corazón, pero gruñía mientras seguía luchando. Al fin se inclinó como un caballo moribundo y cayó

pesadamente a tierra, donde aún se agitó unos instantes y luego quedó quieto, tumbado de espaldas.

Los dos muchachos se acercaron a él respirando con dificultad, llevando aún en la mano las dagas ensangrentadas. Le miraron secándose el sudor de la frente con el dorso de la izquierda. Su respiración era sonora. Luego Pericles se inclinó y, apartando la capa de Ictus, retiró la capucha del asesino. Era un completo desconocido con barba negra.

—Está muerto —dijo el amable Ictus con voz alta y exultante, y le dio una patada en el costado.

—No le conozco —confesó Pericles.

Apenas podía hablar de cansancio y agotamiento, y su respiración seguía sonando muy agitada. Observó que Ictus recuperaba su capa de debajo del hombre y se envolvía en ella. Entonces miró a Pericles y dijo tartamudeando:

—Tú..., tú..., no estás herido, ¿verdad? Tal vez vacile demasiado antes de atacarle. Si es así, perdóname.

Pericles, que le escuchaba incrédulo, se echó a reír a carcajadas. Echó los brazos en torno a Ictus y lo retuvo contra su pecho porque se sentía débil y la cabeza le daba vueltas. Ictus lo sostuvo apretadamente, la cabeza de Pericles cayó sobre el hombro de su salvador y ambos permanecieron así hasta que el corazón del joven cesó su loco latir. Descansaba entre los brazos de Ictus como un niño contra el pecho del padre que lo salvara. Por unos segundos siguió todavía riendo histéricamente ante las palabras de Ictus: «Tal vez vacilé demasiado antes de atacarle. Si es así, perdóname».

En cuanto a Ictus, rebosante de alegría y satisfacción, deseaba poder continuar así siempre, sosteniendo a Pericles.

Este derramaba lágrimas de hilaridad y de alivio, y al fin, separándose de Ictus, le abrazó y le besó en ambas mejillas.

—Me salvaste la vida —dijo—, por ello te estaré siempre, eternamente agradecido mi querido Ictus.

—No fue nada —dijo este, cuyo corazón brincaba de gozo.

—De ahí se deduce entonces que mi vida no es nada —se burló Pericles con ingenio.

Viendo que el otro quedaba turbado e inseguro ante sus palabras, le abrazó de nuevo.

En ese instante apareció entre la tormenta una guardia de la ciudad, gritando y con la espada desenvainada. Agarró rudamente a Ictus por el brazo, pero Pericles dijo con voz débil:

—Él me salvó de un vagabundo desconocido, un ladrón y asesino que me atacó, sin duda alguna, por mi bolsa. Es mi compañero de colegio y yo soy Pericles, hijo de Jantipo.

El guardia, dominado de pronto por el temor, insistió en acompañarle a su casa. Inconscientemente, y a pesar de que no conocía a Ictus, le ignoró como hacían todos,

cual si llevara puesto el yelmo, ahora sumergido en las aguas de Leta, que hacía invisibles a los hombres. Ictus se retiró con timidez, acostumbrado ya a ese trato, y cuando Pericles, mirando por encima del hombro le pidió que le acompañara a casa de su padre, agitó la cabeza y, para ahorrarse un momento de embarazo, se alejó con la misma rapidez con que se aproximara. Pericles le observó ir maravillado, lleno de afecto y gratitud y dijo al guardia:

—Es el hombre más valiente que he conocido en la vida, y le debo cuanto soy y todo lo que seré.

Contó el episodio a su madre, y cuando Agarista se hubo recuperado del temor, la indignación y la ansiedad, dijo:

—¡No quisiste que te acompañara un esclavo, hijo mío, como yo deseaba!

—No soy un niño —respondió Pericles con impaciencia. Le molestaba que su madre no hubiera expresado todavía su agradecimiento a Ictus y añadió—: Ni Ictus tampoco —con voz significativa.

Agarista, impaciente a su vez, agitó indiferente su larga y nivea mano.

—¿Qué otra cosa podía hacer por el hijo de Jantipo y Agarista?

Pericles la miró, y sus ojos pálidos parecían muy duros a la luz de la lámpara.

—Podría haber huido, ya que también se exponía a la muerte. Pero no huyó. Conozco a Ictus. Habría salvado a cualquiera injustamente atacado y que estuviera a punto de ser asesinado, ya que jamás existió un espíritu más dotado de valor y amabilidad.

Agarista agitó los rizos de color trigo en gesto de negativa.

—Es indudable que tiene valor, pero tú eres hijo de tus padres, y tienes antepasados ilustres, y aunque Ictus no sea de una familia en absoluto desconocida, no puede compararse contigo. Colaboró en tu rescate por ser quien tú eres, hijo mío, esperando obtener gloria y alguna recompensa futura.

—¿Acaso un hombre ofrece su vida sólo por esas cosas? —preguntó Pericles con desprecio.

Seguía mirando a su madre. ¿Sería de verdad tan idiota a pesar de sus pretensiones y conocimientos? Apretó los labios ante esa idea, luego giró sobre los talones y se fue a sus habitaciones, muy turbado. «Incluso los aristócratas podían ser ruines, mezquinos y estar dominados por un egoísmo ridículo», reflexionó.

Fue una lección que jamás había de olvidar. Influidado por ella se acercó calladamente a sus compañeros al día siguiente y les informó de que debían cesar en sus bromas y burlas a propósito de Ictus, que este se hallaba bajo su protección y todos debían honrarle por su generosidad y valentía. Sus compañeros quedaron asombrados y algunos se mostraron resentidos, pues les resultaba difícil comprender que un ser tan insignificante y absurdo como Ictus, y tan diferente de ellos mismos tuviera siquiera valor. Al advertirlo, Pericles se sintió divertido a pesar de su gran firmeza y resolución. Empezaba a hallar a la humanidad incomprensible cuando no peligrosa.

Aunque muchos acompañaban a Pericles a su casa, ahora sólo Ictus obtuvo permiso para caminar a su lado; Pericles empezó a atender a sus palabras débiles y vacilantes, que le eran ofrecidas con humildad, como flores presentadas ante una deidad. Un día este dijo a Zenón:

—Tú me has instruido mejor que nadie, mi querido maestro, pero hay algo que jamás me enseñaste: cuan dichoso es ofrecer la vida por un amigo, y sobre todo, por uno que no merece tal heroicidad.

De esta gratitud nació su aprecio por un alma tierna y noble, y un intelecto tan brillante como el reflejo de la plata. Más tarde había de decir:

—Muchos de alma y mente noble me rodean como hojas de laurel y me sirven y me consuelan, pero ninguno como Ictus.

Este escribió en honor de su amigo un pequeño poema que no había de encontrarse hasta después de la muerte de Ictus:

*¡Qué hermoso y dotado de gracias es Pericles, hijo de Jantipo!
Su condescendencia es más cálida que el sol, más dulce que la luz de Artemisa.
Su alma es espléndida como su rostro, y su corazón está armado de valor.
Atenas reverenciará a su hijo, y los siglos le bendecirán.*

Cuando le fue entregado, Pericles escondió el rostro entre las manos y sólo pudo murmurar:

—¡Ah, yo sí que no soy nada, y no Ictus!

6

Agarista habló a su hijo con aquella firmeza altiva que adoptara hacia él durante los últimos años, pues temía que, desde la muerte de Jantipo, Pericles la juzgara poco digna de interés.

—Ya estás en edad de casarte y engendrar hijos a la memoria de tu padre.

Pericles se mostraba invariablemente amable y cortés con su madre, pero ya no la tomaba en serio.

—Bueno —dijo—, tal vez sólo engendrara hijas. Agarista se negó a admitir esa broma e insistió:

—He pensado en mi amada sobrina Dejanira.

Pericles no tuvo que simular incredulidad y aversión.

—¡Dejanira! ¿La viuda de Hipónico? Es mayor que yo. Por lo menos tiene veintiséis años, y un hijo, Calias.

—Al que todos apodan «el rico» —dijo Agarista—. Las riquezas no son de despreciar, ya que todos somos aristócratas.

Estaban sentados en el pórtico exterior desde el que contemplaban la ciudad de Atenas, que parecía flotar bajo la luz cálida del próximo crepúsculo. Las colinas distantes, de color jade y lavanda, y plata también, envolvían la ciudad como un cuenco esmaltado.

—Creo que te burlas, madre mía —dijo Pericles, vestido sólo con una túnica corta a causa del calor. Cruzó las piernas blancas y miró a su madre con un gesto que intentaba aparentar ternura e indulgencia—. No sólo es mayor que yo, y viuda, y con un hijo, sino que además es tonta, fea, baja y gorda, y parece una cerda enfurruñada. Su voz es como una lira desafinada, aguda y chillona, y escucharla es una ofensa para los oídos. Desde luego hablarás en broma.

El rostro de Agarista, todavía hermoso y augusto, enrojeció de rabia.

—¿Prefieres a tu hetaira, esa mujer innoble y desvergonzada que es médico?

—Por lo menos mi Helena es inteligente, una delicia para la vista y de mi misma edad, y sus palabras siempre son alegres, mientras que la conversación de Dejanira, como la cabeza de Medusa, es capaz de convertir a cualquiera en piedra de puro aburrimiento. Cuando no está quejándose es que está gimiendo, y si no se dedica a comer, es porque está durmiendo. Además suda, y huele mal, y ni la esencia de rosas que usa con prodigalidad puede borrar ese olor. ¿Es que no se baña nunca? Las ropas le flotan en torno al cuerpo como si fuera un barril, como si siempre estuviera embarazada, y sus peplos y túnicas, aunque costosos, más parecen las ropas de una esclava que trabajara en el campo, y están igual de sucios. También camina como un pato.

Se levantó dando por terminada aquella conversación absurda. Incluso guiñó sonriente a su madre. Pero esta tenía la insistencia de una abeja atraída por un plato de miel, y, cuanto más se resistía Pericles, más terca se mostraba.

—Tus observaciones son obscenas, hijo mío —dijo—, asquerosas e indignas de un aristócrata. ¿Es que el aspecto es lo más importante para ti?

—Siempre has dicho, madre, que el aspecto es lo más importante, aunque ahora lo niegues.

Sentíase ligeramente irascible y no sólo por Dejanira sino por temor a enojar demasiado a su madre, pues, ¿no había dicho su hermosa Helena que el corazón de Agarista no andaba bien, como se manifestaba en su palidez constante y en el latir de las venas en su blanco cuello cuando estaba algo agitada? Pericles amaba todavía a su madre aunque últimamente le irritaba más y más con sus pretensiones y arrogancia. Era ya un notable soldado y estaba metiéndose en política, en la que todavía no había alcanzado demasiado éxito.

Agarista dijo, ignorando la última observación hecha por su hijo:

—Te olvidas de que su padre es un arconte, un importante magistrado de Atenas en estos momentos, y puede suponerte una ayuda muy valiosa.

Pericles la miró en silencio. Sentíase sorprendido como siempre que Agarista revelaba haber comprendido con agudeza las ambiciones e ideas de otros. En esas ocasiones pensaba que su madre podía ser tonta en algunos aspectos y hablar de cosas sin sentido, pero que también tenía una mente clara, y era inteligente. Todavía no le había comunicado él que la política le atraía profundamente; sin embargo, y en cierto modo, ella lo sabía, si bien Pericles sólo había confiado sus intenciones a Anaxágoras, a quien su madre despreciaba.

—Debe haber pagado muchos sobornos para que lo eligieran —dijo.

—¡Mi hermano no sobornaría a nadie! —gritó Agarista muy pálida y temblorosa—. ¡Pertenece a una casa honorable!

—Incluso los aristócratas aman el poder y, en segundo lugar, el dinero, por vulgar que esto aparezca, y están bien dispuestos a utilizarlo para lograr sus ambiciones.

Sin embargo ni él mismo creía que el arconte, hombre orgulloso y repelentemente virtuoso, hubiera comprado los votos. Habría utilizado su influencia, sí, para procurarse lo que deseaba, pero nunca el oro, y no en verdad porque despreciara el dinero, sino porque la influencia era más elegante y no olía de modo tan ofensivo en público. Además, a la influencia no se le podía seguir la pista, hecho en el que arconte, en extremo prudente, debía haber meditado con todo cuidado. Pericles nunca había apreciado a su tío, y Jantipo le había detestado y con frecuencia se había burlado de él con gran diversión de su hijo.

Agarista seguía protestando por las observaciones de Pericles acerca de su tío, pero él ya no la escuchaba. Meditaba con una mueca de amargura. ¿Sería la abominable Dejanira su camino más rápido en el campo de la política? Tembló al pensar en ella, pero era extraordinariamente ambicioso. Odiaba a la *ekklesia* por su

opresión y la corrupción en que tenía sumida a Atenas, por su democracia degenerada. Él creía que, metido en la política, podía conseguir la liberación de Atenas y su nuevo imperio, hacerla grande y libre y prepararla para hazañas gloriosas. En ocasiones creía sentir en realidad el corazón de la ciudad, latente pero ahogado, bajo sus pies, y anhelaba darle la oportunidad de expandirse y alcanzar la gloria. Los militares tenían poca influencia en el gobierno. Un hombre de resolución, decidido a que su amado país extendiera sus alas brillantes sobre el mundo, tenía un sólo acceso al necesario poder: la política. Incluso el profundo Anaxágoras lo había admitido así, aunque con tristeza y deplorando el hecho.

«¿Puedo soportar a Dejanira por el bien de Atenas?», pensó, y comprendió bien la respuesta. Podía evitarla en el lecho, pero eso encolerizaría a su padre. Sin embargo, ¿cómo engendrar hijos con ella si le era tan repulsiva como a los aristócratas empobrecidos que necesitaban dinero? «Tendría que taponarme la nariz cuando me la llevara al lecho. ¿Y qué hijos tendría con ella? ¿Se asemejarían a los cerdos, como su madre? ¿Merece la pena engendrar tales hijos por Atenas?». ¡Ay!, ya sabía la respuesta. Atenas, su adorado país, valía cualquier cosa que un hombre pudiera ofrecerle, cualquier sacrificio sería poco. Se le revolvía el estómago, pero dijo a su madre:

—Déjame que lo piense. Tal vez puedas inducirla a que se lave y huela un poco menos, aunque sólo sea para la noche le bodas.

—Tu observación no sólo es asquerosa sino poco amable —dijo Agarista. Pero sabía que había ganado y esbozó una sonrisa fría y delicada—. Dejanira es una joven sana y tú no estás acostumbrado a la fragancia de la salud. Prefieres los olores de las cámaras cerradas donde tú y tus compañeros os atiborráis de vino y ajo y os divertís lascivamente con mujeres perversas. Como tu Helena, que no respeta a su sexo y ha de meterse en los mataderos de los cirujanos y llenarse de porquería y olvidar que es una mujer.

Pericles se echó a reír:

—Nunca he observado que se olvide de que es una mujer —dijo, y Agarista enrojeció por la intención de sus palabras y apartó la cabeza como para no ver algo increíblemente lascivo.

Alzó la mano para protegerse de cualquier otra mención de Helena, gesto que Pericles encontró a la vez enojoso y afectado. Helena era como una rosa en capullo a punto de abrirse, y tan sincera como cualquier joven nada sofisticada; además, tenía inteligencia, sentido del humor, y una amarga comprensión de la humanidad. Grande, alta y algo gruesa, Helena era para Pericles una joven Hera, pero sin la petulancia y celos de esta. Su risa era ruidosa y franca, apreciaba las bromas más que nadie y no simulaba horror ante un chiste grosero de los campamentos militares. Más bien lo disfrutaba, e incluso le añadía un epigrama.

«Puedo olvidar a Dejanira en brazos de Helena —pensó Pericles sonriendo cariñosamente—, aunque Helena no es propiedad de nadie, sino de ella misma, y su

lecho sólo se me ofrece en pocas ocasiones».

Agarista le observaba con agudeza. «¡Cómo se parece a un joven Apolo!» — pensó—. A pesar de la frente demasiado alta, algo grotesca, y que empequeñece sus rasgos perfectos, es el hombre más hermoso de Atenas y en su perfil se refleja la fuerza, además de la inteligencia. ¿Quién puede compararse con mi hijo? Su futuro está asegurado. Dejanira parece una hija de Erisictón, que llegó a devorar su propia carne por el ansia insaciable de comida, pues, ¿no adora ella la mesa como si fuera el altar de su grueso cuerpo? Ciertamente, pero también es muy rica, y mi hermano poderoso, y ayudará a Pericles. Dejanira no le molestará mucho, pues los hombres son hombres y buscan consuelo entre las mujeres. La belleza no es necesaria en una esposa, ni tampoco es demasiado estimada por el marido al cabo de los años, pues estos se acostumbran a las esposas y las abandonan, por hermosas que sean. «¿Acaso mi marido no prefería la compañía de una hetaira a la mía?».

Zenón de Elea se había retirado a su pequeña propiedad sintiéndose agradecido. Su puesto en la vida de Pericles fue ocupado por Anaxágoras, como compañero y amigo muy querido, y de este aprendió Pericles ascetismo y la capacidad de conservar la dignidad en todas las ocasiones, incluso ante la mayor provocación. Anaxágoras había nacido en Clasmene, diez años antes que Pericles, y ahora tenía unos treinta y tres años. Había llegado a Atenas hacía un año procedente de Asia Menor, atraído a la ciudad griega por su cultura y su fama como sede de los filósofos, aunque estos iban siendo rápidamente víctimas de la *ekklesia* cada vez más implacable y cruel en la persecución y exterminio de cuantos disientían de ella.

Anaxágoras era un hombre alto y delgado, de rostro grave y alargado, con una boca sensible y una nariz larga y fina, de afilada punta. Su frente estaba siempre serena, los pómulos se marcaban agudamente bajo la piel y, sobre ellos, los ojos más grandes y azules que Pericles viera en su vida, llenos de inteligencia y con un gran sentido del ridículo. Aunque ya de mediana edad, caminaba con la gracia de la juventud. Sus gestos eran disciplinados pero elocuentes. Los cabellos oscuros semejaban estar pintados sobre un cráneo frágil, y las orejas, si bien extraordinariamente grandes, eran traslúcidas, de modo que parecían rosadas contra la palidez natural de su rostro.

Su fama como matemático y astrónomo le había precedido en Atenas, donde se viera recibido con los aplausos y el afecto de sus colegas atenienses, aunque la *ekklesia* siempre vigilante, dominó su entusiasmo sin gran dificultad. Empezó a mirarle con suspicacia a causa de sus conocimientos científicos, sus enseñanzas y escritos. En contra de las convicciones de la *ekklesia*, cuyos conceptos de la Divinidad eran en exceso limitados, fijos y dogmáticos, y por tanto más vehementes y apasionados, Anaxágoras era culpable de hacer preguntas, de avanzar hipótesis dudosas y de sacar conclusiones en absoluto ortodoxas.

Su único defecto era su impaciencia con los tontos —al contrario que el amable Zenón, que se limitaba a compadecerles— y podía mostrarse brusco con la estulticia,

viniera de donde viniera, y rechazarla sin disculpa. Le enojaba especialmente que la *ekklesia*, en tiempos un cuerpo legal, noble y representativo de los ciudadanos votantes, según estableciera Solón, se hubiese convertido en un cuerpo innoble de inquisidores que aceptaban cualquier acusación pública o privada contra las figuras que les disgustaban. Aunque hubiera en ese cuerpo legislativo pocos sacerdotes, estaba más o menos dominado por ellos y temía su supuesta taumaturgia y su intimidad con los dioses.

—La libertad —decía Anaxágoras— es la posesión más deseada del hombre, a la que siguen los conocimientos y la sabiduría, que no pueden existir sin la libertad. Pero esta, a menos que se halle salvaguardada por una constitución inmutable, se convierte en el instrumento de los tiranos que utilizan su propia libertad para destruir la de los demás.

Formaban parte de la *ekklesia* muchos ignorantes cuyo único derecho a sentirse orgullosos consistía en saberse hombres libres y ciudadanos votantes de Atenas, y que eran conformistas piadosos. Cuando Anaxágoras, al presentar su método científico, declaró que podía predecir los eclipses y que estos no eran un capricho repentino de los dioses, la *ekklesia* quedó horrorizada y dudó si debía pronunciar o no las maldiciones «contra aquellos que engañan al pueblo». No llevaba Anaxágoras ni dos años en Atenas cuando se inició el debate.

—Conviene ser prudente —le dijo Pericles una vez.

—La prudencia —respondió Anaxágoras— es el último refugio del cobarde. Sin embargo —añadió viendo la sonrisa juvenil de Pericles— es una virtud en el valiente. No hablo con paradojas, como tu maestro anterior, Zenón, pues la ciencia no reconoce las paradojas como característica de la Deidad, sino como un problema natural que desafía y puede contener una solución que explicaría que esas paradojas no existen en absoluto y sólo bullen en la mente de los hombres sin información. Los prodigios piadosos no tienen lugar en el reino de la ciencia, sino sólo los hechos.

—Aún queda el misterio del hombre —dijo Pericles.

—Entonces meditemos en ello y tal vez logremos desvelarlo —dijo su amigo.

Como todos los científicos, estaba seguro de que no existían los misterios y que, mediante el empleo de la exploración científica, los velos irían cayendo uno a uno. En cierto modo era dogmático también, y Pericles lo comprendía. Si Anaxágoras tenía alguna debilidad, consistía esta en su insistencia de que el método científico, y los científicos mismos, impedirían el caos. A pesar de la oposición, introdujo la investigación científica en Atenas desde Jonia y, más tarde, había de influir notablemente en Sócrates. Él creía que el núcleo de los conocimientos estaba ya completo, pero que, debido a cierta degeneración, el hombre había perdido la capacidad de penetrar hasta el fondo del mismo.

—Luego crees en la Deidad, que ha conservado ese núcleo de conocimientos para el uso del hombre —decía Pericles. Ante esta pregunta los ojos azules de Anaxágoras adoptaron una mirada grave.

—Un científico que no sea consciente del *Ánima Mundi* es tan mezquino como la misma *ekklesia*, y no puede ser denominado erudito —contestaba. El prodigio de sus descubrimientos, decía, consistía en las maravillas que la investigación revelaba y en su propia perfección.

—Nadie debe acercarse a la ciencia sin espíritu de reverenda, pues sin ella sólo hay arrogancia, vanagloria y presunción, y estas destruyen el espíritu auténtico de la investigación científica.

Se exaltaba ante cada descubrimiento. También había amabilidad en él; compadecía a la humanidad y era la caridad personificada. Pericles le consideraba el hombre más sabio y magnífico de todos, y tenía sobre él una influencia suprema, pues era el único que se había aproximado realmente a la auténtica grandeza.

Anaxágoras no sólo enseñaba en las columnatas del *Ágora* a los jóvenes y estudiantes, sino que tenía una pequeña academia en la que cobraba un precio muy bajo a los alumnos. Pronto despedía a los jóvenes cuya inteligencia no aprobaba, y a los materialistas también.

—Es cierto que todas las cosas están gobernadas por leyes naturales —decía—, pero la ley implica un legislador, y el que cree que todo viene de la suerte ciega es tan idiota como el que niega que exista la suerte.

—Entonces la Divinidad es caprichosa —decía Pericles riendo, a lo que Anaxágoras contestaba:

—También la Divinidad tiene sentido del humor. Sólo hay que observar a los animales en sus juegos. Yo no hablo de los juegos creados por el hombre, sino de las travesuras espontáneas de los inocentes.

Enseñaba que había una Unidad en todos los universos, desde los soles, al más pequeño campo de flores, y que la diversidad entre las especies, y la infinita variedad manifiesta incluso a los ojos del más torpe de los hombres, eran revelaciones de la Mente divina que gobernaba el caos aparente, y que era ilimitada e incomprensible.

—Esa Mente está eternamente en movimiento —enseñaba— y de esta, surgen todas las cosas, desde la maravillosa configuración de una concha marina a la traslación de las estrellas. Si esa Mente cesara en sus movimientos, que son creatividad, entonces todo desaparecería y dejaría de existir. Todo sería vacío, nada.

Cuando se le acusaba de impiedad por insistir en el «mecanismo» del universo contestaba que este era un ejercicio semántico y que «mecanismo» significaba la ley de la Mente divina; entonces se le acusó de inconsistencia, pues, ¿no implicaba la palabra «mecanismo» una máquina no gobernada por la Mente creativa? Entonces alzaba las manos desesperado.

En su opinión, las matemáticas no eran un tema aburrido, sino una investigación en las obras y la ley del *Ánima Mundi*, y un misterio maravilloso.

Introdujo una teoría del esoterismo en las matemáticas. Se le atacaba con sus propias palabras de que «no había misterios», y él contestaba que su definición de ese concepto no era la misma que la de otros. Como Zenón de Elea, afirmaba que la

especulación era el primer paso hacia la comprensión y solución de los misterios corrientes. Pero el Misterio de la Deidad no podía ser comprendido por el hombre. La *ekklesia* decía que Anaxágoras suponía realmente un peligro para el pueblo, pues todo lo que decía no sólo confundía la filosofía —según ellos la entendían— sino que asustaba a «las mentes sencillas». Cuando él dijo que las «mentes sencillas» no ocupaban lugar en la filosofía, se le acusó de la misma arrogancia que él acusaba y despreciaba. La *ekklesia* afirmó que esto era una manifestación de su desprecio hacia la gente vulgar y que, por tanto, era su enemigo. Al oír esto, Anaxágoras se reía a gusto.

—Se diría que he atacado a la misma *ekklesia*, pues con seguridad que todas sus gentes son vulgares.

No podía tolerar a los que se oponían a la investigación por «impía» que pareciera.

—La única impiedad —decía— es la negación de que la Mente Divina sea superior a la mente del hombre.

Pericles asistía a sus clases y experimentaba, como siempre, gran excitación y exaltación de espíritu al escuchar las enseñanzas de este hombre majestuoso. Advertía que hacía rápidos progresos y que se desarrollaban sus conocimientos. Anaxágoras perfeccionaba y alentaba sus sueños acerca de Grecia más que los otros maestros. Él fue quien le dijo que se enfrascaba demasiado en las artes de la guerra y de la política. Pericles se burló.

—¿Es que la mente humana puede contenerlo todo? —a lo que el filósofo contestó:

—No existen limitaciones a la mente del hombre, ni hay términos para sus especulaciones, a no ser que sea perezoso y se diga a sí mismo que su mente sólo puede abarcar tales materias y que es preciso decidir qué es importante y qué no. ¿Quiénes somos nosotros para decidir la importancia de cualquier cosa?

—Excepto la verdad —contestaba Pericles con irónica solemnidad—. ¿No lo has dicho tú mismo, tú, el científico? Anaxágoras refutaba:

—Incluso la verdad está sujeta a modificaciones, y nosotros lo admitimos... si somos realmente científicos. —Y añadió—: Hasta la propia realidad cambia y se transforma cuando el hombre la percibe.

Pericles había oído hablar de Fidias, que tenía la misma edad de Anaxágoras, pero como vivía tan ocupado aún no le conocía personalmente. Anaxágoras puso remedio a esto. Llevó a Pericles al estudio del escultor, que ahora tenía fama considerable. Ya había realizado la incomparable Atenea para Pelene, y el memorial de Maratón en Delfos. La poderosa estatua en bronce de Atenea, que se alzaba sobre la Acrópolis y era el punto de mira que guiaba a los hombres de mar, había sido diseñada y llevada a cabo por él. Instruía a muchos estudiantes y algunos de los más dotados le copiaban con maestría.

Era ateniense, hijo de Carmides, y, a pesar de ser muy joven, estaba calvo ya;

tenía una sonrisa muy dulce, infinitamente conmovedora y humilde. Su cuerpo era esbelto como el de un jovencito y su rostro, algo grueso, sonrosado y franco, lo que le daba un aspecto atractivo. Tenía un taller tan modesto como él mismo, e igual de polvoriento y manchado de pintura y restos de metal, pero era ruidoso incluso cuando Fidias no trabajaba. Saludó a Anaxágoras con afecto apoyando amablemente la mano en su hombro y mirándole sonriente a los ojos. Daba la impresión de creer que Anaxágoras se rebajaba al visitarle, y, en consecuencia, le estaba muy agradecido. Miró a Pericles con cierta timidez, pues temía a los desconocidos. Le había visto a distancia, en el teatro, en los salones de la *ekklesia* y en los juegos, y sabía quién era.

—Mi amigo Pericles, soldado notable y, ¡ay!, un político en ciernes, estaba ansioso de conocerte, querido amigo —dijo Anaxágoras.

Iba tan humildemente vestido como el famoso escultor, pero nada podía ocultar su aire de grandeza y dominio propio. Fidias llevó a sus dos visitantes al exterior del taller, bajo la luz del sol. Había allí un jardín, pequeño pero muy bien cuidado, de mirtos, robles y sicómoros que bordeaban los senderos de grava, y un sólo macizo de flores, con una fuente en el centro, en la que se alzaba una de sus obras: una estatuilla maravillosa de Psique con una mariposa en el hombro, las alas extendidas, y un pie delicadamente posado en el pedestal. El metal había sido pulido por el agua que corría sobre la estatua, de modo que ahora parecía oro brillante al cálido sol. Estaba trabajada con tal perfección que semejaba estar viva, como si las minúsculas venas de las manos y los tobillos latieran a impulsos de la sangre palpitante. Una sonrisa de curiosidad y anhelo virginal alegraba su rostro encantador; un deseo ardiente de amor. Pericles se acercó a la fuente a admirar esta obra y sintió deseos de poseerla. Fidias le observó con expresión agradecida y pensó: «Aunque este joven resulte indudablemente algo pomposo de modales y palabras, e incluso presumido, hay algo espléndido en él, algo regio y sincero». Como si Pericles hubiera podido oírle se volvió de pronto y sus ojos se cruzaron con los de Fidias. Él se dijo entonces que allí había un gran hombre, un ser capaz de entender más de lo que uno podía adivinar, por sencilla que fuera su conducta. Ahora comprendió Pericles lo que quiso decir Zenón cuando explicó que sólo el hombre mezquino hablaba con pomposidad y tenía una gran opinión de sí mismo. ¡Ah!, sin embargo, los verdaderamente grandes eran ignorados con frecuencia por la plebe e incluso por el gobierno y los hombres prominentes, ya que no tenían pretensiones. El mismo Pericles reconocía que también en ocasiones había sido culpable de un desprecio manifiesto, y de rebajar a los demás cuando se impacientaba.

Un estudiante trajo vino, queso, aceitunas, miel y pan a una mesa de madera sin pulir a la sombra de un roble, y un plato de dátiles e higos. Fidias no se disculpó hipócritamente por la sencillez de aquel refrigerio y los tres se sentaron y comieron y bebieron. Pericles advirtió que la comida tenía muy poca importancia para el escultor, así como para Anaxágoras. El vino era execrable y barato; sin embargo, Fidias no era pobre. «Quizá sea tan sobrio con respecto a la comida y el vino como con el dinero»,

se dijo Pericles. Allá en el fondo del taller se escuchaba el martillar constante y el sonido de voces juveniles.

—Mi sueño —dijo Fidias con voz vacilante que imploraba perdón por sus palabras— consiste en ver Atenas como el centro supremo de la belleza, y no sólo de la filosofía y la ciencia.

Miró meditabundo a la Acrópolis y su rostro tenía una expresión soñadora y sublime.

—Veo un templo allí, dedicado a Atenea Partenos, y una estatua de la diosa ante él, de marfil y oro, una figura grandiosa bañada por la luz del amanecer, heroica, terrible y dominadora bajo la Aurora y brillante contra el cielo azul.

—No es un sueño imposible —dijo Pericles y Fidias quedó complacido de nuevo ante la calidad sonora de su voz—. También yo deseo la gloria de Grecia y, aunque Anaxágoras desprecia a los políticos, es necesario llegar a serlo para obtener los fondos necesarios a fin de convertir el sueño en realidad.

—Pero la nuestra es una democracia ruinosa —dijo Anaxágoras—, demasiado preocupada con los estómagos de los ciudadanos para cuidarse de la gloria de la nación. Sólo las repúblicas y los imperios pueden alzarse sobre la miseria y alcanzar el esplendor. Pero las democracias son femeninas, mientras que repúblicas e imperios son masculinos, y en eso se basa la diferencia entre la mediocridad y la sublimidad.

Como de costumbre empezó a lanzar invectivas contra la *ekklesia* y los jueces, no con rencor pero sí con pena. Fidias escuchaba suspirando:

—Incluso las artes, que son inmortales, han de hacerse a un lado ante el apetito ansioso de la plebe —dijo—. Tienes razón, Anaxágoras, al creer que el espíritu tiene más importancia que el cuerpo. Pero eso no puede decirse al gobierno. Al revés, ellos temen admitirlo, en su búsqueda por conseguir los votos.

Dirigió a sus visitantes de vuelta al taller.

—Veo que hay aquí muy poco mármol —dijo Pericles—. ¿Trabajas sólo el oro, el marfil y el bronce?

—Encuentro el mármol demasiado imponente —dijo Fidias, de nuevo con aquel aire de disculpa—, pero sueño con la Acrópolis coronada de un mármol tan puro como la luz y tan grandioso como las montañas.

—Que tú hermosearás con tu genio —dijo Anaxágoras. —¡Qué bellos son los elementos de la naturaleza, el marfil, el oro, los metales, el mármol! Hablan con las voces de silencio, que son santas.

Pericles observó fascinado a Fidias, que había tomado un cincel y empezado a trabajar en una estatuilla de Zeus. El cincel cortaba el material como si fuera mantequilla y Pericles se maravillaba de su fuerza, elegancia y pulcritud. El rostro empezó a surgir, poderoso y dotado de luz divina.

—Quizás algún día —dijo Fidias como si pensara en voz alta— le daré un tamaño extraordinario y sobrehumano, no sólo para mi propio deleite sino también para el de los que la contemplan.

Su rostro se entristeció ligeramente, como si temiera que ese sueño tuviera pocas esperanzas de convertirse en realidad.

Cuando Anaxágoras y Pericles dejaron a Fidias, Pericles llevaba en las manos un regalo del escultor, una figurita de marfil apenas mayor que su índice, la imagen de una mujer encantadora de rostro franco y valiente. Tenía el cuerpo de una joven diosa, aunque madura de aspecto. Llevaba los cabellos peinados a la moda griega y sujetos con cintas que Fidias había pintado de oro. Alzaba un brazo como para recogerse la túnica sobre el hombro derecho, y enseñaba una pierna perfecta. Su expresión era meditabunda pero firme, y había cierta insinuación de humor en sus labios. Pericles la sostuvo en la palma de la mano y dijo:

—¿Dónde existirá una mujer así, dotada de belleza y además de carácter y sutileza? Sí, yo tengo a mi linda cortesana, que es como un espejo para mí, pues refleja todo cuanto yo digo. Ella tiene sus gracias. Pero no es tan femenina como esta ni tan tierna en su aspecto; humana y a la vez divina, e insinuando una mente muy profunda.

—¿Hablas de Helena, la médico? —preguntó Anaxágoras con sorpresa, ya que la conocía.

—No —repuso Pericles—. Helena no pertenece a nadie, ni siquiera a mí, aunque con frecuencia me concede su compañía. Hablo de mi Pomona, mi ninfa.

Estudió de nuevo la figurilla como si creyera verla moverse en la palma de su mano y a punto de hablar. Rebuscó en su bolsa y sacó un pañuelo de seda; envolvió la figurita con cuidado y la guardó en la bolsa.

—Si encuentro a una mujer así —lo que, desde luego, es imposible—, será para mí más que mi vida. —Mientras bajaban hacia el Ágora, añadió como si continuara una conversación consigo mismo—. Sí, los sueños de Fidias llegarán a ser realidad. Eso lo sé en mi alma.

Puso la figurilla sobre el cofre junto a su cama y la miraba largo rato, con frecuencia dominado por el anhelo y el deseo. En una ocasión soñó que ella bajaba del cofre y que era una mujer muy alta que le sonreía, se inclinaba hacia él y susurraba:

—He estado esperando a un hombre como tú. Ya nos encontraremos. Cuando se despertó se sintió confortado y dedicó algunos años a buscarla en todas las asambleas y templos. Siempre quedaba desilusionado, pero no dejaba de buscarla.

No había sido intención de Pericles el casarse tan pronto, y con frecuencia había confiado incluso en escapar al matrimonio. Pero tuvo la discreción suficiente, para no hablar de esto en presencia de enemigos en potencia, o de amigos superficiales. Pues se había metido en política y era peligroso oponerse a las costumbres populares, sobre todo en el caso de un hombre que no tenía hermanos que continuaran la línea familiar. Se había entretenido ociosamente con estos pensamientos tras sus dos años de efebía, o servicio militar; luego su madre le había insinuado su deber para con la familia. Pericles solía disfrutar de la compañía de las seguidoras de campamentos cuando era un joven oficial, así como de las lindas esclavas en casa de su padre, y tenido una o dos concubinas. Pero estaba enamorado de Helena, una mujer excepcional, antigua hetaira y ahora médico, con gran ofensa por parte de Atenas. Sin embargo, Helena, aunque fuera una compañía deliciosa para cualquier hombre que la atrajera —otra ofensa a la virtud pública— no amaba a nadie excepto a su antiguo protector médico notable que la adiestrara en las artes de la medicina. A su muerte, Helena se había sentido desconsolada, pero era una mujer sana y alegre, y le gustaban los hombres, por lo que más tarde concedió sus favores a quien quiso y a su propia voluntad y deseo. Ella fue quien le presentó a Pomona, joven hetaira, y alentó su unión. Helena, de natural benigna y afectuosa, dispuso el asunto en parte por el cariño que sentía por ambos y en parte para distraer a Pericles de su propia persona y verse libre de su acoso.

En resumen: que Pericles la había deseado únicamente para sí, y Helena consideraba esto no sólo aburrido sino presuntuoso por parte de él. Pero no hirió sus sentimientos ni su pasión por ella despidiéndole con brusquedad. Le permitía ocupar su lecho de vez en cuando, aunque sin animar su devoción. Aceptaba sus regalos con gozo, y su sonrisa expresaba un placer genuino. También apreciaba el auténtico interés de Pericles por una mujer inteligente, sin despreciarla por ello como otros atenienses. Dotada de gran sentido común sabía también que había muchas ocasiones en que incluso una mujer tan orgullosa y suficiente como ella necesitaba la protección e influencia de un hombre prominente, especialmente un político con dinero. Además Pericles era muy guapo y, cuando no se mostraba demasiado pomposo, era un compañero muy alegre. Ella le enseñó a no tomarse tan en serio los asuntos públicos, como era su tendencia, y le presentó a hombres de notable ingenio y humor en su casa, en las suntuosas cenas que ofrecía. Helena comía y bebía como un hombre, y con la misma ansia, pues no consideraba una virtud el ascetismo. Por tanto su figura era voluptuosa, pero no gorda. Sobre todo estaba dotada de un gran sentido del humor, retozón, vulgar y en ocasiones incluso un poco grosero, y había sabido

transformar el habla ácida y seca de Pericles, de modo que su impaciencia natural no estallara en insultos arrogantes con excesiva frecuencia, insultos que exponían siempre las debilidades y locuras del interlocutor a los ojos burlones de los demás.

—Una cosa que he aprendido —le dijo a Pericles— es que los tontos ascienden a veces al poder y pueden ser peligrosos. Además, un poco de amabilidad nunca hace daño al que la ofrece. La situación de la humanidad ya es bastante penosa y trágica como para hacerla más onerosa, aun cuando uno se sienta exasperado con toda Justicia. Helena supo enseñarle también a ser compasivo.

Tenía un rostro rosado y redondo, y labios gruesos, una naricita impertinente y ojos grises bordeados de pestañas del mismo tono castaño de sus cabellos que, al sol, parecían de cobre. Sabía reír como un hombre jovial, y lo hacía con frecuencia. Cuando descubrió que Pericles sentía cierta vergüenza por su frente tan exagerada le sugirió que llevara siempre el yelmo en público, lo que le daría aire de nobleza. Luego se rió cuando él siguió su consejo, pues lo había sugerido medio en broma. Su amabilidad espontánea y su belleza era lo que obligaba a Pericles a adorarla, y su inteligencia también, que nada tenía de la insistencia y altivez de Agarista. Helena enseñaba medicina a los jóvenes, aparte de practicarla, y tenía su propia enfermería, que le dejara en su testamento el único hombre al que en verdad había amado. Sus amigos la adoraban, y sus enemigos la odiaban, pero estos no la preocupaban porque era valiente, y no buscaba el ganarse o el aplacar a un enemigo. Aunque de la misma edad de Pericles había en ella una cualidad deliciosamente maternal. Para las mujeres de Atenas suponía un escándalo repugnante por su independencia y sus modales libres, hecho que no la turbaba en absoluto. Sus únicas amigas eran hetairas.

—Un día —dijo a Pericles— las mujeres inteligentes dejarán de verse clasificadas junto a las prostitutas, como ahora, y serán respetadas y honradas. Y tú, amado mío, colaborarás a promover ese feliz estado de cosas.

—Y tú serás la primera a la que honren —dijo él en respuesta.

Acudió una noche a Helena diciéndole que la exigencia, las plegarias y argumentaciones de su madre, le habían inducido a llevar a cabo el compromiso formal entre él y su prima Dejanira a través de los buenos oficios del arconte Dédalo, padre de ella. El compromiso se llevaba más bien a cabo entre los dos hombres, el pretendiente y el padre, si aún vivía.

—Dejanira me entregará una buena dote, de Dédalo y de su difunto marido —dijo a Helena—. Más aún, aportará influencia y poder a través de su padre, y no tengo tiempo que perder.

El rostro de Helena se tornó sombrío y miró a Pericles con extraordinaria intensidad, bullendo de ideas sus ojos.

—He visto a Dejanira en algunos cortejos de boda —dijo— y en su litera, cuando acompaña a su padre.

—Indudablemente no es hermosa —dijo Pericles haciendo una mueca—, ni puede afirmarse que Atenea le haya concedido una pizca de inteligencia.

—Bien —se limitó a decir Helena encogiéndose de hombros—, supongo que un hombre debe casarse para continuar el linaje de sus padres, y sé que Dejanira es matrona de muchas virtudes y diestra en la dirección de una casa. Y aunque tú eres rico, Apolo mío, el incremento de la riqueza no es de despreciar.

—Admito que un casado no podría pedir mas —dijo Pericles—. Sin embargo, confío en escapar al matrimonio y dedicar la vida a mi país.

—He observado que los casados no se ocupan demasiado de la casa —comentó Helena con una sonrisa—. Dejan esa tarea a sus esposas, que pueden resultar útiles por muchas razones. Podías haberlo hecho peor.

—Al menos habrá de tomar el baño ritual de las novias.

—No seas grosero, ¡oh, Apolo! Ordena a tus esclavos que perfumen con aroma de nardo la cámara nupcial.

Había hablado con ligereza, pero se sentía turbada, y no sólo por Pericles sino por Dejanira también. Estaba al tanto de su estupidez y demás defectos de carácter, y sabía que Dédalo iba a los burdeles en el más completo secreto —según él— y como el que acude al médico con una enfermedad grave, molesto por la necesidad de ir, y odiando al que le curaba. Su esposa era una mujer muy parecida a su hija. Helena había compadecido a Dédalo de no haberse mostrado este tan fríamente despectivo con todos aquellos que carecían de su propia dedicación, sincera, apasionada y noble, a la rectitud pública y privada.

—Se detesta a sí mismo por lo que no puede evitar, probablemente más de lo que detesta a otros con menos escrúpulos —decía Helena—. Es como el que se resiente del movimiento de sus tripas pero ha de acudir a la letrina tapándose la nariz para defenderse del olor. Podemos comprender a tales hombres, pero no perdonarles por su dureza hacia los demás, y su espíritu vengativo. Al castigar a sus congéneres se castigan a sí mismos, y aún sufren mayor dolor.

Pericles era menos caritativo hacia Dédalo, al que juzgaba repelente.

—Es tan flaco como un esqueleto y tiene cara de calavera y una boca como un dátil seco, pero sin su dulzura. Cuando le di la mano en el momento del compromiso fue como si apretara unos dedos de frágil pergamino, tan poca vida tienen. Toda su fuerza está en su voz, que es como un cuerno de caza, y en sus modales que expresan virtud cívica. Es también honrado, cosa rara entre nosotros los atenienses, y en realidad cree lo que dice. Su palabra no necesita de juramentos para sellarla, y supongo que eso puede aducirse en su favor. Cómo mi hermosa madre pudo tener un pariente así, es una de las siete maravillas del mundo.

—Ah, yo también lo he visto —dijo Helena—, ¡mi pobre Pericles! Sin embargo, creo que ese matrimonio te es ventajoso, y siempre hay un consuelo, ¿no es cierto?

Los ojos pálidos de Pericles la miraron con tan ardiente ternura que ella le abrazó suspirando a la vez que sonreía. Se preguntó por qué no podía amarle y sí únicamente sentir un profundo afecto por él. ¿No era el hombre más deseable de Atenas, no poseía atributos de mente y carácter capaces de enamorar a cualquier mujer, y no era

viril, gentil y considerado en sus abrazos? Pero Helena había amado una vez y no podía decidirse a amar a otro hombre, por ilustre que fuera. Como para compensarle, cenó a solas con él esa noche en su hermosa casita, y dispuso que se sirvieran nada más que los platos favoritos de Pericles y sus mejores vinos. Mientras cenaron no hablaron de temas serios sino que le divirtió con las murmuraciones picarescas de la ciudad y los últimos chistes groseros que había oído.

Pericles confiaba en secreto en que sucediera algo que impidiera su matrimonio con Dejanira. Pero aquel día invernal del mes de Gamelión amaneció helado y especialmente brillante y limpio, lo que Agarista tuvo por un buen augurio, si bien Pericles lo consideró desastroso. Había visto a Dejanira en las fiestas familiares, cuando su marido todavía vivía, y este había merecido la mayor simpatía mezclada de desdén por parte de Pericles. Recordaba que Dejanira no había sido hermosa nunca, ni de niña, ni de joven, y ahora, como viuda, se le antojaba especialmente aborrecible. Antes de su matrimonio había tenido al menos una figura esbelta, y se mantenía limpia hasta cierto punto con ayuda de las esclavas. Incluso eso había desaparecido.

«Ah, bien —se dijo en este día tan propicio según Agarista— supongo que a un hombre pueden pasarle cosas peores que el matrimonio, aunque en este momento no acierto a figurármelas». Había elegido a Anaxágoras como su padrino con gran enojo de Agarista, que todavía se enfureció más cuando vio que el grupo de invitados estaba formado por «todos esos filósofos pelagatos de lo más sucio de las arcadas» y no de los hombres de distinción que Pericles debía haber elegido. Nunca le había gustado Zenón de Elea, ni en los mejores momentos. Este era otro de los acompañantes de Pericles. Agarista llegó a convencerse de que su hijo había hecho todo aquello con el único objeto de molestarla. Sólo cuando su hermano le informó debidamente de que esos «pelagatos» daban fama a Atenas logró menguar su cólera. Admitía que estaban dotados de inteligencia; sin embargo, ¿no eran demasiado pobres y mal vestidos?, y, si poseían zapatos, ¿no se los ponían sólo en las cenas con objeto de conservarlos lo más posible? Al oír esto, Pericles dijo:

—Vale más ir descalzo que desprovisto de cerebro.

Fríamente, y para enojar más a su madre, insistió en saber los detalles de la ceremonia de purificación de Dejanira en la noche anterior a la boda, y a la que Agarista había asistido. Las mujeres de la casa de la novia, y sus parientas, habían formado una procesión para ir a buscar el agua a la fuente llamada Caliroe. Habían ido con antorchas y acompañadas de dos flautistas en vez de uno, que precedían a las mujeres cargadas con los cubos especiales para el agua. La novia, en las habitaciones de las mujeres, fue ceremoniosamente desnudada.

—¡Qué espectáculo tan deleitoso debe haber sido! —exclamó Pericles. Había sido restregada y limpiada con aceites perfumados, y vestida luego de lino pálido. Con sus parientas y acompañantes había acudido al lado de su padre para ofrecer un sacrificio a Zeus, Hera, Apolo, Artemisa y Peito. (El mes de Gamelión se consideraba el más propicio para casarse, ya que era el dedicado a Hera, diosa del matrimonio).

Por segunda vez —como si fuera una novia virginal— había ofrecido sus juguetes y muñecas de la infancia.

—¡Qué pena que no haya podido ofrecer también a su hijo! —dijo Pericles, con gran enojo de su madre—. Yo creía que tal ceremonia era sólo para las vírgenes. ¿Es posible que jamás se acostara con su marido y que produjera ese hijo —que se le parece notablemente— por alguna partenogénesis?

Agarista, demasiado ultrajada para contestarle, se fue a supervisar la decoración de su casa con guirnaldas de hojas de olivo y de laurel, de la misma manera que se estaba decorando la casa de Dejanira en esta mañana de bodas. La cámara nupcial, que Pericles se negó a inspeccionar, estaba adornada también con hojas de olivo y laurel, y con flores. Como el tiempo era helado, había braseros en todas las habitaciones; las cortinas estaban corridas ante las ventanas, y las lámparas encendidas, aunque fuera brillaba el sol. Pericles, jamás inquieto, sí lo estaba hoy y se paseaba por el exterior aspirando el aire helado y contemplando su amada ciudad. A ella dirigía sus palabras:

—Estoy haciendo esto por ti. Me estoy ofreciendo en sacrificio. —Miró la gigantesca estatua de bronce que Fidias creara, y murmuró—: Atenea Pártenos, mi patrona, concédeme que lo que me dispongo a hacer aumente tu gloria.

La estatua sobre la Acrópolis miraba al Oriente, y la luz de la mañana brillaba en su rostro poderoso y severo. Pero su faz no era más firme que la de Pericles, cuyos ojos claros tenían la mirada ciega de una estatua, fenómeno que muchos hallaban desconcertante. Como Atenea, llevaba un yelmo que ocultaba la altura extraordinaria de su frente. Tembló a causa del frío y se apretó el manto al cuerpo. Decidió emborracharse aunque, por regla general, era muy cuidadoso con la bebida.

A mediodía estaba dormido en su cámara y roncando, y si bien Agarista apretó los labios al oírlo, tuvo que admitir, pensando en Dejanira, que tal vez tenía razón, ya que sobre ella no se hacía demasiadas ilusiones. Pero era rica, y su padre poderoso, y un hombre podía hacer cosas peores que casarse con ella, especialmente uno tan ambicioso como Pericles.

Mientras este dormía bajo la influencia del vino amargo soñó de nuevo que la hermosa figurita que Fidias le regalara se agrandaba hasta convertirse en una mujer alta y esbelta que se inclinaba sobre él. Pero esta vez le besó en los labios, le puso la mano tiernamente en la mejilla y susurró:

—Ya vengo a ti, oh amado mío.

Sintió el calor de sus labios, fragantes como un lirio y suaves como una pluma, y sus cabellos dorados vinieron a caer sobre la garganta, los hombros y las manos de Pericles. Los ojos de la mujer, muy cercanos a los suyos, eran oscuros como el vino de otoño, llenos de chispitas de oro y luces cambiantes. Parecía radiante y vital, y le sonreía. Pericles se despertó de pronto buscándola en la penumbra de la cámara, esforzando la vista y con los ojos muy abiertos, tan real y próxima se le había aparecido. Estaba seguro de que aún podía percibir el aroma de los lirios. Se volvió

de lado, mientras el corazón le latía fieramente de deseo hacia aquello que, con seguridad, era sólo un sueño. Sentíase tan desolado como el hombre privado de su amada esposa incluso antes de consumir el matrimonio. El pensamiento de Dejanira le resultaba insoportablemente repugnante, de modo que tuvo que dominarse para no levantarse y huir de su casa y de la ciudad de Atenas y registrar el mundo entero en busca de la visión con que soñara. Al fin, gimiendo, se llevó la figurita a los labios y la besó, luego la puso bajo la almohada y se durmió de nuevo hasta la puesta del sol. Cuando despertó estaba aterido e insensible, lo cual, se dijo, era una suerte. Luego se rió de sí mismo. ¿Qué era el matrimonio, después de todo, sino una cuestión de conciencia a fin de engendrar hijos? Estaba tomándose este asunto demasiado en serio y, ¿no le acusaba siempre Helena de hacer eso mismo en todas las ocasiones?

—Sólo hay dos cosas que merecen tratarse con solemnidad —había dicho ella apenas hacía tres noches—. El nacimiento... y la muerte. Entre ambas, si uno es sabio, sólo hay alegría, pues, ¿no es alegre la vida, aun cuando sea trágica?

Pericles no había contestado. En ocasiones sospechaba que Helena, a pesar de su sabiduría, podía ser un poco tonta, y por eso, esa noche se había mostrado tan sombrío que ella le había despedido exasperada y, lo más imperdonable, aconsejándole que acudiera junto a su desposada.

A la puesta del sol Pericles estaba en apariencia sereno, dominado y digno. Su rostro, bajo el yelmo, era tan inexpresivo que parecía más de mármol que de carne. No se debía esto a su temor al matrimonio con Dejanira, sino a las enseñanzas de Anaxágoras, el cual había dicho que un hombre auténtico debía ser siempre disciplinado, en especial ante sucesos importantes y cuando estaba sometido a tensión.

—El desorden mental —había dicho— resulta imperdonable.

—Zenón de Elea opinaba que yo era demasiado controlado —había contestado Pericles.

—¡Ah!, existe una diferencia sutil, pero profunda, entre una «apariencia» de dominio propio, el esfuerzo físico y mental y la angustia que esto supone; y el auténtico control de uno mismo, que ordena las emociones interiores y la apariencia exterior. Esto último proporciona paz mental, pues conduce al dominio absoluto del propio yo. Aquella apariencia produce al final el colapso físico y espiritual, pues nada es peor que la falta de control sobre las propias debilidades. La compostura está en la mente, si uno domina sus pensamientos. Sin ella el hombre es víctima de emociones fortuitas, que van y vienen y pueden destruirle, pues son salvajes y propias de animales.

Anaxágoras había sonreído amablemente al joven.

—Tienes una serenidad extraordinaria y un aspecto de notable firmeza. Pero eso ha de surgir de tu mente y tus emociones. Cuando me he visto atacado en las calles por jóvenes gritones y desafortunados que se mostraban violentamente en desacuerdo con mis teorías, no he sentido temor ni cólera en absoluto y, desde luego, tampoco

indignación. Porque comprendía que eran únicamente ecos de nuestro pasado primitivo y caótico y, por tanto, carecían de la menor importancia.

Por esto, en el día de su boda, Pericles reflexionaba en lo que dijera Anaxágoras: «Las emociones objetivas y aparentes podían ser utilizadas diestramente por un político para impresionar a los votantes... si a uno le interesaba el cargo público». «Sin embargo —pensaba Pericles con desaliento—, sólo soy un hombre de carne y sangre, y la serenidad auténtica está muy lejos de mí. En este mundo terrible, ¿era mejor ser de mármol, por dentro y por fuera, que sentir pasiones? ¿O estaba vivo el mármol, como dijera Fidias?». (Zenón había observado en una ocasión que todas las cosas tienen el ser: Ser es sentir; incluso la piedra crece y, por lo tanto, siente). Pericles experimentaba una gran confusión en su mente. Se le ocurrió, sin originalidad alguna, que la vida era desconcertante, oscura y enigmática, y no alegre como Helena dijera, a menos que uno encontrara graciosos los terremotos e infinitamente ridícula a la humanidad, siempre atormentada por causas misteriosas. Anaxágoras había declarado que un verdadero hombre no sólo se alzaba por encima de las calamidades, sino que se mostraba impertérrito ante ellas. Pericles agitó la cabeza. Había ocasiones en que un hombre debía llorar o morir. La sangre era sangre, por mucho que dijeran los filósofos. El hombre no podía escapar a sí mismo, ni a su herencia humana. Tal vez incluso Dios fuera la Víctima de Su propia naturaleza. ¡Ah! —pensó Pericles—, ¿qué será de nosotros, pobres mortales, si eso es así? Todos debemos tratar con cosas tangibles, con Dios o el hombre, aunque no sean hechas por nosotros. La realidad se enfrenta con todos nosotros. Al contrario que el Oriente, el Occidente es pragmático.

8

Entre los invitados a la boda figuraba el tímido y emocional Ictus, el cual carecía de dominio propio desde el punto de vista de una opinión serena y filosófica. Sus sentimientos se patentizaban siempre en el temblor constante de su rostro y en sus ojos, ardientes y febriles. En todo momento parecía a punto de huir, y tenía la sensibilidad del que ha sido desollado vivo. Una palabra de felicitación, o una sonrisa amable, le provocaban las lágrimas. Andaba entre las columnatas siguiendo y escuchando a los filósofos y en ocasiones lloraba, incapaz de dominar su emoción. Los filósofos encontraban esto halagador, aunque también divertido. Pero no sus estudiantes. Ignoraban estos que se hallaban en presencia de un espíritu impoluto que anhelaba la belleza, la justicia y la verdad, sin comprender un mundo tan por completo carente de ellas. Peor aún, ni siquiera era capaz de expresar con palabras elocuentes toda la majestad que su espíritu percibía, y había de limitarse a murmurar vagamente, pues su lengua estaba como paralizada.

Sin embargo, sí sabía escribir muy bien. Lo hacía de modo anónimo, pero repartía sus escritos por toda Atenas empleando niños que dejaban caer las hojas de pergamino en los lugares públicos junto a las puertas de las casas. Sus poemas eran malos, pero conmovedores. Sin embargo, sus polémicas sí tenían fuerza y eran capaces de galvanizar al que las leyera. Ardían de pasión e ímpetu elocuente. Lo discutía todo, pero con humildad cuando se refería a la Divinidad; ahora bien, si hablaba contra el gobierno, era como el estallido violento de un volcán que arrojara llamas, piedras y lava sobre la ciudad.

Odiaba especialmente la democracia hipócrita de Atenas, que simulaba servir al pueblo y en realidad sólo servía a los políticos.

—Solón, el de santa memoria, el Padre fundador de nuestras leyes, tiempo atrás provechosas, trató de establecer una república justa en la que no hubiera esclavos, todos los hombres fueran iguales bajo la ley, y todos pudieran recurrir al gobierno si se veían atacados o privados de sus derechos. No podía haber hombres con privilegios suficientes para colocarse por encima de la ley, ni demasiado humildes para invocarla. Los Tiranos afirmaron obedecer las leyes de Solón, pero las pervirtieron en ventaja suya y casi destruyeron a Atenas con su banalidad, su astucia y sus exigencias. Se apropió del manto impecable de la virtud, cosa que se sigue haciendo, para envolver en él a los malvados y darles aspecto de autoridad y santidad. ¡Las arpías adornadas con las alas blancas de la justicia! ¿Qué ateniense de nuestros días, y sea cual sea su posición, puede declarar con toda honradez «Soy hombre libre»? Los impuestos onerosos destruyen la ambición, originan la indiferencia entre los fuertes y la mendicidad en los débiles. Ningún hombre sabe en esos momentos si

su tierra le pertenece o si el gobierno se la arrebatará mañana con siniestros propósitos. ¡La *ekklesia* es una cueva de ladrones, una congregación de mentirosos y opresores! Privan a los hombres honrados de sus bienes o de su vida. ¡Ha convertido a los Cerberos en guardianes del pueblo! La Laguna Estigia fluye por Atenas y sus dominios. ¿Quién sobre ella un puente construirá por el que puedan huir los hombres libres a un lugar seguro?

La *ekklesia* simulaba ignorar esos escritos y, si alguien llamaba su atención sobre ellos, los miembros del gobierno se reían con indulgencia.

—Un alborotador, un mentecato, un idiota descontento —decían—. ¿Quién va a leer esas estupideces aparte de los esclavos...?, si los esclavos supieran leer, claro. ¿No es Atenas rica, fuerte y orgullosa, llena de artistas y filósofos, y la maravilla del mundo moderno? Nada de esto florecería si Atenas estuviera oprimida por su gobierno o bien sojuzgada y acallada por él. Siempre habrá disidentes. Si su causa es justa, la escucharemos. Pero cuando su causa es estúpida o vana debemos ignorarla.

Sin embargo, la *ekklesia* no ignoraba los escritos de Ictus. Enviaron espías para que averiguaran de dónde procedían. Sólo una persona estaba convencida de conocer al autor de esos vehementes escritos que turbaban la mente del pueblo y les obligaban a pensar en el gobierno como algo que debería merecer más atención que sus asuntos diarios e insignificantes. Ese hombre era Pericles. Estaba decidido a hablar con Ictus y por su bien. Prudencia, prudencia, se decía a sí mismo como si ya se dirigiera a su amigo, siempre tímido. Luego añadía con amargura: «Querido Ictus, la verdad es un veneno mortal que puede matar al que lo administra. Estoy de acuerdo contigo, pero todavía no ha llegado el momento. No, no digo prudencia. Pero paciencia sí». Luego se burlaba de sí mismo por tanta discreción. «Han sido destruidas más naciones —se decía— por la paciencia indiferente del pueblo que por cualquier otro enemigo ansioso de destruirlas. El pueblo que tuviera demasiada tolerancia ante la maldad merecía morir por su propia blandura. Existe una diferencia entre ser indulgente ante los defectos naturales y serlo ante la maldad. Lo primero es civilizado; lo segundo, una perfidia».

Pericles consideraba, sin embargo, que no había nada más invencible que el hombre justo e incorrupto que se lanza a enderezar entuertos. Siendo amable y tímido, Ictus tenía el alma de un Hércules empeñado en limpiar los Establos de Augías aunque muriera en el empeño. La cólera justificada era un arma terrible, más fuerte que el acero damasquino, y el que la manejaba debía tener cuidado de que no se volviera contra él mismo. Pericles decidió que, en algún momento, durante la fiesta de la boda, hablaría en secreto con Ictus y le propondría..., ¿qué? ¿Que velara por su propia seguridad? Ese era el refugio en que morían los cobardes arrastrados por la inercia. Sí el hombre tenía alguna razón para vivir era por la verdad, el honor y la justicia. En todo lo demás, en cualquier obligación que asumiera, el hombre era únicamente una bestia voraz entregada a su miserable seguridad y sus apetitos.

Pericles pensó en Jantipo, su padre, y el corazón estalló de cólera. ¿Qué podría

decir a Ictus que no fuera una mentira piadosa?

Ahora, acompañado de su padrino y sus demás amigos, fue a casa de Dédalo para la ceremonia de la boda. Estaba tan preocupado con su sueño de la hermosa mujer mítica y el problema de Ictus, que cualquier otro pensamiento acerca de su propia situación se le borró de la mente. Advirtiendo su abstracción, los amigos guardaron silencio.

La casa de Dédalo bullía ya de alegres invitados y estaba adornada con hojas de laurel y olivo y flores algo mustias que se marchitaban en un aire helado. Gran parte de los miembros de la *ekklesia* estaban presentes con el rostro afable de los políticos, y recibían a cuantos llegaban como si ellos fueran los invitados de honor. Por fin se dio la señal y todos pasaron a la sala del banquete donde se habían dispuesto unas mesas separadas para los hombres, incluido el novio y sus acompañantes, y otras, en la parte del fondo, para las mujeres. Dédalo, aunque muy rico, era sobrio, y por eso los manteles eran del lino más basto y las cucharas y cuchillos apenas tenían un baño fino de plata. Aquí no había alfombras ni preciosos murales, sino sólo estatuillas de los dioses de la casa en pedestales de piedra. El suelo desnudo estaba helado. En lugar de cortinas de seda en las ventanas, había pesados cortinajes de lana.

Tampoco existían braseros que caldearan el ambiente, excepto uno muy mezquino en el centro del atrio. El arconte presumía de austeridad. Pericles decidió que era más tacaño que austero. Los jarrones, en los ángulos del vestíbulo sólo tenían unas pobres ramas, y sin flores.

Pericles vio a la novia a lo lejos, vestida con una túnica modesta de lino azul y una toga encima, de un tono más oscuro. Llevaba velo y una corona sobre su cabeza, demasiado grande y como pegada a los hombros, pues apenas tenía cuello. Sus amigas se hallaban sentadas en torno a ella charlando alegremente, pero Dejanira guardaba silencio como siempre, menos cuando su voz desagradable y aguda, que estallaba en lamentos incluso en esta su noche de bodas, destacaba sobre la de las demás mujeres. Como hoy era la más importante, algunos prestaban atención a sus quejas, a pesar de que eran insignificantes, irrelevantes y confusas, ya que no se referían a nada en concreto. Su madre, gruesa e informe como ella, y con la misma cabeza grande de rasgos pesados y estúpidos, se sentaba en un silencio sombrío a su lado. Semele, la madre, estaba muy satisfecha con este matrimonio de su hija y el hermoso y distinguido Pericles, pero, a juzgar por su expresión melancólica y agotada, se habría dicho que estaba de mal humor. Su pelo gris era liso, aunque para esta fiesta se lo había rizado y ondeado con grandes trabajos y se lo había sujetado con cintas rojas. Sus ropas eran de color marrón y no llevaba joyas. Su nariz, como la de Dejanira, era hociocuda, de aletas grandes y bastas; la frente, estrecha; las mejillas, gruesas y cetrinas; los labios, siempre torcidos hacia abajo. Tenía unos ojillos negros muy hundidos que todo lo miraban con suspicacia. Por último, su barbilla era grasienta.

Agarista miró a Semele y a Dejanira y suspiró. Contempló a su hijo, al otro lado

de la sala, y sintió remordimientos. Rogó a su patrona Atenea para que Pericles tuviera hijos, si no hermosos, al menos con algo de su inteligencia.

Pericles se hallaba sentado entre los hombres, a la derecha de Dédalo, y estaba dominado por la melancolía. Miró a su novia envuelta en velos, y a la madre a la que tan increíblemente se parecía, y sintió un escalofrío. Por lo general bebía con cuidado y moderación, pero hoy se había propuesto resueltamente emborracharse. El vino era execrable, aunque fuerte. Por fortuna, Dédalo había dispuesto que sirvieran aguardiente sirio y Pericles, con un gesto, se bebió su copa de un trago y comió a toda prisa un pedazo de pan moreno. Estaba acostumbrado a las comidas del ejército durante sus campañas, pues de otro modo la cena le habría repugnado. Para esa noche había lechoncillos preparados sin demasiado cuidado, de gusto insípido, y aves, caza y pescado sin salsas, y judías y lentejas mal cocidas que sabían a cerdo rancio. Había también cebollas asadas con cierta negligencia, y aceitunas verdes y maduras que sabían demasiado a salmuera. Los quesos eran duros y secos, y se desmenuzaban. Las pastas parecían de la peor calidad. La fruta estaba casi podrida. Incluso los campesinos celebraban banquetes mejores que este. Tal fiesta de boda habría merecido el desprecio de los esclavos en casa de Jantipo. Pericles bebió más aguardiente. Al fin comenzó a envolverle una neblina cálida y le dominó una apatía, soñolienta. Oía las voces altas e incoherentes; la risa forzada de los hombres parecía en cambio jovial a sus oídos. Pensó para sí: «Nada dura eternamente. Podría olvidar esta pesadilla mañana, esta visita de las arpías, esta presencia de Medusa».

Dédalo, que se enorgullecía de su apetito controlado, comió muy poco y, cuando sus invitados se servían más vino, los vigilaba estrechamente calculando el costo. Vio que se vaciaban a toda prisa dos botas de aguardiente y frunció el ceño. Detestaba la falta de moderación. También odiaba la frivolidad, pero Semele había insistido en tener música de modo que un esclavo —nada de bailarinas— tocaba alternativamente la flauta y la lira con una patética falta de talento. Pericles, más y más borracho por instantes, creía estar oyendo lamentos procedentes de Hades. Ya no le importaba. Su hermoso rostro estaba congestionado. El torcido yelmo le caía sobre una oreja. Llevaba su traje de boda, de seda, manchado de vino y grasa, él, que tan pulcro era.

Miró a Anaxágoras, que con su cortesía exquisita, comía muy poco, y a Fidias, y les hizo un guiño malicioso. Ambos empezaron a evitar su mirada. Ictus, al que nada importaban los sabores ni las delicias de cocina, miraba a su alrededor con ansias de iniciar una polémica, y Pericles le dio un puntapié por debajo de la mesa. Su amigo le miró, confuso y desconcertado. Pero algo en aquellos ojos pálidos clavados en él le obligaron a guardar silencio. Odiaba al arconte Dédalo que, en su opinión, representaba todos los crímenes de la *ekklesia*. Sus labios sensibles temblaron, pero obedeció a Pericles, su ídolo, que poseía para él todas las virtudes heroicas. Las lámparas iluminaban pobremente el grupo nupcial, pues carecían de pantallas y de fragancia. Un viento frío recorría la sala a intervalos y el único brasero, en el centro de la habitación, humeaba y apenas daba calor. Los esclavos, muy escasos, corrían de

un lado a otro sudando y abrumados por la presencia de tantos huéspedes a los que servir.

Un esclavo joven circulaba discretamente entre los invitados llevando un cesto de pastelillos de ajonjolí y entonando como era tradicional:

—He evitado lo peor, he encontrado lo mejor.

¡Ja!, pensó Pericles y sintió el impulso de estallar en locas carcajadas. Miró hacia la mesa donde se sentaba la novia. Dejanira llevaba todavía el velo, pero por debajo de él se atiborraba de comida, ansiosamente, como si se muriera de hambre. Su voz quejumbrosa llegaba hasta Pericles en ocasiones y este se dijo: «Confío en no llegar a estranglarla esta noche. ¿No sería una grosería por mi parte? ¡Tate, que yo soy un caballero!». Por fortuna el aguardiente iba acallando su mente y sólo deseaba dormir. Percibía un olor acre que le disgustaba. No sabía que provenía del aguardiente de su copa y de sus ropas. Dédalo gruñó. Su yerno se conducía, desde luego, de un modo muy extraño. El arconte no se engañaba, pues tenía ojos, y estaba convencido de que su hija sólo resultaba deseable por su dinero y posición. Pero le ofendía aquella demostración patente de borrachera por parte de Pericles. Si continuaba bebiendo así acabaría inconsciente, y eso sería un escándalo. Además el aguardiente era caro y se estaba malgastando. Hizo un gesto negativo al esclavo que se disponía a llenar de nuevo la copa de Pericles, pero este le cogió la botella por su cuenta, vertió todo su contenido en la copa y se lo bebió de un trago como si fuera vino del ejército. Empezó a agitarse con una risa temblorosa y sus amigos se alarmaron. Aquellas carcajadas en público no eran propias de Pericles, siempre tan discretamente majestuoso.

Luego vino la presentación de los regalos a la novia. Ella y su madre los inspeccionaron con ansia, adivinando en seguida su precio. Quedaron satisfechas, y se miraron gozosas. Los invitados no habían olvidado que la novia era hija de un arconte, que podía ser un enemigo siniestro y peligroso. Fidias ofreció una figurita de Hera trabajada con gran esmero en bronce brillante y con detalles tan increíblemente dotados de vida que los invitados soltaron exclamaciones de auténtica admiración. «¡Bah! —pensó el arconte—, si no es nada, a lo más vale unas cuantas dracmas. Un escultor famoso debía haber regalado por lo menos una figurita de marfil y oro». Se sintió insultado. Miró a Fidias con disgusto bajo los pesados párpados. ¡Fama! Y, ¿por eso tan barato? Pero él, Dédalo, no olvidaría la ofensa.

Había llegado el momento de la procesión que llevaría a la novia a su nuevo hogar. Estaba dispuesto ya el carruaje matrimonial, arrastrado por dos caballos blancos. Anaxágoras, padrino del novio, se veía obligado por la tradición a conducirlo. Había olvidado este detalle y se sintió alarmado, hasta que Fidias ofreció también sus servicios. Pericles no había de recordar nunca la hora en que, vacilando y riendo, fue metido en el vehículo junto a su esposa, todavía cubierta por el velo, pero sí tuvo la vaga conciencia de que algo muy pesado y grande le ofrecía un apoyo contra el que se dejó caer torpemente mientras el carruaje marchaba entre tumbos

sobre las piedras de la ciudad. Eran las primeras horas de la noche, y las calles brillaban con la helada, y la luna llena era un manchón de hielo asomándose entre negras nubes. La gente corría a las puertas para ver la procesión, ahora muy larga y ruidosa, que seguía al carruaje. Todos los invitados iban a pie con antorchas llameantes, y apenas se destacaban las flautas y liras sobre el estruendo del himno matrimonial. Los chiquillos empezaron a seguir la procesión bailando como faunos, y los invitados les lanzaban monedas y golosinas.

Agarista había sido la primera en salir de casa de Dédalo y regresar a la suya para recibir allí a los novios. Estudió la perfección de su hogar, comparándolo con la helada mezquindad de la casa de su hermano, y dio órdenes a los esclavos, espléndidamente vestidos. Aguardó, pálida y compuesta, con su túnica de color rosa; los broches del hombro y los que adornaban su cabeza brillaban a la luz de las lámparas fragantes, y su cabello parecía un casco dorado sobre sus sienes. Estaba satisfecha de la decoración del atrio. Toda la casa se había embellecido con hojas de laurel, olivo y mirto, y flores tardías, y hermosos braseros caldeaban las habitaciones. Un perfume de nardos corría por la casa, como una brisa.

Un esclavo le trajo una antorcha y una corona de mirto, que ella se colocó cuidadosamente en la cabeza. Suspiró pensando en Jantipo, al que le hubiera correspondido llevar la corona mientras ella sostenía la antorcha. Luego oyó el ruido de la procesión y acudió serenamente a la puerta. El vigilante del atrio, inclinándose, se la abrió. El viento frío le agitó la túnica y Agarista tembló. La procesión estaba ya en el umbral, siguiendo al carruaje. Los esclavos se apresuraban a ayudar a bajar a los novios. Dejanira descendió pesadamente, envuelta en el velo que flotaba sobre su cabeza. Ahora los esclavos tuvieron cierta dificultad con Pericles, para diversión de los invitados, pues hubieron de bajarle y sostenerle en pie. Había empezado a cantar una cancioncilla popular, lo cual aumentó la hilaridad de los invitados que se unieron a ella... con gran humillación de Agarista. No estaba segura del significado de algunas de las palabras más groseras, pero podía adivinarlo. Dejanira, muy pesada y silenciosa, iba a la izquierda del novio, y caminaba como una campesina. Dédalo hizo oídos sordos a la canción lasciva, pues muchos de los cantantes eran sus amigos, pero Semele murmuró su indignación.

Al entrar al atrio se ofreció a Dejanira, como era tradicional, higos secos y nueces. Sus ojillos negros lo examinaban todo rápidamente a través del velo, observando la escena festiva y sobre todo el lujo de la casa, que ella consideraba un derroche exagerado. Por lo visto Agarista era pródiga con el dinero. Dejanira, educada en una casa frugal, en la que cada dracma se contaba dos veces antes de soltarlo a disgusto, tomó una decisión rápida: como ahora era la dueña de la casa de su esposo, sería muy estricta en su dirección. Había demasiados esclavos, un lujo excesivo. Esas alfombras tan hermosas se enrollarían y se guardarían con todo cuidado y sólo pondrían en alguna fiesta. Los murales se cubrirían con paños para conservar su lustre. No admiraba a su tía, a la que consideraba pretenciosa y poco

femenina por sus conocimientos, y pronto sabría Agarista quién era la dueña de la casa. Mientras pensaba estas cosas mordisqueaba la tarta nupcial de ajonjolí y miel; las migas le cubrían el velo y venían a caer en su enorme pecho. El jugo de membrillo que le ofrecieran le corría por la barbilla.

Pericles tenía el rostro abotargado y los ojos brillantes. Los invitados le sostenían ahora en pie. Era evidente que no estaba muy consciente. Lo llevaron a la cámara nupcial y lo dejaron caer en el lecho, donde quedó espatarrado. La lámpara de la mesita brillaba con luz dorada sobre la figurilla que Fidas le diera. La novia entró y aún seguía comiendo. Se cerró la puerta tras ella y quedó a solas con el novio. En el atrio, Dédalo entregó oficialmente la dote de Dejanira al representante de Pericles.

Dejanira se levantó el velo y miró a su esposo, y entonces enrojeció y le brillaron los ojos. Como ya había estado casada sabía tratar a un marido borracho. Lentamente fue quitándole la ropa, moviéndole de un lado a otro hasta dejarle como una blanca estatua sobre el lecho. Siguió en pie algún tiempo, mirándole. Sonreía, y su seno se agitaba con vehemencia. «Amor mío —dijo mentalmente—, te he adorado desde que te vi por primera vez en una fiesta familiar; no eras más que un niño y yo algo mayor. Mi sueño de casarme contigo se ha realizado al fin. Ahora estaré contigo y te tendré en mis brazos, como he deseado tantos años».

Al otro lado de la puerta uno de los amigos del novio permanecía formalmente de guardia. Los invitados alzaron las voces en el himno nupcial y con tal entusiasmo que la casa tembló. Se hacía esto a fin de alejar a los malos espíritus que hubiesen podido deslizarse hasta allí con perversas intenciones.

Dejanira, que no era novata en estas ceremonias, se fue desnudando hasta quedar sólo con la camisa. Vaciló, luego se la quitó también y quedó de pie mostrando la mole pesada de su desnudez. La lámpara se reflejaba en su cuerpo grasiento. Los pechos enormes se agitaban, su vientre temblaba, así como los muslos obesos, cruzados de venas. Se quitó las horquillas del pelo y una mata negra y ligera cayó sobre sus hombros y hasta más abajo de sus senos. Apagó la lámpara y se metió en la cama junto a su marido, que dormía y roncaba.

Le puso la mano en el pecho y apoyó la cabeza contra su hombro. Pericles respiraba pesadamente. Las manos de Dejanira comenzaron a acariciarlo. Ahora ya no oía los cantos estruendosos del exterior. Su aliento quemaba el cuerpo de Pericles.

Este soñaba de nuevo con la encantadora figurita que volvía a convertirse para él en la forma deliciosa de una mujer. Veía su rostro como si estuviera iluminado por la luna. Ella yacía a su lado y murmuraba palabras de amor en sus oídos; sentía el aliento en su boca, su mejilla, su vientre.

—Amor mío —susurraba ella—, mi amado, estoy junto a ti. Tómame.

—¡Corazón de mi corazón! —gritó en voz alta y Dejanira cerró los ojos en un espasmo de dicha. Cayó sobre ella gruñendo de éxtasis, abrazándola estrechamente. Veía los labios rojos de su amada, sus ojos castaños que le sonreían bajo la luna etérea que sólo existía en su mente intoxicada. Una fragancia de lirios llegó a su

olfato—. Dulzura de mi vida... —dijo.

Y así se consumó el matrimonio, pero Dejanira nunca supo que se había consumado con una mujer soñada en la oscuridad de la cámara.

9

Un día, varios años más tarde, y en su despacho oficial en el Ágora, Pericles meditaba sobre la confusión y el caos increíble de la administración del gobierno, llevada al último extremo, la multiplicación de burócratas inútiles, los numerosos arcontes, el Areópago, las Asambleas, magistrados de diversos títulos, el Consejo de los Quinientos, los Once, la Heliaia, la Dikastai, los tribunales de todo tipo en los que había jurados que iban desde quinientos a dos mil hombres, todos convencidos de que sus opiniones y juicios eran la verdad y sólo la verdad y que así lo gritaban durante las sesiones, y la Bulé que la democracia había implantado en Atenas «en nombre del pueblo».

Él mismo se había enfrentado al Areópago cuando este intentó restaurar su autoridad de elegir únicamente a los aristócratas más cultos para que ocuparan cargos de poder en el gobierno, y en ocasiones reflexionaba apesadumbrado que tal vez se había equivocado en esto. Cualquier cosa era mejor que el tumulto y desorganización de los departamentos del gobierno, siempre llenos de voces groseras de la plebe y sus sicofantai (informadores), jueces de baja extracción que se sentían ofendidos por los hombres de inteligencia superior, de cultura y buena familia, y dominados por la corrupción general de la democracia.

¡El gobierno de los asnos!, se decía con melancolía. Tal era la democracia que ahora gobernaba a Atenas. (Sin embargo, Pericles desconfiaba también de sus amigos aristócratas, pues el gobierno de estos llevaba a la tiranía de unos pocos en vez de a la tiranía de las masas).

Todo esto se hallaba en patente contraste con la república imaginada por Solón en la que una firme Constitución, que todos deberían obedecer, habría de guiar al gobierno y a los jueces. ¡Ay!, el carácter vehemente y voluble de los atenienses en general había hecho esto imposible, ya que siempre andaban buscando «nuevas leyes para tiempos nuevos» y el gobierno cedía invariablemente por no perder los votos. Se enviaba ahora al ostracismo a hombres buenos y justos, sobre todo si trataban de restaurar el orden y la lógica de república o protestaban contra la tiranía del gobierno elegido por la plebe. Al menos la mitad del electorado —¡democracia!— era analfabeto. Solón había dicho que sólo se permitiera votar a hombres dotados de cierta cultura, sentido común e integridad, pero los últimos estadistas habían tachado sus palabras de «discriminación contra los atenienses libres». Allá en el fondo de su corazón malvado y ambicioso habían comprendido que, de votar únicamente la clase de hombres sugerida por Solón, aquellos no alcanzarían jamás un cargo público.

Las repúblicas eran estables, sinceras y organizadas, y muy prudentes con respecto a las proposiciones irresponsables de nuevas leyes. Tan humanamente

imparciales como era posible en un mundo por naturaleza desigual. Las repúblicas trataban a todos con justicia bajo una Constitución, y el favoritismo no tenía lugar en su gobierno. Tenían las características masculinas de fuerza, firmeza, justicia fría, el poder de la razón y la desconfianza del sentimentalismo, y les horrorizaba la anarquía apasionada del gobierno de las masas, ya que estas tenían como objetivo primordial la satisfacción de sus apetitos y placeres, bajos y mezquinos. Las repúblicas eran verdaderamente equitativas en la administradora de la ley y no hacían distinción entre los culpables, ya fueran campesinos o de buena familia. Las repúblicas eran discretas y cautas en sus tratos con otras naciones, conscientes siempre de que los hombres son hombres y no se podía confiar en ellos cuando estaban involucradas sus emociones y no la ley y el orden. Las repúblicas no eran imperialistas, pues se limitaban únicamente al bienestar de su propio pueblo, de ahí que entraran en guerra sólo con profundo disgusto y cuando en verdad corría peligro la seguridad nacional. Las repúblicas sentían el amor masculino por el conservadurismo en todas las cosas, y una suspicacia discreta ante las innovaciones peligrosas. La ley era sacrosanta, como producto de la sabiduría y la experiencia de la humanidad. Cuando construían se aseguraban de que el edificio estuviera fundamentado sobre piedra. Sobre todas las cosas, las repúblicas eran maduras.

Pero las democracias eran femeninas en el sentido de que se sentían impulsadas por emociones brutales y pasajeras, la preocupación por lo inmediato, y ambiciosas sin medida porque eran vanas, caóticas, tortuosas, apasionadas por naderías, gobernadas por el estómago y no por la mente y la razón, discordantes y arrogantes, pendencieras y presumidas, aficionadas a las murmuraciones, exigentes, inmaduras, y a veces infantiles, sin preocuparse para nada de la integridad, sino sólo de la satisfacción instantánea, ansiosas de diversiones y ocupaciones transitorias, deseosas de brillo. No se preocupaban por el futuro, y los conceptos de la ley y el orden las impacientaban, y forzar el cumplimiento de los mismos las llevaba a la revolución. En las repúblicas podía confiarse tanto como en cualquier institución humana. Pero las democracias eran irresponsables, y no sólo con respecto a sí mismas sino en su relación con los demás, pues en ellas estaba latente el terrorismo y la semilla de su propia muerte violenta. Las democracias, gobernadas únicamente por la pasión y la falta de razón, se entusiasmaban con las guerras. En resumen, las repúblicas estaban gobernadas por la ley; la democracia por los sin ley.

Pericles empezó a soñar con la república de Solón y el poder que él disfrutaba.

Cuando Efilto fue asesinado se confió a Pericles —o más bien la asumió él mismo— la jefatura del Estado. Su elocuencia era hipnótica. Se le reconoció el mérito que tenía en la expansión del Estado y en la continuación de la política de Cimón. Había enviado doscientos barcos a apoyar a los rebeldes egipcios contra los persas, y ordenado destacamentos contra Fenicia y Chipre. Se había visto también más o menos forzado a llevar a cabo las ambiciones de la democracia de Atenas y accedido a las guerras contra la misma Grecia. (Aunque él soñaba con la idea de

consolidar las diversas facciones en una misma nación unida). Consiguió aliar a Atenas con los de Megara, amenazados por Corinto, ganándose la hostilidad de esta. Sabía que habría más guerras y derramamientos de sangre antes de que pudiera realizarse su esperanza de una nación unida. Tal vez en este tipo de nación llegarían a desarrollarse la paz y el comercio, y Atenas sería el sol del mundo occidental. No se había dejado disuadir por el cinismo de Anaxágoras ni por la timidez de Zenón, sus queridos amigos. En ocasiones un hombre fuerte debía actuar solo.

—Yo no creé esta situación —discutía con Anaxágoras—, pero he de luchar con ella. Sólo cuando las pasiones queden subordinadas a la pasión, podrá confiar una nación en disfrutar de la libertad, el desarrollo de las artes y ciencias, y de un gobierno justo.

—Entonces, ¿combatirías a la fuerza con la fuerza? —preguntó Anaxágoras.

—Cuando uno se ve enfrentado con un tigre, no se pone a cantarle una nana —había contestado Pericles—. Yo no soy Orfeo. He de mirar las cosas tal como son, sin ilusión ni engaño. La esperanza es mentirosa si no acepta la realidad. ¿No dijiste eso tú mismo?

—También he dicho que el arte supremo del hombre es la meditación —repuso Anaxágoras.

—Un muerto no puede meditar. Por tanto me propongo seguir vivo —había contestado el joven—. Más tarde meditaré... cuando muera la confusión.

Sabía que su liderato en Atenas era precario. Trataba con una democracia degenerada y no con la república de Solón. Se relacionaba con jueces y burócratas, arcontes de reacciones impredecibles, y todos los demás mirmidones en un gobierno controlado por la plebe. Podían asesinarle, como hicieron con Efilto. Pero Pericles había decidido hacía tiempo que el exceso de prudencia sólo conduce a la inercia. No tenía el fatalismo ni la renuncia del filósofo. Desde la infancia se había dejado arrastrar por un sueño vital para él. Amaba a su país. Lo rescataría del gobierno de la chusma, de los rebeldes sin inteligencia. A menudo miraba a la Acrópolis e imaginaba allí una corona de luz, una diadema brillante, la ascensión del mundo libre occidental en oposición al despotismo complicado, de Oriente. Atenea Pártenos era su patrona, y en Cronos estaba su esperanza.

Hablaba de esto con Helena, su amante ocasional. Ella le escuchaba con simpatía, sí, pero también con comprensión.

—Necesitas una hetaira inteligente y con grandeza de corazón —le dijo. Pericles intentó abrazarla riendo, pero Helena se apartó de sus brazos e insistió—: Yo no pertenezco a ningún hombre, ni soy tu hetaira, amado mío. Debes tener una mujer que únicamente viva consagrada a ti, y no a un amor muerto.

Meditó un instante y su rostro se iluminó de gozo:

—Creo que conozco a la dama —dijo mirándole con sorna—. Es una joven, protegida de Targelia de Mileto, muy hermosa, muy bien dotada. Ha abierto una escuela para muchachas de buena familia, riqueza y posición, aquí en Atenas.

Seguramente habrás oído hablar de ella.

—¿Aspasia? —Pericles hizo un gesto desdeñoso—. Es célebre. Dirige su escuela al estilo de la de Safo de Lesbos. ¿Qué había de hacer yo con una lesbiana?

—Safo ha sido calumniada injustamente —afirmó Helena en tono de reproche—, pero ¿por qué ha de ser más reprobable que una mujer ame a otra, a que un hombre ame a otro hombre?

—No lo entenderías —dijo Pericles sonriendo.

Helena le dio un golpecito en el hombro desnudo y dijo:

—Esta es la respuesta tonta de todos los hombres a una pregunta aguda por parte de una mujer. No significa nada, a excepción de que vosotros no queréis decirnos nada. Pero volvamos a Aspasia. Por algún tiempo fue la compañera, la amante, de un sátrapa persa. Le dejó hace dos años, y recibió de él joyas y oro; ahora es muy rica. La opresión de las mujeres de Persia es todavía peor que en Grecia, y Aspasia está decidida a lograr la emancipación de todas las mujeres, lo mismo que yo. Si te ríes, amor mío, te arrojaré de mi casa. Presta atención, por favor:

»Me ha contado Aspasia —y Targelia de Mileto también— que desde su temprana juventud el sueño de aquella fue conseguir que se respetara la inteligencia femenina, lo mismo que se ama y se desea lujuriosamente el cuerpo de la mujer, y se comprendiera que esta tiene una misión en la vida aparte de su deber de dar hijos al marido. Las mujeres tienen un talento que les es propio y, ¿quién sabe cuántos genios femeninos han muerto de parto? Poseemos un alma, y no sólo genitales.

—Nunca lo he negado —dijo Pericles—. Tengo una madre inteligente y de muchos atributos, aunque se está volviendo irascible con la edad. No me extraña. Dejanira es la única autoridad en la casa y este es un caso de la arrogancia de la mujer madura contra la arrogancia de la más joven, y es difícil, y peligroso, enfrentarse al espíritu vengativo de Dejanira. Incluso mi pobre madre se ve silenciada por mi esposa, y yo he de consolarla con frecuencia recordándole que fue ella, y no yo, la que quiso este matrimonio.

—No me distraigas del tema de Aspasia, Pericles. Aspasia no es una lesbiana. Se dice que es muy rigurosa en la elección de amantes, y que ha tenido muchos, pero esto no lo creo, ya que es muy selecta y sólo se dedica a su escuela. La mayoría de sus amigos más cultos han puesto a sus hijas bajo su tutela. No sólo enseña las artes del canto, baile y música, sino que además les da una educación excelente, igual a la de los hombres. Zenón de Elea da clases allí esporádicamente de filosofía y dialéctica.

—¿Con qué fin? —preguntó Pericles con una gravedad que agradó a Helena—. ¿Qué puede hacer en este mundo una mujer educada e inteligente?

—Yo soy médico —dijo Helena pasándose los dedos por el pelo castaño que caía sobre los hombros y senos desnudos—. Cierto que por ello se me considera infame, pero eso no tiene mucha importancia para mí. La mayor parte de mis pacientes son hombres de distinción... y dinero, pues tengo fama, y una escuela de medicina y una

gran enfermería. Soy muy rica; pero no soy un caso aislado entre mis hermanas, ya que muchas hetairas se han casado con hombres nobles y famosos, de buena familia, que buscaban la inteligencia y las dotes de una mujer. ¿No me has prometido que ayudarás a las mujeres a alcanzar el puesto que merecen en la vida y a ser consideradas humanas y miradas con respeto?

—Lo he jurado —dijo Pericles—. Si tuviera hijas en vez de dos varones no estaría más decidido.

—Bien. —Le besó como premio—. Daré una cena en honor de Aspasia y tú serás uno de mis invitados. Pericles sopesó la idea con cautela. Una de sus consideraciones era que, a excepción de Helena y algunas hetairas más, a las mujeres inteligentes no les interesaba la belleza personal, ni la cultivaban, considerándola trivial. Había cuidado de no dejar que Helena adivinara esta opinión, que compartía con otros hombres. También su madre había sido una excepción. Preguntó:

—¿Qué aspecto tiene?

Ella le miró agudamente con sus grandes ojos azules.

—¿Tiene importancia eso?

—Me disgustan las arpías. Nadie, hombre o mujer, debe descuidar su aspecto agradable. Helena suspiró.

—Aspasia está considerada como la mujer más hermosa de Atenas, si bien ya no es joven, pues tiene veintidós años. ¿Has oído hablar de su hermosura?

—Me han dicho que es una Gorgona.

—Te lo habrán dicho los hombres que no la han visto. Para ser tan poderoso, y verlo y saberlo todo, te muestras en esto muy ignorante. Daré esa cena en mi casa, y tienes que venir. La voz de Aspasia es tan encantadora como su aspecto, aunque no es suave ni cantarina. Recuerda el rumor de una concha marina, y los hombres quedan cautivados por ella. También es divertida.

—Una joya —dijo Pericles—. Sin embargo, no me has hablado de su aspecto, sólo has dicho que es hermosa. Y he descubierto que cuando una mujer dice eso de una amiga, invariablemente lo hace porque no la juzga una rival, y porque acaba resultando repulsiva a los hombres.

—Hablas de mujeres mezquinas y triviales con la mentalidad de un cerdo —afirmó Helena—. Cuando yo digo que una mujer es hermosa, lo es en verdad. Aspasia es tan alta como yo, pero más esbelta, pues yo soy robusta, y su cuerpo daría envidia a Afrodita. Sus cabellos son de un rubio tan pálido que parecen tejidos con la luz de la luna y del sol. ¿Por qué me miras de pronto con tanta intensidad, Pericles?

—Sólo estoy escuchándote.

—Tiene un rostro ovalado, un cutis lechoso y sonrosado, y unos labios de granada. Nada hay en ella que no sea perfecto. Fidias la esculpió de memoria, e hizo una pequeña figurita de bronce. ¿Por qué te sobresaltas tanto, mi amor?

—¿Me he sobresaltado?

Pero sí había palidecido. Helena le tocó ansiosamente la frente en busca de fiebre,

le tomó el pulso y se alarmó al ver cómo se disparaba. Buscó en su mesita de noche y le sirvió mas vino, que le obligó a beber.

—No estoy enfermo —afirmó Pericles. Tomó el vino con expresión abstraída. Entonces le dominó la excitación—. Debo conocer a esa famosa Aspasia.

Helena sonrió aliviada. La descripción de la joven le había atraído, y ella se sentía satisfecha, tanto por Aspasia como por Pericles, pues tenía un corazón amable y cariñoso. Olvidó que era una mujer libre, y médico de renombre, y empezó a hacer sus planes. Cuanto más pensaba en aquellos dos más entusiasmo sentía, y más decidida estaba.

—Le diré a Aspasia que va a conocer al hombre más poderoso de Atenas —dijo riendo alegremente.

—A excepción de los malditos arcontes y el resto del gobierno —gruñó Pericles.

—Amor mío, ¿has olvidado que Pericles forma también parte del gobierno?

Esta conversación con Helena había tenido lugar la noche anterior y casi la había olvidado ya, pues su mente estaba hoy muy turbada al sentarse en su puesto del Ágora y pensar en Atenas y su gobierno. Debido a la disciplina de su mente podía concentrar sus pensamientos en un tema determinado y prestarle toda su atención, abstrayéndose de cualquier otra cosa. Nada le distraía de una reflexión que le absorbiera. Se había quitado la toga propia del cargo y estaba vestido con una túnica corta de lino amarillo, sin mangas. Había cruzado los brazos musculosos sobre el pecho y colocado los pies calzados de sandalias encima de la mesa. Como de costumbre llevaba el yelmo, pues aún se sentía algo avergonzado de la anchura de su frente. Su rostro hermoso estaba meditabundo. Libros, pergaminos, tablillas y estilos se esparcían sobre la mesa, aguardando su atención. «¿Por qué los burócratas, pensó con asco, están siempre tan enfrascados con plumas y pergaminos como si lo que bulle en sus mentes pequeñas tuviese importancia? No hay nadie tan ocupado como el hombre de poca categoría. Encuentro patética su creencia de que, cuanto escriban o sugieran, alcanzará la inmortalidad, especialmente bajo las leyes opresivas».

Llegaba hasta allí el estruendo del tráfico de las calles que rodeaban el Ágora, y el clamor de miles de voces impacientes. El pueblo ateniense era ruidoso e insistente, al contrario que los aristócratas. No resultaba sorprendente; la plebe es igual en todos sitios. Sin embargo, en otros países, no votaba la plebe, a excepción de Roma, la ciudad de Italia que iba creciendo en importancia. Pericles se prometió visitar Roma, la cual, según se decía, había sido fundada a raíz de un fratricidio, y tenía fama de ser altamente moral y virtuosa, y llena de laboriosidad, y cuyo héroe era Cincinato, el Padre de su país. Se comentaba que Roma tenía también un gobierno representativo, y esto sabía a república, en embrión por lo menos. Ya había recibido una petición del Senado Romano, que deseaba enviar a Grecia y a Atenas una comisión para que estudiara las leyes de Solón y su legislación.

«Me temo que quedarán desilusionados con el gobierno que ahora tenemos, pensó agitándose inquieto en la silla. Pero será muy conveniente inspirar a una nación joven

con el sueño de Solón, aunque nosotros no lo hayamos conseguido». Un rayo de ardiente sol penetró por la ventana, alta y estrecha, y con él una nube de polvo brillante y el olor habitual en una ciudad caldeada: una mezcla de piedras calientes, letrinas y estiércol animal, aire viciado y olores sin nombre. Una nube de moscas entró también por la ventana y Pericles las espantó irritado. Muchas se posaron en la mesa, y especialmente en el borde de su copa de vino, llena de pozos. Algunas le subían por los muslos, blancos y musculosos. Cogió un pergamino cerrado y las mató. «Es esta —se dijo— la única finalidad que tienen los mensajes de un burócrata». Se sacudió las moscas muertas y arrojó el pergamino al suelo.

Un guardia, vestido con armadura de cuero y un yelmo con penacho de plumas, llamó a la puerta de bronce y la abrió vacilante. Viendo la mirada de Pericles estuvo a punto de retroceder, pero luego cobró valor.

—Señor, el noble arconte tesmoteta Dédalo está aquí para consultarte un asunto.

Pericles soltó una obscenidad referente a su suegro, pero se levantó y asintió. Se metió los pulgares en el cinturón y se prometió a sí mismo dominarse. Cuando entró Dédalo con su habitual mirada rápida alrededor, Pericles le saludó con bastante amabilidad y le señaló una silla. Dédalo estaba más seco y flaco que nunca; su cara todavía se asemejaba más a una calavera, y los largos ropajes marrones estaban llenos de polvo.

Nunca había tenido una expresión grata, según recordaba Pericles, y la edad hacía cada vez más desagradable su rostro cadavérico. Estaba amargado por no haber logrado alcanzar la posición de arconte rey con poderes extraordinarios, ya que era un hombre ambicioso; ambicioso de su propio engrandecimiento, no del de su país. Esto no podía perdonarlo Pericles como no podía perdonarle otras muchas cosas, entre ellas que hubiera engendrado a Dejanira.

Dédalo contempló la apostura de su yerno y la dignidad de su rostro. En secreto envidiaba y respetaba a la vez a Pericles, que siempre le resultaba incomprensible. Le desconcertaba también porque, aunque invariablemente sereno, tranquilo y firme, evitaba cualquier conversación seria con él. De modo que Dédalo había llegado a la conclusión de que Pericles, dejando aparte su fama como militar y estadista, era de carácter frívolo. Pericles asumía siempre cierto tono de ligereza en sus tratos con Dédalo porque tenía en poca estima al padre de Dejanira y le consideraba indigno de merecer que un hombre inteligente ocupara su tiempo con él. Dédalo no era inconsciente del poder del otro, pero gracias a los dioses, había poderes que no estaban a su alcance, y tales poderes pertenecían naturalmente a los arcontes. Estos se hallaban a salvo de Pericles, pues, ¿no les honraba el pueblo, y votaba por ellos?

Sin embargo sentíase orgulloso de que se hubiera casado con su hija, y presumía ante los demás arcontes, a solas con ellos. Pero se quejaba siempre de él a Dejanira, que coincidía con su padre en que Pericles era un hombre difícil, si bien un marido amable y padre indulgente, y que no respetaba debidamente al arconte.

—¿En qué puedo servirte, Dédalo? —preguntó Pericles—. ¿Vino fresco, pan,

queso y fruta? Tengo algunas ciruelas y uvas frescas en ese armario. Dédalo rechazó la sugerencia.

—No tengo tiempo que perder, Pericles. He venido a ti por un asunto de gran importancia.

Lo dudaba, pero inclinó gravemente la cabeza y se sentó en un ángulo de la mesa aguardando. Dédalo hubiera preferido que ocupara una silla, ya que la presencia tan próxima de Pericles le acobardaba. El aspecto imponente de Pericles había intimidado a hombres superiores a Dédalo, quien se puso de pronto furioso al advertir aquella fuerza en Pericles, aquella proximidad que con frecuencia resultaba silenciosamente amenazadora. Pero se tragó su furia, aunque las mejillas huesudas enrojecieron.

—¿Has oído hablar de un tal Ictus? —preguntó el viejo con voz rechinante. Pericles abrió de par en par los ojos, que parecieron de nuevo tan ciegos y remotos como los de una estatua. Esto solía asustar a hombres más inteligentes, sutiles y poderosos que Dédalo, pero el arconte lo consideraba muy desagradable. Era como si Pericles se retirara a gran distancia, cosa que le molestaba.

—Sabes muy bien que no sólo he oído hablar de Ictus, Dédalo —contestó con voz suavemente peligrosa—, sino que es uno de mis amigos más queridos y que salvó mi vida cuando éramos unos chiquillos. —Se detuvo, repentinamente alarmado. Ocultó la alarma a su aborrecido suegro, pero cruzó los brazos con fuerza. —Es como sabes, de una familia distinguida Dédalo, casi tan distinguida como la mía, «... y, desde luego más que la tuya», añadió para sí.

Dédalo siempre prudente, captó el aviso en la voz de Pericles. Pero era malicioso y la malicia le envalentonaba hoy más que de costumbre en presencia de su yerno. Pericles, se recordó a sí mismo, no era del todo invulnerable. Había cosas que le resultaban imposibles de hacer, debido a su situación y su cargo.

—Lo sé todo con respecto a la familia de Ictus —dijo—. Su padre fue desterrado por opiniones heréticas y murió en el exilio. A pesar de tu amable opinión sobre él, su familia no es notable. Ni rica.

Pericles seguía con aquellos ojos ciegos clavados en él y no contestó. Aguardaba.

—Ictus malgastó su patrimonio comprando y liberando esclavos indignos, y en actividades no sólo impías sino subversivas contra el gobierno.

Le miraba escudriñándole, pero el rostro de Pericles seguía impasible.

—Conozco la dedicación de Ictus a la liberación de los esclavos —dijo— y la encuentro admirable, pues, ¿no fue eso lo que pidió Solón? No va contra la ley el conceder la libertad a los desgraciados que sufren bajo el látigo y las torturas de sus crueles amos. La piedad no resulta despreciable. Has mencionado las «actividades» de mi amigo. ¿A qué te refieres?

Dédalo alzó una mano descarnada.

—Es amigo tuyo, ¿verdad, Pericles? Con seguridad sabrás entonces que es el autor de escritos sediciosos denunciando al gobierno, en los que nos acusa de toda

suerte de vilezas y opresiones, de la corrupción de las leyes de Solón, y de infidelidad hacia el pueblo de Atenas, y en los que pide que seamos derrocados.

Seguía observándole, pero Pericles simulaba muy poco interés.

—Tu amigo —repitió Dédalo con tono grave—. ¿No te ofenden sus actividades?

—No creo que haga esas cosas —contestó. Hablaba en tono ligero y como divertido—. Si ha hecho todo eso de que le has acusado, yo tendría que saberlo. Fue invitado a mi boda. Fuimos juntos a la academia. Cuento con él más que con un hermano. No, no creo esas acusaciones estúpidas contra él. El mundo está lleno de hombres malvados. Puede que Ictus haya ofendido a alguno sin querer, pues es tímido y retraído y da la impresión de debilidad. Por eso atrae fácilmente la enemistad, y en particular la de los seres brutales.

Dédalo perdió la calma.

—¡Si en verdad es amigo tuyo, entonces tú mismo estás en peligro, Pericles! Sólo puedo darte este consejo, ya que eres el marido de mi hija, además de ser ambicioso: niega que le conozcas tan a fondo. Si te interrogan, declara que apenas le trataste ligeramente en la infancia. Si te presionan, echándote en cara que se le ve con frecuencia en tu compañía, denúnciale y finge horror cuando te hablen de sus escritos.

Pericles advertía que el corazón le latía con violencia en el pecho. Pero conservó su aspecto sereno. Sabía que Dédalo le odiaba, aunque se enorgulleciera de él. Sabía también que su situación como arconte sería cuidadosamente examinada, pues, ¿no era el suegro de Pericles? Luego Dédalo había de protegerle a fin de protegerse a sí mismo, por mucho que le odiara.

Preguntó entonces con voz helada:

—¿Se han hecho ya acusaciones públicas contra Ictus?

—Se han recibido siete mil ostraka (peticiones de ostracismo) —contestó Dédalo vigilándole de cerca.

Pero Pericles se echó a reír dándose un manotazo en las rodillas.

—¡Dudo que Ictus conozca a siete hombres en Atenas! ¡Qué absurdo! —Luego se puso serio—. Los que firmaron tales peticiones son embusteros y falsos y debían ser perseguidos por difamar el carácter amable de un hombre inocente y misericordioso.

Se levantó y empezó a recorrer la habitación indignado, respirando pesadamente, de modo que aquella prueba de su enojo llegaba a oídos de Dédalo.

—¡Gentes analfabetas del campo hacen que sus amigos firmen el ostraka por ellos! Ya se sabe que muchos hombres han sufrido el destierro o han sido incluso ejecutados por la Asamblea al recibir esas peticiones, enviadas a miles por órdenes de algún infame que deseaba vengarse de otro o desahogar su malicia contra él. ¡No ignoras que se ha sobornado a los ciudadanos para que enviaran el ostraka si un criminal deseaba la fortuna del acusado, o su cargo, o le envidiara por cualquier otra razón!

Dédalo gritó:

—¿Estás acusando a la Asamblea de corrupción, de ser el instrumento de gentes infames?

«Puedo acusarles de cosas mucho peores», pensó Pericles apretando los dientes. Se detuvo en su recorrido de espaldas a Dédalo y meditó. La situación era terrible. Ictus debía salvarse a toda costa.

Su suegro, viendo que no contestaba a la pregunta dijo:

—Tú ignorabas que nosotros hemos descubierto, de fuentes confidenciales e infalibles, que Ictus va a ser condenado por sus escritos, y que la *ekklesia* tiene en su poder cientos ellos. Ictus no ha negado ser el autor cuando se los han mostrado.

Pericles quedó inmóvil. ¡Qué idiota había sido Ictus al confesarse autor de aquellos escritos enardecedores! Pero ¡qué hombre de integridad vivía bajo aquella apariencia inofensiva y aquel aire de retraimiento! Atenas se salvaría para siempre sólo con que hubiera dos mil como Ictus viviendo en la ciudad.

—Eso, aparte de las peticiones de su destierro —añadió Dédalo exasperado por el silencio de Pericles, que seguía dándole la espalda—. ¿Es que no tienes nada que decir, esposo de mi hija?

Pericles se volvió lentamente hacia él y, por un instante, Dédalo tuvo miedo, aunque los rasgos del joven eran serenos y sus ojos claros, indiferentes.

—Esto es lo que tengo que decir, Dédalo —pronunció con voz firme y lenta—. Le defenderé ante la ostrakoforia y la *ekklesia*.

Dédalo se levantó de un salto alzando los brazos sobre la cabeza y con el rostro distorsionado. Pero, antes de que pudiera hablar, Pericles salió bruscamente de la habitación.

Pericles amaba a sus hijos, Jantipo, de ocho años y Paralo, dos años menor. Milagrosamente ninguno se parecía a Dejanira, su madre; para obtener ese favor, Pericles había hecho sacrificios a los dioses a su nacimiento. Jantipo se parecía al abuelo del mismo nombre y Paralo, aunque con los ojos negros de Dejanira, también tenía el color y estatura de Pericles. Jantipo tenía el mismo sentido del humor del abuelo paterno, su malicia, su intelecto rápido y el cuerpo ligero y elegante, y era ya famoso por su ingenio vivaz. Paralo era más serio, de carácter algo inflexible, se lo tomaba todo con gravedad incluso a los seis años y pocas veces reía o hacía travesuras. Era más fuerte que su hermano mayor, y más alto, y se movía con gran dignidad. Jantipo sobresalía en atletismo, en arco, esgrima ligera y juego de pelota, y era diestro y rápido. Paralo destacaba en el lanzamiento de disco, la lucha y el pugilismo. Jantipo era tan flexible como el agua; Paralo, tenaz y firme en sus opiniones, y muy decidido también.

Era costumbre de Pericles el reunirse con los muchachos al anochecer, antes de cenar solo, para jugar con ellos, charlar y opinar sobre sus tutores. A veces se le permitía al mayor que cenara con su padre, pero Paralo aún era muy pequeño y tomaba las comidas con su madre en las habitaciones de las mujeres. Ambos amaban a Dejanira, aunque Jantipo la molestaba frecuentemente, pues ella no tenía sentido del humor y se limitaba a fruncir el ceño tratando de comprender sus puyas. Paralo simpatizaba con su madre, y Jantipo se burlaba también de él, pero por lo general el menor sabía replicar a su hermano con su estilo lento y zumbón. Entre los dos, Dejanira prefería a Paralo, no sólo por su parecido con Pericles, sino porque era más amable y más sensible.

No tuvieron más hijos, pues Pericles no había vuelto a llevársela al lecho desde el nacimiento de Paralo. Temía que los dioses no fueran tan benignos con los otros y que nacieran parecidos a la madre, y heredaran su carácter obtuso. Además Dejanira se le había hecho más y más repugnante e insoportable a su olfato. Peor aún: ella le adoraba y le miraba con ojos implorantes cuando le veía, y Pericles la iba compadeciendo a medida que se acentuaba su repulsión hacia ella. De modo que la evitaba, aun admitiendo que era muy diestra en los asuntos domésticos y que aumentaba su fortuna con la buena administración y su frugalidad característica. Jamás interfería él en los asuntos de la casa, pero se había negado a permitir que Dejanira la convirtiera en una réplica de la de su padre, y había exigido que tratara a Agarista con deferencia y escuchara sus consejos en lo referente a las comidas de Pericles y a los preparativos para con los invitados. Dejanira, que le adoraba de modo abyecto, le obedecía en todos los casos, aunque detestaba a Agarista y la consideraba

una mujer ociosa. Ella vivía casi perpetuamente en la cocina, vigilando a las esclavas y cocineros, observando cada trozo de comida y cada dracma. Los caprichos sólo se los podía permitir Pericles, y Dejanira deploraba en silencio sus gustos sibaritas y su exigencia de los mejores vinos. Cuando Agarista se quejó de que estaba tomando comida propia de esclavos, Pericles intervino en beneficio de su madre, que desde ese momento tuvo su propia mesa, mientras que Dejanira y sus hijos comían aparte, burlándose ella abiertamente de las cosas tan caras que comía su suegra, del buen vino, y la vajilla delicada. Una vez dijo en voz alta con su voz aguda:

—Nos arruinaremos.

A lo que Agarista contestó:

—Pues, mientras tanto, comeremos como seres humanos y no como cerdos.

Calias, el hijo que Dejanira había tenido con Hipónico, contaba ahora dieciséis años y era la réplica masculina de su madre, bajo, gordo y de temperamento desagradable. Envidiaba a sus hermanastros por su aspecto y su éxito en los estudios, y se consolaba al saberse apodado «el rico», ya que había sido el heredero de su padre. Era tan mezquino como Dejanira, iba vestido como un esclavo y sus tutores se desesperaban con él. No era un atleta. Prefería las peleas de gallos, y cuanto más sangre viera, mejor. También le gustaba jugar, pero como no dejaba de hacer trampas, pocas veces le invitaban a participar sus compañeros de academia. Además, les enojaba porque solía lanzar el kibos (los dados) y ganar con regularidad. Llevaba sus propios dados a las partidas, y estaban cargados; por eso no querían jugar con él a menos que aceptara los dados comunes, con los que ganaba tan esporádicamente como los demás. Esto le ponía de mal humor y, siendo fuerte además de gordo, casi nadie deseaba enfrentarse a él. Era tan innoble y tramposo en la pelea como en el juego, un infame que clavaba la rodilla en la entrepierna del contrario.

Odiaba a Pericles y le ridiculizaba ante su madre cuando ella se lo permitía; lo hacía sobre todo después que Pericles la hubiera rechazado y Dejanira se sintiera muy dolida. Aunque era torpe, adivinaba por lo general qué observaciones despectivas ella no le prohibiría. Entonces sonreía burlonamente a sus hermanastros, los cuales le despreciaban a las claras y hacían oídos sordos a los insultos contra su padre. Calias tenía una risa grosera. Había intentado tratar brutalmente a los dos niños en más de una ocasión, pero un día Pericles le azotó en presencia de Jantipo, de Paralo y Dejanira, que había permanecido a un lado llorando y estrujándose las manos. Pero como amaba a Calias mucho menos que a los dos pequeños, se sintió muy aliviada cuando aquel ordenó a su esclavo que recogiera sus cosas para irse a hacer una visita prolongada a la casa de Dédalo. Dédalo le prefería a sus nietos menores.

Durante los últimos meses Pericles había conferenciado con sus banqueros en lo referente a la dote de Dejanira y los intereses acumulados, pues había llegado a la conclusión de que debía divorciarse de su esposa. Aunque la veía pocas veces, y raramente de cerca, su presencia en la casa se le hacía más y más intolerable. Se daba cuenta de la tristeza de Agarista, incapaz de rehuir a Dejanira, como él podía, junto

con su hetaira y otras mujeres de escasa reputación. Veía la expresión amotinada de sus esclavos que odiaban a Dejanira y se quejaban al vigilante de la mala comida y los cuartos abarrotados. Este se lo dijo a Pericles en interés de todos. Pues Pericles era un amo amable que los trataba como sirvientes pagados y no como esclavos, y con frecuencia les premiaba con largueza y, de haberle insistido lo suficiente, los habría liberado, advirtiéndoles sin embargo, de los peligros de la libertad. Cuando en una ocasión se sirvió un vino infame en hermosas botellas a unos huéspedes distinguidos, por órdenes secretas de Dejanira, decidió que ya no podía soportarla más. Había reñido con ella por esa humillación y la esposa había estallado en lágrimas tratando de abrazarlo y gimiendo:

—¡Sólo quería ahorrarte dinero, señor!

Pero Pericles la había rechazado entonces como se rechaza a un perro inoportuno y molesto.

Ni siquiera el hecho de que sus hijos tuvieran un afecto considerable por su madre le impediría divorciarse de ella. Podían verla en casa de Dédalo a intervalos regulares. Temía que los niños se contagiaran de su rudeza y grosería, y odiaba a Calias tanto como este le odiaba a él. Pericles, siempre pragmático, temía que influyera de modo desastroso en sus hijos. En cuanto a los sentimientos de Dejanira, ni los tenía en cuenta, ya que dudaba que fuera capaz de quererle, aunque se hubiese mostrado repelentemente apasionada con él cuando la llamó una vez a su lecho por sentido del deber y por compasión. Ya no la compadecía. Debía liberarse de ella, y lo más pronto posible. Todavía no sabía la infortunada mujer que ya los abogados de su marido estaban preparando la demanda.

Esta noche, después de la visita de Dédalo al despacho de Pericles, este no llamó a sus hijos. Deseaba meditar a solas acerca del peligro mortal que corría su amigo, y en sus planes para protegerle y salvarle, pues, al preguntar entre los conocidos en el Ágora, se había enterado de que no sólo se pensaba en el ostracismo para Ictus, sino en la muerte. Apenas dos horas antes habían ido a consultar con el arconte rey. Dédalo no estaba enterado de ello, pero lo supo una hora después de haber dejado a su yerno.

Pericles ignoraba que, mientras trataba de cenar algo. Dédalo hablaba aterrado con Dejanira.

—¡Nos destruirá a todos si defiende a ese Quilón! —gritaba a su hija—. Los hombres influyentes le miran ya con malos ojos, pues no sólo mencionan su similitud con Pisístrato, el Tirano, sino que aseguran que desea el poder arbitrario. Le han acusado de cinismo, porque él, un aristócrata, se aísla de sus compañeros de la aristocracia y se une a los humildes sólo para asegurar su posición. Pero todos advierten que, aunque simula ser amigo de la plebe, los mantiene lejos de su presencia y permite que se le acerquen en muy contadas ocasiones. Es demasiado ambicioso, siniestro y ambiguo para tener amigos influyentes. No es un secreto para nadie que fue él el instigador del destierro de Cimón, el cual era verdaderamente

amado por todos, porque ambicionaba su poder. Sí, hija mía, actuó en connivencia con Cimón para que este fuera nombrado comandante de la flota mientras él, implacable, se proponía hacerse con el poder en Atenas, con el consentimiento de Cimón. ¡Incluso se ha rumoreado que fue el instigador del asesinato de Enalto, el gran y popular estadista!

Dejanira lloraba y se estrujaba las manos, pero dijo entre lágrimas:

—No sé nada de esto padre mío, y tal vez todo sean mentiras inspiradas por la envidia.

—¡Ah! —exclamó Dédalo con fiereza—, ¡pues yo sí lo creo todo, aunque él sea el marido de mi hija! ¡Desea ser el monarca supremo! El partido aristocrático le teme y le odia con justicia, ya que le considera un traidor a su nación, y a su familia y sus antepasados. Temen su poder, un poder que él tomó ilegalmente...

Dejanira le interrumpió con una valentía extraordinaria en ella:

—¡Padre, eso no es cierto! Los ciudadanos de Atenas le eligieron por sus méritos.

—¡Silencio, mujer! —gritó Dédalo furioso, alzando la mano como para golpearla.

Ella calló y continuó con sus gemidos, temerosa de su padre.

—El partido aristocrático ha inducido a Tucídides Alopece, pariente de Cimón, y hombre bueno e intrépido, a que se enfrente con él. Tendrá éxito. Tucídides no es un hipócrita que adula al pueblo para obtener el poder. Tú no has leído los escritos en los muros de Atenas, acusaciones infames contra Pericles escritas por los mismos que él defiende contra los aristócratas. ¡Te digo que quiere ser rey, y que Atenas no lo soportará!

Dejanira sólo sabía suspirar. Su padre la miró con exasperación.

—Es tu marido —dijo—. Es el padre de tus hijos. Has de influir en él para que te escuche, porque, si lleva adelante su plan de defender a Ictus, no sólo será destruido, sino tú y tus hijos también.

Dejanira estalló en lágrimas y su rostro enrojeció profundamente. Apartó el rostro y dijo:

—No tengo influencia alguna en Pericles, padre. Raras veces le veo. Él me evita. Temo que me desprecia. No he vuelto a entrar en su cámara desde el nacimiento de Paralo... Me ha abandonado por las mujeres disolutas. Has dicho que, cuando hoy le hablaste, te dio la espalda y te dejó con palabras altaneras. Tú eres un arconte, un hombre de importancia. Si no escucha a su suegro, ¿por qué había de escucharme a mí?

Dédalo se levantó temblando de rabia. Miró a su hija, tan acobardada, y él, que pocas veces sentía movido por la piedad, la compadeció ahora. Le puso la mano en la cabeza y dijo con voz temblorosa:

—Hija mía, ignoraba esas indignidades contra ti; tu madre tampoco debe saberlo, o me lo habría dicho. Sólo hay una solución: debes dejarle, pedir el divorcio y regresar a la casa de tu padre con tus hijos. Entonces comprenderá el pueblo que tú eres inocente, que renunciaste a tu marido por su traición y sacaste a los niños de la

casa por temor a que se vieran deshonrados y castigados por culpa de su padre.

—¿Dejar a Pericles? —gimió Dejanira, moviendo sus ojillos negros llenos de dolor—. ¡Es mi marido! Y le amo, por muchas humillaciones que me haya infligido, incluso en presencia de los mismos esclavos.

Dédalo la cogió por los gruesos hombros y la sacudió:

—¿Has pensado en tus padres, hija mía? Soy un arconte. ¿No comprendes que os veríais destruidos tú y tus hijos por los actos impetuosos de ese hombre, y tus padres también? ¡Cinco personas inocentes! ¿Permitirás que muramos todos, o que seamos desterrados y se confisque nuestra fortuna? ¿Consentirás tranquilamente que hayáis de vivir, en la mayor pobreza lejos de Atenas, en alguna isla bárbara? ¿He engendrado a un ser humano o a una Cíclope hembra, con un solo ojo ciego para aquellos a quienes debe amar?

Dejanira miró a Dédalo a través de sus lágrimas y le vio realmente desesperado y afligido, y el color abandonó su rostro, que quedó amarillento. Dédalo asintió sombrío:

—Nuestra fortuna, si no nuestra vida, está en peligro mortal por culpa de ese hombre al que llamas tu marido. ¿Te atreves a defenderle y quedarte con él hasta que nos hundamos en la laguna Estigia?

No podía hablar debido a su propio terror y angustia. Se estrujó las manos y sollozó roncamente.

—Habla con él —le ordenó su padre—. Habla con él esta misma noche. Si se muestra terco envíame un mensaje y os mandaré las literas para que vuelvas con tus hijos a casa de tu padre y pidas el divorcio. Díselo así.

Dejanira se llevó las manos al pecho; su rostro distorsionado reflejaba terror, sufrimiento y también desesperación. Susurró:

—Lo intentaré. Juro por Hera que lo intentaré. Es todo lo que puedo prometer. Si fracaso... —hizo una pausa y sollozó más fuerte—, volveré a tu casa, padre mío, y mañana mismo.

—Él se verá forzado a devolverte la dote y cuanto haya obtenido con ella —dijo Dédalo suspirando de alivio.

Siendo tan ambicioso juzgaba que la pérdida de la dote de Dejanira sería un golpe peor para Pericles que la pérdida de su familia.

Ella dijo, casi inaudiblemente:

—Ama a sus hijos. Tal vez no permita que me los traiga.

—Entonces, una vez hayas salido de su casa y él esté arruinado, pediremos que se libere a tus hijos de la nefasta influencia de su padre. No te apures, hija mía. Trata de hacerle reflexionar, como es tu deber. Si no lo consigues debes huir a toda costa. —Se frotó el rostro con la mano huesuda y suspiró—. No carezco de influencia. Me nombrarán tutor de tus hijos. Afirmaré que yo jamás habría consentido en este matrimonio, pero que mi hermana me lo suplicó.

Dejanira no carecía de agudeza. Sabía que había sido su padre el que propuso la

unión, y no Agarista. Pensó en ella con odio repentino, ya que Agarista no ocultaba el desdén a su nuera.

—Gracias a mí alcanzó Pericles el poder —continuó el arconte—. No hay que olvidarlo. ¡Ojalá las Furias hubieran paralizado mi lengua antes de ayudarlo!

Abrazó a su hija y partió. Tras mucho pensarlo Dejanira envió a un esclavo a rogar a Pericles que le permitiera visitarle inmediatamente. Mientras esperaba la respuesta, se lavó los ojos enrojecidos, se peinó, cambió sus ropas arrugadas y untó sus brazos y la garganta con esencia de rosas. Desalentada, se contempló en el espejo de plata y, por primera vez en su vida, se confesó que carecía de gracias, que no tenía belleza ni atributos para conquistar a un hombre, especialmente a un hombre como Pericles. Se había juzgado deseable merced a su dinero y a la posición de su padre en Atenas. Ahora comprendía vagamente que Pericles no necesitaba su dinero, y que era mucho más poderoso que Dédalo. De ahí que fuera imposible apelar a él sobre esa base.

«¡Ah, si yo tuviera belleza y juventud! —se dijo—, pero soy fea, y vieja; ya tengo canas y tres barbillas». Sentíase más humillada que nunca.

Sin embargo, se consoló con la idea de que tal vez Pericles escuchara sus prudentes consejos en beneficio de sus hijos, ya que no en el de ella misma. También estaba Agarista, que correría un peligro mortal.

Se detuvo, bajando el espejo brillante y adornado de gemas que tenía en la mano, y miró al espacio. Agarista... Por mucho que la vieja le disgustara, y por mucho que hubiera tratado de relegarla a una posición inferior, Agarista podía ser una aliada formidable. Gimiendo histéricamente corrió a las habitaciones de su suegra.

Esta no había entregado sus habitaciones, decoradas con gusto exquisito, a la nueva dueña de la casa. Después de cenar se retiraba pronto y se acostaba, ya que estaba muy enferma y a los médicos les preocupaba su corazón. No podía olvidar a Jantipo, su marido, que crecía en su mente en gracia y virtudes a través de los años. Con frecuencia se acusaba de estúpida por no haberle comprendido, de orgullosa por haberle recriminado tanto. Él la había amado, aunque no la apreciara en ocasiones. Jantipo la había visto una vez de lejos, de modo que el suyo no fue en realidad un matrimonio arreglado en el auténtico sentido de la palabra. Él mismo había acudido al padre de Agarista para rogarle que consintiera en la unión, declarando su amor por ella. A su estilo la había honrado durante muchos años, sin irse con las hetairas u otras mujeres. «Yo fui la que lo aparté de mí —se confesaba en sus noches de insomnio— con mis presunciones y vanidad. Insistí excesivamente en que me admirara por mi inteligencia. Y hasta después que murió no supe que me admiraba por ello, ya que jamás me lo confesó».

Se le ocurrió con tristeza que nunca se alcanzaba la sabiduría hasta que era demasiado tarde. Parecía mala intención por parte de los dioses.

Pocas veces dormía profundamente; dormitaba a intervalos y se despertaba luchando por respirar y con un dolor intenso en el corazón. Le había vencido ahora la

somnolencia cuando una esclava entró en silencio en su cámara y dijo:

—Señora, la señora Dejanira quisiera hablarte un momento de un asunto de la mayor importancia.

Agarista, parpadeando a la suave luz de la lámpara, se forzó a incorporarse. Su respiración resonaba fatigosa en la habitación. El viento nocturno, cálido y perfumado de rosas, entraba por la ventana abierta. Miró a la esclava. ¿Qué querría de ella Dejanira, que jamás entraba en estas habitaciones, a las que no se la había invitado? Las dos mujeres se evitaban lo más posible. Dejanira le pedía consejo en muy pocas ocasiones. Cuando hablaban miraba a Agarista con resentimiento y siempre tratando de imponer su autoridad como dueña de la casa de su suegra. Esta la rechazaba fríamente, pero Dejanira insistía con terquedad. Ayer mismo habían tenido una pelea; Agarista se había mostrado desdeñosa y fría, y Dejanira tartamudeaba de cólera. Al fin había dicho aquella:

—Serás la hija de mi hermano el arconte, pero para mí tienes los modales de una cocinera, y eres insolente además. Tu padre es hermano mío y, por tanto, descendiente de una casa noble, pero tu madre es tan vulgar como tú, y su única distinción es el dinero. Te ha enseñado bien, y eres tan insufrible como ella. — Dejanira se había ido al fin, murmurando de impotencia.

Ahora dijo Agarista a la esclava:

—¿Que la señora Dejanira desea hablarme? ¿Ha enfermado alguno de mis nietos?

—Se incorporó en la cama muy asustada, pues los hijos de Pericles le eran muy queridos.

—No lo sé, señora —contestó la esclava—, pero la señora Dejanira te implora para que la recibas y la escuches un instante.

Sólo una emergencia podía obligar a Dejanira a acudir a ella, de modo que Agarista se tomó la medicina que tenía junto a la cama y tembló interiormente mientras esperaba la llegada de su nuera. Se arregló el camisón sobre sus senos, todavía hermosos, pero su rostro estaba tenso y arrugado por el dolor, y muy pálido, y los cabellos dorados habían perdido el brillo hacía tiempo y estaban manchados de gris. Un dolor espantoso le atravesó el corazón y volvió a reclinarsse en los almohadones mientras el sudor frío del temor bañaba todo su cuerpo. Le pareció que un viento helado barría aquella habitación caldeada. Tenía muy secos los labios, ya sin color, y creía sentir el gusto de la sangre.

Dejanira entró en la cámara sollozando. Con la torpeza mental de los estultos se distraía fácilmente con futesas incluso en medio de su dolor.

Miró a su alrededor con curiosidad mientras las lágrimas caían por sus gruesas mejillas.

Por unos segundos casi se le olvidó la misión que la había llevado hasta allí mientras sus ojillos hinchados registraban la cámara con reprobación y observaban las mesas costosas de madera de limonero y sus lámparas delicadas, de oro y cristal egipcio, y los brocados de Damasco en la ventana, las sillas de marfil y ébano

incrustado de esmaltes, los muros pintados en los que se veía al dios Pan y a los faunos en el bosque, las flores en los jarrones altos y graciosos de valor incalculable y las espesas alfombras persas sobre el suelo de mármol. Tampoco el lecho era el habitual de una habitación griega corriente, sino que estaba cubierto de sedas y lanas tan finamente tejidas que parecían de gasa sutil. Había muchas estatuillas de mármol en los nichos, todas de factura incomparable. «Aquí hay una fortuna —se dijo—, muchas fortunas que invertir en barcos, cargamentos y bancos». Y se sintió ofendida y vejada. Luego se dejó caer sin que se lo pidieran en una frágil silla —que crujió ominosamente bajo su peso— y empezó a sollozar con mayor fuerza.

—¡En nombre de los dioses, dime qué ocurre! —gritó. Agarista palideciendo más aún.

Dejanira era tranquila y poco emocional; por eso supuso que las noticias que traía eran terribles. ¡En su ansiedad deseaba darle un bofetón a aquella gorda!

—¡Estamos arruinados, destruidos, todo se ha perdido para nosotros! —Su voz era ronca y dura, y se balanceaba sobre las gruesas nalgas sin dejar de llorar—. ¡Pericles ha atraído a las Furias sobre nosotros y estamos perdidos!

Agarista la miró incrédula. Su hijo, tan impasible, tan remoto y autodisciplinado, y tan lacónico de palabras excepto cuando se dirigía a la Asamblea, no podía haberse mostrado tan impetuoso e imprudente como afirmaba Dejanira. Se recostó en los almohadones y dijo con voz perentoria:

—Dímelo todo.

Era casi imposible que Dejanira contara una historia coherente, pues sus pensamientos se desviaban invariablemente por cualquier tontería. De modo que Agarista se vio forzada a poner toda su atención para no perderse en aquella marea de palabras confusas que salían de unos labios gruesos y húmedos. Grandes sollozos interrumpían el relato. Dejanira hablaba del honor de sus padres; de las delincuencias de los esclavos en casa de su marido; de los hurtos de las cocineras en la despensa; y del dinero; del destino de sus hijos y de su propia vida amenazada; del temor de su padre y el interés de Dédalo en que ella hablara con Pericles; de su insatisfacción general con la administración de la casa; de su temor; de la bancarrota inminente, las premoniciones del desastre que la habían acosado desde hacía meses; de la indiscreción de Pericles y sus amantes; del destino tan infortunado que su matrimonio le había acarreado; del fracaso de la última inversión de Pericles en unos barcos con destino a Egipto, de su propia docilidad y virtud ante las pruebas que había de soportar en esta casa, de la falta de aprecio que recibía por su escrupulosa administración y ahorro, y de otras mil estupideces.

Agarista deseaba chillar. Extendió una mano muy delgada y agarró la muñeca gruesa de Dejanira.

—¡Dime, idiota! —gritó—. ¿Es que eres incapaz de ordenar tus pensamientos para decir lo que sea? ¿Qué tiene todo eso que ver con el desastre de que hablabas?

La marea de quejas, carentes de significado, llegó bruscamente a su fin, y

Dejanira se sintió ultrajada por la voz de su tía y su modo de apretarle la muñeca. Luchó por recobrar la dignidad.

—Te lo he estado diciendo, Agarista. ¡Pero nunca me escuchas! Estamos perdidos.

Pero los ojos de su suegra seguían serenos, de modo que bajó la cabeza y su húmero rostro se tornó sombrío. Apenas podía recordar las denuncias específicas de su padre contra Pericles, pues no había sido capaz de seguir sus palabras rápidas. Sin embargo, Agarista, muy erguida en su lecho, pudo captar al fin parte de lo que Dédalo comunicara a su hija. Le soltó la muñeca que aún tenía agarrada y se recostó en los almohadones respirando con dificultad. Estuvo contemplando el techo pintado de color dorado durante mucho tiempo, después de que aquella quejumbrosa voz hubiera cesado, reemplazada por sollozos entrecortados.

La luz de la lámpara, cálida y suave, se agitaba sobre los muros y muebles; un ruiseñor empezó a cantar en los jardines, entonando unas notas tristes y punzantes. Agarista reflexionaba con rapidez. Seguramente Pericles no sería insensible al peligro en que estaba poniendo a su familia. No era voluble ni atolondrado. Por fuertes que fueran sus emociones jamás le arrastraban a la fatalidad. Era moderado, aunque sincero, con sus amistades. Anaxágoras se lo había enseñado, pero es que además Pericles era prudente por instinto. Agarista se sintió de nuevo incrédula si bien sabía que era imposible que Dejanira, carente de imaginación, hubiera inventado y exagerado todo aquello.

Interrumpió los sollozos de su nuera y dijo:

—Me cuesta mucho creer eso de mi hijo. Iré contigo a su cámara, ya que el esclavo ha comunicado que él te recibirá. —Miró despectivamente a Dejanira y se levantó con dificultad, poniéndose una toga blanca sobre el camisón. El corazón le latía dolorosamente, pero su rostro estaba compuesto.

—Ven —dijo, dirigiendo la marcha, y Dejanira la siguió como una sierva sin dejar de gemir. Agarista caminaba como una diosa, reprimiendo con orgullo su dolor, y reflexionando; Dejanira iba detrás como una sombra obesa, sonándose y gimiendo.

Pericles estaba sentado en su biblioteca, pero no leía. Su rostro era hermético, e intensa su mirada. Al ver a las dos mujeres frunció el ceño, pero dirigió su atención principalmente a su madre. Vio su palidez traslúcida y le pidió que se sentara, mas no hizo lo mismo con su esposa.

—Me dijeron que sólo Dejanira deseaba verme —dijo, pero su tono era amable hacia Agarista—. Estás enferma. ¿Por qué te has levantado para visitarme esta noche?

Ella señaló a su nuera con un ademán, pero no la miró. Con palabras breves y concisas repitió lo que Dejanira le contara, y las amenazas de Dédalo. Tenía una mente ordenada y supo hablar con claridad y sin divagaciones. Al hacerlo observaba el rostro de Pericles. Era impasible de nuevo, como una máscara de mármol que ocultara sus pensamientos. Cuando su madre hubo cesado de hablar, él se recostó en

la silla y guardó silencio. Agarista esperaba. Los sollozos de Dejanira y sus exclamaciones tontas resonaban en la biblioteca. Sus cabellos estaban en desorden, pues se pasaba constantemente los dedos por ellos en su preocupación. Tenía las mejillas hinchadas, rojos los ojos y la nariz. Repetía una y otra vez sus palabras: la bancarrota, la situación de su padre como arconte, la ruina, el exilio, la confiscación de las propiedades. Pero ni Pericles ni Agarista la escuchaban.

Al fin dijo Pericles a su madre:

—Lo cierto es que debo defender a Ictus, pues es un hombre sencillo, justo y bueno, y dice la verdad. Por desgracia también la escribe y la publica.

—¿Comprendes las consecuencias que puedes sufrir si fracasas, hijo mío?

—He reflexionado sobre ellas. No fracasaré. Sólo debo convencer a Ictus para que se retracte y pida gracia, y él valora en mucho mi opinión y mis directrices. Es un hombre apasionado, pero tratable. He estado pensando en ello durante horas, y he llegado a la conclusión de que un breve ostracismo será su único castigo.

No estaba tan confiado como parecía, pero deseaba calmar los temores de su madre y tranquilizarla.

Agarista suspiró aliviada. Su hijo era el hombre más poderoso de Atenas. Pensó en Jantipo, que también había sido capaz de defender a un hombre y a sus convicciones aunque no estuviera de acuerdo con ellas. Pero Jantipo había sido imprudente en muchas ocasiones, y Pericles jamás. Sin embargo, padre e hijo eran ejemplares en su virtud cívica, y nunca dejaban de cumplir con su deber. Agarista suspiró de nuevo penosamente.

Entonces se volvió Pericles por primera vez a su esposa y su rostro era todavía más impasible y duro.

—Debo informarte, Dejanira, que estoy a punto de divorciarme de ti. Has hecho odiosa esta casa y has creado desorden y disensiones en ella. Saldrás de aquí mañana y volverás junto a tu padre, llevándote contigo a Calias, tu hijo. Pero los míos se quedarán.

La mente torpe y lenta de Dejanira experimentó una profunda sacudida. La dominó la desesperación. Estalló en un llanto chillón e histérico. Intentó acercarse a su marido, pero Agarista la detuvo. Luego dijo a Pericles con voz desapasionada:

—Es lo mejor. Esta familia ha sido desgraciada desde tu matrimonio, hijo mío. Y no debe sufrirse la infelicidad si es posible evitarla.

Se levantó, cogió firmemente a Dejanira del brazo y la obligó a mirarla.

—Ya has visto que ninguno de nosotros está en peligro, que todo ha surgido de la imaginación desbocada de tu padre. Ve a tus habitaciones en seguida para disponer tus asuntos y dejar la casa por la mañana.

Dejanira luchó con ella un instante bajo la vigilancia de Pericles; luego quedó inmóvil. Estalló en una tormenta de denuncias, quejas, súplicas, inoportunidades, argumentaciones incongruentes. Pericles cerró los ojos de cansancio. Dejanira, que sudaba a chorros, despedía un olor repugnante, y el pulcro Pericles se tapó la nariz, lo

mismo que Agarista.

—Vamos —dijo esta. Pero compadecía a Dejanira, tan brutalmente rechazada y despedida—. De nada sirve llorar así. Mañana habrá tiempo para la reflexión y las decisiones.

Dejanira la miró con ojos saltones y se secó el sudor del labio superior. Creyó que Agarista le aseguraba que no se vería obligada a dejar la casa. Su pecho se hinchó en un profundo suspiro y se dejó llevar mansamente.

Mientras recorrían los salones dijo a su suegra, silenciosa ahora:

—Amo a Pericles. Él es mi vida y mi amor. En nuestra noche de bodas me llamó dulzura. Nunca lo he olvidado. Me abrazó con pasión además de con gozo.

Agarista alzó las cejas incrédula. También la sorprendía que Dejanira pudiera amar de aquel modo, y con tal vehemencia. De nuevo sintió compasión por ella y ahora la tocó suavemente en el brazo para consolarla. Pero sabía que las decisiones de Pericles eran inapelables.

Aunque Anaxágoras le había dicho que quien no pudiera dominar su cuerpo y sus emociones a voluntad no era siquiera hombre, Pericles descubrió que era incapaz de dormir esa noche. Había aprendido a tomar decisiones con firmeza y a actuar después de acuerdo con ellas sin dolor y sin mirar atrás temerosamente. Una decisión firme, aunque resultara catastrófica, era mucho mejor que las vacilaciones que debilitaban al hombre. Aquello era acción, lo otro inacción; uno era vida, lo otro muerte. Pericles había decidido hacía tiempo divorciarse de su esposa. Sin embargo, no era insensible a su dolor frenético, a sus protestas de amor y sus lamentaciones. Pero nada de eso hizo vacilar su decisión; la compasión era a menudo cobardía, de la que uno podía lamentarse más tarde y sentirse por ello hostil y furioso, sabiendo que había sucumbido a una manipulación artera, y había sido traicionado con engaño por parte de los otros.

Para él, la situación de Ictus era mucho más grave. Incapaz de dormir, incapaz de llegar ahora a una decisión —era de por sí muy prudente, a pesar de su resolución y carácter— se levantó mucho antes del amanecer y envió un mensaje a sus soldados informándoles de que saldría inmediatamente. Un esclavo adormilado le trajo para el desayuno un melón frío, un pescado delicadamente cocido, pan blanco y vino. Comió meditabundo, mientras sus dedos repiqueteaban nerviosos en la mesa. Había momentos en que se enfurecía con Ictus, que arriesgaba su vida por su indiscreción, pues también había puesto en peligro a sus pocos amigos, a su madre viuda y a sus parientes. Pero un instante después se decía Pericles: «Es un valiente, y el valor es más deseable que cualquier otra virtud. Hizo lo que debía. Eso es todo lo que puede hacer un hombre».

Miró la lámpara humeante sobre la mesa, que temblaba en la oscuridad del pequeño comedor, y maldijo al gobierno —del que formaba parte— por su opresión. Maldijo a los arcontes, a la Asamblea y la *ekklesia*. Aunque Dédalo le había acusado de adular a la plebe, ningún aristócrata de Atenas despreciaba a esas gentes más que el mismo Pericles. Ni siquiera había vacilado en expresar su odio y admitir su temor a la plebe, desenfrenada, vociferante, irracionalmente apasionada, estúpida, presa de demagogos ruines, ambiciosa, exigente, pensando sólo con el vientre, pero no con el cerebro. En opinión de Pericles la plebe constituía el mayor peligro para cualquier nación, pues carecía de heroísmo, de fervor patriótico y de espíritu de renuncia. Lo inmediato era su única preocupación, junto con sus apetitos animales y rastreros. Por la misma fuerza de su número atronador eran peligrosos al Estado, y a la ley y al orden. Invitaban al caos. A un atleta o estadista que hoy aclamaban, lo derribaban mañana con una total falta de discriminación y ausencia de juicio meditado. Lo que a

otros hombres apenas turbaba podía originar la anarquía entre la masa, la destrucción y el ansia del crimen. Sí, había que temerles.

Por lo general los aristócratas no distinguían entre la plebe y aquellos a los que Ciro el Grande alabara: los buenos campesinos, los pequeños comerciantes, los fabricantes industrioses, tenderos, artesanos, constructores y trabajadores responsables, los escribas y empleados, los oficiales del ejército y la marina, los cocineros, taberneros, tejedores y herreros, los prudentes inversionistas pequeños, los que hacían el vino, los constructores de barcos y propietarios de factorías, y otros muchos de cuya existencia dependía una nación. Pero Pericles sí distinguía entre ellos y la plebe. Confiaba en que la clase media, cada vez más creciente entre la chusma y los aristócratas, se desarrollara en fuerza e influencia y fuera debidamente instruida. Porque, según Pericles, constituían el corazón de un país, y sus juicios, si bien con frecuencia simples y pocas veces complejos, eran por lo general sanos y sensatos. También desconfiaban profundamente del gobierno y de sus oficiales elegidos, lo que Pericles consideraba una gran perspicacia. Al contrario que la plebe, que adoraba el poder, la clase media sospechaba de él. Pagaban debidamente los impuestos que ordenaba el gobierno —por lo general la chusma no los pagaba— y se quejaban en voz alta. Votaban a disgusto, pero con prudencia. La masa votaba por cualquier cara bonita, por cualquier embustero elocuente.

Para los demás aristócratas Pericles resultaba ambiguo, y algunos llegaban a insinuar que también era un traidor a sus antepasados. Para la plebe estaba maldito: era un opresor. Pero la clase media le admiraba y reverenciaba. Sabían que se preocupaba por ellos, y a su vez confiaban en él. Los había librado de muchos pagos de aduanas cuando comerciaban en la importación o productos de exportación. No era ningún secreto en Atenas que Pericles deseaba convertir a su ciudad en un lugar de belleza y gloria, para gozo del pueblo y admiración del extranjero. Pero sus enemigos —y eran multitud— le condenaron por haber trasladado el tesoro común de Grecia desde la isla de Délos a Atenas, donde se hallaría disponible para la construcción de templos, hermosos edificios públicos y teatros, y el derribo y replanteamiento de las callejuelas y casas malolientes. Él quería favorecer y alentar todas las artes y conocimientos, y sus enemigos ricos le odiaban por esto, pues, ¿no era el dinero que ellos poseían más valioso que toda la música, los cuadros, estatuas, murales y teatros que había en el mundo? La clase media se regocijaba con sus planes. Los aristócratas, poderosos y mezquinos, agitaban a la chusma contra él. Estaba quitando el pan de la boca de los pobres, y arrojándoles de sus modestas habitaciones. ¿Qué era el arte y aquellos graciosos edificios comparados con el estómago? La clase media, aun sin comprender plenamente la grandeza que él proponía, tenía una vaga visión de su majestuosidad, sentíase orgullosa y confiaba en él. En realidad era el único del gobierno al que no temían, ni miraban con suspicacia.

A esta clase media se había dirigido Ictus obligándola a pensar y reflexionar, a olvidar por un instante su constante laboriosidad y a meditar en su gobierno. Era una

amenaza. Ictus había declarado que una nación sólo se desarrollaba si favorecía la variedad de opiniones, protegía todas las regiones y escuchaba las discusiones justificadas. Pero una ciudad obligada a la uniformidad de pensamiento, y que no era más que un rebaño de ovejas tímidas y dominadas por el gobierno, era una ciudad muerta en la que no podía florecer ideal alguno, ni esplendor, ni nobleza. Era presa de los lobos en la cumbre y de los chacales en el fondo. Por estos pensamientos, Ictus debía morir.

Llegó la guardia de Pericles, formada por seis soldados a caballo con yelmo y armadura de cuero, y él se levantó y se reunió con ellos. Su carro esperaba fuera, arrastrado por dos hermosos caballos blancos. Siempre lo conducía personalmente. No era el carruaje espléndido de los aristócratas, cubierto de oro y esmalte, ya que Pericles no era hombre dado a la ostentación personal, aunque tuviera una de las casas más encantadoras de Atenas. Subió al carro y tomó las riendas de manos de un esclavo, al que habló con amabilidad dándole las gracias. Ignoraba que su madre había muerto pacíficamente en el lecho durante la noche. Nadie en la casa lo sabía aún.

Cuando la cabalgata bajó por la colina, con las antorchas iluminadas de los soldados, Pericles contempló el Pireo, el puerto de Atenas. Algunas antorchas rojas brillaban todavía en él y se veían faroles yendo de acá para allá. Atenas dormía todavía. Sin embargo, mientras Pericles miraba el puerto y hacia mar adentro, vio una línea de fuego púrpura vacilante en el horizonte del oscuro mar, sin forma y casi sin sonido. La luna, redonda y brillante, bajaba lentamente hacia el oeste y las estrellas parecían correr tras ella. Una brisa fresca y acre le llegó al rostro, con olor a pimienta verde y tierra limpia, agua y hierba fresca, y plantas en flor.

Se envolvió apretadamente en el manto, y el yelmo, brillante, reflejó la luz de las antorchas. Los cascos de los caballos, y el traqueteo de las ruedas sobre las piedras, despertaban ecos en las fachadas dormidas de las casas y otros edificios. La línea de fuego púrpura sobre el horizonte marino fue extendiéndose a toda prisa hacia la tierra, cual brillante alfombra arrojada ante el paso de un rey. Pronto Febo conduciría su carro incandescente por el cielo y despertaría Atenas. Su sombra dorada se alzaba ya contra el sombrío cielo, y las colinas opuestas quedaron delineadas rápidamente bajo la luz vacilante. Ahora la brisa era más cálida por momentos. Ya no parecía Atenas espectral, nublada, pálida y difusa. Sus tejados planos empezaron a brillar, rojos o plateados, entre las colinas de color heliotropo. Los pequeños templos blancos de la Acrópolis fueron surgiendo lentamente a su vista, uno a uno, con timidez, como a través de la niebla. Los pájaros, chillando sin cesar, volaban sobre la cabalgata que turbaba su sueño. Un pastor, con su rebaño y su cayado, obligó al grupo a detenerse, y los perros guardianes les ladraron.

El Ágora, blanca y brillante, se extendía a los pies de Pericles. Los tejados rojos cobraban color con el amanecer, ya rápido, y los muros y columnas blancas relucían suavemente. Las últimas filas del anfiteatro surgieron de las sombras. Pronto

empezaron a verse vehículos, carros y carretas, y el sonido de voces fue incrementándose en la mañana.

El carro y los soldados a caballo llegaron al fin al Ágora, lugar principal de reunión en Atenas, llena de gente desde el amanecer hasta mucho después de medianoche. Aquí se hallaba el gimnasio, muy popular entre los hombres maduros necesitados de ejercicio y en especial entre los miembros sedentarios del gobierno. Había también gran número de tiendas y despachos, y el Odeón, la sala de música donde se ofrecían conciertos con regularidad, y bazares y tabernas en las que los hombres se reunían a mediodía para comer, beber, discutir incesantemente, jugar a los dados, al chaquete o a las damas, para intercambiar murmuraciones, rumores, escándalos y noticias, y contarse los últimos chistes lascivos. Barberías y tiendas de tejidos, joyerías y otros muchos comercios alternaban con los puestos de flores, que animaban las placitas y callejuelas en torno al Ágora; aquí podían encontrarse en profusión actores sin importancia, charlatanes, juglares, magos, bailarines vestidos de harapos y astrólogos, todos chillando por un dracma y brindándose a actuar en medio de la gente, en los escalones de las columnatas, o en las calles vecinas. Talleres de todas clases se apretujaban en el Ágora, siempre abarrotados —como las tiendas— de gente, ya fueran clientes o no, que se enfrascaban en largas discusiones con gestos vehementes, inspeccionando objetos que no tenían intención de comprar. A mediodía era preciso abrirse paso a codazos y golpes para hallar un asiento en las tabernas que olían a vino vertido en el suelo, a cerveza, a aguardiente, a sudor, a carne asada, pescado frito y pan recién horneado. Oleadas de calor, casi visibles, se alzaban del Ágora, especialmente en los meses cálidos.

Muchos oficiales del gobierno tenían allí sus despachos, y Pericles era uno de ellos. Aunque de carácter retraído y aficionado sobre todo a sus propias amistades, le gustaba escuchar el estruendo de la muchedumbre a su alrededor y sentir el latido de su amada ciudad en las calles y columnatas exteriores.

El grupo, pues, se hallaba ya en el Ágora. Pericles empezó a preguntarse por qué habría llegado mucho más temprano de lo habitual, olvidando las horas de insomnio y la sensación de inquietud y ansiedad. Ictus, se dijo amargamente, no moriría antes de mediodía, si es que llegaba a morir. Pero estaba el problema de su juicio. Detuvo los caballos en seco cuando un jovenzuelo apareció súbitamente en la calle ante él. El muchacho bailoteó un instante sobre el pavimento, volviendo el rostro sonriente hacia Pericles y saludándole burlón. Tenía el aspecto del dios Pan, y parecía dotado de una agilidad animal. Su rostro era pequeño y feo, su nariz como un níspero, y era muy vulgar, con una melena de pelo mal cortado y una barbita discordante y en punta. Unas orejas enormes le surgían del cráneo como las asas de un jarro.

Pero sus ojos tenían un brillo y una vitalidad extraordinarios y al mirarlos uno se olvidaba del cuerpo pequeño y huesudo, aparentemente deforme, aunque no lo fuera en verdad, y de las ropas tan pobres. Aquellos ojos eran grises, casi tan claros como los de Pericles, pero tan radiantes que se hubiera dicho que el fuego había quemado

todo color en ellos, dejando sólo la luz.

Pericles le reconoció, si bien nunca había hablado con este joven, ya famoso por sus argumentaciones filosóficas y sus enseñanzas en las columnatas del Ágora y junto a los templos. Anaxágoras se había referido a él con aprobación y también con burla, como si fuera mucho mayor. Pero Atenas bullía de filósofos, todos hambrientos y vehementes, y muy seguros de sí mismos, aunque estuvieran humildemente vestidos y a menudo descalzos.

La luz de la mañana le daba en los ojos, que examinaban al grupo, detenido ahora, y Pericles, que raras veces sonreía, se encontró de pronto riendo.

—¿Buscabas la muerte, Sócrates? —preguntó, agitando el látigo ociosamente.

—¿No hacemos eso todos, incluso los más felices? —contestó el filósofo con sonrisa descarada. No sentía temor alguno ante el hombre más poderoso de Atenas, al que con frecuencia había visto en el Ágora—. ¿Y por qué temer a la muerte? Si es el sueño eterno, ¿no deseamos todos el sueño? Si hay vida tras ella, también eso es bueno. La muerte no debe ser aborrecida.

—Es demasiado temprano para filosofías —dijo Pericles, y Sócrates sonrió de nuevo inclinando la cabeza. El grupo continuó la marcha.

Sócrates rascándose el sobaco con aire abstraído, les vio alejarse. Luego, con la rapidez del rayo, desapareció en el interior de una taberna. Se sentó a una mesa y dijo al tabernero:

—Acabo de encontrarme con Pericles, hijo de Jantipo. Es demasiado grave y demasiado frío. Sin embargo, no es viejo. En este mundo uno ha de reírse o perecer.

Mientras tanto, Pericles había llegado al edificio donde estaba su despacho y a él se dirigió a través de la masa de pequeños oficiales y escribas que empezaban a llegar. Se sentó a la mesa y meditó, frunciendo el ceño. Una gran inquietud se apoderó de él, un temor sin nombre, sin forma. Se enfrentó al problema de Ictus. Su mente estaba más fresca que durante la noche, pero tenía conciencia de un gran cansancio físico. Repasó silenciosamente las argumentaciones que preparara de antemano para su amigo y aclaró unos puntos. Hizo una mueca al repetirse algunos, pero sabía que eran sensatos. El problema consistía en que Ictus nunca —o en contadas ocasiones— era sensato, ni sentía miedo por sí mismo. ¡Malditos fanáticos!, se dijo Pericles suspirando. Sin embargo, ¿fluirían sin ellos las aguas, y se harían más claras? Con la muerte adquirirían una preponderancia que nunca tuvieron en vida, y eso, pensó Pericles, era digno de reflexión.

Entró silenciosamente un escriba joven y colocó ante Pericles un cuenco con fruta, una copa y un jarro de vino. Asintió este sin una palabra. Tomó con gesto sombrío un poco de vino y una manzana. Ahora se abrió la puerta y entró Anaxágoras, hombre majestuoso a pesar de su túnica sencilla. Se sentó frente a Pericles y dijo:

—Nuestro amigo Ictus va a ser juzgado mañana ante la *ekklesia*. —Se sirvió un poco de vino en una copa que Pericles le ofreció en silencio—. Y seguramente será

condenado a muerte. La *ekklesia* lo ha decidido ya.

Como Pericles nada dijera continuó Anaxágoras:

—Ha llegado un momento en el que a nadie se le permite criticar al gobierno, por prudente que sea su crítica, ni que especule sobre los dioses. Lo que más teme el gobierno es la ilustración y la controversia. La dictadura de un hombre ya es cosa bastante mala, pero suele atraerse a tantos enemigos que se ve obligado a actuar con cautela. En cambio la dictadura de todo un gobierno es mucho más terrible. No hay nada peor que los seres inferiores con un poder absoluto. Se apoyan mutuamente, obedecen las directrices comunes, y odian y temen al pueblo, al que ven como un enemigo recíproco y una amenaza para su poder. Los burócratas son los chacales hambrientos de la sociedad. Me temo que esto es lo que el desgraciado Ictus ha ido proclamando por ahí... para su desgracia.

Pericles seguía sin hablar y se limitó a llenarle de nuevo la copa fríamente, así que su amigo continuó:

—Tú eres un hombre de polémica, Pericles. Se encogió de hombros.

—Lo sé. Y tú también, Anaxágoras.

—Sí. El gobierno no cree en el método científico, que se basa siempre en la realidad y no en las emociones. Los hechos resultan aborrecibles al gobierno y a sus secuaces: la chusma. Prefieren fantasías y teorías que no se basan en hechos y en la naturaleza humana. Eso es locura, desde luego. No espero llegar a la vejez.

Pericles le miró intensamente y Anaxágoras asintió con una leve sonrisa.

—Seré víctima de la verdad, pues esta es muy odiada por los burócratas y la masa emocional. Tú y yo sabemos que los sueños son engañosos, y los burócratas sólo quieren tratar con los sueños. Para su provecho, por supuesto. Sí, seguramente esta es una época de locura. Sé que han intentado establecer una religión trascendental, un monoteísmo basado en la reverencia y en la realidad. Por tanto también tú estás en peligro, mi querido amigo.

—Hablabas de Ictus. Me propongo ir a la prisión esta mañana. Trataré de convencerle de que sea cauto y no hable con imprudencia acerca de sí mismo, ni grite en defensa de la libertad.

—¿Y eres tú el que así habla, el hombre que anda siempre proclamando las excelencias de la libertad del individuo? ¿Tú, que has dicho que el hombre que carece de libertad es menos que una bestia?

Pericles hizo un breve gesto de impaciencia y cansancio.

—Llega el momento en que la mejor arma defensiva y ofensiva del guerrero es la prudencia... por el bien de su batalla. Y de su vida. Si perece..., ¿qué queda de sus convicciones y argumentaciones? Estas mueren también.

—No —dijo Anaxágoras—. Todo se reduce entonces a obligar al hombre a que elija entre la verdad, aunque muera por ella, y el compromiso.

—Zenón de Elea ha dicho en ocasiones que llegar a un compromiso es un medio de ganar tiempo.

Anaxágoras suspiró.

—Zenón es un intelectual. Pero ahora no tenemos tiempo para el compromiso. ¿Qué dirás entonces a Ictus?

Pericles sintióse dominado por la cólera, pues lo que Anaxágoras decía reflejaba sus propias convicciones, contra las que luchaba en vano. Habló con cierta exasperación:

—Quizá debías ser tú, y no yo, el que hablara con Ictus.

Anaxágoras aguardó en silencio, mirándole con ojos llenos de nobleza. Pericles se levantó y empezó a recorrer la habitación maldiciendo entre dientes.

—Intentaré persuadirle, por su propio bien y el de su familia, para que se muestre discreto. La discreción no ha de menospreciarse cuando se halla en peligro la vida de un hombre y la de su familia. Si fracaso...

Se detuvo. Anaxágoras seguía esperando.

—Si fracaso —continuó Pericles— sólo tengo un recurso: defenderle ante la *ekklesia* aunque tenga que decir que está loco y, por tanto, no es responsable de sus escritos.

—Pero la *ekklesia* desea su muerte por encima de todo. Si les convences de que está loco, lo encarcelarán de por vida.

Pericles, que había empezado a sudar debido a su apuro, se quitó el yelmo y se secó los cabellos húmedos.

—No me ofreces soluciones —dijo.

—En la vida no hay soluciones. El hombre debe actuar lo mejor que pueda con ayuda de la razón. Te concedo que Ictus no se caracteriza por ser razonable. No es un filósofo. Simplemente es un hombre que ama a su nación y morirá por ella.

—Yo la amo también. Pero he de tratar con los burócratas, ¡así se los lleven las Furias! Anaxágoras se levantó. Apoyó las palmas de las manos en la mesa y clavó los ojos en Pericles.

—Podrías orar —dijo con amabilidad. Pericles soltó una carcajada.

—¿Tú, que sólo crees en la verdad y en los hechos científicos, me dices eso?

—Nunca he negado a Dios —repuso Anaxágoras— porque la verdad y la auténtica ciencia revelan y proclaman Su existencia.

Viendo que Pericles no estaba de ánimo para las argumentaciones abstrusas, Anaxágoras le dejó. Los cálidos rayos del sol de la mañana entraban por las ventanas altas, y en ellos flotaba un polvillo dorado. Pericles se sintió de pronto asqueado, agotado. La prudencia, ¿era únicamente egoísmo, o constituía más bien el recurso del sabio? Era un acertijo que ningún filósofo había resuelto de modo razonable, ni tampoco, en realidad, ninguna religión.

¿Era mejor vivir en una paz prudente, o morir por un principio que tal vez no sobreviviría al examen del mañana? ¿Qué era, pues, la verdad definitiva? Quizás estaba en Dios, pero, desde luego, ¡no en el hombre!

Pidió su carro y llamó a sus guardias. Pasó ante la taberna donde Sócrates seguía

bebiendo y meditando, y este vio su rostro. «Ahí va un hombre que se siente acosado, se dijo. En esas circunstancias más le valdría retirarse del estruendo de la vida y de las discusiones conflictivas y pensar fría y claramente, sin emociones. Primero debe definir sus propios términos a la luz de la razón; luego actuar según ellos aunque dañen su corazón y su sensibilidad. Penoso es este mundo en realidad. Con frecuencia cree el hombre que actúa con buen sentido cuando en verdad actúa movido únicamente por sus deseos ocultos y sus impulsos incontrolables. ¡Qué bien sabemos engañarnos todos! Creemos obrar movidos por el más puro altruismo y en realidad lo hacemos tan sólo por instinto de conservación». Sócrates suspiró y dijo al tabernero:

—Vuelve a llenarme la copa. A veces hemos de refugiarnos en el vino si no queremos volvernos locos.

—Los persas —dijo el tabernero— aseguran que sólo estando borrachos se ve la virtud con claridad. —Sócrates se rió, soltando una risita que pareció un relincho, y agitó la cabeza—. Dicen que el vino es engañoso —y se bebió la copa hasta el fondo—, pero ¡qué embuste más agradable! Si los dioses no hubieran querido que nos emborracháramos de vez en cuando, ¿por qué nos enseñaron el arte de la fermentación? ¿Para destruirnos, o para darnos una paz momentánea?

—Los dioses no desean nuestra destrucción, Sócrates —dijo el tabernero con aire pío y virtuoso, ya que su tienda estaba llenándose de clientes que escuchaban curiosos.

—¿Quién sabe? —preguntó este—. Hay ocasiones en que creo que los dioses lamentan habernos creado.

Sí, era un mundo doloroso y lleno de enigmas. ¿Valía más ser implacable en este mundo o era mejor dejarse vencer por la piedad y ser destruido? Sobrevivir era bueno. Luego los destruidos no lo eran. Este argumento podía considerarse como válido, pero ¿era moral o cierto? Este problema tendría que debatirse en el futuro. Había una gran diferencia entre la validez y la verdad.

Pericles subió a la Acrópolis, a la prisión de los «Once» o Comisionados de lo Criminal, donde Ictus estaba confinado. Era un lugar tristón y formidable, y allí se encerraba únicamente a los peores prisioneros, a los sospechosos de subversión.

Ahora el sol calentaba mucho y el cielo parecía fuego azul incandescente.

El mar, más allá del puerto, brillaba como una llanura de luz blanca. Atenas estaba rodeada por colinas que la encerraban con brazos color ocre. Los huertos de olivos subían por sus laderas en una oleada de plata temblorosa. En la distancia había valles verdes, palpitantes bajo el calor con un brillo de esmeralda, y más allá grupos de cipreses, palmeras, carobas, sicómoros y robles. Las ovejas y el ganado parecían puntitos que se movieran sobre el paisaje.

Los guardias se asustaron cuando vieron a Pericles y su compañía. Les admitieron a toda prisa, y con asombro indecible, hasta la celda de Ictus. ¿Qué tenía que ver este hombre poderoso con un criminal?

Siendo Ictus ciudadano de Atenas, y además de una gran familia, su celda era

cómoda, limpia y bien iluminada. Un miembro de su familia había traído una alfombra suave con que cubrir el suelo de piedra, algunos muebles ligeros y un buen lecho. Pero Ictus no era hombre que disfrutara de las comodidades ni se ocupara de ellas. Estaba sentado en el lecho meditando profundamente, con las manos cruzadas entre las rodillas. Su rostro, siempre sensitivo, se agitaba, y sus labios amables tenían una mueca de tristeza. No podría encontrarse en toda Atenas un ser menos peligroso, se dijo Pericles. Sin embargo, sí lo era por el hecho de ser bueno y amar a su país, y por eso debía ser castigado. Jamás aceptaría Ictus un compromiso con la verdad. Sí; Ictus, suponía sin ninguna duda una amenaza para el gobierno, porque turbaba la tranquilidad mortal de la esclavitud.

Pericles hizo una seña a los guardias para que no abrieran todavía la puerta de barrotes y se detuvo allí mirando a su amigo a través de ellos. Como casi todos los seres de pasiones fuertes y ardientes Ictus no había envejecido mucho y parecía el joven que Pericles recordaba y que le salvara la vida. Sin embargo, los años habían agrandado aquellos ojos oscuros, aumentado la transparencia de la carne, alargado aquella nariz trémula y hecho más firme la boca emocional. El cabello, fino y castaño, se había ido retirando sobre su cráneo delicado de modo que la frente, siempre amplia, dominaba ahora todo el rostro. Muchos antiguos compañeros de escuela se burlaban, y seguían burlándose, de lo que describían como una «barbilla débil y vacilante», algo retirada bajo los labios. Pero Pericles comprendió con desesperación creciente que tenía frente a él a un valiente que jamás se apartaría de lo que consideraba su deber.

Le estudió largo rato, con las cejas fruncidas por el dolor; su yelmo despedía destellos, iluminado por las antorchas que colgaban en los muros del corredor. Luego hizo una seña al guardia para que abriera la puerta y dijo con autoridad firme:

—Te llamaré cuando quiera salir. —El guardia saludó, Pericles entró en la celda y aguardó impaciente hasta oír que el guardia se retiraba.

Ictus se sobresaltó al sonido de la voz de su amigo y se levantó lentamente pronunciando un sonido débil... imposible saber si de bienvenida o de protesta. Una lámpara ardía en la mesa junto a la cual había estado sentado, y sobre ella se amontonaban numerosos libros.

Entonces exclamó:

—¡Pericles! ¡Oh, nunca debiste venir a este lugar! —y la voz aguda era casi femenina en su entonación.

Pericles vaciló, luego extendió la mano e Ictus la tomó. Las lágrimas acudieron a sus ojos y Pericles apartó la vista.

—¿Por qué no debía haber venido? ¿No soy tu amigo?

Ictus miró con terror hacia la puerta y, alzando la voz, dijo con énfasis:

—No nunca fuiste mi amigo, Pericles, hijo de Jantipo. Sólo nos conocimos ligeramente, nada más. —Retuvo el aliento. Si me haces el favor, señor, márchate para siempre y olvida... —no pudo hablar por unos segundos—... olvida que me has

visto.

Pericles comprendió en seguida. Sus enemigos le acusaban de poseer un corazón de mármol, pues siempre se mostraba frío y distante en sus modales, al contrario que la mayoría de los clamorosos atenienses. Pero ahora su rostro, enérgico y disciplinado, se suavizó y reflejó el dolor que sentía. Puso la mano en el hombro tembloroso de Ictus y lo apretó fuertemente, y este se sentó de nuevo en el lecho con aire de angustia. Pericles acercó otra silla y se sentó ante él, y de nuevo le estudió con amabilidad.

—Ictus, amigo mío —dijo con aquella voz sonora capaz de emocionar a sus oyentes—, te encuentras en una situación muy grave, contra la que te avisé hace años.

—Sí —no podía apartar los ojos del que tanto amaba y al que adoraba como un esclavo—, tú me avisaste.

—Y no me hiciste caso —añadió Pericles.

Ictus hizo un gesto desesperado con sus manos, largas y sensibles.

—Obedecí a Uno al que amo mucho más.

—El Dios Desconocido —afirmó Pericles. Asintió.

—¿Qué es mi vida? —preguntó—. Nada, aparte de esa obediencia. Pericles hizo una mueca.

—¿Es que los dioses te han comunicado sus deseos, Ictus? ¿Te han hablado por la noche, especialmente Palas Atenea? ¿No es eso presunción? ¿Cómo sabes sus órdenes?

Ictus se llevó una mano al pecho débil.

—Oigo la voz de Dios en mi corazón. Dios es enemigo de la tiranía, de todo lo que oprime al hombre, y obedecer a Dios es mejor que obedecer a un gobierno inconsciente.

Pericles frunció el ceño. Tal vez fuera posible salvar a aquel hombre patético e inocente, fervoroso y honrado, pero siempre correría peligro. Al final sería asesinado. Se frotó la barbilla y los anillos de sus dedos brillaron a la luz vacilante de la lámpara. Se acercó más a Ictus y bajó la voz.

—Tienes una madre —dijo—, tienes hermanas, primos; y todos te aman. ¿Sabes su destino si te encuentra la *ekklesia* culpable de herejía y de traición?

Ictus cerró los ojos en un espasmo y los párpados le temblaron. Luego los abrió y miró a Pericles frente a frente, y este vio que había valor en ellos, que despedían una luz tan brillante como una estrella.

—Ellos saben cuál es mi deber —dijo—. Saben que sólo puedo obedecer y luchar por mi país, para que sea libre de nuevo, como un sol en el mundo de los hombres.

—¿Comprendes que es muy probable que se confisquen todos tus bienes, tierras y dinero, y que tu familia sea dispersada o enviada al ostracismo si persistes en tu empeño?

—Lo sé —dijo Ictus.

Pericles apenas podía oírle. Entonces gritó con exasperación dolorosa:

—¡Todo eso es muy heroico y honorable, Ictus, pero un sacrificio que ningún hombre debe exigir a su familia!

Se levantó y empezó a recorrer la celda con pasos rápidos mientras Ictus le observaba tristemente. Dijo:

—He hablado de todo esto con mi familia, y saben que he de hacer lo que debo. —Como Pericles no respondiera y aumentara la rapidez de sus pasos, Ictus preguntó—: ¿Qué harías tú, mi queridísimo amigo?

Pericles se detuvo bruscamente. Quedó frente a la ventanita de la celda, dando la espalda a Ictus, y guardó silencio largo rato. Se había cruzado de brazos, gesto habitual en él, pero los apretaba tanto con los dedos que quedaron blancos como el mármol. Luego se volvió lentamente y dijo con aquella sinceridad fría y brutal, tan bien conocida de los ciudadanos de Atenas:

—No lo sé, Ictus. Por Castor y Pólux que no lo sé. Volvió a su asiento y apoyó las manos en las rodillas desnudas. Miró a Ictus, pero este no pudo leer en su rostro porque era impasible.

—Con frecuencia pienso que las naciones son desagradecidas —dijo—. Muchos valientes han muerto por su país, felices de hacerlo. Han luchado por su pueblo... y el pueblo los ha olvidado. Quizá sea mejor ser una comadreja viva que un león muerto. La gratitud y la memoria de las naciones son demasiado breves. ¿Debe morir un hombre por algo tan efímero?

Ictus hizo un gesto triste de resignación. Repitió:

—Sólo puedo hacer lo que debo hacer. —Como Pericles siguiera callado le preguntó—: ¿Qué es lo que te gustaría que hiciera?

Esta vez vaciló tanto tiempo que pareció no haberle oído. Pero Ictus vio sus ojos, que reflejaban la tensión de su rostro.

Odiaba las palabras horribles que creía su deber pronunciar:

—Puedes retractarte.

Ictus se levantó de un salto. Miró a Pericles, que apartó la vista.

—¿Retractarme? —gritó—. ¿Te gustaría que hiciera algo tan bajo, que negara todo cuanto amo y honro y que repudiara mis convicciones e incluso lo que es mi vida?

—Déjame decirte eso —suplicó Pericles sin mirarle—, ¿es que no vale nada tu vida, tu familia, tu paz, Ictus?

Este se sentó como si las rodillas le fallaran. Se inclinó hacia Pericles y dijo implorante:

—Te conozco hace mucho, amigo mío, y siempre me he inclinado ante tu sabiduría, tu integridad y tu amor por el país, pues son mayores que las mías. Esto lo sé en mi corazón —y se golpeó el pecho con un puño frágil—. En mi lugar tú no te retractarías.

Pero Pericles dijo, como si hablara consigo mismo:

—No lo sé. Nadie puede confiar del todo en sí mismo o adivinar qué haría en

peligro de muerte o deshonor. Afirmar otra cosa es mentir y engañarse.

Ictus se cubrió el rostro con las manos como para apartar una visión terrible y Pericles se dio cuenta. Luego dijo Ictus en voz baja:

—Me he enfrentado a todo cuanto debía enfrentarme, excepto al fin último, y no me he apartado aún de ello. Es mejor morir que traicionarse a sí mismo y a todo lo que es el hombre.

Todavía se odió más Pericles por lo que había de decir ahora:

—Más vale comprarse cierto espacio para cobrar aliento y luego luchar de nuevo con destreza, con mayor sutileza y mejores armas, comprendiendo bien al enemigo.

Ictus dejó caer las manos.

—¿Tú harías eso, Pericles?

—Ya te he dicho que no lo sé. Es la única respuesta que puedo darte con la mayor honradez.

No podía soportar la vista del rostro de Ictus, que había cobrado todo el aspecto de la muerte, carente de expresión y vida; luego apartó lentamente los ojos. Fue como si todo lo que amaba y en lo que había afirmado su vida se desintegrara y fuera devorado por el oleaje.

—No quiero que mueras —insistió Pericles—. Eres uno de los pocos hombres probos que conozco, uno de los pocos en que puedo confiar. Salvaste mi vida. Sólo por eso te estaré siempre agradecido. Pero sobre todo me enseñaste una lección tremenda. Eres mi amigo, y eso puedo decirlo de muy pocos.

Una luz esperanzada empezó a volver muy despacio al rostro de Ictus, que le miró ansiosamente.

—¡Entonces me despreciarías si yo traicionara todo aquello por lo que he vivido! ¡Y todo lo que es importante para ti también, Pericles!

Este guardó silencio. Sentíase viejo y pesado, muy cansado y enfermo. Pensó en Anaxágoras y en lo que habría sentido ante la conversación. Veía aquellos ojos nobles y penetrantes como si estuvieran fijos en él en esta celda tristona y sombría.

De nuevo se levantó y empezó a recorrer la celda con la cabeza inclinada, e Ictus le observó siguiéndole con sus grandes ojos. La lámpara se agitaba bajo la brisa cálida que entraba por la ventana. Los rollos sobre la mesa se movían sin cesar.

Ictus habló de nuevo con tono implorante: —¿De qué me valdría vivir si me mintiera a mí mismo, si me retractara innoblemente y me dejaran ir como un perro apaleado? ¿Cómo podría vivir conmigo mismo? ¿Cómo podrías tú vivir contigo mismo, Pericles, si siguieras tu propio consejo?

Este suspiró. No se detuvo en su paseo. Tocó la daga damasquina de su cinto y las gemas de la empuñadura. Se detuvo ante Ictus.

—Temo que no podría vivir conmigo mismo —confesó.

Ictus rompió a aplaudir y le miró con ojos radiantes y llenos de reverencia.

—Por tanto —siguió Pericles— sólo me queda un recurso. Te defenderé ante la *ekklesia*.

El brillo murió al momento en los ojos de Ictus. El terror y la alarma invadieron su rostro, que se tornó mortalmente pálido. Abrió la boca en un alarido:

—¡No! ¡Eso no puedes hacerlo, Pericles! Tienes enemigos formidables.

¡Utilizarán esa defensa para tu destrucción, tu ruina e incluso tu muerte!

Le dominaba el horror, una agonía mortal.

—Durante toda la noche —dijo Pericles con una voz tan firme que incluso Ictus retuvo el aliento— he meditado en esto, y he llegado a la conclusión de que debo defenderte si te niegas a ser discreto. No hablemos más de esto, Ictus. También yo he de hacer lo que creo que es mi obligación.

El otro cayó de rodillas ante su amigo y alzó las manos crispadas. Casi se arrastró.

—¡No! ¡No aceptaré este sacrificio monstruoso! ¡No lo permitiré! ¿Quién soy yo comparado contigo, Pericles, hijo de Jantipo, la gloria de tu país?

—Eres mi amigo. Más que eso: eres un valiente.

Se inclinó y lo ayudó a levantarse. Los ojos de Ictus miraban salvajemente en torno suyo cargados de temor y angustia; luego se volvieron a Pericles. Tragaba saliva nerviosamente. Las lágrimas empezaron a brotar de sus ojos. Rechazó las manos de Pericles y lloró con profundos sollozos:

—¡No, no no! ¡No debes hacerlo! ¡Atenas te necesita! ¡No debes morir por mí, un hombre insignificante!

Luego, antes de que Pericles pudiera moverse, la mano de Ictus saltó como el rayo y cogió la daga de su amigo. Levantándose con violencia se apartó de él y sonrió con una mueca desgarradora, alzando la daga muy arriba.

—¡Adiós, mi amigo más querido! ¡Vive por Atenas!

Antes de que el atónito Pericles pudiera avanzar un paso Ictus se había clavado la daga en el pecho. La sangre saltó en un chorro y él se tambaleó. Pericles le cogió en brazos y vaciló bajo el peso de aquel cuerpo flácido.

Le colocó en el lecho; su respiración resonaba en la celda.

—¡Dioses! —murmuró.

Se inclinó sobre Ictus, que yacía con una sonrisa beatífica en el rostro, una sonrisa de amor y de triunfo. Pericles miró la daga que sobresalía de su pecho. La sangre corría por ella. Empezó a temblar. Las joyas de la empuñadura brillaban bajo la luz de la lámpara.

Aún intentó hablar Ictus, pero murió sin dejar de sonreír con aquella sonrisa extática de triunfo y amor. En el último momento tocó en un gesto de consuelo la mano de Pericles.

Este, sin apartar la vista del piadoso rostro valiente, tan dulcemente victorioso, se obligó a ponerse en pie aunque todo su cuerpo temblaba. De nuevo le había salvado la vida Ictus. Se cubrió los ojos con las manos y empezó a sollozar.

El arconte rey miró a Dédalo con expresión inescrutable. Dijo:

—Traes muy graves acusaciones contra el jefe de estado, Pericles, hijo de Jantipo. Cierto que el jefe de estado debe ser irreprobable, aunque sólo sea humano como todos nosotros. En su cargo oficial no puede ser culpable de actos contra la ley, a pesar de que actúe como cualquier hombre en su vida privada. Tú estás rabioso, amigo mío, porque cuando tu hija se negó a divorciarse de él, Pericles presentó una demanda de anulación. —Alzó la mano—. No seamos emocionales. Has chillado como un histérico. Espera que acabe de hablar. Los asuntos de tu hija Dejanira no tienen nada que ver con la conducta de Pericles. Muchos hombres se divorcian de sus esposas o piden la anulación. Al gobierno no le interesan los problemas domésticos de sus miembros.

»Tú quieres que tus nietos, Jantipo y Paralo, vuelvan a la custodia de su madre y vivan bajo tu tutela. Pericles es el padre. Los hombres disponen libremente de sus hijos, y eso no podemos negárselo a él. Los niños están contentos con su padre, y le adoran. No nos preocupemos, pues, por unos pequeños que son insignificantes. Resulta afeminado pensar en los niños; no son nada hasta que llegan a hombres. Antes de ese momento sólo son seres inmaduros y molestos. No hay sitio para ellos en la vida nacional. Su futuro pertenece al padre, no a la madre enojada que piensa más con el seno que con la mente... si es que la tiene.

»¿Qué otras acusaciones vehementes me traes? Ictus murió en su celda y por su propia mano, con la daga de Pericles. Tú lo niegas. Afirmas que Pericles, famoso jefe de estado, asesinó deliberadamente a Ictus para impedir que este desgraciado traicionara su relación con él. Si en verdad hubiera deseado la muerte de Ictus podía haber hecho que le envenenaran en secreto con una copa de cicuta. O haberle repudiado con desprecio. ¿Por qué entonces un asesinato? Es ridículo pensar por un instante en que Pericles se rebajó a la condición de un asesino vulgar.

—¡Le odio! —gritó Dédalo.

El arconte rey frunció el ceño.

—En el gobierno no hay lugar para los sentimientos personales. El gobierno es ordenado, o debiera serlo y está libre de las aberraciones de la inestabilidad femenina. Como dijo Solón: «No debe permitirse a las mujeres que interfieran en los asuntos de Estado». Vete. Si no quieres verte perseguido por libelo, Dédalo, controla tu lengua y tus nervios. Tú fuiste quien buscaste y dispusiste el matrimonio entre tu hija y el noble Pericles. Ahora, por alguna razón que sólo tú conoces, quieres destruirle a él, jefe de estado. No admiro a Pericles, pero sé que esto es ridículo. Acabemos con tanta estupidez.

Dédalo se alzó en toda su estatura, apretando los dientes.

—¡Me vengaré! —gritó.

El arconte rey volvió a encogerse de hombros.

—Si Pericles es misteriosamente asesinado, recordaré tus palabras. —Y añadió —: No estoy de acuerdo con los designios de Pericles, que despilfarra el erario público alzando monumentos y templos a la gloria de Atenas. No estoy de acuerdo con su política. No admiro su defensa de lo que él llama la clase «media» entre los aristócratas y la plebe. La chusma no es más que el estiércol de la sociedad. Hay que controlarla en todo momento. Yo no distingo entre la plebe y esa clase, tan avanzada según Pericles, de comerciantes, tenderos, artesanos, obreros especializados, y las profesiones de médicos y abogados. ¿Qué es el pueblo? Una trailla de perros. Sin embargo Pericles ha sido un administrador prudente y decidido. Sus opiniones le pertenecen. Sólo el tiempo revelará si ha tenido razón. El pueblo sobrio de Atenas le ama, y no hay que despreciar a los sobrios. Esperemos. Mientras tanto, amigo mío, contrólate.

—¡Que Hecate y las Furias le devoren!

—Los dioses tienen sus designios, desconocidos para nosotros. Si Pericles prospera o muere, eso será cosa de ellos. Por favor, déjame. Estoy cansado de tus estallidos y denuncias, ninguna de las cuales tiene importancia.

Cuando Dédalo hubo salido el arconte rey reflexionó en el problema de la confusión resultante de confundir la política con las emociones. Los hombres debían dejar de mezclar el sexo en los asuntos de Estado, y sus emociones violentas con la conducta del gobierno ordenado. Quizás era esperar demasiado. No era extraño, por tanto, que los gobiernos fueran vehementes y gritones. Ni siquiera los dioses eran inmunes a las pasiones.

Pericles no sabía por quién lloraba más, si por su madre o por Ictus. Agarista, a pesar de su vanidad y pretensiones, había sido una madre excelente y devota, una mujer realista (aunque afirmara en tiempos que fue llevada al lecho por un león blanco con melena dorada... ostensiblemente el padre de su hijo). Era su pequeña presunción y nadie la había tomado en serio. Había sido muy inteligente, de lo que alardeaba, pero también amable, rasgo que ocultaba como muestra de debilidad, pero que solía surgir espontáneamente con dolor por su parte. Como ama y señora de la casa, se había caracterizado por su firmeza, pero sus esclavas la respetaron siempre por su justicia y su autoridad. Había sido una esposa casta y amante de su marido, y le había llorado sinceramente sintiéndose orgullosa de él, no obstante su lengua cáustica y su insistencia en el honor de su propia familia.

¡Ah!, sólo había carecido del sentido del humor, con lo que conseguía que Jantipo la evitara, irritando con frecuencia a Pericles.

«Por desgracia no son los atributos de los muertos lo que recordamos —pensó Pericles—, sino sus sonrisitas, sus palabras de amor, aunque sea falso, su amabilidad o su carencia de ella. Las trivialidades nos dominan, y no se recuerda con respeto o

reverencia al hombre más noble de todos si alardeaba de cinismo en lo que refiere a sus amigos o tenía unos modales bruscos o una honradez a toda prueba. El hombre que hablaba con verdad era odiado durante su vida y olvidado después de su muerte. Preferimos a los mentirosos amables, aunque nos hayan herido y engañado».

Le dominaba el odio por el desconocido que traicionó a Ictus. Este había escrito siempre sus comunicados en el anonimato. Luego únicamente uno al que hubiera amado y concedido su confianza podía haberle entregado a sus enemigos. Pero ¿no ocurría así siempre? ¿Quién había dicho que un enemigo declarado era menos de temer que un amigo que jura sus promesas de lealtad? Él, Pericles, tenía pocos amigos y no sólo por ser político sino porque repudiaba toda adulación, toda afirmación de devoción a su persona, todos los votos de fidelidad eterna. Con estos se mostraba especialmente suspicaz. Sí, a los amigos había que temerles.

Estaba decidido a descubrir al querido amigo, al amigo leal y de confianza que motivó el arresto y muerte de Ictus. Cuando le aprehendieran sin duda declararía virtuosamente que todo lo había hecho en beneficio del país, pues esto valía más que la amistad. Así actuaban los traidores. La malicia era el único rasgo terrible común a todos los humanos, aunque se diferenciaban en otros muchos. Y la malicia se inspiraba en la envidia, o en una oculta crueldad por parte de la víctima; en la ambición o en alguna ofensa pequeña e imaginada que la víctima hubiera infligido a su destructor. Con frecuencia no era sino el resultado de un carácter heroico en la víctima, ya que los hombres pueden sufrirlo todo menos la virtud profunda de los demás. Por alguna razón la virtud inflama el odio de la humanidad, lo mismo que el vicio es acogido con secreta admiración. «Somos una especie vil —se dijo Pericles—, y si los dioses no nos eliminan debe ser por indiferencia ante nuestro destino, o por pura bondad».

Buscaba sin descanso al amado amigo de Ictus. No podía denunciarse públicamente ya que el gobierno alabaría su lealtad. Por tanto había que asesinarle, diciéndole, antes de morir, el porqué se le daba muerte.

Anaxágoras preguntó:

—¿Acaso devolverá eso la vida a Ictus? Que Dios juzgue al traidor.

—Dios —dijo Pericles— es olvidadizo. ¿Quién sabe si hay otra vida después de la muerte? Pero el hombre que se sabe enfrentado con esta sufre horriblemente, e incluso se vuelve loco. Que sea ese su destino.

Los hombres, según observara Pericles, no se compran con la amistad, sino con el dinero, y, a veces, merced al temor. Quizás el temor fuese lo mejor, ya que siempre podía haber otro hombre que elevara el soborno. Así que meditaba noche y día en la identidad del falso amigo de Ictus. Cuando lo descubriera obligaría a alguien a matarle, alguien que le sirviera por temor. Acudió a la madre de Ictus, enferma de dolor. Era una mujer de gran corazón y muy digna. Se reunió con Pericles en el atrio de su casa y, aunque en su rostro se reflejaba la tristeza que la consumía, su aspecto era sereno. Vestía de negro, y sus ojos ardían en la tranquilidad aparente de sus

rasgos.

—¿Que quién fue el mejor amigo de mi hijo, señor? Tú, aunque os veáis pocas veces. Ictus habría muerto por ti. ¿Con quién se relacionaba más? Con Turnio, un antiguo compañero de escuela al que mi hijo amaba de modo patético. Ha venido a verme con frecuencia, para consolarme y ofrecerme sus generosos servicios.

—¡Ah! —dijo Pericles. Recordó el antiguo mito de otro Turnio, quien, al dejar muerta a Palas, le robó el cinturón de oro adornado de piedras preciosas. Pericles preguntó ahora—. En su testamento, ¿le dejó algo Ictus a Turnio, hijo de Patroclo, uno de los arcontes?

—Sí —contestó la madre. A pesar de su compostura su rostro se crispó—. Le dejó un tercio de su patrimonio.

El dinero siempre induce a la traición, pensó Pericles con odio y amargura intensa. Recordó a Turnio en su juventud: un joven serio, de rostro ambicioso, que siempre andaba alardeando de virtud, de firmeza y lealtad a sus amigos; un joven de ojos grandes y graves que fijaba en los otros jurando sinceridad.

¡Sinceridad! El manto con que se cubren los rufianes. Muchos hombres honrados suelen tener aspecto de pillos. Turnio, hijo de Patroclo el arconte, era ahora un hombre importante, que hacía alarde de sus obras de caridad y de sus actuaciones en beneficio de sus amigos... según él declaraba. Pericles siguió interrogando a la madre. Sí, Turnio había sido el único que animó a Ictus en sus ataques contra el gobierno venal. Incluso le había ayudado en la preparación de sus escritos. Era como un hijo para ella.

Pericles recordó que Patroclo era tan avaro como Dédalo, y muy severo con su único hijo, del que se rumoreaba que era pródigo en exceso y había derrochado a toda prisa la dote de su esposa. Esta había solicitado el divorcio, de modo que Turnio tendría que devolver la dote con intereses. Pero... no tenía dinero, ni su padre quería darle nada, ya que desaprobaba la conducta de su hijo. Turnio era un hombre muy ocupado, según recordaba Pericles, pero todas sus empresas acababan mal. Además era jugador y se le hallaba con frecuencia en el Ágora echando los dados o jugando al ajedrez y las damas con otros como él. Su voz de tono sincero resonaba en todas partes. Aconsejaba a los amigos acerca de inversiones que luego resultaban desastrosas, pero no para Turnio, que los enredara en ellas. Con sus ojos grandes y llenos de falsa nobleza animaba los tratos, se mostraba persuasivo y entusiasta y así convencía a muchos que, a pesar de resultar engañados, seguían estando seguros de que Turnio era un hombre honrado y que la empresa había fracasado por mala suerte, no por culpa del que se condolía y lloraba con ellos.

Pericles dejó a la pobre madre de Ictus, compadecido de ella. Ardía de cólera, y su decisión era firme. Hizo algunas investigaciones más acerca de Turnio y todavía descubrió otro secreto que acabó de enfurecerle.

Luego empezó a meditar acerca de sus propios amigos. ¿Quién de ellos le temía más?, se preguntó Pericles implacable.

Envió a llamar a Jasón, hijo de familia ilustre, oficial de gran influencia que servía a Pericles con el mayor respeto. Era un hombre alto y sereno, de mediana edad y modales amables, escrupuloso en todos sus deberes, y no por temor, sino por sentido de responsabilidad. Era conocido por su magnanimidad natural y su bondad para con todos, que no simulaba, ni usaba como pretexto. Nunca se había sabido de él que cometiera un acto cruel o injusto; su probidad estaba por encima de toda duda. Él y Pericles habían sido compañeros de escuela y ambos habían protegido a Ictus. También era patriota, y amaba a Atenas poco menos que Pericles. Este le quería mucho y con frecuencia le consultaba en asuntos difíciles. Sin embargo le eligió sin la menor vacilación como el instrumento para destruir a Turnio, al que Jasón despreciaba.

También Jasón amaba a Pericles y sentía un gran respeto por él, que le contaba entre sus pocos amigos. Pericles saludó a Jasón con su frialdad habitual, pero le sonrió y le dio la mano en el interior de su casa. Pidió vino y pastas para su amigo y, mientras bebían y comían juntos, hablaron de asuntos de Estado. Jasón estaba desconcertado. De todo aquello ya habían comentado la víspera. Clavaba sus ojos grises en Pericles con curiosidad, pero, siendo un hombre cortés, no preguntó por qué se le había hecho venir desde su despacho casi a la puesta del sol.

Los modales de Pericles cambiaron de pronto y sus ojos adoptaron aquella mirada ciega que tanto atemorizaba a sus interlocutores. Dijo en voz baja:

—Hoy he estado pensando en el asesinato de tu esposa Calipso, que se cometió hace dos años.

Jasón palideció intensamente y sus rasgos aristócratas se tensaron. Miró a Pericles sin hablar.

—Cierto que ella merecía ser asesinada —continuó Pericles con tono sereno, y asintió—. Era famosa por su mal genio, y sus vicios. ¿No solía insultarte, a ti y a los hijos que tuviste con tu primera esposa? ¿No te mintió para que ellos no heredaran tus bienes? ¿No intentó degradar a tu hija ante tus ojos? ¿No te traicionó al fin porque era una mujer de belleza notable? Pero tú la amabas y confiabas en ella, a pesar de todos esos fallos tan graves de su carácter. Así nos traiciona el corazón, pues somos impotentes ante las flechas de Eros, aun teniendo pruebas de que el ser amado nos ha envilecido, injuriado y engañado.

Jasón tenía los labios y garganta tan secos que sólo dejaron escapar un sonido ronco. Después de varios intentos halló al fin la voz.

—Y, ¿por qué me recuerdas todo eso, Pericles?

Este continuó como si Jasón no hubiera dicho nada:

—Amar, confiar... y perecer. Es inevitable, según he observado. Somos absurdos con respecto a aquellos a los que amamos y en los que confiamos, y nos vemos esclavizados por las pasiones humanas. ¿Quién no despreciaría a tales personas?

Volvió de nuevo aquellos ojos ciegos a Jasón, que había empezado a temblar.

—Sí —dijo con firmeza—, tu esposa merecía morir. Sin embargo, tú no podías

matarla personalmente. Contrataste a un asesino, y le pagaste bien. Luego empezó él a atormentarte exigiéndote más de lo acordado con amenazas de traición. Te dijo que escribiría una confesión y que luego huiría a su Arabia natal para escapar al castigo.

»Acudiste a mí desesperado porque sabías que soy discreto y que la amistad cuenta mucho para mí. Me expusiste tu caso. Pensabas contratar a otro asesino para matar al árabe. Sin embargo temías que también él te traicionara. El crimen es una cadena interminable... El asesino ignoraba que yo era tu amigo. Hice que le investigaran. Era un ladrón, pero sabía ocultarlo muy bien, y había cometido otros asesinatos. No existían pruebas contra él, pues era listo y diestro. Pero yo las conseguí. Y fue debidamente ejecutado.

—Sí —susurró Jasón.

Por primera vez vio un brillo de maldad en el fondo de aquellos ojos impenetrables.

Pericles suspiró y se apoyó de nuevo en la silla como agotado.

—Hay algo terrible que he aprendido a hacer en este mundo malvado, no creado por mí. Tengo un archivo en el que guardo el expediente completo de amigos y enemigos. Todos saben que yo no soy malo, pero confío en pocos hombres; ni siquiera en ti, Jasón. No te ofendas. Considero que la amistad es algo muy frágil, y que la conducta de los amigos resulta impredecible. El que hoy es tu hermano más querido puede convertirse mañana en tu enemigo mortal, con o sin provocación. Es parte de la naturaleza humana.

De nuevo susurró Jasón creyéndose morir:

—¿Eres tú mi enemigo, Pericles?

Este esbozó una sonrisa, aunque la conciencia le turbaba.

—Todavía no, Jasón —dijo con franqueza—, pero tengo un largo expediente acerca de ti que confío no habré de utilizar nunca. He de protegerme. Espero que no se presente la ocasión de usarlo para entregarte al verdugo. Pero, como dicen los egipcios, ¿quién sabe qué nos traerá el mañana?

—¿Vas a aprovecharlo para actuar contra mí?

—No, a menos que me obligues a hacerlo, convirtiéndote en mi enemigo o violando tus deberes. Puedes confiar en mí un poco más que en los otros. Dime. ¿Tienes el nombre y sabes el paradero del segundo asesino profesional al que ibas a emplear contra el primero?

Tragó saliva:

—Sí.

Pericles asintió. Jasón continuó:

—¿Quieres que asesinen a alguien, Pericles?

—Sí. A Turnio, hijo de Patroclo. He descubierto que fue él quien traicionó a nuestro pobre amigo Ictus ante las autoridades. ¡Amor y confianza! ¡A qué atrocidades pueden conducir! Tal vez estén justificadas. No importa. Quiero que Turnio muera, lo más rápida y sigilosamente posible. Quizá tu asesino pueda preparar

un accidente, como lo preparó el primero para tu esposa.

—¿Turnio, hijo de Patroclo el arconte —el rostro de Jasón se había descompuesto de horror— traicionó a Ictus? Este crimen puede tener consecuencias terribles. Su padre es muy poderoso. No aceptará tranquilamente el accidente de su hijo. Investigaré. ¡Ay de mí!

—No te preocupes. El asesino será ejecutado en seguida. Tengo otra idea. Se le aprehenderá en el momento del crimen, y se le despachará antes de que pueda hablar. Te prometo que me encargaré de esto. Los detalles se dispondrán con toda meticulosidad.

Temblando y sobrecogido de horror Jasón inclinó la cabeza y meditó. Al cabo de unos instantes miró a Pericles a los ojos.

—¿Por qué no puedo darte su nombre y tú mismo dispones el... crimen, amigo mío? Pericles volvió a sonreír.

—Soy el jefe de estado.

Jasón unió las manos convulsamente.

—¡Detesto el asesinato!

—Y yo también. Pero a veces es efectivo... y necesario. ¿No lo fue en el caso de tu horrible esposa?

—Aquello me llevó casi a la locura. Pero el crimen conduce al crimen...

—No estoy de acuerdo..., amigo mío. —Sacó una gran bolsa de oro de su cinto y la puso en la mesa entre los dos—. No voy a consentir en que tú mismo sobornes al criminal, Jasón. Este es mi dinero. Pero hay algo más. Antes de que el asesino le mate, sea cual sea la forma en que lo haga, debe decir a Turnio: «Esta es la venganza por Ictus». Que Turnio piense en ello antes de morir. De otro modo el crimen no serviría de nada.

Como Jasón no hablara, Pericles continuó: —El primer asesino tuvo en verdad mucha imaginación. Calipso ahorcada de forma inesperada con un precioso collar de perlas que se prendió por accidente en un gancho de su dormitorio. Confío en que el segundo tenga tanta inventiva. Sólo tú puedes saberlo. Pero no debes decírmelo.

Jasón seguía guardando silencio. Pericles suspiró.

—Si Turnio no es ejecutado, y así hemos de llamarlo: una ejecución justa, entonces me veré forzado por el honor a hacer público el expediente que tengo guardado sobre ti, mi pobre amigo.

Jasón habló con voz débil:

—Entonces te preguntarán por qué no lo enseñaste antes. Los ojos de Pericles parecían juveniles y sinceros.

—¡Mi querido Jasón! Todavía estaba investigando y no quería acusarte prematuramente. Completé los documentos ayer mismo.

—Nunca pensé en que me injuriarías, Pericles, ni en que quisieras arruinarme.

—¿Lo he hecho? Y nunca lo haré, a menos que te conviertas en mi enemigo o falles en tus deberes.

—Eso no sucederá nunca y tú lo sabes, Pericles. Se encogió de hombros.

—No hagas promesas apresuradas, Jasón, pues eres sólo un hombre y participas de la maldad común a todos los seres, sin importar que sean virtuosos o tengan posición en la vida. Confío en ti tanto como puedo confiar... lo que, te reconozco, es muy poco. A veces los hombres se ven arrastrados al mal en contra de sus mismos escrúpulos. Dime, Jasón, ¿no merece Turnio esta... ejecución?

—Sí, eso es cierto —respondió con honradez, aunque de mala gana.

—Entonces no pienses en ello como un crimen, sino como una ejecución justificada. Si alguien te asesinara, Jasón, yo haría matar a tu asesino. Como sabes, soy muy decidido en las cuestiones de la ley y el orden. Pero hay cosas fuera del alcance de la ley. No abogo porque uno se tome la justicia por su mano, aunque a veces sea necesario. Un crimen tan horrendo ha de ser expiado. Con frecuencia la ley es dilatoria, aunque el crimen sea patente, porque se basa en pruebas, que han de ser explícitas. Sin embargo, los peores crímenes suelen con frecuencia llevarse a cabo con tal audacia que no se descubren esas pruebas, y los jueces se sienten frustrados. Nosotros somos ahora los jueces de Turnio, pues no sólo se encuentra este fuera del alcance de la ley convencional sino que, según he sabido, el gobierno se dispone a premiarle por su acto de «patriotismo».

Jasón se cubrió los ojos con la mano.

—¿Por qué traicionó a Ictus? Pericles parecía impaciente.

—Creí que ya te lo había dicho. Ictus le amaba y confiaba en él, y eso inspiró su desprecio y su maldad. También buscaba beneficiarse. El gobierno ha cancelado todas sus deudas.

—¡Oh, dioses! —gimió Jasón—. ¡Qué infame es el hombre!

—Nunca lo he discutido. Nuestra iniquidad exige la venganza de los dioses.

Jasón se levantó despacio, y las manos le temblaban visiblemente. Miró la bolsa de oro de Pericles durante largo tiempo; este no dejaba de observarle. Al fin la cogió. De pronto se sintió resuelto.

—Así se hará —dijo. Pericles le abrazó.

—¿Crees que esto es algo mezquino por mi parte y que disfruto con ello? No. Pero es que no soy sólo el jefe de estado. Es que no conozco a ningún asesino.

—¿Destruirás mi expediente en cuanto lo haga, Pericles?

Guardó silencio por un instante y luego agitó la cabeza con auténtico dolor.

—No, Jasón. Eso no puedo prometértelo. Tal vez un día seas mi enemigo. Aunque ruego a los dioses para que no ocurra así, ya que te amo.

Cuando Jasón hubo partido, muy turbado, Pericles se sintió dominado por la melancolía. Había sido implacable, más implacable de lo que era habitual en él. Se odiaba por la angustia que impusiera a Jasón. Pero él era únicamente un instrumento en bien de la justicia. La Justicia, aquella diosa tan ofendida, debía ser aplacada. Hasta los dioses escogen con frecuencia a los hombres para la retribución de los malvados.

Cinco días más tarde Turnio dejó de pronto una partida de dados con sus amigos y pidió su carruaje en un estado de gran agitación. Salió corriendo en dirección a casa de su padre. Misteriosamente los caballos se desbocaron, o bien los azotó en exceso; el caso es que fue arrojado del carruaje y se mató, rompiéndose la cabeza contra una columna de mármol. Sus amigos descubrieron más tarde que en la mesa de juego se había puesto de pronto pálido, se le habían desorbitado los ojos y había salido a toda prisa. Entre ellos estaba Jasón.

Pericles mandó llamarle y él entró silenciosamente en el despacho, con el rostro gris y sereno. Pericles cerró la puerta y dijo:

—Némesis montaba en el carro con él.

—Sí —dijo Jasón. Cerró un instante los ojos. Pericles continuó—: Tu asesino fue muy listo. Por desgracia mis agentes no tuvieron tiempo de eliminarle, ya que no recibí ningún aviso tuyo.

Jasón guardó silencio. Incluyó la cabeza y miró al suelo. Pericles continuó:

—Debemos saber su nombre y dónde vive.

—Nunca hablará... ese asesino.

Ahora miró a Pericles; sus ojos cansados tenían una expresión muy intensa. Repitió:

—Nunca hablará —y dejó sobre la mesa la bolsa de monedas de oro que Pericles le entregara.

Este miró la bolsa largo tiempo. Le dominaba la piedad. Al fin dijo:

—No debes decirme nada. —Fue a su armario, sacó un cofre, lo abrió y retiró un rollo de papeles con un sello. Luego los puso en manos de Jasón—. Tampoco yo hablaré nunca. He aquí tu expediente, amigo mío. Destruyelo lo antes posible. «Confío en no lamentarlo nunca», se dijo tristemente.

Jasón murmuró con voz débil.

—Era un hombre inicuo.

Al día siguiente Anaxágoras comentó con Pericles:

—Dios ha vengado a Ictus a Su modo. Pericles le sonrió:

—¿No fue una suerte? Así no tuve yo que intervenir. Anaxágoras contestó también con otra sonrisa, pero dolorosa:

—¿Quién puede poner límites a los instrumentos de Dios? Con frecuencia emplea a los hombres para llevar a cabo Su voluntad —bebió una copa de vino y continuó—: Sin embargo, no presumas demasiado, Pericles, al decidir que, lo que tú haces, es Su Voluntad. Tal vez Él tenga otros planes.

Pericles llegó a casa de su amada Helena, la cual le saludó con su sonrisa habitual y le abrazó:

—Me temo que te perderé esta noche, oh Apolo.

—Nunca, mi Hebe —le aseguró besándola con pasión y acariciándole el pelo, que llevaba sujeto con unas horquillas de diamantes, regalo de Pericles.

No eran más brillantes que sus ojos. Le dio una palmada en el trasero, y ella, riendo, le hizo pasar del atrio al comedor.

Le susurró un chiste lascivo y él sonrió apreciativamente, a pesar de que no admiraba la lascivia en las mujeres, a no ser en el lecho. Pero los médicos eran famosos por sus chistes.

El comedor estaba ya lleno de invitados, si bien todavía no se habían instalado en sus asientos. Los esclavos circulaban entre ellos con bebidas: vino, cerveza y aguardiente, y ofrecían diversos platillos como aperitivo. Las cortinas de seda, ante puertas y ventanas, se agitaban con la brisa fresca, pues en la colina se escuchaba el retumbar de truenos y se veía algún relámpago. Hermosas lámparas de Egipto y Damasco, de cristal, oro y plata, se alzaban sobre las mesas del comedor o colgaban del techo pintado al fresco en el que ninfas sátiros y faunos jugueteaban en un marco de intenso colorido. La mesa estaba adornada con rosas y lirios, dispuestas en ramilletes delicados, que dejaban escapar su fragancia en el ambiente del comedor. Sillas y divanes, junto a la mesa y contra los muros de mármol amarillo, estaban cubiertos de seda y terciopelo de tonos diversos pero bien armonizados. Incluso los floreros chinos, desbordantes de capullos en los rincones, habían sido elegidos con meticulosidad por su forma y dibujo. Helena era médico, pero también una mujer de gusto refinado.

Pocas veces invitaba a sus cenas a las matronas sobrias y aburridas, de modo que Pericles comprendió que las beldades presentes eran cortesanas ricas y aduladas, elegidas todas por su aspecto, ingenio, inteligencia y dotes para animar una fiesta. Observó también con satisfacción que sus amigos Zenón de Elea y Anaxágoras se hallaban entre los presentes. Pero advirtió con sorpresa el rostro rudo y feo de Sócrates, con su barbita de chivo y su vivacidad habitual. Más aún: Zenón y Anaxágoras le escuchaban con gran atención y con placer evidente. También se hallaba presente el tímido escultor Fidias.

Se detuvo en el arco de entrada con Helena y repasó a los invitados, especialmente a las mujeres, antes de entrar en el salón. Estas no le suponían novedad alguna, conocía a la mayoría de las presentes y había disfrutado de sus encantos y su conversación. Luego vio a una desconocida y el corazón le saltó bruscamente en el

pecho y se sintió perdido.

Era la mujer de su figurita y de sus sueños, con la que, en la fantasía de una borrachera, se consumara su matrimonio con Dejanira. No era joven, tenía ya más de veinte años, y por eso había perdido la primera frescura de la juventud. Pero su aspecto tenía la perfección de una pera madura, de unas uvas opalescentes dispuestas para la mesa. Hablaba gravemente con Fidias, sujetando una copa en la mano, y el escultor parecía en trance. Era mucho más alta que Fidias y, al contrario que el resto de las mujeres, sus cabellos —una mata de oro— le caían sencillamente por la espalda, casi hasta las rodillas. Llevaba una guirnalda de capullos de rosa. Tenía la esbeltez y la gracia natural de una cortesana bien adiestrada y su elegancia de movimientos y gestos. Su túnica era de seda verde, el color favorito de Pericles, y parecía envolver su cuerpo como si fuera agua del mar en lugar de tela, delineando una silueta increíblemente perfecta. Sus senos eran altos y llenos; la cintura, delicada y frágil; las caderas, deliciosas. Llevaba un cinturón de oro brillante y gemas, y brazaletes en sus brazos torneados y en las muñecas, y muchos anillos en las manos adorables. Calzaba sandalias doradas también cuajadas de joyas y, cuando se movió un poco, Pericles vio sus tobillos, tan maravillosamente formados como los de una estatua. Creyó ver un aire extraño en ella, una falta de sofisticación, de artificio, a pesar del esplendor de sus adornos y joyas, en particular un collar de incomparables ópalos, rubíes y diamantes. No estaba pendiente de sí misma, al contrario que otras mujeres, sino de Fidias, al que escuchaba con intensidad y respeto. El escultor se mostraba casi animado en su presencia, olvidaba su timidez, y la observaba con ojos brillantes. No tartamudeaba ahora; sus gestos eran vehementes y excitados, cosa que asombró a Pericles.

Seguía mirándola al rostro, maravillado al contemplar unos rasgos tan puros, ya fuera de perfil o de frente.

El rostro, así como los brazos, hombros y cuello, era traslúcido, como si la luz en lugar de iluminarlos, los atravesara. Las mejillas y labios tenían un tono rosado natural, los ojos eran color vino; la nariz y la frente, claras y puras, y en la barbilla tenía un hoyuelo. La boca, según advirtió Pericles, revelaba una firmeza encantadora, como si hubiera sufrido mucho; había en ella una tranquilidad natural no fingida. Se mostraba compuesta y serena y revelaba dominio propio. A veces se echaba atrás el pelo con impaciencia pero sin dejar de escuchar a Fidias, al que por lo visto admiraba profundamente. En una ocasión sonrió y el rostro se llenó de hoyuelos hasta la boca. Toda ella daba muestras de una inteligencia notable.

—Aspasia —susurró Helena con amplia sonrisa—. La arpía, la Medusa. Pericles pensó confusamente en Helena de Troya, en ninfas y dríadas, en aguas verdes y luz de luna, fuego, llamas y nieve, en claros del bosque y en tormentas. Esta mujer era el compendio de toda feminidad. Sin embargo, aparte de sus atributos femeninos, no tenía aspecto de volcarse simplemente hacia la complacencia. Era una mujer de condiciones, de certidumbre, de gran inteligencia; Pericles, tan familiarizado con la

naturaleza humana, comprendió que podría dejarse vencer por el amor..., pero nunca quedar sojuzgada por él. Las pasiones la afectarían intensamente pero sin destruirla jamás. Siempre sería ella misma, intacta e invulnerable. Había algo formidable en esto, algo que impedía una intrusión vulgar, ya que en Aspasia todo era aristocrático.

En un par de ocasiones volvió ella la cabeza y miró a Pericles, pero como si no le viera en realidad. Comprobó él que sus ojos eran lustrosos, llenos de luces brillantes, como aguas agitadas bajo el sol. Sin embargo, eran inescrutables, y se escondían tras las pestañas doradas. Pensó en un estanque en el bosque, cortado por las sombras cuando el viento agita los árboles, ocultando secretos y ausente a todo lo que no fuera su propio ser.

En esto se equivocaba. Aspasia, aunque escuchara con toda atención a Fidias, había visto inmediatamente a Pericles y sabía quién era. Una mirada instantánea le había revelado su estatura notable, la fuerza de su cuerpo, su melena leonada, su aire de poder y seguridad, palpable, pero no ostentoso, su rostro sereno, impasible y rigurosamente controlado, la nariz recta, y los labios severos. También vio el yelmo que llevaba siempre, incluso en ocasiones festivas, y que ocultaba su elevada frente. Vestía con una túnica verde, una toga de lino blanco y un cinturón plateado, y llevaba brazaletes de plata en sus brazos, y en la mano un solo anillo, un zafiro tan azul e iridiscente como el cielo griego. «Es poderoso —pensó Aspasia—, es un hombre capaz de arrastrar a otros hombres; Helena no ha exagerado en su entusiasmo». Tenía unos ojos tan pálidos que parecían ciegos, pero dudaba que dejaran de ver algo, ni siquiera el detalle menos importante. Sobre todo, había una grandeza olímpica en Pericles.

Se sintió agitada por primera vez desde que abandonara a Al Talif y se enojó consigo misma. Habíase jurado no volver a mirar jamás a un hombre con interés y provocación. ¡Qué diferencia, entre el hombre de oriente, complejo, y desconocido, y este hombre occidental con el aspecto del mármol inmóvil! Vio que sus ojos estaban fijos en ella, aquellos ojos inexplicables que nada revelaban. Sin duda para él sólo sería otra mujer hermosa dispuesta a ser explotada. ¡Ya le diría ella! Helena le había asegurado que Pericles no era como los demás hombres, pero Aspasia, escéptica, no lo había creído.

Permitió que un esclavo volviera a llenarle la copa con aguardiente sirio. Bebió casi con el mismo gusto que Helena y miró disimuladamente a Pericles. Este no mostró disgusto ni desaprobación. Ambos avanzaban ahora hacia ella y Aspasia los vio venir con rostro inexpresivo, sin una sonrisa siquiera. Dijo a Fidias con voz encantadora:

—Debemos continuar esta conversación, porque también yo pienso en Atenas y en la gloria de Grecia.

Se volvió a Helena y Pericles con una mirada cortés y expectante. Su amiga le había dicho una vez: «Pericles es un hombre que respeta a las mujeres y no las considera como animales, adecuadas tan sólo para criar hijos, ni estúpidas. Cuando le

conozcas quizás ejerzas tu influencia sobre él». Aspasia había sonreído cínicamente para sí. Helena era una mujer inteligente, pero Aspasia sospechaba que también demasiado ardiente en sus relaciones con los hombres, y demasiado crédula, ya que, al presumir de sus amantes, los describía a todos como hombres de inteligencia además de distinción, y con una gran opinión de las mujeres. Aspasia desconfiaba ahora de todos los hombres, recordando a Al Talif. Había llevado una vida ascética tras separarse de él, a pesar de las murmuraciones maliciosas de Atenas. Se había prometido una y otra vez que jamás amaría a otro hombre. Eso llevaba a la destrucción. Targelia había tenido razón.

Pero aún amaba y se angustiaba por Al Talif y anhelaba sus brazos y sus besos.

Helena abrazó a Aspasia, que correspondió a su gesto, y exclamó:

—¡Cada día estás más hermosa, mi querida amiga! Cuidado; Pericles, hijo de Jantipo, jefe de estado, se ha dignado favorecer nuestra cena esta noche. Ya te he hablado de él —y miró humorísticamente a Pericles, quien, cogiendo la mano de Aspasia e inclinándose, la besó.

—Los rumores no han mentido acerca de ti, señora —dijo, y a ella le agradó su voz tan elocuente.

—¿En nada de lo que han dicho respecto a mí? —preguntó, y sus ojos brillantes bailaron de risa.

—Sólo puedo decirte que te alababan —contestó él. Todavía le sostenía la mano y le sonreía.

—Eres muy amable, señor —dijo Aspasia—, pero no te creo.

Pericles vio que tenía una mirada burlona, casi pícara, y de pronto le pareció una jovencita. Le retuvo la mano con energía cuando ella trató de retirarla. Aspasia frunció el ceño ligeramente y su sonrisa desapareció. Un temblor extraño se apoderó de su cuerpo; donde los labios de Pericles le rozaron la mano había como una quemadura, un escozor que le subía por el brazo. Hacía más de dos años que no experimentaba esto y tuvo miedo. Sintióse confusa. Vio la mirada pálida de Pericles, comprendió que era inexorable, e inmediatamente la dominó una gran excitación y el temblor agitó más su carne.

—He oído hablar de tu escuela —dijo él.

—Lo celebro, señor. Educo jóvenes desde los doce a los diecisiete años para que sean dignas ciudadanas de Atenas. —Esperaba una observación chistosa, un encogimiento de hombros. Pero Pericles la miraba con gravedad—. Ah —dijo—, pero es que ellas no pueden votar.

—En tiempos de Homero sí lo hicieron, señor. ¡Con seguridad que una mujer es tan digna de votar como los que forman la chusma!

Su interés por ella aumentó. No era una mujer ligera; se confirmaba en su primera opinión.

—Estoy de acuerdo contigo, señora. Tuve una madre muy inteligente que valía por diez mil hombres de la plebe.

Sonrió por encima del hombro a Fidias, que trataba tímidamente de retirarse.

—Fidias —le dijo—, tengo que hablar contigo largo y tendido sobre tus planes para glorificar nuestra ciudad.

—¡Ah, sí, Pericles!, estoy a tu servicio. Ya he hecho los diseños para el Partenón —su rostro se había iluminado—, y confío en que los aprobarás.

Pericles asintió y se volvió de nuevo a Aspasia, cuya mano todavía sostenía.

—Dime —preguntó—, ¿qué enseñas a tus jóvenes en esa escuela que ya ha adquirido cierto renombre?

—Historia, ciencias, arte, matemáticas, medicina, patriotismo, poesía, literatura, responsabilidad, autoestimación, astronomía, arquitectura..., todo aquello que me sugiera su talento natural. —Esperaba una mueca de desdén, pero Pericles continuaba serio, de modo que siguió hablando—: Aunque no deberes domésticos, cuya enseñanza queda en manos de sus madres, ni religión, que es asunto de los sacerdotes.

—¿Tampoco el canto, ni la danza?

—No. También sus madres pueden enseñarles las artes del entretenimiento. —Ahora reaparecieron sus hoyuelos—. ¡Seguramente serán expertas en eso, ya que tienen maridos!

—¿Son inteligentes todas tus alumnas, Aspasia?

—No acepto a ninguna que no haya examinado y elegido yo personalmente. No quiero muchachas tontas en mis aulas, porque exasperan a los maestros y degradan la escuela. Esta no es lugar para frivolidades, charlas y murmuraciones. También enseño gimnasia, en beneficio de la salud de las alumnas y el desarrollo de su cuerpo. Según dicen los griegos, una mente sana necesita un cuerpo sano si ha de ser efectiva.

—He visto muchos grandes hombres que no eran sanos de cuerpo, Aspasia, y muchos otros de cuerpo sano con la mentalidad de un cerdo.

—Cierto, señor. Ambos casos son una desgracia. Yo hago lo que puedo en mi escuela. Tengo dos jóvenes de miembros deformados que son extremadamente inteligentes. Cómo escaparon al infanticidio no lo sé; sin duda las madres las rescataron.

—Es una escuela extraordinaria —dijo Helena observando que, aunque Aspasia trataba de librarse, Pericles no le soltaba la mano—. Debes enviar allí a algunos hombres inteligentes para que tomen buena nota de ello.

—Lo recordaré —asintió Pericles.

Eran palabras corteses, pero Aspasia creyó que hablaba con verdad y no por quedar bien.

—Me han dicho que eres jónica, y que has pasado algunos años en Persia —continuó.

«De modo que sabe mucho acerca de mí», se dijo Aspasia. Le miró directamente con sus ojos luminosos.

—Fui la compañera de un sátrapa persa durante casi cinco años. No; era medo.

—¿Y él te permitió que le dejaras? —preguntó Pericles en tono incrédulo.

—No. Pero le dejé. —Inspiró profundamente sin apartar de él los ojos—. Me destrozó el corazón, pero tenía que dejarle, ya que nunca comprenderé el oriente. Hace dos años murió y me dejó una fortuna enorme. Me había buscado antes pero sin lograr encontrarme. —De pronto sus ojos se nublaron—. Sus abogados tuvieron más éxito. Estoy utilizando su dinero en mi escuela, aunque no creo que él lo hubiese aprobado.

No hablaba como las demás mujeres, tímida y temerosamente, apartando los ojos al dirigirse a un desconocido, sino más bien con la sinceridad de un hombre, y con sencillez. Había un valor absoluto en ella, pues tenía seguridad en sí misma.

«Luego todavía ama a su sátrapa —se dijo Pericles—; el amor es la armadura de una mujer contra otros hombres. Aquí había una mujer, reflexionó, que cuando entregara su corazón lo haría apasionadamente y tal vez de por vida». Por alguna razón, esto le molestaba. A pesar de cuanto Helena le dijera sobre Aspasia, había creído que ella estaría encantada de caer en sus brazos, siendo él jefe de estado, y hombre rico y poderoso. Después de todo, era una cortesana. Ahora no se sentía tan seguro y eso incrementaba sus deseos. Aspasia no se sonreía ya. Su rostro había palidecido un poco por los recuerdos y el sufrimiento. Al advertirlo, Pericles sintió un profundo respeto y amabilidad hacia ella, y anheló cogerla en brazos y consolarla, no con pasión, sino con una comprensión y ternura que jamás experimentara por una mujer.

El trueno que rondaba por las montañas avanzó ahora sobre la ciudad, los relámpagos brillaron en ventanas y puertas, y se alzó el viento gimiendo contra los muros. Los esclavos se apresuraron a cerrarlo todo, corriendo las cortinas y pasando los cerrojos. Pero en el exterior los árboles gemían y se inclinaban ante la tormenta ya próxima.

—Debes hablarme de tu persa, o medo —dijo Pericles—. Son un pueblo poderoso, de increíble valentía y con una historia magnífica. Los reverencio, aunque sea griego.

—Quedan muy por encima de nuestra comprensión al ser orientales —contestó Aspasia, y un suspiro hinchó su pecho. De nuevo comprobó él su dolor.

Los invitados se acercaban ya a las mesas riendo y charlando con animación, y Pericles, olvidado incluso de Helena, condujo a Aspasia a la silla que estaba junto al diván reservado para él como el huésped más distinguido. Aspiraba su perfume de lirios y se preguntó si le habría gustado al sátrapa persa y si lo llevaría en memoria de él. Sintió la punzada de los celos. La esencia de nardo le sentaría mejor, o la de heliotropo. Era la mujer más hermosa que había visto en su vida, aunque no fuera deliberadamente voluptuosa ni utilizara artes o seducciones conscientes. Había cierta pureza diáfana en ella, casi virginal, a pesar de que hubiera sido una cortesana. Ya no creía los viles rumores que corrían acerca de Aspasia. Había abandonado ahora, como un vestido viejo, las lecciones que se le enseñaron en casa de Targelia, los artificios y

gracias destinados a enamorar y retener a un hombre. Si ahora sentía alguna pasión era por su escuela. Se había dicho que tenía amantes de los que obtenía dinero para la enseñanza de las jóvenes. Pericles sabía ya que eso no era cierto. El sátrapa le había dejado una fortuna. «Debía amarla profundamente», pensó con mayor dolor aún que antes, y ahora con resentimiento. Decidió que odiaba al persa que la compró para su lecho en casa de Targelia.

Los invitados se instalaban en sus asientos sin dejar de hablar. De pronto crecieron los truenos en intensidad, como un temblor subterráneo, y la tierra se agitó, y las lámparas y cortinas del comedor vacilaron. Los invitados se miraron asustados.

—Plutón —dijo uno de ellos— se agita en su negro lecho. Sin duda tiene a Proserpina en los brazos. —Algunos rieron, aunque con cierta inquietud.

Aguardaban otro estallido terrible que no llegó. Las cortinas quedaron inmóviles y cesó el tintineo de platos y cubiertos.

—Es extraño —dijo Sócrates con su voz aguda—, pero las fuerzas de la naturaleza nos turban más que la ferocidad del hombre. Será porque no podemos controlar la naturaleza y en cambio sí exhibir una ferocidad mayor aún ante los enemigos.

—Los científicos decimos —observó Anaxágoras— que algún día controlaremos la naturaleza.

Sócrates alzó unos ojos píos en gesto grotesco.

—Eso será mucho peor que la furia incontrolada de la naturaleza. No confío en mis amados congéneres. Nosotros somos más ingeniosos y tenemos más malicia que la naturaleza. Porque esta, al fin y al cabo, no conoce las malas pasiones.

—Eres un sofista —dijo Zenón.

—No —dijo Sócrates—, soy estoico. Lo sufro todo, incluso a la humanidad, que es el desastre más difícil de soportar —y rió con buen humor y la ridícula barbita se agitó con su risa.

Estalló al fin la tormenta sobre la ciudad. Se escuchaba el aullido salvaje del viento, los truenos, el susurro de los árboles, el azote de la lluvia contra los muros. Un esclavo apartó temerosamente la cortina y a través del cristal se vieron las cataratas de agua a la luz de las lámparas.

Las mujeres ocupaban sus sillas y parecían pájaros brillantes con el adorno de las joyas; sus rostros hermosos estaban dispuestos a complacer; los labios, a conversar; y se envolvían en el colorido confuso de sus túnicas y sus cabellos castaños o negros. Los hombres se hallaban cómodamente sentados en los divanes, tomando a una mujer de la mano, acariciándole las mejillas y susurrándole. Pero Pericles no tocaba a Aspasia. Helena, que observaba, se sintió satisfecha. Sin embargo, vio que Aspasia parecía triste de nuevo y comprendió la razón. Esta le había confiado al recibir la fortuna de Al Talif:

—¡Ah!, ahora sé que él me amaba, y yo creía que no. De haberlo sabido, jamás le habría dejado. Helena había contestado con sensatez:

—Pero el oriente te asqueaba. Le habrías dejado en cualquier caso, o bien Al Talif se habría cansado de ti al envejecer. Sí, y cansado ya, te habría despedido y no podrías haber recibido ese dinero y los muchos tesoros que adornan tu casa. Debes reflexionar en ello.

—El dinero no lo resuelve todo —había contestado Aspasia; al oírlo, Helena había soltado una carcajada de incredulidad.

—¡Cuando descubras una sola cosa que no remedie, querida mía, dímelo! Pericles advirtió también la tristeza en el rostro de Aspasia, al que cubría como un velo. Adivinó la razón: recordaba al sátrapa persa. Sabía que, si la tocaba ahora, por ligeramente que fuera, ella se apartaría de él. Era una mujer delicada, y un movimiento osado la ofendería. Comprendió que la amaba, como jamás había amado antes, al conocer sus cualidades. Y estaba convencido de que también Aspasia, aun a pesar suyo, se sentía atraída hacia él.

Un grupo de jóvenes esclavas, allá en el fondo del comedor, comenzaron a tocar el arpa y a cantar suavemente. La lluvia caía ahora más tranquila contra cristales y muros, y el viento empezó a decrecer. Aún se veían relámpagos intermitentes, pero los truenos se iban retirando. El aroma de las flores, las hojas y la hierba entraba refrescante por una puerta abierta, y las lámparas perfumadas parpadeaban.

Las cenas de Helena eran célebres no sólo por la cantidad, sino por los sabores y las mezclas exquisitas. El vino era insuperable; el aguardiente, puro. Sus amigos decían de tales cenas que eran delicias epicúreas que estimulaban el cuerpo a la vez que satisfacían el espíritu. No eran cenas para los hambrientos que sólo deseaban llenar un estómago vacío, sino para aquellos que consideraban un manjar como una obra de arte que había que admirar con anticipación y deleite, para disfrutarlo luego lentamente. Por encima de todo, la conversación era la salsa más importante, ya fuera frívola o seria. Todo, las lámparas, los hermosos platos y cubiertos, los manteles y la comida, eran auxiliares de las palabras, del gozo de intercambiar ideas. Por esta razón Helena no deseaba distracciones en el comedor, y no quería ver allí bailarinas, mimos o bufones. Inútil decir que pocas veces invitaba a gentes vulgares o aburridas, incapaces de contribuir al disfrute intelectual de la reunión. La música del arpa y la flauta, y las voces de los que cantaban no eran sino un fondo suave para la conversación, sin estorbarla nunca.

Lentamente Aspasia comenzó a sentirse más consciente de Pericles, a pesar de que sus recuerdos se hallaban en Al Talif. Empezó a mirarle de reojo y advirtió la dureza de sus rasgos, sin la menor insinuación de blandura o sentimentalismo. Casi imperceptiblemente cambiaba su expresión al conversar con otros. No era tan sutil como la de Al Talif, ni tan elusiva o elíptica, y tenía más control, agudeza y discreción. Si tenía pasiones, no estaban a la vista. Dominaría a los otros no sólo inspirando temor —esto, adivinó, ocurriría pocas veces—, sino mediante la fuerza serena de su personalidad y su aura de autoridad. Era un hombre poco impetuoso; sin embargo, comprendió que podría sentirse impulsado a una cólera terrible. No sería

violenta, sin embargo, esa cólera. Su mismo dominio propio aún intimidaba más. Pero en algunos momentos distinguía cierta inquietud silenciosa en él, que sólo la mirada más atenta podía captar. Helena tenía razón. Había ante ella un hombre formidable, un líder de hombres, un ser de mente fría, que reflexionaba objetivamente y cuyas decisiones surgían como grabadas en piedra después de meditarlas con todo cuidado en su interior. Era también un hombre muy preciso.

Se había concentrado tanto en Pericles, involuntariamente, que había quedado aislada de la conversación que discurría a su alrededor, y eso la molestó, porque todos la miraban ahora pidiéndole su opinión. Comprendió que, al contrario que Al Talif, él no le exigiría epigramas para su diversión ni la obligaría a demostrar su inteligencia ante los invitados. Había aceptado que ella era inteligente, pero nunca la animaría a ejercitar su mente sólo por divertirse. Tampoco concebía a este hombre postrándose ante la Divinidad como hiciera Al Talif, porque era orgulloso, y quizá Pericles había intentado llevar la religión ateniense hacia el monoteísmo, y esto enojaba a los sacerdotes. También despreciaba al gobierno, aunque formara parte de él. Sin embargo esto no resultaba inconsecuente o tortuoso. Respetaba a la humanidad, si bien deplorando su salvajismo y turbulencia, su naturaleza peligrosa y sus caprichos infantiles.

Le impresionó la fascinación que ejercía sobre ella y se volvió para escuchar a los otros. La conversación había pasado de los susurros y observaciones íntimas a la charla general, y se centraba ahora en las próximas fiestas de tres días de duración.

Sófocles, poeta y comediógrafo, había presentado a tres actores simultáneamente en escena y se había hecho famoso por su delicada perspicacia, así como por la fuerza de sus obras. Su Edipo Rey se representaría de nuevo este año durante las fiestas, aunque algunos sacerdotes protestaran de que había poca religiosidad en los diálogos, y en la dirección de la obra.

—He hablado con él sobre la posibilidad de una segunda parte de Edipo —dijo Zenón de Elea— referente a la expiación de la maldad humana mediante la penitencia y la comprensión de su propia maldad. Lo pensó mucho, y dijo que recordaría nuestra conversación y que tal vez algún día escribiera esa continuación.

—Respeto a Sófocles —intervino ahora Sócrates, reflejándose la luz de la controversia en sus ojos incoloros—. Te concedo que la expiación de un crimen resulta deseable. Pero el que perpetrara tal crimen había de ser un hombre que hiciera el mal deliberadamente, con completo conocimiento, voluntad y malicia. Edipo no fue así. Su crimen fue inocente porque él ignoraba que lo cometía; no lo hizo con premeditación, voluntad y malicia; no sabía que su esposa era su madre, ni que el extranjero hostil al que encontrara y diera muerte fuera su padre. Se sacó los ojos por un crimen del que intrínsecamente era inocente, por horrible que nos parezca. Esto fue absurdo por su parte, así como el exilio que se impuso.

Sonrió a los que le escuchaban.

—En cierto sentido soy un sofista. Como dicen, la verdad suele ser cuestión de

opinión personal, y varía con la cultura, la filosofía y la religión, y con los gobiernos. Por tanto podemos llamarla subjetiva. La verdad aceptada por todos es que Edipo cometió un crimen contra la naturaleza, la ley y el orden. Pero también es verdad que él ignoraba que lo hubiera cometido. ¿Por qué, entonces, tenía que expiarlo? ¿Por qué había de enfrentarse angustiosamente consigo mismo hasta llegar a su propia destrucción?

—Pero tú, Sócrates —le interrumpió Zenón—, has dicho que la verdad definitiva puede alcanzarse mediante el diálogo y la definición de términos.

—Yo he dicho —contestó este— o he querido decir más bien, que puede alcanzarse una verdad aceptada por todos. Pero ¿quién sabe si esa es la verdad definitiva, al margen de que haya muchos que estén de acuerdo? Los términos con que creemos exactamente son con frecuencia una simple interpretación de la semántica, ya que una palabra que significa algo para un hombre puede no significar nada para otro. Por tanto, sobre la base de un acuerdo común, hemos de admitir que tal acuerdo en sí es subjetivo, y que cada hombre conservará su propia versión de lo que ha sido aceptado por todos.

—Estás en desacuerdo contigo mismo —dijo Pericles sonriendo.

—Pero ¡esa es la función de la filosofía! ¡Afirmar una hipótesis, y luego demolerla! —se rió con sus carcajadas de costumbre—. Yo no afirmo nada, ni siquiera que no afirmo nada —continuó—. Si Edipo hubiera sido un hombre prudente y dado a la reflexión, habría concluido que en verdad no era culpable de nada en absoluto. Pero no se examinó, y una vida sin examen no merece vivirse.

Volvió su rostro de fauno a Pericles.

—¿Qué opina nuestro político de todo esto?

—No te burles de la política —repuso Pericles con cierto reproche en la voz—. ¿O es que vas a decir que la política no significa nada para el hombre de inteligencia? Yo no digo que aquel que no se interese por la política no se suela dedicar a sus asuntos; diría más bien que es que no tiene nada en qué ocuparse.

—¡Ah! —exclamó Sócrates—, eso es cierto. No pretendía ofenderte. —Miró alegremente a Aspasia—. Creo que fue sólo hace dos noches, señora, cuando hablamos de política en tu casa. ¿Quieres repetir lo que dijiste del gobierno, para que todos los presentes tengan la satisfacción no sólo de contemplar tu rostro sino de escuchar tus palabras?

Aspasia se sonrojó y Pericles lo juzgó encantador, pues de nuevo parecía una jovencita.

—No fue nada, Sócrates —dijo—, pero, si lo deseas lo repetiré. La república suprime la aristocracia; la democracia, la libertad. Entonces, ¿cuál es el mejor gobierno? Oí decir a uno que fue gobernante, que un despotismo benévolo es lo mejor, pero como hay pocos hombres benévolos, y estos aborrecen el despotismo, mi amigo se equivocaba. En mi opinión una república aristocrática es lo mejor, aunque eso pueda parecer una contradicción de términos. La democracia es lo peor; se

convierte en tiranía por la razón de que, cuando todos hablan, ya sean idiotas o sabios, el caos y el griterío se apoderan del gobierno, e inevitablemente asume el poder un hombre fuerte y peligroso: el hombre de armas.

Pericles la miró intensamente y sonrió divertido.

—¿No te gusta nuestra forma de gobierno?

Ella vaciló temiendo que se burlara de ella, pero no era así.

—En su forma actual la veo un desastre para Atenas. Pericles apuró la copa y dijo:

—Y yo también.

Pensó en Ictus, al que aún lloraba sin cesar, y por eso no advirtió la mirada de sorpresa en los rostros de algunos invitados. Pero Anaxágoras asintió, y Zenón y Sócrates también. Pericles continuó:

—La mayoría de los políticos de Atenas claman ahora contra mis planes para convertirla en la joya del mundo por su arte y poesía, sus ciencias y conocimientos, y dicen que deberían abandonarse en bien de «las necesidades domésticas del pueblo». En resumen, para satisfacer todos los apetitos de la plebe como cuando uno mimaba a las vacas por su leche: los votos. Los críticos quejosos que me gritan afirman que sus propios planes surgen de su amor a la humanidad, pero la historia ya cuenta con la experiencia de que, cuando el gobierno simula benevolencia, lo que se propone realmente es abolir la libertad. Poca tenemos ahora, bien lo saben los dioses. Pero aún tendremos menos si prevalecen los que alardean de la pureza de sus intenciones y de sus corazones. El político que verdaderamente ama a la humanidad trata de elevarla mediante la belleza y los conocimientos. El gobernante que sólo piensa en los estómagos, degrada a la humanidad.

Miró a Zenón, su antiguo profesor, y dijo con respeto:

—¿Qué opina de esto el hombre de las paradojas? Zenón meditó y suspiró.

—Me estoy haciendo viejo, Pericles, y cada vez descubro más paradojas que ya no me parecen consistentes. Por ejemplo, todos anhelamos lo que es extraño a nuestra naturaleza: el hombre violento anhela la paz; el cobarde, el valor. El gritón habla de armonía; el abúlico, de empresas. Los campesinos sueñan con la ciudad; el hombre de la ciudad, con el campo. El incapaz de amar admira el amor; el que ama odia también con frecuencia. Y estos hombres no se engañan a sí mismos. Son sueños inalcanzables, y por tanto es cosa de poetas. Nosotros los filósofos, ¡ay!, somos menos astutos. Yo ya no entiendo este mundo.

Helena, viendo que sus invitados tenían un aire melancólico, dijo con su fuerte risa:

—Píndaro ha dicho que la alegría es la mejor medicina, así que bebamos por esta noche y por esta reunión, ya que este momento es todo lo que tenemos.

Aspasia le lanzó una mirada cariñosa y, por primera vez, sonrió sinceramente y dijo:

—Esquilo ha observado ya que la más agradable de todas las relaciones es la que

existe entre el anfitrión y su invitado. Por tanto bebamos por nuestra querida Helena que condesciende a enseñar en mi escuela el arte de la medicina dos veces a la semana.

En cuanto se hubo bebido el brindis y la música de las arpas iniciara una nota más alegre, Pericles dijo a Aspasia:

—Háblame de Persia, pues admiro a los persas.

De nuevo vaciló ella y el pálido velo de la tristeza cubrió sus rasgos. Luego comenzó a hablarle en voz baja, ya que los demás habían empezado a bromear entre ellos y Helena contaba historias indecentes. Habló de Al Talif con dificultad, pero con sinceridad también. Al ir hablando más y más, y al ver que Pericles la miraba con unos ojos absurdamente interesados, se sintió menos tensa. Un sentimiento cálido la invadió. Descubrió que ahora podía hablar de Al Talif sin el dolor irresistible que sufriera durante varios años. En realidad reía dulcemente de vez en cuando al relatar algunas de sus manías y describir su punzante conversación. Sin embargo, no pudo ocultar a Pericles toda la melancolía que había latido en aquel hombre, y la amargura que había bajo sus bromas.

—Me habría gustado conocerle —dijo Pericles cuando Aspasia calló, sonriendo para sí ante sus recuerdos.

Ella alzó unos ojos asustados y dijo asombrada:

—También a él le habría gustado conocerte, Pericles. —Sabía que era cierto, y eso aún la asombraba más.

—A su modo era un gran hombre —añadió, ahora sin dolor, sino con admiración—. Jamás decía una palabra falsa; sin embargo, era elusivo e inexplicable. Podía ser cruel y, a la vez, el más amable de los hombres. No nos comprendíamos, sin embargo.

—Os amabais —dijo Pericles como explicación. Los celos le contrajeron la garganta—. ¡Qué afortunado fue al contar con tu amor, Aspasia!

—Se libró de un gran sufrimiento: nunca supo que yo le amaba —contestó ella, y de pronto su rostro dejó de ser joven, y se tornó maduro y grave.

—Hablas misteriosamente, señora. ¿No crees en el éxtasis auténtico del amor entre un hombre y una mujer?

—No lo he encontrado. Creo que está en la imaginación de los poetas. —Parecía inquieta. Sabía que Pericles la examinaba con una intensidad demasiado profunda y eso la turbaba. No podía aclarar sus sentimientos con respecto a este hombre. No quería tener nada que ver con él, en absoluto; sin embargo, había en ella una lucha extraña y un temor invencible. Dijo—: Debo contentarme con mi escuela, con la esperanza de que las mujeres lleguen a ser reconocidas como humanas y se les permita tener talento. El mundo es más pobre debido a esta falta de reconocimiento. Pensó, confundida, en que él se enojaría, pero Pericles dijo:

—También yo lo espero. No era así en Persia, ¿verdad? ¿Se someten sus mujeres a la servidumbre?

Aspasia quedó atónita ante su capacidad de percepción, ya que ella no le había

hablado de la monstruosa opresión de las mujeres en Persia, ni de la aceptación de su destino. Tartamudeó:

—¡Sin la menor protesta!

—Pero las mujeres de Atenas —dijo él— han estado protestando aunque en vano, desde Solón. Por lo menos cierto número de ellas. Atenas es ahora más rica por tu presencia, Aspasia.

Murmuró ella unas palabras de gratitud. El temor la dominaba. Sentía el calor del cuerpo de Pericles, tan cercano al suyo, y el aroma a helechos que surgía de sus ropas. Era como una amenaza... o un abrazo, y a ambas cosas temía por igual. Se incorporó involuntariamente para huir por instinto, luego se sentó de nuevo y una neblina brillante le cubrió los ojos y se sintió débil y agotada. Le miró tímidamente al rostro y vio amabilidad y aprobación, y pensó de nuevo en que había algo del Olimpo en Pericles, algo espléndido, y se vio invadida por una dulce melancolía, y por alguna razón, deseó llorar. Vio su mano blanca y fuerte junto a la suya. Quería que la tocara, pero se encogió. Jamás había experimentado aquel temblor interior, aquella confusión de sentimientos, y no lo comprendía. Esto era completamente distinto de su pasión por Al Talif, y ella no presentía ni la más mínima huella de traición.

Cuando Pericles y Helena quedaron a solas esta dijo con sonrisa de astucia:

—De modo que te has enamorado de mi bella Aspasia. ¡Ah!, no te pongas tan tieso, ni te enojas. He observado tu rostro durante horas. A Aspasia le encantan los lirios y su aroma. Envíale un ramo mañana. Le has llegado al corazón.

—Es como una ninfa que jamás hubiera sido despertada —dijo Pericles. La cínica Helena habló con aire de modestia:

—Entonces, despiértala. Por última vez, mi querido Hércules, puedes acostarte conmigo esta noche como despedida. No me creas desgraciada. Mi corazón se regocija con tu felicidad futura. Pero Aspasia será difícil de conquistar. Debo orar especialmente a Afrodita esta noche.

Pericles, acostado con Helena en su lecho, descubrió que esta noche la abrazaba no como un amante, sino como un hermano tierno, o un amigo desapasionado. Sintióse alarmado al pensar en la impotencia. Pero Helena lo comprendió y le besó con ternura. «Por primera vez —se dijo ella— ama realmente a una mujer y, en consecuencia —al menos por algún tiempo— se mostrará indiferente ante las demás. Sí, lo comprendo, reflexionó, porque cuando yo tenía a mi amado no advertía encantos en otros hombres, pero ¡ay!, yo soy una mujer fiel y aún encuentro pocos encantos en ellos, recordando a mi amor».

Aspasia yacía insomne en su casto lecho en aquella casa pequeña y hermosa junto a su escuela notablemente austera. La luna brillaba en la ventana, tan blanca y pura como Artemisa, y tan fría también. Apartó la vista inquieta. Era incapaz de pensar en nada, salvo en Pericles, pero aún no con gozo, sino más bien con una angustia espantosa y cargada de anhelos. Al Talif había sido como un leopardo esbelto y sinuoso, cuyos ojos revelaban secretas emociones aunque jamás respondían a una

mirada inquisitiva. Pericles era como un león, majestuoso y dominante, decidido y solitario, tan imponente como una montaña. El hombre de oriente y el hombre de occidente eran únicos en el sentido de que ambos poseían una fuerza enorme, pero aquel tenía la fuerza de lo desconocido y este la fuerza del acero, brillante y helado. Uno se movía con gracia sutil, el otro con un poder declarado.

Pensó en un fragmento que escribiera Safo de Lesbos: «Ahora el amor domina mis miembros y me agita, criatura fatal, agridulce...».

Sintióse temerosa de nuevo y la dominó el instinto de la huida. Pero inmediatamente la invadió una gran dulzura, una dulzura hecha de rendición, y lloró y sonrió; y se durmió al fin soñó que volvía a ser una niña en una avenida de mirtos a la luz de la luna...

Tercera Parte

PERICLES Y ASPASIA

1

Dédalo, padre de Dejanira, se hallaba ante el arconte rey, agitado por una rabiar histérica. Gritó:

—¡Es una infamia! ¡Un hombre de su categoría, que lleva a su lecho a una ramera, a una cortesana notoria, y la invita con frecuencia a su casa, debería ser acusado ante el tribunal por los ciudadanos virtuosos! Por lo menos habría que utilizar la ostraka en su contra. Es un hombre que insulta al pueblo, y es derrochador además, tortuoso e inaccesible. ¡Está robando el tesoro producido por el esfuerzo de todos para sus fantasías arquitectónicas y el mecenazgo de artistas y escultores despreciables y filósofos descalzos! —Dédalo casi se ahogaba de rabia y sus palabras eran incoherentes. Cuando recuperó el aliento estalló de nuevo—: ¡Una zorra, una mujer infame que ofende la decencia y la modestia femeninas y presume de sí misma en público y corrompe a las jóvenes! ¡No hay dama de moral intachable que no aparte los ojos a la mención de su nombre impío! El pueblo desprecia a Pericles y exige una reparación y que se le arroje de su cargo público.

El arconte rey se acarició la barba y reflexionó en los seres que, como Dédalo, siempre alardean de virtudes cívicas cuando tienen sus propios vicios, secretos y no muy delicados. ¿Sería él un hombre envidioso y atormentado y lleno de cólera? Los que afirmaban su humildad, como Dédalo, solían ser con frecuencia exageradamente orgullosos, aun teniendo pocas razones para ese orgullo. El arconte rey, tratando siempre de comprender la debilidad y el carácter de los hombres, se convenció ahora de que estos denunciaban casi siempre su propia maldad. Al denunciarla en otros, el hombre se absolvía a sí mismo de su propia culpabilidad. Valdría la pena observar estrechamente a Dédalo.

El arconte rey dijo con voz moderada para expresar su desaprobación ante los excesos históricos de Dédalo:

—Vamos. No existe un hombre de distinción o riqueza que no tenga una hetaira. Es algo ya aceptado. ¿Acaso no nos casamos todos con mujeres estúpidas e iletradas, ricas y de buena familia, para que nos den hijos, aumenten nuestros bienes y nos lleven la casa? ¿Y no huimos todos después de la esposa y buscamos una mujer encantadora e inteligente para que calme nuestra exasperación? ¿Quién podría culparnos? La costumbre nos obliga a convivir con la mujer legítima, nada amable, con menos inteligencia que un asno, pero que conoce bien todos los cacharros de cocina y sabe mil modos de guisar las judías y de llevar la cuenta de los gastos. Tal vez sean virtuosas, pero ¡dioses!, ¡cómo nos aburren!, y tal vez ese sea el pecado imperdonable de la virtud. Podemos estar seguros de que los hijos que nos dan son realmente nuestros; además sus madres son intolerables. ¡Y luego hablan los

sacerdotes de «la constante elevación de la humanidad en cada generación»! Embusteros e idiotas. Un burro sólo engendra a otro burro. No habrá «elevación de la humanidad» hasta que llegue el día en que el hombre elija cuidadosamente a una esposa con algo más que dinero o aptitudes culinarias, y con inteligencia. Entonces engendraremos hijos e hijas superiores, y no meros animales incapaces de distinguir entre la luz del sol y la oscuridad. Hasta ahora la raza humana sólo reconoce la oscuridad porque le permite dormir como un tronco, y el sol porque favorece sus cosechas.

»Pericles es como todos nosotros. Por eso ha huido de las mujeres tontas y de sus gemidos y rabietas estúpidas. ¿Qué razón hay para acusarle? Eso es pura hipocresía. Y denunciarle a él es traicionar nuestras propias iniquidades —dijo, y sonrió con astucia a Dédalo, cuyos rasgos esqueléticos enrojecieron.

El arconte rey continuó:

—Tal vez te moleste Aspasia. Por lo menos ella educa a unas jóvenes que ya no olerán más a cocina y a establo, sino que serán una joya para sus maridos. Puede que los fascinen tanto que incluso consigan que se aparten de las hetairas y las zorras de la calle. Como ha dicho Pericles, también las mujeres pertenecen a la raza humana, palabras de las que tal vez duden algunos pensando en sus esposas. Por lo menos las mujeres inteligentes podrían darnos hijos dignos de ser llamados miembros de la humanidad, e hijas hermosas, atrayentes y capaces de entretener. Permíteme que te haga una pregunta, Dédalo: ¿te parece tu esposa una mujer apasionante?

Este pareció sentir náuseas. Pero aquello aún le enfureció más y siguió abriendo y cerrando la boca sin poder pronunciar palabra, cosa que el arconte rey consideró una bendición.

—Has llamado impía a Aspasia, Dédalo. ¿Por qué? Enseña a las muchachas de su escuela a discutir y no sólo a aceptar las cosas con sumisión. Si eso es impiedad, ojalá tuviéramos un poco más, sobre todo entre nuestros hijos varones.

»Deploramos profundamente la homosexualidad, y la castigamos; pero sigue floreciente. ¿Te has preguntado por qué? Lo de siempre: por huir de las mujeres, que no saben hablar de temas importantes, sino del servicio, la moda, los niños y otras trivialidades. ¿Es que prefieres la perversión amorosa entre los del mismo sexo a la preferencia declarada hacia lo que está ordenado por la naturaleza: el amor entre el hombre y la mujer? Te confieso que yo prefiero esto último. También tengo a mi hetaira.

»Has dicho que el pueblo desprecia a Pericles, nuestro jefe de estado, y que todos exigen que se le acuse públicamente o se le envíe al ostracismo.

¿Quién es ese pueblo de que hablas, Dédalo? ¿La chusma que no desea monumentos a la gloria, la historia y los dioses, sino sólo la satisfacción de su estómago? ¿Quieres que bajemos hasta las zahúrdas que infestan nuestra sociedad, o que alcemos los ojos hacia los sueños de Pericles? ¿Acaso es preferible un mendigo gordo y bien alimentado que vive del trabajo de los demás, a un hombre de visión, un

hombre que trabaja con honradez y sobriedad y ama a su país no por lo que este pueda hacer en su favor, sino por lo que él pueda llevar a cabo por la nación? Los que miran al país únicamente como una gamella bien provista sobre la que es posible arrojar a devorar, constituyen un peligro terrible para todos nosotros. El hombre debe justificar su nacimiento con su vida y sus acciones, por humildes que sean. El mundo no le pidió que naciera. Por tanto debe demostrar que tiene derecho a vivir, no porque sus padres se divirtieran en la cama, sino por la misma categoría de su existencia.

»Los que aman a Pericles y le defenderían hasta la muerte no son únicamente aristócratas intelectuales, sino hombres que se ganan la vida con orgullo, trabajo y dedicación, ya sea en el telar, o en el campo, en las fábricas, las tiendas o viñas. Y no deseamos ofender a estos hombres, pues son la vida de nuestra nación y de nuestra ciudad-estado; son la esperanza de nuestra supervivencia a través de los siglos. Pero la plebe es nuestra muerte.

Dédalo tragó saliva con dificultad y alzó la voz:

—Siempre puede utilizarse la ostraka contra los oficiales o las personas como Pericles.

El arconte rey suspiró, exasperado y disgustado.

—Si fuera posible, y sólo yo tuviera competencia en ello, no permitiría que la ostraka estuviera al alcance de los que no saben leer ni escribir ni conocen plenamente, por tanto, el significado de sus votos. Únicamente permitiría votar al ciudadano que pudiera demostrar su inteligencia, su comprensión del por qué y por quién votaba, y su cultura. La votación es un deber terrible, un privilegio de suma importancia, y sólo debía confiarse a los responsables que miran menos sus propias ventajas que las de su país. Me temo, ¡ay!, que ese sea un sueño imposible.

Comprobó que Dédalo todavía tenía dificultades para hablar y aguardó con paciencia bien patente. Adivinó que no le había escuchado en absoluto, y que no le preocupaban más que su furia y sus emociones.

Por eso el arconte rey, que era benévolo y hombre de firmes principios, dijo:

—Permíteme que vuelva a llenarte la copa con este magnífico vino de mis propias viñas. El vino es la sangre de la ancianidad.

—¡No soy un borracho! —gritó Dédalo con gesto ofendido. El otro se llenó su copa.

—Ni yo tampoco —dijo con tono ecuánime que no disimulaba por completo su cólera—. «Moderación en todas las cosas». ¿No decimos eso nosotros los griegos? Jamás soy inmoderado —y miró significativamente a Dédalo. Pero como este nunca se había considerado falto de moderación, el reproche no dio en el blanco.

Y dijo, apretando los puños sobre la mesa:

—Dicen que Pericles quiere casarse con esa mujer..., esa mujer por la que anuló su matrimonio con mi hija. Si eso no es escándalo público, ¿qué lo será entonces?

El arconte rey sonrió:

—No temas un matrimonio entre ellos. ¿No prohibió hace años el mismo Pericles, con la aprobación de la Asamblea, que un ciudadano ateniense se casara con una extranjera? Aspasia es jónica. Luego no puede casarse con ella. Es un estadista prudente. Si repudiara su propia ley originaría un gran escándalo, y justo además, ya que son muchos los atenienses que no pueden tomar en matrimonio a las mujeres que aman por ser extranjeras. Ellos han obedecido la ley. Luego Pericles debe obedecerla. Los legisladores que desprecian las leyes que han aprobado personalmente son criminales. Pericles no es un criminal.

Su rostro amable se tornó ahora firme y duro.

—Veamos esa cuestión de tu nieto Calias. Se le ha prohibido el acceso a las mesas de juego más ruines y la entrada en las tabernas más bajas, y en casi todos los establecimientos del Ágora debido a su conducta estúpida, su arrogancia, su alarde de riqueza...

—¡No es más que un muchacho! —gritó Dédalo olvidando la superioridad del arconte rey—. ¡Todo se debe únicamente a la fogosidad de su espíritu, a la exuberancia juvenil!

—La juventud es época de disciplina y ejercicio del dominio propio —dijo el otro con ojos graves—. Si un hombre no aprende estas cosas en su juventud, jamás las aprenderá. Hablas de fogosidad de espíritu, de exuberancia juvenil. ¿Fue eso lo que casi le llevó a matar a un hombre en la taberna? De no haber sido rico como has mencionado, y de no haber intervenido tú, habría ido a prisión. Por el honor de sus propios hijos, hermanastros de Calias, Pericles intercedió también, aunque supongo que muy a pesar suyo —agitó la cabeza—. Eso es algo que me molestó en Pericles.

—¡Siempre has tenido una opinión desmesurada de él! —dijo Dédalo, olvidando su prudencia por un instante.

—Por supuesto. Es hombre de reconocida justicia, de virtud cívica en los asuntos importantes. Yo habría hecho lo mismo en su lugar.

Se estaba hartando ya de Dédalo. Este se levantó.

—¡Me vengaré! —estalló y, sin pedir permiso, salió casi corriendo de la habitación a pesar de su rabia, y sus ropas parecieron flotar tras su figura enteca. El arconte rey esbozó una sonrisa y llamó a sus escribas y abogados, con los que tenía asuntos más importantes de que tratar.

—¿Era el arconte Dédalo ese que salía como Bóreas, señor? —preguntó un abogado joven.

—Sí. Es viejo. Y, sin embargo, salió de esta habitación como si le persiguiera Némesis —dijo otro.

—Me temo que así era —asintió el arconte rey con una sonrisa.

Luego pensó en Calias, cuyos crímenes, insana presunción, malicia, astucia y crueldad, su disfrute del dolor de los demás y sus groserías, le habían ganado fama de disoluto en Atenas. Sólo sus riquezas y su familia le protegían de la ira de muchos. A menudo se le veía borracho por la calle, o apaleando a los esclavos que llevaban su

lujosa litera, matando inocentes perros callejeros y persiguiendo a las doncellas acompañadas sólo de sus esclavas. Todos le evitaban por sus infamias, y esto le encolerizaba.

El arconte rey dijo:

—Con frecuencia la ruina de un hombre proviene de los de su sangre. Únicamente hallaba Calias cierta tolerancia en su madre y sus abuelos, en casa de Dédalo. Su aspecto grosero, el cuerpo grueso, los rasgos torpones de su rostro se parecían extraordinariamente a los de su madre, pero no tenía su docilidad, su capacidad de amar y de soportar el dolor. La oía lamentarse por Jantipo y Paralo, los hijos a quienes perdiera; Calias odiaba a esos hermanastros, ya que deseaba toda la atención y afecto para sí mismo, a pesar de que él no los concediera a nadie. Sabía que Dejanira prefería a los otros niños, los hijos de Pericles. Con frecuencia soñaba por la noche en asesinarles. Escuchaba las diatribas de su abuelo contra Pericles y las acusaciones llorosas de su abuela, y reflexionaba en todo ello. No sólo había odiado siempre a Pericles y envidiado a sus hermanastros por su belleza; además, el padre de estos le había demostrado a las claras su desdén mientras había vivido en su casa. La vanidad de Calias era desmesurada; estaba convencido de tener el aspecto de un príncipe, y de que su inteligencia sobrepasaba a la de todos en Atenas. Aunque los tutores se habían desesperado con él, y los estudiantes le arrojaron de las columnatas del Ágora mientras escuchaban a los filósofos, él los consideraba unos idiotas ignorantes y los maldecía por sus palabras desdeñosas. Sus labios vomitaban constantemente amenazas y blasfemias. Ya había matado a dos esclavos inofensivos, un viejo y un niño. Aunque los atenienses no consideraban humanos a los esclavos, sino como cosas, quedaron anonadados. Calias estaba convencido de que todos le envidiaban, lo que le complacía, y era el peor enemigo de cuantos se atrevieran a ridiculizarle o burlarse de él. Y de ambos crímenes eran responsables Pericles y sus hermanastros.

Pero su odio más profundo se concentraba en el altivo jefe de estado. Llegó a convencerse de que Pericles no era sólo su enemigo, sino que era odiado por todos en Atenas. Debido a ello dedicaba muchas noches a pensar en él tras escuchar las imprecaciones de Dédalo contra el que fuera su yerno.

¿De qué modo podría causarle a Pericles la angustia y sufrimientos que merecía? Alzar la mano contra el jefe de estado, o cualquier oficial del gobierno, significaba la muerte. Se castigaban incluso las amenazas pronunciadas. Calias se juzgaba invencible, como Hércules, tan grande era su soberbia. Pero algo le prevenía de mencionar el nombre de Pericles de modo insultante, en público o en privado, ni siquiera entre sus amigos, tan rufianes como él. Pericles era famoso por su crueldad.

De modo que concentró sus pensamientos en él escuchando las voces de Dédalo, y en Aspasia, la zorra que consiguió desplazar a su madre, como se le había hecho creer. Hizo suya la vergüenza de Dejanira. ¿Cómo se atrevía una mujer así a sentarse en la silla que su madre había ocupado y a acostarse en el lecho de Pericles? También

tomó como suya la degradación de Dejanira. ¿No constituía Aspasia la vergüenza de Atenas, siendo una célebre cortesana de la que se contaban las historias más lascivas? Abiertamente declaraban todos que era impía, y que suponía una humillación para las mujeres puras. Pericles la amaba. Eso era suficiente.

Calias empezó a hacer planes. Si procuraba la muerte de Aspasia, Pericles sufriría de un modo horrible, y además, los atenienses aprobarían la acción de su asesino. De un golpe se libraría del jefe de estado y se convertiría en el héroe de Atenas. Aquel no se atrevería a vengarse de él, por muy alta que fuera su posición. Estaba convencido de ello... Pero ¿cómo buscar la oportunidad de asesinarla? Había guardias en torno a su casa y su abominable escuela, la cual había despertado la indignación de los buenos atenienses. Nunca salía sin séquito. Ya podían juzgarla despreciable los ciudadanos virtuosos, ya podían reírse de ella los poetas cómicos con sus versos ingeniosos en la escena y en la taberna e incluso delante del mismo Pericles, pero todos la temían como la amante del poderoso jefe de estado. También la admiraban cuantos acudían a sus cenas. Nadie, ni sus peores enemigos, negaban su belleza, célebre en toda Atenas.

Su belleza. Destruirla sería destruir a la mujer, hacerla repulsiva a los ojos de Pericles, arrojarle a él al dolor y la desesperación y hacer que incluso sus más devotos se apartaran de ella con piedad y con asco. Por lento que fuera su intelecto Calias era astuto y tenaz. Encapuchado y sin compañía se fue a la guarida de una vieja, famosa por sus brebajes y pociones. Muchos la llamaban Hecate, e incluso ella se enorgullecía del nombre. Todos evitaban su casa y no sólo de noche, sino también de día, pues se rumoreaba que podía lanzar maleficios. Sin embargo, tenía su clientela que acudía a ella en busca de filtros de amor, amuletos y hechizos contra sus enemigos. Las mujeres estériles la visitaban y se tornaban fértiles. Predecía el futuro, y muchos aseguraban que era una visionaria. Los miembros del gobierno la juzgaban loca y por eso no la encarcelaban, ya que sabían además que era generosa en sus dádivas a los templos. Y rica, aunque no honorable. Algunos decían que era una de las Sibilas disfrazada. Se alzaba su casa en un huerto de sicómoros, guardada por perros salvajes encadenados a los que podía soltar en un instante —según decían— con sólo pronunciar una palabra gutural. La casa, aunque pequeña, era lujosa y estaba llena de tesoros, regalos todos de clientes agradecidos. Dédalo, que afirmaba estar muy por encima de tales supersticiones, abominaba de ella llamándola el escándalo de Atenas.

Calias no confiaba en nadie, por lo que no envió esclavo alguno para prevenir a Hecate de la visita de un noble señor. Los esclavos eran charlatanes. Si su abuelo se enteraba de que había visitado a una mujer tan terrible se enojaría incluso con él y le repudiaría. Además Dédalo era un arconte con responsabilidades públicas, y hombre cauto también. Calias no ignoraba que su abuelo había intentado herir a Pericles por medio de Aspasia, pero sólo siguiendo las vías legales, y aun así, furtivamente.

Todo debía llevarse a cabo en el mayor secreto para que nadie sospechara del hijo

de una familia aristocrática.

Aunque rico, era mezquino. Pensó en intimidar a Hecate con amenazas cuando se halló encapuchado ante ella en su casa, bien oculto el rostro, y forzarla así a aceptar un par de monedas de oro. Pero ella insistió en cincuenta y, cuando Calias se quejó diciendo que era muy pobre, se rió de él y le amenazó con arrojarle a uno de los perros furiosos y echarle de allí. Llevaba ropas muy humildes, pero la vieja vio por sus manos que jamás había trabajado, ya que eran suaves y gruesas, y su voz, si bien ruda, no era la de un campesino o un tendero cualquiera.

Alzó unos rasgos tan arrugados que parecían cubiertos de serpientes grises.

—No me compras sólo el ácido, sino mi silencio. Nunca he violado un secreto, aunque me han amenazado con la tortura más de una vez —dijo, y le sonrió e hizo crujir los nudillos. Parecía la máscara del mal en el teatro.

La casa olía a incienso, y las paredes estaban cubiertas de murales horribles con arpías, furias y gorgonas, serpientes y dragones, iluminados todos por lámparas de cobre que los resaltaba con un colorido impresionante. Calias concibió la idea de asesinarla con la daga después de recibir él ácido, recuperando así la bolsa y sin dejar testigos tras él, pero como si ella hubiera oído sus pensamientos —aunque no le viese el rostro siniestro— soltó dos perros que se sentaron ante la vieja rugiendo de modo muy extraño, clavando los ojos sanguinolentos en él. Calias se encogió y ella comprendió que sí había adivinado sus intenciones.

La vieja se sentó en una silla tapizada de seda; al lado había un cofre de acero de grandes proporciones. Soltando un juramento Calias le lanzó la bolsa sobre las rodillas huesudas y ella la abrió y contó las monedas. Asintió satisfecha, levantó la tapa del cofre y sacó de él una ampolla de cristal llena de un líquido rojo y espeso.

—Arroja esto al rostro de tu enemigo, que quedará ciego para siempre, y ya nadie se atreverá a mirarle de puro horror. Será más repugnante que el rostro de Medusa. El ácido quema como un fuego inextinguible que consume todo cuanto toca. Aléjate inmediatamente de él en cuanto lo hayas arrojado.

Sin hablar una palabra más, Calias salió de allí exultante de gozo, con la ampolla cuidadosamente envuelta en pergamino y luego en piel. Ya no necesitaba sino disponer un encuentro con Aspasia y acercarse a ella lo suficiente para arrojarle el líquido a la cara. No moriría, pero suplicaría a los dioses que le dieran la muerte. Era la venganza más adecuada contra Pericles, pues todos decían que la adoraba como si fuese una diosa que hubiera condescendido a amarle y acostarse con él.

Durante muchos días rondó la casa y la escuela llena de guardias, humildemente vestido como si fuera un trabajador de los campos, con el rostro cubierto, el cuerpo encogido y la cabeza inclinada con aire servil. Vio esclavos que entraban y salían, e invitados, cuyos rostros famosos reconoció, pero nadie se fijó en él, ni siquiera los guardias. En una ocasión vio salir la litera de Aspasia, pero iba muy bien guardada también; las cortinas estaban corridas para defenderla del sol ardiente, que podía dañar su célebre cutis. Decían en la ciudad que sólo mostraba su rostro

desvergonzado por la noche y que sus ojos miraban valientemente al frente, sin bajarlos ni desviarlos nunca. Pero Calias sabía que siempre iba rodeada de admiradores que le aprehenderían en un instante y sin duda alguna le matarían.

Era imposible entrar en la casa, debido a lo vigilada que estaba. Mientras se veía forzado a esperar, la frustración le enloquecía hasta el punto de inclinarle a la imprudencia. Pensó en llegar a ser el héroe de Atenas, aunque muriera en el empeño. Pero siempre se apartaba de tales extremos, convencido de que era mejor quedar en el anonimato. Todo esto aumentaba su furia contra Aspasia. Deseaba la gloria, pero el precio era demasiado alto aunque, sin duda, muchos aplaudirían su acción. Perdió interés en la heroicidad, ya que no estaría allí para escuchar los aplausos. Sabía también que Aspasia tenía muchos amigos poderosos que la vengarían, a pesar de que los ciudadanos de Atenas aprobaran su acción.

Se dijo que debía ser valiente por el honor de su familia. Pero tenía miedo. Por primera vez en su vida se obligó a concentrarse en el modo de salvar su vida, lo que le supuso un esfuerzo ímprobo.

Al fin, y después de muchos días, dio con un plan que era en sí una locura, pero, que podía triunfar por pura osadía. ¿Qué había dicho Dédalo una noche?: «El dinero lo es todo, y con él incluso se puede seducir a los dioses... que lo crearon». Calias había juzgado sus palabras muy ciertas y, por una vez en la vida, se juró no ser mezquino, como era propio de él, sino jugar con dados de oro.

Fue al barrio más mísero de la ciudad, en el que vivían y prosperaban los rufianes más audaces y valientes, criminales que se ocultaban de la ley dispuestos a enfrentarse con todo por dinero, y tan implacables y sin piedad como los buitres a los que se parecían; hombres sanguinarios armados de una maldad congénita. No sólo les atraería el dinero sino la maldad también, pues el mal era su vida.

Calias conocía estas tabernas y las frecuentaba, pero allí no sabían su nombre, pues él temía a su abuelo más que a nadie. Entre ellos se hacía llamar Héctor. Fanfarroneaba ante ellos, con ellos bebía y todos le admitían como a uno de su misma calaña; por eso no le robaban ni le asesinaban. Adivinaban que no era de cuna tan baja como la suya y les halagaba que él buscara su compañía. Aparte de eso, Calias les invitaba a beber, agradecido de que le aceptaran. Algunos se decían que, en una emergencia, «Héctor» siempre podría acudir en su ayuda con sus amigos influyentes. El mismo Calias lo insinuaba a veces alardeando de poder. Sabía, como ellos, que de ser arrestados se verían inmediatamente ejecutados, ya que algunos eran además de asesinos, ladrones escapados de la prisión.

Entró en la asquerosa taberna que prefería, iluminada con unas velas míseras, más sucia de lo que nadie podría imaginar y con un olor apestoso a sudor, chinches y vino y alcohol repugnante. Como de costumbre estaba llena de bandidos de rostros patibularios, la daga siempre a punto, vestidos de sucios harapos, y sandalias malolientes. Le saludaron con placer y se agruparon en torno a Calias pasándole el brazo sobre los hombros.

Su aliento era fétido, los dientes amarillos y rotos, los rasgos infames. Pero él no les respondió con aversión sino casi con afecto. Eran los suyos, aunque no tuvieran dinero.

Lanzó una bolsa de oro sobre la mesa y ante el tabernero, tan malvado como sus clientes.

—¡Que corra el vino con abundancia esta noche! —gritó—. ¡Tengo unos planes que pueden haceros ricos a muchos!

Todos gritaron de alegría peleándose por las monedas, y Calias les observó satisfecho. Preguntó después por Io, una ramera que atendía a aquellos hombres, una jovencita que no tendría más de trece años; su rostro era el de una dríada, tan inocente como un lirio y sus ojos azules y puros. Era la favorita de Calias, quien frecuentemente compartía con ella su lecho miserable. Io le apreciaba porque le daba una moneda de oro en vez de una de cobre. Enviaron a buscarla en seguida, sacándola de la cama donde estaba con un malhechor. Sólo llevaba una camisa corta que dejaba ver los muslos brillantes, los brazos infantiles y parte de sus senos incipientes. Tenía unos cabellos tan negros como el ala del cuervo, la boca suave y rosada, el rostro virginal. Era también muy lenta, de poco intelecto y tan obediente como un cachorrillo. Nadie la había oído hablar nunca, aunque sí oía; los únicos sonidos que lanzaba eran gritos y gemidos. Su aspecto era encantador. Tal vez fuera hija de un aristócrata, pues tenía gestos extrañamente delicados, aparte de la suciedad de su cuerpo y sus pies, y de las ropas que vestía.

Calias la estudió y comprendió que la memoria no le había fallado: era perfecta para sus fines. No haría preguntas, pues no tenía curiosidad ni comprensión. Poseía una belleza sin mácula, ya que sus vicios no habían afectado la pureza de su rostro. Había en ella un aura de dulzura a despecho del ambiente repugnante que la rodeaba. La habían encontrado muy niña, vagando por las calles ruidosas, y un esclavo se la había traído a la esposa del tabernero.

—Io, amor mío —dijo Calias, acariciándole el seno inmaduro— pronto disfrutarás de ropas hermosas, de jabón y perfumes.

2

En los dos años transcurridos desde que Aspasia se convirtiera en su amante —o «su zorra» como la llamaban los atenienses más furiosos—. Pericles no se había cansado ni un instante de ella, sino que vivía en un estado constante de asombro y gozo, pues Aspasia parecía tener para él un rostro nuevo, un carácter fascinante por su variedad y una revelación notable. La dejaba un día un poco triste y, cuando la veía de nuevo, se le mostraba alegre y burlona; o bien, si la había dejado contenta, volvía para descubrir en ella un temperamento de tal gravedad que había de recordarse a sí mismo que no era una mujer ligera, sino muy profunda. Había momentos, especialmente cuando Aspasia estaba muy cansada, en que su rostro parecía casi vulgar, pálido, pensativo, incluso viejo, y al día siguiente era de nuevo encantador y brillante de color, y tan joven y puro como el de una doncella. Se pasaba toda una noche hablando con Pericles de los planes de Fidias y a la noche siguiente le echaba los brazos al cuello y le decía:

—Bésame. Esta es una noche para el amor.

Era, se decía Pericles, como si poseyera un harén de mujeres completamente distintas, todas adorándole y mostrándose complacientes con él, siempre de un modo distinto.

Combinaba las artes deliciosas de una cortesana —el éxtasis y los encantos inherentes a tal condición— con la ternura, devoción y solicitud de una amada esposa. Pero ponía gran cuidado, según la había adiestrado Targelia, en no aburrirle nunca, en no iniciar conversaciones banales, ni exponer quejas, ni entregarse por completo a un ser humano. Entre ella y Pericles siempre había como un velo fragante; cuando él trataba de perseguirla, el velo temblaba ante su rostro, lo cual le resultaba a la vez un suplicio y un deleite excitante, sobre todo cuando al echar a un lado el velo por un segundo descubría que había estado persiguiendo a una desconocida que se burlaba cariñosamente de él. Podía ser deliciosamente juguetona, como una niña, y en un abrir y cerrar de ojos convertirse en una mujer reposada que hablaba de filosofía con él.

En realidad, bajo todos los aspectos, era la mujer de la estatuilla, pero su carne era además cálida, complaciente y resistente a un tiempo. Sin embargo, fueran cuales fueran los cambios, Pericles sabía que ella le amaba tan profundamente como la amaba él y, a menudo, en medio de un discurso a la Asamblea, los arcontes o la *ekklesia*, pensaba en ella con cierto temblor interior, sintiendo un dulce anhelo, y con fe absoluta en su integridad y su constancia.

En cuanto a Aspasia, Targelia le había enseñado que —con objeto de protegerse— no debía amar del todo, o más bien nada, ya que los hombres se cansaban de las

mujeres y buscaban la novedad, y eran tan inquietos como las liebres en primavera o los ciervos en la época de celo. Por eso la mujer que amaba era vulnerable y al verse rechazada, suplicaba la muerte o ya no volvía a conocer el gozo y la felicidad. Los hombres, decía Targelia, a despecho de cuanto cantaran los poetas, amaban a las mujeres, nunca a una mujer, mientras que estas, criaturas desgraciadas, amaban a un hombre, nunca a todos los hombres. En el momento de la pasión la mujer debe amar, aunque sea por un instante y siempre íntimamente antes de poder entregarse, pero para el hombre cualquier mujer encantadora resultaba deseable y no se tenía en cuenta el amor en un nuevo encuentro. Las mujeres, por naturaleza, deseaban lo establecido, lo seguro, pero estas cosas inquietaban a los hombres.

Pasó más de un año antes de que Aspasia pudiera sentirse segura del amor de Pericles, confiar en él y amarle plenamente, y ese fue su gozo y felicidad secretos. Podía hablarle con toda franqueza y tranquilidad, sin estar siempre pendiente de complacerle; podía hablarle de corazón a corazón, confiada en su protección y comprensión, su ternura y seguridad. Sabía que un amor así entre un hombre y una mujer —sin miedo al engaño y la traición— era el don más precioso de los dioses, y debía ser apreciado y conservado como un fuego vestal, pues era santo y bendecido. Yacía al abrigo del amor de Pericles, ya no ansiosa ni asustada, ya no obligada a simulaciones tontas, aunque con cuidado siempre de hacerle pensar que había más en ella de lo que revelaba.

Aspasia comprendía que el deseo supremo de Pericles era complacerla, tenerla más cerca de él, y que en su presencia se mostraba tal como era, sin dudar jamás de ella, que, a su vez, le satisfacía, pues lo que Pericles le confiaba cuando yacían juntos en el lecho jamás se revelaba a nadie. Aspasia sabía la pesada carga que suponía la jefatura del estado, sus enemigos, luchas y frustraciones, deseos, odios y furia, y ambos sabían que las confesiones y diatribas de Pericles nunca saldrían de aquella cámara en la que estaban abrazados, la cabeza de Aspasia sobre su pecho, las manos enlazadas o los labios unidos bajo el calor perfumado de la noche. «¡Ah —se decía ella—, qué bueno es confiar y de qué pocos podemos fiarnos! Confiar en uno es suficiente, es más que suficiente, es el agua vital para toda una existencia. Es el alimento para nuestro espíritu, el refugio contra las vicisitudes de la suerte y la vida tan precaria».

En una ocasión Pericles le dijo:

—Revocaré la ley que dicté de que ningún ciudadano de Atenas podía casarse con una extranjera. —Lo hizo, porque, sobre todas las cosas, la deseaba como esposa, temiendo la inconstancia del ser humano.

Pero ella dijo:

—Eso pondrá un arma mortal en manos de tus enemigos, especialmente los que también aman y no pueden casarse con extranjeras.

Y se dijo a sí misma: «Muchos hombres son más fieles a sus amantes que a sus esposas, para la que inventan faltas como excusa de su traición. Pero una mujer libre

puede dejarles en cualquier momento, y esto lo saben; por esto deben serles fieles, para que sus amadas no les dejen primero por otro hombre más tierno, considerado y hermoso». Si estas reflexiones le parecían cínicas, también sabía que eran ciertas, y que se basaban en la realidad y en la naturaleza humana. A fin de retener a Pericles, que después de todo era sólo un hombre, ella debía reprimirse también. Reflexionando más a fondo sobre ello comprendió que esto sucedía así en cualquier relación humana. Entregarse del todo, excepto quizás a Dios, era correr un gran peligro.

De modo que en los hermosos jardines de su escuela erigió un altar de mármol bajo una cúpula del mismo material y lo rodeó de columnas también en mármol, de estilo dórico, sereno y sin muros. El altar que se alzaba en el centro tenía una inscripción: «Al Dios Desconocido». Era un templo pequeño pero tan puro como la nieve, y silencioso; a cada lado había fuentes iridiscentes con unos delfines que parecían agitarse a los rayos del sol, y en las aguas saltarinas se formaba el arcoiris, con lo que las columnas parecían despedir una luz vacilante bajo el sol o la luna. Rodeándolo todo había macizos de lilas, rosas y jazmines, y un paseo circular de grava rosa. Aspasia ignoraba la razón —que juzgaba absurda—, pero el área en torno al templo parecía poseer una paz íntima y serena, una promesa de refugio y eternidad, incrementada por un grupo de cipreses oscuros y puntiagudos más allá de las flores y el sendero. Era como una avenida pequeña, santificada, a la que sólo podía acercarse el que buscara algo, imbuido de temor y reverencia. Era el lugar favorito de las muchachas de la escuela pero pocas veces se aventuraban hasta los escalones del suelo de mármol. Quedaban a distancia, en mudo silencio. No hacían preguntas, como si sus corazones juveniles comprendieran.

Fidias lo había diseñado con amor y pasión y había dicho: «Un día Él tendrá miles de altares y miles de templos, y todos conocerán quién es Él».

En los mismos jardines, y en un lugar retirado, se levantaba un plinto de mármol sencillo grabado con estas palabras: «A Al Talif, que tanto enseñó a Aspasia sobre el gozo y sobre el dolor. ¿Quién puede discernir la diferencia?». Pericles había tropezado una vez con él y había experimentado de nuevo aquella cólera fría y unos agudos celos, pero jamás se lo había confesado a Aspasia. Él tenía sus secretos, y ella los suyos, y ambos los respetaban. Era otra de esas cosas ocultas que los unía más, mucho más que si se hubieran revelado a la luz amarga del día. La desnudez engendra el aburrimiento, y la revelación total, como la desnudez, no es atractiva. El misterio, al igual que las sombras de la luna, creaba visiones y despertaba la Poesía. Por encima de todo Pericles hallaba misteriosa a Aspasia, una mujer que nunca sería dominada por completo.

Recibían a sus amigos en casa de Aspasia, más que en la suya, a pesar de que su casa fuera más pequeña; pero era muy hermosa, con un estilo austero y elegante. Siempre opuesta al exceso de opulencia y superabundancia del oriente, Aspasia prefería los muros de mármol sin adornos que reflejaban la luz rosada del crepúsculo

o las copas de las palmeras, y el brillo suave de los suelos de mármol pulido. Pero las estatuas que adornaban la casa eran incomparables y muchas de ellas habían sido creadas por Fidias, aunque este prefería trabajar en marfil, oro y bronce. También ellas tenían la grandeza de la sencillez heroica y una grave dignidad. Sobre todo ello había un ambiente de paz, una noble serenidad.

La casa se alzaba junto a la escuela, un edificio cuadrado y rodeado de columnatas donde las muchachas podían estudiar, leer y conversar, o pasear contemplando la belleza delicada de los jardines. Vivían en los dormitorios de la escuela, bajo la vigilancia de maestras y guardianes. Al llegar el crepúsculo resonaban en los jardines sus risas, mientras jugaban a la pelota, practicaban con el arco, lanzaban el disco o se bañaban en los estanques. Aspasia hallaba encantador aquel conjunto alegre de sonidos y con frecuencia se unía a sus doncellas en los juegos, pues a pesar de sus veinticinco años, aún seguía poseyendo milagrosamente la ligereza de la juventud. Las alumnas la reverenciaban, y toda su ambición era parecerse a ella lo más posible.

—La perfección —les decía Aspasia— jamás puede lograrse por completo, pero sí podemos acercarnos a ella con diligencia y dedicación. Nunca hay que contentarse con la mediocridad, ya que con ella se satisfacen las mentes inferiores. Luchad siempre, competid siempre como en los Grandes Juegos Olímpicos. Sólo eso satisface a Dios.

Zenón de Elea había dicho a Pericles con frecuencia que la felicidad era el sueño de las vacas, algo que los seres inteligentes eran incapaces de alcanzar, ya que el pensamiento llevaba consigo la comprensión de la situación trágica de la humanidad.

—Se dice —observó una vez— que Prometeo robó el fuego del Olimpo para la humanidad y que por ello fue castigado, Pero yo creo que eso es en realidad una alegoría; lo que él trajo a los hombres fue el pensamiento, y ¡ese sí que es fuego! Al hacerlo, los convirtió en criaturas conscientes. Tal vez hubiera sido mejor seguir viviendo como monos.

—La mayoría de los hombres aún lo son —le contestó Pericles—. No soy un estúpido demócrata de los que creen que todos los hombres han nacido iguales.

Sólo en Aspasia encontró la verdadera felicidad, jamás alcanzada en su vida, y ni aun así era total, pues le dominaba el terror que conocen los verdaderos amantes: el miedo a perder lo que le era más querido por la muerte o cualquier desastre.

—Disfruta del momento, regocíjate en él, pues el ayer ya lo hemos perdido y el futuro aún no es nuestro. No pienses en los males o privaciones que pueden caer sobre ti en el porvenir. Eso amarga el presente, como el vino puede convertirse en vinagre —había dicho Anaxágoras.

Sin embargo, Pericles era incapaz de disfrutar sólo del presente. El futuro está formado por el presente, se decía; el que no piensa en él se queda estancado, y, obrando así, nada se construiría ni crearía y todos viviríamos aún en la jungla como bestias. Ciertamente que la idea del futuro podía producir dolor. Sin embargo, uno debía ser

precavido. Por eso había insistido en aumentar la vigilancia en torno a la casa y el colegio de Aspasia. Ella no deseaba tener muros rodeando los edificios, pero Pericles exigió que se construyeran, y con verjas de hierro forjado en la entrada que día y noche estaba guardada por sus hombres.

Calias había vigilado meticulosamente muros y verjas. Su deseo de destruir a Aspasia —y, a través de ella, a Pericles— crecía de día en día. El primer plan que concibió fue lanzar él mismo el ácido al rostro de Aspasia.

Pero, como todos los hombres físicamente poderosos, que presumen y hablan en exceso, era un cobarde. Tras estudiar todas las posibilidades había dispuesto al fin sus planes hasta los más mínimos detalles, pues tenía la mente astuta de los malvados de inteligencia escasa. Le habían dicho que Pericles pasaba al menos tres noches a la semana en casa de Aspasia. Cuando los asesinos amigos suyos le informaron de que aquella noche no dormiría allí —ya que había estado la noche anterior con ella y esta mañana había de dirigir un discurso a la Asamblea— dio por rematado su plan. Ignoraba que Aspasia y Pericles hubieran tenido invitados esa noche y que Pericles, agotado por el vino y la conversación, todavía estaba en la casa, desde la que pensaba dirigirse a la Acrópolis.

Esta mañana, como de costumbre, pasearon juntos por los jardines poco antes de amanecer. A pesar de ser ya pleno verano, el ambiente era fresco hasta que el sol se hallaba muy alto en el cielo; el rocío que cubría la hierba repetía con su brillo el arcoiris y las flores exhalaban suavemente su mezcla confusa de aromas. Los oscuros cipreses apuntaban a un cielo todavía muy pálido. Las fuentes se murmuraban sus secretos. Las colinas que rodeaban la ciudad eran un fondo color sepia sobre el que los olivos resaltaban plateados contra la tierra, marrón y amarilla. Los templos repartidos por la Acrópolis semejaban estar formados de huesos blancos y delicados sobre aquel fondo oscuro, captando ya los primeros rayos del sol. El pequeño templo al Dios Desconocido se alzaba hermoso en su paz silenciosa; el altar, libre de todo adorno, parecía aguardar. Los pájaros cantaban en los mirtos, sicómoros y palmeras, y el aire estallaba de voces musicales. Era la hora que más le gustaba a Pericles, aunque Aspasia prefería la noche.

—Hace días recibí una carta de un joven muy rico que vive en Corinto —dijo esta, enlazando su mano con la de Pericles, como una niña confiada—. Sus padres murieron recientemente, y se ha quedado solo con una hermanita de trece años. Como ha de ausentarse con frecuencia de casa, teme por su seguridad. Ella se llama Io. Tiene esclavas que la atiendan, pero él quiere cuidarse de su bienestar. Ha oído hablar de mi escuela y desea que su hermana esté conmigo, de modo que van a venir a verme. Dice que ella es muy tímida y vulnerable, ya que ha vivido extraordinariamente protegida, incluso más de lo que es habitual entre los griegos. Llegará hoy o mañana con su hermana para que yo la examine. Mencionaba en la carta que Io ha tenido tutores que la consideran muy inteligente a pesar de su juventud y su incapacidad de conversar con extraños.

—Espero que sea más linda que la mayoría de tus jóvenes —dijo Pericles. Aspasia se echó a reír.

—No elijo a mis doncellas por su hermosura, sino por su inteligencia. Esta no es una casa para el adiestramiento de las cortesanas. Muchas de ellas son bonitas, lo que ocurre es que no les enseñé el arte del adorno personal, sino que insisto en la severidad en sus vestidos y su modo de peinarse, a fin de que no se distraigan. Ya se encargarán sus madres de enseñarles los trucos para conquistar a un hombre.

—Pero ¿qué más encantador que la belleza acompañada de inteligencia? —preguntó Pericles inclinando la cabeza cubierta con el yelmo para besarla suavemente en los labios.

—Ah, yo soy un caso extraño —dijo Aspasia.

Sentíase llena de paz, protegida por la mano fuerte y firme de Pericles. Jamás dudaba de su amor por ella, de su preocupación intensa por la felicidad de su amada y de su devoción. Había soñado con él durante los años que vivió con Al Talif, aquel hombre inexplicable cuyos estados de ánimo resultaban inquietantes, furioso un instante y tierno al siguiente, dejándola siempre en un estado de temor e inseguridad. A veces se alegraba de no haber llegado a saber que la quería, pues entonces se habría quedado con él para desgracia suya. Pero había ocasiones en que recordaba a Al Talif con un dolor suave y con cierto anhelo, incluso estando con Pericles. El corazón de una mujer, una vez se ha entregado, ya no sabe renunciar sin sangrar y sufrir.

El sol ascendía con rapidez. Ya era hora de que Pericles se marchara. Aspasia jamás le preguntaba cuándo volvería, pues esto impacientaba a los hombres y le daba una impresión incómoda de dominio, lo que era malo para el amor. Cuando visitaba a Aspasia siempre le acompañaban dos guardias, que iban, como él, a caballo. Ahora fue a reunirse con ellos, tras un último abrazo a Aspasia, y desapareció por detrás de la escuela. Ella permaneció allí disfrutando de la mañana y mirando en torno con placer y consuelo. «Cuando sea vieja —se dijo— seguiré amando y recordando todo esto». Miró ociosamente los muros y verjas distantes. Dos guardias permanecían en la entrada, bien armados. Sonrió. Pericles la protegía; y no es que ella se considerara en peligro, pero eso le daba confianza. Se detuvo un grupo fuera de las puertas, un hermoso carruaje con toldo en el que iban sentados un muchacho y una jovencita. Les acompañaban cuatro jinetes con yelmo y con armas. Montaban como soldados, y el primer sol de la mañana brillaba en los arneses de plata y sacaba reflejos lustrosos al lomo de los caballos. De modo que ya había llegado Io, la muchacha, con su hermano, rodeada de gran ceremonial. Aspasia avanzó lentamente por el sendero de grava roja y luego se detuvo. Los guardias hablaban con el grupo. Luego uno vino hacia ella y dijo:

—Señora, Nereo, el señor de Corinto, y su hermana Io han llegado. Solicitan una entrevista contigo.

—Que pasen —dijo Aspasia y continuó allí esperando.

El guardia regresó a las verjas y las abrió. Los ocupantes del carruaje bajaron,

quedando este, con sus caballos blancos y soldados acompañantes, fuera de las puertas. Los dos jóvenes entraron solos en los jardines; Aspasia pensó vagamente que era algo curioso. Miró con amabilidad a los que se aproximaban. Nereo, el hermano, era alto, rubio e iba muy bien vestido, aunque no ostentosamente, con una túnica de seda roja, cinturón de oro y un manto del color de la túnica. Sus cabellos eran rubios, pero no peinados en rizos a la moda de los atenienses. La atención de Aspasia se fijó especialmente en la muchacha y vio ante ella una niña de rostro virginal, con la suavidad de un lirio y una serena palidez; los cabellos, muy negros, estaban cubiertos con un velo azul del color de sus grandes ojos. El vestido era de lino blanco bordado de plata, y también había adornos de plata en el manto azul. Sus pies calzaban sandalias engarzadas de piedras preciosas. Llevaba en las manos un objeto envuelto en un paño de seda roja y azul.

Calias, a caballo fuera de las puertas, observaba con gozo que Aspasia estaba sola en el jardín, sin haber siquiera un esclavo a la vista, ni un jardinero. Sus hombres vencían en número a los guardias, pero siendo cobarde, había tenido miedo de entrar en los terrenos de la casa y la escuela. Si después del crimen los guardias intentaban cogerles a él y a sus compañeros, los matarían sin vacilar. En cuanto a los dos de dentro del jardín, no tenían importancia para Calias. Que huyeran y se reunieran con el grupo. Si no, que perecieran. Claro que esto no se lo había dicho al impostor Nereo, al que había asegurado que el grupo les esperaría y los sacaría de allí sanos y salvos.

Nereo, ladrón y asesino, aunque joven y hermoso, había oído hablar de la belleza de Aspasia, pero ahora quedó sorprendido ante su aire de nobleza, su aspecto de estatua tallada de mármol y delicadamente coloreada. No llevaba trenzados los cabellos dorados que se agitaban en torno a ella como una nube radiante bajo la brisa de la mañana. Por un instante su malvado corazón vaciló pensando en la ruina inminente de aquel rostro y formas exquisitas, pues en tiempos había sido bien educado para verse después arrojado de la casa de su padre por su conducta infame. Calias le había escogido con toda astucia, pues tenía modales patricios y una conversación culta.

Saludó a Aspasia con una reverencia cortés y dijo con voz educada:

—Señora, es muy amable de tu parte el recibirnos y te estamos humildemente agradecidos. Esta es mi hermana Io, sobre la que te he escrito. Te ruego que la recibas y la cuides, aunque es tímida y pocas veces habla. Prefiere guardar un silencio infantil.

Aspasia inclinó la cabeza y sonrió tiernamente a la niña, siempre conmovida a la vista de la infancia. Reparó en aquellos ojos fijos y vaciló, pues no había inteligencia en ellos, sino una mirada vacua que no ocultaba, sin embargo, la belleza de su forma y color. Preguntó:

—¿Dices que ha tenido buenos tutores, Nereo?

—Sí, sí —insistió él—, pero nunca se ha visto expuesta a las miradas de los

extraños, por eso no habla fácilmente con desconocidos.

Tocó a Io en el brazo. Esta era la señal que ella había ensayado muchas veces bajo la dirección brutal de Calias. Empezó a retirar la seda que ocultaba la ampolla del ácido mortal, sin apartar los ojos de Aspasia.

—Retirémonos al pórtico exterior donde podremos conversar. Así, Nereo, te enseñaré mi escuela —dijo ella.

Tenía el propósito de examinar a Io, de la que no se sentía muy segura. La muchacha tenía la mirada de un niño de pecho, vacía, inexpresiva. Le recordaba a Cleo que, a pesar de su falta de intelecto, era ahora la amante y tirana de un Cadmio acobardado, hecho que hacía muchísima gracia a Aspasia. Nadie es más rígido en sus demandas y reglas que los torpes. Aspasia sentíase convencida por instantes, aun a pesar suyo, de que lo no era una candidata digna para su escuela. Sin embargo en otras ocasiones se había equivocado. No rechazaría a aquellos dos hasta estar completamente segura de que la muchacha no servía.

Se volvía ya para dirigir el camino hacia el pórtico exterior de la casa cuando Nereo dijo:

—Mi hermanita te ha traído un regalo, señora, y desea ofrecértelo ahora. Aspasia se volvió de nuevo a ellos, sonriendo. El último pliegue de seda cayó de la ampolla; Io la tomó en la mano, mirando a Aspasia al rostro; le quitó el tapón con un movimiento rápido. En ese instante voló una avispa ante el rostro de Aspasia, que hizo un brusco movimiento a un lado agitando la mano ante el insecto amenazador. Esto fue lo que la salvó, pues en el instante en que se apartaba y hacía ese gesto, la muchacha lanzó el contenido del frasquito hacia el lugar en que ella había estado.

Siseando, y entre un humo rojizo, el ácido formó un arco bajo el sol y fue a caer sobre la hierba junto a Aspasia, donde se alzó una llama violenta de olor intolerable. Aspasia se echó atrás con un grito de terror.

Nereo había recibido órdenes: si por alguna desgracia fallaba el líquido, había de clavar una daga en el corazón de Aspasia lo más rápidamente posible. Vio que el ácido ardía y se deslizaba sobre la hierba, como una pequeña serpiente de fuego, alejándose de Aspasia. Sacó la daga y avanzó furioso contra la horrorizada y temblorosa mujer, mientras Io seguía a su lado, tranquila y mirándolo todo inexpresivamente. En ese momento Pericles y sus hombres daban la vuelta al edificio. Nereo los vio. Aunque asesino, era un valiente, y habría cumplido su misión si la misma Aspasia no le hubiera cogido por la muñeca retorciéndole el brazo hacia arriba y clavándole la rodilla en la entrepierna. A la vez gritó pidiendo auxilio. Nereo soltó la daga y se dobló en dos con un aullido de dolor. Pericles dio un latigazo al caballo y corrió hacia el grupo, viendo la llama que crepitaba sobre la hierba y la lucha de Aspasia, pues, aunque vencido por el dolor, Nereo la había cogido por el tobillo y se lo retorcía intentando arrojarla al suelo a fin de matarla allí con mayor facilidad.

También Calias lo vio todo desde su puesto ventajoso fuera de las puertas. Hizo

una señal y el carruaje y los jinetes iniciaron la marcha. Sin embargo, los hombres de Pericles corrieron tras ellos, aunque no eran tantos en número. Tenían una ventaja que ni siquiera ellos sabían: los hombres de Calias no eran soldados y, aunque llevaran espada, apenas sabían utilizarla con destreza. De modo que emprendieron la huida. Los jinetes de Pericles salieron en su persecución, así como los guardias de la puerta con la espada desenvainada.

Pericles lanzó un grito a los guardias y, cogiendo a Nereo por los cabellos, lo apartó de Aspasia. Io se sentó serenamente sobre la hierba y empezó a doblar y desdoblar el pañuelo de seda mirando en torno sin ver nada. Pericles no se proponía matar a Nereo, que era más pequeño y débil que él, pero hubo de controlar su rabia asesina, pues deseaba información sobre el instigador del crimen. Le cogió por la garganta y le redujo a sumisión; luego le lanzó a tierra reteniéndole allí con el pie. Miró por encima del hombro a Aspasia, quien, temblando y llorando, cruzaba apretadamente los brazos en torno a su cuerpo, y dijo con voz serena:

—Todo ha terminado. No temas, amada mía. Vuelve a tu casa y aguárdame allí.

—Querían destruirme —dijo ella.

—Lo sé. Pronto descubriré la razón y serán castigados. Aspasia repetía una y otra vez:

—Querían destruirme. ¿Por qué?

—Entra en la casa —insistió Pericles con firmeza terrible y ella obedeció, inclinando la cabeza y ocultando el rostro entre las manos, mientras sus cabellos eran agitados por el viento.

Los rasgos de Pericles se habían endurecido de modo impresionante. Nereo trataba en vano de librarse de aquel pie inexorable, pero Pericles lo golpeó en la sien y quedó inconsciente.

Mientras tanto, volvieron los guardias corriendo sobre la hierba con la espada desnuda. El ácido había dejado ya de arder, y ahora sólo era un reguero humeante entre las hojas, con unos chispazos latentes aquí y allá. Pericles dijo:

—Llevaos a este asesino, encerradle en cualquier habitación y vigiladle constantemente. No le hagáis daño. Ha de ser interrogado.

A solas ya, y aguardando, Pericles contempló aquel reguero negro sobre la hierba y, por primera vez, empezó también a temblar de cólera y horror. Sentíase acabado. Miró a la muchacha sentada en el suelo; había empezado a tararear bajito y para sí mientras se ponía el pañuelo de seda en la muñeca y levantaba el brazo de vez en cuando para ver su brillo. El primer impulso de Pericles fue matarla; luego vio la vacuidad de su rostro infantil, la mirada obtusa. No era más culpable de su atrocidad que los pájaros de los árboles, pensó, y le dijo, templando la rudeza de su voz:

—¿Quién te envió aquí, niña?

Ella le oyó y, con la lentitud habitual, alzó el rostro y le miró. Sólo vio que era un hombre, y le habían enseñado a ser seductora. Inclino la cabeza y fijó en Pericles sus ojos azules, tan puros como un estanque de aguas de lluvia.

—Héctor. ¿Quieres... acostarte conmigo, señor? —dijo con voz infantil, insegura, como la de una niña muy pequeña.

Empezó a reír de modo incoherente y Pericles frunció el ceño. La imbecilidad de la niña le sobrecogió con una especie de horror, como si fuera sólo un instrumento y no un ser humano. Vio que no tenía la menor idea del crimen que había tratado de cometer. Estaba por encima del bien y del mal, pues no tenía alma. Se sintió en presencia de algo inocentemente espantoso y sobrenatural, ante lo cual se encogía el espíritu humano.

Salió una esclava al pórtico exterior. Pericles la llamó y ella se acercó corriendo.

—Llévate a esta niña a tu habitación —dijo, señalando a Io.

La esclava la cogió de la mano, e Io la siguió con docilidad, sin preguntar nada, sin resistirse. Pericles se echó a temblar. El jardín brillaba solitario en torno a él, sonriente bajo el amanecer, pero en su corazón no había sino cólera y confusión. Toda aquella belleza parecía burlarse de él, y Pericles comprendió que la naturaleza no se interesaba en absoluto por los problemas y tragedias de la humanidad, y que, por tanto, era espantosa en sí misma. «¡Ah! —pensó—, nos gusta que incluso la naturaleza comparta nuestras pasiones, desesperanzas y temores y, cuando vemos que no es así, el hecho nos confunde y alarma. Somos insignificantes ante sus fuerzas y sus designios brutales, carentes de pensamiento y emoción. Los Hados tejen su tela sin un temblor, sin simpatía ni rabia hacia los que crean o destruyen. Son tan indiferentes como Io y, por eso, tanto más temibles. ¡Qué presunción por nuestra parte el pensar que la profundidad abismal de una conciencia desconocida está pendiente de nosotros!».

Miró el templo del Dios Desconocido y le inundó la amargura, como si se hubiera visto traicionado. No se atrevía a pensar aún de qué había escapado Aspasia. En su interior sólo soñaba con la venganza.

Los soldados y guardias, agotados y polvorientos, regresaron con un hombre ligeramente herido y con las ropas destrozadas. Era Calias, apodado «el rico». Los demás habían muerto en la sangrienta refriega. La única razón de que no le mataran los guardias fue por que él había gritado:

—¡Soy nieto de Dédalo, el arconte; soy Calias y, si me matáis, lo pagaréis con vuestra última gota de sangre! Llevadme ante Pericles, pues mi madre estuvo casada con él.

Hasta el fin había sido un cobarde, pensando únicamente en su vida y no en el abuelo o la madre, que quedarían avergonzados por el escándalo de aquel intento de asesinato o algo peor todavía. Se creía por encima de la ley, como todos los estúpidos, y por tanto con privilegios. Estaba convencido también de que Pericles le perdonaría.

Este se maravilló al no sorprenderse en absoluto cuando arrastraron a Calias ante él en el atrio, sangrando de diversas heridas superficiales y tan sucio como un campesino. El rostro era bestial y desafiante, aunque vacilaron sus ojos al mirar a

Pericles.

Le observaba este como el que contempla algo indeciblemente obsceno.

—Lleváoslo y ponedle la marca de la esclavitud en la frente —dijo después a los guardias.

Calias luchó y chilló inútilmente, pues ellos le dominaron y se lo llevaron. Unas náuseas repentinas vencieron a Pericles que inclinó la cabeza hasta las rodillas por unos momentos. Luego aceptó el vino helado que un esclavo le ofrecía en silencio. Estaba cubierto de un sudor frío y los muros del atrio giraban en torno a él como velas blancas. Pensó con odio en Dédalo y Dejanira, y con anticipado placer en el momento en que sus soldados arrojaran a Calias a sus pies con la vergonzosa marca de la esclavitud en la frente.

Quedaría para siempre marcado como una cosa; ya no sería un hombre. Esto le parecía el más indeseable de todos los castigos.

Aspasia, pálida como la muerte, volvió al atrio y quedó muda ante él, observando su rabia silenciosa, su odio y emoción. Pericles se recostaba ahora en la silla con los ojos cerrados. Instantes después advertía su presencia. Aspasia dijo:

—Me he tomado la libertad, señor, de dar una contraorden. No marcarán a Calias como esclavo.

Se incorporó y la miró; ella jamás había visto el rostro que ahora tenía delante, un rostro ciego y amenazador, y se echó atrás temerosa. Pericles dijo, no obstante, con bastante serenidad:

—¿Te atreviste a tanto? ¿Te atreviste a desobedecerme?

—Sí, señor —respondió.

Se llevó las manos unidas al pecho y por primera vez tuvo miedo de él. Nunca le había parecido tan imperial con su túnica corta y blanca, la cabeza cubierta con el yelmo, la expresión inescrutable; ni tampoco tan peligroso. A menudo había temido a Al Talif; en comparación, aquel temor no era nada para lo que sentía ahora. Temblaba visiblemente, pero conservaba el rostro lo más sereno posible.

—Sin duda tendrás alguna explicación para esta afrenta mortal, mujer. Nunca se había dirigido a ella con una voz tan helada e insultante. Inclinó la cabeza y dijo con voz casi inaudible:

—Sí, señor. Tienes dos hijos que son hermanos de este Calias. ¿Querías que Jantipo y Paralo fueran parientes de un esclavo?

No había pensado él en eso y ahora reflexionó aterrado en sus palabras. Aspasia continuó:

—¿Te gustaría también que se rieran de ti todos tus enemigos en Atenas por haber estado casado con la madre de un esclavo?

Pericles se levantó y recorrió lentamente el atrio, con las manos unidas a la espalda y la cabeza inclinada. Observándole, ella dijo con voz temblorosa:

—Eso sería ya suficiente desgracia. Pero es que además el castigo que decretaste era indigno de ti, señor.

Se detuvo de espaldas a ella y habló en tono despectivo:

—Y, ¿qué sugerirías tú, oh Sibila?

Aspasia se le acercó y le tocó implorante en el brazo. Pericles no se volvió; sólo se advertía su perfil inflexible.

—Sugiero que sea azotado por mi vigilante en el salón ante los esclavos, y que luego le lleven encadenado ante el arconte rey, que es tu amigo. Que sea desterrado de por vida. ¿No eres jefe de estado? ¿No estás por encima incluso del arconte rey? Este no se negará a tus deseos.

—Calias es un ser repugnante —dijo Pericles. Pero reflexionaba profundamente. Se frotó la barbilla con la mano mirando al vacío—. Merece la muerte. ¿No sería mejor hacer que le mataran y enterrarle luego en un lugar desconocido?

—Eso no es digno de ti —repitió Aspasia.

Pensó él en Turnio y sonrió secamente. Sabía que Aspasia apelaba a su orgullo, no a su justicia. Era una mujer, y pensaba como una mujer. Por sabia que fuera, jamás comprendería a un hombre. Dijo:

—Si no te hubiera salvado aquella avispa estarías deformada para siempre, serías horrible a la vista; o habrías muerto asesinada. ¡Sin embargo, pides piedad para un asesino que te deseaba esa desgracia!

—No soy insensible al peligro del que escapé, señor —dijo, y trató de conseguir que él la mirara, pero Pericles apartó la vista—. También yo tengo imaginación. Mi compasión no es debilidad, según parece creer. Pero la víctima no era yo precisamente, sino tú. Él quería destrozarte a ti al destruirme, pues, ¿acaso le he ofendido yo de algún modo? No. La muerte es poco castigo por lo que intentó hacerte. Mi sugerencia es mucho más terrible. Cuando le arrojen ante el arconte rey, haz que Dédalo esté presente. Este es tu enemigo, y mío también. Jamás sobrevivirá a la vergüenza de que su nieto tratara de cometer un crimen, de que Calias sea un demonio miserable, digno del mayor desprecio de los hombres honrados, de que estuviera encadenado ante la Asamblea como un criminal común.

Pericles la miró y ahora ella captó la tensa crueldad de su sonrisa.

—Eres astuta, amada mía. Sin embargo, lo que has dicho es digno de consideración. Que así sea —dijo. Dio una fuerte palmada y el vigilante del vestíbulo entró al atrio. Lenta y cuidadosamente Pericles comunicó sus órdenes. El esclavo se inclinó. Pericles añadió—: Tráeme a ese Nereo, que está a tu custodia.

Trajeron a Nereo esposado al atrio y cayó en el suelo ante Pericles, de quien recibió una patada. Nereo se levantó con los modales serenos del aristócrata nato, aunque tuviera el rostro amoratado y cubierto de sangre. Sus ojos miraron por un instante a Aspasia, que vio el desdén que había en ellos.

—¿Que puedes decir en tu favor, hijo de una Cíclope hembra? —preguntó Pericles.

Pero Nereo no respondió. Se secó la sangre de los labios con las manos encadenadas. Pericles le miraba entrecerrando los ojos.

—Conozco a tu padre —dijo al fin—. Es amigo mío, de una casa noble, hombre de probidad y honor. Reconozco sus rasgos en tu rostro, a pesar de que también te viera de niño. Tu padre te arrojó de su casa con gran dolor y desesperación, y con justa cólera. Conozco tus crímenes.

Aspasia le escuchaba atónita.

—Eres más nefasto que Calias, el cual es un cerdo, un loco, un animal —continuó Pericles—, pues tú elegiste esa vida malvada que llevas. Ensombreciste la casa de tu padre, que todavía sufre por tu infamia. ¿Cómo te castigaré para que todos lo sepan y te eviten por el resto de su vida?

Miró a Aspasia, y ella dijo:

—Que le marquen a él, y ni siquiera su padre sentirá una punzada de dolor. Entrégale luego en manos del mercader de esclavos que se lo llevará de Grecia. Ha guardado silencio, pues es hombre de buena cuna. No difamará a su padre.

Los labios de Nereo se agitaron, pero ni siquiera entonces habló. Cuando el vigilante se lo llevó encadenado todavía caminaba orgullosamente.

—No —dijo Pericles—, jamás dirá su nombre, y jamás lo sabrá su padre. No deja de tener ventajas el ser aristócrata. Por lo menos sufren el castigo sin gemir ni llorar a gritos.

Se acercó a Aspasia, la tomó suavemente en los brazos y la besó en la frente y en los labios. Ella se apoyó en su pecho, pero aún sentía miedo al recordar el aspecto de Pericles cuando la riñera. Como para consolarla dijo él:

—Tu consejo fue excelente y doy las gracias, amada mía.

El temor la abandonó de pronto al recordar que Al Talif jamás había hablado así a una mujer. Nunca habría sentido gratitud por esta ofensa a su orgullo, por juiciosa que fuera. Se aferró a Pericles y, por primera vez en aquella jornada de horror, estalló en lágrimas. Él la sostuvo tiernamente.

—Haré que Fidias talle una avispa gigante en mármol para tu jardín, con ojos de turquesa —dijo—. Servirá para recordarte, mi dulce amor, que no debes confiar nunca en un extraño. O mejor, que no debes confiar en nadie en absoluto.

—¿Ni siquiera en ti, señor? —preguntó ella, sonriendo a través de sus lágrimas.

La besó de nuevo.

—Ni siquiera en mí... quizá —dijo y, por un momento, Aspasia quedó desolada; Pericles le cogió la mano y se la besó—, pues algún día he de morir y dejarte entonces.

—¡Quieran los dioses que muera yo primero!

—Jamás me habías hablado con tanta crueldad —dijo Pericles, y ella se dio cuenta de lo grave de su mirada—, pues, ¿qué sería la vida para mí sin ti, Aspasia?

Pocos días después el arconte rey visitó a Pericles en su despacho.

—Se ha hecho con Calias según ordenaste, Pericles —dijo sentándose—, pero eso no ha aumentado tu popularidad entre la plebe; incluso tus amigos aristócratas se sienten ultrajados. —Vaciló—. Muchos de ellos opinan que Calias estaba

justificado... al vengar la repudia de su madre. Además dicen que Aspasia...

—Es un escándalo —acabó Pericles, ya que el arconte dejó la frase en el aire—. Y que fue adiestrada como cortesana. Sí, ya he oído lo que se dice. Y no me importa nada.

El arconte rey era viejo y había amado a muchas mujeres. Sin embargo, pensó que ni siquiera Pericles era inmune a Eros, y en esto era igual a los demás hombres. Habían caído imperios al suave impulso de una mano femenina. Muchos hombres habían abandonado honor, posición e incluso la vida, por las mujeres que amaban. «Sería preciso tener presente esa teoría de algunos filósofos —se dijo el arconte rey— de que al hombre que ocupa un cargo elevado habría que castrarlo para que su pueblo no pereciera».

3

—¡Ay! —dijo Aspasia a su amiga Helena, sentadas ambas en el pórtico exterior de la casa de esta—, tal vez hubiera sido mejor que yo muriera, y no que tenga que sufrir Pericles todos estos ataques, calumnias y vituperaciones.

¿No daría yo mi vida por él? ¿Qué importancia tiene mi vida comparada con su benevolencia, su amor por el país y su deseo de crear belleza para Atenas, su gobierno tan justo, su inteligencia y comprensión, el odio que siente por los viles e hipócritas, su juicio sereno, su protección a las artes y las ciencias, su alejamiento altivo de todo lo que sea emocional e histérico, su asco por los fanáticos, su desprecio por los políticos, gobierno y burócratas... en resumen, todo lo que es Pericles? Él es la corona de Atenas. Pero yo no soy nada.

Helena veía las lágrimas de su amiga, pero no pudo evitar el decir con cierta ironía:

—Haces a Pericles superior a Zeus. ¡Cuidado, no esté Zeus escuchándote! Recuerda que los dioses odian sobre todo el orgullo en los seres humanos y lo castigan severamente.

A pesar de su ansiedad y preocupación Aspasia se vio forzada a reír. Helena continuó:

—Los dioses quisieran tenernos siempre hundidos en el barco de la tierra, cubriéndonos la cabeza de ceniza y sin dejarnos alzar nunca la vista a las estrellas. Hemos cometido el crimen del orgullo, hemos subido más alto que las bestias del campo... Esto es una afrenta para los dioses. Siempre he dicho, como decía mi querido mentor, que el hombre sin orgullo es simplemente un animal, pero que, en su desafío a los dioses, llega a ser heroico. Pero basta. Pericles es inexorable, además de amable. Si creyera que por el hecho de despedirte conservaría el gobierno de Atenas, lo haría.

—¿No crees, mi querida Helena, que un hombre puede sacrificarse a sí mismo y a sus sueños por una mujer?

—No —repuso con firmeza—. Sí, lo sé, ha habido muchos casos en la historia, pero los hombres eran unos locos gobernados por sus genitales y no por su mente; algo imperdonable en la humanidad. Una vagina, un pene, no pueden sustituir al alma, por mucho que digan los hedonistas y los adoradores de Dionisio. Ni pueden confortar al hombre en la noche oscura del alma que a todos nos sobrecoge, pero sí a los felices imbéciles de la plebe, que son menos que humanos. Divertirse en el lecho con una mujer jamás podrá consolar a un hombre por la pérdida de su honor y sus propiedades... y de sus ventajas. No temas por tanto. Pericles te ama y te conservará a su lado, no por desprecio de su propia vida, sino porque sabe que es más fuerte que

sus enemigos y puede derrotarlos. Pero nunca, queridísima amiga, deifiques a un hombre. Admírale, si es digno de admiración, pero no le adores.

—Eres una auténtica protegida de Targelia —dijo Aspasia con un ligero resentimiento—. ¡Yo creía que Pericles daría su vida por mí! —y estalló en una carcajada como Helena. Luego continuó con ansiedad renovada—: Pero él está en peligro, no sólo por lo que es, sino por mí.

—También lo está por haberse asociado con filósofos y científicos acusados de impiedad, tales como Anaxágoras, Zenón, Fidias, Sócrates, por nombrar sólo a algunos. Los arcontes, la *ekklesia*, la Asamblea y toda esa ralea del gobierno, le odian por utilizar el tesoro público para engrandecer y glorificar a Atenas. Ellos preferirían guardarse el oro para sí mismos o proteger lo que llaman «el bienestar público», cosa que significa en realidad la compra de los votos que necesitan. No seas orgullosa, Aspasia. Pericles no destruiría Atenas y a sí mismo por ti ni por otra mujer. Puedes enorgullecerte de él, pues no es un mujeriego víctima y esclavo de las emociones y de lo que el vulgo llama amor.

Helena estaba tan frescachona y robusta como siempre y, como siempre también, su consejo era sensato, aunque lleno de cinismo. Aspasia, a pesar de su propia experiencia, reconocía que Helena era menos vulnerable que ella, más fuerte de espíritu, y por eso la apreciaba. Más que entristecerse cuando Helena exponía el carácter y ambiciones de Pericles, se sentía confortada. No le destruirían porque ella fuera su amante. Era simplemente la excusa para el vocerío exigente de la plebe que, por desgracia, podía votar para que le quitaran del cargo. La chusma veía en Pericles una amenaza para sus esperanzas de una vida más fácil y abundante a expensas de los contribuyentes. Le odiaban porque él les había dicho que un hombre debía ganarse el pan con su trabajo, y no mendigando. Sabían que les despreciaba abiertamente y les consideraba un peligro para su país.

Y sabían también que Pericles respetaba y apoyaba a la nueva clase media, a los hombres convencidos de que el trabajo era honorable y digno, y que el vago, aunque fuese libre, era menos que un esclavo industrial. ¿Es que ellos no tenían derecho a vivir también?, había preguntado la plebe a los arcontes. A lo que Pericles había respondido:

—No. No, a menos que hayáis justificado vuestro derecho a vivir, cosa que no habéis hecho.

De modo que señalaron a Aspasia —ellos, los peores fornicadores y adúlteros cuando se les presentaba la oportunidad— como ejemplo de impiedad y lascivia. Gritaron que influía en la legislación de Pericles. Era una degenerada, una cortesana, no una matrona. Y escandalosa además, porque corrompía a las jovencitas con sus enseñanzas. Recibía en su casa a filósofos sospechosos que se burlaban de los dioses, a científicos que discutían la existencia de los dioses en sus propios salones. Se decía que Aspasia había elevado un templo a una deidad oriental en su jardín y lo había hechizado, de modo que todo el que se aproximaba a él quedaba impotente e idiota, o

blasfemaba y desafiaba al mismo Olimpo. ¿El Dios Desconocido, del que hablaban algunos filósofos y sacerdotes? Era Desconocido porque Él no poseía atributos santos, ni fieles. Zeus no le había reconocido. Luego Pericles y Aspasia habían insultado a Zeus. Si Pericles no era depuesto, los dioses se vengarían en la misma Atenas. ¡Qué desgracia!

Dédalo dijo al arconte rey con furia histérica:

—¡Habría marcado como esclavo a mi nieto, de noble familia! ¡De no haber sido por algunos esclavos misericordiosos que lo sacaron de la casa de aquella mujer detestable, habría quedado desfigurado de por vida! Ahora mi amado nieto Calias ha sido desterrado; tal fue el decreto de Aspasia, la zorra de Atenas, que nos gobierna a todos en nombre de Pericles. ¿No es monstruoso que una ramera sea más importante que el mismo gobierno?

Como el arconte rey no contestara, Dédalo gritó:

—¿Quién es Aspasia para dominar nuestras vidas? Mi nieto sólo intentaba resarcir a su madre, su casa, su orgullo familiar y su posición. Si la hubiese matado o deformado no habría hecho más que un acto de justicia. Por sus propósitos varoniles en favor de todo lo que le es más querido, es un vagabundo en Chipre y no puede volver junto a su amada familia, junto a su madre que le llora. Por esa ramera, Pericles ha rebajado a mi familia, mi hija, mi nieto y sus propios hijos. ¡Ha difamado su casa! Ha puesto en peligro su situación y toda Grecia se ríe de él. Los poetas cómicos componen pentámetros para ridiculizarle a él y a su zorra, y las comedias que se escriben son hilarantes.

El arconte rey meditó profundamente acariciándose la barba y dijo:

—Sí. «Para encontrarle una Juno, la diosa de la lascivia engendró a esa zorra desvergonzada que se llama Aspasia». Tiene mucha gracia, ¿no es cierto? Yo no lo encuentro hilarante. Dédalo, tú y yo somos viejos y la memoria nos falla con frecuencia, pero nuestros prejuicios, al contrario, se hacen más fuertes. Si me equivoco corrígeme pero, si no recuerdo mal, tu nieto no fue sacado en secreto de casa de Aspasia por esclavos misericordiosos. Fue traído por los soldados de Pericles, encadenado y después de haber sido azotado, ante la Asamblea. La Asamblea no estima a Aspasia, como tampoco a Pericles, pero son hombres justos en la mayoría de los casos, aunque eso parezca a veces un dislate y no una opinión dilatada. Todos quedaron atónitos al saber del ataque a una mujer que no había hecho daño a tu nieto y que, a pesar de sus faltas y convicciones, es no sólo hermosa, sino además instruida. Yo no la admiro, como puedes comprender, porque las mujeres ya son bastante discutidoras aun no teniendo cultura, y los conocimientos las harían todavía más desagradables —de nuevo se acarició la barba y clavó en Dédalo sus ojos, brillantes como los de un pájaro—. Me han informado de que Aspasia fue la que impidió que Calias quedara marcado como esclavo.

»Sin embargo, ella se había visto metida en una trampa preparada por tu nieto. Él se proponía asesinarla mediante sus compañeros, o mutilar al menos a una mujer

indefensa. Un momento, por favor —y alzó la mano para detener el estallido de palabras rabiosas que pugnaban por salir de labios de Dédalo— déjame continuar. Pericles había solicitado el divorcio mucho antes de conocer a Aspasia. Cuando Dejanira se negó, él hizo que anularan su matrimonio. En cuanto a que haya “difamado” su nombre, su hogar, su familia, su posición, al proteger a una hetaira..., ¿quién de nosotros no ha amado como él? —y observó que el rubor cubría las mejillas secas y hundidas de Dédalo—. ¿Vamos a denunciarle por nuestras propias... flaquezas? ¿Qué caballero ateniense puede soportar a su esposa? Hay muy pocos matrimonios bien avenidos. Por lo menos Pericles es fiel a su Aspasia. Desea incluso casarse con ella, pero no irá contra su propia ley. Es un hombre de honor.

»Dédalo, tu nieto no tenía razones para obrar mal contra Aspasia, a no ser porque ya se sabe que es de natural malvado. Atacaba en realidad a Pericles. Y a petición de él mismo no se expuso el caso con toda claridad ante la Asamblea, los arcontes y la *ekklesia*. Porque, desde luego, tú ya sabes cuál es el castigo por un ataque contra el jefe de estado...

Sus palabras estaban cargadas de intención, y el arconte rey lo sabía. Sabía también que la furia de Dédalo le impediría detectar esta falacia tan hábil. Sólo podía seguir allí de pie, temblando de rabia, apretando los puños a los costados y mirando al arconte rey con una mezcla de temor y de furia desordenada. Adelantó el rostro como si la vista le fallara y fijó los ojos en los rasgos de su superior cual si deseara grabarlos en su mente.

Cuando al fin recuperó la voz gritó:

—¡Señor, en toda Atenas y en toda Grecia, incluso en Esparta, dicen que Aspasia es impía, que enseña a las muchachas acogidas en su escuela que no existen los dioses o que, si existen, no conocen al hombre y por tanto es engañoso prestarle homenaje!

El rostro del arconte rey era grave:

—¿Quién te lo ha dicho, Dédalo?

—Así se rumorea, señor.

—Lo que «se rumorea». Dédalo, suele ser una vulgar mentira según mi experiencia. ¿Somos acaso unas viejas que emplean su tiempo en murmuraciones? Cuando tengas pruebas auténticas contra Aspasia, tráemelas y les dedicaré toda mi atención. Ahora déjame, por favor. Tengo asuntos más importantes en que pensar.

Despidió, pues, a Dédalo. Sin embargo, estaba más preocupado de lo que parecía. Admiraba a Pericles; de joven había conocido a Jantipo. Incluso algunos miembros de la clase media, que siempre le fuera fiel, criticaban ahora a Pericles. Una cosa era tener a una hetaira; otra que un hombre tan poderoso y famoso como él la luciera en público, como hacía en realidad. Todos sabían que las nuevas leyes que daban más libertad a las mujeres en Atenas, más derechos de propiedad, más consideración y privilegios, estaban inspiradas por Aspasia, la de la célebre escuela. Y precisamente los que nada sabían de su escuela decían de ella cosas escandalosas. Pericles, siendo

político, debía ser más prudente y tener en cuenta la hipocresía del pueblo. En toda época los gobiernos han de conocer esa hipocresía, y respetarla, y admitir que eso es una virtud y no una simulación despreciable. Lo que sus enemigos rumoreaban acerca de Pericles era como néctar para los labios de aquellos que deseaban creer cualquier indignidad referente a una figura pública. Más hombres dignos habían sido destruidos por los embusteros santurriones de lo que los justos querían admitir.

El viejo rey arconte dijo en voz alta:

—¡Ah, la virtud! ¡Cuántas virtudes se han llevado a la muerte en tu nombre!

En su interior se decía que habría sido más prudente por parte de Pericles el hacer que asesinaran sencillamente a Calias y luego le arrojaran al mar o lo enterraran en algún lugar secreto. No habría habido así escándalo público... algo que ningún político puede permitirse. Pero había elegido el camino más honorable. Suspiró. A veces el honor se confundía con la locura, siendo —con frecuencia— menos excusable. Y también más peligroso.

Fidias estaba sentado en el fresco atrio de la casa de Pericles, cerca de la fuente central, que resonaba gratamente contra el silencio de la noche, sólo cortado en ocasiones por los trinos agudos de los ruiseñores. Incluso los árboles estaban quietos, y la luz de la luna caía desde un cielo sereno y alabastrino. La hierba seca del verano exhalaba un olor a polvo aromático, acre como el humo. Era tarde, los charlatanes atenienses estaban ya en la cama y, en opinión de Pericles, su silencio era una bendición. Los dos se hallaban sentados ante una mesa sobre la que colgaba una lámpara, y se inclinaban para estudiar los rollos que Fidias extendiera sobre ella. El rostro amable del tímido escultor brillaba de ansiedad. Pericles se había quitado el yelmo, y su frente elevada y la melena de cabellos castaños estaban húmedos con el sudor de la excitación. Sin embargo, no traicionaba su emoción ni siquiera ante Fidias, pues los años de control férreo se habían convertido ya en un hábito involuntario. De vez en cuando llenaba la copa del escultor con vino excelente, mientras él bebía cerveza helada. No llevaba la toga de su cargo, sino una túnica corta de lino marrón, y estaba descalzo. Había olvidado ya su cansancio. En menos de dos horas la ciudad resonaría de nuevo de voces en cuanto asomara el sol por las colinas del Este. La casa dormía; no había ni un esclavo de servicio y sólo los soldados circulaban por los terrenos de los alrededores, con sus yelmos, espadas y cintos brillantes a la luz de la luna.

—Es una suerte, Pericles —dijo Fidias—, que la vasta superestructura del Partenón se terminara hace tiempo, aunque para otro templo. Nuestras reparaciones y el término de los contrafuertes exigieron poco esfuerzo. Ahora bien: estos son los planes de mis arquitectos, Ictino y Calícrates, para el Partenón. —Sonrió—. De momento ni se hablan. Así son los artistas. Ictino insiste en que el templo de Atenea debe ser muchísimo más corto y mucho más ancho de lo que afirma Calícrates con la misma decisión. Discuten constantemente sobre las proporciones, su aspecto general, la sombra que arrojará. Les he dicho, en un intento de pacificación, que el templo no

se construye únicamente para exaltar el espíritu del hombre, sino para satisfacer a los dioses, que lo contemplarán desde su morada superior, cuando se dignen mirar hacia el mundo. Por algún tiempo al menos se mostraron tan vehementes en despreciar mis opiniones y burlarse de mi misticismo, como ellos lo llaman, que ya son de nuevo hermanos de armas contra un enemigo pérfido... que soy yo.

Pericles se maravilló como siempre ante la humildad genuina del genio. No era que un hombre maravillosamente dotado considerara su poder creativo carente de importancia, sino que se veía más bien como un sacerdote indigno ante el altar de aquel don sagrado. Servía a su genio con una objetividad profunda, aportándole al mismo tiempo todos sus atributos de subjetividad. Sólo el hombre mediocre y de escaso talento era pomposo y engreído, y exigía que se le honrara y admirara por las pocas dotes que poseyera. «Sí —reflexionó Pericles—, con qué frecuencia deja de honrar el mundo de los hombres al poseedor del genio auténtico... porque este tiene una santa humildad que convence a todos de que es intrínsecamente indigno, y su genio un accidente increíble de la naturaleza. Pero el hombre arrogante y engreído, de pocas aptitudes, que llamaba ruidosamente la atención hacia su persona con excentricidades y orgullo, era honrado por lo general. ¡Se apreciaba tanto a sí mismo!». Por eso esta noche Pericles se sintió más enfrascado por el rostro brillante de Fidias, sus gozosas descripciones y ardor apasionado, que por sus planes, y sintió su corazón, frío y dominado, conmovido como pocas veces lo sintiera.

Fidias suspiró con delicia:

—Será perfecto, un ejemplo glorioso del estilo dórico —vaciló—. Recuerdo, señor, que dijiste que preferías columnas corintias.

—Ya no —afirmó Pericles—. No podría ser más que dórico —vaciló también—. El basamento... Tienes ahí los planos para la estatua gigantesca de Atenea Pártenos. ¿Todavía crees que debe ser de marfil y oro?

Algo de brillo desapareció del rostro de Fidias. —Mi trabajo no es perfecto, al menos para mí, cuando lo realizo en mármol. Posee este una rigidez que exige cierta fuerza y crueldad. El hombre ha de dominar a sus materiales, ordenarles. El mármol me intimida. Supone un desafío monumental al que sólo un hombre fuerte puede responder con otro desafío mayor. Pero los materiales más blandos, más fluidos y manejables, más amables, parecen vivir entre mis manos y nuestras almas se comunican. Sin embargo, señor, tengo estudiantes muy bien dotados que trabajarán el mármol bajo mi dirección, incluida la estatua de Atenea Pártenos.

No pudo comprender la sonrisa de Pericles, quien dijo:

—No, será como tú deseas: una estatua de oro y marfil.

Fidias sintióse alegre de nuevo. Pero la depresión se apoderó pronto de él.

—Costará mucho más que una estatua de mármol, ya que será una obra impresionante, y el oro es precioso. Tal vez el erario se niegue.

—No me lo negarán a mí —dijo Pericles con aquel gesto altivo y despótico que sus enemigos detestaban.

Siguieron discutiendo cada métopa en detalle, así como el carro de la diosa y los frisos pintados. En ocasiones Pericles hacía una mueca pensando en el precio y en los hombrecillos miserables del erario, que aullarían como lobos a la luna movidos por la avaricia. Pero cuando la luz del amanecer bañó el este con su tono perlado se sintió vencido por los grandes sueños de Fidias. Creía ver ya las terrazas y fuentes, los jardines que cubrirían los terrenos de la Acrópolis ascendiendo hasta el templo enorme de Atenea Pártenos y los demás templos de menor importancia repartidos por la ladera. Parecería una ciudad amurallada de mármol, de colores, cipreses y flores, brillando no sólo sobre Atenas, sino sobre el mundo entero. Las escalinatas blancas, amplias y pulidas, conocerían las hazañas gloriosas de hombres notables que vendrían a verlo todo y se quedarían para adorar a los dioses, caminando con asombro por aquellas columnatas bañadas por el sol, refrescándose con la profusión de fuentes y contemplando la ciudad plateada junto a un mar violeta. Ellos, y muchos otros después de ellos, multitudes que vendrían a través de los siglos, conocerían la gloria que era Grecia. La visión sobrecogió a Pericles, pues fue como si sus oídos escucharan una solemne profecía.

—Será casi digno de Dios —dijo—. Él la reconocerá como la ofrenda más gloriosa que una raza puede presentarle humildemente en Su honor. Y no la despreciará.

—El que ama las amapolas de los campos nada desprecia —dijo Fidias, contagiado por la pasión renovada del escéptico Pericles—. Aunque, ¿no es bien cierto que la amapola encierra todos los misterios y tiene una grandeza superior al mármol, el oro o el marfil, las piedras preciosas o las estatuas? Pues contiene la Vida de Dios, mientras que la piedra sólo contiene los sueños de los hombres. La amapola se renueva siempre, incluso en los lugares más áridos; lo que nosotros creamos está condenado a la decadencia desde el momento mismo de su concepción. El esplendor que posee la amapola es sencillo y eterno, pero todo lo que hemos creado con nuestras manos es mortal y acaba en el silencio del desierto.

Miró al espacio y sus ojos se agrandaron radiantes.

—Cuando el Partenón no sea más que polvo blanco del mármol, y sus columnas se hallen rotas y caídas por el suelo bajo la luna indiferente, la amapola resucitará en los campos en primavera y proclamará la Gloria de Dios, alegrando el corazón del hombre con sus sugerencias de inmortalidad, con ese poder santo e invencible que le permite sobrevivir.

Esperaba un comentario de Pericles pero, como no hablara, continuó suavemente:

—Porque, ¿quién puede competir con Dios? Hasta nuestros sueños más nobles nos son enviados por Él. El hombre que ve la amapola de los campos y no se siente atónito, reverente y atemorizado incluso es un hombre cuyo espíritu ha muerto. Tal vez nos honre a nosotros, que alzamos las estatuas de los templos, pero así honra únicamente lo que es transitorio y mortal.

Vio la sombra de melancolía en el rostro de Pericles y le tocó la mano para

consolarle.

—Por algún tiempo los hombres sabrán que Pericles hizo visibles nuestros sueños, y él nunca será olvidado.

—Fidias es el que no será olvidado nunca —dijo Pericles—, pues jamás habrá otro como él.

Este agitó la cabeza.

—Los hombres sólo son capaces de sobresalir en la limitación. Dios es el único que crea —dijo. Intentó disipar la melancolía de su amigo—. Regocíjate, pues Dios jamás se repite tampoco en el hombre. Todos somos únicos. Y, por tanto, valiosos para Él. Nos ama tanto como ama a las amapolas; por eso somos inmortales y creados con amor.

4

Los jóvenes Jantipo y Paralo, hijos de Pericles, estaban encantados y muy encariñados con Aspasia, cosa que satisfacía sobremanera a Pericles, pues de ese modo sus hijos nunca se casarían con mujeres inferiores ni torpes, sino que exigirían de ellas no sólo formas y rostro agradable, sino también una mente superior. Esto último era en verdad lo más deseable, ya que cualquier jovencita, a menos que estuviera deformada o fuera en exceso gruesa, podía presentar un rostro encantador y una figura notable, aunque por breves años. Pericles deseaba que sus hijos, a los que amaba mucho, fueran todo lo felices que era posible a un mortal... si bien eso no era mucho. La belleza era tan transitoria como la primavera. En el verano, otoño o invierno de la vida, la mujer inteligente resultaba infinitamente variada y fascinadora, fuera cual fuera su edad. Conservaba una eterna juventud de espíritu, y humor, y jamás se mostraba trivial o histérica. Pericles había visto mujeres de setenta, incluso de ochenta años, educadas como hetairas, que encantaban a los hombres de cualquier edad con su ingenio, conversación, conocimientos y sabiduría. Eran como el oro que, utilizado y gastado a través de los años, obtiene una pátina de brillo.

Pericles había observado que aquellos que perseguían con hambre e insatisfacción creciente a muchas mujeres, especialmente a las jovencitas, se habían casado siempre con mujeres materialistas de poca inteligencia, mundanas, ansiosas y petulantes. Pero nunca se cansaba el hombre de una mujer superior, aunque peleara frecuentemente con ella... cosa que pocas veces hacía con una esposa tonta. El pedernal necesita del acero para lanzar chispas y fuego. Pero no se enciende al contacto de la lana. Él mismo se peleaba a menudo con Aspasia y le decía que era discutidora y que no disfrutaba de paz con ella. Pero, cuando se separaban, no dejaba de pensar en Aspasia y, aunque a veces ella era la culpable y no él, volvía con un regalo y con gozo renovado. En sus brazos hallaba no sólo el disfrute de la pasión, sino el rejuvenecimiento de su espíritu y de su ambición. Sabía que con Aspasia jamás se haría viejo, senil y apático, aun cuando se quejara de que ella le daba poca tranquilidad, algo que, según afirmaba furioso, era un tesoro para los hombres.

—Ve a los cementerios entonces —decía Aspasia con cierta aspereza—. Mientras yo viva, amado mío, no seré un cadáver.

Cuando él estaba de buen humor se reía y contestaba:

—Vengo a ti convertido en cenizas, estado a que me han convertido los hombres, y renazco como Fénix en tus brazos, aunque a veces tengas la lengua de un áspid. O bien, si los miembros del gobierno me han cargado como a una mula, recupero la potencia en tu lecho para salir volando como Pegaso por la mañana y enfrentarme de nuevo con el sol. La verdadera paz y tranquilidad que hallaba en Aspasia no era la de

la tumba.

Siendo tiempo atrás inconmovible, implacable incluso, aferrado a sus opiniones e intolerante en muchos aspectos, llegó a ser por influencia de Aspasia menos inflexible, menos fríamente impaciente, menos duro con los inferiores. Empezó a ganar con ello fama de blandura. Hombres que antes le temían y evitaban le hallaron ahora con sorpresa más simpático, más dispuesto a escuchar, menos sarcástico y amargo. Incluso los despreciados burócratas hablaban de él con aprecio, a pesar suyo. Los arcontes, a excepción de Dédalo, ya no temían tanto su arrogancia aristocrática, y la Asamblea, que en tiempos le escuchara con aire de esclavitud y resentimiento cuando él se dirigía a ellos, esperaba ahora con placer sus discursos y sugerencias. Sin embargo, una vez se enemistaba con alguien, Pericles no se desviaba de su odio. Tampoco soportaba a los necios.

—Habría que castrarlos, pues transmiten la necedad a sus hijos y son peores que ilotas y parecen los dientes del dragón —decía a menudo.

En consecuencia, los necios del gobierno —y estaban en mayoría, cosa inevitable— le odiaban con el odio mortal de los torpes. Él se reía abiertamente de su poder, y lo despreciaba, aun sabiendo que el poder estaba en sus manos, y luchaba implacable contra ellos y, por lo general, con éxito.

Así, sentíase dichoso porque sus hijos amaran y reverenciaran a Aspasia y hallaran su compañía irresistible. Sabía mitigar el ingenio mordaz, y en ocasiones cruel, de Jantipo, y hacer que pensara más y tuviera más consideración de los demás, ya que él la respetaba y deseaba su aprecio. Y sabía llevar a Paralo, de convicciones férreas, a una seguridad menos intolerante.

—Está bien —le decía— tener convicciones y principios nobles. Pero la mayoría de los hombres no son tan firmes y ni siquiera tienen principios intelectuales. Se sienten confundidos y, al sufrir los problemas comunes a la humanidad, les desconcierta el mismo mundo en que viven. Ten piedad de ellos. Sin embargo, la compasión indiscriminada no sólo es peligrosa. Es sensiblera, y con frecuencia atributo de los que en secreto destruyen a la humanidad. Es mejor tener piedad de tus congéneres y tratar de dirigirles con ternura y comprensión, pero nunca con la convicción de saber lo que es mejor para ellos. No somos más que humanos. Creer que uno sabe más que su hermano es la arrogancia suprema.

—Pero estoy seguro de que mi padre sabe mucho más que sus asociados —protestaba Paralo, para diversión de Jantipo.

Aspasia sonreía llenándose de hoyuelos y los jóvenes quedaban encantados.

—Vuestro padre —contestaba— es un caso único en verdad. Incluso él lo admite.

Amaba a los jóvenes como una madre. A menudo temía por Jantipo, cuya lengua era como una espada de doble filo insensible a las heridas que infligía e inconsciente de las que en consecuencia recibía. Había nacido para enojar a los inferiores, lo cual había comprendido hacía tiempo, y con gran satisfacción.

—No es necesario aplacar a los idiotas —decía Aspasia—, pero sí evitarlos. Herir

a unos amigos en potencia y convertirlos en enemigos tuyos sólo por la diversión de un epigrama es una estupidez. Ese agudo ingenio es un precio demasiado elevado por la pérdida de un amigo. El hombre necesita de todos los amigos fieles que pueda conseguir.

—Mi padre tiene muy pocos —decía Jantipo con un guiño burlón, aunque afectuoso.

—¡Ah!, pero son auténticos. Morirían por él. Elige a tus amigos como elegirías una joya de gran precio. El que afirma que tiene muchos amigos y presume de ellos es objeto de burla y digno de compasión, pues vive engañado. Una presencia agradable en su mesa, que se aprovecha de sus buenos vinos y le jura afecto, suele reírse de él en privado llamándole ingenuo, y está dispuesto a difamarle por envidia o malicia.

Como Jantipo se acercaba a la edad del matrimonio, pues tenía diecisiete años, Aspasia le presentó a algunas de sus alumnas en los jardines de la escuela. Atenas entera se sintió ultrajada por este descaro. Un joven de familia no elegía a su esposa. Esto era prerrogativa de sus padres, y de los de la muchacha. Sin embargo los padres de las alumnas de Aspasia no hicieron la menor objeción pues ¿no era Jantipo hijo de Pericles? Además, ¿no eran ellos mismos gentes más ilustradas? Por supuesto Aspasia no consintió nunca que Jantipo estuviera a solas con ninguna de las alumnas, y no por las apariencias, sino porque conocía la naturaleza humana y se acordaba de Talias. La juventud ya era bastante fogosa como para que encima se le facilitara las oportunidades; y además, las doncellas habían sido confiadas a su cuidado.

Dédalo, que se enteró por la murmuración de los esclavos de que Aspasia corrompía y hacía impíos a sus nietos, corrió inmediatamente a enfrentarse con Pericles en casa de este último. El primer impulso de Pericles fue negarle una audiencia; luego recapacitó y recibió a Dédalo con helada cortesía, ofreciéndole un refresco. Pero Dédalo, más hiriente con la edad, lo rechazó furioso.

—¡No comeré en esta casa infame! —gritó—. ¡Me he degradado en beneficio de mis nietos, y eso me da náuseas!

—Ve entonces a las letrinas que aquí te aguardaré —contestó Pericles—. Yo soy el jefe de estado. Tú no eres más que un arconte, pero te he concedido cortésmente permiso para hablarme.

Ambos estaban de pie en el atrio porque Dédalo no quería sentarse. Su rostro había palidecido como un sudario. Pericles sintió cierta piedad del viejo y por eso quedó en actitud de espera, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Mi nieto Jantipo visita a las jóvenes cortesananas en casa de Aspasia, esa mujer abominable. Se rumorea que incluso se casará con una de ellas.

La boca de Pericles era tan dura como el mármol.

—Las jóvenes de la escuela son de familias aristocráticas, de casas impecables. ¿Quieres que informe a los padres de esas doncellas de que las has difamado llamándolas concubinas y rameraas? Son poderosos, mucho más que tú, y te

destruirían.

Dédalo se echó a temblar. Extendió los brazos.

—No me refería a las estudiantes —tartamudeó—. Dicen que se induce a Jantipo a relacionarse con las esclavas de la casa.

—Por supuesto que eso es mentira, y tú lo sabes, Dédalo.

—¡Creería cualquier cosa de esa mujer! Pericles se controló.

—La señora Aspasia ha permitido que Jantipo conociera a las hijas de familias importantes a fin de elegir esposa. Tiene gusto y sabe distinguir. Con seguridad que, si escoge a una doncella alumna de Aspasia, no cometerá la locura de casarse con una mujer fea y estúpida. Su hijo no será un Calias, cuyo nombre es infame en Atenas, tanto, que ningún caballero le aceptaría como marido de su hija a pesar de las riquezas que ha heredado.

—¡Su nombre no es infame! ¡Ha sido víctima de gentes rastreras! ¡Si cometió alguna locura fue porque se sintió trastornado por el deshonor que había caído sobre su familia! ¿Acaso no tiene sangre y emociones, y puede dejarse vencer por la vergüenza y el horror? Hasta le echan en cara su riqueza. Pero no importa. Vive solitario y triste en Chipre; esa es la única razón por la que no puede casarse con una doncella ateniense, pues ¿qué padres permitirían que su hija compartiese el exilio?

Pericles se echó a reír.

—Sé que vive en medio del lujo en Chipre. Allí todos le adulan y halagan. No es un vagabundo. Su casa es magnífica y está llena de esclavos. Recibe con ostentación. A muchas atenienses de buena familia se les permitiría casarse con él, y a toda prisa. Pero Calias no desea el matrimonio. Tiene concubinas. He enviado emisarios a Chipre para insinuarle que, si lo desea, puede volver a Atenas. Y los ha rechazado. En Chipre puede llevar una vida licenciosa que aquí le sería imposible. ¡Cómo! ¿Es que lo ignorabas?

—¡No lo creo! —gritó Dédalo—. Nosotros recibimos unas cartas muy tristes y manchadas con sus lágrimas, ya que echa mucho de menos a su familia.

—¿Dices que yo miento? —preguntó Pericles con voz peligrosa. Dédalo se encogió y se retiró un paso ante aquel rostro.

—Tal vez él exagere —dijo—, pero ¿qué hombre no desea volver a una familia que le adora?

—Calias —afirmó Pericles.

Dédalo bajó los ojos y tembló. Luego alzó la mirada y vio la comprensión y decisión que había en los ojos de Pericles.

Este dijo:

—Ya te lo he dicho. Podría casarse... si quisiera. —Hizo una pausa—. Podría volver pronto... si quisiera. Pero no quiere.

Dédalo estaba muy turbado. Extendió los brazos con desesperación.

—A mi hija Dejanira la has llamado estúpida y fea. Es virtuosa y fiel. ¿No te parecen estos unos atributos encantadores?

Pericles cerró los ojos agotado por un instante.

—Te concedo que Dejanira tiene virtudes. Pero no me atraen. Le estoy agradecido por mis hijos. Respeto su nombre. Nunca tuvimos una pelea. Pero todo eso ha pasado ya. Te he concedido mi tiempo y este es muy valioso para mí. Ahora debo pedirte que me dejes.

Dédalo se volvió para marcharse, pero giró de pronto en redondo y su túnica revoloteó alrededor de su cuerpo.

—¡No lo olvidaré! —exclamó, alzando la mano como en un juramento—. ¡No lo olvidaré! Imploro la venganza de los dioses... en los que no creéis tú y esa mujer. No os burlaréis de ellos.

Salió corriendo del atrio hacia el pórtico exterior donde le aguardaba su litera. Una vez tras las cortinas estalló en lágrimas y su boca se llenó de imprecaciones. No carecía de poder, y Pericles tenía muchos enemigos. Empezó a hacer planes; su viejo rostro estaba distorsionado por el odio.

Aspasia tomó a Pericles de la mano al anochecer y le llevó a la fresca tranquilidad de los jardines. Allí, junto al altar al Dios Desconocido, se alzaba la estatua de mármol de una avispa que Fidias diseñara personalmente hacía dos años. Al verla, Pericles se sintió de nuevo turbado, recordando de qué había escapado Aspasia. La abrazó estrechamente y dijo:

—Te defenderé, amada mía, contra todo mal.

—¿Esperas el mal? —preguntó ella mirándole a los ojos. Vaciló.

—El hombre es intrínsecamente malo..., todos. He oído decir a los judíos que el hombre es malo desde su nacimiento, y malvado desde su juventud. Así lo aseguró su fabuloso Salomón. Yo lo creo. El hombre que no vive alerta a la maldad innata de sus congéneres es un loco. Los hombres son inocuos por naturaleza. Hacen el mal no porque se haya obrado mal con ellos, sino porque les causa placer y satisfacción. Si no tienen enemigos, se los inventan. Eso ocurre también con las naciones, no sólo con la humanidad.

Aspasia contempló los mirtos, cuyas hojas parecían de oro al crepúsculo.

—Es un mundo hermoso —murmuró—. ¿Por qué sólo el hombre es incapaz de regenerarse?

—Es su naturaleza —repuso Pericles. Hizo una pausa—. Los judíos dicen que Dios nacerá en este mundo en un siglo próximo —se rió secamente—. Ten la seguridad de que los hombres le asesinarán como mataron a Osiris, porque la virtud es el único crimen que el ser humano no puede soportar.

Aspasia se entristeció.

—No tienes fe en tus congéneres, amado mío.

—Porque los conozco demasiado bien. Pero basta. Los planes para la Acrópolis ya están terminados. El mármol dispuesto. He dado la orden de que sólo hombres libres construyan los templos, pues los alzados por esclavos me resultan aborrecibles. Dios no se propuso nunca que los hombres fueran esclavos. Solón deploraba la

esclavitud. Y yo también. Pero he llegado a comprender que las multitudes anhelan ser esclavos del gobierno para no verse forzados a pensar y a actuar con responsabilidad, y a ordenar su propia vida. Es más fácil vivir de rodillas y ser alimentado por el gobierno, que levantarse y buscar el propio sustento. ¿No fue Anaxágoras el que dijo que la naturaleza sigue siempre el camino del menor esfuerzo? Los hombres también. Resistirse al gobierno es arduo y peligroso. Obedecer es comer en la paz de los esclavos y verse olvidados de los burócratas. ¡No es eso de despreciar, desde luego!

Aspasia le preguntó, como ya hiciera muchas veces:

—Entonces, ¿por qué sigues siendo jefe de estado? Y él contestó, como siempre:

—He de hacer todo lo posible para realizar mi sueño de una Grecia unida. Las ciudades-estado corren peligro del ataque de las demás. Pueden verse divididas también por enemigos exteriores, ambiciosos de su tesoro. Una nación unida es fuerte. No admiro a Esparta ni a Macedonia. Pero los hombres sabios pueden llegar a un compromiso y a un entendimiento, sean cuales sean sus diferencias. ¿No nos unimos ya en el pasado para luchar contra los persas? Si podemos hacerlo en una emergencia, también podremos hacerlo simplemente como hombres razonables. Los atenienses lucharon junto a Leónidas el espartano, y nosotros despreciamos a los espartanos por su rigurosa disciplina y esa decisión férrea de ordenar la vida de todo su pueblo, hombres y mujeres, niños y niñas. ¿Quién de entre nosotros no se ha reído de las doncellas espartanas que compiten con sus hermanos en la gimnasia y el trabajo? Llevan túnicas masculinas. Tienen músculos y la piel tostada y curtida por el sol. Su rostro es severo. Pero, aunque nos riamos, debemos recordar que los dioses no nos han dado el poder de ordenar los asuntos de otras naciones. Eso es una presunción ridícula. Que cada nación viva en paz con el gobierno que desea. Eso no niega la unión contra los enemigos y el comercio.

«Siempre hay guerras», pensó Aspasia. Las ciudades-estado de Grecia estaban constantemente en lucha con los demás estados hermanos. Resultaba agotador recordar todas las guerras, tan pequeñas pero tan crueles. «Que Homero las glorifique y hable del arte de la guerra —se dijo—. No son sino tragedias. Sin embargo esto lo comprenden únicamente las mujeres que tienen esposo e hijos». Pensó en Lisístrata y en las mujeres que negaron el lecho a sus maridos hasta que concertaran la paz. Pensó en las sabinas bárbaras que, raptadas por los romanos y habiendo tenido hijos de ellos, arrojaron a los niños ante los caballos de romanos y sabinos y les desafiaron a que pasaran por encima de ellos. ¿Qué había detenido a sus hombres, febriles y enardecidos por la esperanza de la batalla? «La fuerza de las mujeres, después de todo», pensó Aspasia. Targelia había dicho que la esperanza del mundo estaba en manos de las mujeres. Aspasia no estaba demasiado convencida; sólo de que los hombres podían ser seducidos en el lecho por las mujeres si estas eran lo bastante listas. Desde luego los hombres no eran misericordiosos, ni siquiera para perdonar la vida a los niños. Suspiró. Amaba a Pericles con una pasión y devoción que no había

sentido por Al Talif. Sin embargo, como era un hombre, ella no confiaba plenamente en que comprendiera los anhelos del corazón de una mujer. Luego sonrió. Zeus, padre de los dioses y los hombres, tenía miedo de Hera, su esposa, que le gobernaba como él gobernaba al mundo.

—¿Por qué sonríes?

—Pensaba en nuestro hijo.

Quedó él atónito y la cogió del brazo.

—¿Nuestro hijo? —exclamó. Aspasia inclinó la cabeza.

—He esperado algún tiempo para decírtelo, señor. Estoy embarazada. Y segura también de que será un varón... hijo tuyo y mío.

Como él no hablara y la mirara fijamente con sus ojos grandes y pálidos, continuó:

—Le llamaremos Pericles, como su ilustre padre.

Frunció él el ceño, se soltó de su brazo y se alejó un paso de ella.

—No será legítimo.

Aspasia le tocó en el brazo.

—Puedes adoptarle, señor, y entonces será verdaderamente tuyo —dijo. Experimentaba cierta ansiedad. ¿No le complacía el hecho? ¿Le enojaba que ella se hubiera descuidado en una noche de calor?

Luego Pericles se volvió a mirarla, con el rostro iluminado y continuó:

—Sólo pienso en el peligro que corres, amada mía. Después de todo ya tienes treinta años. ¿Has consultado con Helena?

—Sí —Aspasia se sintió conmovida. Le había juzgado mal; ambos sexos solían juzgarse mal casi siempre. ¿Habría salido esa confusión de la caja de Pandora, como tantos otros errores?—. Ha dicho que, a pesar de mi edad tengo una salud espléndida. Ella misma me asistirá. Ha recibido instrucciones del joven Hipócrates, que ha visitado su escuela y su enfermería.

—Debo hablar con ese Hipócrates —dijo Pericles, pero fruncía el ceño de nuevo, alarmado por Aspasia.

—No te preocupes, señor. Todo irá bien. Pero dime, ¿te alegras de que vaya a darte un hijo?

—Puede ser una hija —y Pericles rió— y, si se parece a su madre la adoraré.

—Y... ¿si es un hijo?

—Le enseñaré disciplina. Será un digno hijo de Atenas.

¿Qué significaba para un hombre la palabra «digno»? También la dignidad era subjetiva.

—Una mujer a los treinta años, ya bastante vieja para ser abuela, no debía tener niños. No suspires, Pericles. Nuestro hijo será como un dios.

Se abrazaron estrechamente. «Pero no somos en verdad uno —pensó Aspasia—. Los pensamientos de una mujer están muy lejos de los pensamientos de un hombre. ¿Quién ha ordenado esto con malicia, o quizá con sabiduría?».

Contemplaron ahora la parte superior de la Acrópolis. Las enormes columnas dóricas del Partenón estaban bañadas con la luz rosada del sol poniente. Se alzaban como pilones, todavía sin cubrir, contra el cielo escarlata. En la parte inferior de la Acrópolis había grupos más pequeños de columnas. Surgían los muros en los terraplenes, y las escalinatas, amplias y blancas, todavía no llevaban a ninguna parte, sólo hacia arriba, esperando el edificio completo. Los lados de la Acrópolis estaban dispuestos en terrazas, y ya se plantaban cipreses y se preparaba la tierra para los jardines y fuentes. Las tuberías de plomo para la conducción del agua se retorcían en los lugares desnudos de la colina como serpientes atormentadas bajo una luz clara y brillante. El teatro, allá abajo, estaba cubierto de sombras púrpura; los asientos en círculo, vacíos; la escena —en tiempos un altar—, sin sonido. Los ruiseñores empezaron a cantar y un grupo de gaviotas proveniente del mar captó en sus alas los últimos reflejos dorados del sol. Los mirtos, sicómoros y cipreses de los jardines de Aspasia, muy oscuros ya, empezaban a susurrar bajo la brisa. El templo al Dios Desconocido brillaba en la penumbra. La curva de la luna creciente era como una uña de plata que subía lentamente por el cielo del este.

Había una profunda paz en el jardín. Pericles se levantó y miró la Acrópolis con las manos en las caderas, las piernas muy separadas, alzada la cabeza con el yelmo. Había ahora hebras de plata en su cabello, pero el rostro era aún muy hermoso y digno, de ojos soñadores.

Aspasia sabía que, en ese instante, la había olvidado por completo. Contemplaba una visión construida en piedra sobre la elevada colina, y una sonrisa débil y exultante entreabría sus labios. No pensaba en guerras, ni en asuntos de estado. Lo que veía era más espléndido que cualquier victoria, más digno de ser exaltado que los tesoros. Era como si mirara la obra de los dioses. Sin embargo, pensó Aspasia, hombres son los que han creado esto, y un día la Acrópolis brillaría blanca y dorada, cubierta de templos, coronada de columnatas como un bosque de mármol y llena de vida, con las estatuas y figuras aladas que se alzarían sobre las columnas hacia el cielo. La gloria innata de la humanidad emergía de su carne vil y turbia como el pájaro que se eleva desde las aguas sucias de un pantano en el que florecen criaturas del mal. El hombre era un demonio, pero también era semejante a los dioses, y tan glorioso como vil.

Como si hubiera escuchado sus pensamientos, Pericles dijo:

—Atenas se alegra ahora porque un sueño se está convirtiendo en realidad, y se siente orgullosa de lo que allí se crea. Pero olvida que hay pocos Sócrates, pocos hombres como Fidias, Zenón y Anaxágoras, y no muchos como Sófocles. Sin embargo, en ellos cree verse reflejado el hombre vulgar, y cree compartir su gloria. Dice: «Somos grandes», y no: «Él es grande». Para cubrir su carne miserable se apropia del ropaje de los inmortales y grita: «¡Qué gloriosos somos!». No comprende que Sócrates, Protágoras, Fidias, Zenón, Anaxágoras, Herodoto y Sófocles, por nombrar sólo a unos cuantos hombres brillantes, son como estrellas que refulgen

pocas veces y por poco tiempo en los cielos negros del mundo, pero que no son de este mundo en absoluto.

—Sin embargo —dijo Aspasia—, esos pocos son una inspiración para el resto de la humanidad, y una esperanza de que el hombre puede llegar a ser perfecto y heroico. Sin los sueños somos como animales; por tanto, señor, déjanos soñar —y sonrió.

Pericles le devolvió la sonrisa con indulgencia. Su túnica blanca palidecía a medida que avanzaba la noche y se hacía más brillante la luna, como el arco de Artemisa que reflejaba la luz del sol poniente. Los templos de la Acrópolis eran ya fantasmales.

Aspasia se refugió sobre el pecho de Pericles y él la abrazó y la besó en la cabeza. Pero se sentía turbada. Todos llamaban ahora a Pericles el dictador, y los poetas cómicos eran mucho más osados en sus ataques al jefe de estado en la escena. A ella no le importaba en absoluto que la calumniaran, pero sentía un gran temor por Pericles. Así como había huido de Al Talif en beneficio propio, ahora pensaba si no debía abandonar a Pericles en beneficio de él.

Se la odiaba, se la ridiculizaba, se la acusaba de cosas inmencionables, y Aspasia sabía muy bien que todo era por su unión con Pericles y por el amor que este sentía hacia ella.

—¿Por qué suspiras, amor mío? —preguntó Pericles apartándole un mechón de cabello y tratando de ver su rostro en la oscuridad.

—¿Acaso suspiré? Es propio de las mujeres el suspirar, pues, ¿no amamos a los hombres aunque vosotros no lo merezcáis? —dijo ella.

Rieron juntos, porque Aspasia nunca había olvidado lo que le dijera Targelia: que una mujer melancólica disgustaba a los hombres, los cuales la dejaban sola con sus penas, por lo que ella siempre debía simular que los suspiros eran de placer, burlones, triviales y carentes de significado. Aun cuando sabía que Pericles la amaba y la defendería con su vida, y que a menudo la confortaba, también sabía que la melancolía no debía prolongarse demasiado. Los hombres se conmovían por las lágrimas de una mujer si no eran crónicas y, después de todo, Pericles era un hombre.

Entraron juntos en la casa cogidos de la mano para cenar y retirarse luego a la cámara de Aspasia a hacerse el amor y dormir bajo la luna. Mientras Pericles dormía satisfecho a su lado, Aspasia se preguntó de nuevo por el destino de las mujeres, y volvió a experimentar la antigua rebeldía. Renacieron sus temores y miró insomne la oscuridad. Era imposible saber si el destino de la mujer se debía a la costumbre o a su propia naturaleza.

5

—El verdadero propósito de la educación —explicaba Aspasia pacientemente a cuantos le preguntaban— no es que el hombre y la mujer cultos puedan ganar dinero o conseguir un puesto elevado, ni siquiera el propio engrandecimiento. Su fin es ensanchar el espíritu, ampliar la mente, estimular la percepción y capacidad de asombro, dar una visión y comprensión nuevas del mundo, excitar el intelecto y despertar las facultades dormidas para satisfacción del que las posee. En resumen: revelar nuevas perspectivas de conocimiento y comprensión a fin de incrementar la dicha de vivir. El ignorante es un ser medio ciego y que tampoco oye bien, con lo que su existencia es estrecha y limitada.

Y añadía:

—¡Ah! Es cierto que los dioses dotan a pocos hombres de mente extraordinaria, de talento y genio, ya que son parcos en sus dones, y estos no pueden transmitirse a los hijos. Es un gran misterio. La mayoría de los hombres nacen con una comprensión y un intelecto limitados. Por eso, en su caso, no sólo sería inútil la educación intelectual, sino que únicamente les confundiría y frustraría, y les incitaría a la cólera y el resentimiento. En la educación, como en todo, debemos ser piadosos y reconocer que no todos nacen igualmente dotados de inteligencia, salud y carácter. Sin embargo todos nacen con su propio potencial, con cierto poder para ser mejores de lo que son, dentro de sus propios límites y aptitudes, y por eso la educación, como la ropa, debe hacerse a medida del individuo. Eso es lo que yo hago en mi propia escuela, aunque nunca aceptaré una alumna de mente decididamente pobre y con poca capacidad para aprender. Estará mejor con su madre, que puede entrenarla con sencillez.

Concluía por tanto:

—Pero no despreciemos a esa gran mayoría poco dotada y con unas fronteras intelectuales muy limitadas. También ellos tienen en la naturaleza su propia jerarquía que no es pequeña, sino más valiosa de lo que sabemos, y los humildes e industriosos han de ser respetados y honrados. Sin ellos no podrían existir los intelectuales, pues morirían de hambre o por falta de ropas y alojamiento. Se ahogarían por la escasez de tiempo para desarrollarse. —Sonreía—. Los trabajadores humildes pueden vivir muy bien y cómodamente sin nuestro arte, ciencia, filosofía y libros. ¡Pero nosotros no podemos existir sin ellos!

Cierto número de sus alumnas se hicieron discípulas de Helena y comenzaron a adiestrarse en su enfermería bajo la dirección de la nueva escuela de Hipócrates. Llegaron a ser médicos, pero la mayoría de ellas tuvieron que ir a Egipto para graduarse y convertirse en sacerdotisas, ya que sólo los sacerdotes y sacerdotisas

podían practicar allí la medicina. Sin embargo algunas se quedaron con Helena para enseñar a otros, hombres y mujeres. Las demás pasaron a ser maestras de matemáticas, ciencia y literatura, en otras escuelas que ahora iban abriéndose rápidamente bajo la égida de Aspasia que, al menos en esta cuestión, sí tenía influencia con Pericles.

De ahí su fama nefasta entre las mujeres ultrajadas de Atenas, que afirmaban que la hetaira emancipada estaba corrompiendo a sus hijas, tanto si estas eran educadas o seguían tan iletradas como decretaba la costumbre. Para ellas la tradición era casi tan sagrada como la religión, y en este error se veían alentadas por los sacerdotes que, sobre todo, detestaban cualquier fermento agitador. Deseaban únicamente una sociedad estable que no discutiera nada. Sólo querían la paz. Al saberlo, Aspasia decía con desprecio:

—Es la paz y la serenidad de la tumba.

Los enemigos de Pericles estaban divididos. Muchos insistían en que no era él quien realmente los gobernaba, sino una mujer desvergonzada. Otros declaraban que Aspasia era tan sólo el arma que Pericles utilizaba contra el pueblo.

Pericles creía que, mediante la Liga de Délos de las ciudades-estado, podía conseguir la unidad de Grecia y hacerla invencible contra los enemigos. Envió muchos emisarios a las ciudades-estado y admitió sinceramente que su propósito era también consolidar los puntos estratégicos de Atenas, y asegurar la tierra para los trabajadores industrioses de las ciudades. Esto último se hizo librándoles de tributos e impuestos. Los emisarios fueron a Naxos, Imbros, Brea en Tracia, Lemnos, Andros, Oreo y Eretria.

Si los enemigos de Pericles hubieran discurrido este plan por sí mismos habrían exigido la gratitud pública y que se les rindieran honores como patriotas y estadistas. Pero, al tratarse de Pericles, estos enemigos le atacaron repentinamente, aludiendo a lo que llamaban conciencia del mundo y preocupación por la autonomía de los otros estados. No importaba que Atenas fuese ahora más fuerte, y que los beneficios alcanzaran una gran importancia para todos los miembros de la Liga. Pericles, gritaban ellos, no sólo deseaba gobernar Atenas mediante un despotismo y una dictadura absoluta, sino que deseaba extender su imperio. Era el peor tirano que pudiera afligir jamás a Atenas. Por sus ambiciones destruiría al país; estaba loco. Su preocupación por los trabajadores libres y la creciente clase media no era más que hipocresía. Buscaba los votos y la aprobación pública, y deseaba engañar y confundir. No sólo estaba arruinando el tesoro público con sus planes absurdos y exorbitantes para la Acrópolis, sino que su auténtica intención era la glorificación de sí mismo. Se elevaría como un dios, gritaban, para buscar la adoración blasfema del pueblo. En estas denuncias se les unían los sacerdotes, que temían, sobre todas las cosas, la ilustración del pueblo, pues eso amenazaría su posición. Temían la expansión del poder benigno. También el ejército y la marina de Pericles caían bajo el ataque de sus enemigos. No se lograría la paz con alianzas y ayuda mutua a las otras ciudades-

estado aunque Pericles lo afirmara. Él deseaba la fuerza militar y naval para acrecentar sus ambiciones secretas y sojuzgar a sus aliados bajo su mando imperial. Sin duda su egolatría enfurecería a los dioses, que eran demasiado pacientes con respecto a él. Citaban el antiguo proverbio: «Aquel a quien los dioses destruyen, primero enloquece».

Pero, aparte de estas exhortaciones —que se gritaban en la Asamblea y entre los arcontes, la *ekklesia* y los Nueve— la gran mayoría de los atenienses estaban totalmente a favor de Pericles. Confiaban en él. Cuando se hacía propaganda para que se le acusara ante el Tribunal y se le privara de su cargo, la gente seguía tranquila y no se dejaba incitar.

—¡Zoquetes! —decían los arcontes con rabia y odio, si bien el arconte rey se burlaba en sus epigramas satíricos comparando el amor que en público profesaban al pueblo y lo que luego decían de él en privado.

Se mostraba especialmente irónico con los arcontes, pues Pericles había decretado que los ciudadanos más pobres debían beneficiarse mediante el establecimiento de un fondo que les permitiera asistir a los dramas que se ofrecían en las fiestas de Dionisio.

—¿Acaso la cultura y la belleza han de ser dominio únicamente de los que puedan permitirse esas cosas? —había preguntado—. Yo estoy seguro de que Dios desea que todos los hombres comprendan la gloria del arte y disfruten ante sus altares según su capacidad.

Sus enemigos aristócratas declaraban que blasfemaba del significado de las fiestas a Dionisio al animar a las masas a que invadieran «como asnos salvajes» los lugares de santidad. Otros insistían en que de corazón era anarquista y que deseaba crear apetitos falsos y voraces en la muchedumbre para incitarles a apropiarse de lo que legalmente no era suyo y que luego, agradecidos, le colocaran en el trono de un rey. ¿No había asegurado Sófocles —quien, en circunstancias normales, no era su favorito— «no hay mayor enemigo que la Anarquía. Arruina los estados y desvalija las casas»? Incluso había exigido la remuneración de dos óbolos al día para todos los jurados, procedimiento cínico en beneficio de los votos, afirmaban todos, pues ¿no era un privilegio servir como jurados? Entonces, ¿por qué había que pagarles? El honor era suficiente.

—Los hombres no pueden comerse el honor. Cuando se exigen los servicios de los jurados se les quita de los campos y de las tiendas donde se ganan la vida, privándoles así de su sostén —había contestado Pericles.

Por eso le llamaron un grosero materialista.

Naturalmente los atenienses detestaban a Esparta, que era ya su aliada, ya su enemiga, según la política o los intereses propios. El modo de vida de Esparta les resultaba cómico, pues además de estar chiflados, los espartanos exigían a las mujeres el mismo trabajo que a los hombres y ¿no despreciaban la cultura, aunque tuvieran sus pretensiones? Apenas eran más que animales, con su militarismo y su

interés exclusivo por la mecánica de la vida. Sin embargo, cuando Pericles luchó contra el militarismo y la intrusión en los asuntos de los «bárbaros», el gobierno sufrió otro de sus periódicos ataques de conciencia y afirmó que Pericles era únicamente ambicioso y que deseaba apartar la atención del pueblo de los problemas domésticos y llevarle a guerras con el extranjero. En verdad no estaba protegiendo a Atenas y sus intereses legítimos, sino que protegía su propio poder y su engrandecimiento involucrando al ejército y la marina en asuntos que afectaban al bienestar de Atenas. Estaba asesinando de modo implacable a «la flor de la juventud de Atenas».

En resumen, cualquier cosa que hiciera era denunciada por sus enemigos.

—No se puede calmar a un tigre cuando está decidido a devorarte —decía él a Aspasia—. Todos los gobiernos son tigres, y el pueblo es su presa. Si el populacho llegara a comprender este hecho terrible observarían vigilantes al gobierno, su adversario natural.

Su rostro era ahora más tenso, más duro y encolerizado. A pesar de su dominio propio se exasperaba con frecuencia, pero no por las denuncias del gobierno, sino por su malicia y torpeza y su decisión de arruinarle y, sobre todo, por su hipocresía. En una ocasión Aspasia le dijo:

—Al Talif era el gobernador de su provincia y jamás los oficiales se atrevieron a discutir con él, a denigrarle o desafiarle, ni a difamar su nombre ante el pueblo. Eso tenía sus ventajas.

Pericles rió sombríamente.

—Pero el suyo era un despotismo bajo un déspota superior. Nosotros, los atenienses, tenemos una democracia... especial. Es mejor esta confusión de voces envidiosas y malévolas que el despotismo. Es un signo de la libertad de palabra, y eso es, más que cualquier otra cosa, el alma misma de la libertad. Dios sabe que nuestras libertades se restringen más y más cada día. Las pocas que aún nos quedan son como rubíes inapreciables. Por tanto, que griten mis enemigos. Si callaran en sus imprecaciones yo me sentiría muy turbado y trataría de saber cómo había suprimido su libertad para criticar, censurar y maldecir. Entonces se la devolvería.

—Pero ellos no te permiten la libertad que tú les concedes —dijo Aspasia. Se encogió de hombros.

—Los traidores piden la libertad... para sí mismos. Pero se oponen violentamente a los enemigos que desean esa misma libertad. Es la vieja historia de la tiranía.

Ardiendo de rabia por un populacho que no seguía sus exhortaciones contra Pericles, el gobierno buscó otro modo de destruirle o herirle de muerte. Llevaba años buscándolo. Examinaron de nuevo a sus amigos, especialmente a Anaxágoras, Sócrates, Zenón y Fidias y, sobre todo Aspasia. ¿No eran todos impíos, herejes y una amenaza para el orden del estado? ¡Una hetaira de reputación despreciable, filósofos harapientos que discutían la religión ortodoxa! Merecían la prisión, la muerte o el exilio. Incitaban al pueblo a rebelarse contra los sacerdotes y la autoridad, y eso era

un crimen capital. La clase media exigía la reducción de impuestos y tributos. Los trabajadores pedían a gritos voz en el gobierno. Los mismos esclavos estaban agitados. Atenas corría un grave peligro y el gobierno estaba decidido a salvarle. Su virtud les inflamaba de tal modo que Pericles se reía a carcajadas. También los ignoraba o se burlaba en público de los burócratas y, en sus discursos a la Asamblea, decía en broma que los burócratas eran los excrementos de la civilización. Quizá, decía, eran necesarios a veces para que la nación no quedara estreñida, pero siempre debía recordarse que eran solo las heces, y que tenían una función maloliente.

Su amigo Jasón le dijo:

—Pero ¿quién se encargaría de los informes y el papeleo? Como sabes, ha de haber orden en el gobierno.

Pericles repuso:

—Eso no lo discuto, pero los burócratas tienden a proliferar a fin de aumentar su poder e importancia. Cuando se hacen más onerosos que el gobierno mismo es tiempo de diezmarlos y restaurarles a la verdad de que sólo son obreros manuales y no nos gobiernan, a pesar de que trabajen tanto con sus plumas y nos abrumen con sus interpretaciones.

En venganza —cosa que generalmente despreciaba— ordenó a los oficiales que redujeran inmediatamente a los burócratas en un tercio.

—Atenas —dijo— no puede permitirse ese derroche de dinero y que se quite a tantos de puestos de trabajo en los que se les necesita. —Asumió un gesto virtuoso burlándose de sus enemigos—. Sobre todo —dijo— ahorremos dinero. ¿No es eso lo que pedís vosotros mismos?

Únicamente parte del pueblo escuchaba al gobierno, y esa era la chusma que odiaba a Pericles por atreverse a llamarles menos que esclavos y exhortarles a trabajar. Entre ellos figuraban los criminales profesionales, incendiarios, asesinos y ladrones. También estos estaban a disposición del gobierno, lo que era una vieja historia. A través de los siglos los gobiernos los habían utilizado para intimidar a los ciudadanos que daban muestras de indignación, del mismo modo que habían utilizado a los burócratas.

Lo que a Dédalo le faltaba en poder personal lo compensaba con sus vituperaciones contra Pericles, al que ahora odiaba con frenesí. Sus amigos arcontes empezaron a hartarse de sus modales, aunque estaban de acuerdo con él y odiaban a Pericles poco menos que Dédalo. Pero mientras este se limitaba a rugir de furor, ellos hacían planes para librarse de Pericles y conseguir su exilio como jefe de estado dictatorial y despótico. No era invulnerable. Todavía no se atrevían a aprobar resoluciones en su contra y a consultar abiertamente con el resto del gobierno el modo de procurar su caída. Se limitaban a comentar insidiosamente con muchos otros la cuestión de sus despilfarros y su desprecio patente por el equilibrio del gobierno con sus confusiones y vacilaciones.

—Cierto que es el jefe de estado —decían—, pero eso no le convierte en un dios;

no según nuestra forma de gobierno democrático. Ni le da el poder de un déspota. Ha de responder ante nosotros —y añadían tras meditarlo bien— y ante el pueblo que nos eligió.

Pericles quería ser rey con poderes absolutos; ¿no les había avisado el mismo Solón en contra de los ambiciosos?

Dédalo animaba a su hija Dejanira a que se casara de nuevo, pues tenía muchos pretendientes mercenarios de familias nobles, aunque pobres. Pero ella se alejaba siempre llorando y declaraba que sólo amaba a Pericles, que aún se consideraba su esposa y, que si él se lo permitiera, volvería arrastrándose como un perro a sus pies. Dédalo amaba a su hija y se escandalizó y avergonzó de tanta abyección. Por eso la riñó, con lo que sólo recibió de ella más sollozos y gemidos. Incluso en una ocasión le dijo Dejanira:

—Calias merecía su destino; no le compadezco, aunque le amo por ser mi hijo. Se le aplicó la justicia sólo en cierta medida. Otro habría sido ejecutado por ese acto.

Dédalo no supo ver la nobleza indudable de las palabras de Dejanira, que ya no era tan obtusa como antes, y quedó aterrado y la acusó de ser una madre desnaturalizada.

Ella se juzgaba inocente de la disolución de su matrimonio pues, ¿no había declarado Pericles su pasión por ella en la noche de bodas y no la había abrazado con deseo? ¿Qué había hecho para merecer que la arrojara de su casa? Sin embargo dijo a su padre:

—Desprecio a las tales como Aspasia, pero él me había prohibido su lecho antes de conocerla. No es más que una hetaira, y Pericles de familia ilustre. No creo que la ame, pues, una mujer tan libre ¿cómo iba a ser respetada por alguien como mi marido? No, ella es un capricho pasajero. Habrá otras.

Dédalo, fuera de sí, le gritó:

—¿No has oído esos rumores de que ella está embarazada?

Dejanira cerró los ojos con dolor y angustia repentinos. Dédalo continuó:

—Pericles no sólo no se avergüenza de haber herido la sensibilidad de los hombres decentes. Es que alardea de su estado a todo el que quiera escucharle. Sí, ya sé que las hetairas suelen dar hijos a sus amantes, aunque eso es repugnante a los ojos de los virtuosos. Pero al menos los amantes no presumen de esa vileza, como hace Pericles.

Dejanira abrió los ojos llorosos.

—No es propio de Pericles el alardear, padre mío.

—¡Ah!, y eso, ¿cómo lo sabes? Tal vez Pericles estaba en lo cierto cuando me dijo que eras una estúpida.

Viéndola sufrir y temblar sintió algo de compasión. Pero un instante después ya se enfurecía de nuevo con Pericles por hacer sufrir así a su hija. Cuando Jantipo y Paralo visitaron otra vez su casa les preguntó:

—¿No os avergonzáis de que vuestro padre haya engendrado un hijo ilegítimo

con esa hetaira, esa zorra? ¿Habéis pensado lo que significará para vuestro nombre ese hijo ilegal?

—Y ¿qué hemos de hacer? —preguntó Jantipo con expresión solemne en su rostro encantador. Paralo le dio con el codo, pues vio la ironía mordaz en los ojos de su hermano, y él era de natural más compasivo que el irrepreensible Jantipo. Pero este continuó—: Nosotros honramos a Aspasia, pues no sólo es la mujer más hermosa de Atenas sino también la más amable, y nos quiere mucho. Adora a nuestro padre y le da alegría y consuelo. Su situación es muy corriente y pocos se oponen a ella.

—¿No os importa la humillación de vuestra madre?

Paralo dijo con la gravedad de Pericles:

—Mi madre ya no es su esposa. Lo que él haga no la injuria en la estima de los demás, pues ella ya no tiene nada que ver con sus asuntos.

Dédalo se cogió a esto con esperanza.

—Entonces, ¿tú no apruebas a tu padre?

Paralo tenía más respeto a su abuelo que el sátiro de Jantipo, así que contestó:

—No dije eso. Perdóname. Quería decir que lo que hagan mi padre o mi madre no es asunto del otro. No son uno.

Jantipo adoptó una actitud de orador y dijo, citando a Homero:

—«No hay nada más fuerte y más noble que cuando hombre y mujer son un solo corazón y una sola mente en la casa. Dolor para sus enemigos y gran gozo para sus amigos. Pero ellos, en su corazón, aún lo saben mejor». —Sonrió a Dédalo—. Esas palabras describen perfectamente a mi padre y a nuestra amada Aspasia.

A Paralo no le gustó que se burlara así del viejo Dédalo, el cual les miraba parpadeando e intentando comprender con su mente senil. Por eso dijo, mirando amenazadoramente a Jantipo y con un rostro muy semejante al de Pericles:

—No hagas caso de Jantipo, abuelo. A él le gusta bromear. No quería decir nada.

—Nunca digo una palabra que no sea pertinente —insistió su hermano golpeándole afectuosamente y quedando ante él en actitud de pugilista.

Después de Calias, Paralo era el favorito de Dédalo; este temía un poco a Jantipo y a su ingenio ácido, y por eso le disgustaba, aunque le quisiera.

Dijo:

—Píndaro afirma: «No intentes convertirte en un dios. Las empresas mortales son para los hombres mortales». (Había oído esta cita la víspera en la Asamblea). —Y añadió—: Vuestro padre trata de convertirse en un dios ante el pueblo para que este le adore. Los hombres son mortales, como polvo ante los dioses, algo que vuestro padre no comprende.

Jantipo agitó la cabeza burlescamente e, imitando la gravedad de Paralo, proclamó:

—Sófocles ha dicho: «Las maravillas son muchas, pero nada es más maravilloso que el hombre». Mi padre es una maravilla. Luego es tan maravilloso como lo son los dioses.

—A tu silogismo le falta algo —dijo Paralo, más templado—. Mi padre no está loco, está muy por encima de esa locura de considerarse divino, y sus decretos no son infalibles. —Sonrió—. No se debe citar a los filósofos como la autoridad definitiva, ya que discuten entre ellos y con frecuencia están en pugna. Tampoco están cuerdos del todo, según nuestra aburrida interpretación de la cordura.

—Desde luego —dijo Jantipo— tú sueles ser bastante aburrido, hermanito —y ambos se rieron golpeándose afectuosamente—. ¡Deberías encontrarte con Pan!

Dédalo era incapaz de seguir aquel rápido diálogo y dijo con amargura:

—Tu padre está tratando de llevarnos de nuevo a la guerra. ¿A quién aprovechan las guerras, excepto a los tiranos como él?

—¡Ah! —gritó Jantipo—. ¿No ha dicho Homero: «Todos miraron con horror el rostro de hierro de la guerra, pero tocaron con gozo el pecho de los valientes»?

Paralo dijo rápidamente:

—También los poetas están con frecuencia en desacuerdo... como los dioses. Dudo mucho, abuelo, que nuestro padre desee la guerra, aunque sea soldado. Está tratando de unificar a Grecia y, si bien parece tortuoso en ocasiones, debemos confiar en él.

Dédalo les miraba incrédulo, con ojos saltones. —¿Confiar en tu padre? ¡Primero confiaría en las arpías!

—Es cuestión de rusto —dijo Jantipo, y se vio arrojado de la habitación por Paralo, más fuerte que él, que lo envió a ver a su madre. Mientras iban por el corredor este le dijo:

—¿Por qué atormentas a ese pobre viejo que nada tiene sino el odio para alimentarse en su ancianidad?

—El odio es el pan de Hades, al que él está destinado —respondió Jantipo, que apenas conocía la piedad y hallaba la vida ridícula.

Carecía del frío dominio, propio de su padre o su hermano. Sólo tenía ingenio e intelecto, y un gran sentido del humor que los demás hallaban molesto. Sobre todo odiaba la torpeza y no podía perdonarla, aunque Paralo le decía muy a menudo:

—No eches la culpa de la torpeza a la naturaleza intransigente del que la posee, sino a sus padres que se la transmitieron y a los dioses que la decretaron. ¿Tiene el cerdo la culpa de su jeta, el mono de sus piojos, o el buitro de su olor? Somos lo que somos, no por deseo propio sino por herencia de nuestros padres, y nada puede cambiarlo, ni el gobierno, ni la enseñanza, ni las plegarias. Desde la concepción adquirimos nuestra naturaleza inmutable y no podemos escapar a nuestro destino.

—Pero sí intentarlo —refutó Jantipo—. Al menos está en nuestro poder el dominar nuestro aspecto más repugnante. ¿Defecamos en las calles? No; vamos a las letrinas. Que los idiotas vayan a las suyas y aprendan discreción para no ofender a los demás.

—Tal vez podamos enseñar a esos idiotas —dijo Paralo sonriente— aunque siempre destruyen a quienes les enseñan.

Jantipo, en desacuerdo, replicó:

—Has refutado tu propia argumentación.

Ambos se amaban mucho a pesar de ser tan diferentes, y entraron en las habitaciones de su madre del brazo y amistosamente. Dejanira se sintió gozosa al verles. La visitaban por lo menos una vez a la semana, pero ella los saludó como si no los hubiera visto en años, con abrazos, sonrisas y lágrimas. No les preguntó inmediatamente por su salud sino por su padre, con una ansiedad que ambos hallaron conmovedora. La abuela, allá en el fondo de la sala, les observaba con aire de desaprobación crónica. Escuchaba la conversación gruñendo y como —al igual que las mujeres griegas— despreciaba la ociosidad, estaba cosiendo laboriosamente. Pero sus ojillos negros iban de un lado a otro como cucarachas. Sentía afecto por los hijos de Pericles, si bien todo su amor era para Calias. Por eso se resentía contra Jantipo y Paralo, que no se parecían a ella, ni a su hija, en absoluto. Hacía extensiva a sus hijos la animosidad que sentía contra Pericles, si bien no con el odio que tenía al padre. Este conflicto de emociones la irritaba y por eso sus gruñidos eran siempre más altos en presencia de los jóvenes. Aunque estos le demostraban la cortesía que merecía por ser su abuela, la ignoraban después de un breve saludo.

Conversaban con su madre en un ambiente cariñoso y sereno. Ella les acariciaba los brazos y fijaba los ojos en sus rostros buscando una huella de Pericles. Ahora les preguntó por la academia. Había oído decir que Jantipo estaba casi desposado con la hija de una gran casa. Él se encogió de hombros.

—He conocido a la doncella en la escuela de Aspasia, y es dulce y amable. Pero ¿por qué es necesario que un hombre se case? ¿Es que el matrimonio lo es todo?

Al oírlo, la madre contestó ansiosamente:

—Sí, lo es todo.

Jantipo estaba a punto de entrar en el servicio militar y simulaba encontrarlo muy molesto, pero era hijo de Pericles y nieto de Jantipo y siempre pensaba en ello con un orgullo que ocultaba cuidadosamente. Hablaba con su madre, pero pronto se aburría con aquellos cuya mente era inferior a la suya, así que empezó a bostezar a pesar de las firmes miradas que le lanzaba Paralo. Al final, y a pesar de los ruegos de Dejanira, ambos afirmaron que debían regresar a casa de su padre, ya que era tarde y una guardia militar los esperaba en el patio. La pobre mujer se aferró a ellos besándoles y llenándoles las mejillas de lágrimas, implorándoles que la visitaran lo antes posible.

Montaron a caballo. Una luna de tono anaranjado y extraordinariamente grande brillaba en el cielo, dando a la tierra una iluminación extraña, de modo que todos los pilares y muros parecían bañados de luz rojiza y sus sombras eran muy agudas y negras. Las colinas estaban envueltas en una neblina amarillenta, y las columnas, ya en número creciente, de los templos de la Acrópolis parecían de oro. Atenas, más abajo, brillaba de antorchas y lámparas rojas, inquieta e insomne. El aire de otoño estaba cargado de aromas y el viento era frío. Las hojas muertas corrían susurrando por el camino ante los caballos como animalitos vivaces. Jantipo empezó a cantar la

canción más nueva y procaz de las calles con gran diversión de la guardia, y aún le añadió unas cuantas estrofas suyas todavía más lascivas. Los caballos marchaban briosamente sobre las piedras. Jantipo estaba tan animado como de costumbre mientras su hermano se limitaba a sonreír y a lanzar voces de reprobación no del todo sinceras.

La guardia militar llevaba antorchas y montaba en torno a los hermanos vigilando puertas y callejuelas. También los tejados, pues la luz de la luna era muy vivida. Pero no vieron al arquero que les aguardaba, encogido sobre un tejado y oculto en las sombras. No se levantó hasta que el grupo estuvo directamente bajo él, y sólo por unos segundos; parecía un demonio negro de Hades, sin rostro, contra la luz naranja. Un guardia lanzó un grito de aviso. Pero el arquero era rápido y diestro y ya había elegido su blanco.

Se escuchó como un aleteo en el aire, tan mortal como el del halcón, y la flecha halló su blanco mortal en el ojo derecho de Paralo, que cayó a los pies del jinete que le seguía.

En un instante todo fue estruendo, gritos, relinchos de caballos y el siseo de las antorchas que caían lanzando lluvias de chispas rojas sobre las piedras. Los caballos se pusieron en dos patas y recularon frenéticamente. Jantipo, insensible al peligro, bajó de su montura y se lanzó sobre el cuerpo de su hermano, recibiendo el golpe de un casco en el hombro izquierdo. Todo era confusión y juramentos; hombres y caballos tropezaban en la oscuridad. Un jinete dio la vuelta y corrió hacia la casa oscura y cerrada sobre la que había estado el arquero. Pero este había desaparecido, desvanecido como un fantasma.

6

Helena no permitía que visitaran a sus pacientes en la enfermería para evitar el ruido y las interferencias.

—La salud del paciente es más importante que vuestra curiosidad, incluso que vuestro amor —decía a los parientes ansiosos—. Debe descansar para recuperarse. ¿Quién sabe qué enfermedades podéis traerle sin querer? He estudiado con Hipócrates, que dice que los sanos pueden llevar con ellos infecciones que vencerían a los enfermos y débiles.

Había dispuesto una sala muy agradable para parientes y amigos fuera de la enfermería misma, llena de flores, con una fuente fragante y asientos muy cómodos. Allí conversaba con los visitantes y les daba las noticias, buenas o malas. Sus médicos la acompañaban a veces y escuchaban las explicaciones con deferencia. Aquí su voz era firme y fuerte. Cuando los parientes se lamentaban por el destino del enfermo les decía:

—Sófocles ha dicho que sería mejor no haber nacido nunca en este mundo. ¿Por qué lamentarnos si uno muere? Sócrates dice que un hombre bueno nada ha de temer en este mundo ni en el otro... si es que existe, y que la muerte no es más que un sueño. ¿Quién no desea el sueño? La muerte es nuestro destino; a todos llega, tarde o temprano, y nadie escapa a ella. Debemos aceptarla como aceptamos la vida. Solón, el sabio legislador de Atenas, nos aconsejó que nunca dijéramos que la vida de un hombre era feliz hasta que hubiera terminado. Pensad en todo esto y tal vez envidiaréis a los muertos.

Por estas observaciones que hacía a los parientes del que expiraba se la consideraba fría y carente de compasión. Pero ella decía suspirando a sus amigos que, si el médico se involucraba demasiado con sus pacientes, sería incapaz de practicar su arte y se pasaría el día llorando inútilmente. El médico siempre había de sentirse tan remoto como el Olimpo a fin de que su mente e intelecto no se nublaran por la emoción, pero, a la vez, debía comprender el sufrimiento y dolor humanos. Había de ser objetivo, no subjetivo, pues el mismo paciente sufriría. No permitía que entraran en su enfermería hechiceros, brujos o hacedores de milagros, ni dejaba que adornaran el cuello del paciente con amuletos.

—Es cierto —decía— que la mente gobierna al cuerpo más que este a la mente, y a veces la superstición es tan fuerte como una droga medicinal. Pero dejad que los otros médicos y yo decidamos si el paciente está enfermo del alma o del cuerpo. Si es del alma, podéis traer amuletos... pues ella es subjetiva y se deja persuadir fácilmente. Pero si tiene una enfermedad del cuerpo los amuletos no le curarán el cáncer ni le quitarán una piedra ni permitirán que nazca un niño sin dificultad. El

cuerpo es objetivo y no cree en amuletos.

Ahora empezaba a creer más y más que la voluntad del hombre por sobrevivir era lo más importante. Dijo a Pericles:

—Tu hijo vivirá, pero ha perdido la visión del ojo y nada puede restaurarla, ni siquiera los dioses. Es un milagro que no esté muerto o paralizado, pues la punta de la flecha le atravesó el cerebro. Es un joven valiente. Está decidido a vivir y no se pasa las horas quejándose de que a partir de ahora sólo verá con un ojo. Se alegra de no estar ciego. En cuanto a Jantipo, puedes llevártelo a casa, ya que sólo tenía el brazo y el hombro rotos. Estará incómodo por algún tiempo. Sin embargo, está más preocupado por Paralo que este mismo, y sólo jura venganza —concluyó.

El color de Helena había palidecido y su rostro, generalmente alegre, estaba sombrío.

—Lo están buscando ya —dijo Pericles y su voz, aunque serena, era terrible—. No fue una venganza privada, ni un impulso repentino, este ataque a mis hijos. Iba dirigido contra mí. Yo sólo tengo enemigos políticos. Aunque el mismo arconte rey fuera responsable de esto, sufriré por ello.

Paralo era el primer paciente de buena familia que ocupaba un lecho en la enfermería, ya que todas las casas tenían su propio médico. Pero Pericles estaba convencido de que Helena los sobrepasaba a todos. A petición de Pericles, Paralo había sido llevado allí casi *in extremis* y ocupaba una de las hermosas habitaciones privadas de Helena, constantemente vigiladas, tanto en el interior como en el exterior y en todos los corredores, por hombres armados y con la espada desenvainada. Ni un bocado, ni una copa de vino o agua llegaban a labios de Paralo sin que primero lo probaran por temor al veneno. Su perro favorito dormía a su lado, tan alerta como los guardias a cualquier sonido que no reconociera.

En la cámara inmediata se hallaba Jantipo. Los hermanos llevaban allí una semana.

Pericles dijo a Helena:

—Aspasia te ruega que le permitas visitar a Paralo.

—Por supuesto; mi querida amiga puede visitar al que ama tanto como si fuera su hijo.

—Me temo que el dolor pueda afectarla en su embarazo. Helena sonrió.

—Una mujer embarazada está doblemente protegida y es tan fuerte como un tiro de caballos. La naturaleza protege la vida en embrión más que a los ya nacidos. Que venga Aspasia para aliviar su ansiedad. El verla calmará y encantará a Paralo —vaciló—. ¿Está asimismo Aspasia bien guardada?

—He doblado la guardia... en mi casa. La he sacado de la suya. Ni siquiera respira sin que la oigan los soldados. Y yo duermo junto a ella con la espada desnuda en la mano Helena dijo:

—El ataque a Aspasia tuvo intenciones ocultas, aunque fuera dirigido contra ti. El ataque a tus hijos, como has dichos, es indudablemente político. Por tanto, mucho

más peligroso y terrible. Dudo que tus enemigos políticos traten de herirte a través de Aspasia, ya que consideran a las mujeres triviales e insignificantes, sin importar quién las ame. Guarda a tu hijo Jantipo como guardamos aquí a Paralo. Y, sobre todo, guárdate tú.

—¡Perros sarnosos! —exclamó Pericles—. No se atrevieron a atacarme a mí. Sabían que eso despertaría la cólera de los que en mí confían. Por tanto atacaron a través de mis hijos para asustarme, intimidarme, distraerme y darme un aviso. Quieren que me retire por temor de mi familia pues, aunque hablan de derrocarme y quitarme del cargo, saben que el pueblo está conmigo. ¡No me retiraré! Pero encontraré a los que perpetraron esta maldad y los arruinaré.

—Pueden ser demasiados —dijo Helena, pensando si aquello no daría lugar a una guerra civil. Y añadió—: Permíteme un consejo, mi querido Pericles. No grites públicamente que esto es un asunto político, no sea que abras las puertas del infierno para desgracia de Atenas. Di en todas partes que fue algún criminal que quería robarte o simplemente vengarse de una ofensa personal. Exige abiertamente que Atenas emplee más guardias por la calle para que los ciudadanos inocentes estén a salvo del asesinato y el robo.

—¡Qué consejo más pusilánime! Ella sonrió:

—Quizá. Pero piénsalo unos momentos. Mi consejo es prudente. Con eso lograrás que tus enemigos, complacidos, se descuiden mientras tú los buscas. Un ataque franco contra ellos les incitaría a atacarte, fueran cuales fueran las consecuencias que sufrieran, pues están desesperados. Pericles lo meditó. Como raramente se sentía dominado por la emoción empezó a ver la prudencia en las palabras de Helena, aunque ello le encolerizara.

—Te sugiero —continuó ella al ver nublado su rostro— que ofrezcas una gran recompensa por el descubrimiento de ese «criminal aislado». Que sea tan magnífica que el asesino contratado se sienta más que tentado de traicionar a los que le emplearon. Ofrécele refugio si viene a ti, lo que probablemente hará. El dinero no supone tentación si hay peligro de muerte. Mientras tanto no hables de tus verdaderas sospechas. Acepta la condolencia y simpatía que el gobierno te ofrece y no registres fieramente cada rostro con la mirada. Ellos no deben sospechar nada, aunque lo más probable es que, cuanto más extremados se muestren en la expresión de su dolor, más culpables sean.

Frunciendo el ceño, y pasándose los dedos por el pelo, Pericles dijo:

—Algunos de mis guardias han jurado que no vieron a un arquero solo, sino a varios más en otros tejados esperando a ver si el primero tenía éxito. Sé que se hallaron flechas en el lomo del caballo de Jantipo. De no haberse tirado instantáneamente sobre el cuerpo de Paralo, habría sido asesinado. Sólo estas segundas flechas me han convencido de que mis hombres no estaban histéricos.

—Entonces, sobre todo, insiste públicamente en que fue un criminal nada más el que atacó a tu grupo, y los enemigos se dejarán engañar. Pero apostaré a que, en

cuanto ofrezcas la recompensa, empezarán a encontrarse criminales muertos en las callejuelas. Porque tus enemigos no se atreverán a dejarlos vivos.

—¡Lo que trae consigo ser un político! —dijo Pericles con amargura—. ¡Si un hombre trata de ayudar a engrandecer a su país, y fortalecerle ante sus enemigos, su propio pueblo le salta al cuello y le llama malhechor, ladrón, embustero y farsante! Es mejor sonreír y sonreír al pueblo, y mostrarles un rostro alegre, que tratar de alzarlos de entre la chusma.

—Pero ¿no ha sido esa siempre la historia de los héroes? —preguntó Helena rellenándole la copa. Estaban bajo el crepúsculo azulado en el pórtico exterior pues, aunque fuera otoño, el día había sido cálido y dorado. —Mi querido Pericles, recuerda el antiguo proverbio referente a los poderosos: «Camina suavemente entre tus enemigos... con una espada dormida». —¿Deseas el destino de los nobles? ¿El exilio, la muerte, las maldiciones, el desprecio y el odio? El heroísmo y la sinceridad son espléndidos, pero también hay que ser juicioso en todo... si el hombre quiere servir a su país lo mejor posible.

Como él no contestara se echó a reír y le puso una cálida mano en la rodilla.

—Esto me lo has dicho tú siempre. ¿No soy una buena alumna? Te repito tus propias palabras. Rebélate como hombre justo y furioso ante el pueblo y todos se reirán de ti.

Pericles tuvo dificultad en sacar a Jantipo de la enfermería, pues el joven no confiaba ni en los guardias por los que respondía su padre. Pericles se vio forzado a hacer uso de su autoridad paterna para llevárselo a casa.

A pesar de sus convicciones, Helena había permitido que la llorosa Dejanira visitara a sus hijos enfermos. Esta, voluble y quejumbrosamente, interrogó a Helena sobre la identidad del asesino. ¿Quién querría dañar a sus hijos? ¿Qué clase de poder era el de Pericles si cualquiera podía atacar a sus hijos entre los guardias? Atenas se había convertido en una cueva de ladrones que desafiaban a la ley, y de asesinos que mataban a capricho. ¿Dónde habían estado los guardias de la ciudad si ninguno se hallaba presente? Helena, refrenando su impaciencia, contestó:

—Estos son tiempos malos, y siempre les ha habido en el mundo. Preciso es admitirlo. La humanidad es una raza de bárbaros, de animales primitivos.

—Mi padre —dijo Dejanira, con la cara enrojecida e hinchada por el llanto— declara que Pericles ha sido demasiado blando con los criminales, y los jueces demasiado misericordiosos, y que necesitamos un hombre más fuerte como jefe de estado. Está muy preocupado. Ha tenido que meterse en cama el pobre.

Helena era demasiado amable para explicarle a esta desgraciada que las rabietas histéricas y las denuncias constantes de su padre habían animado el ataque a Paralo. Se limitó pues a encogerse de hombros y a repetir que estos eran tiempos malos.

—Nadie está seguro en el mundo —dijo—. Los que buscan la seguridad se engañan, lo mismo que, los que luchan por la paz, han de enfrentarse inevitablemente con la guerra.

Amigos y enemigos, en el gobierno, todos expresaron su condolencia y su ira por lo sucedido a Pericles, que observó sus rostros —tanto de unos como de otros— buscando al que dispusiera la muerte de su hijo.

—Es ultrajante —dijeron los arcontes, y Pericles sonrió cínicamente, pero aceptó sus observaciones con gracia y con gratitud aparente.

Le felicitaron por haber ofrecido una recompensa cuantiosa por la aprehensión del asesino. Muchos ofrecieron también dinero por su parte. Fue una paradoja —sólo apreciada por Zenón— que los peores enemigos de Pericles resultaran los más generosos en sus ofertas, y los más exaltados en la expresión de su cólera. Pero este sabía que en su interior se sentían complacidos y se burlaban de él, y hacían planes en su contra.

Pericles dijo a Aspasia:

—Querida mía, quiero llevarte de aquí, antes del nacimiento de nuestro hijo, a una de mis granjas más alejadas, si bien cerca de Atenas, protegida con guardias.

Aspasia repuso:

—No. Debo quedarme contigo para que el temor no me destroce. Estoy bien guardada aquí —le miraba con desesperación—. Tengo mi parte de culpa en esta persecución actual. ¿No sería mejor que no me vieras de nuevo?

Pericles se sintió a la vez conmovido e irritado y dijo:

—¿Va a huir el león ante los chacales? ¿O gemir por temor a las sombras? Debes obedecerme para que yo tenga paz. Saldrás para la granja mañana al amanecer, y nadie sabrá dónde estás. Sólo Helena y yo.

No se atrevió a acompañarla a la remota y pacífica granja, por si sus enemigos le vigilaban, de modo que ella partió muy temprano, antes de la salida del sol, y cuando circulaban muy pocos carros por los caminos. Iba acompañada de esclavos fuertes y de confianza y de soldados que se quedarían con ella.

—Si a la señora Aspasia le ocurre algo —les había dicho Pericles— os castigaré del modo más severo, y no a uno, sino a todos. Por tanto debéis vigilaros constantemente e informarme de la negligencia más pequeña.

Helena le prometió que cuando se acercara la hora del nacimiento del niño, acudiría junto a Aspasia, a pesar de que ostensiblemente se dirigiera a Epidauro a orar en el templo de Esculapio, hijo de Apolo, educado por Quirón el centauro. También asistiría allí a una reunión de los nuevos seguidores de Hipócrates y estudiaría sus métodos y enseñanzas.

—Él ha sacado a la medicina del reino de la magia y la taumaturgia —dijo a Pericles—. Vale mucho más que cualquier maestro egipcio. ¿Te has preguntado alguna vez, mi querido Pericles, por qué han nacido y se han desarrollado tantos genios en este breve tiempo de Grecia? Si yo fuera una mujer devota, y creyera en los dioses, diría que nos han mirado desde el Parnaso y nos han bendecido. Porque, realmente, esto es un milagro.

También Zenón creía en ese milagro.

—Dios ha elegido a Grecia para un destino grande y majestuoso —dijo a Pericles—. ¿Qué otra nación en nuestra historia y recuerdo, ha sido tan dotada de gloria y de genio?

Incluso Pericles, agotado y amargado ahora, admitía que algo misterioso había ocurrido para que el rayo hubiese venido a caer en aquel pequeño país con tal brillo e intensidad de dones. Dijo:

—Anaxágoras ha declarado que la Mente Universal no es remota e indiferente, sino que elige, y no al azar, una nación o una raza para extender Sus manos y bendecirla por su propia voluntad. Fidias asegura que esta es la hora de Grecia y que, cuando Atenas esté en ruinas, todavía su espíritu dominará el mundo.

—A despecho de nuestro gobierno deplorable —dijo Anaxágoras—. Pero ¿qué tiene que ver el gobierno con una nación? Suponen una catástrofe, más que una protección, de lo que hay de espléndido en ella.

Pericles quedó muy solo con la marcha de Aspasia. Visitaba a Helena en busca de consuelo y ánimo, y ella, para consolarle, se lo llevaba a la cama. Era una mujer sensata y sabía que no violaba con ello su amor por Aspasia, y que los hombres necesitan de consuelos y palabras suaves, y unas manos femeninas, en sus problemas. Además no tenía miedo por él, como Aspasia.

—El amor hace cobardes a los más valientes —le dijo—. Aspasia es mujer de valor, y jamás había conocido antes el miedo, pero ahora es débil como una tímida flor del campo, pues teme por ti. Le escribo constantemente y le digo que estás muy bien, aunque —añadía con una sonrisa— no la informo de que encuentras consuelo en mis brazos. Tú y yo somos viejos amigos, Pericles, pero Aspasia, enamorada intensamente de ti, no lo comprendería a pesar de su inteligencia. No podríamos explicarle que sólo nos queremos como amigos, y que nuestra diversión en la cama no tiene un auténtico significado.

Un día recibió Pericles una misiva sellada, entregada por un hombre envuelto en una capa y encapuchado que la dejó en manos de uno de sus secretarios y luego desapareció rápidamente entre la muchedumbre del Ágora. Él escriba dijo con indulgencia:

—Señor, ese vagabundo era muy elusivo, y tenía la voz de un hombre importante. O bien pide una limosna, o esa misiva contiene una denuncia contra ti.

Pericles sonrió y abrió la carta. Estaba escrita con letra peculiar, apenas legible, pero las palabras eran las de un hombre culto. «Si el noble Pericles desea noticias de aquellos que instigaron el ataque a su hijo Paralo, que venga hoy a medianoche a cierta taberna que estará cerrada y atrancada, pero que a los cinco golpes, repetidos tres veces con un breve intervalo, se abrirá para él. Puede traer guardias, si lo desea, pero estos no deben cruzar el umbral de la taberna. Debe entrar solo. La encontrará silenciosa y desierta, con una vela ardiendo sobre la mesa central. Como es un hombre de honor, después de tomar la carta que estará dirigida a él en esa mesa, dejará una bolsa de oro como prometió en lugar de la carta». Se daba el nombre de la

taberna, situada cerca del mar en un barrio solitario y célebre en el que pocos se atreverían a aventurarse, excepto los criminales.

Pericles, temblando interiormente, leyó y volvió a leer la misiva. ¿Era un complot para llevarle a la muerte? ¿Era una burla para robarle el dinero? ¿Era falso? Un criminal podía dar algunos nombres. ¿Serían en verdad los de aquellos que pagaron el ataque a su hijo, con objeto de atacarle a él en su punto más vulnerable? Estudió la carta una y otra vez, mordiéndose el labio, frotándose la frente. Tuvo el impulso de destruirla. Un instante después la leía de nuevo. No tenía nada que perder, más que una suma de dinero. Por otra parte sí tenía mucho que ganar. Diría a sus soldados que rodearan la taberna, a fin de que, si le herían, capturaran de inmediato a los criminales. No habría escape para el traidor o el ladrón. Además sólo con que nombraran a Dédalo ya sabría que el mensaje era un truco. La malicia puede hacer cosas peores que nombrar a un inocente.

Luego tuvo otra idea. Envió a buscar a su oficial de confianza, un joven valiente cuyo valor y honor se había demostrado en muchas ocasiones.

Se llamaba Ifis y era un soldado distinguido, bajo y grueso, de ojos brillantes y un rostro cuadrado bajo el yelmo. Caminaba algo pesadamente por sus piernas cortas y poderosas, pero podía moverse como una flecha si era preciso.

Saludó a Pericles y quedó ante él esperando. Este le miró pensativamente. Luego dijo:

—Mi querido Ifis, ¿has oído hablar de la recompensa que he ofrecido por los nombres de los asesinos que atacaron a mi hijo Paralo?

—Sí, noble Pericles.

Entonces le tendió la carta, que él cogió y leyó. Su rostro se quedó muy quieto, inmóvil, como tallado en piedra. Guardó silencio unos instantes y luego dejó cuidadosamente la carta sobre la mesa, sin quitarle la vista de encima.

—¿Bien? —preguntó este.

—Señor, tal vez sea una emboscada. No puedes ir tú. —Le miraba directamente a los ojos—. Yo iré. No soy de tu estatura, pero llevaré una capa y capucha e iré montado en tu caballo y rodeado de mis hombres, también a caballo. Obedeceré las instrucciones de la carta. Pericles se llevó un dedo a los labios mirando la carta. Ifis insistió con firmeza:

—Eres demasiado importante para Atenas, señor, eres el jefe de estado y la gente confía en ti. Acudir allí del modo que te indican no sólo pondría en peligro tu propia persona, sino a la misma Atenas. Tal vez la carta sea sincera y ese pillo busque dinero. No debemos perder la oportunidad, por sospechosa que parezca.

Pericles siempre era franco con sus soldados y por eso confiaban en él sin vacilar. Podía ser muy severo y a la vez muy amable. Dijo:

—Esperaba que lo sugirieras, Ifis, pero yo no lo habría sugerido nunca. Tal vez corras un grave peligro de muerte al ir en mi lugar. ¿Lo entiendes?

—Sí, noble Pericles. Pero iré armado, rodearé la taberna con mis hombres y soy

un buen espadachín. —Su rostro estaba curtido por el sol y tenía la textura del cuero, a pesar de su juventud, y sus ojos eran claros y penetrantes al mirar a Pericles. Había en él un aura de resolución. Añadió—: No tengo esposa, ni hijos, ni parientes siquiera. No tengo nada que perder, pero tú tienes el país y tu familia. ¿Qué soy yo comparado contigo?

Pericles se levantó y le abrazó conmovido. Se sacó un anillo brillante del dedo y dijo:

—Este anillo es famoso en Atenas y jamás voy sin él. Cuando cabalgues a medianoche haz que se vea bien para engañar a cualquiera que te espíe.

Vete ahora a mi casa, en seguida. De allí se te verá salir a caballo a medianoche, por mis puertas. También yo me iré ahora mismo a casa, e inmediatamente a la de Helena, la médico, de modo que incluso mis esclavos de mayor confianza crean que estoy con ella.

Y añadió:

—No vuelvas a mí casa cuando hayas cogido esa carta prometida. Búscame en casa de Helena, que allí te estaré esperando.

Ifis saludó:

—¿Qué le diré al vigilante de tu casa, señor?

—Dile que tienes un mensaje que debes entregarme, y sólo a mí. Luego, a medianoche y con tus soldados, vete con aire de impaciencia y di que volverás al amanecer.

Cuando Ifis hubo salido Pericles apretó los labios y recorrió el despacho arriba y abajo agitando la cabeza. En realidad Ifis manejaba la espada mucho mejor que él, que no había asistido a un duelo desde hacía casi dos años. Además, Ifis era joven, y él ya de mediana edad. Si había peligro, sería muy grave. Ifis estaba prevenido, había sido avisado. No entregaría la vida con facilidad y sus hombres estarían allí para protegerle.

«Antes de conocer a Aspasia jamás se me habría ocurrido dejar que otro ocupara mi lugar en caso de peligro —se dijo—. Pero el amor nos hace débiles aunque seamos poderosos; cobardes aunque seamos valientes. ¿Qué son incluso mis hijos comparados con Aspasia? Ifis tenía razón: también debo pensar en Atenas. Los que confían en mí quedarían inconsolables. Y mis enemigos se regocijarían al saberme asesinado. Estoy entre ellos y mi país. Además, los generales no se exponen imprudentemente al peligro, pues entonces en los ejércitos reinaría la confusión».

Pero seguía turbado. Helena le dijo en su casa:

—Actuaste con sabiduría. Ifis es intrépido. Atenas es más importante que tú, y está a tu cuidado. No quiero verte con ese aire de inseguridad. —Ven. Tengo una cena deliciosa para ti esta noche, y te distraeré hasta el regreso de Ifis.

—Eres demasiado sensata —dijo Pericles iniciando una sonrisa. Ella le miró con gravedad sin responder con otra.

—Cuando sepas esos nombres, y pueden ser ilustres y figurar en el gobierno,

¿qué harás con ellos? ¿Has pensado en esto? No puedes castigarlos abiertamente, porque entonces, en respuesta, tus enemigos se unirán más y se mostrarán más vengativos.

—Ya lo he pensado. Pero encontraré un modo de eliminarlos sin acusaciones claras. Sin embargo, he de estar convencido. No es mi estilo actuar con prisa, y eso lo sabes.

Poco después de medianoche, cuando el temor de Pericles había llegado al límite, Ifis apareció a caballo en casa de Helena, donde estaban encendidas todas las lámparas. Hizo una reverencia profunda ante Pericles e inclinó la cabeza ante ella, tan sólo por ser amiga de su señor y no importante a sus ojos, aunque fuese una médico de fama.

—Señor —dijo—, todo sucedió según decía la carta. Llamé tres veces, como nos indicaron. No hubo respuesta. Empujé la puerta, que se abrió silenciosamente. No había nadie. Sobre una mesa aislada, e iluminada por una vela, vi la carta, que tengo en mi poder. El registro de la taberna resultó infructuoso. No había señales de vida, ni de haber sido ocupada recientemente, aunque lo escudriñamos todo. —Sonrió con sequedad—. Por lo visto nadie confiaba en nosotros. Dejé la bolsa de oro sobre la mesa.

Entregó a Pericles la carta, que estaba sellada. Él la abrió y la leyó con asombro. Había cuatro nombres. Uno era Filemón, el arconte epónimo; otro Leandro, el arconte polemárcos, el tercero Títono, miembro del Tribunal Supremo —llamado Heliaia— y el cuarto Polites, miembro también del Tribunal Supremo y la Bulé.

Estos cuatro hombres se le habían mostrado siempre como sus amigos más amables y devotos, hombres serios, barbados, considerados. ¡Filemón, Leandro, Títono y Polites! Era increíble, era imposible. Pero nada, se recordó, era imposible en este mundo, el peor de todos los mundos posibles. Con frecuencia se descubría que los enemigos del hombre eran sus amigos; y estos sus enemigos. Incluso había esperado ver el nombre del arconte rey, que siempre le saludaba con gran respeto y frialdad. El hecho de que hubieran omitido su nombre, así como el de Dédalo, daba crédito a la carta. Había supuesto que figurarían en ella los nombres de los que creía sus enemigos declarados. Y no estaban allí.

Desde luego había tenido la seguridad de que leería el nombre de Tucídides, su archienemigo. Y no se le nombraba. Mostró la misiva a Helena, quien la leyó cuidadosamente y dijo:

—Creo todas sus palabras. Esos hombres han estado en mi casa. Siempre expresaron su devoción y lealtad hacia ti. Esto me hizo sospechar desde el principio. Cuanto más alardea un hombre de amistad, menos es de fiar. —Y añadió—: El hombre que escribió esta carta no era un novato, ni un simple vagabundo. Sabía la verdad.

—Tengo un buen expediente de cada uno de ellos —dijo Pericles con el corazón abrumado—. Los estudiaré mañana. Ayer mismo vino Polites a mi casa para hablar con Paralo y ofrecerle su condolencia. En cuanto a los otros me rodearon llorando y

juraron que el cobarde asesino sería llevado ante la justicia. Me rogaron que aceptara su ayuda.

—Mayor razón aún para sospechar de ellos, Pericles —dijo Helena.

—Pero ¿y si el autor de la carta tenía algo en su contra y deseaba vengarse?

—Estudia bien tus expedientes —le aconsejó—. Tal vez encuentres la verdad allí. Si no recuerdo mal son hombres elegantes, de rostro sincero y aire de integridad. De esos hay que dudar, y vigilarles sobre todo.

Pericles se sentía profundamente turbado. Miró la carta y dijo:

—Confío en tu juicio, pero no siempre. Les conozco desde mi juventud, desde mi infancia y mi mayoría de edad.

—Por eso tienen envidia de ti. Han ido viendo tu encumbramiento, tu popularidad. Y se han preguntado a sí mismos: «¿Por qué Pericles es el jefe de estado y no yo? ¿Acaso se distinguía más que yo en nuestra academia? ¿Le alababa nuestro maestro más que a mí? ¿Tenía más interés en aprender, recibió premios como yo? ¿Es su familia más noble que la mía? ¿Es más rico? No. Entonces, ¿por qué es el jefe de estado? ¿Ha sobornado acaso a votantes y políticos? ¿Ha derrochado su tesoro para que le eligieran cuando yo tengo más razones para haber sido elegido? Indudablemente. Luego compró su cargo, cosa que a mí, un hombre honrado, me habría repugnado hacer. Yo soy virtuoso. Él es nefando. Merece castigo».

—Eran mis camaradas de armas —insistió Pericles con dolor renovado.

—¡Ah! —exclamó Helena, con rostro cínico—. Por eso se juzgaban, por lo menos, tus iguales. ¿No orinabas y defecabas con ellos y compartías sus chistes lascivos y dormías a su lado? ¿Quién eres tú entonces para haber llegado tan alto? Ese es su razonamiento. He descubierto que, cuando un hombre se muestra accesible y amable con sus compañeros, pierde su estimación. No sólo lo ven a su nivel, sino probablemente por debajo de ellos. Luego no puede alzarse como su superior; eso es imperdonable. Y, si adivinan una superioridad innata, el odio no les permite dormir siquiera.

Pericles guardó silencio y se preguntó: ¿Será esta mujer más prudente que un hombre? Tiene lo que Sócrates ha llamado sensibilidad e intuición sustanciales, ¡los dones de los dioses a la mujer! No es extraño que nosotros los hombres las temamos. Todas son Sibilas. Zeus trata de ocultar sus aventuras amorosas, pero Hera las descubre todas. ¿Cómo? No lo sé. Miró a Helena, la cual lo estudiaba a su vez con sus grandes ojos azules y una sonrisa tierna, como una mujer observa a un niño. La tocó en el hombro.

—Tendré muy en cuenta lo que me has dicho. Me temo que tienes razón —dijo, y pensó en su amada Aspasia, que leía sus discursos antes de que él los pronunciara, y los censuraba, añadiendo o reduciendo el énfasis aquí y allá.

Y dijo ahora a Helena:

—No odio a nadie más que al malvado y al torpe. Entonces, ¿por qué han de ser esos mis enemigos? Tu explicación me hiere el corazón.

—Piensa en tus heridas —contestó ella—. No sólo son ciertas, sino que sangran.

«¡Las heridas que recibimos en esta vida! —se dijo Pericles—. Heridas que no buscamos, pero que nos infligen los hombres, nuestros hermanos. No es extraño que la Justicia fuera la última diosa en dejar este mundo y que no haya vuelto todavía. Tal vez no regrese nunca. La ofensa más terrible para los hombres es demostrarles que el superior no es uno de ellos, que tiene otros impulsos, otras metas superiores. Todos debemos mostrarnos amables y democráticos y simular que somos animales entre otros animales. Si obramos así para con Dios, que nos dio los dones, Le insultamos. Y, si no, ofendemos a nuestro prójimo. Mejor es servir a Dios que a los hombres, aunque sea peligroso y nos destruyan nuestros hermanos. Mi hermano... mi enemigo. Nunca mi amigo. Sólo mi enemigo».

Al día siguiente pidió al arconte rey que se reuniera con él en su despacho. Acudió aquel con su séquito, viejo, compuesto y alerta, como el pájaro al que tanto se parecía. Pericles le recibió con toda ceremonia, le hizo sentar y pidió refrescos. El arconte rey sabía que se trataba de un asunto grave y aguardó pacientemente, mirando a Pericles con una expresión intensa e inescrutable. A su vez Pericles observaba al viejo, por el que sentía tan poco respeto como por todos los demás miembros de su gobierno. Pero ahora vio que tenía un aspecto regio y que tal vez fuera todo un hombre en verdad.

«¡Qué extraño es —se dijo— descubrir a un hombre de probidad en cualquier gobierno!». Tomó un puñado de papeles de la mesa que estaba entre ellos. Luego miró al arconte rey con sus ojos pálidos que sabían adoptar una mirada amenazadora.

—Mi hijo Paralo fue herido casi de muerte por un asesino o asesinos —dijo—. Esto ya lo sabes. Tengo aquí cuatro nombres que se supone son los de aquellos que sobornaron a los criminales para matar a mi hijo. Tengo también sus expedientes.

El otro inclinó la cabeza.

—Sí —dijo—, he oído hablar de tus expedientes, Pericles, hijo de Jantipo. —Hizo una pausa—. No me habrías llamado de no confiar en mí.

Pericles bajó los ojos.

—No confío absolutamente en nadie, ni siquiera en mí mismo. Pero confío en ti tanto como puedo, lo cual, te aseguro —y sonrió débilmente—, no es nada extraordinario.

El arconte rey sonrió también y de nuevo inclinó la cabeza. Tomó algo de vino y uno o dos higos.

Pericles le entregó la misiva que le trajera Ifis. El otro la leyó, frunció el ceño y sus mejillas palidieron ante la impresión. Al fin alzó los ojos y miró en silencio, aterrado, a Pericles.

—¿No me lo rechazas? —preguntó este.

—Soy capaz de creer cualquier cosa de la humanidad —respondió agitando la cabeza—. Dime, ¿qué demuestran tus expedientes?

—Filemón, el arconte: es el marido de tu prima. Hace unos años se le acusó de

sobornar a los aurigas de Atenas en los Juegos Olímpicos. Había invertido mucho dinero. Los nuestros fueron derrotados por Esparta. Aunque se le acusó, jamás se vio llevado a juicio debido a tu elevada posición y al nombre de su casa. Los rumores fueron rápidamente acallados. Observarás que los aurigas confesaron bajo juramento. Verás que tengo pruebas.

Esperaba un comentario, pero el arconte rey nada dijo.

—¡Ah! —continuó Pericles—, entonces no lo sabías. —El otro trató de hablar, pero no pudo, y Pericles le miró compasivamente—. Después de todo se considera un crimen, y terrible, el soborno en los Grandes Juegos.

Como el arconte rey tampoco hablara ahora, suspiró y continuó:

—Leandro, el arconte polemenco: está a cargo de los inmigrantes extranjeros. Por un buen precio ha falsificado documentos con los que muchos jónicos, por no hablar de persas, han podido ver inscritos sus nombres en nuestros archivos públicos como atenienses nacidos en Atenas. Lo hizo porque tenía que devolver la dote de su esposa y se había gastado ese dinero en inversiones imprudentes, de modo que los fondos se le derritieron como mantequilla bajo el sol. Es curioso —siguió diciendo—, pero siempre se había mostrado muy duro en sus ataques a los extranjeros pobres que sólo deseaban venir a Atenas para trabajar, practicar su oficio y vivir virtuosamente. Muchos de ellos, hombres buenos y sin dinero, se vieron forzados a dejar nuestra ciudad perdiendo todo lo que tenían, que era muy poco al principio. Con esto aseguraba Leandro a los atenienses que mantenía nuestra ciudad inviolable y libre de la contaminación de los extranjeros.

El arconte rey conservaba la compostura, pero sus ojos estaban nublados por el dolor. Pericles miró los papeles que tenía en la mano y dijo:

—Títono, miembro respetado de la Heliaia, Tribunal Supremo del que no hay apelación. Ha persuadido a muchos jueces, compañeros suyos e inocentes, mediante su oratoria y sus votos, de que algunos criminales peligrosos eran inocentes si provenían de familias ricas o tenían influencia política. Incluso lloraba hablando de sus «errores», asegurando que eran jóvenes alocados y que no se proponían transgredir la ley abiertamente. Reprochaba a los padres la situación en que se hallaban sus hijos. Y estos criminales quedaban en libertad. Por ello ha recibido grandes sumas de los padres agradecidos.

El otro cerró los ojos como el que ya no puede soportar más y se ve obligado a ello.

Pericles continuó en voz baja:

—Otro miembro del Tribunal Supremo, Polites: su esposa, de la que se había cansado, murió en circunstancias misteriosas. Él es rico y poderoso. Observa los nombres de los que juraron que él estaba con ellos, y muy lejos, en el momento en que ella fue apuñalada en su cámara. No lo hicieron por venalidad sino porque les resultaba inconcebible que un hombre de un carácter tan impecable y sobrio hubiera dispuesto el asesinato de su esposa. Pero verás también que he recibido cartas de los

mismos asesinos desde su refugio en Siria. Por lo visto incluso los asesinos tienen conciencia en ocasiones. O tal vez recibieron menos dinero del que esperaban. Sus cartas no dejan lugar a dudas. Describen el crimen como sólo los participantes podrían hacerlo, pues algunos de esos hechos tan viles eran ignorados por todos, a excepción de los oficiales de nuestra policía.

Hubo un largo silencio en el despacho. El arconte rey extendió las manos con las palmas hacia abajo sobre la mesa en gesto de tristeza. Luego dijo:

—Pericles, también tú eres culpable. Esos hombres debían haber sido llevados ante la justicia. Y tú no has hablado.

Este se echó atrás en la silla.

—Soy un político. Además, ya no cometieron más crímenes. Exponerlos habría supuesto destruir la confianza que, en mayor o menor grado, tienen nuestros ciudadanos en los políticos... y yo soy un político.

—No cometieron más crímenes porque temían que alguien supiera la verdad sobre ellos.

Pericles alzó las cejas.

—Cierto. Pero ignoraban que era yo el que lo sabía. Me preguntaste por qué no hablé. Repetiré de nuevo que soy un político y que conservaba estos expedientes para el día en que pudiera necesitarlos. Ese día ha llegado.

El arconte rey alzó unas manos de anciano y se cubrió el rostro con ellas, apoyando los codos en la mesa. Pericles sintió compasión por él, pues el viejo era honorable. Al fin dijo:

—Yo no soy un héroe y no tengo pretensiones de serlo.

—No lo dudo —asintió Pericles—. Quizás ames a Atenas menos que yo. También es cierto que los políticos mantienen a los suyos en orden con la amenaza de un desenmascaramiento. Todos nos rascamos la espalda mutuamente.

El otro dejó caer las manos; sus ojos brillantes eran lúcidos.

—Tú no le rascas la espalda a nadie, Pericles, ni nadie te rasca la tuya. Te he observado durante muchos años. Conocía bien a tu padre. Era un héroe.

Pericles apartó el rostro.

—Yo también soy un político, pero yo habría hablado. Mi vida pública ha sido lo más limpia posible. No soy culpable de crímenes contra mi país. Sin embargo, soy un político.

El arconte rey se levantó y recorrió lenta y pausadamente la habitación. Luego se detuvo ante Pericles y dijo con voz ahogada:

—¿Qué quieres que haga?

—Llama a esos hombres, diles que conoces sus crímenes capitales y que deben ir al exilio, inmediatamente y de por vida.

—¿Quieres que les hable de tus expedientes? Incluyó la cabeza.

—Sí, si quieres. Diles que, si se marchan sin incidentes, sin hablar, estos expedientes no se harán públicos. Diles que te los enseñé únicamente por espíritu de

servicio público.

—Sabrán que es una venganza.

—No tienen medios para saber cómo llegué a hacerme con estos informes, ni que sospecho de que ellos sobornaron a los asesinos que atacaron a mi hijo.

¿Cómo podrían saberlo? Que lo sospechen en el exilio. No tienen pruebas.

—¿Por qué no te enfrentas tú mismo con ellos? La sonrisa de Pericles era amarga y arrogante:

—Soy el jefe de estado. No me rebajaría a acusar a otros políticos inferiores a mí. Esa es tu función, no la mía. Me sentí movido a informarte sólo porque la conciencia empezó a molestarme... y estos informes llegaron hace muy poco a mis manos.

—Esa no es la verdad, Pericles.

—No. Pero tú no les mentirás al decirlo. No sabes cuánto tiempo hace que los tengo. —Hizo una pausa—. Te ruego que espacies esas sentencias de exilio voluntario. Repito: voluntario. Treinta días al menos deben pasar entre una y otra invitación a que dejen Atenas para siempre. Tendió los papeles al arconte rey.

—Son copias. Yo conservaré los originales.

El otro miró los papeles como si fueran víboras.

—¿No sería mejor que no revelara la fuente? Pericles se encogió de hombros.

—Quizá. Pero soy humano también. Me gustaría que meditaran por el resto de su vida y se preguntaran si te di esta información porque estaba enterado de su soborno a los asesinos de mi hijo, o bien —y sonrió fríamente— movido puramente por virtud cívica. Eso hará interesantes sus años en el exilio.

—Conociéndote, Pericles, me temo que pensarán que es virtud cívica.

—Tal vez. Después de todo fueron mis compañeros de armas. Que crean que Némesis cayó sobre ellos. Yo ignoraré sus pensamientos, lo cual es lamentable.

El arconte rey recogió los papeles.

—Soy viejo —dijo—. Amo a mi país. No le he hecho daño, ni a sus leyes tampoco. Esto me resulta muy penoso. De haber contado antes con tal información, los malhechores habrían sido enviados al exilio hace tiempo.

—Entonces no eres un político.

Inclinó la cabeza y la agitó lenta y pesadamente.

—Ya había oído antes esas palabras, a mi hermosa hetaira. Ella asegura que ningún hombre honrado se mete en política.

—Animemos entonces a los hombres honrados. Hagamos posible que gentes honradas, aunque pobres, entren en la política. Pero ese es sólo un sueño del estado perfecto, y ningún estado lo es.

El arconte rey suspiró profundamente.

—Con frecuencia pienso en Solón —dijo.

—Y yo también —le aseguró Pericles—. Y, hasta el extremo en que el pueblo me lo permita, tengo el propósito de hacer cumplir sus leyes. Pero hemos de tratar con el pueblo, y este es caprichoso.

—Y nosotros le tememos. Actuaré lo más rápida y discretamente que sea posible. Esos hombres irán al exilio por su crimen contra tu hijo, aunque crean que es por otra razón —se detuvo—. ¿Por qué no acusarles abiertamente de atentar contra la vida de Paralo?

—¿Con la palabra de un informante anónimo? Señor, ¿quién lo creería de unos servidores públicos tan notoria y ostensiblemente buenos?

—Y tú no deseas aumentar la desconfianza de los ciudadanos en su gobierno...

—Cierto. No todos los políticos son venales. Por increíble que parezca algunos son honorables, y a un hombre le resulta difícil seguir siendo honorable entre un pueblo traidor y tan fraudulento como sus líderes.

Y añadió, viendo silencioso al otro:

—Podía haberles hecho asesinar, y merecen la muerte. Observarás que soy misericordioso. El arconte rey sonrió extrañamente.

—No. Observo que amas a tu país y que no serías capaz de lanzarlo al caos por causa de unos malvados. —Le miró con ojos fijos—. Yo también contemplo la Acrópolis a la luz de la luna. En bien de Atenas, y de su gloria y belleza, harías cualquier cosa, excepto algo deshonesto.

Se marchó, caminando como un viejo enfermo, y Pericles le observó ir con el rostro sombrío. Pensó: «El arconte rey se equivoca. Yo haría cualquier cosa por mi país, ya fuera deshonesto o no».

Pericles no le creía amigo ni enemigo; pensaba que era sólo un hombre justo. Su frialdad y formalidad eran incluso más notables que las de Pericles, si bien el arconte rey nunca se mostraba pomposo. Por tanto tenía pocos conocidos, y amigos, menos todavía. Lo que pensaba en su interior jamás lo revelaba a nadie, ni siquiera a su hetaira.

A solas en su propio despacho, y con los documentos condenatorios ante sus ojos, meditó larga e intensamente. Pericles se habría sorprendido al saber el respeto y admiración que el arconte rey sentía por él y con cuánta frecuencia se había opuesto a los demás arcontes que expresaban su rabia, odio o envidia hacia el jefe de estado. El arconte rey no creía prudente la amistad personal entre los políticos. Eso llevaba al cohecho y al mutuo «rascarse la espalda», y era una traición a la justicia y al pueblo que confiaba en ellos. La justicia y la amistad, se decía a menudo, eran lo que Sócrates llamaba una contradicción de términos. Los que servían a la justicia en público debían mantenerse libres de lazos humanos. Por eso era un viejo solitario, distanciado incluso de sus hijos. Si alguno de ellos hubiera cometido un crimen lo habría castigado con la misma severidad que a cualquier otro criminal, sin manifestar exteriormente su dolor.

Y ahora pensó, al sentarse a solas en sus habitaciones privadas: «Pericles, después de todo, es humano también. Le gustaría que estos hombres que van a ser exiliados supieran que él era el vengador o el instigador, o que lo sospecharan al menos por el resto de su vida. Pero eso es muy peligroso para Atenas, para Pericles y su familia. Estos hombres tienen muchos amigos poderosos, parientes de valía, y ellos vengarían a los cuatro y hallarían al fin el medio de destruir a Atenas mediante la destrucción de Pericles. No. Eso no debe suceder».

Llamó a Polites. Polites, que hiciera asesinar a su esposa... él, un miembro del Tribunal Supremo. El arconte rey no creía en las explicaciones y las acusaciones prolongadas. Además, debía asegurarse de que era cierto lo que se decía en la carta. De modo que cuando llegó Polites, hombre de cincuenta años, de rostro aristocrático y hermoso, modales perfectos y expresión sincera, el arconte rey puso en silencio los papeles ante él y observó con gran atención su rostro. Palideció mortalmente, le temblaron los párpados, pareció envejecer de pronto. «Luego es cierto», se dijo exasperado. Polites alzó al fin los ojos y preguntó:

—Señor, ¿crees este libelo?

—Sí —repuso inmediatamente—, pero soy misericordioso. No entregaré esta información a las autoridades competentes y guardaré silencio con tal de que salgas de Atenas para siempre y en un plazo de dos semanas.

Polites soltó un grito de angustia. El arconte rey alzó la mano.

—Tu juicio podría ser muy largo, según el estilo de la ley, pero el pueblo lo creería todo, ya que se inclinan a creer cualquier cosa de los oficiales públicos. Se sabría la verdad, aunque muchos no creyeran esto. Una investigación a fondo sacaría tu caso a la luz del día. Pero ya lo he dicho: soy misericordioso. Si recusas estos documentos te verás arruinado. Estás acusado de un crimen capital. Serás llevado a la muerte, y tus propiedades se confiscarán. Guarda silencio entonces. Di a tus amigos que te vas de la ciudad por un período de tiempo considerable... por razones de salud. Así podrás conservar tus propiedades y tu familia vivirá contigo.

Polites preguntó:

—¿Quién reunió este expediente?

—Eso no importa al caso. Te aconsejo por tu bien que no lo recuses. Si lo haces te prometo que habrá otras acusaciones contra ti, y esta vez no escaparás a la justicia como antes.

Casi fuera de sí Polites empezó a nombrar en rápida sucesión a sus enemigos execrándoles, pero el nombre de Pericles no figuraba entre ellos, hecho que hizo asomar una mueca de ironía al viejo rostro del otro. Seguía agitando la cabeza y repitiendo:

—No te lo diré.

Despidió a Polites, quien le dejó con paso vacilante, y luego llamó a los otros tres por turno.

En cada caso se reveló la culpabilidad en su rostro, aunque hicieron protestas de inocencia incluso con el más sagrado de los juramentos, el de Castor y Pólux. El arconte rey cerró los ojos agotado y alzó la mano.

—Que ese juramento no te condene ante los dioses —dijo—. Si deseas retirarlo, hazlo ahora.

Tras alguna vacilación fue retirado el juramento, y el arconte rey, que había rogado en su interior porque al menos uno de los hombres hubiera sido acusado en falso, se sintió vencido por la angustia. Siempre habían declarado estos su profundo amor por Pericles; eran sus camaradas de armas. Habían votado con él casi invariablemente. Hombres de familia noble, y orgullosos de su ciudad, habían aprobado la costosa construcción del Partenón y de los demás templos de la Acrópolis. Habían cenado con frecuencia, y con placer, en casa de Pericles, y este les había visitado a menudo en las suyas. Dos eran de su propia tribu. ¿Por qué, entonces, habían intentado matar a su hijo y hundirle en el dolor y la amargura? Malicia y envidia, los antiguos crímenes humanos, pensó el arconte. Un hombre, incluso el mejor de los amigos, lo perdona todo, excepto que el otro se eleve sobre él y consiga la fama. Pericles lo había comprendido así, y el arconte rey reflexionaba en el dolor que sufriría al ver que sus amigos le traicionaban, que intentaban anegar su corazón en el sufrimiento y sin más justificación que el hecho de que él había demostrado ser su superior por naturaleza. «Somos una raza malvada e incorregible —pensó—, y la

causa por la que los dioses nos soportan es un gran misterio».

Meditó en la paradoja del amor y el odio, conviviendo estrechamente unidos en la mente de aquellos hombres. Amaban a Pericles, y también le odiaban. Si hubiera luchado con ellos en el campo de batalla habrían dado la vida por él como unos héroes. Pero estando en juego las aclamaciones y el poder público, optaban por destruirle, no como a su amigo Pericles, sino como al símbolo de su envidia. Su amor por él les había impedido asesinarle personalmente. Su odio había elegido un objeto menor, pero cuya pérdida destrozaría a Pericles. Una y otra vez agitaba el arconte la cabeza con tristeza y comprensión. Como amigos de Pericles, con quien compartían un completo acuerdo en asuntos de política, preservarían diligentemente su vida. Como enemigos suyos se regocijarían en su sufrimiento. Incluso lo considerarían una retribución. «¡Complejidades sin fin del alma humana!», se dijo el viejo arconte. Ni siquiera Penélope podía deshacer los hilos y el entramado de una sola mente humana. El trabajo constante de aquella tejedora diligente no podía abarcar nunca el espíritu de un hombre, ni reflejarlo.

El arconte rey, más discreto que el mismo Pericles, no envió mensaje alguno del resultado de las acusaciones al jefe de estado. Las noticias llegarían pronto a Pericles. Uno había dicho que se marchaba de Atenas para administrar sus propiedades en Chipre; otro afirmaba que el aire de Atenas le había dañado los pulmones y que debía salir de allí por razones de salud; otro más juraba estar harto del cargo y que se retiraba al campo; y otro finalmente había asegurado que su amada esposa deseaba reunirse con su familia en Cos. Ni uno solo insinuó que la ausencia fuera un exilio al que se había visto forzado con amenazas. El arconte rey, al saber todo esto, quedó muy deprimido comprendiendo ahora sin la menor duda que eran culpables.

Todos y cada uno de los cuatro acudieron llorando a Pericles para anunciarle su marcha inminente de Atenas. Le confiaron que se veían forzados a exiliarse por falsas acusaciones «que pondrían al estado en peligro, si yo las negara». Pericles, bien entrenado como político para saber simular aun en contra de sus principios, dijo con asombro y preocupación aparentes:

—Pero, si sois inocentes, ¿por qué no tratáis de demostrarlo?

Su silencio, sus suspiros de pena, le llenaron de odio y apenas pudo contenerse.

—Dejadme que os ayude —insistió, y ninguno advirtió la amenaza bajo sus palabras.

—Eso te pondría a ti mismo en peligro, queridísimo amigo —contestaron todos.

Advirtió que había sinceridad en sus palabras, y se maravilló. Lo decían de verdad. Pericles, con cierto humor amargo, sospechó ahora que el arconte rey jamás había mencionado su nombre.

Casi les compadeció, y sobre todo a Polites, que siendo un valiente lugarteniente a las órdenes de Pericles, le había demostrado amor y lealtad en circunstancias peligrosas. Pero sólo tenía que mirar aquel ojo ciego de su hermoso hijo Paralo para que se incrementara su odio y su cólera. Paralo le dijo:

—Vivo. Puedo ver, aunque no advierta el relieve. Tengo la fortuna de estar vivo y tener algo de vista. Por algún tiempo el otro ojo estuvo también amenazado, pero Helena me ha salvado la vida y la visión. ¡Ay!, pero nunca seré un soldado como tú, padre mío.

—Ni tendrás camaradas de armas —dijo Pericles, y Paralo, que creía conocer a su padre incluso mejor que Aspasia, quedó desconcertado ante la profunda amargura de su voz y el rostro terriblemente airado.

Cuando pronunció esas palabras se apartó de su hijo y miró ciegamente al espacio.

Jantipo, más listo, dijo a su hermano:

—Nuestro padre sabe algo que nosotros ignoramos y que nunca nos dirá. Pero Paralo agitó la cabeza.

—No hay nada que saber. Mis atacantes jamás serán descubiertos.

Jantipo, curado ya, proclamaba abiertamente su descontento por tener que servir dos años en el ejército. Lo hacía en favor de Paralo, que anhelaba ser soldado; Paralo le dijo para consolarle:

—El tiempo pasará de prisa y yo me imaginaré que tú ocupas mi lugar, ya que tienes la fuerza de dos hombres.

Jantipo estaba desposado ahora con la joven que había conocido en casa de Aspasia; la boda tendría lugar muy pronto y se sentía muy feliz.

Suspiró y dijo:

—Preferiría no casarme, pero es mi deber. Soy como un cordero que llevan al sacrificio —y su rostro moreno exultaba de gozo.

Helena informó a Pericles que había llegado el momento del nacimiento de su hijo. Insistió él, en contra de sus consejos, en acompañar a Aspasia en aquella remota granja, de modo que Helena emprendió el camino una mañana sin más séquito que dos jóvenes médicos que la ayudarían, y Pericles salió al día siguiente. Iban con él Ifis y un subalterno de toda su confianza, pues no quería llamar la atención. La granja, aunque retirada, estaba a unas cuatro horas a caballo. Los caminos eran muy malos, pues los atenienses declaraban que no hacían falta buenos caminos fuera de la ciudad.

—Nosotros no viajamos —decían pomposamente—, pues, ¿dónde hay un lugar más hermoso, importante o famoso que Atenas? Si deseamos ver mundo y comerciar con otras naciones, el mar es nuestro camino.

De modo que un viaje por tierra que sólo hubiera costado una hora a caballo se alargaba mucho más debido a las veredas para el ganado y los senderos que ascendían por las colinas cortados por matorrales, abrojos y bosques espesos. El sol de primavera era cálido y ardiente, el cielo azul brillaba incandescente y nubes de polvo plateado captaban la luz. Las pequeñas amapolas crecían en campos y colinas, formando una alfombra de vivido escarlata que se agitaba suavemente bajo el viento. Caían hojas y fragmentos oscuros de las palmeras y aparecían hojas nuevas de un

verde brillante; los sicómoros eran manchas color esmeralda; las flores de los mirtos, una nube púrpura y suave, y los frutales estallaban en capullos, rosa y blanco, en las huertas. Cabritas y corderitos recién nacidos jugaban inocentemente y sin temor alguno en las praderas, y los potrillos corrían a los lados del camino infame y trataban de adelantar a los jinetes relinchando y agitando las crines. Los olivos parecían de plata bruñida y el trigo asomaba ya, dejando ver sólo unas puntitas verdes, alzándose de la tierra oscura hacia el sol. Los niños jugaban en el exterior de aquellos cubos blancos que eran sus casas, y las viñas que crecían junto a los muros se adornaban de nuevos zarcillos, las guirnaldas de Dionisio. La tierra rojiza estaba veteada de arroyos que reflejaban el cielo. Los estanques estaban llenos de peces, así como los ríos.

«Es una buena estación para venir al mundo», pensó Pericles, cuyo rostro rubio había enrojecido con el sol y el calor «Es una promesa». Esperaba otro hijo varón, pero también acogería gustoso incluso a una niña, una hija que se pareciera a Aspasia. Ahora había llegado ya a sus campos y praderas, y disfrutaba del orgullo del propietario de tierras pensando que todo hombre, por su propio bien, debía poseer algo por poco que fuera. Nadie debía carecer de tierras, como tantos atenienses de la urbe. Según dijera Sócrates, «los pueblos pequeños y la tierra engendraban hombres nobles, pero las ciudades engendraban criaturas afeminadas, criminales, mercaderes y, ¡ay!, el comercio tan necesario. Sin embargo el hombre debía disponer de un lugar al que retirarse, alejándose de todo aquello que era artificial, febril y vehemente, para meditar en silencio, a la luz del sol y de la luna, sin que le distrajera el estruendo y clamor de la ciudad».

—¿Quién mira las estrellas en la ciudad? —había preguntado Sócrates a Pericles—. En el campo, por la noche, no hay otra cosa que ver, y un temor reverencial sobrecoge al hombre que comprende su pequeñez y se siente inclinado a adorar a Quien es más grande que él. Merced a la comprensión de su pequeñez e insignificancia alcanza la sabiduría y una mayor claridad de pensamiento.

La paz, ahora tan poco conocida por Pericles, le serenó al fin. Contempló su granja, blanca en la distancia, rodeada de cipreses y sicómoros; vio los olivos y el ganado, cabras, corderos, caballos, y sintió más orgullo que cuando se dirigía a la Asamblea, en la que todos se levantaban con un revuelo de togas a su entrada, inclinándose ante él. Aquí le era fácil olvidar el odio y las náuseas que con frecuencia le asaltaban. Especialmente los políticos necesitaban ese retiro para convencerse de su poca importancia y sentir, aunque vagamente, la Presencia de Dios, no ese reconocimiento a la Divinidad que se esperaba de ellos en público, sino la Presencia inmanente que tocaba el corazón y el espíritu con verdad y sólo en la soledad.

Aspasia, acompañada ya de Helena, saludó alegremente a Pericles. Él la abrazó con hambre y gozo, pero también con delicadeza hacia su cuerpo hinchado. El rostro de Aspasia brillaba como la luna; jamás lo había visto tan hermoso, tan joven y radiante. Ella le tomó la mano, se la besó, se la llevó al pecho. Le contemplaba con adoración, como transportada. Se echó atrás los cabellos dorados y rió; había

lágrimas en sus ojos castaños. Incluso balbucía incoherentemente, algo que él jamás había oído antes, y Pericles la abrazó de nuevo como un ser más precioso para él que su propia vida. Helena les observaba con afecto indulgente. Una cortesana entrenada y experimentada y el hombre más poderoso de Grecia. Sin embargo allí estaban, como recién casados esperando su primer hijo, tan sencillos como campesinos y tan inocentes e ignorantes también.

La comida estaba dispuesta en la granja y los tres se sentaron juntos: queso, recién hecho; pan moreno y sabroso; zanahorias y lechuga aderezada con aceite y vinagre; cordero lechal asado; pescado fresco del cercano río; aves fritas en aceite de oliva y tiernas como mantequilla; sopa de guisantes con cerdo... y, por supuesto, el vino de otoño de sus colinas. La comida tenía un gusto que no podía disfrutarse en las ciudades, aunque fuera sencilla y sin salsas delicadas. Era como la vida misma, fragante, satisfactoria y picante; y grata también. Pericles se dijo: «Me alegro de haberla enviado aquí donde está la vida, la salud y la simplicidad». En este lugar tranquilo y diáfano incluso él mismo podía olvidar que era el jefe de estado y sentirse como un robusto campesino que hubiera trabajado la tierra con sus manos curtidas y producido esta cálida belleza. Miró el jarro de amapolas y flores de manzano sobre la mesa de madera tosca, y los dos últimos rayos del sol que todo lo iluminaban con luz dorada, y oyó el dulce silencio que lo rodeaba, y olvidó que era un político. Era un campesino, bajo su techo de piedra blanca. Un ruiseñor empezó a cantar; Júpiter seguía su camino majestuoso por el cenit. Relinchó un caballo, se oyeron las campanitas de las vacas que entraban en el establo. Una dulce melancolía invadió el espíritu de Pericles. Se había quitado el yelmo. Con la túnica marrón no era más que un granjero, pero dueño de su tierra, lo que le convertía en un rey. «Debo venir aquí más a menudo —pensó— para escapar al aliento enfebrecido de los hombres y sus exigencias chillonas».

Estaba acostumbrado a hablar de política y asuntos de estado con Aspasia. Pero ahora habló con toda naturalidad, como un campesino, de las cosechas y huertas, de los animales y del tiempo, y ella le sonreía como una campesina, feliz de que su marido hubiese regresado del campo y compartiera con ella los frutos de su propia tierra. El contento y la paz reinaba entre ellos. Las mejillas gruesas de Helena estaban más coloradas, y el rostro de Aspasia brillaba como una flor roja y blanca. Dijo a Pericles que ella misma había recogido las verduras, y también las flores. Le mostró con orgullo sus manos encantadoras porque las uñas rosadas aún estaban manchadas de tierra honrada que no había podido quitarse. Cuando Pericles hiciera la libación a los dioses los ojos de Aspasia se habían humedecido de lágrimas reverentes.

—Dios está cerca de nosotros en Su tierra —dijo—. Es difícil descubrirle en la ciudad.

—Le ahogan las voces de los hombres —dijo Helena, la escéptica—. Fidias me dice que ha de retirarse al jardín para evocar la majestad, para pensar en la gloria. Le es imposible en el Ágora. Por lo visto la filosofía y las artes crecen al mismo ritmo

que los nabos en el campo —acabó entre risas.

Ellos la miraron afectuosamente, con las manos unidas.

Más tarde se retiraron a la sencilla cámara, cuyas paredes eran de madera sin pulir y de un tono oro pálido. El suelo de piedra no estaba cubierto de alfombras y resultaba frío bajo los pies. Las mantas eran groseras, el lino también; picaba incluso. Pericles, con Aspasia entre sus brazos, le ponía la mano en el vientre para sentir el pateo de su hijo. Era como si jamás hubiera tenido otra esposa ni otros hijos. Las ventanas, sin cortinas, estaban abiertas, y a ellas llegaba el aroma a pasión carnal de la tierra caliente, sin más sonido que el canto del ruiseñor, el chillido de los insectos y el viento de la noche. Pericles había apagado la lámpara. Las estrellas les miraban por la ventana.

Aspasia dormía con la cabeza sobre el hombro de Pericles; las manos, enlazadas con las suyas; sus piernas, pegadas a las de él, los senos cálidos dispuestos ya a ofrecer su leche. Sus cabellos rezumaban la fragancia del aroma de la hierba y el sol. Vestía una camisa de lino, muy sencilla. No llevaba perfume. Le acarició él los cabellos suaves y se los besó. Aspasia suspiró feliz en su sueño y murmuró como una doncella despertada al amor. Atenas se convirtió en algo irreal para Pericles; sus problemas y preocupaciones ya no le parecían importantes. Tenía al mundo entero en sus brazos, el mundo de la vida, el trabajo y el gozo verdaderos. Un perro ladró soñoliento, una vaca mugió en el establo. Se escucharon las coces de los caballos. La única nota discordante fue la voz de un guardia que hablaba con otro. El borde de la luna creciente se asomaba por la ventana. Pericles dormía al fin.

A la mañana siguiente, vestido de campesino y acompañado de sus hombres y esclavos, Pericles recorrió a caballo su tierra. Esta granja no era la más rica; en realidad todo, incluso la casa, era la sencilla granja de un campesino. Tenía otras, casi opulentas en comparación, con villas para los visitantes e invitados del propietario. Pero Pericles prefería esta, pues parecía el regreso a la sencillez.

Aspasia estaba en la cocina pelando cebollas para la sopa cuando Helena se reunió con ella, sonriendo burlonamente ante la humilde ocupación de su amiga. Aspasia dijo con gozo casi infantil: —¡Oh, si Pericles y yo pudiéramos vivir aquí siempre, con esta paz y sencillez tan naturales! ¡Qué felices seríamos!

—Tonterías —dijo Helena, eligiendo con aire crítico una cidra de un cesto de mimbre que había sobre la mesa y empezando a quitarle la piel.

—Esto es una novedad para ti, querida. ¡Vamos! ¿Vivir sin el Ágora, los bancos, tiendas y librerías, sin música ni cenas con filósofos y artistas, sin bailes ni lujos agradables, sin hermosos vestidos ni servicios solícitos de las esclavas en los baños, sin murmuraciones ni excitación, sin estímulos de la mente ni conversación sofisticada, sin la política, sin el arte ni el intercambio de ideas?

—¡Bah! Estoy de acuerdo en que todo hombre debe tener un lugar de retiro, tranquilo y propio, al que escapar para renovar su paz de espíritu y liberarse de la carga de la ciudad. —Rió y sus ojos azules brillaron. —¡Os imagino a ti y a Pericles

aquí siempre! ¡Llegaríais a morderos los puños de puro aburrimiento y de un exceso de tranquilidad!

Aspasia se sintió al principio ofendida, luego rió también y se secó los ojos con el dorso de la mano.

—¡Cómo simulamos ante nosotros mismos! —confesó—. No he conocido en toda mi vida más que la opulencia, la comida y vinos excelentes, y admito que no los desprecio. Pero por algún tiempo esto es muy bueno. Deja, pues, que Pericles y yo simulemos así por unos días.

Entonces preguntó por sus amigos en Atenas.

—Anaxágoras se ve constantemente atacado, y temo por él —dijo Helena—. Todos los amigos de Pericles están sometidos a escrutinio, incluida yo misma.

Aspasia dejó de sonreír.

—¿Tú, Helena, que has entregado tu vida a la salvación de los demás y a mitigar sus enfermedades? —dijo; se mostraba incrédula.

—¡Ah!, pero soy una mujer disoluta. Mi falta de virtud no ofrece dudas. Soy un mal ejemplo para las esposas e hijas modestas. Soy impura e impía. Acudo públicamente a la plaza del mercado sin compañía; soy la compañera de muchos hombres. No llevo velos discretos. No vacilo al hablar, ni bajo los ojos diciendo palabras pueriles como las demás mujeres. Por tanto, soy una vergüenza, la vergüenza de Atenas. Hizo una pausa. En cuanto a Anaxágoras y los demás amigos de Pericles también son impíos. No sólo discuten al gobierno actual, sino a la religión y la superstición. Están llevando a la juventud de Atenas al desastre, a la rebelión contra la autoridad. Por supuesto, esos son crímenes capitales —chupó la cidra y sus ojos se mostraban graves—. Por una parte oímos hablar del esplendor y la gloria que reinan en Grecia, y la adoramos. Por otra parte quisiéramos destruir a los que han traído ese esplendor y gloria a nuestro país. Esto no es nuevo, es la historia de cualquier nación. Pero nunca aprendemos. Después de matar a los héroes los elevamos hasta las estrellas. Pero también los dioses hacen eso, luego ¿qué puede esperarse de los hombres?

Aspasia miró por la ventana el cielo cálido y transparente, la amplitud serena de los campos, las manchas de los oscuros cipreses, las huertas, el ganado, los corderos, cabras y caballos, todo exuberante bajo el aire primaveral. Los pájaros pasaban como flechas de colores bajo la luz brillante. Iba a decir algo cuando vio los ojos burlones de Helena y guardó silencio.

—Naturalmente —continuó esta— el hombre que así piensa siempre será desgraciado porque ¿quién puede reconciliarse con este mundo más que los estúpidos? Sin embargo es mejor pensar, tener dudas y sentirse desgraciado, que vivir feliz en la ignorancia. El descontento divino... crea la gloria. ¿El contento? Eso es para la tumba.

Aspasia dijo, pensando en ella:

—¿No temes por ti misma, Helena? Se encogió de hombros.

—¿De qué sirve el temor? Si uno lo medita demasiado se hace cauto en exceso, y la cautela ha cegado, ensordecido y reducido a la impotencia a muchos que debían haber sido osados. Yo desprecio la prudencia... hasta cierto punto. No me gusta andar cortejando a la muerte o el castigo. Pero debo vivir tal como vivo, según mi naturaleza, o expirar; una cosa u otra. ¿Qué ocurre? —preguntó de pronto.

Aspasia se había llevado repentinamente la mano al vientre y hecho una mueca. Su rostro había palidecido y el sudor le cubría ya la frente.

—Un dolor, un gran dolor —tartamudeó, y tuvo miedo. Helena, sin embargo, estaba serena.

—Va a nacer el niño. Vámonos a tu cámara, donde he colocado mis instrumentos. Que la esclava continúe con los preparativos de la comida.

—Pericles —murmuró Aspasia cuando de nuevo la venció el dolor haciéndola doblarse en dos.

—Bobadas —dijo Helena a toda prisa—. ¿En qué podrá ayudarnos? Los hombres no son más que una molestia cuando las mujeres dan a luz. Se ponen histéricos, se echan a temblar. Déjale que mire cómo crecen sus rábanos y coles, y que hable del estiércol con los esclavos. Déjale que examine la cosecha de maíz. Roguemos tan sólo porque no vuelva pronto.

Condujo a Aspasia a la austera cámara y dijo a las esclavas que prepararan toallas y aceite, agua caliente y vino. Puso a Aspasia en el taburete de parir y se sentó plácidamente junto a ella. Si le preocupaba la salud de Aspasia —tenía treinta y cuatro años— y que este fuera su primer hijo, nada revelaba. Empezó a hablar de Atenas, de sus amigos y de la política, pero siempre vigilante y contando las contracciones. Todavía no eran muy rápidas. De vez en cuando se levantaba y secaba el sudor del rostro de Aspasia con un trapo fresco, mojado en agua de nardos. No hacía el menor comentario al respecto. Seguía hablando de temas generales a la vez que le tomaba el pulso, sin mencionar para nada el parto tan inminente. Cuando veía a Aspasia vencida por el dolor le contaba un chiste sucio y la otra reía. El sol entraba por la ventana, y con él el aroma de la tierra jubilosa. Un pájaro de plumas azul y oro se asomó al alféizar de la ventana y cantó.

Es un buen presagio —dijo Helena.

Aspasia empezó a retorcerse en el taburete.

—No es bueno que la mujer se acueste en la cama al ir a parir. Ahora debes levantarte y caminar un poco —dijo Helena.

Cogió del brazo a Aspasia y la ayudó a caminar arriba y abajo por la cámara. Dos esclavas, encogidas en un rincón y con los ojos muy abiertos, las miraban. Las del jardín seguían cantando, y la brisa traía con sus voces el aroma de las lilas. Una abeja entró por la ventana y quedó zumbando contra la pared. Iba a matarla una esclava, pero Helena dijo:

—Que no haya aquí ninguna muerte. Esa abeja es un ser industrioso, y deberíamos honrarle.

Permitió que Aspasia se echara en la cama un momento para examinarla y dijo con satisfacción:

—Ya se está presentando la cabeza. Algunos médicos apresuran el parto. Yo no. La naturaleza sabe más que nosotros. En tu caso, querida, habrá pocas dificultades.

Aspasia jadeó:

—¡Lo que han de soportar las mujeres! Helena forzó un bostezo.

—No es una tragedia tan grande. ¿No soportamos todos el trabajo en nuestra vida? Además, en el caso de dar a luz, no son únicamente las mujeres las que sufren. Es algo que compartimos con todos los animales hembra, que no le dan importancia —dijo.

Sin embargo estaba algo preocupada. La cabeza del niño aparecía ya y la bolsa aún no se había roto.

Obligó a Aspasia a caminar de nuevo. Luego la dejó reposar. Al fin le pidió que separara las piernas. Ocultó un pequeño instrumento en la mano que insertó en el canal de nacimiento. Pinchó la bolsa. Aspasia gritó al notar la salida de un fluido mezclado con sangre. Pero Helena estaba satisfecha. Ahora podía seguir el parto. Puso a Aspasia de nuevo en el taburete y se arrodilló ante ella, con los instrumentos a su lado, y los fórceps que Hipócrates inventara. A una orden suya una esclava trajo un cubo de agua caliente y jabón, y Helena, como Hipócrates le había enseñado, lavó los instrumentos, y también sus manos, a conciencia, secándolo todo luego con toallas limpias. El ambiente era cada vez más cálido. Helena podía haber sido una campesina rolliza arrodillada ante su paciente, pues tenía la frente sudorosa y el cabello oscurecido por el sudor. Cuando hubo una contracción muy fuerte, apretó suavemente el vientre de Aspasia empujando hacia abajo. Esta gimió sin poder evitarlo.

—No respire profundamente —dijo Helena—. Eso retrasa el parto. Empuja como yo, aunque aumente el dolor.

Aspasia estaba pálida y agotada. Helena, que la observaba, se levantó y mezcló un líquido espeso con el vino.

—Bebe esto —dijo—. Te calmará.

Como ya no podía hablar, Aspasia bebió obediente. Hizo una mueca de asco.

—Opio —dijo Helena—. No suelo darlo con frecuencia porque tiende a retrasar el parto, y el niño se ve afectado también. Eso dice Hipócrates. Pero ahora ya estás a punto y no te dañará, ni al niño tampoco.

El opio hizo rápidamente su efecto y Aspasia quedó adormilada. En un instante lo vio todo bañado en una claridad extraña: cada objeto de la habitación, e incluso Helena, destacaba vividamente, y hasta las motas de polvo brillaban de modo hiriente, y al segundo siguiente todo quedaba difuso, quieto y a distancia. Sus pensamientos se hicieron confusos. Era ya una misma cosa con el dolor, era la agonía misma, ya no una personalidad distinta. La oscuridad nublaba en ocasiones sus ojos. Alguien caminaba por la habitación o... ¿era la eternidad, y no una habitación? Unas

estrellitas danzaban ante ella; intentaba seguir su paso, pero incluso eso le suponía angustia física. Quería que se alejaran rápidamente, que la dejaran en paz, y se burlaban de ella, danzando y creciendo en tamaño. En un instante pensó —aunque sus pensamientos también le parecían muy lejanos en el espacio—: «¡Lo que hemos de pagar por una hora de placer!», y creyó haber dado con una verdad profundísima que a nadie más se le había ocurrido, y por un momento se sintió feliz. Debía escribirlo, y hablar de ello con Pericles, que quedaría maravillado.

Ahora, en la oscuridad que la envolvía, descubrió una estrella brillante y lejana; la observó moverse, ampliarse, desaparecer. Inmediatamente se sintió dotada de sabiduría y se dijo que la estrella era una revelación del Ser infinito e inmortal con el que su propia alma estaba unida. Nada le quedaba ya oculto. Poseía el conocimiento pleno, y un éxtasis extraño la dominó. Creyó que hablaba con las palabras de la Sibila, pero sólo murmuraba de modo incoherente. Veía a Helena entre la neblina. Comprendió que debía comunicar lo que sabía a esta mujer amiga, por si desaparecía para siempre.

Y entonces oyó la voz de Helena, fuerte y perentoria:

—No duermas; empuja.

«Pero ¿qué tengo que ver yo con mi cuerpo?», se preguntó Aspasia divertida. Le sorprendía que Helena pudiera ser tan obtusa. Un dolor repentino e insoportable la desgarró, pero lo notó como algo separado de ella. Miró de nuevo la estrella. Sentía que unas manos la trataban con rudeza, la levantaban, la depositaban en la cama. Hubo una convulsión terrible que lentamente se alejó en la oscuridad. Y se quedó dormida.

Era ya el crepúsculo, rojo y ardiente, cuando se despertó flácida y exhausta. Estaba en la cama y Pericles se inclinaba sobre ella sonriendo, y cogiéndole la mano. Ella le miró y dijo:

—He visto todas las cosas —y oyó la risa de Helena.

—Tenemos un hijo —dijo Pericles—. Un hijo hermoso, con cabellos de oro y ojos azules, y está muy gordo. Es perfecto.

Aspasia se aferró a su mano.

—Pericles —dijo, y hablaba a la vez de su amante y de su hijo.

Se durmió de nuevo, con la mejilla en la palma de la mano de Pericles, suspirando de gozo porque el dolor hubiera terminado, porque el lecho fuera tan suave, y porque su amado jamás la abandonaría.

Para Aspasia aquel niño era un milagro. Jamás otra mujer había dado a luz un hijo tan bello, tan perfecto. Le miraba sorprendida, le examinaba con temor. Era por la mañana y Pericles estaba sentado a su lado en el lecho, con la túnica grosera del campesino, las rodillas quemadas por el sol, el firme rostro juvenil.

—Nunca hubo una maravilla igual —dijo Aspasia, y él sonrió. Helena, de pie y muy cerca, dijo:

—La vida siempre es una maravilla, y está llena de misterio.

Aspasia sintió compasión por su amiga, que no había tenido un hijo. El niño le chupaba el pecho con fuertes tirones, y la felicidad la venció. Se volvió a Helena:

—¡Oh, querida, si hubieras dado a luz un niño!

—Los dioses han sido amables conmigo —dijo Helena con voz satírica, tocando el hombro de Pericles.

Ambos salieron al esplendor lírico de la mañana.

—¿Qué ocurre? —preguntó a Pericles—. Oí que llegaba a esta casa un mensajero a caballo antes del amanecer, y te veo muy turbado.

—Acabo de recibir el mensaje de que Anaxágoras ha sido arrestado, acusado de enseñar la impiedad y la herejía, y que todos piden sea condenado a muerte.

Helena dejó escapar un grito de furiosa protesta.

—¿Qué harás? —preguntó.

—Volveré inmediatamente a Atenas y le salvaré.

—Sí, debes ir. No temas por Aspasia. Teme por Grecia.

—¿No es ese mi temor constante? Los dioses la han dotado con el rayo y la gloria, pero siempre están los hombres. No nos queda otro remedio que luchar con nuestros hermanos para que incluso ellos sobrevivan y no sean víctimas de sus propios crímenes y torpezas.

Ella le puso la mano en el brazo y dijo con gentil afecto:

—Ve en seguida. No vuelvas junto a Aspasia para que no se preocupe. Yo se lo diré más tarde.

9

Pericles encontró a Anaxágoras en la misma prisión en la que Ictus estuviera encarcelado y muriera. Pero Anaxágoras no ocupaba una celda agradable, ya que era pobre y sólo un filósofo. Una pequeña antorcha colgaba en los muros húmedos del corredor e iluminaba débilmente la celda en la que yacía sobre un lecho de paja. Pericles había venido directamente a este lugar y estaba muy cansado, cubierto aún por el polvo del camino. Antes incluso de hablar con el filósofo dijo, frío y colérico, a los guardias:

—Llevad inmediatamente a mi amigo a una celda grande, con una ventana, y traedle vino y fruta, queso y pan.

Había visto en el suelo una escudilla oscura con una mezcla repugnante que Anaxágoras no había tocado.

Este abrió sus grandes ojos azules y miró a Pericles con placer, incorporándose sobre el codo. Su rostro majestuoso estaba agotado y consumido, pero conservaba un aire de serenidad total. Se levantó lentamente mientras los guardias descorrían los cerrojos de la puerta. Pericles le tomó del brazo y, dirigidos por los guardias, pasaron a una celda más grande, más cálida y aireada. Un guardia fue a buscar la comida que se le había ordenado y al regresar la colocó en una mesa de madera. Durante ese intervalo Anaxágoras y Pericles no hablaron; se limitaron a mirarse sonrientes.

Cuando los guardias hubieron salido con un saludo, asombrado pero respetuoso, Anaxágoras abrazó a Pericles y dijo:

—Me siento vencido por la dicha de verte, querido amigo, pero no debías haber venido aquí. Tú mismo te pones en peligro.

—Ha llegado el momento —dijo Pericles— en que nadie debe pensar en ese peligro, sino en el modo de conservar la poca libertad que aún tenemos. Ahora debes decirme las acusaciones.

Se sentó a la mesa, sirvió vino a Anaxágoras y partió pan y queso para él. Empezaron a comer y beber juntos. Este se hundió en sus pensamientos mirando vagamente el muro, luego dijo:

—No sé. Estaba enseñando en mi pequeña academia cuando me arrestaron los guardias del gobierno. Dijeron que había cometido una ofensa contra el estado por impiedad, herejía y corrupción de la juventud y que, en consecuencia, era un enemigo del pueblo. Al preguntarles me dijeron que las acusaciones habían sido lanzadas contra mí por Dédalo, el arconte.

—Ya —dijo Pericles.

Se había quitado el manto y el yelmo, cubiertos de polvo. La luz de la antorcha brillaba sobre su rostro pétreo y la elevada frente.

—Mañana apareceré ante la Asamblea para defenderte.

—Te ruego que no lo hagas —suplicó Anaxágoras, con los ojos cargados de profunda ansiedad—. El que fue tu suegro no se detendrá por nada. Tiene amigos poderosos en el gobierno.

—En resumen, que me atacan a través de ti —dijo Pericles. Su rostro agotado ardía de indignación, pero la voz seguía serena—. Será, pues, como defenderme a mí mismo, y defender mi cargo contra esos canallas. —Pensó en su hijo Paralo, y en Aspasia, atacados también y atrocemente, para dañarle—. No protestes. De no haberme conocido no estarías ahora en esta situación.

Anaxágoras agitó la cabeza.

—Te equivocas, querido amigo. Me habría sucedido al fin, aunque no hubiera sido amigo tuyo, como ya ha sucedido a otros.

Pero Pericles fruncía el ceño meditabundo.

—¿Tienen testigos en tu contra? El viejo extendió las manos.

—¿Quién sabe? ¿Mis estudiantes? ¿Mis amigos, con los que he conversado a menudo? Es imposible saberlo.

—Seguro que tienen testigos que colaborarán con ellos ansiosamente para enviarte al exilio, a la prisión o la muerte. Y no dudes de que serán tus mejores amigos.

Anaxágoras le miró compasivo.

—Dime —añadió Pericles—, ¿has estado exponiendo algunas teorías nuevas, en conflicto con los dogmas aceptados de la religión?

Se hundió en sus pensamientos. Finalmente respondió:

—No eran sino ampliaciones de lo que ya había estado enseñando. Recientemente repetí que no hay intervenciones mágicas, sobrenaturales o divinas en los eclipses, meteoros, arco-iris y cometas. Dije que eran únicamente manifestaciones del orden eterno fundado por Dios, y que podían predecirse. Recordarás que predije un eclipse de luna tres semanas antes de que tuviera lugar, y afirmé que no era más que la sombra de la tierra entre la luna y el sol. Esto enfureció a las autoridades que, durante el eclipse, llamaban al pueblo a orar para que la luna no quedara borrada del cielo. Enviaban pregoneros por las calles, cargados con antorchas y con las estatuas de los dioses. Mis estudiantes se rieron. Por supuesto, esto les pareció imperdonable. Los sacerdotes sobre todo, estaban enojadísimos. De haber sido un poco más torpes habrían llegado a declarar que yo, Anaxágoras, había originado el eclipse por alguna brujería, pero entonces todo el pueblo se habría reído.

Él mismo rió ahora suavemente, pero Pericles seguía mirándole sombrío.

—Escribí una tesis —continuó Anaxágoras, y aquel hizo una mueca. Lo escrito era mucho más peligroso que la palabra hablada—. Dije que creía firmemente que todas las cosas que ahora existen habían existido desde la eternidad y continuarían existiendo, y me refería tanto al material de las estrellas y sus planetas, como a la vida de los organismos vivos. No en sus manifestaciones inmediatas, sino en otras

formas. Aunque todo fluye y cambia, los esquemas innatos se mantienen, si bien dan lugar a otras manifestaciones, más intrincadas o más simples, sobre la base de su matriz original. Escribí que todo esto ocurría porque la materia, ya fuera de las estrellas o de una hoja de hierba, es sólo una ilusión de forma, ya que todas las cosas están compuestas de partículas infinitas que no son materia en absoluto, sino únicamente energía. En resumen, que todas las cosas: soles, planetas, galaxias, polvo, árboles, la tierra misma, las constelaciones, flores, casas y templos, las montañas y el mármol, los muebles, las estatuas y murales, los océanos y continentes, no son más que una fuerza dinámica, un indicio de un esquema interminable de energía que puede cambiarse... quizá por accidente o por la voluntad de Dios. Hay una Unidad en todo lo que vemos, oímos, sentimos, tocamos, gustamos y olemos, a pesar de las diferenciaciones aparentes, y por eso la variedad de las objetividades aparentes es sólo una ilusión. Incluso aventuré —añadió Anaxágoras— que nada existe realmente sino la Mente de Dios, que contiene todas las manifestaciones y apariencias y que, por tanto, es subjetiva.

Como Pericles nada comentara siguió diciendo: —Para resumirlo sencillamente: todo lo que existe está sólo en la Mente de Dios y en Sus Sueños, y no hay nada sino Su Mente.

Pericles se llevó las manos a la cabeza y gimió: ¡Eso acaba limpiamente con los dioses que, según dicen nuestros sacerdotes, son patentes y materiales! —se rió secamente—. En resumen, según presumes, los mismos dioses son subjetivos.

Anaxágoras parecía deprimido.

—Esa fue, probablemente, la conclusión de los sacerdotes. Pero ¿era una blasfemia mi tesis? Dios lo contiene todo y todas las cosas. Con seguridad que eso revela Su majestad, porque Él es todo y no hay nada más. Él es la Energía misma y Él teje, como un tejedor, diseños sin fin y evoca cambios e sin embargo, son lo mismo. No puede desobedecer Sus propias leyes divinas, que Él estableció desde la eternidad. Si desobedeciera una vez Sus propias leyes, entonces todo sería caos y oscuridad. Él es la Ley. Si la Ley se desintegra, nada existiría ya.

—Comprendo —dijo Pericles—. Nuestros dioses desobedecen constantemente las leyes de la decencia, la moral, la justicia y la piedad. Por tanto no existen... excepto en partículas de energía sin inteligencia —y se rió sin alegría.

—Esa es la interpretación que dan los sacerdotes de lo que yo he enseñado; no la mía.

—¿Esperabas realmente que el hombre corriente comprendiera tu tesis?

—Sólo podía intentarlo —contestó Anaxágoras—. El deber de los que enseñan consiste en decir la verdad, aunque todos los maestros sepan únicamente una pequeña parte de lo que enseñan. Hay algo que se llama integridad.

—Lo que es muy raro —dijo Pericles.

Anaxágoras miró sus manos elegantes, en las que resaltaban las venas.

—También escribí en aquella tesis que sólo hay un Dios, no una variedad de

antagonistas masculinos y femeninos.

—¡Con qué facilidad dispusiste de todas las diosas —dijo Pericles— y de la mayoría de nuestros dioses!

—Que fueron creados a nuestra propia imagen... por el hombre. —Miró de nuevo al espacio—. No hay más que un Dios en el que existen todas las cosas. Escribí en mi tesis que los colores y formas de la naturaleza, tanto en la tierra como en el mar, existen porque Él pasó sobre el mundo a los sonos de la música, y las variaciones de Su música dieron lugar a las variaciones que discernimos; la multitud de variedades —sus ojos brillaban de fervor—. ¿Quién podrá limitar a Dios en la dimensión de los hombres? Sólo los blasfemos.

—Cierto —dijo Pericles—. Por tanto debes retractarte de esa verdad.

—Si lo hiciera me destruiría a mí mismo y mi existencia carecería de significado. —Se leía la resolución en sus ojos—. Yo creo en un Dios eterno e inmutable, aunque sus manifestaciones parezcan mutables, como la lira, el laúd y el tambor que cambian de ritmo aunque sigan siendo entidades inmutables.

Miró ansiosamente a Pericles:

—¿Comprendes lo que te digo?

—No soy filósofo, Anaxágoras. Soy sólo un político. Comprendo vagamente lo que quieres decir, pero sólo vagamente. Zenón te entendería mejor.

Anaxágoras suspiró.

—Los filósofos también son egoístas. Niegan toda filosofía aparte de la suya, que creen revelación divina.

—¿Incluida la tuya? Soltó una risita.

—Incluida la mía. —Luego su rostro se tornó grave—. Creo, sin embargo, que los siglos futuros comprenderán lo que yo he dicho. Quizá para gloria de ellos. Quizá para su muerte. Cuando los hombres se den cuenta de que todas las cosas aparentes son sólo energía, y que esa energía puede ser manipulada... tal vez sea el fin. —Su rostro estaba mucho más grave ahora—. Yo no discuto con Dios, pero ¿sería prudente darle al hombre el secreto del universo?

—Quizá —dijo Pericles— se canse Dios del hombre, de su torpeza y su maldad. Por tanto le dará el secreto para que el hombre pueda elegir entre la vida y la muerte.

Se levantó y empezó a recorrer la celda.

—Esa es una elección terrible e importante, considerando los límites de la capacidad humana. Es como si entregáramos a unos niños el secreto del mando de una flota. —Miró a su amigo—. Nuestra mente se aproxima a lo universal, pero nuestra lengua es la lengua grosera de los monos. Nos comunicamos entre nosotros con el pobre lenguaje de la jungla, aun cuando nuestros pensamientos sean luminosos. Esa es la tragedia de la humanidad.

—Entonces debemos hallar un modo distinto de comunicación, Pericles. De mente a mente, no de lengua a lengua. Pues, a pesar de lo que Sócrates ha dicho, no hay definición de términos que sea relevante para todos los hombres. Nuestras

emociones se meten por en medio —y sonrió débilmente—. En plena conversación intelectual, a veces ardiente y exaltada, mis estudiantes han de ir a las letrinas. Cuando se han ocupado de sus necesidades animales, la llama divina los ha abandonado.

—Tal vez sea esa la maldición que ha infligido Dios al hombre —dijo Pericles riendo—. Es posible que ni el mismo Dios quiera que completemos nuestros conocimientos, por eso hace que debamos prestar atención a nuestras tripas.

Anaxágoras dijo:

—Enfrascado en una conversación muy elevada se me cayó un plato de judías en el regazo, y eso puso término a la disertación, ya que mis estudiantes se reunieron en torno a mí recogiendo las judías, lamentándose y secando el desastre de mis ropas.

—Probablemente fue un alivio para ellos. Terminaste con sus pensamientos.

Rellenó la copa de Anaxágoras y se recostó en la silla. Ambos sentíanse refrescados, no sólo por el vino y la comida, sino por su conversación. Pericles siguió hablando:

—Si dejas pasar esto, y ellos te envían al exilio o la muerte, seré culpable de traicionar a mi país. Por tanto no permitiré que ocurra. —Acalló a su amigo, a punto de protestar—. Doy por sentado que, ni por la paz y por la libertad, ni por tu vida, vas a retractarte y pedir perdón al gobierno.

—¡Por supuesto que no! —exclamó Anaxágoras asombrado—. No puedo negar la verdad que conozco.

—Hum... ¿Recuerdas lo que Sófocles nos ha dicho?: «Verdaderamente decir mentiras no es honorable pero, cuando la verdad supone la ruina total, es disculpable hablar de modo poco honrado». Yo estoy de acuerdo. Además, no eres tú el sometido a juicio, Anaxágoras. Es la libertad de Atenas.

—¿Crees que Atenas y la libertad pueden salvarse con una mentira? Se encogió de hombros.

—Cuando era más joven lo habría negado. Ahora que ya no soy joven, sino de mediana edad, sé que, en la causa de la verdad, las mentiras son a veces necesarias, por paradójico que parezca.

—¿Se lo dijiste así a Ictus?

—Sí. Pero él era demasiado emocional para escuchar y comprender.

—Por eso murió defendiendo la verdad. Pericles volvió a encogerse de hombros.

—Habría sido mejor seguir viviendo por una mentira para poder decir más tarde la verdad, y quizá con inmunidad.

Anaxágoras meditó en ello. No era un joven apasionado como Ictus. Pericles continuó:

—¿Refrenarás por lo menos la lengua mientras te defiendes? El viejo inició una sonrisa.

—Va a ser una buena comedia.

—Y ¿qué no lo es, en esta vida? —ahora se sentía aliviado—. Si la verdad te es

tan querida, entonces no tienes derecho a condenarla a muerte. Merece la pena vivir... y florecer de nuevo en otro momento. Tú no eres como los trágicos, que hacen un gesto sublime ante el rostro de los dioses desafiándolos. Eres más discreto. Por tanto, y de nuevo en nombre de la verdad, vive.

—Eres muy elocuente y persuasivo, querido amigo. Tal vez Sófocles tenga razón. Los gestos pueden ser heroicos, pero quizá sea mejor guardar silencio. Los gestos son para la escena —suspiró profundamente—. No anhele ser un mártir y, desde luego, no un chivo expiatorio sacrificado por los sacerdotes y el gobierno.

Su rostro se entristeció.

—Pero ¿podré vivir conmigo mismo? Mis estudiantes ya no creerán lo que yo les digo. Pensarán que los traicioné, y que mis palabras habían sido falsas.

—Los verdaderamente buenos sí lo entenderán. Los otros quedarán satisfechos, y esa satisfacción de los pillos resulta graciosa en sí misma. De todos modos, jamás te creyeron.

Anaxágoras estalló:

—¡La pureza moral de los corrompidos e inmorales! ¡Contra eso luchamos! ¡Contra la mojigatería de los degenerados!

Pericles recogió el manto y lo sacudió.

—Aún no te lo he dicho. Tengo un hijo, tan joven como esta misma mañana e igual de hermoso.

Anaxágoras se levantó y le abrazó.

—Será una gloria para ti y para Aspasia.

—¿Quién sabe? Como ves, de nuevo estoy melancólico. Los Hados, esos seres siniestros, tienen el hilo de su vida en sus manos, para bien o para mal; ¿quién sabe qué están tejiendo para mi hijo? —y añadió—: ¿O para mí? ¿O para ti?

Le dejó con el corazón algo más ligero. Anaxágoras era un hombre sensato. Inmediatamente había comprendido que no necesitaba negar la verdad. Sólo tenía que guardar silencio. La verdad no debía ser gritada desde los tejados, debía moverse con la prudencia sutil de la serpiente y, a menudo, en el silencio. Entonces sería fuerte.

Cuando Pericles le hubo dejado, Anaxágoras se sentó pensativo. Años atrás había reñido a Pericles por sus planes para salvar a Ictus. Pero con la edad venían las dudas, el sopesar los hechos, los pensamientos para el futuro y sus consecuencias. Además, Ictus se habría condenado abiertamente ante la Asamblea y la *ekklesia*, y eso habría puesto en peligro a Pericles, a quien nadie habría podido salvar. En aquella época, se dijo Anaxágoras con una sonrisa amarga, Pericles no estaba aún por encima de los gestos.

Antes de dirigirse al lugar del juicio, ante el arconte rey, Pericles fue primero a su despacho y estudió varios de sus expedientes. Escribió unas notas en una tablilla y se la metió en la bolsa. Se había vestido sobriamente con una túnica azul y una toga gris, y llevaba zapatos negros. El yelmo estaba bruñido con toda diligencia. Había hecho gárgaras con agua y miel para que todos escucharan la potencia de su voz, sonora y

elocuente. Reprimiéndose, pues en ocasiones le dominaba la rabia intensa y fría, fue al lugar del juicio. Sabía que el arconte rey, noble y justo, escucharía con gravedad y serenidad la acusación y defensa de Anaxágoras, pero, si quedaba convencido de que este era en realidad un enemigo del pueblo y del Estado, y corruptor de la juventud, nada le detendría e impediría ordenar su muerte. Pericles raramente le había visto sonreír, pues todo se lo tomaba muy en serio.

El gran jurado estaba ya reunido y Pericles, con cierto temor, descubrió que gran número de miembros de la Asamblea, los Once y la *ekklesia* se hallaban allí también, ávidos todos, como espectadores en el teatro aguardando un drama sangriento. El día primaveral era cálido. La sala del juicio, abarrotada ya, estaba sofocante, y las ventanas, altas y estrechas, dejaban pasar los rayos del sol y los efluvios del Ágora. Cuando entró Pericles con su porte regio todos los ojos se volvieron hacia él, y comprendió, como ya adivinara antes, que el principal acusado no era Anaxágoras sino él mismo. Algunos amigos estaban allí también, de pie y apoyados contra los muros de color ocre, temerosos algunos de que un día, más pronto o más tarde, se verían asimismo acusados y sufrirían el ostraka o la muerte. Observaron con ojos ansiosos a Pericles, que se aproximó al lugar elevado ocupado por el arconte ley.

También ante él se hallaba el arconte Dédalo. Pericles se volvió lentamente y le examinó como el hombre superior observa una visión repugnante, es decir, con expresión de incredulidad, de ligero asombro y de fría aversión. El viejo arconte, inclinado y más semejante todavía a un esqueleto que en la época del matrimonio de Pericles y Dejanira, le devolvió la mirada con odio, contraídos sus rasgos de tal modo que parecía un mono viejo con ictericia. Sus ojos hundidos estaban llenos de un fuego vengativo y salvaje, y retorció la boca como si quisiera escupir y se lo imposibilitara la garganta, demasiado seca. Temblaba visiblemente de rabia, y sus manos parecían las de un parálítico. Los presentes les observaban a los dos, unos con gozo y anticipación, otros con alarma. Anaxágoras resultaba insignificante ahora ante aquellos dos antagonistas mortales que se odiaban profundamente. A un gesto silencioso del arconte rey trajeron a la sala a Anaxágoras, que entró con paso regio a pesar de las cadenas que colgaban de sus muñecas. Llevaba muy alzada la maravillosa cabeza. Se movía con serenidad, con esa dignidad que sólo los que no temen a la muerte pueden adoptar con una armadura invencible. Fue llevado ante el lugar ocupado por el arconte rey, entre Pericles y Dédalo, y se inclinó cortésmente ante el que iba a presidir su juicio. Sonrió amablemente a Pericles, sin lanzar una sola mirada a Dédalo, su acusador. La sala estaba silenciosa ahora, y todos se inclinaban hacia delante para no perderse una palabra o un gesto.

Habló el arconte rey:

—Dédalo, has presentado acusaciones contra este maestro y filósofo Anaxágoras, que está ante nosotros. Repite las acusaciones que pronunciaste ante mí —dijo.

Las manos del arconte rey estaban cruzadas sobre el banco en que se apoyaba.

Dédalo se agitó como si el viento le zarandeara. Algunos llegaron a pensar que

iba a caer. Otros creyeron que le había dado un ataque y que se lanzaría al suelo echando espuma perdiendo el control de los miembros. Sus ropajes oscuros flotaban sobre el cuerpo seco. El arconte rey le observaba con frialdad silenciosa, esperando. Pericles simuló no ver nada. Estudiaba sus notas. Miró rápidamente a algunos miembros del gobierno que sabía le odiaban y habían venido aquí como a una ejecución. Su rostro había adoptado aquella expresión mortal y formidable y ellos lo advirtieron, y algunos se agitaron inquietos. Todos eran hombres poderosos.

Dédalo halló al fin la voz, como el graznido de un cuervo. Apuntó con el índice a Anaxágoras y dijo:

—Acuso a este hombre de impiedad y herejía, y de la corrupción de nuestra juventud. Yo mismo le he oído hablar a los muchachos inocentes, a sus estudiantes, y mi corazón y mi alma se agitaban de ira, de ultraje y, sí, de temor a los dioses, a los que él había insultado.

—Debes ser más específico —dijo el arconte rey con voz firme—. Dime.

¿Qué ha dicho el prisionero que hayas oído tú mismo?

—¡Que los dioses no existen, que son fantasías nebulosas, que carecen de ser! — el graznido se convirtió en un grito agudo, y añadió tartamudeando— negó la verdad de los dioses. Con estos oídos lo escuché, y lo juro por los nombres sagrados de Castor y Pólux.

Los enemigos de Pericles simulaban sentirse horrorizados, un gemido resonó en el salón y los hombres se miraron a los ojos como atónitos y espantados. Pericles sonrió débilmente con patente desprecio.

El arconte rey le hizo una seña y Pericles lanzó una mirada significativa a Anaxágoras, que parecía a punto de hablar. Luego sonrió generosamente y agitó la cabeza como si encontrara la acusación absurda y ridícula.

Su voz clara, fuerte y llena de vida, se alzó en el instante en que se volvía hacia Dédalo. Elevó las cejas con asombro simulado y su sonrisa era la sonrisa indulgente con que uno escucha a un niño o a un viejo senil. Todos estaban pendientes de él.

—Mi querido Dédalo, mi muy honrado Dédalo, ¿no creerás, desde luego, que los dioses son de nuestra carne y material grosero, que sólo son como hombres, pero más grandes? ¿No creerás que son mortales y que sufrirán la muerte?

—¡No! —gritó Dédalo como loco.

—¿No? —repitió Pericles con sorpresa—. Pues eso es lo que das a entender. Homero ha escrito que los dioses cabalgan en el viento, son con frecuencia invisibles e impalpables, pueden atravesar la materia y la sustancia, como si ambas no existieran, y cambiar de forma. Son versátiles. ¿Niegas esto?

—¡No! —aulló Dédalo con furia.

—¿No? —volvió a repetir Pericles—. Entonces estás de acuerdo con Anaxágoras en que la Divinidad es la Mente inmaterial, y que todas las cosas aparentes moran en Ella. Pues eso es lo que él afirma y también yo se lo he oído a menudo.

Dédalo no podía hablar. Pericles continuó con amabilidad:

—¿Estás de acuerdo con Anaxágoras en este punto?

Su oponente seguía callado. Temblaba de nuevo. El arconte rey dijo con firmeza:

—Contesta, Dédalo.

Este se estrujaba las manos girando los ojos frenéticamente. Pericles dijo:

—Tal vez seas tú, querido amigo, el que difama a los dioses y quisiera rebajarlos a la podredumbre terrenal en la que todos moramos.

Dédalo habló roncamente:

—Si eso es lo que afirma Anaxágoras, debo estar de acuerdo con él.

—Acaso cuando Anaxágoras los comparaba con la niebla radiante, con la adoración más profunda y subjetiva que el hombre puede sentir, y cuando daba a entender que no participaban de nuestro contexto de la existencia, ¿creías que estaba negándoles el ser?

Como Dédalo callara de nuevo, Pericles le sonrió tiernamente.

—Es una cuestión de semántica. No es culpa tuya, querido amigo. Todos interpretamos mal a veces lo que oímos, pues las palabras son como piedras torpes y pesan en nuestra boca.

—¿Deseas retirar la acusación de impiedad, Dédalo? —preguntó el arconte rey, y su barba se agitó ligeramente en torno a la boca como si sonriera.

—Sólo en ese punto —murmuró Dédalo; sus mejillas huesudas estaban ahora muy cenicientas.

Pericles dejó que el silencio pesara en la cámara mientras contemplaba meditabundo y afable a Dédalo que, a su vez, le miraba con maldad feroz aunque impotente.

El arconte rey dijo al jurado:

—Se retira la acusación de impiedad contra Anaxágoras en lo referente a negar la existencia de los dioses. —Se dirigió a Dédalo con cierta dureza—: ¿Quieres seguir adelante con las demás acusaciones?

Este se recogió sobre sí mismo como hace el buitre cuando se dispone a clavar sus garras. Señaló a Anaxágoras, que parecía ausente y entregado a la meditación.

—¡Este hombre —gritó— ha declarado que los eclipses no son manifestaciones sobrenaturales de los dioses sino fenómenos naturales; por tanto no son augurios según nos han enseñado siempre nuestros maestros religiosos! ¡Incluso ha llegado a afirmar que pueden predecirse!

Los ojos pálidos de Pericles se abrieron de par en par por el asombro. Miró a Dédalo como si no pudiera creer aquello tan absurdo que escuchaba y dijo:

—Pero Anaxágoras sí predijo un eclipse de luna recientemente. Dédalo cayó sobre él.

—Y ¿quién puede explicar eso? ¿Fue una casualidad? ¿Fue cuestión de magia? ¿Algún demonio malévolo se lo susurró al oído? ¡Sólo él puede decirlo!

Pericles agitó la cabeza como desconcertado y se volvió al arconte rey.

—Señor —dijo—, nosotros, los griegos, presumimos, y con cierta razón, de haber

alcanzado una época nueva y espléndida no sólo en las artes y la filosofía sino también en la ciencia. ¡Sólo ruego a Dios, y con la debida reverencia para Atenas, que los egipcios y caldeos no se enteren de este juicio y de las palabras de Dédalo! ¡Cómo se reirían ante lo que denominarían nuestras pretensiones de gloria y razonamiento!

Un gruñido ronco estalló en toda la sala; ojos furiosos se clavaron en Pericles y todos se miraron unos a otros ultrajados. El arconte rey permaneció sereno. Se acariciaba la barba pensativamente. Al fin dijo:

—Noble Pericles, nos gustaría que ampliaras un poco más tus comentarios.

Cayó el silencio de nuevo. Todos miraban enojados a Pericles. Este dijo:

—Señor, los egipcios y caldeos, gracias a sus sabios, y sus hombres de ciencia, han estado prediciendo los eclipses casi con toda exactitud desde hace cientos de años. Antes de venir a Atenas, Anaxágoras estudió con esos científicos —el filósofo hizo un movimiento brusco, como si deseara protestar, pero Pericles ignoró el gesto y alzó la voz. Ahora era grave, ansiosa, casi confidencial, suplicante incluso—. Pidamos a los dioses que egipcios y caldeos no se enteren de esta locura. Ya se sienten envidiosos de lo que hemos logrado aquí. No les demos razones para que se burlen de nosotros llamándonos bárbaros tal como hicieron en el pasado. Sus científicos quedarían atónitos ante la ignorancia de... Dédalo. Pero debemos disculparle. Es muy viejo y no ha tenido las ventajas de una gran educación científica.

El arconte rey sonrió casi imperceptiblemente. En la sala reinaba un silencio profundo.

Pericles continuó:

—Por tanto que no corra el rumor de lo que se ha dicho en esta augusta cámara porque, con seguridad, todos los griegos quedarían avergonzados y con mucha razón.

Bajó los ojos como dominado por la vergüenza y un murmullo inquieto y sombrío se alzó entre los reunidos.

—¡Brujería! —chilló Dédalo—. ¡No es más que brujería! Pericles agitó la cabeza tristemente.

—Así han hablado los hombres sin cultura a través de los siglos cuando se han visto enfrentados con algo que repugnaba a sus prejuicios e ignorancia. Pero nosotros somos griegos. Hemos alcanzado la Época de la Verdadera Ilustración y, lo que era la verdad para nuestros antepasados, lo vemos ahora únicamente como superstición y torpeza.

—¡Herejía! —clamó Dédalo extendiendo los brazos. La voz de Pericles cobró nueva firmeza.

—¿Qué es herejía? —exigió—. ¿No es ese el grito de los que ignoran qué es la verdadera herejía? La herejía auténtica es la que se niega a aceptar la verdad, la que limita la capacidad de razonar del hombre, la que rebaja nuestra naturaleza, la que niega que seamos algo más que animales, la que pretende negarnos el conocimiento e

impedirnos aumentar en estatura, la que se yergue ante las puertas de la ciencia con la espada desnuda, la que pretende negarnos la entrada en los templos para que contemplemos las manifestaciones de la Deidad, la que teme la luz y declara que esta: es oscuridad y engaño. ¡En realidad la herejía es la negativa del mismo Dios! Todo lo que impide el desarrollo de los conocimientos humanos, de la sabiduría humana, de la reverencia y logros humanos, de la comprensión humana de Dios y de la gloria humana, es herejía. Herejía es lo que pretende aherrojar el espíritu y al alma del hombre, que surgieron del aliento de Dios. Herejía es lo que querría obligarnos a caminar por el polvo sin alzar nuestros ojos al cielo. Herejía es lo que ensucia de barro los pies de los dioses y declara que todas las cosas están muertas, que ninguna tiene conciencia, especialmente la mente humana. Herejía es lo que adora la piedra, y no lo que la piedra representa... el Ser de Dios, y Su rostro.

Su voz elocuente los había inmovilizado a todos cual si fueran ya de la piedra de que había hablado. Se volvió a Dédalo con un gesto de repudia, como si tratara de controlar su indignación.

—Tú, Dédalo, eres el hereje, según tus propias palabras. ¡Tú cubrirías de barro el alma de Grecia y borrarías sus rasgos! Si eso no es herejía contra Dios y el hombre... —calló como abrumado y su respiración se escuchó en el salón silencioso.

Dédalo se encogió. No había comprendido demasiado lo que Pericles dijera, pero ahora sí comprendió que él mismo estaba en peligro pues de todos los rincones le llegaban miradas y gestos de vejación. El arconte rey se acarició suavemente la barba y miró al viejo.

—Habla, Dédalo —dijo.

Pericles alzó la mano respetuosamente.

—Señor, es viejo y su mente se siente confusa y no reconoce la herejía cuando la oye. Mostrémonos piadosos y comprensivos con él. No ha tenido las ventajas que en esta época se disfrutaban en Atenas. Vivió su juventud con una mentalidad estrecha y mezquina. Aceptó las palabras de los ignorantes como ciertas, y las de sus maestros torpes, como sabias. ¿Hemos de condenarle por lo que no sabe, porque no se lo enseñaron? Si ha ofendido a Dios, con seguridad que Él se compadece al comprender los límites de su mente.

Este apretó los puños, blanco de rabia, y gritó inclinándose hacia Pericles:

—¡Te escupo, mentiroso y falso; a ti que quieres embrollar con tus palabras la mente de los hombres justos!

Jamás se mostró Pericles más digno y más distante que cuando se secó el esputo de la mejilla. Miró implorante al arconte rey que tuvo que cubrirse la boca para ocultar la sonrisa involuntaria que ya le entreabría los labios. Pero ahora habló a Dédalo con severidad:

—Esto es imperdonable. En esta cámara somos seres razonables. Estamos aquí para oír argumentaciones, no para escupir como niños malcriados. Si esto vuelve a ocurrir, Dédalo, ordenaré a la policía que te prenda y te encierre. Como todos

honraban al arconte rey se sintieron ofendidos, aunque a disgusto, contra Dédalo, e incluso los enemigos de Pericles le admiraron por su destreza y elocuencia. El viejo se encogió todavía más; las venas latían visiblemente en sus sienes. Dijo, casi tartamudeando:

—Señor, arconte rey, perdí el control movido por una cólera sincera contra este Anaxágoras y contra el que se atreve a ocupar la más alta posición en Atenas a la vez que profana su nombre y sus dioses.

Un murmullo débil y burlón recorrió la cámara, sofocante ahora, y los jurados se sonrieron.

El arconte rey dijo:

—Continuemos. ¿Qué más acusaciones, Dédalo?

Hinchó penosamente el pecho. Parecía a punto de expirar, pero su mirada a Anaxágoras fue violentísima.

—¡Con estos mismos oídos le he oído decir que en Grecia los sabios hablan, pero los idiotas deciden! Ha difamado a nuestro gobierno...

Pericles soltó un respingo tan violento, tan exagerado, y pareció tan asustado que Dédalo se interrumpió. Entonces aquel se volvió a Anaxágoras con expresión de reproche en el rostro. Con ello logró la atención general más absoluta.

—Mi querido amigo dijo, —no puedo creer esto de ti, ¡que te atribuyeras tales palabras sin darle todo el mérito a su autor, Anacarsis, el filósofo escita, y a su amado amigo Solón, el sagrado padre de nuestras leyes incomparables! Pues, por desgracia, Solón estaba de acuerdo con Anacarsis. ¿Cómo es posible que no atribuyeras a este las palabras que repetiste?

—Lo hice —dijo Anaxágoras, y sus ojos azules brillaban de risa—, pero es probable que Dédalo jamás haya oído hablar de Anacarsis.

Pericles se cubrió los ojos con la mano y agitó tristemente la cabeza. Cuando se descubrió el rostro había lágrimas auténticas en sus ojos. Miró de lleno al jurado, y luego a toda la Asamblea que daba muestras de embarazo.

—¡Ah! —dijo—, ante esta compañía augusta se han dado nuevas pruebas de una ignorancia terrible y lastimosa. Pero seamos compasivos otra vez.

Dédalo se volvió loco de rabia. Incluso se abofeteó en las mejillas y parte del jurado se echó a reír involuntariamente hasta que los detuvo el ceño imponente del arconte rey.

—No quiero bromas aquí —dijo—. Esto es un tribunal de justicia —y miró a Pericles— fundado por «el sagrado padre de nuestras leyes incomparables».

Los amigos de Pericles ahogaron una risita feliz y el jurado y los miembros del gobierno asumieron aire de gravedad, aunque interiormente se ponían de parte de Pericles y Anaxágoras.

El arconte rey manifestó a las claras su cansancio. Preguntó a Dédalo:

—¿De qué más le acusas?

—¡Pederastia! —chilló Dédalo—. ¡El crimen más innoble contra la naturaleza!

Nadie se movió. Pero Pericles se volvió y con miradas lentas, como dardos de hielo, fue observando a uno tras otro y, al tropezar con su mirada, todos se encogían bajo sus ropajes. Sin embargo, él seguía mirándoles con aquel aire frío y riguroso y ellos no podían apartar los ojos. Muchos se sintieron casi desmayados por el terror.

—Pederastia —repitió Pericles con asco—. Sin duda todos los presentes se sienten horrorizados por esa misma palabra, recordando su propia virtud. Sin duda todos los presentes son inocentes de tal acto y tiemblan a su sola mención.

Él mismo tembló de manera exagerada. Luego sacó sus notas de la bolsa y las estudió cuidadosamente, alzando las cejas hasta el borde del yelmo y dejando escapar murmullos de asco y vergüenza. Y cada uno de ellos, al observarle, sintió que su terror aumentaba pues todos se preguntaban qué nombres aparecerían en aquellas listas en manos de Pericles y rogaban porque el suyo no figurara entre ellos. El arconte rey observó sus rostros y unas arrugas profundas se le marcaron en torno a los ojos.

Pericles alzó la vista y preguntó a Dédalo:

—Y ¿quién es el eromenos (el amante masculino y juvenil) de Anaxágoras?

Los ojos frenéticos de Dédalo se dirigieron inmediatamente a uno de los arcontes, que tenía dos amantes adolescentes, y lo que vio en el rostro de su amigo le hizo temblar, pues era un hombre implacable y vengativo cuando alguien le ofendía.

Pericles repitió pacientemente la pregunta y añadió:

—Has acusado a Anaxágoras de corromper a nuestra juventud y has dicho que es el erastes (el amante mayor de un joven) al menos de un muchacho. Cierto que nuestras leyes prohíben la pederastia, que florece abiertamente en Esparta. Pero somos atenienses y no practicamos las perversiones. Sin embargo yo he oído rumores... Pero continuemos con Anaxágoras. Has dicho que él es el erastes de un joven, o de varios. No has dado nombres, Dédalo, a pesar de que hemos sido pacientes. ¿Es posible que conozcas también a algunos entre nosotros que practiquen la pederastia? Si es así, tu deber es nombrarlos inmediatamente. Miró al arconte rey con profunda gravedad:

—¿No tiene la obligación de acusar también a otros del crimen del que acusa a Anaxágoras?

—Sí, es su deber —afirmó el arconte rey.

Dédalo casi se desmayó allí mismo de terror, pues sintió clavados en él una docena de pares de ojos amenazadores. Intentó humedecerse los labios, grises ahora, pero no podía hablar.

—Si un hombre acusa a otro de un crimen, y dice su nombre, pero sabe de otros que también lo han cometido, ha de nombrarlos a todos en justicia —dijo Pericles—. ¿No es así, señor? —insistió ante el arconte rey.

—Es la ley —repuso este. Miró a Dédalo—. Si sabes el nombre de algún eromenos de Anaxágoras habla ahora, y di también los nombres de los que son asimismo culpables. Dédalo hundió la cabeza en el pecho.

—Probablemente sólo es un rumor...

—El tribunal de justicia no es el lugar adecuado para los rumores —dijo el arconte rey—. Has lanzado una calumnia vil contra Anaxágoras, que es punible. Por tanto se te impone la multa de cinco talentos, Dédalo.

Como este quedara mudo, el arconte continuó:

—He observado tu rostro. Conoces aquí a algunos que son realmente culpables, pues he seguido tus ojos. Di entonces sus nombres.

En ese instante fue cuando un arconte, en extremo nervioso, se levantó entre el revuelo de su toga y se inclinó ante el arconte rey.

—Señor —dijo—, los demás arcontes y yo hemos llegado a la conclusión de que todo lo que Dédalo ha dicho es una calumnia, un balbuceo sin sentido de un viejo senil y patético. El arconte rey le miró largo tiempo, y miró luego a otros que intentaban evitar sus ojos. Y dijo:

—Estoy de acuerdo contigo, Hipérbolo. Hemos perdido mucho de nuestro precioso tiempo en esta cámara. Pero cuando un hombre de la categoría de Dédalo lanza acusaciones temerarias contra otro nos vemos obligados a escuchar, pues, ¿no es un arconte también? —hizo una pausa y continuó con voz cargada de significado— y, ¿no somos todos hombres honorables?

Dejó que su mirada recorriera lentamente el jurado.

—¿A qué conclusión habéis llegado, señores?

Varios miembros del jurado se levantaron y dijeron, a pesar suyo:

—Estamos de acuerdo en que Anaxágoras no es culpable de ninguno de los cargos que Dédalo ha pronunciado en su contra. No aprobamos a Anaxágoras, pero no ha hecho nada claramente malvado.

El arconte rey se volvió entonces a Pericles:

—¿Deseas añadir algo, Pericles, hijo de Jantipo?

Este suspiró y se limpió un sudor inexistente de la frente. Adoptaba el aire de un hombre agotado. Se dirigió a toda la Asamblea, pero sólo el arconte rey y Anaxágoras percibieron la ironía en su voz resonante.

—Siempre me he enorgullecido, como jefe de estado, de la nobleza y juicio equilibrado de los hombres de Atenas. Somos tan sólo hombres, sin embargo en ocasiones nos alzamos hasta la grandeza, como se está alzando ahora la Acrópolis. Lo que en ella hay, lo que se está construyendo allí, es un pobre reflejo, aunque muy hermoso, del alma ateniense y de la gloria de su espíritu. Que nadie, ni hoy ni en el futuro, denigre a Atenas, a su integridad, su pasión y reverencia por la belleza, sus artistas, científicos y filósofos. Pero, sobre todo, que admiren los hombres desde los más remotos rincones de este mundo el espectáculo de nuestra imparcialidad intachable, nuestra preocupación por los procedimientos ordenados de la ley que nos fue dada por Solón. ¿En qué otro lugar del mundo existen tales procedimientos? ¿Quién puede compararse con nosotros? El despotismo abunda... tiranías que no permiten que un hombre diga la verdad ni alce la cabeza como un verdadero hombre

y no como un esclavo, y que exprimen a su pueblo impotente sacándoles hasta la última moneda con los tributos.

»Pero en Atenas el hombre es libre. Tal vez no se honren sus opiniones ni se le considere en demasía, pero él puede proclamarlas... como se lo habéis permitido a Anaxágoras. Habéis refutado las calumnias con ese magnífico sentido de la justicia que únicamente los atenienses poseen. Hay algunos entre nosotros, lo admito, mancillados con los malvados anhelos del déspota, pero sólo unos pocos. Sólo unos pocos. Pero ¡que los dioses nos libren de esos pocos!

Incluso sus enemigos sintieron que el corazón se agitaba de emoción ante aquella sutil adulación de sí mismos, y experimentaron una honda gratitud hacia Pericles, que tanto los elevaba en su propia estimación. Por unos instantes incluso le amaron y olvidaron su enemistad. En cuanto a los que habían conocido el terror, suspiraron de alivio y agradecieron a Pericles que les hubiera librado de una acusación abierta. Algunos se dijeron: «Ese imbécil de Dédalo ha estado a punto de destruirnos. Habremos de aconsejarle que se muerda la lengua en el futuro».

El arconte rey ordenó que se retiraran las cadenas de las muñecas y tobillos de Anaxágoras, quien quedó de pie mirando a Pericles con una sonrisa peculiar. Luego se levantó el arconte rey y todos se inclinaron ante él, incluso el jefe de estado, el mismo Pericles. El viejo se retiró de la cámara y las voces estallaron inmediatamente como un aviso, pero enfurecido. Nadie observó a Dédalo, que salía de allí vacilante como una sombra.

Pericles acompañó a Anaxágoras fuera de la cámara.

—Ven conmigo, a mi despacho, a tomar algún refresco —dijo—. Tengo la garganta seca.

—No lo dudo. Mi querido amigo, podrías representar un gran papel en la escena.

—Vamos —se burló Pericles—, ¿no dije siempre la verdad?

—No —repuso Anaxágoras sonriendo. Luego cambió su rostro—. Pero me temo que todavía no hemos oído el final.

Esa noche, consumido por su propia cólera y su derrota, el desgraciado Dédalo tuvo un ataque y murió antes del amanecer. Hasta el último instante maldijo a Pericles.

Dejanira, su hija, escribió a Calias a Chipre:

—Mi querido Calias, ¡qué desgracia ha caído sobre esta casa! Mi amado padre, y abuelo tuyo, ha muerto en su lecho, en nuestros brazos, sollozando.

¡Ah!, su furia contra Pericles fue lo que acabó con él —y le refería todo cuanto Dédalo le contara con palabras incoherentes antes de expirar.

Al recibir la carta, Calias alzó la mano en un juramento y dijo:

—¡Nos vengaremos! ¡Juro que nos vengaremos!

Sócrates dijo a Pericles:

—Por supuesto, el asunto no ha terminado.

—Mientras tanto —repuso este—, no nos anticipemos a los problemas. Cada día que pasa es un día que ganamos de vida.

—Nosotros, tus amigos, estamos alarmados por ti, Pericles.

—¡Y yo también! —exclamó riendo.

—Eres todo un orador —dijo Zenón de Elea.

—¿No tuve acaso un maestro excelente... tú mismo?

—¡Ah, qué mundo este! —dijo Fidias.

—¿Cuándo fue distinto? Fue, es y siempre será, un planeta precario y peligroso, lleno de maldad y contención, de malicia y envidia, de muerte y furia, de asesinatos y pillajes, de mentiras y odios. La naturaleza humana es, fue y será siempre detestable e inmutable. Somos una especie monstruosa.

Miró a sus amigos y añadió:

—Con raras excepciones. Aunque, claro, vosotros estáis en este mundo, pero no sois de él. Hay una diferencia. Los siglos futuros proclamarán vuestros nombres olvidando que vivisteis proscritos entre vuestros contemporáneos, lo mismo que los hombres de esas épocas perseguirán a sus propios contemporáneos superiores, dejando que otros siglos futuros los ensalcen.

Zenón de Elea dijo tristemente:

—Te haces más cáustico y amargo con el tiempo, mi querido Pericles. Por supuesto, tú no eres un filósofo.

—¡Gracias sean dadas a los dioses! Así no pereceré.

Sin embargo, sus enemigos en el gobierno se negaron a sancionar el nombre de su hijo ilegítimo, el pequeño Pericles, y a que figurara en sus archivos.

Aspasia era una mujer demasiado prudente para tratar de calmar a Pericles con el metafórico sustituto de un caramelo, como se calma a un niño asustado o nervioso. Por eso se limitó a decirle:

—Nuestro hijo es Pericles, en nuestra mente y nuestro corazón, y así será llamado entre nosotros y en nuestra casa. La malicia del gobierno siempre está presente, así como su propósito de castigar a los adversarios o a aquellos que les critiquen. Eso no debe afectar nuestra vida. Nosotros recordaremos quién y qué es él, y desdeñaremos todo lo demás.

—Por desgracia el gobierno tiene poder para difamar, exiliar, deponer e incluso matar —refutó Pericles, a la vez humillado y enojado por el insulto. Ahora comprendía por qué algunos hombres como él desean ser dictadores cuando se

sienten enojados y humillados, y les impacientan los funcionarios inferiores del gobierno. Sabía que su propio gobierno, y muchos de entre la plebe, le acusaban de ambiciones extraordinarias, de querer ser un monarca, o al menos un dictador. Se lo dijo a Aspasia, que le acarició suavemente las mejillas con sus manos dulces y, al sonreír, se llenó de hoyuelos.

—También eso tiene su valor, porque sólo cuando los funcionarios inferiores del gobierno y la plebe adulan con unanimidad a un hombre puede llegar este al despotismo.

Se echó a reír Pericles.

—¡Así que me tienen en sus manos! En ocasiones siento un impulso dominante de despreciar las leyes y reglamentos de los funcionarios y burócratas con un gesto poderoso que, estoy seguro, los acobardaría. Comprendo que los adversarios no son únicamente molestos e irritantes, sino que hacen que un hombre se detenga y se examine a fondo a sí mismo por desagradable que eso sea.

Aspasia vivía ahora casi siempre en casa de Pericles, ya que temía por ella desde el nacimiento de su hijo. Volvieron a invitar a cenar a los amigos, y se reanudaron las conversaciones largas y excitantes que tenían lugar durante las mismas. Pero Aspasia observaba que Anaxágoras se mostraba extraordinariamente silencioso esas noches, y que incluso se sobresaltaba cuando alguien se dirigía a él. Desde el juicio y la exoneración se había tornado melancólico, aunque seguía enseñando en su academia y hablando en las columnatas. Sin embargo era como si le hubieran privado de alguna virtud vital. Cada vez que le veía, se sentía Aspasia más ansiosa, pues estaba envejeciendo mucho. En ocasiones le temblaban las manos. Corría el rumor de que se burlaban de él y le amenazaban en las calles más de lo habitual, y que su casa, pequeña y modesta, había sido apedreada. Si eso era cierto, Anaxágoras nada decía.

Jantipo, el soldado entusiasta, y Paralo, el estudiante ávido de conocimientos, amaban a su hermanito y jugaban con él siempre que podían, observando cómo se parecía a su adorado padre. El niño tenía el carácter alegre de Aspasia y el porte majestuoso de Pericles. Era fuerte y vigoroso.

—¡Qué atleta va a ser para los Juegos Olímpicos! —decía Jantipo—. Y ¡qué soldado!

Los jóvenes disfrutaban ya del permiso para unirse a las cenas y conversaciones en casa de su padre. Comprobaron así que no sólo se hallaban presentes ahora las hetairas hermosas y cultas, sino también las esposas inteligentes de muchos amigos de Pericles. Como era Aspasia la que las presidía, estas cenas fueron cobrando fama en toda Atenas, y cientos de esposas se rebelaban contra sus maridos que las mantenían recluidas, y cientos de hijas exigían la misma educación que se daba a sus hermanos. Las jóvenes graduadas en la escuela de Aspasia rehusaban con frecuencia los maridos elegidos para ellas, e insistían en su derecho a elegir por sí mismas. Claro que no encontraban demasiada oposición por parte de unos padres que las habían confiado en manos de Aspasia. Pero la influencia de estas muchachas se extendía a

sus amigas, que no tuvieron las mismas oportunidades, lo que hería profundamente a los padres más conservadores.

Mientras tanto se atacaba con disimulo a Pericles en el teatro, con gran hilaridad incluso de sus partidarios. Cratino, poeta y comediógrafo, hacía que un actor declamara estos versos:

*He aquí a Pericles, nuestro Zeus de cabeza de pepino.
¿Dónde adquirió ese sombrero? ¿Y con qué excusa?
Es un nuevo tocado de cabeza al estilo de Odeón.
Las tormentas de la censura apenas dejan huella en él.*

No sólo comparaba burlonamente a Pericles con Zeus, como otros poetas y comediógrafos, sino que en su Quirón decía con desprecio:

La porfía y el viejo padre Cronos se acostaron juntos y dieron a luz al más poderoso tirano a quien los dioses llaman Cabezota (refiriéndose a la frente imponente y al yelmo de Pericles).

Por mucho que despreciara a sus amigos aristócratas y a la plebe (que parecían tener demasiadas cosas en común), Pericles no tenía el menor deseo de ser un tirano, ni siquiera para sojuzgar a los que se burlaban de él. Cuando se encolerizaba, sí deseaba aplastarles la cabeza, ordenarles que cesaran en sus iniquidades y dominarles, pero sus emociones jamás pasaban a la acción. Se limitaba a vigilarles con extrema cautela. Si a algunos resultaba extraño que los nobles aristócratas de Atenas, tan pulcros y discriminatorios, y la plebe pestilente estuvieran de acuerdo, no así a Pericles. Los aristócratas (aunque figurativamente, y a veces literalmente, se taparan la nariz) hacían sus planes en secreto con la chusma. Simulaban deplorar la «tiranía» de Pericles, que se oponía a cualquier ley que diera al populacho comida y vivienda gratuita y les exigía que trabajaran para ganarse la vida.

No tiene compasión de los desgraciados —decían los aristócratas a los líderes de la plebe—. No se apiada de los pobres y los humildes. Desprecia a los que carecen de todo y le gustaría que murieran de hambre. ¿Qué es el tesoro y el oro de una nación, comparado con una sola vida humana? ¿No deberían utilizarse los impuestos para aliviar los problemas, las enfermedades y el hambre entre nuestro pueblo? ¿No somos todos iguales en nuestra humanidad? Lo que Pericles sufre en su carne y en su vientre es también un sufrimiento para el pueblo de Atenas. Pero él tiene médicos, y medicinas, y buena comida, y una casa. Vosotros, pobres amigos, no tenéis nada. Él construye templos grandilocuentes y malgasta vuestro dinero. Mientras se alza en el Partenón una estatua de oro y marfil, vuestros niños piden pan y vosotros soñáis con un mínimo de comodidades y no lo tenéis. ¿Quién se atrevería a comparar la casa de Pericles con vuestras chozas? Nuestro corazón sangra por vosotros.

Por lo visto la chusma no se daba cuenta de que sus amigos los aristócratas jamás

se desprendían de un solo dracma para aliviar esa situación tan miserable. Cuando la influencia de Hipócrates convenció a los médicos de la necesidad de construir hospitales para los pobres, los mismos «amigos de los humildes» se opusieron a ello, porque tales enfermerías iban a costarles dinero, ya que las pagarían con un aumento en los impuestos. Cuando Pericles insistió para que se destruyeran las chozas de los pobres y se edificaran casas más agradables, los aristócratas alzaron el grito hablando de «sus derroches y su deseo hipócrita de ser reconocido injustamente como humanitario».

Pericles, con gran amargura por su parte, comprendía los motivos de los ricos aristócratas. Estaban utilizando a la plebe en su contra a fin de derrocarlo. «Si estos traidores —se decía—, consiguieran su objetivo y llegaran a ser omnipotentes, esclavizarían y subyugarían inmediatamente a los pobres, a los que tanto simulaban respetar y compadecer. Ellos, los amantes de los pobres, los campeones de los afligidos, anhelaban el poder por encima de todo. En lo más profundo de su corazón odiaban y despreciaban al populacho».

Diariamente aumentaba la rabia de la plebe, que se hacía más vociferante y franca contra Pericles. Los aristócratas sonreían dichosos a escondidas. La clase media estaba muy alarmada ante la hostilidad creciente contra el hombre al que tan profundamente admiraban y en quien confiaban. Comprendían que Pericles se alzaba entre ellos y la explotación de los perezosos e indignos; entre ellos y sus enemigos naturales, los ricos patricios. Le enviaban delegados que le comunicaban su afecto, confianza y fe. No eran eruditos, pero su instinto certero les decía que ya los aristócratas planeaban la destrucción del jefe de estado a través de sus esbirros: los seres más inferiores de la plebe. Aunque todavía ignoraban que los aristócratas les llamaban «arribistas, extraños a la gloria de Grecia, a la que querrían ver rebajada al gobierno de iletrados mercaderes y comerciantes» sí sospechaban la verdad. Y comprendían, con la fuerza de su espíritu, que si ellos desaparecían y los aristócratas quedaban como única autoridad, con la plebe esclavizada, Grecia caería en un despotismo.

En ocasiones Pericles se preguntaba en alta voz:

—¿Quién dijo que el despotismo trae consigo a los lobos en la cumbre y a los chacales en el fondo?

Aspasia le respondió una vez:

—Creo que fuiste tú, querido.

A lo que Pericles dijo con melancolía:

—Sí, suena a mío.

Sus problemas interminables con Esparta y otras ciudades-estado iban en aumento, pero estaba ahora tan obsesionado con la salvación de Atenas, la construcción de la Acrópolis y el dilema de sus amigos intelectuales, que tenía poco tiempo para pensar en ellos. El gobierno se mostraba apático y no ofrecía sugerencias ni ayuda, y esto le hacía sospechar. Esparta, juzgándole más débil que antes, crecía en

agresividad e incitaba a otras ciudades en su contra. Aspasia, no tan atormentada a diario como su amante por el gobierno y los aristócratas hostiles, se enteró de la decisión tomada por Esparta de quitarle el comercio a Atenas y dominarla. Como Pericles siempre acudía junto a ella y su hijo con sonrisas, abrazos y bromas, Aspasia trataba de creer que lo tenía todo bajo su dominio. Targelia se habría reído de esto diciendo:

—Las mujeres atribuyen a los hombres que aman un conocimiento del futuro, cosa que puede ser un error mortal.

En medio de todas estas preocupaciones, Roma, la joven ciudad-estado de Italia, envió a Pericles a través de su Senado una comisión formada por tres hombres «a fin de que tú, señor, puedas instruirlos en la creación de una República justa y perfecta, según fue establecida por vuestro gran legislador Solón, y que ha convertido a Grecia en el asombro del mundo». Pericles, al recibir el mensaje que anunciaba la llegada inminente de los romanos, se echó a reír con una risa cínica y nada alegre. Pero Aspasia dijo:

—¿Por qué decepcionar a esos hombres honrados con la verdad? Que establezcan su república, de acuerdo con Solón, y tal vez ellos realicen el sueño que Atenas nunca logró, un sueño que quizás otras naciones lleguen a convertir en una realidad gloriosa.

—Pero esos romanos bárbaros también son hombres y es inevitable que, a pesar de su empeño, acaben por corromperse y establecer una democracia, y luego un despotismo —dijo.

Sin embargo, y en secreto, sentía una lástima profunda por los romanos y tristeza ante sus esperanzas. Se dispuso a recibirlos con gran ceremonia y respeto. Esto hizo que los aristócratas se mostraran inquietos y despectivos.

—Quiere honrar a unos bárbaros —decían—, bárbaros sin tradición aristocrática, y divertirles fastuosamente a expensas del gobierno con lo que sale de los bolsillos de los pobres trabajadores.

Pericles se dirigió a la Asamblea:

—Nos hemos reído de esa ciudad-estado de Italia, pequeña pero llena de virtud y ambición. ¿Quién sabe cuál puede ser su futuro? Tal vez no sean hoy más que granjeros, fabricantes de vino y tenderos; quizá mañana, si continúan tan trabajadores y virtuosos, honrando a Dios y a la humanidad, al patriotismo y a la justicia, lleguen a alcanzar también un gran renombre.

Esto hizo reír a los miembros de la Asamblea, los arcontes, los Once y la *ekklesia*.

—Se está volviendo senil —decían entre ellos—. Los valores que tanto exalta no son sino esas pequeñeces de la clase media. Al parecer ignora que el mundo se ha vuelto ahora sofisticado, y que la mayoría de nosotros hemos descartado lo que él llama virtudes por considerarlos como prejuicios de nuestros padres humildes, carentes de ventajas y de cultura.

Con una tolerancia soberbia consintieron en tratar con cierta deferencia a los

bárbaros romanos, pues, ¿no eran ellos mismos educados e indulgentes? Como hombres cultos no se rebajarían a insultar ni siquiera a unos salvajes extranjeros que deseaban imitarles.

—Hemos oído decir que son un pueblo de tenderos —comentó uno de ellos a Pericles, el cual contestó:

—Los tenderos son estimables. No menospreciamos a los hombres que trabajan. —Y añadió—: Nosotros los atenienses hemos llegado a despreciar el trabajo como si fuera algo exclusivo de los esclavos, pero yo os digo que las manos blancas y delicadas jamás construyeron ni conservaron una nación. El trabajo es la piedra angular de la grandeza, y el que lo niegue no es digno del pan que se come.

Recibió y saludó personalmente a los romanos en el puerto, vestido con las ropas de ceremonia y con una guardia de honor encabezada por su lugarteniente de confianza. Cuando los tres romanos bajaron del barco sonaron los tambores y trompetas y saludaron las banderas. Pericles se adelantó e inclinándose estrechó solemnemente la mano a cada romano. Sus ojos perceptivos los examinaron y experimentó un cálido impulso de aprobación. Eran hombres bajos pero fuertes, no gruesos sino musculosos, de unos cuarenta años, de rostros graves y dignos, nariz grande, ojos oscuros y labios gruesos, y sus manos estaban callosas y familiarizadas con el trabajo. Llevaban el cabello severamente cortado; también eran cortas sus túnicas y no llevaban joyas. Parecían granjeros, pues sus rostros estaban curtidos por el sol y sus hombros eran amplios y fuertes. Calzaban botas sencillas de piel groseramente fabricadas, pero sólidas. Pericles advirtió una inteligencia indudable en su mirada, si bien aquella expresión sincera carecía del humor sutil de los atenienses. Portaba cada uno un cofre pequeño, y no traían servidores. Caminaban reposadamente, como camina el hombre que ha trabajado la tierra y sudado en ella, dirigido el arado y construido casas. Eran hombres que tenían un propósito definido, y Pericles confió inmediatamente en ellos. Se veía que eran campesinos.

Los llevó a su casa en un carruaje con toldo tirado por cuatro magníficos caballos árabes blancos, brillantes, con arneses de plata. Ellos lo observaban todo con ojos graves y alerta y no disimularon su admiración cuando el coche pasó ante las casas hermosas y los grandiosos edificios del gobierno. Al mirar la Acrópolis y el Partenón, no terminado todavía —y que relucía como plata dorada al sol de la mañana—, retuvieron el aliento llevados de un temor y admiración reverentes. Su conocimiento del griego era bastante limitado, y sus voces, altas en exceso, como las de los hombres acostumbrados a llamar al ganado. Poseían esa dignidad genuina de los hombres sencillos que se estiman sin vanidad, y se honran a sí mismos y a su país. Pericles sintió crecer su afecto por ellos. Les señalaba los lugares de interés histórico. Al principio se habían sentido un poco intimidados por él, como hombre superior, pero luego los modales de Pericles, su amabilidad y el patente respeto que les demostraba por ser como eran, los tranquilizó y hablaron con él con espíritu de igualdad, como miembros del gobierno. No eran ignorantes. Con frases lentas

mencionaron la historia de Atenas, y estaban asimismo familiarizados con las civilizaciones de Egipto y otras naciones orientales.

En resumen, eran hombres como los que tiempo atrás vivieron en Grecia, orgullosos y sensatos.

«¡Ah! —pensó Pericles—, su tribu desaparecerá como desapareció nuestra tribu de granjeros, y los hijos de sus hijos deshonrarán su memoria y les llamarán paletos».

Sabían mucho acerca de Esparta y preguntaron a Pericles, que sonrió:

—Esta es una ocasión memorable y llena de buenos auspicios para mí —dijo—. Os ruego que no la estropeéis.

Todos se rieron con una risa honrada y prudente.

—Nosotros los romanos también tenemos problemas con otras ciudades-estado de Italia —respondieron—. Deseamos vivir y florecer en la paz y el comercio, pero otros nos lo impiden.

—Es el estilo de todos los hombres —dijo Pericles sin originalidad alguna. Le hablaron ellos de Cincinato, el Padre de su país, que había dejado sus rebaños y campos para ir a defender a Roma y darle un gobierno que todos pudieran reverenciar y respetar. Llegó polvoriento de sus praderas y recorrió descalzo nuestras calles, con la noble cabeza muy alta, briznas de paja en su barba y con el paso del hombre firme y constante en sus principios. Cuando habló fue como si resonara una trompeta, ya que era un hombre sincero. Incluso los malvados quedaron silenciados ante el sonido de aquella voz, la voz del fervor y la convicción patrióticos. Honró a los dioses con devoción, como debe hacerlo un hombre íntegro. Pues ¿quién podrá destruir a una nación, si Dios está con ella?

Pericles estuvo a punto de responder con una agudeza que se calló por piedad.

—Nosotros somos un pueblo tribal —dijo uno con orgullo.

—Así fuimos nosotros en otros tiempos —contestó Pericles—. Ahora somos sofisticados y urbanos. Cada hombre se cree filósofo en Atenas.

Detectaron cierto cinismo en su voz y se quedaron un poco preocupados. Pero de nuevo su sonrisa les tranquilizó. Le veían hermoso como un dios, y su amabilidad evocaba una respuesta de fraternidad en sus corazones de campesinos. Sentían simpatía por él, aunque ignoraran del todo la razón. Empezaron a hablarle de sus hijos, de sus padres, a los que reverenciaban, e incluso de sus esposas, de las que Pericles sospechó serían tan frugales, tan sencillas y vigorosas como ellos mismos. Pensó en su padre, Jantipo, tan elegante, y en su madre, Agarista, que habría desdeñado a estos hombres al menos cuando era muy joven.

Los romanos le preguntaron con interés auténtico por su familia y Pericles les habló de sus hijos.

—El último lleva mi nombre y es un niño todavía —dijo.

Ahora se sintió preocupado. No podía hablarles de Aspasia como su amante, ni de la ilegitimidad del niño, pues tal vez eso les escandalizara. Se maldijo por no haber pensado antes en esta emergencia pues sabía que, aunque los romanos respetaban y

amaban a sus esposas, las mantenían recluidas, y a las amantes ocultas. ¿Cómo les explicaría la presencia de Aspasia? No sería posible mantenerlos en la ignorancia por mucho tiempo ya que, aparte de él, también hablarían con otros en el gobierno. Por tanto, dijo:

—Tengo una esposa encantadora y de gran inteligencia, pero los atenienses no la consideran mi esposa legítima ya que es una extranjera, de Mileto.

Se sintió a la vez complacido y sorprendido cuando ellos rieron con franqueza y hablaron de las sabinas, raptadas por sus padres y llevadas a Roma para hacerlas sus esposas.

—Hasta hoy —dijeron— muchos romanos se niegan a reconocer que los descendientes de las sabinas sean sus iguales. ¿No son idiotas los hombres?

—Con toda seguridad —repuso Pericles.

Estaba muy aliviado. Pero ¿qué opinarían estos romanos de Aspasia cuando ella se reuniera con los hombres en la cena? Como las atenienses, las romanas sólo comían con sus maridos cuando estaban a solas. ¿Qué explicación darles de una hetaira, ya que otros seguramente les hablarían de las cortesanas hermosas e instruidas? También se enterarían de que Aspasia había pertenecido a esa clase. Dijo:

—Mi amada esposa ha sido dotada de inteligencia y por eso se la educó de modo excelente. En consecuencia, muchos sospechan que es una mujer inmoral.

Un romano vaciló; luego dijo con franqueza:

—Tengo cuatro hijos en los que se regocija mi corazón, pero también tengo una hija que es mi preferida. Mis hijos son soldados, y valientes, pero su inteligencia no es notable. Mi hija sin embargo tiene el ingenio de un hombre, y ahora le he buscado un tutor, si bien mi esposa lo desaprueba, ya que es una romana «antigua». Mi hija Calabria jura que no se casará con nadie a no ser que ella misma elija marido, y aunque esto es reprehensible en una chiquilla —y sonrió con orgullo— estoy de acuerdo con ella, pues yo vi a su madre en el mercado y me enamoré inmediatamente y le pedí su consentimiento, después de que sus padres hubieran dado su aprobación con entusiasmo. Si mi esposa me hubiese rechazado yo no habría insistido, a pesar de mi amor por ella, que tiene un rostro hermosísimo. Pero Venus fue amable y su hijo Cupido había clavado ya su flecha en el alma de mi esposa.

Pericles sabía que los romanos habían cambiado los nombres de los dioses griegos y comprendió que su invitado hablaba de Afrodita y Eros. Por eso dijo, como anfitrión:

—Tu esposa es muy afortunada y tu hija debe ser una auténtica Minerva.

El rostro del campesino enrojeció de satisfacción, pero dijo algo tímidamente:

—Sólo es una niña.

Ahora bien, ¿qué pensarían estos hombres cuando Aspasia los recibiera en el atrio? ¿La considerarían una mujer descarada y de ideas avanzadas a la que ningún hombre podía respetar? Al acercarse a la Acrópolis los romanos lanzaron exclamaciones a la vista de la Atenea Pártenos de Fidias, que brillaba con fuego de

oro y con augusta majestad bajo el sol. El asombro y la reverencia los dominó de nuevo.

—Minerva, la patrona de nuestra ciudad —les dijo Pericles. Y ellos asintieron solemnemente.

La guardia de honor a caballo rodeaba a paso ligero el carruaje y la muchedumbre se detenía para contemplar el grupo y muchos saludaban a Pericles con voces alegres, si bien otros se mostraban graves, silenciosos y hoscos. Esto sorprendió a los romanos, ya que estaban acostumbrados al respeto debido al jefe del gobierno. Aperciéndose de ello Pericles dijo:

—Nosotros los atenienses somos muy libres y, en consecuencia, nos mostramos a veces insultantes con el jefe de estado, al menos de palabra; pero eso no nos turba. Lo aceptamos como una prueba de libertad.

Sin embargo era notorio que los romanos lo desaprobaban. Había que honrar a aquel a quien todos habían votado para el cargo supremo, y sólo una conducta vergonzosa podía privarle de tal honor.

—La libertad —dijo uno de ellos con cierta severidad— no es libertinaje. Si un ciudadano no respeta a su gobierno por el que han votado sus amigos, aunque él no lo hiciera, ¿a quién respetará?

Como la actitud de Pericles hacia el gobierno, y especialmente el suyo, era paradójica, se limitó a asentir. La complejidad de sus ideas no sería comprendida por aquellos hombres tan rectos. «Pero ¡ay! —pensó—, los hijos de sus hijos tendrán otras opiniones. Es inevitable».

Cuando llegaron a su casa, que los romanos consideraron un palacio soberbio, tal vez demasiado opulento para su gusto —a juzgar por su expresión—, Pericles se alegró al ver que Aspasia no estaba en el atrio, sino sólo el vigilante del mismo y los mejores esclavos, todos vestidos de modo exquisito. «¡Ah!, no he sabido apreciar plenamente su discreción y sabiduría», pensó con ternura. La casa había sido adornada con guirnaldas de laurel y coronas de flores en honor de los invitados, y en ella resonaba una suave música y unas canciones, que entonaba un grupo de esclavas ocultas a la vista. De nuevo resultó evidente que los romanos consideraban todo esto algo decadente, y Pericles sonrió para sí. El vigilante condujo a los romanos a las cámaras que les estaban destinadas, y Pericles se preguntó qué pensarían de los cobertores de seda y las delicadas estatuas de alabastro, lámparas de cristal egipcio, mosaicos maravillosos y alfombras persas, por no mencionar los perfumes exóticos y los muros pintados con ninfas y sátiros en posturas algo licenciosas. En el muro de una cámara se veía a Afrodita y Adonis unidos en gozo voluptuoso, ambos desnudos, y Pericles se dirigió riendo a sus propias habitaciones lamentando no poder oír sus comentarios escandalizados.

Cuando volvieron a reunirse con él, apenas pudo sofocar su hilaridad, pues sus rostros patentizaban el embarazo que sentían. Pero eran hombres corteses, aunque no hubieran aprendido buenos modales, y le agradecieron su hospitalidad, si bien al

principio su voz era tensa y evitaban mirarse unos a otros. Pericles no los despreció como ingenuas gentes del campo, pues eso habían sido sus propios antepasados y en un tiempo menos corrompido que el actual. Se dijo que, ni estando borracho, debía contarles los chistes lascivos de la ciudad, sino impresionarles como hombre grave, de franca sinceridad, ya que eso era lo que esperaban de él.

Les condujo al comedor y ellos observaron con asombro el lujo que había ante sus ojos. Pero apartaron la vista de las pinturas atrevidas de los muros y simulaban que no existían para ellos. Uno tocó furtivamente, con cierta desaprobación apenas reprimida, la rica textura del mantel, otro examinó los cuchillos y cucharas, de un diseño hermosamente trabajado, y el tercero la vajilla de plata. Pero siendo corteses por naturaleza, como la mayoría de los hombres del campo, no cruzaron miradas significativas. Pericles creía oír sus pensamientos: «Esto, desde luego, es un lujo inexcusable que a nosotros, los romanos, nos disgusta. Sin embargo debemos recordar que los griegos no son romanos, y que estos no son ricos. ¡Quieran los dioses que ni siquiera los hijos de nuestros hijos lleguen a ser tan decadentes!». «¡Ah! —se dijo Pericles—, pero sí lo serán, sí lo serán cuando alcancen la riqueza con su trabajo. Mientras tanto, que Dios bendiga vuestra austeridad, pues es como el aire claro y limpio de las montañas que rodean a una ciudad sombría».

Habló uno de ellos sin darse cuenta de que sus palabras reflejaban los pensamientos de Pericles:

—He estado en Egipto; es un país muy depravado, derrochador y... sensual.

Como enrojeciera tras haber pronunciado lo que consideraba una crítica demasiado sincera e imperdonable, Pericles dijo rápidamente:

—Esa es la historia de las naciones cuando se enriquecen y corrompen. Nosotros en Grecia no hemos llegado a esto todavía, pero me temo que así será al fin —y agitó la cabeza tristemente—. Sí, con seguridad que ese es nuestro destino.

Y añadió:

—Cuando una nación es agrícola, y las ciudades pequeñas, todos son virtuosos y ascéticos. Tenemos en Atenas un filósofo, Sócrates, que asegura que la ciudad crea hombres infames, mientras que el campo engendra héroes.

—Hemos oído hablar de vuestro Sócrates —se apresuró a decir uno de los invitados, aliviado al comprobar que Pericles no se había ofendido—. Nos gustaría verle y escucharle, pues indudablemente es un hombre grande y honrado en Atenas.

Pericles hizo una mueca.

—Sócrates es un hombre que vive muy retirado por su propia voluntad y es difícil aproximarse a él —y le parecía oír las carcajadas de Sócrates al decir esto; Sí, se le honra, aunque pocos le comprenden, entre sus estudiantes. Él ha dicho que la vida que no se somete a examen no es digna de vivirse.

Los romanos asintieron.

—Nosotros examinamos nuestra vida y conciencia cada mañana durante las plegarias. ¿No es ese nuestro deber para con Dios y nuestros congéneres?

—Ya lo creo —afirmó Pericles con rostro solemne.

Sintióse complacido al comprobar la sencillez de la comida ordenada por Aspasia, mujer de notable astucia. Las copas estaban adornadas de piedras preciosas, y los romanos, visiblemente encogidos, las manejaban con vacilación. En ellas sirvieron cerveza fresca y otra vez pensó Pericles con gratitud en Aspasia. El vino que siguió habría sido aprobado incluso por la tacaña de Dejanira. Se preguntó de dónde lo habría sacado Aspasia, y apenas lo tocó.

No había platos con salsas de sabores exóticos. El pescado estaba asado de manera sencilla, la carne, estofada; las verduras, muy cargadas de ajo, y había también un plato de judías y cerdo. Pericles lo juzgó execrable y de nuevo se acordó de la frugal Dejanira. Al contrario que él, Aspasia había sabido exactamente lo que apreciarían sus invitados, y Pericles se maravilló al verles disfrutar sinceramente de cuanto les servían. La comida era de su gusto, y les resultaba habitual. De nuevo creyó oír lo que pensaban: «Nuestro anfitrión no es ostentoso ni depravado. La mesa es digna de encomio, aunque no la casa. Además, no es hombre de apetito voraz. Apenas ha comido».

Se alegraron. Miraron a Pericles con afecto. A excepción de su casa, era uno como ellos, asceta y prudente. «Sin duda su esposa —se dijeron—, excesivamente mimada, habrá elegido para adornar la casa todo lo que hemos visto. O tal vez haya aportado al matrimonio una dote considerable y estos objetos licenciosos de la casa de su padre. Tal vez la ama demasiado este elegante y culto jefe de estado y le permite todos sus caprichos femeninos. Es posible que ella sea además muy joven y voluntariosa, y extraordinariamente hermosa. Resulta difícil oponerse y resistirse a una mujer».

Sonrieron prudentemente a Pericles, al que ya miraban como a un hermano, y empezaron a hacerle preguntas.

Pericles llevó a sus amigos romanos al Ágora, donde se reunirían con la Asamblea y los arcontes. Les dijo:

—Habéis hablado de un gobierno perfecto que sirviera a las necesidades y aspiraciones de todos sus ciudadanos. En teoría es posible un gobierno perfecto. Pero no en la realidad. Siempre debemos recordar la naturaleza humana, en absoluto ejemplar.

—Sin embargo, si una nación está fundada sobre una firme Constitución, y tiene a sus líderes unidos a esa Constitución, a la que no se atreven a desobedecer, ¿qué mal puede sobrevenir a una república? —preguntó uno de los romanos.

—Siempre se puede encontrar a algún político que tenga una interpretación personal de cualquier Constitución —dijo Pericles—, dispuesto a servir a sus propios intereses y los de sus amigos, y a lograr todas sus pretensiones.

—No —dijo otro de los romanos— si la Constitución está escrita de tal modo que no resulte equívoca y su lenguaje tan claro que nadie pueda interpretarlo a capricho.

Aunque Pericles tenía sus dudas se recordó a sí mismo que Atenas no tenía una Constitución como la que estos romanos suponían imprescindible para la fundación de una república. Dijo:

—Es posible que la Constitución con que soñáis se pudiera escribir tan firmemente sobre piedra inmortal, que nadie se atreviera a interpretarla a su gusto; es decir, que la ley impusiera castigos severísimos ante cualquier manipulación de la Constitución con objeto de favorecer los propósitos de cualquier hombre o grupo de hombres. Pero supongamos que Roma creara hoy tal Constitución. Quizás en épocas futuras hombres venales utilizarían esa misma Constitución a la luz de sus ambiciones en esa época.

Como los romanos parecieran abrumados continuó:

—Supongamos que ciertos crímenes implican la pena capital según la Constitución que ahora estáis planeando. Y supongamos que futuras generaciones de políticos dicen: «Eso no es exactamente lo que nuestros padres se proponían en este aspecto particular de la ley», o bien: «Realmente se proponían esto y lo otro». ¿Quién podrá refutarles entonces? ¿Quién de vosotros seguirá vivo para insistir en lo que en realidad sí quería decir el antiguo significado? En resumen: que otras épocas distintas darán interpretaciones diferentes para servir a sus propios intereses. Uno de los romanos agitó la cabeza con precisión:

—Eso no sería posible.

Pericles se mostró algo impaciente:

—Digamos que vuestra Constitución ordena la pena de muerte por traición. Bien.

Políticos y jueces del futuro podrían preguntarse: «Pero ¿qué entendían nuestros padres por traición? En realidad, ¿qué es traición? Debe definirse según el significado actual del término». Los romanos quedaron silenciosos y pensativos y se olvidaron de mirar el paisaje de Atenas por unos momentos. Luego dijo uno:

—Comprendo claramente la importancia de tu argumentación. Otras épocas, otras interpretaciones.

—Exactamente —afirmó Pericles—. El patriotismo de hoy puede considerarse traición mañana si así conviene a cualquier juez o político. Y lo mismo podría decirse de cualquier estatuto que definierais hoy, por explícitos que fueran los términos. Supongamos que un futuro jefe de estado romano es un hombre ambicioso, embustero y traidor. Sólo puede llegar a ser todopoderoso traicionando a su país. Bien podría decir a su pueblo: «Amo a mi país y, en nombre de ese amor, propongo tales y tales enmiendas a la Constitución, las cuales habrían aprobado nuestros padres a la luz de las necesidades actuales y de las circunstancias que han cambiado hoy en día. Porque, en realidad, la Constitución de nuestros padres quiere decir esto y esto». Os aseguro, señores, que ese nombre contará con un grupo de traidores como él que le apoyarán y ayudarán a confundir a los ciudadanos. Entonces, si algún patriota se le opone, ¿será el mismo traidor el que le acuse de traición! ¡Y podéis estar seguros de que el desgraciado patriota sufrirá el castigo por el supuesto crimen!

Los romanos se sintieron vencidos por la depresión. Pericles se compadeció de ellos y dijo:

—Pero debéis recordar que Atenas no es una república, con una Constitución inmutable, como Solón deseaba. Es una democracia, y las democracias pueden ser manipuladas a voluntad por cualquier demagogo, traidor o ambicioso. Las democracias llevan en sí mismas la semilla de su propia muerte; no están gobernadas por hombres juiciosos y virtuosos sino por la plebe, que no es juiciosa ni virtuosa y a la que sólo inspira su propio vientre, su lujuria y su ambición.

—¿Quieres decir acaso que la democracia es un caos, Pericles?

—Exactamente —contestó—. Por eso no pueden sobrevivir demasiado tiempo.

Uno de los romanos miró en torno suyo y alzó la vista a la Acrópolis.

—Pero observa lo que ha creado tu propia democracia aquí, en Atenas, donde vive la libertad, la veneración por la belleza y la ley entre los hombres comunes.

Pericles ya no pudo reprimir su amargura.

—La democracia, como tal, no creó esta belleza, ni venera la ley en absoluto. La belleza y la ley surgen de las almas de unos pocos en cualquier nación del mundo. Son como visitas de Dios a través de aquellos que Él ha elegido.

—Sin embargo esto es cierto —dijo un romano—. La belleza y la ley no podrían florecer en un ambiente hostil. Luego no es hostil el clima de Atenas.

«¡Mi querido e inocente amigo! —pensó Pericles—. Tu silogismo no es apto, ni válido, ni cierto. Con mucha frecuencia esa belleza y ley que tanto alabas sobreviven no a causa de, sino a despecho de los gobiernos y la plebe. Y suelen verse pisoteadas

y despreciadas. Que perduren, no se debe a la bondad de la naturaleza humana — pues esa bondad es muy dudosa— sino a los designios inmortales de la Divinidad». Dijo entonces:

—Sólo en una república, o en una monarquía constitucional, pueden expandirse la belleza y la ley, y seguir existiendo y gozando del respeto de todos.

Se rió un poco recordando el consejo de Aspasia. Y añadió:

—En vuestra Constitución debéis exigir el castigo máximo para cualquiera que altere siquiera una letra, por mucho que alardee de amor al país o hable de «los cambios impuestos por la época».

—Eso haremos —dijo uno de los invitados con voz fuerte y decidida—. Como vuestro Solón dijo, debe lograrse el gobierno de la ley, y no el gobierno de los hombres, con sus caprichos y exigencias.

Pericles, por consejo de Aspasia, había escrito un mensaje al arconte rey. Empezaba a creer, aunque aún tenía sus dudas, que el viejo era su amigo. El mensaje decía:

«Nuestros amigos de Roma se sienten deseosos de conocer nuestro gobierno. Reverencian las leyes de Solón (aunque, por desgracia, nosotros no las obedecemos). Creen equivocadamente que aquí tenemos un gobierno perfecto, basado en las leyes de Solón. Por tanto las aspiraciones que tienen para su gobierno son muy elevadas, y sueñan con una república excelente. Sería cruel en extremo desilusionarlos mientras aún están en Atenas. Si conseguimos engañarles lo suficiente volverán a Roma y fundarán una república digna del honor de unos hombres honrados. El más viejo es un tal Diodoro, miembro del Senado Romano. Todos son hombres de principios y convicciones, y extraordinariamente probos. El senador Diodoro ha expresado el deseo de dirigirse a nuestro gobierno en una sesión solemne. Ruego a los dioses que la Asamblea se muestre digna y controle cualquier asomo de burla ante estos hombres sencillos pero dignos, y que conteste a sus preguntas con la debida sobriedad, recordando siempre que son nuestros invitados».

Desde luego, se dijo, esto es lo que suplico en mis oraciones.

Los romanos se sentían intrigados por el Ágora, aunque la encontraban algo ruidosa y turbulenta. Evidentemente estaban acostumbrados a un ambiente más decoroso para el comercio, las tiendas, el mercado y los despachos. Al advertirlo Pericles dijo:

—Los atenienses, como ya os lo he explicado, somos gentes vivaces, rápidas y vehementes. Si creéis verlos discutir sólo es su modo de llevar a cabo los negocios y dirigir las transacciones.

El senador romano dijo, lanzándole una mirada de admiración:

—No te sucede lo mismo a ti, Pericles. Ni Júpiter podría ser más grave y serio. Pericles pensó en Zeus, a quien los romanos habían denominado Jove, o Júpiter. Le divirtió el hecho de que ellos, al adoptar los dioses griegos, no hubiesen perdonado ni los aspectos más libertinos de Zeus en lo referente a la seducción de las doncellas. ¿O

era posible que aquellos hombres virtuosos apartaran los ojos de tales implicaciones, prefiriendo ver al padre de los dioses y hombres tan puro como las nieves de Macedonia? «Eso —se dijo Pericles—, supondría una vida muy aburrida en el Olimpo. La virtud, como la verdad, debía tener unos límites discretos. Estos buenazos me hacen sentir un auténtico réprobo sensual. ¡Ojalá vuelvan a Roma con sus ilusiones intactas!».

El arconte rey, los arcontes inferiores, la Asamblea y la *ekklesia* se reunieron con Pericles y los romanos con toda ceremonia y compostura. Intercambiaron gran profusión de cumplidos. En una ocasión los ojos de Pericles se cruzaron con los del arconte rey, que raras veces sonreía. Pero ahora había un brillo en sus ojos que le satisfizo enormemente, si bien confiaba en que los romanos no lo hubieran advertido.

Deseó ahora que Aspasia se hubiera encargado de preparar el banquete que se dispuso ante los romanos. Estos quedaron atónitos y desconcertados por los espléndidos platos que se sirvieron, la profusión de vinos diferentes, el aguardiente sirio, las copas de cristal egipcio brillantes de gemas incrustadas. Lo observaban todo y estudiaban las túnicas y togas lujosas de los griegos, sus brazaletes, anillos y collares. Algunos llevaban un solo pendiente de oro con piedras brillantes, al modo egipcio. Muchos iban perfumados. Los romanos no sabían francamente qué hacer con los cuencos de plata en los que flotaban pétalos de flores y que ponían ante ellos para que se lavaran las puntas de los dedos. Observaron la costumbre y la imitaron, pero se miraron desconcertados. Las muchachas que cantaban, vestidas de modo indecoroso, tocaban flautas y liras y sonreían abiertamente a cualquier hombre que las mirara. Pericles vio el gesto de repudia de los romanos. El arconte rey le dijo:

—Todo esto no ha sido cosa mía. Nuestros amigos desean impresionar a los romanos, a los que consideran simples patanes.

—Me temo —dijo Pericles— que estos hombres nos consideren decadentes.

—Y, en cierta medida, ¿no lo somos? —preguntó el viejo, a lo que Pericles nada pudo contestar. El arconte rey continuó—: Tal vez hubiera sido mejor que visitaran Esparta en vez de Atenas. Los romanos, muy prudentes, apenas comieron de aquellos manjares magníficos y todavía bebieron menos vino, y nada de aguardiente. Sus vecinos conversaban con ellos con frases corteses y les hacían numerosas preguntas sobre Roma, asintiendo ante sus respuestas. Los romanos se relajaron un poco en aquel ambiente y hablaron de la industriosa Roma y de la nobleza del trabajo y el comercio. Sentíanse orgullosos de sus ingenieros, de los nuevos acueductos, de los arcos que habían perfeccionado. En ningún momento mencionaron la música, las estatuas, la poesía o la filosofía. Los atenienses miraban sus manos callosas, las uñas gastadas por el trabajo productivo, y alzaban las cejas. Para el ateniense el trabajo manual era cosa de esclavos y no de hombres libres que preferían hablar de política, teorías y filosofías, el teatro y las Olimpíadas. Pero para los romanos los deportes no era una empresa estética durante la cual se admiraba la belleza, precisión, perfección y destreza. Consideraban los deportes como un espectáculo sano en el que los más

fuertes eran los que ganaban, no los más artísticos y dotados. Lo que aún resultaba peor para los atenienses era la costumbre romana de admirar a los gladiadores sanguinarios.

Pericles se sintió aliviado al llegar el momento en que el senador Diodoro se iba a dirigir a la Asamblea. Se levantó con sus ropas humildes y miró serenamente alrededor. Los atenienses se habían animado con el vino pero, al ver el rostro templado del senador, cayeron en un razonable silencio.

Este habló sin grandilocuencia.

—Nosotros los romanos —dijo— hemos fundado una república de acuerdo con lo que sabíamos de vuestro Solón. Nuestros conocimientos eran limitados hasta que llegamos a vuestra gloriosa ciudad —y miró amablemente a Pericles, quien inclinó la cabeza en respuesta desde su asiento—. Estos conocimientos han aumentado de modo considerable, y nos sentimos llenos de admiración y respeto.

»Nuestra Constitución aún no está terminada, pero hemos establecido un sistema de comprobaciones constantes. Queremos difundir y repartir el poder de tal modo que ningún grupo de romanos llegue a asumir la tiranía sobre otros. Lo diré más claro: nos proponemos proteger a todos los romanos contra su gobierno estableciendo en este agentes que vigilen con diligencia a cada hombre, de modo que ningún grupo llegue a ser demasiado poderoso.

Los atenienses cruzaron miradas burlonas, si bien con prudencia, como hacen los adultos cuando habla un niño inmaduro, pero advirtieron que el arconte rey los miraba con firme desaprobación.

—En esa Constitución que estamos a punto de completar se dará gran importancia a la unidad y santidad de la vida familiar, el patriotismo, la educación de nuestros hijos en el respeto a sus padres, la inviolabilidad de la palabra de honor de un hombre, el dominio propio en todas las circunstancias y, sobre todo, las profundas relaciones entre el hombre y Dios.

»Nosotros los romanos creemos que el hombre que trabaja es el fundamento de toda sociedad justa, y con la palabra trabajo queremos decir toda empresa en la que un hombre utiliza el cerebro y las manos y respeta la tierra de la que hemos surgido. En ningún momento se permitirá que nadie oprima a su vecino, le explote, le difame o le rebaje. Siempre lucharemos por la grandeza y la justicia en nuestra vida pública y privada; no la grandeza de los bienes materiales, sino la grandeza de las virtudes familiares. Pues el que es un hombre bueno, por humilde que sea, merece más honra que un rey.

»Sabemos que todos los hombres nacen libres, y que el gobierno tiene el deber sagrado de proteger esa libertad ante el rostro de Dios. Ese es el deber supremo del gobierno. Cuando se desprecia o se olvida ese deber todo lo demás se pierde, pues nada puede florecer en ausencia de la libertad. A nuestros tribunales podrá apelar cualquier ciudadano que vea amenazado alguno de sus derechos. Enseñaremos a nuestro pueblo que el dominio propio y el sacrificio personal son el distintivo de un

hombre digno que reverencia a su Dios, su país y su humanidad, y que el que no los posea no es hombre en absoluto.

»Tenemos en gran estima a la industria y el comercio honrados. Lucharemos por vivir en paz con nuestros vecinos y no en guerra contra ellos, a menos que seamos atacados. No tendremos alianzas extranjeras que puedan llevar a guerras, disensiones y también a la bancarrota. Trataremos a otros estados con respeto, pero evitaremos vernos involucrados en sus asuntos. No permitiremos que ningún político ni hombre sin escrúpulos robe a una parte de nuestro pueblo en beneficio de otra, apoderándose de las propiedades que han ganado con su esfuerzo y entregándolas a otros menos prudentes e industriosos. Si un hombre no quiere trabajar, entonces debe morir de hambre, y a ningún político se le permitirá que alivie su miseria a expensas de los demás. Pues nosotros afirmamos que lo que un hombre gana con su propio trabajo sólo le pertenece a él, y por eso no se le quitará jamás. No pertenece al gobierno, no pertenece a su vecino. Los derechos de propiedad serán protegidos en todo caso. Si el gobierno tiene necesidad de utilizar la tierra de un hombre para la construcción de acueductos u otros servicios públicos, entonces debe pagársela. Si ni siquiera entonces lo acepta, podrá llevar su caso ante los tribunales.

»Recordando que unos tributos abusivos llevaron a la ruina a otras naciones antiguas, sólo impondremos impuestos a nuestro pueblo en tanto en cuanto sea necesario para nuestro sostenimiento militar, para la custodia de nuestra ciudad mediante un cuerpo de policía, para purificar el agua y mantener limpias las calles, para el pago de los tribunales, la sanidad pública, la construcción de edificios sólidos y la lucha contra los incendios. Los estipendios para los que trabajen al servicio del estado siempre serán modestos; el honor es casi suficiente».

Miró ansiosamente a su público. La mayoría estudiaba con atención sus manos enjoradas.

—La riqueza —continuó— no es de despreciar si se adquiere con el trabajo y una inteligencia superior. Pero el hombre que se hace rico mediante latrocinios y malversaciones en el cargo, o con negocios solapados, debe ser tratado con desprecio. Es una vergüenza para su nación.

»En conclusión, por tanto, construiremos un estado basado en las leyes de vuestro Solón, y la Constitución que él deseaba será la nuestra. Enseñaremos a nuestros hijos la frugalidad, el ahorro y el respeto al prójimo, así como el precepto de que la ley y el orden han de reinar para que no perezcamos todos en una orgía de crímenes, pues de otro modo se apoderarían de nosotros los políticos venales.

Se sentó después de hacer una reverencia a su público. Todos miraron al arconte rey como si aguardaran una señal. Los que se hallaban a su lado vieron lágrimas en sus ojos de anciano. Alzó las manos y aplaudió, y el público, aun a pesar suyo y con cierto aire de burla, se unió al aplauso.

Luego se volvió a los romanos y dijo:

—Que vuestra ciudad florezca con la ayuda de Dios, que los hijos de vuestros

hijos os recuerden con piedad, gratitud y honor, y que jamás olviden lo que vais a escribir en vuestras Doce Tablas de la Ley. Profetizo que vuestra república llegará a asombrar al mundo. Siempre que vuestro pueblo se adhiera a esas Tablas y no permita que el polvo cubra vuestros templos y que hombres malvados asciendan al poder, y que el justo se convierta en esclavo del ambicioso, la nación no decaerá.

Se volvió a Pericles, que se levantó, se inclinó ante los romanos y dijo con una voz que nadie le había oído jamás, tan conmovida era:

—Id con Dios.

Cuando los romanos habían partido ya de Atenas cargados de regalos, Pericles dijo a Aspasia:

—No. No les presenté a nuestros filósofos, ni siquiera a Anaxágoras, a quien habrían admirado por su misma presencia, aparte de por sus teorías. Ni a Sócrates tampoco. Pero Fidias los visitó y les acompañó por la Acrópolis, que les dejó mudos por algún tiempo. Amada mía, les aparté de nuestros filósofos, que sólo piensan y enseñan cosas estimables sin duda, pero no de la clase que apreciarían nuestros amigos romanos que reverencian el trabajo casi tanto como a sus dioses, y sospechan de las teorías y las ideas abstractas. No sé si llegarán a producir artistas en el futuro. Pero son hombres de un carácter distinto del nuestro. ¿Quién sabe? Tal vez lleguen a convertirse en los dueños del mundo, lo que beneficiaría a la mayoría de nosotros... si cumplen su Constitución.

Pericles había dicho a los romanos:

—Me preguntáis por Esparta. Los espartanos dedican su vida a la guerra, los atenienses a la política.

—Pero son un pueblo industrioso —había observado el senador Diodoro.

—También son gentes sin luces, graves, suspicaces y carentes de imaginación. Su gobierno es todopoderoso, una oligarquía, de tal modo que los ciudadanos son virtualmente esclavos, siempre aterrados ante aquellos que les gobiernan con tal hosquedad. Admito que son valientes y patriotas, pero su existencia es monótona: trabajo constante sin la recompensa de diversiones o comodidades. Su mal genio es ya famoso. Las mujeres hacen el trabajo de los hombres, y a los niños no se les permite vivir como tales. Se sienten dominados por la convicción de que el resto de Grecia conspira contra ellos, mientras que son ellos mismos quienes conspiran para dominar nuestro país. Hay una especie de locura en sus almas, una oscuridad del espíritu. Creen que son superiores a todos los demás griegos, y que poseen un temperamento férreo. No tienen humor, y os confieso que me aterran los hombres sin humor. Son peligrosos. Tú has hablado de la libertad como el aliento de la vida. Los espartanos no consideran la libertad deseable para sus ciudadanos ni, en realidad, para ningún otro estado. Si tienen alguna creencia sobre todas las demás es la de que deben obligar al mundo entero a copiar su forma de vivir.

Meditó unos instantes acerca de Esparta y continuó:

—Les temo, no tanto por sus armas sino por su filosofía. Son a la vez salvajes y ahorrativos, y castigan la menor infracción de sus leyes absurdas con toda barbarie. Cada día se hacen más y más agresivos. Han descubierto que quizá conquisten mejor el mundo mediante el comercio, así que ahora dedican todas sus energías, que son muchas, al comercio y la industria. Su mentalidad estrecha no tiene nombre.

—Pero tú dijiste, Pericles, que los espartanos dedican su vida a la guerra.

—Cierto. Pero hay muchos modos de guerrear contra los vecinos que envidian, y no sólo con la fuerza de las armas. Eso aún no lo han aprendido los espartanos. Yo honro el trabajo tanto como vosotros, pero no ese trabajo de zapa dirigido por los espartanos contra nosotros. Hacía años que Pericles sabía que Esparta no era la única en envidiar y resentirse de la supremacía de Atenas. Corinto y Megara, miembros de la Confederación del Peloponeso, convencidas de que Atenas se proponía borrarlas del mar, escucharon la propaganda espartana acerca de la avaricia de la afeminada Atenas. Esparta no deseaba en realidad enfrentarse en una guerra con Atenas en aquella época en particular, pero arrastró a sus aliados a ese propósito prefiriendo recoger los despojos del conflicto y conservar su prosperidad creciente, manteniendo

seguros a sus hombres y a su ciudad. Sabiendo eso, Pericles dijo en una ocasión:

—Me recuerda la antigua fábula de un perro que tenía un amo muy severo, el cual le negaba la entrada en los corrales donde guardaba unos conejos muy gordos. Por otra parte, los lobos del bosque le negaban al perro el dominio de sus terrenos de caza. Así que el perro lo pensó bien, fue a su amo y le dijo: «Señor, anoche hubo luna llena y estuve escuchando a los lobos que son los dueños del bosque y les oí conspirar contra ti. Cuando estés trabajando en los campos se proponen atacarte y matarte, apoderándose así de tus propiedades». Luego se fue a los lobos con aire humilde y adulator y dijo a su líder: «Señor, yo soy de tu especie, aunque viva en la casa de un hombre, y le he oído conspirar con su esposa. Cuando la luna se oculte se propone invadir tus dominios con flechas y espadas y mataros a todos, apoderándose así de vuestro bosque». De modo que el hombre tomó las armas para acabar con los lobos y estos se reunieron para despacharle; murió el hombre, y el rey de los lobos también, y los otros huyeron. Entonces el perro devoró a los conejos gordos, se apoderó de las tierras de su amo e hizo huir a la esposa. Ese perro es Esparta.

Por supuesto, los espartanos se enteraron de esto y su gobierno oligárquico se enfureció. Todavía se enorgullecían de la derrota de Atenas a manos de Esparta y sus aliados en Tanagra, cuando Pericles era aún un muchacho. La oligarquía, aquel grupo opresivo de hombres que gobernaban Esparta, empezó a dirigirse a su pueblo en discursos inflamatorios e incluso los jóvenes que aún no habían nacido en la época de Tanagra, o fueran niños muy pequeños entonces, empezaron a arder de furia contra Atenas, aunque también fuera miembro de la Confederación del Peloponeso. La oligarquía había denunciado al joven Pericles de ambicionar el imperio sobre todos los miembros de la Confederación, y había declarado que era un tirano sanguinario, vano y ambicioso. No sólo el espartano medio creía todo esto sin la menor duda, sino que las demás ciudades-estado llegaron a creerlo también llevadas de su envidia.

—Si nosotros —decían los espartanos a sus aliados— derrotamos antes a Atenas, podemos hacerlo de nuevo y cortar de raíz, de una vez por todas, sus aspiraciones osadas.

Así se inició la triste secuela de unas guerras esporádicas y desesperadas de los miembros de la Confederación contra Atenas, que supusieron una pesadilla para Pericles durante muchos años. Esparta se había limitado a unas breves invasiones anuales, a la vez que seguía incitando a sus aliados contra ella. Corinto y Megara fueron derrotadas y aniquiladas. Al fin se retiró Atenas de la Confederación. Mientras tanto, Esparta, que había sufrido poco durante esos largos años, soñaba con barrer a Atenas del mar, que era su dominio, pero no mediante la guerra sino apoderándose del predominio ateniense en el comercio y la industria.

Con este fin apeló a las energías de todos sus hombres, exigiéndoles sacrificios constantes. Trabajos interminables, el más duro entrenamiento físico y la negativa total de sí mismos. Hacía algunas generaciones que se la había reconocido como el líder de la Hélade debido a su superioridad militar sobre los demás estados y el

heroico valor de sus soldados. El pueblo espartano jamás había conocido la libertad en el sentido que Solón se propusiera para Atenas. En una época la oligarquía había prohibido a los espartanos la posesión de oro y plata, y les había quitado sus utensilios de hierro. Como era de esperar, la riqueza quedó en manos de unos cuantos y la propuesta igualdad de propiedades resultó un fracaso. Los oligarcas se habían visto derrotados por la naturaleza humana y se habían convertido así en la risa de Atenas. Zenón de Elea, que instruía al joven Pericles, había llamado la atención de su alumno hacia esos sucesos diciendo con énfasis:

—Esta debía ser una lección para los gobiernos, pero jamás aprenden nada, ni recuerdan nada. No se puede igualar a los hombres a menos que se corten las cabezas más altas y se estire en el potro a los de estatura mental inferior. Ambos esfuerzos son fatales.

Pero los últimos oligarcas recordaban con anhelo los viejos tiempos en los que existía la prohibición de poseer y dejar en herencia la tierra, y cuando los ilotas trabajaban la tierra en favor de unos cuantos selectos y poderosos espartanos. Sin embargo, lamentaban el hecho de que muchos ciudadanos poseían ahora metales preciosos. Como los miembros de la oligarquía eran humanos también, no tenían el menor empacho en adquirir fortunas personales, si bien deseaban que nadie más las poseyera.

—¿Somos acaso una nación —decían— que adora como los atenienses a los bancos y la acumulación de las riquezas, como asimismo los persas, por no mencionar a los egipcios, que cubren de oro a sus muertos? Nosotros somos un pueblo firme y honesto. Creemos en la igualdad de los hombres, mientras sean sanos de cuerpo y mente. ¿Por qué ha de aspirar un hombre a alzarse sobre sus congéneres y obtener mayores recompensas? Es una injusticia pecaminosa.

Al oír esto, Pericles, más viejo ahora, recordaba lo que Zenón le enseñara: que los hombres nacen distintos por naturaleza, aunque debieran ser iguales ante el gobierno, de modo que a ningún hombre se castigara por el hecho de ser pobre y ninguno, por rico que fuese, escapara al castigo de la ley. No debía privarse de las oportunidades a los seres superiores de alma y carácter, ni concederse falsas oportunidades a los inferiores, que preferían vivir sin responsabilidades.

Los espartanos dirigían ahora todos sus ataques contra Pericles, mucho más poderoso que cuando llamara la atención de Esparta por primera vez, y que había hecho de Atenas la suprema potencia marítima. Se burlaban de sus deseos de convertirla también en el imperio de la mente con ayuda de sus artistas, escultores, arquitectos y filósofos.

—¿No se ha dicho —preguntaban— que aquel a quien los dioses desean destruir primero lo vuelven loco? Pericles es un loco, un dictador y un tirano.

Así que ahora estaban obsesionados, con esa resolución de los tercios y mezquinos, en el empeño de acabar con el poder marítimo de Atenas. El trabajo, en tiempos realizado sólo por los ilotas, se convirtió en el deber de todos los hombres...

excepto, naturalmente, la oligarquía y unos cuantos aristócratas.

Esa era en estos momentos la preocupación principal de Pericles, harto de las guerras constantes, pequeñas pero costosas y extenuantes. Sabía que, entre sus propios atenienses, había hombres ricos y poderosos que enviaban emisarios o espías a Esparta sólo por odio hacia él. Sabía que incitaban en secreto a la plebe en contra suya, a fin de asumir la autoridad tras la destrucción de Pericles. La palabra «derrocamiento» estaba siempre en sus labios cuando se reunían en secreto. Sólo la maldecida clase media, los tenderos, pequeños comerciantes y hombres industriales, se alzaba en su camino, ya que ellos amaban a Pericles. Este denominaba abiertamente traidores a sus enemigos, que se burlaban de él.

Aspasia le preguntó preocupada:

—¿No habría algún modo de llegar a un acuerdo con Esparta y asegurarle que hay suficiente comercio e industria en el mundo para todas las ciudades?

—No. Esparta jamás ha renunciado a su ambición y propósito de ser todopoderosa en la Hélade, como lo fuera en tiempos gracias al poderío militar. Los sueños adoptan formas diversas, y la guerra es sólo uno de ellos. Ahora es el comercio... el dominio del mundo a través del comercio. Pero todo tiene una misma meta: la conquista.

En ocasiones enviaba a sus propios emisarios de confianza a Esparta para conciliarse con ella y asegurarle que Atenas no tenía designios imperiales sobre su pueblo, y que seguramente los hombres razonables podían llegar a una comprensión amistosa en nombre de la paz. Esparta recibía a esos emisarios con (según palabras de ellos mismos) una cortesía brutal y una rudeza ligeramente controlada. Sus exigencias para llegar a un acuerdo eran absurdas, por lo que Pericles se veía forzado a rehusarlas.

—Continuarán esas guerras constantes aunque pequeñas —decía con una mezcla de ira y desesperación—. Esparta está decidida a sojuzgar a Atenas, como ha dominado por completo a sus aliados. Nuestro erario se halla terriblemente exhausto, y pronto habremos de devaluar la moneda. La devaluación de la moneda señala invariablemente la decadencia de una nación, y por eso Esparta quiere obligarnos a hacerlo.

Aspasia preguntó:

—Entonces, ¿es inevitable la confrontación definitiva con Esparta?

—Eso me temo. Mientras tanto intentaremos evitar esa confrontación durante el mayor tiempo posible. Sólo ruego porque no tenga lugar en mi vida —respondió.

Pero sospechaba que así sería, y con frecuencia recorría su cámara por la noche buscando fútilmente el modo de conciliar lo irreconciliable o de amenazar a Esparta con un desafío exasperado y franco.

Sus amigos le acusaban ahora de «forzar» a Esparta para que atacara, o de incitarla sospechando injustamente de sus motivos, motivos que Esparta proclamaba abierta y constantemente.

—Pericles es sobre todo un militar —decían sus enemigos al pueblo— y ya se sabe que los militares no odian precisamente las guerras, al contrario, las aman en beneficio propio. Sus ambiciones imperiales crecen de hora en hora, y Esparta lo sabe y nos teme. Si peleamos contra ella nos devolverá el golpe con la misma fuerza, y la paz será sólo un recuerdo en este mundo.

Apelaban a la pusilanimidad del populacho, a su egoísmo feroz. La plebe escribía mentiras, amenazas y libelos en los muros de Atenas. Cuándo veían a Pericles en el Ágora guardaban un silencio hosco o le gritaban e insultaban antes de salir huyendo.

Sus enemigos le atacaban una y otra vez a través de Aspasia. Decían que ella era el auténtico poder tras Pericles, que era ella la que insistía en que se atacara y venciera a Esparta, que su escuela era sólo una fachada para la formación de mujeres libres con propósitos inmencionables, que inducía a las jóvenes a realizar actos perversos con el ya maduro Pericles, envejecido ahora, y, lo peor de todo, que era impía. El poeta cómico Hermipo la acusaba públicamente de ello.

—Si yo fuera un tirano, como afirman Esparta y mis enemigos —dijo Pericles a Aspasia— haría que le asesinaran en secreto, o le encarcelaría para siempre.

—No temo a las mentiras —le contestó Aspasia. Él alzó cómicamente las cejas.

—Entonces, amada mía, es que aún eres muy inocente, lo que me asombra sobremanera. Las mentiras son mucho más poderosas que la verdad, y también mucho más peligrosas. Han causado la muerte de más hombres buenos que cualquier verdad justificada. Pues la naturaleza humana es inherentemente malvada y prefiere las mentiras, y le encanta el sufrimiento que ha infligido al justo.

—Entonces —dijo Aspasia— debemos permanecer tan serenos e indiferentes ante la maldad como Anaxágoras, a despecho del sufrimiento que le causa el populacho. —Y añadió turbada por el rostro repentinamente sombrío de Pericles—. Los siglos futuros le honrarán merecidamente como a ti, amado mío.

—Por desgracia —dijo Pericles—, ni Anaxágoras ni yo nos enteraremos de eso.

Anaxágoras estaba ya muy viejo y cansado. El hecho de que le apedrearan la casa tantas veces, y de que la plebe le interrumpiera las clases en su academia y en las columnatas, le había agotado al fin. Su voz ya no tenía fuerza suficiente para alzarse por encima de los gritos de burla y desdén, y la serenidad e indiferencia que tanto admiraban en él sus amigos habían dado paso a una profunda tristeza interior y al deseo de una paz mental y espiritual, por precaria que fuese.

Un día fue a ver a Pericles en su despacho. No había desaparecido en Anaxágoras la dignidad natural que siempre le distinguiera, ni la sinceridad de su mirada y su porte. Pero el cabello y la barba eran muy blancos ahora, sus ojos maravillosos parecían desvaídos y las manos trémulas. Pericles no le había visto en tres semanas, y su aspecto le alarmó hoy, pues creyó ver que el filósofo y científico había envejecido notablemente incluso en tan breve tiempo. Pero el anciano le sonrió con su habitual dulzura al abrazarle. Sin embargo, Pericles observó con temor que había lágrimas en los ojos de su amigo.

Le sirvió vino a Anaxágoras, quien rehusó cualquier otro refrigerio. Tardaba en hablar, daba vueltas a la copa entre sus manos estudiándola con aire ausente. Pericles todavía se sintió más aprensivo.

—¿Traer acaso malas noticias, amigo mío? El otro vaciló, y al verlo, insistió Pericles:

—No vaciles en decírmelo. Ya no miro el nuevo día con esperanza, sino con aversión. He de armarme a diario con una voluntad deliberada.

Pero tú eres mucho más joven que yo, Pericles.

—Recuerda, sin embargo, que soy un político —intentaba bromear—. Bien, debes decírmelo. Te aseguro que mis enemigos aún no me han castrado, aunque es lo que desean.

Todavía vacilaba Anaxágoras. Luego suspiró:

—Debo irme de Atenas. Pericles le miró atónito:

—¿Vas a huir de tus propios enemigos? Suspiró de nuevo.

—En la vida de todo hombre llega un momento en que está cansado de luchar, de pelear... el momento en que en verdad le parece demasiado duro lo que ha de soportar y se cansa de vivir. Ese momento ha llegado ya para mí.

—¿Estás cansado de vivir?

Anaxágoras alzó los ojos y le miró de lleno.

—Sí. Si no quieres que llegue a la conclusión desesperada de que esta vida no merece vivirse, entonces debo salir de Atenas, sin importar lo mucho que la amo. —Viendo la tristeza de Pericles añadió—: Es la edad, querido amigo. Quiero disfrutar de un poco de paz en mis últimos años.

—Nunca fuiste un cobarde —dijo Pericles confiando en turbar aquella calma y devolverle a Anaxágoras su antiguo espíritu; pero este se limitó a sonreír.

—¿Es cobardía el anhelo de tranquilidad por parte de un viejo? Aun los veteranos se retiran al fin del campo de batalla y el sonido de los tambores ya no enardece su sangre.

Como Pericles no hablara, Anaxágoras extendió la mano y cubrió con ella las del jefe de estado.

—No te apenes por mí —dijo—. Los dioses no han querido dotarnos de una eterna juventud, y el corazón del joven ha de serenarse en los últimos años. ¿Querías que me convirtiera en un cínico y pronunciara palabras amargas? ¿No sería eso peor que... la huida? Cuando ya no esté en Atenas tal vez empiece a creer de nuevo que estoy con Dios, que Su paz está conmigo, y que, con el tiempo, los hombres llegarán a ser verdaderamente humanos.

—No puedo soportar la idea de no volver a verte —dijo Pericles—. Todos tus amigos quedarán abrumados.

—Tú se lo explicarás —dijo Anaxágoras—. También yo tengo un límite de resistencia. Sólo he querido decírtelo a ti porque, si veo a los otros y escucho sus ruegos, quizá se debiliten mis resoluciones y me quede. Al final eso sería un poco

como la muerte para mí. Sería el fin de toda mi esperanza.

—¿Dónde irás? —preguntó Pericles, angustiado ahora. Agitó ligeramente la cabeza.

—No te lo diré, pues tal vez fueras a buscarme, y eso aumentaría mis sufrimientos y el anhelo de volver.

Pericles se frotó los ojos, repentinamente cansado, y la boca y la barbilla.

—Tienes poco dinero, eso lo sé. ¿Me permitirás al menos que te dé una bolsa de talentos como regalo? Quisiera tener ese pequeño gusto.

—Necesito muy poco —dijo Anaxágoras mirándole con compasión—, pero lo acepto si eso te complace de verdad.

Pericles se dirigió a un cofre de hierro en un ángulo del despacho y sacó una pesada bolsa. La puso ante su amigo. Ambos la miraron y un silencio profundo se abrió entre ellos. Desde hacía muchos años, demasiados para contarlos, Pericles no había sentido deseos de llorar, pero ahora los sintió y con ese impulso aumentó su creciente amargura y desesperación. Siempre luchaba en su interior contra el odio, incluso contra sus enemigos. Ahora escapaba ya a su control.

Anaxágoras se puso pesadamente en pie y Pericles se levantó también. El viejo le puso la mano en el hombro.

—Dame la paz —le rogó— pues eso es lo que yo voy a decirte: que la paz de Dios esté contigo, querido amigo.

—Ve en paz entonces —dijo Pericles, pero su expresión era dura.

—No te apenes por mí, Pericles. Mi hora de silencio ha llegado ya, como desgraciadamente llegará para ti. No podemos escapar a la mortalidad.

Cuando hubo partido, Pericles sintió un dolor profundo en su alma, una sensación horrible de vacío y pérdida. La razón le decía que la pérdida de los seres amados y el vacío que sigue a ella no puede evitarse, pero su corazón se rebelaba.

¿Por qué no podía haber vivido Anaxágoras en paz los años que le quedasen de existencia rodeado de sus alumnos y de los que le amaban? Se veía desterrado por la maldad, y no por sus razonamientos de que estaba viejo y cansado.

Aspasia lloró cuando Pericles le habló de la marcha de Anaxágoras.

—¿Quién le reemplazará? —preguntó.

—Nadie. Un hombre bueno jamás puede ser reemplazado.

—Tenemos que consolarnos, Pericles. Cuando muere un hombre malvado nadie llora por él.

Ahora Pericles le habló con impaciencia, él, que tan pocas veces se impacientaba con ella:

—Pero su maldad perdura tras él. ¿Has olvidado la historia? Los buenos bajan a la tumba sin que les lloren más que sus amigos, y si la historia les menciona es sólo de paso. Pero la memoria de los hombres malvados se glorifica demasiado con frecuencia. ¿Cuántas estatuas se han erigido a los hombres dotados de bondad? Sin embargo, se levantan bosques de estatuas a los conquistadores implacables.

—Ese es un triste comentario sobre la naturaleza humana. Se encogió de hombros.

—Pero cierto. Como comentario bastaría decir que Anaxágoras se vio finalmente obligado a huir.

Los amigos de Anaxágoras quedaron con el corazón destrozado. Únicamente Sócrates conservó la compostura.

—Por lo menos no le asesinaron —dijo, y sonrió—. Ha escapado a ese honor —y soltó una de sus carcajadas extrañas—. Pero creo que yo sí recibiré ese honor un día, por lo cual me siento de antemano agradecido.

Todos intentaron consolarse pensando que Anaxágoras habría hallado quizá la paz que tan profundamente deseaba. Pero su ausencia les torturaba. Un elemento vital les había abandonado para no volver nunca. Sentíanse empobrecidos. De su bolsa había desaparecido una moneda de oro; la luz de su existencia se había oscurecido en gran medida. Jamás brillaría el sol para ellos como antes; sus esperanzas habían menguado.

No volvieron a ver a Anaxágoras, ni recibieron de él mensaje alguno que hubiera podido consolarles; no sabían dónde estaba, ni cuándo murió. Pero Sócrates dijo un día a Pericles:

—Nuestro querido y viejo amigo Anaxágoras dejó este mundo ayer o anteayer.

—¿Cómo lo sabes?

Aquellos ojos de sátiro estaban apenados.

—¿Cómo lo sé? Lo ignoro. ¿Lo soñé, y he olvidado el sueño? ¿O su espíritu se detuvo junto a mí durante la noche para decirme adiós? No lo sé. Sólo sé que lo sé.

Pericles no dudó de sus palabras. Unas lágrimas amargas acudieron a sus ojos y Sócrates le miró con conmiseración.

—Pero ¿no ha de venir la muerte a todos nosotros? Te repito, como ya dije antes, que el hombre bueno no necesita temer la muerte, porque si esta es el sueño eterno, ¿no es un sueño agradable? Y si vive más allá de la tumba, entonces con seguridad que Dios le recibirá con amor y le abrazará.

Como eso no aliviara la desesperación en el rostro de Pericles, Sócrates continuó:

—Comparemos a la muerte con un barco lleno de pasajeros. El barco sale del puerto y todos lloramos y decimos: «Ya se va, y quizá no volvamos a ver a nuestros amigos». Pero en otro puerto se alza un grito de alegría y los que esperan dicen: «¡Aquí está el barco, y nuestros amigos que vienen en él!».

Entonces fue cuando Pericles no pudo dominarse y estalló en llanto, llorando como no lo hiciera desde la muerte de su padre.

Sócrates pensó: «Cuando un gran hombre se siente conmovido hasta el punto de estallar en lágrimas, el mundo entero debería conmoverse con él. ¡Ah!, pero nunca ocurre así. Guardamos nuestras lágrimas para los charlatanes, embusteros y opresores, y los saludamos cuando mueren como salvadores y héroes».

Tucídides, hijo de Melesias, era llamado el Viejo Oligarca por su dogmatismo insistente y puntilloso y su persecución implacable de los que odiaba. Aunque Pericles no le hubiera llevado a juicio en una o dos ocasiones por prácticas de usura, él habría odiado al jefe de estado. Pericles resumía todo aquello que él despreciaba. Su carácter le enfurecía. Entre sus amigos se burlaba del porte regio de Pericles, de su compostura, su aversión por lo mezquino y miserable, su patriotismo intenso, su protección a los artistas y filósofos, su amada Aspasia y la ilegitimidad de su hijo. Siendo avaro en extremo, Tucídides derrochaba su fortuna a fin de promover entre la plebe revueltas contra Pericles, comprendiendo con astucia que nada apreciaba más el populacho que el ridículo de los prominentes y poderosos, y especialmente los nobles. Como sabía perfectamente que la muchedumbre es por naturaleza histérica y cree cualquier rumor malicioso, acusaba a Pericles no sólo de prolongar la hostilidad entre Esparta y Atenas sino de utilizar esa misma hostilidad para «ocultar sus malversaciones y la dilapidación de nuestro tesoro». Sabía que las masas ignorantes eran tan excitables como las mujeres, siempre pensando en su conveniencia propia y deseosos de echar la culpa a su líder de cualquier desgracia que cayera sobre Atenas. Tucídides sobornaba a los poetas cómicos y a los oradores para que atribuyeran todos los problemas de Atenas a la supuesta indiferencia de Pericles hacia los dioses «que nadie se ha ocupado de castigar». ¿No era bien sabido que los despreciaba? ¿No se le había oído decir «sólo hay un Dios» cuando era obvio que había muchos dioses y diosas? Su mecenazgo hacia Fidias, y la aprobación de la gran estatua de Atenea Pártenos, de oro y marfil, sobre la Acrópolis, no era resultado de la piedad pues, aunque ya estaba terminada, aún no había sido consagrada. Además era vergonzosamente cara.

—¡Mirad todas esas estatuas y templos de exagerado precio y los jardines y terrazas de la Acrópolis! —se quejaba Tucídides—. No, no es piedad. Es autoengrandecimiento por parte de Pericles. También quiere enriquecer a sus amigos escultores, en especial a Fidias. La amistad de Pericles con esos pelagatos pestilentes como Sócrates es una vergüenza para Atenas. ¿Dónde ha ido a parar nuestra antigua sobriedad en asuntos financieros, nuestra prudencia y responsabilidad? Pericles los ha corrompido a todos con su vanidad y su deseo de ser conocido como el líder de la cultura y la filosofía en Atenas. Pero volvamos a su sacrilegio: ¡ha permitido que Fidias esculpiera su rostro, y el del mismo escultor, en el escudo de Atenea Pártenos, con la suficiente osadía para que todos los ojos lo vean! Si Atenea no destruye Atenas con un terremoto, como el que afligió a Esparta hace años, es únicamente porque es misericordiosa o porque está esperando que los atenienses venguen este insulto que le

ha sido inferido.

La plebe envidiosa, convencida ya de que Pericles debía haber gastado el oro del tesoro «en vuestras necesidades y aspiraciones laudables de una vida mejor», se mostraba más amotinada por días. Pericles vivía en medio del lujo. ¿Por qué no habían de estar ellos también mejor alojados y alimentados? En su opinión, Pericles representaba a todos los ricos y aristócratas. A él, y sólo a él, se le acusaba de deleitarse en «el sufrimiento de los pobres» y de instigarlo. Era egoísta, era demasiado ambicioso, detestaba a la gente baja, era un dictador cada vez más codicioso; indudablemente se había apropiado de fondos del tesoro —al que ellos jamás contribuyeran con impuestos— para su enriquecimiento personal. Las joyas de Aspasia eran famosas. ¿De qué bolsillos (de los pobres sin duda) había salido el dinero para comprarlas? Pericles había robado a Atenas para adornar de joyas a una ramera de costumbres vergonzosas, y famosa por su propia impiedad. Pericles intentaba apartar la atención de los ciudadanos ultrajados de sus crímenes promoviendo la guerra con Esparta.

—Es bien sabido que eso ha ocurrido con frecuencia en la historia de las naciones; es una táctica muy utilizada por los tiranos —decía Tucídides.

Inversionista en diversas empresas dedicadas a la fabricación de material de guerra, y con las cuales se había enriquecido, Tucídides tenía mucho cuidado de no atacar jamás empresas ni a sus amigos ricos que también hubieran invertido en ellas.

Como la masa no piensa, se dejó persuadir fácilmente de que Pericles tenía un tesoro personal propio, ganado con la guerra y con sus inversiones en la guerra. Todos ambicionaban poner las manos en ese tesoro imaginario. Ni siquiera se les ocurría pensar que había numerosos hombres en Atenas mucho más ricos que Pericles porque, ¿no estaban ellos tristemente de acuerdo con Tucídides y acusaban también a Pericles de los mismos crímenes, y no proclamaban a voces y de continuo su amor por los «débiles y explotados»? ¿Dónde estaría el héroe que les salvara de este hombre cruel e implacable?

A la muerte de su tío Dédalo, Pericles había permitido que sus hijos, Jantipo y Paralo, asistieran al funeral de su abuelo. Más aún, se los había recomendado. Envió su condolencia más amable a Dejanira, lo que la hizo derramar más lágrimas que la muerte de su propio padre. Entonces ella había escrito a Pericles implorándole que permitiera volver del exilio a su hijo Calias, ignorando el hecho de que los agentes de Pericles, y por órdenes de este, le habían invitado a hacerlo en diversas ocasiones. Durante muchos años, Calias había disfrutado en el exilio, ya que nadie conocía allí la mala reputación de que gozaba en Atenas y no había rostros desaprobadores que le enojaran. Pero siempre había simulado ante su madre, en cartas lacrimosas, que estaba languideciendo en el exilio. Por algún medio se había enterado de que Pericles, sólo por piedad hacia Dejanira, la había mantenido en la ignorancia de las negativas de su hijo a volver a Atenas. Esto le había alegrado. Pero ahora se enteró de los ataques virulentos contra el odiado Pericles, su amante y sus amigos, y el espíritu

vengativo de Calias cobró nueva fuerza. Se dejó persuadir para que regresara a Atenas. Su madre, muy gorda y canosa, y pesada de movimientos, lo acogió gozosa con abrazos y voces incoherentes.

—¡He estado tan sola, tan apenada! —gritó cubriéndole el grosero rostro de besos.

—Sí —contestó él—, ya lo sé. No te hablaré de mis propios sufrimientos, queridísima madre, ni de mi anhelo de volver a esta casa, y de las lágrimas que he derramado por la noche. Pero mira, ya estoy aquí y nunca te abandonaré... a menos que me vea arrojado de nuevo al exilio.

A los pocos días de su regreso a Atenas, fue a casa de Tucídides, casi tan frugal como la de Dédalo, y le ofreció su propio dinero y su talento para forjar el plan de acabar con Pericles o al menos de enviarle al exilio «con su zorra». Le satisfizo comprobar que el odio de Tucídides y los amigos de este casi sobrepasaba al suyo. Los aristócratas ricos que formaban parte del complot le juzgaban personalmente asqueroso e indigno de confianza, pero simulaban sentirse vencidos por el gozo y agradecidos de que se uniera a ellos. Calias se entusiasmó con sus declaraciones de admiración por él y su amistad entusiasta, y todavía se volvió más presuntuoso ya que, cuando era joven, estos mismos patricios le habían evitado, le habían demostrado públicamente su desprecio y habían vuelto la cara ostentosamente al encontrarse con él. Jamás le habían admitido en sus casas, ni se habían sentado a la mesa con Calias. Ni siquiera su fortuna había bastado para que cualquiera de ellos le ofreciera a su hija en matrimonio.

—Él llevó a la muerte a mi amado abuelo —les dijo Calias con lágrimas de cocodrilo en los ojos, y todos asintieron solemnemente aunque riéndose por dentro—. Me envió al exilio privándome del afecto de la más amada de las madres —continuó, y los otros volvieron a asentir con conmiseración y simpatía—. Me vengaré de esos crímenes contra mi casa y mi ciudad —añadió, y entonces se mostraron todos muy interesados.

—¿Qué sugerencias podía ofrecerles? Preciso era recordar que Pericles había salvado a Anaxágoras.

—Que ya ha muerto —dijo Calias—, después que se viera forzado a huir de Atenas.

—Pericles tiene más poder que nunca entre la odiosa clase media —dijeron sus nuevos amigos.

Calias tenía una sugerencia que hacer, algo que al principio les asqueó por su vulgaridad. Luego, estando Calias ausente, uno dijo:

—La misma osadía tosca de ese plan puede llevar al éxito. El viejo arconte rey ya murió, y el nuevo odia a Pericles tanto como nosotros. Pericles estará ausente ahora en una de sus villas con su concubina, pues, ¿no estamos en pleno verano? Meditemos bien en el asunto y planeemos con prudencia a fin de que él no sospeche de nosotros. Calias es estúpido, y también astuto. Si algo va mal, ya nos las

arreglaremos para que él cargue con toda la culpa.

Eligieron a los miembros más influyentes de entre ellos para que presentaran una acusación de malversación contra Fidias, ahora el amigo más íntimo de Pericles desde la huida y muerte de su amado Anaxágoras. A la acusación se añadía la de blasfemia por haberse esculpido él mismo y a Pericles en el escudo de la sagrada Atenea Pártenos. Sabían muy bien que Pericles había insistido en que el rostro de Fidias se esculpiera en el escudo y que el tímido escultor se había negado a menos que Pericles («pues, ¿no eres tú más grande que yo?») permitiera que también su perfil figurara en el escudo. Así que el jefe de estado, con un encogerse de hombros, había dado el permiso a pesar suyo.

El caso de las supuestas malversaciones de Fidias resultaba algo más difícil. Entonces dos de los aristócratas acudieron al custodio principal de los archivos públicos del tesoro y mediante amenazas y un soborno —de Calias— le obligaron a falsificar varios informes, de modo que estos revelaran que no sólo había recibido Fidias enormes estipendios por su trabajo y el de sus alumnos en la Acrópolis —estipendios que resultaban increíbles—, sino que con frecuencia, y con arrogancia, había exigido todavía más diciendo que el mismo jefe de estado lo aprobaba y había presentado varias cartas como prueba.

—¿No podemos demostrar también que Pericles se ha enriquecido con malversaciones similares? —preguntó Calias.

Aunque los aristócratas y Tucídides habían insinuado mucho más que esto a la plebe, sabían que una acusación franca contra Pericles sólo vendría a caer contra ellos mismos, que se expondrían a un castigo muy grave. Ya estaban familiarizados con la cólera helada e implacable de Pericles. Sabían que no tendría piedad para acabar con quienes le ofendieran de modo imperdonable. Así que convencieron a Calias de que sería imprudente, al menos en este momento. Atacar a los amigos de Pericles era una cosa; atacarle a él personalmente era otra muy distinta y peligrosa.

—Por lo menos de momento —dijeron a Calias, que parecía desilusionado. Celebraron una consulta entre ellos. Los estipendios pagados a Fidias y sus alumnos habían sido muy pequeños a instancias del escultor. Aparte de los informes falsificados, ¿cómo demostrar que él había robado literalmente el oro del pueblo? ¿Dónde lo había ocultado? Era un gran problema, pues todos sabían lo muy humildemente que vivía Fidias.

Calias hizo otra sugerencia que les obligó a dar un respingo. Pero la sopesaron y acordaron al fin que tenía cierto mérito.

De modo que, mientras el agotado Pericles descansaba en compañía de Aspasia, del pequeño y también de Páralo, en una de sus granjas más remotas, Fidias fue arrestado por malversación de fondos y llevado a la prisión, después de que se presentaron los informes falsificados al arconte rey, primo de Dédalo y por tanto pariente del mismo Pericles, sobrino de aquel. Hombre inteligente, aunque rígido y orgulloso, jamás había olvidado el ataque de Pericles «contra mi familia, que también

es la suya». Pero aún había intentado convencer a Dejanira para que se casara con él, ya que era muy rica, y ella le había rechazado a través de su *kyrios*, afirmando entre lágrimas que nadie podía reemplazar a Pericles en su afecto.

Fidias había sido arrestado abiertamente en medio de sus estudiantes y ayudantes mientras planeaba el frontis de mármol para las estatuas que diseñara. Había mirado a los guardias en silencio y con ojos incrédulos y luego, atónito todavía, se había limitado a entregar los planes arquitectónicos a uno de sus estudiantes y había acompañado a sus aprehensores sin pronunciar una sola palabra, la cabeza, calva y rosada, repentinamente hundida en el pecho, su rostro reflejando el asombro que sentía, los hombros temblorosos. Sus pies, calzados con sandalias, estaban blanquecinos con el polvo del mármol, y las ropas humildes también, y la plebe que aguardaba fuera se apartó a su paso mirándose desconcertados. ¿Un ladrón? ¿Un malversador? Nunca habían visto a nadie con menos aspecto de ladrón.

Uno de los estudiantes, joven de considerable fortuna, eligió un caballo de su magnífica cuadra y salió inmediatamente en dirección a la granja de Pericles, aunque era ya el crepúsculo y se acercaba una noche calurosa y sin luna. Al amanecer llegó a la granja y, a pesar de lo temprano de la hora, despertó a los esclavos e insistió en ver a Pericles en seguida, e incluso los soldados que guardaban la villa quedaron impresionados por su desesperación y súplicas urgentes.

Pericles, pálido y recién despierto, tenía el rostro arrugado por la preocupación crónica; se puso una túnica, dejó el lecho en el que Aspasia dormía pacíficamente y salió al pequeño atrio de la casa. El estudiante cayó abrumado de rodillas ante Pericles, al que adoraba, y estalló en lágrimas sin poder apenas hablar. Pasaron unos momentos antes de que Pericles comprendiera lo que decía, y se mostró incrédulo.

—¡Yo estaba junto a mi maestro Fidias cuando le arrestaron! —gritó el joven, cogido al borde de la túnica de Pericles—. ¡Ante Dios te juro que es la verdad!

Pericles se apartó a un lado, mostrando un rostro ceniciento y convulso.

¿Quién sería el culpable de semejante atrocidad? Se frotó los ojos, incapaz aún de aceptar esta terrible noticia. El caso de Anaxágoras ya había sido bastante malo. Este era mucho peor, pues Fidias jamás había expuesto dudas sobre ningún dogma, ni en privado ni en público. En realidad era el hombre más piadoso y devoto de todos, el menos discutidor, el menos apto a provocar hostilidad. Tímido y retraído, nunca se había sabido que pronunciara una palabra impaciente. Sus modales eran suaves y compasivos. No podía pasar ante el mendigo más repugnante sin darle una moneda de su escasa bolsa. Los mendigos estaban bien enterados de ello y sólo tenía que aparecer Fidias para que se le amontonaran en torno gimiendo y extendiendo la mano. Que un hombre así, un genio tan magnífico, fuera acusado de blasfemia y de robo resultaba increíble. Se aceptaba generalmente que era la gloria de Atenas, que estaba por encima de todos, y las multitudes le reverenciaban abiertamente, y los visitantes extranjeros y distinguidos insistían en serle presentados y hablar con él. Todos quedaban impresionados por su modestia, su ternura de carácter, sus ojos

brillantes en los que no había malevolencia alguna, sino sólo caridad.

«Soy una desgracia para aquellos que amo», pensó Pericles. Dijo a Ifis, que casi siempre le acompañaba en estos días:

—Si alguna blasfemia existe, es en realidad la cometida, por aquellos que acusaron a Fidias. Iré junto a él en seguida y dispondré su defensa. —Y añadió con una decisión que ni siquiera Ifis viera jamás en él—: Esta vez acabaré con sus acusadores, y juro por Dios que no descansaré hasta que sean llevados ante la justicia.

Salió a caballo con Ifis, dos de sus soldados y el estudiante, justo cuando el sol lanzaba las primeras sombras púrpuras sobre la campiña tranquila. Tenía la premonición del desastre como jamás la sintiera, y por eso no pronunció una palabra ni siquiera cuando el grupo entró en Atenas. Fue a su casa y se bañó, pues estaba cubierto de polvo y sudando; se vistió con las ropas oficiales, forzándose a tomar un pequeño desayuno, e inmediatamente acudió a su despacho.

Hizo venir a su presencia a su primo Polibio, el arconte rey. La cabeza le latía dolorosamente bajo el yelmo agobiante y temía que el corazón le estallara en el pecho. No dudaba de poder salvar a Fidias y hacer que le exoneraran. Todos, a excepción de la chusma y unos cuantos aristócratas, amaban al escultor, no sólo en virtud de su genio, sino por su amabilidad y falta de ostentación.

Para Pericles el crimen era la acusación y la calumnia, no la prisión de su amigo. Fidias no estaba en peligro. Sus acusadores serían mañana la burla de Atenas. También sufrirían la venganza del jefe de estado por aquel insulto a Fidias.

El viejo arconte rey había muerto a los noventa y cinco años. El actual tenía menos de sesenta, era un hombre pequeño, de rostro pálido y apergaminado, ojos mortecinos, una nariz grande, labios muy apretados y cabellos grises y escasos. Sus manos eran frías y secas, sus modales precisos y amenazadores. Dio la mano a Pericles, quien le invitó cortésmente a que se sentara, y le preguntó si deseaba vino y algún refrigerio.

—No —repuso el arconte rey secamente—. Tú me llamaste, Pericles, hijo de Jantipo. ¿Qué deseas?

Pericles le recordaba desde la juventud; jamás se habían apreciado mutuamente. La belleza de Pericles había ofendido a Polibio. Además, el padre de este había soñado con casarse con Agarista, madre de Pericles, a la muerte de Jantipo, y aquella le había rechazado con firmeza. Por tanto él y su padre se habían visto desairados por las mujeres de la familia de Pericles y, por alguna razón oscura y totalmente irracional, Polibio le atribuía a este toda la culpa.

Pericles dijo:

—Me han informado de que mi amigo Fidias, el glorioso artista, ha sido arrestado con acusaciones tan absurdas que hasta los perros de la calle se ríen de ellas.

Polibio aspiró el aire con dificultad y fijó los ojos en Pericles con mirada de granito.

—Esas acusaciones, señor, no son absurdas. Existen pruebas en que basarlas.

Pericles se recostó en la silla con sonrisa negligente aunque rabiaba en su interior.

—¿Qué pruebas, Polibio? Agitó la cabeza.

—Por supuesto tú conoces la ley, Pericles. La evidencia no se revela hasta que el criminal aparece ante el juez y el jurado. Por tanto no puedo decírtelas. Sin embargo, sí puedo decirle esto: estoy convencido de la verdad de las acusaciones. He visto las pruebas personalmente.

Podía ser una persona despreciable, al menos en opinión de Pericles, pero era famoso por su integridad y, aunque sus juicios eran severos, al menos eran justos. La incredulidad de Pericles no fue simulada.

—¿Crees realmente que Fidias es culpable de malversación y de blasfemia?

—Sí, señor.

Dijo entonces Pericles:

—Sé con exactitud lo ridículamente modestos que fueron los estipendios que Fidias recibió. Él mismo los fijó, aunque yo le animaba a que aceptara más. Muchos de sus alumnos y asociados no cobraron nada en absoluto. Les bastaba la gloria de ayudar a su maestro —trataba de contener su ira.

—Yo mismo he visto las pruebas —insistió Polibio.

—Entonces han sido falsificadas, y los rufianes que lo hicieron serán descubiertos y castigados. Eso te lo prometo.

Incluso el arconte rey se sintió intimidado por la mirada ciega dirigida a él, y se removió inquieto en su silla.

—¿Es que me amenazas, Pericles?

—No, a ti no. Conozco demasiado bien tu carácter. Pero te has dejado engañar espantosamente con pruebas falsas, presentadas por hombres sin escrúpulos. Lo demostraré, y que todos sepan que nada me impedirá llevarlos ante la justicia.

—Si puedes probarlo, prestaré toda mi atención al caso.

—No lo dudo, Polibio. Lo que más me sorprende es que tú pudieras creer, con pruebas falsificadas, que Fidias es culpable de algo; su única culpa ha consistido en poseer el carácter más dulce. Eres un hombre inteligente y culto, no un loco que se deja persuadir con mentiras inconcebibles. De ahí mi asombro.

Polibio examinó cuidadosamente sus manos grises y no habló por unos momentos. Luego dijo, con evidente disgusto:

—Si no hubiera visto las pruebas personalmente, y escuchado el juramento del hombre más calificado para saber que eran ciertas, no las habría creído. Te confieso que quedé anonadado hasta que al fin me convencieron. No siento amor por tu Fidias, lo admito, pero las pruebas estaban en su contra y me vi forzado a ordenar su encarcelamiento. Está también el asunto de la blasfemia.

—¿En qué consiste esta?

Polibio le miró con animosidad patente:

—Esculpió su rostro, y el tuyo, en el escudo de Atenea Pártenos. Pericles sonrió.

—A instancias mías —hizo una pausa—. ¿Me acusas también de blasfemia,

Polibio?

—No se te juzga a ti, señor.

—¡Ah!, te muestras evasivo. Los jueces son famosos por eso, de modo que no te lo reprocho. Pero ¿es que un artista como Fidias no merece que su rostro o su nombre figuren en un lugar no destacado del escudo? Quedará allí para que lo reverencien los siglos futuros.

—También figura en él tu rostro.

Ahora, a pesar de sus emociones, Pericles se echó a reír.

—Fidias insistió. Si lo juzgas conveniente, haré que lo borren, ya que los siglos futuros no me recordarán, pero sí a Fidias, al que honrarán.

Como Polibio no hablara, Pericles continuó:

—Debes admitir que esa estatua es la creación más exaltada y prodigiosa.

—Es muy cara —el tono del viejo era obstinado.

Recordó Pericles que era tan mezquino como el viejo Dédalo, si no más, y dijo en voz baja:

—Mi querido Polibio, ¿no es nuestra patrona digna de ese costo? El rostro apergaminado enrojeció:

—Ella no desearía que Atenas se arruinara.

—El importe de la estatua no es más que calderilla en comparación con lo que hemos gastado y seguimos gastando en esas continuas guerras y guerrillas contra Esparta y sus aliados.

El arconte rey había oído los rumores de que Pericles trataba de desviar la atención de la plebe hacia esas guerras para que no advirtieran sus propios crímenes. No lo creía el arconte rey, aunque le hubiera gustado creerlo. Además, había que tener en cuenta el honor de la familia de ambos.

—Sin embargo —dijo—, en estos tiempos tan difíciles y ruinosos es una locura gastar tanto en una estatua... aunque sea en honor de nuestra diosa patrona. Los dioses no aprecian el derroche en los hombres.

—Si Atenea conoce la existencia de la estatua alzada en su nombre, lo cual —dijo Pericles sobriamente— no puedo dudar, estará tan satisfecha de que nos hayamos sacrificado tanto por ella que nos traerá la paz o, al menos, castigará a Esparta.

—Eso es un sofisma para excusar el derroche del que tú mismo, Pericles, eres culpable —ahora los ojos mortecinos brillaban tras los párpados.

—¡Oh, yo soy un manirroto! —dijo Pericles—. Sólo deseo lo mejor y lo más hermoso para nuestra diosa. Por tanto me declaro culpable de ser, en realidad, demasiado piadoso.

—Si es así, yo no he oído hablar de esa piedad —dijo el arconte rey con una sonrisita tensa, y Pericles sonrió también.

Aquel continuó:

—No existe el afecto entre nosotros, Pericles, pero puedo asegurarte que Fidias tendrá un juicio justo.

—No necesitabas decirlo, Polibio. Lo sé, aunque nada hubieras declarado. No temo al jurado. Mi cólera no se basa en la ansiedad o el temor por Fidias. Se basa en ese cruel absurdo de las acusaciones en su contra, esas calumnias monstruosas.

El arconte rey guardó silencio. Pericles se rellenó la copa.

—¿No quieres decirme quién presentó las acusaciones?

—No. Eso se revelará en el juicio. Pericles le estudió pensativamente.

—Pero ¿sabes quiénes son esos hombres?

No obtuvo respuesta. Sus ojos se estrecharon.

—Al menos podrás decirme si son hombres de honor.

—Eso puedo asegurártelo.

Por primera vez sintió Pericles cierta alarma. Entonces eran sus poderosos enemigos, que no se detendrían ante nada con tal de herirle a través de sus amigos. Repasó los nombres en su mente. De pronto, sin una razón concreta, sus pensamientos se detuvieron en el nombre de Calias, el despreciable, el muy cerdo, el muy bruto. Se dijo sin embargo que Calias aunque malvado, no poseía la inteligencia necesaria para engañar a un hombre como Polibio, que también le desdeñaba. Fuera lo que fuera Polibio, y a Pericles le disgustaba intensamente, jamás se dejaría sobornar, aunque no vacilaría en hacer daño a Pericles, pero en circunstancias honorables. Por tanto había sido engañado sin su conocimiento, y no sólo por los hombres que habían presentado las acusaciones contra Fidias, sino porque, en opinión del arconte rey, la categoría de estos hombres no podía mancillarse con la mentira y el perjurio.

Sin saber realmente por qué, preguntó:

—Calias, el hijo de Dejanira... ¿forma parte del complot contra Fidias?

—No he visto a Calias desde que regresó del exilio.

—No has contestado a mi pregunta, Polibio —dijo Pericles con dureza.

—¿Crees que unos hombres honorables se asociarían con él? —preguntó el arconte rey, y su voz era indignada—. ¿Crees que yo, aunque pariente suyo, creería una sola palabra que dijera ese pillo? —recalcó. Su indignación iba en aumento, de modo que se levantó bruscamente, el rostro tan furioso como el de Pericles. Parecía mortalmente insultado.

Pericles dijo:

—No, tú nunca le creerías. Sin embargo hay algo nebuloso que flota en mi mente con respecto a él en este asunto.

—Ningún hombre de integridad y de buena familia recibiría a Calias.

—Estoy de acuerdo con eso. Pero el hombre elige incluso la piedra más sucia con tal de poder arrojarla, si eso sirve a su propósito.

El arconte rey se inclinó secamente.

—Si me lo permites, señor, te dejaré, ya que esta mañana tengo algunos juicios pendientes y ya llego tarde.

Pericles le dejó ir. Entonces llamó a su guardia y cabalgó con ellos hasta la

prisión, donde halló a Fidias en una celda razonablemente limpia. El escultor le recibió con afecto, pero dijo:

—Te has puesto en peligro al venir aquí, tú, mi mejor amigo.

—Tonterías; voy a defenderte y haré que tus enemigos y los míos se conviertan en el hazmerreír de toda Grecia.

Fidias no tenía miedo. Pero frunció las cejas y murmuró:

—Hay momentos en que también yo me río, pero hombres mejores que yo han sido enviados a la muerte con una mentira, Pericles. ¿En qué he ofendido al pueblo de Atenas? —su mirada era ingenua y desconcertada, y Pericles se sintió conmovido y otra vez encolerizado.

—No has hecho sino dedicar tu vida a Atenas. Así que no temas, Fidias.

—No tengo miedo —se sentó en el banco e inclinó la cabeza—, sólo que no lo comprendo. Debe haber algún error.

—Que rectificaremos. Fidias le miró y sonrió.

—De eso no tengo duda. Pero me hiere profundamente que alguien haya podido sospechar maldad de mí.

Pericles le tocó en el hombro.

—Para curar esa herida te he traído dos botellas de mi mejor vino, y un poco de queso y un ave fría, pero muy bien asada. Ordenaré que te juzguen mañana todo lo más tarde —y yo te defenderé— para que puedas volver a tu trabajo en la Acrópolis y con el aplauso de toda Atenas.

El rostro de Fidias se tornó radiante:

—¡Ah, sí! Hemos de encargarnos del mármol para el frontis.

Precisamente estábamos discutiendo sus dimensiones exactas cuando me arrestaron.

Los guardias de la prisión miraban inquisitivamente a través de los barrotes de la celda mientras Pericles disponía las magníficas provisiones en la mesa de Fidias. Había traído también hermosos manteles y cubiertos de su propia casa. Fidias contempló con sincera ingenuidad todo aquel lujo.

—Me parece —dijo con sorpresa— que no he comido hoy, y ahora siento apetito.

Pericles, apremiado por otros negocios, le dejó para que disfrutara de la comida, después de abrazarle.

Estaba menos alegre de lo que demostrara a Fidias, y no porque temiera verdaderamente por la vida o la seguridad de su amigo sino por la ira que le dominaba contra los que acusaran al escultor. «Pero sabré sus nombres mañana —se dijo—, y me enfrentaré con esos “hombres honorables”. ¡Aprenderán, y con dolor por su parte, lo que es la justicia!».

Volvió a su casa al crepúsculo lleno de preocupaciones y agotado; a su casa, vacía ahora de la presencia deliciosa de Aspasia, de su hijito y de Paralo, desposado con la hija de una familia notable. Se había transformado este en un filósofo joven y de gran conocimiento bajo la tutela de Sócrates. Estaba escribiendo una tesis sobre sus

estudios, que incluso su padre, siempre escéptico, había admitido como original y de notable claridad. La presencia del joven era tan encantadora que pocos observaban el párpado encogido sobre el ojo ciego, y Pericles, que le amaba profundamente, se sentía muy orgulloso de él.

Jantipo era ya capitán del ejército, comprometido siempre en las guerrillas constantes en el Ática contra los espartanos. Escribía a su padre que, aunque estos eran ridículos, también eran muy valientes.

Pericles temía el regreso a la casa, y su soledad. Esperaba que al menos hubiera una carta de Jantipo. Pero en el atrio fue acogido por los gritos alegres del pequeño Pericles y las sonrisas y abrazos de la hermosa Aspasia, encantadora aún a pesar de que había hebras grises en su maravilloso cabello y unas ojeras débiles en torno a los ojos. Paralo se hallaba allí también, sonriendo alegremente, y abrazó a su padre cuando este pudo librarse de los brazos vehementes del pequeño.

—¿Creías que no íbamos a acompañarte, amado mío? —preguntó Aspasia. Estudió el rostro de Pericles con ansiedad—. Salimos casi a tus talones en cuanto los esclavos nos informaron de que regresabas a Atenas.

—Pero estarás cansada —dijo Pericles besándola cálidamente como era su costumbre al entrar o salir de casa, con gran desaprobación de los atenienses que lo sabían.

—No. Tuvimos un viaje muy agradable.

—Sin embargo hace mucho calor, y la ciudad huele ahora espantosamente.

—Y eso, ¿qué significa para nosotros, que no podemos vivir separados de ti?

Más tarde Pericles le habló de Fidias. Como él, Aspasia se mostró incrédula y el color abandonó sus mejillas y labios. Paralo dijo:

—¡Es increíble! ¡Fidias, malversador y blasfemo!

—También yo pensé lo mismo, Paralo. Pero estos tiempos son increíbles. Decimos que somos una democracia libre, pero hace tiempo descubrí que no hay libertad en una democracia aunque se la denomine «el gobierno del estado por los hombres libres», con sus oficiales elegidos por ellos mismos. El soborno y la traición son los distintivos de la democracia; su suicidio es inevitable.

Esa noche pasó largas horas en la biblioteca pensando y preparando su defensa de Fidias. A intervalos se levantaba y recorría la habitación agitando la cabeza. Ahora temía realmente, no por Fidias, sino por su ciudad, pues si tales cosas podían suceder a un hombre como el escultor, entonces nadie estaba seguro, ni había verdadera justicia; sólo existían las emociones caóticas, las falsedades, y la peor clase de venalidades.

Pericles llegó a su despacho muy temprano a la mañana siguiente, tanto, que los primeros rayos del sol, invisible todavía, daban apenas en el rostro dorado de la estatua de Atenea Pártenos. Los ojos nobles y serenos miraban al este, el yelmo reflejaba la luz, la mano sostenía con firmeza el escudo. La parte más alta de la estatua era como una llama. Pero el cuerpo, de oro y marfil, estaba aún en penumbra. La maravilla del trabajo de Fidias jamás dejaba de sorprender y anonadar a Pericles. Era inmortal. Aunque la diosa se desintegrara con el tiempo, lo cual era inevitable, los siglos futuros recordarían que había existido y que había llegado a existir merced a un hombre notablemente modesto. ¿Quién era entonces el dios, Fidias o Atenea?

La ciudad se extendía bajo aquella majestad todavía oscura y amorfa en el abrazo de las colinas, y el rostro dorado e impresionante elevado sobre ella, iluminado por los primeros rayos del sol, parecía desafiarle incluso.

En el Ágora, en ningún momento vacía, sólo se veía a unos cuantos hombres que se apresuraban por las calles llevando antorchas todavía encendidas. El estruendo de los cascos del caballo de Pericles y los de sus soldados sobre las piedras los sobresaltó. Algunos lanzaron un grito de aclamación. Él los saludó con aire ausente. Entró en su despacho e inmediatamente comenzó a registrar en sus archivos. El arconte rey había insinuado que Fidias sería juzgado ante él y el jurado; por tanto muy graves tenían que ser sus supuestos crímenes. Y, si resultaba culpable, su sentencia sería la muerte, y no simplemente el exilio.

«¡Si supiera los nombres de sus acusadores!», pensó Pericles. Hervía de rabia sentado a la mesa. Pero pronto lo sabría. Estudió numerosos expedientes tomando sin prisa un poco de vino, aceitunas y queso. Había dormido muy poco. Su mente había sido un torbellino, agitado al máximo por la cólera. La noche anterior había comunicado a Aspasia su propósito de llevar a Fidias a comer a su casa, por lo que ella debía enviar invitaciones a otros amigos, a través de los esclavos, para que acudieran también a regocijarse con Fidias y comentar alegremente con él su juicio y su exoneración.

Los escribas y burócratas empezaban a llegar. Pericles oía sus voces adormiladas, y sus pasos. La oscuridad iba dando paso a una luz gris y difusa. Pronto se vería el sol sobre la cumbre de las colinas orientales. El aire fresco de la noche se alteraba a su paso, oleadas de calor penetraban por la ventana y ya la ciudad era de nuevo sofocante. Un rayo de sol entró de pronto en el despacho como una flecha luminosa.

El caso de Fidias, y debido a su importancia, se presentaría ante el arconte rey y el jurado antes de mediodía, el momento más caluroso de la jornada. Los casos de poca importancia se juzgarían primero. Mientras tanto, la mesa de Pericles estaba

llena de papeles y rollos, tediosos pero necesarios, meticulosamente escritos por los burócratas, y Pericles debía ocuparse de ellos. Ya estaba sudando. Se quitó el yelmo dejándolo a un lado, pues casi nunca se le veía sin él fuera de casa, ya que, al cabo de tantos años, seguía siendo en extremo susceptible por aquella deformidad de la frente y cráneo. Su cabello, abundante y castaño, griseaba en las sienes, y también tenía un mechón gris muy definido sobre la frente, de modo que la cabeza todavía parecía más leonada que en su juventud, y más formidable, acentuada por el rostro agotado y cubierto de arrugas en años recientes, muy grave, perdida ya toda su suavidad.

Unas dos horas antes de mediodía uno de los burócratas entró para anunciarle que el arconte rey aguardaba fuera y solicitaba una audiencia inmediata. «¡Ah! —pensó Pericles con exultación—, ha venido a decirme que Fidias no será siquiera juzgado, que se han retirado todos los cargos contra él y ya está en libertad». Se levantó sonriente a recibir a Polibio, que entró ceremoniosamente y dio un paso hacia él. Entonces vio Pericles el rostro del viejo y se detuvo en seco con el corazón contraído de terror.

Pues el rostro del arconte rey era más gris que nunca, parecía muy agitado y los labios se movían sin sonido. Pericles, cosa bien extraña en él, se echó a temblar visiblemente. Cogió al arconte por el brazo, le llevó a una silla y exclamó:

—¿Qué ocurre? ¿Por qué has venido?

Polibio se hundió en la silla. Se cubrió el rostro con las manos frotándose frenéticamente mientras Pericles, inclinado sobre él, gritaba:

—¡Dime! ¡Debes decírmelo!

El arconte rey vaciló. Se cubría los ojos. Al fin bajó las manos y Pericles vio que los párpados estaban rojos, secos, ardientes. De pronto se había convertido en un viejo muy débil.

—¡Vino, en nombre de los dioses! —gimió.

Con unas manos que temblaban violentamente Pericles le sirvió vino y se lo acercó a los labios, dominado por una impaciencia y unos presentimientos terribles. El arconte rey bebió, tosió, casi se ahogó; luego dejó la copa medio llena sobre la mesa donde vaciló y cayó derramando su contenido, y rodó hasta el suelo estallando en pedazos. El despacho se llenó con el olor acre del vino.

—¡Habla! —ordenó Pericles. El temor se le hacía insoportable.

—Fidias —dijo Polibio con una voz tan débil que apenas pudo oírle, y hubo de inclinarse más aún hacia él. —Ha muerto.

—Muerto —repitió Pericles como si no pudiera comprender aquella palabra. Le había dominado de pronto un frío intenso bajo aquel calor, y el sudor helado le caía por el rostro y estallaba en todo su cuerpo.

—Envenenado —añadió Polibio. Pericles ya no pudo soportarlo más. Cayó en la silla y le miró atónito.

—Envenenado —repitió—. ¿Cuándo? Y ¿por quién?

Le dominaba una incredulidad total. No era posible. Estaba diciendo estupideces,

repitiendo las de un viejo loco. Fidias, la gloria de Atenas, no podía estar muerto. Era imposible que le hubiesen... asesinado. No, no era posible. Era una locura.

Perdiendo por completo el dominio propio extendió el brazo sobre la mesa y, cogiendo a Polibio por la muñeca, lo agitó tan violenta y ferozmente que el brazo de Polibio se movió como el de una marioneta. Todo su cuerpo se dejó vencer por aquel impulso brutal y llegó a resbalarse del asiento. Sólo el férreo apretón de Pericles impidió que cayera al suelo. Polibio veía el rostro del otro como un monstruo de pesadilla y se encogió ante su dureza.

Y una voz, tan frágil como el sonido de una hoja seca aplastada bajo el pie, surgió de sus labios: —Los guardias le hallaron muerto poco después de amanecer. Había un poco de vino ante él, y restos de comida —hizo una pausa y miró a Pericles con ojos aterrados—. Esos guardias dijeron que tú, Pericles, se la habías dado. Pusieron la comida ante un perro... y este murió. Tenía cicuta.

La habitación pareció vacilar y oscurecerse ante sus ojos y Pericles se repetía una y otra vez: «No, estoy soñando, o muriendo acaso». Como de muy lejos le llegaba la voz de Polibio:

—Me dieron la noticia hace apenas una hora y, en cuanto me serené un poco, vine a verte.

«Asesinado», se dijo Pericles. Le vencía un dolor terrible entre las sienes, un dolor que le inundaba la frente en oleadas intolerables de angustia. Ignoraba que había cerrado los ojos y estaba temblando.

—Soy hombre justo —dijo Polibio— y sé que tú no lo hiciste, pues, ¿no amabas a Fidias y querías venir en su rescate? Eres incapaz de semejante acto. También eres... mi pariente. Pero ¿quién puso el veneno en la comida de aquel desgraciado? He interrogado a los guardias.

Pericles abrió los ojos, tan cargados que apenas podía alzar los párpados. Su rostro era el de un moribundo. Tenía la garganta tan seca que hubo de tragar una y otra vez antes de poder hablar.

—Yo mismo comí de esos alimentos en mi propia casa, y mi vieja cocinera llenó una cesta con ellos. No estaban envenenados. Ni el vino, ni el queso ni el ave.

Aquella angustia que le destrozaba la frente le había bajado ahora a la garganta y le apuñalaba el corazón. El rostro de Polibio vacilaba ante él, como en una niebla.

Sintió, más que vio, que Polibio se sobresaltaba.

—Vino, queso, ave. Pero ¿y el pescado hervido, y las pastas que le enviaste también hoy, justo antes del amanecer, para su desayuno? —la voz del viejo patentizaba su asombro, pero era más fuerte ahora.

—Nada le envié —susurró Pericles—. Eso no lo envié yo. Ayer le llevé únicamente vino, queso y un ave para su cena. Con mis propias manos se lo llevé.

Polibio le miró fijamente. Pensó que Pericles se había tranquilizado.

—¡Pero uno de tus esclavos llevó el pescado y las pastas, y dijo a los guardias que tú se lo habías ordenado! ¡Que deseabas que el ilustre Fidias se refrescara y

fortaleciera antes de la prueba!

Pericles agitó la cabeza en gesto de impotencia y siguió agitándola como si no pudiera detenerse.

—No envié a nadie. Mis esclavos llevan muchos años en la casa y en todos confío. Ninguno tenía razones para asesinar a Fidias.

Luego dio un puñetazo en la mesa y, cuando entró corriendo un escriba, le ordenó que hiciera pasar a sus soldados al despacho. Él escriba se inclinó mirándole asombrado. Luego salió a toda prisa. Los dos hombres siguieron sentados en silencio; el temblor de Pericles era incesante.

Los soldados entraron apresuradamente y este les preguntó:

—¿Salió alguien de mi casa en cualquier momento, por la noche o por la mañana?

Ifis respondió:

—No, señor, nadie salió de tu casa. Yo mismo patrullé durante largo tiempo antes del amanecer, y mis hombres me informaron de que nadie se había acercado a tu casa ni salido de ella. Ni un ratón hubiese podido deslizarse dentro o fuera sin que nosotros lo supiéramos.

Los demás asintieron con énfasis. Ifis miró a Pericles, alarmado por su color y expresión.

—Debes creerme, señor. ¿Es que ha ocurrido alguna desgracia? Habló Polibio, ya que Pericles parecía incapaz de hacerlo.

—¿Confías en los esclavos de la casa de tu señor, capitán?

—Sí, con toda seguridad. Los conozco a todos; hace muchos años que los conozco. No hay ninguno nuevo entre ellos.

—¿No hay un joven de hermoso aspecto, muy alto, con una voz agradable y modales encantadores, como si hubiera recibido una educación esmerada?

—No, señor. El más joven tiene ya más de treinta años y está parcialmente inválido. El amo deseaba liberarlo, señalándole un estipendio de por vida, pero el esclavo le rogó que no le despidiera de su casa y rehusó la libertad.

Pericles pudo hablar ahora entrecortadamente:

—Ifis, Fidias fue hallado envenenado esta mañana, envenenado con una comida que alguien le llevó diciendo que iba de mi parte y que obedecía mis órdenes. Ese desconocido declaró que era esclavo de mi casa.

Ifis lanzó una palabrota, un juramento apenas disimulado.

—¡Eso es imposible! —gritó con un alarido. Sus ojos se clavaron en Pericles—. No lo creo.

—Es cierto —afirmó Polibio—. Los guardias me lo describieron cuando envié a llamarles. Estaban tan aterrados como yo mismo. No son los guardianes habituales de la prisión, capitán. Son soldados de tu propia compañía. No tengo razones para creer que mientan. Me fueron enviados por uno de tus oficiales a instancias mías porque yo había llegado a creer... —hizo una pausa y miró a Pericles—, había llegado a creer que Fidias era inocente de las acusaciones presentadas contra él y deseaba que

estuviera bien protegido.

Pericles se levantó.

—¿Por qué temías, Polibio, que alguien deseara que muriera antes de su juicio, ya que pediste esos soldados?

Polibio vaciló.

—Llámale si quieres intuición de un viejo, dudas seniles, tras haber hablado contigo, Pericles. Nunca lo había hecho antes; por ningún prisionero. Me dije que era una locura, y yo no suelo actuar como un loco. Pero latía en mí una intranquilidad que no hubiera podido definir.

—Pero ¿por qué había de ser asesinado Fidias, señor? —preguntó Ifis, que se acercó protectoramente a Pericles—. Las acusaciones contra él eran graves. Lo he sabido en la ciudad, y de labios de Pericles. Habría sido condenado a muerte, o al exilio. Entonces, ¿por qué asesinarle?

De nuevo vaciló Polibio.

—No tengo pruebas. Pero esto es lo que creo: alguien temió que pudiera salir exonerado y libre. O alguien odiaba a Pericles lo suficiente como para herirle de este modo, y se aseguró de que Fidias muriese. O...

—¿O qué, señor? Apartó la vista.

—O alguien deseaba extender el rumor de que el mismo Pericles deseaba la muerte de Fidias.

—Pero ¿por qué? —gritó Ifis—. ¡Se sabía que eran íntimos amigos, más que hermanos! —su rostro firme de soldado estaba atónito.

—Sí —dijo Polibio. Meditó un instante pasándose la mano por el rostro—. Como dijo Esopo, así mataban dos pájaros con una sola piedra. Privaban a Pericles de su mejor amigo y, a la vez, le herían de muerte. Quizás estuvieran decididos también a extender el rumor de que Pericles le había envenenado para condenarle a los ojos de toda Atenas.

El mismo Ifis tembló ahora. No pensaba más que en su general, de modo que casi olvidó a Fidias.

—Pero sería fácil demostrar que no existe tal esclavo en casa de Pericles, ese que fue a la prisión.

—Dirán entonces que se contrató a un desconocido, al asesino. Si pueden convencer de eso a Atenas, el desastre de lo sucedido con Fidias será menor que lo que pueda acontecerle a Pericles.

—Dioses —susurró Ifis. Sirvió vino para Pericles y le forzó a beberlo. Dejó la copa y apretó los puños. Sus ojos ardían—. ¡Ojalá los tuviera ahora delante de mí!

—Se me ocurre también otra cosa —continuó Polibio—. Es posible que muchos crean ahora que, de haber sido llevado Fidias a juicio, habría implicado a Pericles en sus malversaciones y herejía.

—¡Pero el pueblo no creerá nada de eso! Polibio suspiró.

—Soy viejo y jamás había confesado esto: el pueblo es capaz de creer cualquier

cosa de un hombre como Pericles.

Este se incorporó ahora. Fijó los ojos en el viejo con mirada mortal.

—Dímelo ahora, Polibio, pariente mío. ¿Quiénes fueron los que presentaron las acusaciones contra Fidias?

El otro extendió las manos.

—Ya que Fidias ha muerto ningún mal existe en que te lo diga, puesto que las pruebas son inútiles. Tucídides, el prestamista, vino a mí acompañado de Polícrates, custodio del tesoro de Atenas, diciendo que este había acudido a él, como a un viejo amigo, para mostrarle los informes que probaban que Fidias había recibido sumas enormes por su trabajo en la Acrópolis, cantidades increíbles, y que, en varias ocasiones, Fidias había asegurado que actuaba según tus órdenes. Le había mostrado cartas, que se suponían escritas por ti, cartas que Fidias se llevó con él. Hice que Polícrates lo jurara con el más solemne de todos los juramentos, y él repitió las acusaciones y expresó su preocupación ya que era amigo tuyo y tú mismo le habías nombrado custodio del tesoro. Me suplicó que no te lo dijera por temor a tu dolor, pero declaró que la conciencia le había estado atormentando. Había llegado a sospechar que esas cartas a Fidias no eran realmente tuyas. Sin embargo, si las sumas llegaban a ser de conocimiento público, él tendría que hablar en defensa propia. Hizo una pausa.

—Insistió en repetirme que estaba seguro de que tú, Pericles, ignorabas esos latrocinios, y una vez más me imploró que no te lo dijera. ¡Ah, yo no dudé de su sinceridad! Me pareció que su dolor era genuino. —Y añadió, casi lastimosamente: ¿No pertenece Polícrates a un noble linaje? ¿Por qué tenía que dudar de sus palabras?

—¿Tampoco de las palabras de ese viejo usurero, Tucídides? Polibio extendió de nuevo las manos.

—Sí, ya sé que él siempre te ha odiado y se ha quejado de tus despilfarros, entre otras muchas cosas. Pero es amigo de Polícrates.

Pericles se levantó súbitamente; luego, para no caer, se cogió al respaldo de la silla. Fue a su archivo y sacó un rollo. Se sentó y empezó a leer para sí y su rostro, blanco como la muerte, se cubrió de nuevo de sudor. Entonces dijo:

—Polícrates, hijo de Arriano. De una familia grande y noble, sí. Pero ahora están en la pobreza merced a sus inversiones imprudentes y a unos incendios que destruyeron gran parte de sus propiedades, incendios originados por los persas. Nunca se han recuperado de esa calamidad, pues son orgullosos. Para ayudar a Polícrates le di ese cargo en el tesoro, a fin de que tuviera unos ingresos considerables. Sin duda eso ha despertado su odio. Miró a Polibio.

—Ha sido sobornado, y bien pagado. Más aún: su esposa no es de origen ateniense, aunque sólo yo lo sabía. Por el medio que fuera se indujo hace años a los que llevan los informes a que inscribieran su nombre en los archivos de nuestra ciudad como ateniense, aunque de familia humilde. Ella era muy hermosa. No importa cómo llegué a obtener estos conocimientos. He guardado silencio por

compasión. —Apartó de sí el rollo—. Por lo visto no era suficiente mi silencio.

Otros conocían esta falsificación y la esgrimieron contra Polícrates.

Polibio, que amaba apasionadamente a su hetaira —jónica de origen— a pesar de la edad, sintió uno de los primeros impulsos de piedad que conociera en su vida.

—¡Ah! —dijo—. Polícrates estaba en un gran apuro. Su esposa... y su dinero. El amor... y la ambición. Son muy de tener en cuenta. No es que yo le disculpe, pero sí comprendo sus motivos.

Pericles dijo a Ifis:

—Toma a algunos de tus hombres y tráeme a Polícrates inmediatamente. Y a Tucídides.

Polícrates, hombre de la edad de Pericles, era alto, atlético y de aspecto patricio, de rostro pálido y alargado y con unos grandes ojos castaños de noble expresión. Vestía con sobriedad, de acuerdo con su cargo, lo que una vez hizo decir a Pericles:

—La santidad del dinero es más tenida en consideración por el pueblo que la santidad de Dios. Que los filósofos repitan, en su inocencia, que el dinero no tiene importancia. El pueblo es más sabio que ellos, y los que se relacionan con el dinero lo tratan con la reverencia de los sacerdotes.

Como custodio del tesoro, hombre que había insistido en que Atenas acuñara su propio oro en vez de permitir que Persia se encargara de ello, Polícrates jamás permitía que en su presencia se bromeara sobre la importancia del dinero. Para él, tal cosa constituía sacrilegio.

Tucídides —que no debe confundirse con el historiador del mismo nombre— era un hombre digno de ser tenido en cuenta, en opinión de Polícrates, ya que era prestamista y, por tanto, pernicioso en sus tratos. Era rico y, a pesar de su propio linaje aristocrático, Polícrates le reverenciaba, aunque este viejo no tenía antepasados de que presumir. Era Tucídides bajo de estatura, ancho de hombros, de cuerpo delgado, cabellos abundantes y blancos y una barba espesa como seda brillante. Era el único rasgo hermoso de su rostro, pues tenía ojos pequeños y una nariz tan ganchuda como la del cuervo, al que lo comparaban muchos de los que le debían dinero.

Los soldados se habían encargado de mantener separados a estos dos hombres de modo que no pudieran comunicarse, aunque esto no les impidió intercambiar una mirada de temor mientras se les llevaba en presencia de Pericles. Ninguno de ellos estaba enterado todavía de la muerte de Fidias, ya que no habían tomado parte en el complot para matarle, pues sus compañeros en la conspiración para arrestar y llevar a juicio a Fidias no habían creído conveniente mencionarles esta segunda parte del plan. En primer lugar pensaban que Polícrates, el aristócrata, se había vuelto demasiado prudente desde que fuera el dueño del tesoro y, aunque odiara a Pericles por lo que él llamaba «el desvalijamiento del dinero del pueblo» y porque aquel le había apoyado en sus momentos de mayor necesidad, era demasiado circunspecto para llegar al asesinato, ya que se protegía a sí mismo en exceso. Tal vez Tucídides fuera muy astuto y odiara a Pericles por razones personales, tales como la persecución de su usura abusiva; quizá deseara verle privado de su cargo y a sus amigos prisioneros o exiliados. Pero era demasiado cauto por naturaleza, y demasiado cobarde, para sancionar un crimen tan osado. De joven se había visto expulsado del ejército, al cabo de sólo un mes de servicio, por esos dos rasgos de carácter que los

oficiales consideraban indignos de un militar, incluso los sofisticados oficiales atenienses, nada militaristas.

Tanto Polícrates como Tucídides creían que los llevaban ante Pericles porque — fuera por el medio que fuese— este se había enterado del complot, urdido a fin de llevar a Fidias a la cárcel y a juicio y, eventualmente al exilio o, en último extremo, a muerte a manos de las autoridades legales y adecuadas. Pero involucrarse personalmente en un asesinato, o sancionarlo ilegalmente y a sangre fría, estaba muy por encima de su temperamento. Ambos se persuadían a sí mismos, cuando un pensamiento venía a turbarles, de que habían actuado virtuosamente, incluso Polícrates, que había falsificado los informes contra un inocente. Porque había llegado a creer en realidad que Pericles derrochaba el tesoro para sus planes grandiosos en beneficio de Atenas, entregando parte de él a Fidias, pues ¿no había llevado con todo ello a la ciudad a la bancarrota? Por tanto la falsificación de los informes en contra de Fidias estaba justificada, por falsa que fuera. Había muchos modos de coger a un felón, incluso por medios criminales en sí, si es que la ley era impotente.

Polícrates, siendo más inteligente que Tucídides, se decía en su interior, justo antes de llegar a presencia de Pericles: «Por supuesto que Fidias ha blasfemado contra Atenea Partenos y recibido de Pericles grandes sumas de dinero, y ambas cosas se demostrarán en el juicio. Pericles trata de intimidarme... pero tengo amigos casi tan poderosos como él y que no me abandonarán». Tucídides estaba menos confiado, pues se le ocurrían unos pensamientos aterradores y se decía: «Si nuestros amigos nos traicionan, los involucraré al máximo». De modo que ambos dispusieron sus rasgos lo mejor posible y, al entrar al despacho de Pericles, habían conseguido dominar parte de su terror.

Quedaron atónitos al ver allí al arconte rey. ¿No había de presidir este el juicio de Fidias que se llevaría a cabo a pesar del retraso en la aparición de Polícrates, el testigo principal? Ni siquiera el mismo Pericles podía detener el juicio y se vería forzado a soltar a Polícrates, por muchas acusaciones que le lanzara y que no sería capaz de probar. Sólo había que ser valiente, se dijo Polícrates, el más cobarde de los hombres. ¿Sería, quizá, que el arconte rey deseaba oír su testimonio antes del juicio para asegurarse de que era válido? Al pensar esto lanzó una débil sonrisa al arconte rey y quedó aterrado al verle apartar la vista. En cuanto a Tucídides, sólo pudo abrir la boca de horror, ya que su mente no era tan ágil como la de Polícrates y además era viejo.

Los dos culpables se atrevieron entonces a mirar a Pericles, sentado y muy erguido en la silla, y ambos se encogieron al ver su rostro y temblaron dominados por el pánico. Él estudiaba sus rasgos. Los conocía muy bien, especialmente a Polícrates, al que ayudara tan generosamente. Como era hombre muy perceptivo y astuto, y comprendía la naturaleza humana en todas sus variedades y con todas sus venalidades, sintió ciertas dudas. Polícrates era muy capaz de doblegarse ante la

presión, pero no era un hombre violento. Tucídides era usurero, avaricioso y tramposo, y de familia humilde por parte de su madre. Además era cobarde. Podía ser partidario del libelo, la difamación y los ataques encubiertos, y era notoriamente malvado. Amaba el dinero tanto como un hombre estima a una amante. No pondría en peligro ese dinero —aunque sí la vida por conseguirlo— comprometiéndose en un asesinato. No iba con el carácter de ninguno de los dos, y Pericles se preguntó si sabrían que los demás compañeros de conspiración habían llegado a planearlo. Lo dudaba. Era muy probable que los otros, mucho peores, jamás les hubieran informado de ello.

Sin embargo les dijo con voz serena y terrible:

—¿Qué podéis decir en vuestro favor, asesinos?

Comprobó que ambos quedaban atónitos, anonadados. Había hablado mientras ellos se inclinaban ante él, y quedaron paralizados, doblados por la cintura; tenían el rostro desfigurado por el terror, la boca abierta, los ojos saltones. Le miraban sin parpadear, como a un basilisco. Los ojos de reptil de Tucídides estaban vítreos; los de Polícrates nublados.

—¿Por qué asesinasteis a Fidias, el gran artista? —continuó, ya que los otros parecían incapaces de hablar ni de respirar siquiera.

Polícrates, el más capaz de recuperar el control de su voz, preguntó aterrado:

—¿Asesinar, señor? ¡Seguramente hablarás en broma!

—Hablarás en broma —repitió Tucídides, vacilando sobre los pies. Pericles insistió con la misma voz, serena y amenazadora:

—No bromeo. Fue envenenado esta mañana temprano en su celda. —Ahora lanzó un grito que resonó en la habitación—: ¿Qué os había hecho para que conspirarais contra él y le matarais?

—¡Dioses! —gimió Polícrates, que se volvió débilmente al arconte rey extendiendo la mano y como pidiéndole socorro. Pero el rostro del viejo era tan implacable como el de Pericles. Entonces Polícrates se volvió hacia este gimiendo de angustia—: Si fue asesinado yo nada supe ni tuve parte en ello. ¡Ante los dioses lo juro, señor!

—¡Ante los dioses lo juro yo también! —gimió Tucídides y sus párpados vacilaron como si estuviera a punto de desmayarse. Empezó a balancearse y a sollozar. Miró a Polícrates y se cogió de su brazo para no caer. Los cabellos blancos se agitaban con un terror que no había conocido en la vida—. ¿Por qué... —no pudo seguir por un momento— por qué había de querer alguien asesinar a Fidias?

—No lo sé —dijo Pericles con la voz más terrible que nadie oyera nunca—. Pero ya que los dos formabais parte del complot para destruirle, también sois capaces de asesinarle, si eso sirve a vuestro propósito.

Había logrado lo que deseaba. Había llegado hasta el fondo de su ser, convirtiéndoles en unos seres débiles, petrificados e impotentes. El perjurio y el soborno eran una cosa; el asesinato otra. Antes de que recobrarán el impulso innato

de defenderse y trataran de mentirle, añadió:

—Como veis, aquí están mi capitán y mis soldados. Es legal ejecutar a los asesinos instantáneamente si confiesan. ¿Por qué no confesáis entonces y morís de un modo rápido y fácil, sin enfrentaros al juicio, la ignominia pública, la muerte en público? Tú, Polícrates, eres de familia noble. Preferirás sin duda la ejecución en privado a la exposición ante los ojos del populacho cuando mueras. ¡Ifis!

Este se adelantó. Polícrates le miró con un terror mortal y retrocedió un paso. Pericles alzó la mano, como para detener a su capitán.

—Y, antes de que mueras, Polícrates, declaro abiertamente que tú hiciste que el nombre de tu esposa fuese falsificado en los informes públicos y se la incluyera entre los atenienses. Por tanto no es tu esposa sino tu concubina, y tus hijos son ilegítimos. No heredarán nada de ti, y tu familia los rechazará para siempre.

Entonces se derrumbó la última resistencia de Polícrates que cayó de rodillas ante Pericles, le cogió las manos sollozando y suplicó:

—Señor, ten piedad de esos pobrecillos... si no de mí, que soy inocente del crimen y nada sabía de él. Moriré con gusto para librar a los que amo de la infamia y la vergüenza...

—No perdonaste a Fidias, a quien yo amaba. ¿Por qué había de perdonarte entonces a ti, que mataste a Fidias?

Polícrates seguía gimiendo. Se inclinó más aún sobre sus rodillas y se golpeó la cabeza contra el suelo de piedra hasta hacerla sangrar. Pericles hizo una seña a Ifis que cogió a Polícrates por el cuello y lo levantó a la fuerza. Lágrimas y sangre le corrían por el rostro. Repitió:

—¡Soy inocente de ese asesinato! Haz conmigo lo que quieras, pero perdona a mi esposa y a mis hijos. No tengo miedo a la muerte, sólo temo por el destino de mi familia. Tú tienes hijos, señor, y no serás insensible a su destino...

Tucídides seguía en pie temblando, lamentándose y estrujándose las manos. Pericles le lanzó una mirada de asco, pero sólo se dirigió a Polícrates.

—Tal vez no asesinaras tú a Fidias, ni dieras órdenes para que muriera, ni supieras que preparaban su muerte. Aceptaré eso; de momento. Pero sí falsificaste los informes públicos del tesoro para declarar que Fidias era un ladrón, que había recibido sumas desorbitadas por el trabajo glorioso llevado a cabo. Aceptaste un soborno por esa maldad. Porque te amenazaron con la denuncia de tu esposa e hijos.

Polícrates se secó la sangre y las lágrimas del rostro con el dorso de la mano y respondió con desesperación:

—Sí, eso es cierto. Habría resistido el soborno por mucho que deseara el dinero. Confieso que al fin llegué incluso a convencerme de que aquello era en realidad cierto, que Fidias había robado al tesoro con tu consentimiento, señor. Sí, lo confieso. ¿No eran enormes las sumas que se destinaban a la Acrópolis? Tuve primero que vencer a mi conciencia antes de acceder a la presión. El soborno... sí, a él podría haberme resistido. Pero me amenazaron con denunciar mi matrimonio ilegal con mi

amada esposa, y a eso no pude resistirme.

Los labios pálidos de Pericles se apretaron. La angustia indudable de aquel hombre empezaba a afectarle. Por tanto se volvió a Tucídides.

—¿Qué papel representaste tú en esa conspiración monstruosa, viejo malvado?

Tucídides gimió:

—No supe nada del crimen. ¡Piedad, señor! Me enloquecían tus despilfarros, lo confieso. Te odiaba, lo confieso. Por tanto me uní a la conspiración contra ti para atacarte a través de Fidias. Pero ¡un asesinato! ¡Dioses, un asesinato no!

Pericles se recostó en la silla y le miró con odio intenso.

—Si se hubiese hallado culpable a Fidias merced a las falsificaciones de Polícrates, a tus acusaciones, y a esa conspiración, habría sido ejecutado. ¿No llamarías a eso un asesinato?

Tucídides agitó la cabeza y clamó en voz más alta aún:

—¡No, no lo habría considerado un crimen! Habría sido una ejecución. Pero me aseguraron que lo más que podía ocurrirle a Fidias era el exilio o la prisión y la vergüenza pública. Yo no tenía nada contra él, ni como hombre ni como artista. Sólo me enojaban tus despilfarros. Repito, sí, que te odiaba. Me habías hecho perseguir como usurero... —hablaba de modo incoherente, y empezó a articular palabras sin sentido.

—Luego la víctima propuesta era yo, ¿no es cierto?

El silencio de ambos fue una confesión más clara que las palabras. El arconte rey habló por primera vez a los culpables.

—Tú, Polícrates, de familia aristocrática, habrías jurado solemnemente hoy ante mí que Fidias era culpable de malversación. Tú, Tucídides, habrías declarado también que Fidias era asimismo culpable de sacrilegio, aunque ni siquiera la plebe había llegado todavía a esa conclusión. Ninguno de los dos os atrevisteis a disponer abiertamente el asesinato de vuestro jefe de estado, ni a difamar con franqueza su carácter. Pero sí os proponíais hacerlo a través de Fidias. Eso, en mi opinión, es peor que un crimen. ¡Ah, que no exista un castigo adecuado para vosotros dos!

Ahora se levantó con toda la dignidad que le prestaban sus ropajes oficiales y les dijo con una firmeza llena de amargura:

—Ante los dioses soy vuestro juez. Y ante mí, Polícrates, habrías cometido perjurio contra un inocente con el fin de destruirle. Eres más culpable que tu compañero Tucídides, que es muy viejo, de familia humilde por parte de su madre, y estima el dinero sobre todas las cosas. Por tanto ordeno que se os arreste a los dos y se os lleve a la prisión donde aguardaréis el juicio público en el que todo quedará expuesto y nada oculto.

—Un momento —dijo Pericles—. Necesito los nombres del resto de los conspiradores, que no escapan a mi propio juicio. Habla, Polícrates. Ahora no tienes nada que perder.

Pero este vacilaba, pues era de estirpe aristocrática. Tucídides fue el que se

adelantó tembloroso unos pasos hacia Pericles y gritó:

—¡Yo los nombraré, señor, si tienes piedad de mí! ¡Soy un viejo, mis cabellos y barba ya son blancos y moriría en la prisión! ¡Ten piedad!

Pericles dijo:

—No te prometo nada, pero tomaré en consideración que has hecho una confesión completa de tu culpabilidad y que no has ocultado los nombres de los demás culpables.

Tomó la pluma y puso ante sí un pergamino.

—¿Bien? —Aguardaba.

Tucídides miró rápidamente a Polícrates, que se limitó a seguir de pie, más y más pálido.

De modo que Tucídides los nombró. El arconte rey escuchó con silencioso horror, porque varios eran amigos suyos y uno estaba casado con su sobrina. En una o dos ocasiones hizo un gesto de desesperación y angustia. Pericles fue escribiendo los nombres a medida que Tucídides los decía con voz temblorosa y retorciéndose las manos. Cuando dejó de hablar, Pericles contempló la lista que había escrito, y sus ojos tenían la mirada ciega de una estatua enfrentada al sol.

Dijo, con gran serenidad:

—Polícrates, creí que sólo yo conocía tu matrimonio ilegal. Nunca te dije que lo supiera. Tenía piedad, cosa que no tuviste tú; como tampoco gratitud por haberte nombrado custodio del tesoro. Si continúas con vida y eres juzgado, el matrimonio será de conocimiento público. Eso te lo aseguro. Si no eres juzgado, tus compañeros guardarán silencio porque son de tu clase. También creerán que nunca los traicionaste, y por eso no hablarán.

Después se volvió a Tucídides:

—No deseo que seas juzgado tampoco porque podrías descubrir el caso patético de Polícrates. Sí, patético es; ¿no amo yo mismo a una extranjera? No se podría confiar en ti en un tribunal público, Tucídides. De modo que debes salir en seguida de Atenas, exiliado voluntariamente y de por vida. Y —de nuevo se alzó amenazadora su voz— si hablas de Polícrates y su familia, incluso en el exilio, mis hombres te hallarán y morirás.

Tucídides, vencido por un gozo febril, unió las manos y se acarició la barba.

—Señor, que los dioses te bendigan por tu piedad. Me marcharé hoy sin hablar con nadie, ni siquiera con mi familia —dijo. Lágrimas de agotamiento y de alivio surgían de sus ojos.

Pericles hizo una mueca de disgusto y dijo:

—No me has dicho quién fue el que sobornó a Polícrates.

Incluso Tucídides vaciló ahora. Había ocultado el nombre de Calias por temor a Pericles, pues ¿no era el hijo de la esposa que este rechazara? Tal vez uno y otro se odiaran y detestaran mutuamente, pero Calias era hermanastro de los hijos de Pericles. Estaba en un dilema y de nuevo se atrevió a lanzar una mirada a Polícrates.

Pero este había inclinado la cabeza y parecía meditar.

—¿Fuiste tú, Tucídides? —insistió Pericles.

Aterrado, temeroso de que se le retirara la merced ofrecida si el jefe de estado le creía culpable, el viejo exclamó:

—¡Señor, no te enfurezcas! ¿No he confesado y te he dado los nombres de los otros? Señor, el que sobornó a Polícrates y le amenazó fue... Calias, hermano de tus hijos.

Hubo un silencio prolongado en la habitación pues todos quedaron inmóviles como estatuas, incluso Ifis y los soldados. Entonces dijo Pericles sin emoción aparente:

—Debí haberlo adivinado. Sí, tenía que haberlo sabido.

Dejó la pluma en la mesa con mano firme. Empezó a enrollar el pergamino como si no se apercibiera de los que le rodeaban.

Finalmente miró a Polícrates y este le devolvió la mirada con firmeza. La sangre cubría su rostro.

—Eres un valiente, aparte de tu venalidad, Polícrates, y de todos tus crímenes contra un hombre bueno, inocente e ilustre. Sí, podías haber resistido el soborno, pero no la vergüenza de tu familia. Ya ves que soy misericordioso, después de todo.

Polícrates se inclinó en silencio; su rostro era cadavérico.

—¿Me entiendes bien, Polícrates?

—Sí, señor —su sonrisa era angustiosa, pero firme.

Tucídides le miró. Polícrates era más culpable que él; sin embargo Pericles le perdonaba. Frunció el ceño. ¡Ni siquiera le condenaba al exilio!

—Ambos podéis salir ahora —dijo Pericles, y se apartó de ellos. Pero añadió a Polícrates—: Ve en paz. Abraza a tu familia.

Cuando hubieron salido, el arconte rey dijo con voz asombrada y trémula:

—Te había juzgado muy mal, Pericles, y te pido perdón, pues eres bien noble —se detuvo y sonrió francamente— aunque seas también un derrochador.

Pero Pericles nada dijo y, tras una mirada compasiva, el arconte rey dejó asimismo la habitación.

Polícrates abrazó a su amada familia esa noche, luego se retiró a solas a su cámara. Allí, con mano firme, se clavó una daga en el corazón y murió calladamente. Jamás se explicó su suicidio.

Calias fue seguido unas cuantas noches más tarde, cuando se dirigía a una de sus visitas habituales a las callejuelas del puerto, envuelto como siempre en una capa y encapuchado. Le asesinaron en una calle miserable. Sus asesinos nunca fueron descubiertos, aunque se dijo que le habían matado unos ladrones para robarle la bolsa.

Los otros conspiradores se convencieron a sí mismos de que Polícrates había muerto antes de denunciarles, de modo que, en agradecimiento, no le traicionaron después de su muerte. En cuanto a Tucídides... ¿dónde estaba aquel viejo plebeyo?

Nadie le vio de nuevo. Habría huido, decidieron todos, al enterarse del suicidio de Polícrates. Luego los dos únicos testigos que podían haberles llevado a juicio se habían desvanecido. Pero cuando Calias fue asesinado, al parecer por unos ladrones, adivinaron parte de la verdad, por poca que fuera. En cuanto al desconocido que envenenara a Fidias, había de quedar impune.

Uno a uno fueron marchándose sigilosamente de Atenas por ausencias prolongadas, y la mayoría ya no regresó. Pero el rumor iniciado por ellos: que Pericles había hecho envenenar a Fidias, fue creído por el populacho.

Paralo envió a un esclavo a su padre para solicitar su permiso a fin de reunirse con él en la biblioteca. Cuando le dieron licencia entró en la sala en la que Pericles, de rostro gris y marmóreo, estudiaba unos mapas de guerra, unos planes estratégicos. Sus cabellos, ahora muy blancos, le daban un aspecto implacable, pues formaban una extraña aureola en torno al rostro; su aspecto ya no era el de un jefe de estado, sino el de un militar indomable, pues la guerra con Esparta y las demás ciudades-estado había estallado repentinamente a sangre y fuego. Nunca anteriormente había estado Atenas tan terriblemente amenazada desde las guerras sostenidas con Persia.

Alzó los ojos y miró a Paralo casi como si no le viera; luego le indicó una silla y volvió a sus mapas. Llevaba una gruesa túnica de lana roja y un brasero ardía a sus pies, pues era invierno, y la nieve cubría pesadamente las lejanas montañas de Macedonia, y el aire, en Atenas, cortaba como un cuchillo bajo el cielo grisáceo que envolvía sus colinas. Pericles calzaba botas altas forradas de piel, tenía las manos heladas se las frotó, ausente por unos momentos, sin apartar los ojos pálidos de los mapas.

Paralo no se sentó. Aguardó sencillamente mirando a su padre, con quien guardaba gran parecido, excepto en los ojos oscuros. Pericles seguía enfrascado en los mapas, frunciendo el ceño. Sin embargo, se daba cuenta de que su hijo permanecía de pie a su lado y en silencio. Estaba pensando. Oía el rumor que sobre las piedras producían las botas claveteadas de los soldados que guardaban la casa. La luz de la lámpara vacilaba a impulsos de la corriente de aire, las cortinas de lana no estaban del todo corridas ante las ventanas y entre ellas se veía la luna pura y blanca, como si fuera hielo sobre un mar de negrura.

Desde el verano pasado, cuando Fidias y Calías fueron asesinados, algo había cambiado en Paralo. Jamás había sido charlatán, como su hermano mayor, ahora al mando de una gran guarnición de soldados que vigilaban los lugares de acceso a Atenas. Paralo no era dado a cambios bruscos de humor, como Jantipo; su modo de ser era más ponderado, aunque franco también. Era algo lento en comparación con la naturaleza voluble e ingeniosa de Jantipo. Nunca se mostraba animado en exceso y sólo hablaba cuando tenía algo importante que decir. Sin embargo se había vuelto más callado desde el último verano; su reserva natural había aumentado y con frecuencia parecía abstraído. Pericles, a pesar de sus graves problemas, se había percatado al fin de ello, si bien inconscientemente. Como Paralo, Pericles nunca interfería en los pensamientos secretos de los demás, excepto los de Aspasia, ya que esta era para él un segundo corazón, una segunda mente, un segundo espíritu. Ni siquiera sentía tan próximos a él, como a Aspasia, a sus amados hijos. Ella era su

propia carne.

—¿Querías verme, hijo mío? Te suplico que lo que hayas de decirme sea breve, pues es muy tarde y tengo otros mapas que estudiar. —Dijo mirando ahora a Paralo.

Paralo respondió con la voz que tuviera Pericles en su juventud, firme y resonante:

—Me gustaría que me dieras permiso para visitar a mi madre por algún tiempo hasta que mengüe su pena. Está muy sola, a excepción de la abuela, muy anciana, que ya no puede dejar el lecho.

Pericles lo miró intensamente y dijo:

—No eres un niño, ni un muchacho siquiera, Paralo. Eres ya un hombre joven. Tú mismo has de tomar esa decisión.

Paralo se inclinó ligeramente. Luego las miradas de ambos se cruzaron por unos momentos. Al fin Pericles suspiró y continuó:

—Sé que algo te turba. No te pido que me lo digas, pues eres un hombre, con los problemas de un hombre, y sería un error por mi parte entrometerme en tus pensamientos. Tengo en mis manos el destino de Atenas; ni siquiera mi familia puede entorpecer ese deber, ni privarme de mis fuerzas.

—Comprendo —dijo Paralo—. No soy una mujer petulante que exige la atención que debe dedicarse a otros asuntos de peso. Soy hijo de un soldado, hermano de un soldado, y ojalá yo mismo lo fuera. Pero no importa. Pensé que, por cortesía, debía pedirte permiso para vivir con mi madre, tan solitaria, durante algún tiempo, ya que todavía habito bajo tu techo.

Pericles le miró con mayor intensidad. Se echó atrás en la silla y sus ojos claros quedaron cuidadosamente velados, aunque brillaran a la luz de la lámpara. Era como si le mirara a través de una película de hielo y no de la membrana del ojo. Su mano acariciaba los mapas lentamente. Sin dejar de mirarle, dijo:

—Hijo mío, Atenas jamás recuperará la gloria que tuvo en vida de mi querido amigo Fidas, tan horriblemente asesinado —su voz había cambiado y era más lenta y dura—. Parte del alma de Atenas murió con él. Tenía la categoría de un dios. Cuando los hombres mueren, familiares y amigos les lloran. Cuando muere un dios, los mismos cielos se turban.

Un espasmo cruzó el rostro de Paralo, pero permaneció en silencio. Por un momento vacilaron sus ojos, luego se clavaron de nuevo en el rostro de su padre.

—Fidas —continuó este— fue asesinado, como sabes, no porque le odieran; ¿quién podría odiar a un espíritu como el suyo? Fue asesinado para acabar conmigo. Existió también un complot contra mí, encaminado a deponerme o exiliarme.

Paralo respondió en voz baja:

—Sí, lo sé. He oído rumores en la ciudad. Atenas es la misma cuna de las murmuraciones.

De pronto Pericles se impacientó de modo extraordinario:

—¡Basta! Me alegro de que demuestres esa devoción filial por tu madre que, en

realidad, está sola. Vuelve, si ese es tu deseo —dijo.

Pensó para sí: «¿Qué padre conoce en verdad a su hijo y puede atravesar la barrera de la carne hasta lo más profundo de la comprensión total? No damos el alma a nuestros hijos; sólo el cuerpo material. No somos uno de nuestros hijos, como con la mujer amada, y hay algo misterioso en eso, extraño, después de todo, y en ocasiones, tal vez nuestro peor enemigo».

Luego se suavizó con respecto a Paralo y le tendió la mano.

—¿Es la despedida definitiva, hijo mío?

Cogió esta la mano de su padre y sus dedos estaban helados. Respondió:

—No, no lo es para siempre, pero podría serlo para mucho tiempo. Pericles intentó sonreír. Retuvo entre las suyas la mano de su hijo y dijo:

—Hay muchas cosas que tú no comprendes, Paralo, y que yo debo seguir guardando en secreto. Hay otros que necesitan de mi silencio, y sus necesidades son mayores que las tuyas, e incluso que las mías. Ve, pues, Consuela a tu madre que llora a su hijo muerto. La pobre mujer cuenta con un consuelo mayor del que cree al teneros a Jantipo y a ti.

Paralo se inclinó de nuevo ante su padre y dejó la biblioteca con el mismo paso regio de Pericles, y este le observó ir con el corazón abrumado. Volvió a sus mapas, los rollos, la pluma. De pronto se sintió exhausto, vencido por el dolor. La muerte de Fidias jamás se borraba de su recuerdo y volvía a experimentar un sufrimiento agudo y tan insoportable como si Fidias acabara de ser asesinado y él comprendiera con incredulidad que había desaparecido para siempre. Arrojó bruscamente el rollo que sostenía entre las manos y este cayó al suelo, tan helado ahora que ni siquiera la gruesa alfombra persa y sus botas le libraban del frío. Tembló. Parpadeó para aliviar sus ojos, pues se había formado en ellos una neblina que le turbaba la visión. Por primera vez experimentó una amarga cólera contra Paralo, tan terco y, a pesar de su admirable dominio propio, con cierta veta de sentimentalismo y blandura.

«Nunca habría sido un buen soldado —se dijo Pericles—. No hay bastante dureza en él, bastante hierro, y me desilusiona y entristece también que su juventud le impida comprender que un hombre ha de hacer lo que debe. No llega hasta el fondo de las cosas para aceptarlas. Es extraño que no lo comprendiera antes, y que me duela tanto».

Jantipo, a pesar de su frivolidad aparente en ocasiones, y a despecho de su temperamento voluble, los chistes escandalosos, su gracia y elegancia extremas, era un hombre más fuerte que su hermano y, sobre todo, un soldado. Había escrito, a propósito de Calias:

«Me alegro de que ese monstruo haya recibido el destino que merecía, pues iba esparciendo desastres con el mismo descuido con que un niño deja caer las migas, o los pájaros sus excrementos. El mundo es un lugar más limpio desde que algún asesino desconocido le enviara a Hades. Me gustaría que Quilón lo hubiese ahogado en la Estigia. O que Cerbero le devorara. Si conociera a sus asesinos, les enviaría mis

saludos y felicitaciones».

El corazón amargado de Pericles se caldeó al recuerdo. Olvidó que Jantipo se había opuesto en ocasiones a sus planes estratégicos y que hacía poco le había escrito al respecto con protestas elocuentes. Jantipo no conservaba la calma exteriormente como Paralo. Se mostraba exageradamente alegre o furioso, deprimido o exaltado. Pero siempre era un soldado. Cuando su esposa dio a luz un hijo varón le había expresado su placer y gratitud con lenguaje vehemente en una carta que ella conservaba con amor. Sin embargo, bajo aquella ligereza superficial había un carácter férreo, esencial en el militar y el hombre consagrado a su país, aunque él se riera con frecuencia de las demostraciones exageradas de patriotismo. A pesar de aquella máscara de animación, de sus bromas contra los demasiado serios y pomposos, Jantipo era interiormente tan inexorable como su padre en los asuntos realmente importantes; y tan firme. Pericles pensó en su hijo mayor con un sentimiento muy semejante a la gratitud.

Apagó la lámpara y se fue al dormitorio. Aspasia no dormía todavía, a pesar de que era muy tarde. Parecía saber cuándo estaba él turbado e inquieto aunque nunca hablara de ello. Le tendió los brazos y Pericles se dejó caer de rodillas junto al lecho y apoyó la cabeza en el pecho de Aspasia, que le abrazó estrechamente. Su carne era cálida, dulce y fragante; los cabellos le caían sobre los hombros y la espalda. Su contacto era tierno y consolador. Los ojos relucían con muchas chispas brillantes como el vino oscuro al sol.

Y él dijo, aliviado en sus brazos:

—Paralo me pidió permiso para dejar mi casa y visitar a su madre... durante largo tiempo.

—Pensé que lo haría. Hace varios meses que esperaba que lo hiciera. Pericles quedó atónito.

—Pero ¿nunca me lo dijiste!

—No. ¿No tenías ya suficientes preocupaciones por el estallido de esta gran guerra que ha estado preparándose tantos años? Hasta que llegara el momento en que Paralo tomara finalmente su decisión, ¿para qué habías de saberlo? Una carga más habría sido demasiado.

Él la abrazó.

—¿Te he dicho alguna vez que te amo, cariño?

Aspasia apoyó la mejilla en la cabeza de Pericles y se rió para no echarse a llorar.

—No. Jamás me lo dijiste.

El cuerpo de Pericles estaba helado, y él tembló de nuevo, pero se quitó la túnica y se metió bajo las sábanas con ella e hicieron el amor como si esta fuese su noche nupcial y ambos fueran unos amantes jóvenes y ardientes, exultantes y unidos, en una carne, en un alma, consumidos de pasión y regocijándose en ello. Y ese fue su consuelo.

Entre los que se relacionaban con Jantipo había un joven muy rico y disoluto, de

gran inteligencia, y con el grado de general en el ejército. Era también pariente de la familia de Pericles, ya que pertenecía al linaje de los Alcmeonidas. Se distinguía por su notable belleza y por una gran afición por los buenos caballos, pero también se había hecho famoso por su carácter disipado. Se llamaba Alcibíades, y era mucho más joven que Jantipo. Cuando deseaba hacer alarde de ello —cosa muy poco frecuente— su inteligencia era extraordinaria. En el carácter se parecía bastante a Jantipo, pero era el favorito entre sus hombres y el populacho pues, al contrario que este, sabía refrenar su lengua y raramente ofendía a alguien con un chiste cargado de la fina crueldad de Jantipo, el cual, más sofisticado, solía hacerlo con frecuencia. Sus hombres bromeaban con él, pero sabían perfectamente hasta donde podían llegar a este respecto, y le amaban más que a Jantipo que, en ocasiones, estallaba repentinamente con la fría altivez y los modales dominantes de su padre. Alcibíades y Jantipo no eran amigos, aunque se trataban con cortesía como compañeros y oficiales, pues eran demasiado similares de carácter para congeniar.

Jantipo estaba un poco resentido contra su padre porque este le tenía cariño a su pariente más joven y estimaba sus cualidades como soldado y como político incipiente de grandes dotes, capaz —según Pericles describía gráficamente— de conseguir que la estatua de mármol de una virgen vestal se quitara el peplo y se ofreciera con total entrega como una mujer de carne y sangre ardientes. En todo momento, incluso en el campo de batalla, aparecía inmaculadamente vestido y hasta perfumado, con unos modales lánguidos y afeminados, aunque su personalidad fuera del todo varonil. A Jantipo le enojaba que Pericles admirara a aquel joven exquisito, ya que era de natural celoso del afecto de su padre y en ocasiones se había disgustado incluso cuando Pericles le demostraba sin tapujos su cariño a Paralo, a quien el mismo Jantipo amaba profundamente. Por eso solía sorprender a su padre en sus cartas con quejas acerca de Alcibíades, quejas no siempre justificadas.

Esto desconcertaba a Pericles y se añadía a sus preocupaciones, ya que siempre estaba pendiente de los miembros de la familia y era muy susceptible en todo lo referente a ellos. El padre de Calias había estado casado con otra mujer antes de unirse a Dejanira y aquella le había dado una hija. Antes de ser asesinado, Calias se la había entregado en matrimonio a Alcibíades. Jantipo comenzó ahora a mencionar este hecho en sus cartas a Pericles, que siempre se las mostraba a Aspasia. Ella le decía:

—Jantipo está celoso, amor mío, pues le gustaría que a nadie amaras tanto como a él. En ocasiones tuvo celos de tu afecto por mí.

—Tonterías —contestaba Pericles irritado—, esa es una típica interpretación femenina. Y con ello no se calmaba su perplejidad. Aspasia le aconsejaba:

—Cuando escribas a Jantipo no le hables tanto de Alcibíades —sabio consejo que él ignoró repetidamente, por lo que las quejas de Jantipo sobre su pariente, que ya era general, iban adquiriendo un tono amargo, aunque no fueran del todo explícitas.

Una vez escribió:

—Sin duda, tu afecto por Alcibíades, padre mío, surge del hecho de que, en una

ocasión, salvó la vida de tu amigo Sócrates en el campo de batalla. Pero Sócrates —añadía— ya le devolvió el favor, si es que quieres recordarlo.

En este punto fue cuando, sin que Pericles lo supiera, Aspasia se decidió a escribir a Jantipo:

«Tu padre se siente en verdad agradecido a Alcibíades porque salvó la vida a Sócrates. Pero es que además es un joven muy divertido, y en estos momentos tan odiosos tu padre necesita la mayor distracción posible».

A lo que Jantipo contestó:

«Soy lo bastante sutil, mi querida amiga Aspasia, para comprender que quieres calmar mis resentimientos naturales contra Alcibíades, que está corrompiendo la moral de nuestros hombres. Con frecuencia bebe y se emborracha con ellos, y sus risotadas y gritos indecentes no van de acuerdo con la tradición militar».

Aspasia sonrió al leer estas palabras ya que Jantipo solía ser indecente incluso cuando hablaba con ella y con su esposa. Le contestó:

«Tu padre me habla constantemente de ti, pues, aunque ha pasado mucho tiempo, Paralo no ha vuelto a casa, y raramente le visita. Tú eres el representante de Pericles en el campo de batalla, y él se enorgullece grandemente de ti».

Por algún tiempo, Jantipo se sintió aplacado y no volvió a mencionar a su pariente, pero, como Pericles le preguntara por él una y otra vez, creció su resentimiento y salió a relucir lo peor de su carácter. Comenzaron a escasear sus cartas, que adoptaron un tono más oficial, y Pericles se preocupó. Aspasia suspiraba, lamentándose en su interior. Ya era bastante que estuviera aquella gran guerra en marcha y Atenas en peligro, y que los atenienses, agotados con las guerrillas y escaramuzas constantes, observaban el conflicto creciente no sólo con alarma sino también encolerizados. El tesoro se había empobrecido con aquellas guerras intermitentes, y ahora estaba exhausto debido a las batallas actuales, de mucha mayor importancia, en las que los jóvenes atenienses morían en gran número. La guerra del Peloponeso había llegado a un punto peligroso y muchos decían que ni siquiera las guerras persas habían sido tan horribles y devastadoras. Aparte de eso, Egina, aliada de Atenas y miembro reacio del imperio ateniense, protestaba que Atenas le exigía impuestos demasiado onerosos debido a esta guerra, y que Pericles se había negado a concederle la autonomía establecida por el tratado. No era un secreto para nadie que Egina estaba a punto de rebelarse contra el gobierno de Atenas y contra la misma guerra. Últimamente, y sin demasiada discreción, había iniciado tratos con Esparta y sus aliados. Esparta, a pesar de ser una ciudad-estado de guerreros, había preferido siempre en el pasado que fueran sus aliados los que se enfrentaran con Atenas, y se habían contentado con invadir periódicamente las tierras de Ática. Ahora estaba más que deseosa de luchar con Atenas hasta el fin y de destrozar el imperio ateniense, su supremacía marítima y su marina formidable. Además Pótida, otro aliado de Atenas, o más bien un súbdito aliado, daba señales alarmantes de disponerse a traicionarla, y su pueblo repetía ya el grito de guerra de Esparta:

—¡Librad a los helenos del gobierno del déspota Pericles! ¡Libertad o muerte! — gritaban los jóvenes en las calles de Pótida, y con frecuencia huían antes que luchar contra Esparta. Todo esto, incrementado por la desafección de muchos atenienses, especialmente los jóvenes, era una carga bien pesada para Pericles.

—¿No comprenden nuestro pueblo y nuestros aliados que estamos luchando por nuestra misma existencia? —exclamaba—. Si Esparta queda victoriosa no sólo nos convertirá en un estado súbdito sino que esclavizará a nuestro pueblo y le impondrá su filosofía bárbara, haciendo de Atenas un gran campo de prisioneros en el que todo será duro trabajo y en el que ya no se volverá a cantar.

—El león está acorralado al fin —se decían los enemigos de Pericles. Regocijábanse en ello aunque su propia vida correría peligro en el caso de que Atenas fuera conquistada. Entre los ricos y aristócratas eran muchos los que se burlaban de la alarma de Pericles y de su firme decisión de salvar la ciudad costara lo que costase. Estos aristócratas en particular no habían formado parte de la antigua conspiración contra Pericles, y se habían sentido sinceramente horrorizados ante el asesinato de Fidias, pues preferían la vida cómoda, las fiestas, los Grandes Juegos y el teatro, a la controversia. Pero, ahora que veían agotarse a toda prisa su fortuna debido a los impuestos originados por la guerra, sólo querían la paz con Esparta olvidando que Pericles había luchado en vano y durante muchos años por esa misma paz, ya que Esparta jamás había abandonado su decisión de gobernar sobre toda Grecia y forzarla a adoptar su estilo de vida.

—¿Es que no comprenden esos sibaritas ociosos y afeminados que, si Esparta gana, ellos serán los primeros en verse eliminados? —preguntaba Pericles a sus amigos—. Los bárbaros detestan a esa gentuza. Sin embargo hay entre nosotros traidores que preferirían que nos rindiéramos a Esparta o le hiciéramos concesiones inconcebibles sólo por lo que ellos llaman «paz y amistad». —Y añadía con una cólera helada—: Si tuviera la seguridad de que, en el futuro, mi ciudad será capaz de librarse de su dominio, me encantaría ver lo que hacía ahora Esparta con esos elegantes disidentes.

—Se engañan a sí mismos creyendo que Esparta pondría en sus manos el gobierno de Atenas con todo despotismo —sugirió Aspasia, y Pericles, finalmente, se mostró de acuerdo con ella.

—No sólo quieren conservar su fortuna, sino que además ambicionan el poder —dijo—. El poder es la ambición definitiva y más profunda de aquellos que tienen demasiado dinero, demasiadas diversiones y demasiado odio. Están ahítos. Les gustaría disfrutar de una autoridad absoluta sobre nuestra industriosa clase media, y abolirla, y tener así una nación de esclavos dóciles y mudos.

Empezaron a oírse en público ahora, y con mayor fuerza, las antiguas acusaciones de que Aspasia era la que incitaba a Pericles a la guerra, que los dioses sentían deseos de venganza porque Aspasia les encolerizaba con su impiedad y su corrupción hacia los jóvenes de Atenas, y que su casa no era sino un burdel. Crecía el descontento y la

rebelión de la chusma, inspirados por los aristócratas enemigos de Pericles que derrochaban en ello su dinero. Todos se decían que Aspasia era una extranjera, que no amaba a Atenas y que deseaba ver su fin.

Un día, estando Pericles ausente —ya que se hallaba visitando la guarnición de Atenas en compañía de su hijo Jantipo— Aspasia fue arrestada «por los muchos crímenes de esta extranjera contra Atenas, incluido el de traición».

Con el pretexto de que necesitaba el consejo del mejor médico, Polibio concedió permiso a Helena para que le visitara en su casa. Se metió en cama y ni siquiera su hermosa hetaira fue admitida en la habitación. Era viudo. Entró Helena y él se maravilló de lo poco que la habían estropeado los años pues, aunque admitía abiertamente que llevaba teñido el pelo, en tiempos de un maravilloso tono castaño, y aunque había engordado y estaba más robusta y frescachona que nunca, sus ojos azules no habían perdido en absoluto la vitalidad y todavía había en Helena el aire entusiasta y expectante de la juventud, esa exuberancia animal que los hombres hallaban fascinante.

Polibio, el arconte rey, había sido uno de sus amantes y, cuando ella le había despedido amablemente, la había llorado muchas noches. Por cariño a sus amantes rechazados, Helena les buscaba siempre hetairas más jóvenes y complacientes, y el arconte rey no fue una excepción. Su hetaira era joven, amable e inteligente, y atendía a todas sus necesidades, y por eso guardaba gratitud eterna hacia Helena.

Estaba tomando una comida ligera de anchoas, sardinas, pan de trigo, queso de cabra, fruta, cebollas preparadas con ajo, cerdo asado, pescado, aceitunas y vino en su cámara cuando llegó Helena con sus dos ayudantes, a los que dejó fuera. Miró todo lo que había en la mesa y dijo.

—Veo que comes muy poco estos días, querido Polibio.

—No me vengas con esos sarcasmos que recuerdo muy bien; querida Helena —respondió el viejo, ahora muy delgado—. Después de todo no estoy realmente enfermo; esta visita fue a instancias tuyas. ¿Quieres tomar algo conmigo?

—¿Y privarte de tan escaso sustento? —exclamó Helena con asombro simulado. Tomó una anchoa con los dedos y dijo—: Demasiada sal. Ya te he advertido de los peligros de todo esto, ángel mío, pero no quieres escucharme. Hipócrates nos enseñó que la sal es dañina para las personas de mediana edad y debía utilizarse con moderación. ¿Quieres morir de repente en los brazos de Dafne?

Los amigos de Polibio se habrían quedado atónitos al ver su sonrisa y oírle decir con humor extraño:

—Y ¿no sería esa la mejor muerte, y la más deseable?

Helena se encogió de hombros al sentarse a la mesa con él y aceptar una copa de vino excelente, el único despilfarro de Polibio en cuestión de sibaritismo. Aunque muy prudente en sus conversaciones, pues prefería escuchar sin hacer comentarios, le encantaban las murmuraciones de la ciudad, y Helena le satisfizo hasta que las risas de Polibio resonaron en toda la casa, para asombro de los esclavos.

Al fin recobró la seriedad y miró a Helena con sus ojos sabios y penetrantes.

—Ahora que ya nos hemos divertido, querida Helena, debo confesarte que sé lo que te ha movido a hacerme esta visita. Aspasia —y su rostro era ahora sombrío.

—Por supuesto —dijo Helena, bebiendo una copa de vino muy fresco. Sus mejillas rosadas se habían acalorado con el vino—. ¿Quién más? Sabes que las acusaciones en su contra son ridículas, Polibio.

La miró pensativamente por unos instantes. Luego dijo:

—No siento amor por Pericles porque es un derrochador, ni apruebo su estrategia militar, que esta costando demasiado dinero y demasiadas vidas de atenienses. Pero no importa, porque le respeto profundamente y sé que es un hombre justo y, en consecuencia, se labra enemistades. Nunca he conocido a un sinvergüenza que no tuviera una legión de amigos. Un buen hombre no. Del mismo modo que sus enemigos le atacaron a través de Fidias, lo hacen ahora por medio de Aspasia. Cuando el asunto de Fidias, creyeron que le obligarían a huir, pero Pericles es más fuerte que todo eso. Saben que Aspasia es su talón de Aquiles, su punto más vulnerable. Están seguros de que, con objeto de salvarla, estará dispuesto a desterrarse.

—¿Crees tú que lo aceptará?

—Bien sabes que no, Helena. Ni siquiera se le ocurriría. Ama a Atenas por encima de todo, más que a Aspasia, a sus hijos, sus amigos y su vida.

Mientras Helena meditaba estas palabras, que sabía ciertas, el arconte rey continuó:

—Es un asunto muy grave. Han presentado cargos contra Aspasia no sólo a través del arconte epónimo, que juzga las demandas civiles, del arconte polemenco, que preside las de los extranjeros, sino también de los arcontes tesmotetas, que protegen los intereses materiales de la ciudad. Por no hablar de mí mismo, que la acuso de impiedad. —Y añadió secamente—: ¡Pero yo no pretendo juzgarla como criminal! Eso sería absurdo.

—Sabes que no es culpable de esas cosas.

La prudencia dominó de nuevo al arconte rey, que apretó los labios.

—Lo que tú y yo, o cualquier otro, pueda creer, Helena, carece de importancia. Los cargos han sido pronunciados ante mí. Han de resolverse en el tribunal, y contando con el jurado. No tengo otra alternativa.

—¿No puedes darme los nombres de los que han presentado esas acusaciones ridículamente monstruosas contra Aspasia?

La miró con reproche.

—Helena, sabes que no puedo y, desde luego, no antes del juicio. —Vaciló—. ¿Has enviado a buscar a Pericles...? Sé que su propio gobierno no le informaría, por desgracia.

—En el mismo momento en que supe del arresto de Aspasia.

El arconte rey daba vueltas a la copa entre los dedos, mirando el vino.

—Los enemigos de Pericles desean que Aspasia sea juzgada, condenada y

ejecutada antes de que él tenga la oportunidad de presentarse. ¡Qué lástima, ¿verdad?, que el arconte rey, el magistrado principal, esté tan enfermo en este momento que no pueda presidir el juicio, distinción que le es privativa! Soy un viejo, tengo tantas palpitaciones y trastornos de estómago, y me siento tan indispuerto... Y la cuestión es que nadie puede ocupar mi lugar, ya que la mía no es una enfermedad mortal.

Helena se levantó entonces, le pasó los brazos en torno al cuello y, con lágrimas en los ojos, le besó ardiente y repetidamente. Él le metió diestramente la mano bajo el peplo y Helena se apretó contra él.

—Sé que no me acaricias por pura magnanimidad, señor, ni tampoco te lo permito yo por eso. Es de justicia, y por tu justicia me siento bien dispuesta hacia ti.

Entonces corrió el cerrojo de la puerta, apagó la lámpara y ambos se unieron en la cama. Polibio recordaría esa noche durante el resto de su vida, pues Helena le había dado de nuevo la pasión de la juventud que él creía perdida para siempre. Incluso su joven hetaira era torpe e inexperta comparada con esta mujer encantadoramente sabia a la que nunca había olvidado.

Helena, como hacía a diario, visitó a Aspasia llevándole un cesto de golosinas y una botella de vino excelente. Ya había notado antes que estaban de servicio guardias militares especiales, y no la policía habitual de la prisión, y que los guardias la obligaban a probar la comida que traía para Aspasia antes de permitir que esta la tomara.

—Son órdenes del arconte rey, señora —le habían dicho.

Cada vez que lo oía, Helena sentía llenarse su corazón de ternura hacia Polibio y se prometía que de vez en cuando, siempre que él lo deseara, le concedería sus favores. Casi llegaba a amarle. «Un hombre justo —reflexionaba— es una rara joya entre los políticos, incluso entre los hombres en general, y había que amarle por engrandecer a su país. Sin embargo ese mismo hombre se ve con frecuencia despreciado, rechazado o asesinado; o difamado al menos. La humanidad no puede soportar jamás la justicia, el honor y la integridad».

La celda de Aspasia era, en realidad, una cámara confortable, y sólo Helena adivinaba a quién se debía todo ello. Le habían llevado sus muebles favoritos, sus adornos y libros, y había una ventana grande por la que entraba el sol y el aire, aunque tuviera barrotes. Además permitían que la acompañara una de sus esclavas, mujer en la que podía confiar.

Helena dejó la cesta, que contenía también platos, un vaso adornado de piedras preciosas, cubiertos de plata y servilletas de lino, y preparó la mesa para Aspasia. Dijo alegremente:

—Debes tomártelo todo. ¿Crees que, cuando regrese, va a querer rescatar Pericles a un saco de huesos?

Aspasia sólo llevaba encerrada una semana, pero ya su rostro estaba pálido y delgado. Sus maravillosos cabellos se hallaban ahora mezclados con muchas más hebras de plata, de modo que la luz sacaba reflejos de un suave tono.

—Tengo aquí mis cosméticos preferidos —continuó Helena—. Una mezcla de almendras picadas y miel que debes utilizar varias veces al día sobre esas arrugas abominables que insistes en conservar. Aquí tienes también una jarra de leche de almendras y limones perfumada con aceites, con la que debes frotarte a diario los brazos, el cuerpo y las manos. Y un bote de esencia de rosas, el perfume favorito de Pericles. ¿Cómo te atreves a descuidarte así, mi querida tonta? ¿Crees que el hombre ama a la mujer sólo por su mente y por los cuidados que le prodiga? No; siendo hombre desea también la parte física. ¿Es que lo has olvidado?

—¡Ah! He sido su ruina —dijo Aspasia. Helena habló con enojo:

—Y también Fidias, y Anaxágoras, y Sócrates y muchos de sus amigos. Y yo también, claro. Y el viejo arconte rey, y esa clase media que Pericles trata desesperadamente de salvar. Y Zenón de Elea. Entonces, los que aún vivimos, y los que están ya en las Islas Benditas, según espero, ¿habremos de cubrirnos la cabeza de ceniza y llorar nuestra culpa?

Aspasia, a pesar del terror y desesperación, y de su angustia por Pericles, se echó a reír involuntariamente. Y dijo, con docilidad simulada:

—Médico, obedeceré tus órdenes. —Se obligó a comer algo y continuó—: ¿Cómo está mi hijo Pericles?

—Como sabes, está en mi casa. Tiene un carácter tan dominante como el de su padre; ordena a mis esclavos igual que un rey, por lo que alguna vez le he dado un cachete. Tengo que recordarle constantemente que es un invitado, y un niño, y que debe hacerme caso. Ahora se ha aficionado a llamarme burlescamente «mamá», ¡a mí, que jamás tuve un hijo, gracias a los dioses! Los niños no son una bendición, como en tiempos creían los granjeros. Pueden llegar a ser nuestros peores enemigos, peores que nadie.

Aspasia, que comía de lo que Helena le había traído, dijo meditabunda:

—He oído decir a los filósofos orientales que, cuando nazca para nosotros el Dios Desconocido, sus enemigos más terribles serán los de Su propia casa.

—Por supuesto —dijo Helena mordiendo una cidra—. ¿Qué hombre podría ser tan malvado como un hermano, un hijo o incluso un padre, que lleva a ser eminente? «¿Quién es ese —dirán— que se atreve a situarse por encima de nosotros, sus parientes? ¿No es de mi sangre? Entonces no es superior a mí».

Aspasia dijo:

—Los dioses eligen entre los hombres para sus santos propósitos, y sus parientes nada tienen que ver con ello. Helena afirmó con cinismo:

—Esa es una verdad que debían conocer todos los parientes envidiosos.

—Helena, mi querida amiga, no quiero que Pericles ponga su cargo en peligro por defenderme.

Esta alzó las manos al cielo.

—¡Queridísima tonta! ¿Habré de repetirte de nuevo que tú no eres más que una pieza pequeña en manos de sus enemigos? ¿Por qué insistes en creer que, si murieras,

ellos dejarían de atacarle? Su meta es el despotismo, y utilizarán a la chusma carente de inteligencia con ese fin. Al defenderte a ti, mi pobre bobita, Pericles estará defendiendo la dignidad de los hombres, y a los trabajadores, la clase media, los artistas y científicos, y la libertad de palabra, las leyes de Solón, la misma civilización, incluso la gloria de Grecia, la ley y el orden y la seguridad nacional... todo eso que odian los ricos y poderosos y los que ambicionan la autoridad. En el fondo de su corazón son tiranos y sólo pueden sentir desprecio por los que trabajan y aman a su país.

Aspasia no había de olvidar nunca las palabras de su amiga. Jamás volvería a verla, pues, cuando se dirigía a su casa en la litera, aquella médico famosa fue asesinada por un grupo anónimo de plebeyos quejosos y drogados; los mismos aristócratas les habían facilitado el opio porque sabían que las drogas son el mejor medio para controlar a los rebeldes en potencia y privarles de todo raciocinio con sus sueños absurdos. Atacaron la litera y degollaron a sus esclavos. Helena, que amaba la vida para todos aquellos monstruos que afirmaban ser hombres, fue asesinada porque era una mujer compasiva que consideraba a la humanidad digna de vivir, a pesar de sus terribles errores. Ella, que amaba al mundo y creía en la dignidad del hombre, fue vencida al fin, por lo menos para satisfacción de cuantos anhelaban el despotismo y habían ordenado su asesinato.

El arconte rey, al saber la muerte de su amada Helena, apretó los puños, lloró a solas y se dijo:

—Al fin, mi hermosa flor, has vencido. Porque, si los dioses son justos, honrarán a aquellos que han muerto en defensa de la libertad. Pero sólo Dios puede rendirles el verdadero honor.

Siendo un hombre prudente tomó su decisión y resolvió con firmeza que, por una vez siquiera, prevalecería la justicia a despecho de la plebe.

No se engañaba juzgándose excepcional. La historia actual, y la historia del futuro, demostrarían que él había tenido razón. Pero ¡ay!, eso no ocurriría antes de que todos los héroes murieran asesinados y el mundo entero se viera arrastrado al desastre, y la multitud esclavizada, tal como merecía.

Recordó que la verdad siempre se veía discutida, asesinada, difamada y ridiculizada. Los que vivían de acuerdo con la verdad siempre eran sometidos y aplastados. ¿Valía la pena, pues, luchar por la verdad? Sólo Dios lo sabía.

Cuando Aspasia y Pericles se reunieron en la celda quedaron atónitos ante su aspecto, pues los dos habían envejecido en el breve espacio de su separación. Pericles se asustó ante la delgadez de Aspasia, el cutis que había perdido su lustre, los ojos hundidos. Y ella, a su vez, quedó anonadada ante el aire de completo agotamiento y la palidez de su amado. Surcos profundos bajaban por sus mejillas, le cortaban la frente. Tenía el cabello casi totalmente blanco y los labios cárdenos.

Lloró en sus brazos y dijo:

—Sólo te he causado la desgracia.

Pero Pericles respondió, acariciándole el cabello:

—Me has traído la vida. Aunque no te hubiera conocido, mi situación actual sería la misma. Sólo tú me has aportado consuelo.

No le habló del exilio de sus hijos, ni de la misteriosa plaga que empezaba a invadir Atenas desde oriente y que ya había diezmado a los soldados en el campo de batalla. Se sentó junto a Aspasia en el lecho, le retuvo las manos apretadamente e intentó sonreír ante su rostro lleno de tristeza mientras ella le observaba a su vez desesperada.

—Han asesinado a Helena —sollozó— sólo porque era amiga mía.

—Estoy enterado de su muerte —dijo Pericles—. He ofrecido una recompensa increíble por la denuncia de sus asesinos. No, no fue por ti, cariño. No seas tan egoísta —e intentó sonreír—. Hacía mucho tiempo que esta ciudad odiaba a Helena por su filantropía, sus conocimientos, su falta de sentimentalismo y su sinceridad, su valor, su negativa a mentir con palabras agradables y engañosas, su apoyo declarado a la libertad y su amistad conmigo. La odiaban y escarnecían incluso antes de que tú vinieras a Atenas. Su destino estaba ya asegurado. Entre todos aquellos —y eran multitud— a los que ha salvado y librado de sus sufrimientos, ninguno ha pronunciado una palabra de reproche por su asesinato, ni ha gritado su protesta —la amargura de su voz era letal, llena de odio.

—¡Ojalá estuviera yo muerta también! —dijo Aspasia amargamente.

—Tonterías. ¿Es que quieres abandonarme entre mis enemigos, sin nadie que me consuele? ¡Qué egoísmo por tu parte!

—No debes defenderme —le suplicó, aferrándose a él.

—¿No me pedirías acaso que defendiera mi propia vida?

Hablaron juntos de su futuro, cuando todo esto hubiera terminado, y de su hijo Pericles, que ahora estaba ya en casa de su padre.

—El muy descarado afirmó hoy que su nombre llegaría a ser más importante que el mío —dijo Pericles, y su rostro se tornó afectuoso e incluso alegre—. Le dije que eso no sería difícil, ya que yo no seré famoso en la historia.

Hablaron de la escuela de Aspasia, ahora bajo la firme dirección de sus maestros, bien entrenados y leales. Luego el rostro de Pericles se alteró sutilmente, se oscureció.

—¿Qué sería este mundo salvaje sin los maestros? Sin embargo, ¿cómo les pagamos? Con un estipendio miserable, si es que les damos algo, y con desprecio. No obstante, ellos tienen el futuro de los hombres en sus manos generosas —hizo una pausa—. ¿Recuerdas, tesoro mío, a una de tus jóvenes llamada Iona, hija de Glauco, que es un magistrado de poca importancia?

Aspasia, preguntándose por qué habían de hablar de trivialidades en medio de tanto dolor y ansiedad, respondió:

—Conozco bien a la chica. Su madre era una mujer inteligente y, antes de morir de flujo de vientre, obligó a su marido a prometerle que enviaría a Iona a mi escuela.

Por desgracia la muchacha no poseía la inteligencia y el dominio propio de la madre. La despedí. Eso ocurrió hace un año. ¿Por qué lo preguntas?

Pero Pericles insistió:

—Háblame del carácter de la muchacha, no de su falta de inteligencia.

Todavía más asombrada, Aspasia contestó:

—Aparte de ser en extremo astuta y maliciosa, siempre estaba creando problemas. Como descubrió que no podía competir con sus compañeras, y se resentía de las riñas de sus tutores, andaba publicando cosas escandalosas referentes a maestros y compañeras. Por extraño que te parezca sus comentarios eran muy ingeniosos, muy bien concebidos, de modo que incluso yo llegué a creer en una ocasión una de sus mentiras, tan detallada era y tan sincera en apariencia. Tiene el rostro de una ninfa, el alma de un demonio, y sus palabras son suaves, gentiles sus modales, su aspecto dulce y anheloso de complacer, y sus labios hablan con modestia. Engañó a muchos durante bastante tiempo. Ese es el arte supremo de los malvados.

—Cuando la despediste, ¿qué le dijiste, Aspasia?

—¿Por qué he de hablar de esa miserable? En fin, le dije: Le miró desconcertada:

—«No eres digna de figurar entre mis doncellas, a muchas de las cuales has calumniado. Además, tu mente no es extraordinaria excepto para el mal. Por tanto, debes dejarnos y volver a casa de tu padre». —Meditó por un instante y frunció el ceño—. Su padre, Glauco, al que ella se parece mucho, vino a mí encolerizado y exigió saber los motivos de su despedida. Como yo había sido amiga de su esposa quise respetar su memoria. Dije a Glauco que no creía que su hija poseyera las dotes necesarias para sobresalir en los estudios. Me dejó muy enojado —ahora concentró su mirada en Pericles—. Pero no comprendo. ¿Qué significan para ti esa muchacha o su padre?

Pericles apartó la vista evasivamente.

—He oído decir que Glauco desea ocupar un puesto superior. Quería saber si era digno de ser representante ante los votantes.

—¡Oh!, es bastante íntegro para ser un burócrata, si es que estos poseen alguna integridad. Es muy cuidadoso de sí mismo, y su inteligencia es extraordinaria.

—Un hombre malo e inteligente apenas es menos peligroso que un hombre malo e idiota —dijo Pericles. Continuó, como sin darle importancia—: Creo que me opondré a su nombramiento.

Uno de los guardias militares entró en la celda con la cena de Aspasia, bien preparada y apetitosa, pues la había traído Pericles y la habían tenido en el horno para mantenerla caliente. El guardia saludó respetuosamente al jefe de estado, vaciló y al fin dijo:

—Es orden del arconte rey, señor, que cualquiera que le traiga comida a la señora Aspasia la pruebe primero, antes que ella.

Pericles sonrió con gratitud al ver los cuidados que rodeaban a su amante y dijo:

—Jamás seré capaz de demostrar cuan agradecido estoy al arconte rey. Tomó un

bocado de cada uno de los platos y el guardia le observó con una tímida expresión de disculpa. Pericles hizo un guiño a Aspasia, que sonrió por primera vez desde que se reunieron.

—¿No crees que sería muy interesante para los grandes poetas, Aspasia, que muriéramos juntos en la prisión?

Ella no lo consideró divertido, ni el guardia tampoco. Para dar gusto a Pericles se obligó a comer y beber. Aunque ya la primavera estaba muy avanzada, y el aire era caluroso en el exterior, la celda estaba agradablemente fresca. «Al menos —pensó Pericles— mi amada está a salvo en este lugar, tan guardado por órdenes del arconte rey. No corre peligro de morir asesinada como Helena».

Aspasia le preguntó por la guerra entre Atenas y sus aliados y Esparta y los suyos. Con objeto de no aumentar sus preocupaciones también en esto se mostró Pericles evasivo.

—Lo estamos haciendo bastante bien —dijo—. Jantipo es optimista, pero ¿cuándo no lo fue? Sin embargo, me gustaría que no se mostrara tan hostil hacia nuestro pariente, ese hermoso depravado de Alcibíades, que es un militar notable. Paralo... —vaciló— cree que el dolor de su madre no ha disminuido todavía lo suficiente para que pueda dejarla.

No le dijo a Aspasia que había tenido que triplicar su guardia militar, ya que la plebe le demostraba a las claras su enemistad con gritos vociferantes en cuanto aparecía en el Ágora o en las calles. Aunque los detestaba, sabía que no eran ellos los culpables. Sus enemigos les incitaban a llegar a la violencia física contra su persona.

Cuando dejó a Aspasia después de asegurarle con firmeza que la defendería a pesar de sus protestas y lágrimas, halló muy preocupados a sus soldados. Ifis le dijo:

—General y señor, el populacho parece hoy más inquieto desde que has vuelto esta mañana. Me han informado de que muchos de ellos están armados y revueltos.

Pericles no era hombre que tomara a la ligera las amenazas, ni siquiera las de la plebe. Así que se echó la capucha sobre el rostro y conservó la espada en la mano mientras la guardia a caballo le rodeaba estrechamente. Se había quitado el yelmo para no ser reconocido. Pero sí lo fue, aunque hubiese ocultado sus rasgos, ya que una gran muchedumbre le aguardaba junto a la prisión, y gritos sedientos de sangre estallaron en sus oídos procedentes de cientos de bocas.

—¡Tirano! ¡Déspota! ¡Causante de la guerra! ¡Ladrón del tesoro! ¡Malhechor! ¡Envenenador! ¡Falso! ¡Mentiroso! ¡Ladrón! ¡Pervertido! ¡Difamador de los dioses! ¡Hereje! ¡Vergüenza de Atenas! ¡Traidor! ¡Abandona el cargo!

Y otras voces, aún más altas, gritaban:

—¡Hay que derrocarlo! ¡Al exilio!

—¡Y para siempre! —coreó la multitud. Ifis gritó:

—Di una palabra, mi general, y cargaremos contra ellos.

—No —dijo Pericles—. No son ellos los que gritan. Son otros, cobardes y blandos, que se esconden en sus casas lujosas y se reúnen en secreto para conspirar

contra Atenas. ¿Quién se atrevería a acusarles, a tocarles? Son demasiado ricos, demasiado poderosos.

Pero meditó en silencio cuánto tiempo podría soportar esta infamia, el exilio de sus hijos, su esfuerzo por salvar al país, la ingratitud del pueblo y todas las cargas que la jefatura de estado le imponía hasta convertirle en el más solitario de los hombres, aislado, con muy pocos amigos.

Pero, sobre todo ello, dominaba ahora su terror por Aspasia y era incapaz de pensar en otra cosa.

Experimentó un alivio momentáneo al alzar los ojos a la Acrópolis, aquel bosque de estatuas y columnas, de templos, jardines y fuentes, y al Partenón, sobre el que brillaba al sol la enorme estatua de oro y marfil de Atenea Pártenos. Su rostro parecía mirarle con amor, y Pericles dijo interiormente:

«Sobre todas las cosas protege a mi ciudad y mi pueblo». Creyó ver ahora que la diosa tenía el rostro de Helena, y sus ojos se humedecieron.

El arconte rey había recuperado milagrosamente la salud. Ciertamente que, cuando apareció en el tribunal y ante toda la Asamblea y los arcontes, se pudo observar que parecía algo turbado y ausente, con unas profundas ojeras y los ojos enrojecidos, como si hubiera llorado toda la noche. Aparte de eso su aspecto era tan firme y circunspecto como siempre y, aunque no muy alto, su figura tenía una gran dignidad. Durante unos días se había extendido el rumor de que había caído víctima de la plaga que ya alcanzaba a Atenas, si bien aún no era mirada con alarma por los médicos, que ocultaban al pueblo las bajas que había costado entre los militares.

Era un día caluroso, el gran salón estaba lleno y todos los rostros se mostraban ávidos a excepción de los de los amigos de Pericles. Estos se habían colocado en la última fila, contra el muro, y le observaban preocupados. Pero él entró confiadamente con sus ropas del cargo, llevando la vara de marfil símbolo de su autoridad, la cabeza con el yelmo sobresaliendo entre todas, el rostro, aunque agobiado, noble y sereno, la mirada tranquila. Había rechazado la presencia de los guardias a excepción de los de las puertas, que no eran suyos. Sin embargo llevaba la espada bajo la capa.

—Con una sola vez que advirtieran que les temía, me saltarían gozosamente a la garganta —había dicho al preocupado Ifis—. No hay que acobardarse ante los perros rabiosos. Resulta demasiado incitante.

Ahora quedó de pie ante el arconte rey, cuyo rostro grisáceo se crispó involuntariamente al cruzarse sus ojos con los de Pericles en una mirada firme. Se saludaron oficialmente. El arconte rey dijo a los guardias:

—Traed a la prisionera, Aspasia de Mileto.

Antes de que esta llegara, Pericles estudió los rostros de los arcontes que presentaron en su contra las acusaciones de traición, vicio, corrupción, impiedad y otros crímenes de menor importancia contra Atenas y su pueblo. Ellos le miraron impasibles. Ninguno era amigo suyo. No creía que estuvieran esencialmente corrompidos, ni que hubieran sido sobornados; se habían visto obligados por la ley a hacer que arrestaran a Aspasia «por informaciones recibidas». Luego estudió al jurado, aquel grupo importante de hombres. Cumplirían con su deber, de un modo u otro, tras recibir los consejos desapasionados del arconte rey.

Todo el mundo sudaba en aquel ambiente caluroso menos Pericles, al que dominaba un terror frío. Las acusaciones contra Aspasia eran formidables, mucho más graves que las presentadas contra Anaxágoras y Fidias, ya que ella era extranjera y los extranjeros siempre resultaban sospechosos.

Le había aconsejado, antes de despedirse de ella en la última visita, que apareciera tranquila y serena ante la asamblea, que reparara su aspecto descuidado y

que asumiera un aire de orgullo y valor. Se volvió ahora hacia la puerta por la que iba a entrar y, cuando apareció Aspasia, le invadió una sensación de alivio. Porque era como una reina, alta y esbelta, vestida graciosamente pero con discreción con una túnica lila y una capa de lino blanco, el rostro sereno y puro, los cabellos peinados al estilo ateniense, con cintas blancas, los pies calzados con suaves sandalias de piel y unos modales distantes. No se había pintado mejillas ni labios, tan serenos y pulidos como el mármol, ni avivado los ojos con pintura. No llevaba joyas, a petición de Pericles.

—Nada enloquece más a quien no puede permitírselo que el ver a otro adornado de joyas —dijo.

Sabía que la envidia era la emoción más poderosa de los hombres, la más mortal.

Cuando Aspasia quedó de pie a su lado la miró como si fuera simplemente una conocida, y ella le devolvió la mirada que hubiese dirigido a su defensor de oficio. Se inclinó en silencio ante Pericles, luego cruzó las manos y esperó. Todos habían estado aguardando este encuentro, la mayoría con enemistad, algunos con compasión y cólera.

Pericles dijo al arconte rey:

—Que hablen los que han acusado a esta mujer, señor.

El arconte epónimo, al frente de los asuntos civiles, se levantó majestuosamente y se dirigió al arconte rey.

—La mujer está acusada de corrupción de las jóvenes en esa casa que, según ella, es una escuela, y de prepararlas para fines inmencionables a fin de obtener dinero con ello. El testigo, padre de una niña que se resistió a tanta contaminación y que por eso fue despedida de la casa de Aspasia de Mileto, se halla aquí presente para declarar. Ante mí presentó los cargos. Desea una compensación de tres mil talentos de oro ya que su hija fue violada por tres hombres en casa de Aspasia de Mileto y ha estado enferma en casa de su padre desde entonces, vencida por la vergüenza.

Un rumor reprimido de cólera estalló en la Asamblea; el arconte rey alzó una voz neutral:

—No quiero tales demostraciones en mi presencia. Esto es un tribunal de justicia.

—Se volvió al arconte y dijo—: Que venga tu testigo, el padre de la muchacha, ese Glauco, magistrado de la ciudad.

El arconte hizo una seña a un hombre que se hallaba entre la muchedumbre y este se levantó y se dirigió hacia el lugar ocupado por el arconte rey. Sin embargo, permaneció a distancia de Pericles y de Aspasia; su cara era malévolamente. Era un hombre delgado y nervioso, de rostro demasiado gesticulante incluso para ser ateniense, y con unos rasgos constantemente inquietos. Estaba calvo.

El arconte rey le miró inexpresivamente.

—Repíteme las palabras que dijo tu hija bajo juramento. Glauco prestó juramento ahora. No apartaba su mirada maliciosa de Aspasia excepto para fijarla en Pericles. Este sonreía débilmente. Aspasia se había quedado inmóvil y sólo sus manos

temblaban visiblemente.

Glauco dijo:

—Mi hija fue despedida de la escuela de esa extranjera, a la que fue enviada a petición de mi amada esposa cuando se hallaba moribunda. No pude negarme a sus deseos, aunque me oponía a ellos. Mi hija volvió a casa sollozando, agobiada por el sufrimiento. Se metió en la cama sin hablar en aquel momento, pues estaba demasiado avergonzada de lo que había tenido que soportar en aquella casa infame. Desconcertado visité a la extranjera que ahora se encuentra ante ti, señor, y ella me miró con desprecio y me informó que había despedido a mi hija porque no era apta para los estudios de la escuela. Aunque me alegré de que mi hija hubiese regresado a casa —pues no apruebo la educación de las mujeres— observé que la enfermedad de Iona era cada vez más patente, de modo que la interrogué a fondo. —Cerró los ojos como si no pudiera soportar la vergüenza de su hija. Tras unos instantes habló con voz más débil—: Entonces me informó de que unos desconocidos habían abusado violentamente de ella en casa de Aspasia de Mileto, y que ahora sólo deseaba la muerte. He advertido a sus esclavas que no la dejen sola un momento, pues temo que se suicide. Es una muchacha virtuosa. En su nombre, ahora mancillado, solicito una reparación, y no sólo en dinero —aunque no soy rico— sino con el castigo de esta mujer depravada.

Resultaba extraordinario que se permitiera a una mujer hablar en defensa propia ante una asamblea masculina, pero Pericles rompió el precedente y dijo a Aspasia con voz helada:

—Habla, Aspasia de Mileto, con referencia a este asunto del que se te acusa.

Sus ojos la avisaban que se dominara.

Pero, por unos momentos, ella fue incapaz de hablar. Al fin lo hizo con una voz clara y dulce que temblaba ligeramente:

—La acusación, señor, es falsa y maliciosa. Yo dudaba en admitir a Iona en mi escuela, pues ya sabía que no era apta para los estudios. Sin embargo, su madre había sido amiga mía; era de espíritu amable y lleno de gracias, y una mujer inteligente. Por eso la admití.

Inspiró audiblemente, pero miró al arconte rey, que pudo así contemplar el brillo de sus ojos.

—No sólo era incapaz Iona de seguir sus estudios; además de ello mentía, calumniaba, originaba disturbios en mi escuela y entre mis maestros y alumnas. Tenía un aspecto tan inocente que engañó a muchos durante casi un año, entre ellos a mí misma, preciso es confesarlo. Pero investigué concienzudamente sus calumnias hasta quedar plenamente convencida de que era una embustera. Entonces la despedí. No hablé a Glauco de sus culpas contra compañeras y maestros porque respetaba la querida memoria de su madre.

De nuevo estalló un rugido de indignación contra Aspasia en el salón y el arconte rey manifestó su protesta. Preguntó a Aspasia:

—¿No hay algo de verdad en esa acusación de que buscaste a esos hombres que la violaron?

—Ninguna, señor. —Vaciló y añadió luego—: Si la muchacha no es virgen, desde luego no ha sufrido la pérdida de su virginidad en mi casa.

Glauco gritó:

—¡Miente contra mi hija! ¡Exijo...! Pero Pericles intervino:

—Iona no es una niña. Tiene catorce años y está en edad de casarse. Dime, Glauco: ¿la has hecho examinar por un médico competente y capaz de discernir si sigue siendo virgen o no?

—¡No! —chilló este—. ¿No ha sufrido bastante mi niña para someterla al examen grosero de un médico? Es modesta también.

El arconte rey apretó los labios.

Aspasia dijo:

—Iona no era tan modesta cuando atribuía perversiones y actos inmencionables a sus compañeras y maestros. Ignoro dónde oyó hablar de todo eso, a menos que fuera entre las esclavas en las habitaciones de las mujeres en casa de su padre.

El arconte rey frunció el ceño mirando a Aspasia, ya que era inconcebible que una mujer hablara sin que primero se le hubiera dirigido un hombre. Miró a Glauco.

—Exijo que se envíe inmediatamente a un médico a tu casa a fin de que examine a tu hija. Yo elegiré el médico para que no sea sobornado. ¿Que no consientes, Glauco? Bien, entonces se rechazan sumariamente tus acusaciones contra Aspasia de Mileto.

Glauco se corrigió en seguida:

—Estoy de acuerdo con tu edicto, señor. Elige al médico y que sea enviado inmediatamente a mi casa.

«De modo —se dijo Pericles— que también ha sido engañado el padre por esa maldita»; a pesar de todo sintió cierta piedad por él. El arconte rey llamó a un guardia y le susurró algo al oído, y este partió a paso ligero Pericles tuvo entonces otra idea. ¿Y si aquella viciosa había entregado realmente su virginidad a algún desconocido? Sin embargo, había estado muy bien guardada en la escuela de Aspasia, e indudablemente también en casa de su padre. Pero ya se sabe que la lujuria tiene mil modos de penetrar en una prisión.

—El siguiente testigo contra Aspasia de Mileto —llamó el arconte rey, y el arconte tesmoteta, que protegía los intereses de la ciudad, se levantó y dijo:

—Aspasia de Mileto ha sido acusada de traición, pues ha prestado ayuda y consuelo a nuestros enemigos, con peligro de nuestra misma existencia.

—Que se presente el acusador —dijo el arconte rey.

El arconte tesmoteta hizo una señal y se adelantó el acusador, un hombrecillo grueso de rostro nervioso. Aspasia se sobresaltó al verle, ya que había sido maestro de historia en su escuela. Se había visto obligada a despedirle por haber hecho proposiciones obscenas a varias de sus alumnas.

—¿Qué tienes que decir ante el arconte rey? —preguntó el arconte tesmoteta.

Para ser tan gordo tenía una voz extraordinariamente fina e insistente.

—He enseñado en la que llaman «escuela» de esta mujer —y señaló a Aspasia— hasta hace un año. Soy maestro de historia, y patriota. Un día entró en mi clase —lo hacía cuando le venía en gana, y también en la de otros maestros— y escuchó mi ferviente panegírico de nuestra historia. Me oía hablar con una sonrisita desdeñosa en el rostro hasta que me interrumpió diciendo: «No basta con pronunciar elogios. También es preciso decir la verdad». Entonces le pregunté qué era la verdad, y ella se encogió de hombros y respondió: «Sólo Dios lo sabe. Desde luego, no los historiadores».

»Y eso no es todo —continuó rápidamente—. Confieso que quedé atónito, pero ella siempre se mostraba enigmática. Luego, paseando yo un día por una columnata, la oí hablar en voz baja con un extranjero; esto resultaba indudable por su aspecto. Le puso una bolsa en la mano y le dijo: “Dale esta bolsa de mi parte a mi pariente el espartano y dile que le deseo la victoria”. Esto ocurrió poco antes de que me despidiera.

El arconte rey miró a Aspasia, cuyo rostro reflejaba tal asombro que parecía inconsciente de cuanto le rodeaba, si bien no vacilaba en absoluto. Aguardó unos instantes y luego preguntó casi amablemente:

—¿Qué puedes responder a esto, Aspasia de Mileto? Habló apenas audiblemente:

—Si despedí a este hombre fue porque había hecho proposiciones deshonestas a algunas de mis muchachas inocentes y ellas se me quejaron. Le dije una vez: «También es preciso decir la verdad». No es que yo le acuse de mentir en todo. Pero demasiados historiadores han alterado la historia con sus prejuicios personales, y yo quería que mis alumnas conocieran los hechos, no unas fábulas. ¿De qué sirve aprender lo que se basa en simples opiniones, señor, y no en la verdad? Eso no es en absoluto cierto. Ahora se volvió y todo el brillo de sus ojos cayó sobre el acusador:

—Este hombre miente, y con toda deliberación, cuando afirma que yo entregué una bolsa de oro a un desconocido y que dije esas supuestas palabras a un extranjero inexistente. Soy jónica y no siento amor por los espartanos. Nací en Mileto, viví en Persia y luego en Atenas. No tengo parientes en Esparta. Jamás he conocido a un espartano ¡y espero devotamente no conocerlos nunca!

A esto estallaron en el salón unas risas divertidas e incluso el arconte rey sonrió. Dijo:

—Señora, también yo deseo lo mismo. —Se detuvo y miró al maestro—. Es tu palabra contra la de ella, aunque sea sólo una mujer y tú un hombre. Aspasia te ha acusado de lascivia contra muchachas inocentes, y que por eso te despidió. Si insistes en que miente, tendré el penoso deber de hacer venir aquí a las muchachas que te acusaron ante Aspasia de Mileto. Aquí, y en tu presencia, les preguntaré la verdad. La lascivia contra las muchachas jóvenes e indefensas es un crimen muy grave, como tú sabes.

El rostro del maestro se alteró. Extendió las manos y se inclinó ante el arconte rey.

—Señor —dijo—, no deseo someter a esas pobrecillas a las miradas de todos y a esas preguntas en público. Reverencio a las jóvenes, que cuentan con mi mayor respeto. Por tanto, aunque es cierto, retiro mis acusaciones contra esta mujer.

—¿Retiras también tu acusación de traición? Se inclinó mansamente.

—Sí, señor. Debo proteger a las jovencitas por mucho que sufra mi honor con ello.

—¡Eres un embustero! —exclamó el arconte rey con una exhibición de emoción extraña en él—. Te has dejado coger en una trampa. Has mentido bajo el más solemne de los juramentos. Has acusado a esta mujer de traición y luego, cuando te has visto casi cogido en los brazos de una trampa, has intentado con destreza librarte de ella. Exonero por tanto de traición a Aspasia de Mileto, pero no a ti por mentirme bajo juramento. Te sentencio a un año de prisión.

El hombrecillo, dominado por el terror, se volvió como para huir, pero los guardias le cogieron y se lo llevaron, mientras chillaba de modo incoherente y agitaba las piernas en el aire. En ese momento apareció en el salón el médico elegido por el arconte rey, y este le llamó a su lado. Inclinó la cabeza y el otro le susurró algo al oído. El rostro del arconte rey se contrajo. Llamó a Glauco, que se aproximó vacilando, con rostro expectante.

El magistrado se apoyó en el banco y habló con Glauco en un tono tan bajo que sólo Pericles y Aspasia pudieron oírle.

—El médico declara que tu hija jamás ha conocido a un hombre, pero ha hallado pruebas de actividades perversas. Interrogó estrechamente a la muchacha sobre este asunto, y ella le confesó que no sólo había tenido ciertas relaciones sexuales con las esclavas, sino que ella misma las había instigado. Como este médico no es el tuyo ni el de tu hija, sino que yo personalmente le nombré para que investigara la verdad, no ha violado ninguna confidencia, y es bien famoso por su capacidad y su honradez.

El rostro de Glauco se tornó amarillo de vergüenza y temor, y un brillo de rabia refulgía en sus ojos.

El arconte rey continuó en voz baja:

—Si es tu deseo, haré que el médico jure y que presente su testimonio. Glauco se cubrió el rostro por un instante con manos temblorosas. Cuando las retiró tenía los ojos llenos de lágrimas.

—No lo deseo, señor.

Como el arconte rey también se sentía movido a piedad por este padre engañado dijo en voz alta:

—Prosigamos con el caso. Glauco, ¿insistes todavía en recibir una compensación monetaria y en que se castigue a Aspasia de Mileto?

Este tragó saliva. Contempló a Aspasia con odio, como si ella le hubiera llevado a tal situación. Pero dijo, con voz lo suficientemente alta:

—Retiro mis acusaciones en pro de la modestia de mí hija. Aquello, sin embargo, no satisfizo al arconte rey, quien insistió:

—Responde. ¿Retiras por completo esas acusaciones de que tu hija se vio forzada a realizar actos lascivos con tres hombres en casa de Aspasia de Mileto?

El padre luchó consigo mismo. El salón estaba totalmente silencioso. Glauco abría y cerraba los puños a los costados y miraba a Aspasia como deseoso de estrangularla.

Al fin dijo:

—Retiro por completo mis acusaciones —tragó con dificultad—. Como mi hija es una niña inocente probablemente utilizó su imaginación, como suelen hacer todas las mujeres en el gineceo a falta de una tarea mejor.

El arconte rey inclinó la cabeza.

—Ya se sabe cómo florece la lascivia en las habitaciones de las mujeres. Miró al jurado.

—Aspasia de Mileto queda exonerada de las acusaciones pronunciadas por Glauco en beneficio de su hija. —Su rostro adoptó un aire grave—. Sin embargo hay otra cuestión, Aspasia. No informaste de las proposiciones indecentes que hizo el maestro de historia a las jóvenes confiadas a tu cuidado. Ese silencio es reprehensible. Por tanto te impongo una multa de seis talentos de oro.

Aspasia inclinó la cabeza y nada dijo, pues el viejo la miraba con auténtico reproche. Mientras tanto el desgraciado Glauco salió del salón con la cabeza inclinada, escapando así a las miradas despectivas de los amigos de Pericles.

Ahora cayó un denso silencio sobre el salón, pues iba a pronunciarse contra Aspasia la peor de todas las acusaciones. Polibio la miró con intensidad y Pericles se acercó más a ella como para protegerla. El rostro del arconte rey era inescrutable, a excepción de sus ojos, que estudiaban a Aspasia como si leyera en su alma. Sócrates, junto a la pared, se inclinó hacia delante reteniendo el aliento; tenía sus ojos vivaces clavados en el rostro de Polibio cual si tuviera una premonición de su propio futuro. Había aumentado el calor en la sala. El sol, que penetraba por las altas ventanas, era una luz flameante que hería la vista, y muchos parpadearon apartando a un lado la cabeza.

—Aspasia de Mileto —dijo al fin el arconte rey—, has sido exonerada de las acusaciones pronunciadas contra ti ante este tribunal y ante este jurado y Asamblea. Sin embargo queda pendiente la más horrible de todas estás acusada de impiedad y yo debo juzgarte, pues soy el arconte basileos y tengo en mis manos el poder de vida y muerte por herejía, el mayor crimen contra los dioses y el pueblo de Atenas.

Ella alzó la cabeza y permaneció erguida, rígida, con los ojos abiertos y graves; la luz que había en ellos parecía mercurio líquido.

El viejo la miró en silencio y pensó: «Esta mujer no sólo es hermosa, sino valiente y orgullosa, como mi amada Helena, a la que nunca olvidaré». Por un instante cerró los ojos apenado. Cuando los abrió simuló estudiar un documento ante

él, pues le fue imposible continuar hasta pasados unos segundos. Luego miró a Aspasia de nuevo y ella se preguntó por qué estarían tan trémulos y húmedos sus párpados. Pericles lo vio también y su temor se alivió sin razón al parecer.

—Debes contestarme con sinceridad, Aspasia de Mileto —insistió el arconte rey y su voz no era tan fuerte y firme como antes—. He sido informado de que eres hereje, que te burlas de los dioses, que has negado su existencia. No necesito traer testigos al respecto, ya que yo mismo he oído las acusaciones con frecuencia. Medita antes de hablar, recógete en ti misma y serénate, porque en tus palabras te va la vida.

De nuevo reinó el silencio en el salón, de tal modo que parecía estar vacío, y todos adelantaron el cuello mirando a Aspasia, Unas cuantas abejas y avispas habían entrado por las ventanas y su zumbido resonaba en el silencio como un rumor colérico. Pericles se aproximó aún más a Aspasia y, bajo el manto, aferró convulsamente la espada.

Pero ella no se volvió a mirarle. Sus ojos estaban fijos en el arconte rey. No veía enemistad en él, ni desprecio hostil, ni amenaza. Era el juez y se disponía a juzgar lo que ella iba a decir en los minutos siguientes. Si el corazón le latía algo más aprisa, nadie lo advirtió. Alzó la cabeza orgullosamente.

En sus ojos no había temor ni evasión.

—Señor —dijo—. No sé qué has oído, qué clase de calumnias y falsedades. Me has preguntado lo referente a mi herejía. Sólo puedo contestarte que, desde mi infancia, he sentido la presencia de la Divinidad en todas las cosas; que mi alma se ha agitado como un lirio del campo al pensar en Él; que he mirado todo cuanto ha sido creado por Él con asombro, placer y reverencia; y que, en la pobre medida de mis posibilidades, Le he servido. Su ley ha sido más dulce que la miel para mi espíritu, Sus gracias me han hecho llorar de gozo. He visto Su sombra en las montañas, Su reflejo en las aguas, Sus heraldos en los cielos, Su majestad en las florecillas del valle. Como Él está en todo lo que vive, la fealdad no existe a no ser ante los ojos pervertidos de los hombres. Las mismas piedras hablan de Él, las estrellas cantan Su poder, la lluvia nos murmura Su piedad. Aquello al parecer muerto estalla en capullos bajo Su mirada, los vientos gritan Su nombre a medianoche. Ante Él no hay desesperación, sino sólo bendiciones y esperanza. Oigo Su voz y veo Su grandeza en la mañana, a mediodía, por la tarde. Cuando estoy triste, Él me conforta. Cuando río, oigo asimismo Su risa. Si veo un corderito saltando en primavera también mi corazón salta con él porque con su danza el animalito alaba a Dios, y yo le alabo con él. El mundo está bañado en la luz de Dios y sólo los hombres ven la oscuridad.

»Señor, si alguien con autoridad me convenciera de que Dios no existe, yo moriría, porque ¿qué es la vida sin Él, y el placer sin Su gracia?

Sólo la muerte, y en esa muerte no podría yo vivir. Él lo es todo y no existe nada más.

Hizo una pausa y añadió con sencillez:

—Si eso es herejía, señor, condéname. Sólo Dios será entonces mi juez. Entre los

amigos de Pericles y Aspasia algunos alzaron un grito de exultación en aquel silencio, un grito de reverente alabanza, y muchos ojos se humedecieron de pronto. El rostro del viejo arconte rey seguía inescrutable e inmóvil. Ahora miraba ansiosamente a Aspasia. Y dijo:

—Se me ha informado que tienes un pequeño templo en tus jardines, Aspasia de Mileto, con un altar desnudo, sin estatuas. ¿A quién ha sido dedicado ese templo, y por qué está desnudo el altar? Aspasia sonrió como una criatura llena de amor:

—El templo fue construido para Aquel a quien nuestros sacerdotes reverencian sin saber por qué, aunque su espíritu sí sabe lo que ignora la mente. El templo fue construido para Aquel a quien sentimos en nuestros corazones y cuyo nombre todavía ignoramos. Sin embargo los griegos le erigen templos cuyos altares Le aguardan e inscriben en ellos: «Al Dios Desconocido». El altar está desnudo porque todavía esperamos a Aquel que ha sido prometido a través de los siglos a todas las naciones y todos los hombres.

El arconte rey inclinó la cabeza como si meditara y todos aguardaron sus próximas palabras. Al cabo de un largo momento alzó la cabeza y dijo al jurado:

—Esta mujer no es culpable de herejía. Si creéis que lo es, después de oír sus palabras, hablad ahora o nunca volváis a hablar de nuevo.

El silencio que siguió a esta declaración fue todavía más impresionante y tenso que antes. Los miembros del jurado se miraron furtivamente por encima de las cabezas de sus vecinos. Unos asintieron, otros agitaron la cabeza; algunos parecían melancólicos, otros miraban amenazadores en torno; unos abrumados, otros conmovidos; algunos enojados, otros resentidos o impacientes; incluso algunos tenían lágrimas en las mejillas. Pericles los vigilaba estrechamente. Había empezado a temblar. La vida de Aspasia estaba en sus manos, a pesar de las graves observaciones del arconte rey.

Ahora ya no pudo dominarse. Se adelantó, se enfrentó con el jurado y su rostro se demudó, más lleno de pasión que nadie le viera en su vida.

—¡Conciudadanos! —gritó—. Yo soy Pericles, hijo de Jantipo, el gran guerrero cuyo nombre es honrado entre vosotros. Soy vuestro jefe de estado por voluntad de nuestro pueblo, a pesar de los esfuerzos de mis enemigos y los vuestros. No es Aspasia de Mileto la que aguarda aquí vuestro juicio. Soy yo. Porque yo he sido ya condenado por los viles y envidiosos, por los que anhelan el poder, esos que desean esclavizarse. Cerniendo vuestra fuerza, mis queridos conciudadanos, ellos no se atrevieron a atacarme directamente, ni a matarme.

»Pero sí han atacado, asesinado o exiliado a los que yo amaba. Trataron de matar a mi hijo Paralo por ser hijo mío. Mataron a Helena, la médica. Mataron a Fidias, aunque era la gloria de Grecia. Obligaron a huir a Anaxágoras, hombre bueno y sabio, con su persecución. Mi hijo Jantipo lucha ahora por salvar a nuestra amada ciudad y está dispuesto a dar su vida. Lucha como luché yo, y como lucharon mis antepasados, no por dinero, no por el triunfo personal, no por el poder ni las

aclamaciones. Luchamos hoy, y hemos luchado siempre, por el amor a nuestro país que se alberga en nuestro espíritu. El hombre que no ama a su país no es hombre. No es siquiera traidor pues, para ser un traidor, el hombre tiene que haber amado primero y odiado después. Es una bestia que ignora que lo es. No le importa lo que come, ni dónde come, con tal de saciarse. Para él tanto da un amo como otro. Sólo desea vivir esa vida animal.

»Pero ¿para qué vive el que es un hombre de verdad? Vive para su Dios, su país, su familia; o no vive en absoluto. Vive para la verdad, para la libertad que Dios le ha dado al nacer. Pero nuestros enemigos, los vuestros y los míos, odian todas esas bendiciones porque, mientras os adherís a ellas, no pueden reducirnos a la esclavitud ni obligaros a caer de rodillas e inclinaros ante ellos como vuestros señores, ni pueden aherrojaros con cadenas, ni privaros de vuestra sagrada virilidad, ni tampoco pueden haceros inferiores a las bestias del campo.

»Dios ha puesto un precio a vuestra libertad. El precio es la vigilancia, la guardia constante para que no os la quiten. Se os ofrecen —y se os ofrecerán— premios en esta ciudad por vuestra obediencia, vuestro servilismo, vuestra aceptación de una vida que es realmente la muerte. Si aceptáis, si cedéis a una adulación momentánea, a unas cuantas dracmas dejadas caer en vuestras manos, a una paz vergonzosa, seréis malditos ante Dios, que detesta al cobarde, al verdadero traidor de la humanidad, al hombre sin dignidad ni orgullo en su ser ante el Dios que le creó. Él ha cometido la traición absoluta contra todo lo que vive, todo lo que perdura con magnificencia y verdad.

»Muchos de los presentes sabéis sus nombres abominables, ¡pero ellos no están aquí! Se esconden entre sus mujeres, viven entregados al lujo, cuentan su dinero, se cubren de joyas, se dedican a criar caballos para los Juegos y a construirse palacios para su placer. Os dicen que su corazón sangra por vosotros, que querrían que fuerais dioses entre los hombres, que con su ayuda dispondrís de carruajes y caminaréis sobre el mármol y no volveréis a conocer jamás el hambre y el dolor. ¡Mienten! Todo hombre ha nacido para trabajar y regocijarse en su labor, pues el que no sirve está condenado a la muerte; y no por los hombres, sino por Dios y la naturaleza. Servir a Dios y al país, según el modo en que Dios lo ordene, es el mayor servicio y la mejor libertad.

»¡Hombres de Atenas! ¡Hijos de las leyes de Solón! Nosotros los griegos, por primera vez en la historia del mundo, hemos traído un sueño a la humanidad, el sueño de la libertad, de la ley que todos los hombres, gobernantes y gobernados, deben obedecer, del premio justo por el justo servicio, de la libertad de la palabra y la libertad para escribir, de jueces y jurados, de castigos adecuados al crimen, del orden al que uno se somete por voluntad propia y no por temor, de la facultad de votar y de conseguir una reparación bajo un gobierno desapasionado incluso contra ese mismo gobierno, de unos impuestos justos en vez de los tributos que otros gobernantes exigen a su pueblo impotente, del derecho a protestar y disentir, del derecho a exigir

justicia si alguien se ve oprimido, envilecido, dañado o difamado y, sobre todo, de ser felices en vuestras personas, propiedades y opiniones.

»De todo querrían privaros vuestros enemigos, y a mí también. Querrían silenciar vuestras voces, barrer la justicia de los altares. Querrían convertir a nuestro país en un inmenso campo de prisioneros donde todos trabajarían, nadie sería recompensado jamás ¡y nadie volvería a ser hombre!

Nada se agitaba ni movía ahora en el salón; sólo algunos rostros malévolos le miraban con dureza. Pero ante la elocuencia de Pericles, ante sus nobles rasgos vueltos hacia ellos, la mayoría se sentían conmovidos.

Entonces Pericles tomó la mano de Aspasia, la miró y, de pronto, se echó a llorar y las lágrimas corrieron por su rostro. Jamás se había visto eso antes, y un gran suspiro se alzó en la reunión.

Pericles acercó a sí a Aspasia y le pasó el brazo por los hombros.

—Mirad a esta mujer a la que amo, como todos sabéis. Es un símbolo para vosotros. En esas acusaciones tan viles pronunciadas contra ella podéis adivinar lo que os espera si prevalecen nuestros enemigos. Ellos buscaban su muerte, no porque les hubiera hecho ningún mal, sino porque es inocente y valerosa y no se doblega ante la tiranía y las calumnias. Pero, sobre todo, deseaban matarla porque yo la amo. Deseaban apartarla de mí como apartarían de vosotros todo cuanto os es querido, llevados de su odio. Lanzarían a la plebe contra nosotros, a ese populacho avaricioso que se apoderaría del fruto de nuestro trabajo, que mancharía la gloria de nuestros antepasados con su aliento vil; esa chusma envidiosa que no tiene honor, ni espíritu, ni virilidad, sino sólo ambición y despecho, y malicia, y vientres sin fondo. Harían todo esto con objeto de aplastaros, silenciaros y venceros mediante el terror, pues la plebe armada es más terrible que un ejército con banderas y con espadas ensangrentadas. Ellos darían armas a la chusma para lograr vuestra destrucción o subyugaros.

»Esta es vuestra alternativa: alzaros valientemente como hombres o caer de rodillas como esclavos. El sueño de Solón puede perdurar o puede morir. De vosotros depende, pues ahora os halláis en el tribunal de la historia y Dios es vuestro juez.

Perduró el silencio, aun cuando los blancos muros parecían todavía vibrar con la fuerza de la voz de Pericles. Todos le miraban, y miraban a Aspasia a su lado; veían las lágrimas de Pericles y la resolución en sus labios, y la fuerza en aquellos ojos que les desafiaban, no con rabia y desprecio, sino con espíritu de hermandad.

Al fin habló el arconte rey:

—Ante este jurado de hombres iguales yo exonero a Aspasia de Mileto de todas las acusaciones pronunciadas contra ella. Que hable ahora el que desee hablar.

Pero nadie habló en el jurado. El arconte rey iba examinando cada rostro y, aunque algunos todavía se mostraban hoscos, su lengua estaba callada. Entonces dijo a Aspasia:

—Ve, pues, en paz y absuelta de todo cargo.

Pericles se inclinó ante el arconte rey y Aspasia bajó la cabeza. Él la cogió de la mano y ambos salieron entre la asamblea enmudecida. Los guardias abrieron las puertas de bronce de par en par, y el sol entró y los cubrió a los dos de luz.

Prólogo

«El pasado sólo es el prólogo».

SÓCRATES

La Gran Plaga cayó sobre Atenas y venció a los ciudadanos ya desmoralizados. Atacó en particular a las mujeres en edad de parir y a los niños, pero diezmó también a los de mediana edad y a los ancianos. Voces desahoradas se alzaron gritando que los dioses vengaban así los insultos de Pericles, de sus amigos y de «aquella zorra infame, Aspasia de Mileto» a su dignidad. Pocos prestaron atención al hecho de que los dos hijos de Pericles, Paralo y Jantipo, también habían muerto de la plaga sin haber llegado a reconciliarse del todo con su padre, y que sus amigos, que hoy estaban bien y charlando con él, morían al siguiente día.

El clamor contra Pericles creció en fuerza cuando, desde los muros de Atenas, los atenienses veían a sus enemigos entregados al pillaje en la campiña. Lo mejor de su flota había sido destruido. De nada sirvió que Pericles recordara al gobierno que había permitido que Esparta se fortaleciera de tal modo que ahora podía atacarles con sus aliados y obtener victorias definitivas.

—¿No insistí en que debíamos aumentar nuestro armamento? —exigió en la Asamblea—. Pero vosotros hablasteis de «paz» y de una actitud más benévola hacia Esparta, que siempre nos ha odiado. ¿Es que podéis llegar a un acuerdo con una nación decidida a destruirnos y a gobernar toda Grecia? Éramos un país próspero, nosotros los atenienses, pero nos ablandamos, nos sentimos satisfechos y nos burlamos de los que nos avisaban de un conflicto inminente. Nada puede sustituir a los militares y la marina en este mundo peligroso lleno de hombres ansiosos de poder. Nada puede sustituir a la libertad, que tantos de vosotros habéis ridiculizado. La naturaleza humana no cambió nunca. Por tanto, aquellos que desean la guerra deben prepararse resueltamente para la guerra, por horrible que esto sea. Sólo el hombre fuerte puede resistir a su enemigo. Aplacar a ese enemigo, asegurarle que vuestras intenciones son pacíficas y que sólo deseáis el comercio, es la señal para que él ataque.

»Pero cuando os repetí todo esto una y otra vez me gritasteis que yo deseaba ser rey absoluto, disfrutar de poder absoluto sobre todos vosotros; que era un dictador, un tirano y un déspota. No deseaba, dijisteis, un ejército fuerte, una marina fuerte, porque temiera por Atenas. No; dijisteis que yo quería un ejército poderoso para volverlo contra vosotros.

—¡Queremos la paz! —gritó el pueblo—. ¡Nuestros hijos mueren en los campos de prisioneros y en las canteras de Siracusa!

También atacó la plaga a Pericles, pero se recobró con los cuidados y la dedicación de Aspasia. Sin embargo, a pesar de su recuperación, su espíritu ya no pudo librarse de la depresión y sus condiciones físicas no volvieron a ser las mismas. Era como si algo hubiera muerto en él como había muerto en Atenas: la voluntad de resistir. Los grandes navíos atenienses estaban casi totalmente destruidos, y los ejércitos huían y desertaban mientras los espartanos, pueblo disciplinado, sobrio y guerrero, afirmaban haber barrido a Atenas del mar y de la tierra. Para Esparta nada significaba el hecho de que también ella había sufrido enormes pérdidas en hombres, armamento y barcos. Únicamente la victoria había sido su sueño, y también el poder; mientras, Atenas había deseado solamente la prosperidad, el comercio y la industria. Ahora Persia, que nunca olvidara su derrota a manos de Atenas, se alió con Esparta. Los enemigos internos de Pericles se alzaron repentinamente triunfantes en la ciudad y la traicionaron, afirmando que «había fracasado aquel experimento en la libertad general» y que ahora era el momento de que una oligarquía se hiciera con el poder. Iniciaron las negociaciones con Esparta, especialmente los ricos que odiaban la libertad: Antifon, Perisandro y Prínico. Que ellos mismos se vieran derrotados y vencidos más tarde por Alcibíades y Terámenes, quienes establecieron la Constitución de los Quinientos y continuaron la lucha con Esparta, nada significaba ya para Pericles.

Porque había muerto de agotamiento y debilidad, originados por la plaga y, como decía con amargura su devoto pariente Alcibíades: —... con el corazón destrozado por el sufrimiento que le infligió un pueblo desagradecido.

Alcibíades dijo también:

—La gloria de Grecia no fue la gloria de toda la ciudad-estado. Fue la gloria de un puñado de hombres grandes, aunque sus conciudadanos se opusieran de continuo a estos héroes y los asesinaran o los enviaran al exilio. Atenas colmó de infamias a Pericles, y sólo al final se le permitió que inscribiera el nombre de su hijo Pericles en los archivos públicos de la fraternidad. Si el nombre de Atenas perdura en los siglos futuros no será porque todos los atenienses fueran hombres grandes, patriotas, artistas, científicos y filósofos, hombres de categoría excepcional. Sólo unos pocos trabajaron y amaron, y fueron odiados por esas cualidades. No eran hombres como nosotros. Eran una visita de los dioses. Y nosotros los llevamos a la muerte.

Por suerte para ella, una gran apatía dominó a Aspasia cuando Pericles murió suspirando entre sus brazos en una noche cálida.

Esa apatía ya no la abandonó. Dejó la escuela y se encerró en su casa con su hijo Pericles hasta que llamaron a este para que tomara parte en la guerra. Entonces quedó sola, viendo apenas a muy pocos amigos.

«Sólo los idiotas afirman que uno puede vivir de recuerdos felices», se decía Aspasia con los ojos secos porque no podía llorar y no había llorado desde que muriera Pericles. Su dolor era demasiado profundo, demasiado inmutable.

«Es mejor haber tenido una vida de tristeza y de dolor, jamás aliviada por el gozo,

la paz o la felicidad», pensaba. Porque entonces uno ve acercarse la muerte con alivio y gratitud. Pero los recuerdos felices de un amor que se ha ido, de unos brazos que antes estaban llenos, de los jardines que ya no florecen, es un tormento peor que cualquiera de los de Hades. ¡Ah! Si pudiera borrar de mi mente el recuerdo del amor tal vez me sería posible seguir adelante con cierto grado de ecuanimidad y pensar en el mañana. Pero ahora estoy desolada, y los recuerdos son la maldición de Hecate. «¡Ojalá nunca hubiera vivido!».

Su único consuelo, bastante pobre y que no siempre la confortaba, consistía en la contemplación de aquella gloria, blanca y dorada, que era la Acrópolis al anochecer o al amanecer, y ver la majestad inefable de los templos y terrazas, frisos, pilares y columnatas. Era la corona de Atenas, y la soñaba inmortal, convencida de que todos los hombres recordarían siempre lo que allí se alzó e inclinarían la cabeza con asombro y reverencia.

Pericles había sido enterrado cerca de la Academia. Pero, para Aspasia, todavía caminaba bajo el sol y la luna con sus amigos entre las columnatas: Fidias, Anaxágoras, todos aquellos que habían hecho gloriosa a Atenas y que serían eternamente jóvenes, de rostro siempre iluminado, y que alguna vez, caminando y conversando, se detendrían a mirar hacia su ciudad para bendecirla y amarla de nuevo.

—¡Ah, amado mío, querido mío, mi amor y mi dios! —murmuraba Aspasia alzando los brazos a la gloria que se extendía sobre ella—. Espérame. No me olvides.

Y había ocasiones en que sentía un suave consuelo, y una promesa.

FIN



JANET MIRIAM HOLLAND TAYLOR CALDWELL (7 de septiembre de 1900, Manchester, Inglaterra - Greenwich, Connecticut, Estados Unidos, 2 de septiembre de 1985). También se le conocía por sus pseudónimos Marcus Holland, Max Reiner, y su nombre de casada, J. Miriam Reback. Escribió varias novelas con su marido, Marcus Reback, entre las que destacan *La dinastía de la muerte* y *La columna de hierro*, novela con la que alcanzó la cima de su popularidad.

Taylor emigró a los Estados Unidos con su familia en 1907. Poco después falleció su padre, y con tan sólo ocho años empezó a escribir relatos, terminando su primera novela a los doce. En 1919 se casó con William F. Combs, con quien tuvo a su hija Peggy. Se divorció de Combs en 1931, año en el que se licenció en la Universidad de Buffalo, Nueva York. Trabajó para varios departamentos estatales de Buffalo, hasta dedicarse de pleno a la escritura. Llegó a casarse cuatro veces en total, y no dejó de escribir hasta 1980, año en el que un infarto la dejó sorda e incapaz de hablar.

Es conocida por crear diversas grandes sagas familiares, con temáticas centradas en la intolerancia social, racial y étnica y el enfrentamiento entre el deseo de poder y dinero y las aspiraciones espirituales, familiares y amorosas. En sus obras más tardías se centró en historias de personajes que abandonaban la miseria para alcanzar una gran fortuna. Sus novelas eran a menudo de corte histórico, y la religión jugaba un papel importante en sus obras. En total, Caldwell vendió más de treinta millones de libros, y obtuvo numerosos premios.